

México

Mathieu
Henri
de Fossey

Solange Alberro
Traducción e introducción



MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

MÉXICO

Mathieu Henri de Fossey

Traducción e introducción de
Solange Alberro



EL COLEGIO DE MÉXICO

917.2

F752m

Fossey, Mathieu de, 1805-1870.

México / Mathieu Henri de Fossey ; traducción e introducción de Solange Alberro. – 1a ed. – Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2022.

484 p. ; 22 cm.

Traducción de: *Le Mexique*. – 1a ed. – París : Henri Plon, 1857

ISBN 978-607-564-428-8

1. México – Descripción y viajes. 2. México – Historia. I. Alberro, Solange, tr. II. t

Le Mexique

Primera edición, París, Henri Plon, Éditeur, 8, Rue Garancière, 1857.

Primera edición en español, 2022

D.R. © El Colegio de México, A. C.

Carretera Picacho Ajusco núm. 20

Ampliación Fuentes del Pedregal

Alcaldía Tlalpan

14110, Ciudad de México, México

www.colmex.com

ISBN: 978-607-564-428-8

Impreso en México

SUMARIO

<i>Introducción</i>	9
<i>Prefacio</i>	15
Capítulo I	19
Capítulo II	45
Capítulo III	65
Capítulo IV	79
Capítulo V	107
Capítulo VI	167
Capítulo VII	223
Capítulo VIII	241
Capítulo IX	257
Capítulo X	275
Capítulo XI	295
Capítulo XII	317
<i>Notas</i>	343
<i>Índice general</i>	475

INTRODUCCIÓN

El siglo XIX, con sus numerosos e importantes descubrimientos tecnológicos, favoreció los viajes al facilitar las comunicaciones de toda clase. Aunque aún no se podía hablar de “turismo” —nacido a finales del siglo XIX a partir de las élites que solían pasar la temporada invernal en la Costa Azul o las costas de Mar Negro, como los aristócratas ingleses y rusos—, los mercaderes, funcionarios, eclesiásticos y comerciantes no tardaron en embarcarse, junto con numerosos emigrados europeos, hacia los países americanos. Los que habían sido virreinos y ahora eran Estados independientes, como Perú y México —la antigua Nueva España—, atrajeron viajeros de toda clase, seducidos por el brillo de la plata y diversas posibilidades de desarrollo. México recibió entonces a extranjeros, de paso unos, pero muchos de ellos con la esperanza de establecerse allí, al menos por una temporada, y de hacer fortuna. Algunos dejaron testimonios de sus andanzas por el país.

Éste fue el caso de Mathieu Henri de Fossey, nacido a principios del siglo XIX —en 1805 o en 1808, según los autores— en Dijon, la hermosa capital de los antiguos duques de Borgoña. De Fossey, decepcionado por el ascenso de Luis Felipe, el “rey burgués”, al trono de Francia, abandonó su tierra natal para establecerse en México. Él tenía entonces veintitantos años y se embarcó con un grupo de franceses para desarrollar un proyecto de colonización del Istmo de Tehuantepec, casi virgen todavía. Su familia pertenecía a la pequeña nobleza, llevaba un apellido frecuente en el oeste, norte y este de Francia, y lo sigue siendo, como es el caso de la actriz de cine Brigitte Fossey, quien tuvo sus horas de gloria en la segunda mitad del siglo pasado. Actualmente existen descendientes de apellido De Fossey, dedicados algunos de ellos al cultivo de la vid que

produce el famoso vino de Borgoña. Mathieu estudió en la Academia de Dijon.¹

Aquel proyecto de colonización, mal concebido, peor organizado y falta de recursos, resultó ser un desastre. Algunos de los colonos regresaron a Francia, otros desaparecieron sin dejar huellas y De Fossey decidió quedarse en México y probar fortuna. Se dedicó a la educación dando clases personalmente, formando maestros y maestras, creando escuelas para niños y niñas, publicando textos y métodos para los docentes. Fue un divulgador de la enseñanza tal como se practicaba entonces en Francia y sus actividades lo pusieron en contacto con familias y personajes que lo arraigaron en la sociedad mexicana. Por no convenirle la altura y el clima de la capital, se vio obligado a recorrer todo México por razones diversas, en particular laborales. A diferencia de Humboldt y de la Marquesa Calderón de la Barca, otros europeos que visitaron México por las mismas fechas, sus actividades lo llevaron a conocer todas las clases sociales, desde los indios de Oaxaca hasta los gobernadores de las provincias, la aristocracia, los campesinos, los comerciantes, los mineros, los aduaneros, etcétera.

Pero aparte de la gran diferencia que existe entre la presencia en México de Mathieu de Fossey y las de Humboldt y de la famosa Marquesa Calderón de la Barca, encontramos también una gran diferencia en las situaciones respectivas de estos tres personajes. En efecto, el sabio germano llegó a México como lo que era, o sea, un gran y ya famoso científico, dueño de una amplia cultura, viajero tan erudito como curioso. Sus intereses, enfoques y sensibilidad eran ante todo de tipo científico y su nobleza le hizo frecuentar personalidades de la élite mexicana reconocidas tanto por sus conocimientos como por su rango social. En cuanto a la Marquesa Calderón de la Barca, su sexo, su clase y rango social limitaron sus posibilidades de conocer profundamente México, pues sólo frecuentó personajes de la flor y nata local y podemos pensar que sus contactos con los sectores populares

¹ Algunos autores lo mencionan como estudiante en la École Normale Supérieure de París, pero no encontré su nombre entre las listas de los antiguos alumnos de esta prestigiada institución.

se limitaron a los que mantuvo con sus sirvientas y subalternos. Por tanto, ella viajó en el país como una verdadera turista de clase alta de nuestros tiempos. Mathieu de Fossey, buen conocedor de la joven República Mexicana, criticó a los viajeros extranjeros, como los franceses Michel Chevalier, Jacques Ampère y el alemán Isidoro Lowenstern. Los tres, según él y por razones distintas, dieron ideas negativas, falsas, limitadas y hasta denigrantes de México. En cuanto a la Marquesa Calderón de la Barca, De Fossey la considera “una pedante por sus costumbres [que] sólo se ocupa de futilidades, ve detalles y no entiende nada de síntesis”.² Si la crítica es dura, no deja de ser justa, aunque tampoco podemos negar que la prosa de la aristócrata escocesa agrade al lector, tal vez precisamente por su ligereza.

De Fossey no era un erudito, un científico, un viajero con actitud de turista, un comerciante ni un diplomático. Era pobre, en definitiva; vino y creyó en un proyecto azaroso de colonización y sólo tenía las ideas, conocimientos y anhelos de un ilustrado del siglo XVIII de pequeña nobleza provinciana. Era en realidad un emigrado dotado de cierta cultura y más educado que la mayoría de los que, como él, llegaban a tierras americanas a principios del siglo XIX. Había abandonado Dijon, su familia, amigos y tierra para establecerse en México y compartir la suerte de la joven república. Y fue lo que hizo. Tras el fracaso del proyecto de colonización del Istmo de Tehuantepec, mal concebido y peor llevado, sin fortuna personal, pero dueño de los conocimientos de un pequeño noble francés de provincia, decidió dedicarse a la enseñanza, que desarrolló, expandió y practicó personalmente durante los treinta y tantos años de su residencia en el país, convirtiéndose en un pionero, en particular por desarrollar la educación femenina.

Su vida personal y familiar se mexicanizó totalmente. Casado en primeras nupcias con la francesa Juana Bernard —ignoramos si el matrimonio se había llevado a cabo antes o después de llegar a México—, tuvo con ella dos hijas, María Manuela Clara Fossey Bernard, en 1832, y María Francisca Fossey Bernard, en 1834. Esta última tuvo por madrina a la hermana mayor del entonces presidente de México,

² Mathieu H. de Fossey, *Le Mexique*, nota 64,(p. 439 de esta ed.).

doña Francisca Antonia López de Santa Anna Pérez de Lebrón, lo que revela que el humilde pedagogo extranjero mantenía también relaciones con las esferas más altas de México. De Fossey enviudó de doña Juana Bernard y en 1862 se volvió a casar con una exalumna, ahora profesora en una de las escuelas fundadas por él, la mexicana Prudencia Vázquez, nacida en un pueblo del entonces Toluca o tal vez Veracruz. De Fossey tenía entonces 54 años y Prudencia Vázquez 35.

De Fossey celebró la llegada a México del emperador Maximiliano y de la presencia francesa, pues deseaba y esperaba que el país se acercara a Europa y temía la proximidad y los anhelos expansionistas de Estados Unidos, que ya se habían apoderado de la mitad de lo que antes fue la Nueva España. Su joven esposa, Prudencia Vázquez, también dedicada a la enseñanza de mujeres jóvenes, fue honrada por la emperatriz Carlota, quien le otorgó en 1865 la Cruz de la Orden Imperial de San Carlos por su labor educativa en pro de las mujeres. Pero al caer el imperio sostenido por los franceses, De Fossey y su esposa, que habían aplaudido al Imperio, optaron o se sintieron obligados a abandonar México. A partir de entonces, su huella se pierde un poco. Parece ser que la pareja se estableció un tiempo en San Francisco, California, luego en Valparaíso, Chile, y finalmente en Lima, donde parece haber fallecido. Sus fechas de nacimiento eran dudosas; lo fueron también sus fechas de muerte, pues según los autores, De Fossey falleció en 1870 o en 1879. Es muy probable que muriera desengañado, después de haber dedicado su vida a la expansión de modelos educativos novedosos, tanto en México como en Chile y Perú.

Además de su constante labor educativa, De Fossey escribió no sólo textos relativos a la enseñanza sino también libros sobre el México decimonónico. En efecto, sus numerosos viajes y estancias en la república le habían permitido conocer directamente regiones, pueblos, actividades, sociedades y personas como ningún otro extranjero. Amó su país de adopción, lo conoció, admiró y no dejó de criticar lo que le pareció criticable. Tuvo también el deseo de hacerlo conocer tanto a los propios mexicanos como a los franceses. Su primer libro fue *Viaje a México*, publicado en México por la Imprenta de Ignacio Cumplido en 1844. En 1994 salió a la luz *México*, una nueva edición en castellano del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, con un

prólogo de José Ortiz Monasterio. En 1857 apareció *Le Mexique*, editado en París por Henri Plon éditeur, un libro mucho más rico que la primera versión de 1844, pues abarcaba una temporalidad mayor; hubo una reedición de este libro en 1862 y una reimpresión en 1926. En los últimos años, con el auge del estudio de la historia de la educación en México, aparecieron varios estudios y artículos relativos a este tema, algunos de ellos dedicados a la obra educativa de De Fossey, en particular en Colima, ciudad donde vivió unos años y a la que llegó a apreciar. Hasta ahora no sabemos nada de los últimos años que vivió De Fossey. Si bien nunca fue un hombre particularmente jovial, es probable que el exiliado que fue sintiera un profundo desencanto al final de su vida, como francés de nacimiento y formación y luego como mexicano por su familia y los empeños de toda su vida en México.

Existe una bibliografía modesta relativa a Mathieu de Fossey, accesible en medios electrónicos, razón por la que no se incluye en la presente edición. Sólo señalaré los trabajos en curso de David A. Olvera-Ayes sobre De Fossey que, en mayo de 2021, sólo aparecen como comunicaciones privadas a algunos autores.

Mi agradecimiento tan merecido como cálido para Beatriz Morán, quien revisó el texto de la traducción con la pericia que la caracteriza, y para Pilar Vázquez, quien remedió mi notable incompetencia en prácticas electrónicas.

Solange Alberro

PREFACIO

Numerosos libros se han publicado ya sobre México: arqueología, historia natural, política, etnografía, costumbres, usos, religiones, comercio, industria, de modo que aquel hermoso país ha sido estudiado en muchos aspectos y, sin embargo, se puede decir que, salvo la gran obra del señor de Humboldt, uno de los monumentos que honran un siglo, México no inspiró ninguna obra científica o literaria digna de recordarse. Obviamente, los viajeros no carecieron de talento para dar a conocer aquella parte del continente americano, pero ellos se encontraban en una situación falsa para poder opinar acertadamente, y también en condiciones desfavorables para describir lo que veían sus ojos. Por sólo hablar aquí de quienes describieron aquel país como viajeros o que lo estudiaron como filósofos y moralistas, la mayoría de ellos escribieron a la carrera y por tanto sin esmero, dejando en la sombra los hechos más interesantes, mientras se dedicaron largamente a hechos secundarios que no merecían ser consignados. En cuanto al carácter y a las costumbres de los mexicanos, impera la fantasía y son representados bajo los peores aspectos. Para describir con verdad un país nuevo, no basta quedarse en él algunas semanas y hace falta dedicar tiempo al asunto. Con tanto más éxito cuanto uno se aleja totalmente de los prejuicios de nacionalidad. Sin embargo, bien parece que la mayoría de los viajeros del viejo continente que llegan a visitar el nuevo cuidan de traer consigo, como parte esencial de su equipaje, sus prevenciones nativas, sus ideas preconcebidas, sus opiniones prejuiciosas. Detractores de nacimiento y críticos de cuanto ven por primera vez, no aceptan nada de lo que se les presenta bajo una forma desconocida para ellos. Sus costumbres y su educación europea se oponen a la independencia de su pensamiento y no lo gran opinar acertadamente sobre los hombres y las cosas de una tie-

rra extraña. Están fascinados por su nacionalidad: a menudo son, de muy buena fe, injustos y denigrantes, por no ser capaces de tomar en cuenta las diferencias que introducen en los pueblos la diversidad de origen y de raza y sobre todo del clima, al que Montesquieu otorga con razón una gran importancia en las costumbres. En suma, estos observadores superficiales o prejuiciosos apenas aceptan reconocer que se puede encontrar talento, razón, heroísmo y virtudes en un pueblo que no habla sus lenguas y viste de otra manera que ellos. Esto nos hace recordar el ameno chiste de Montaigne respecto de los tres salvajes que fueron presentados al rey Carlos IX en Rouen, los que se expresaron de un modo tan sabio como prudente: “Esto no está mal: ¡pero vaya, ellos no llevan greguescos!”

He vivido mucho tiempo en México y lo recorrí varias veces por todas partes. Mis proyectos, mis aficiones o los azares de la vida me llevaron aquí y allá, desde la choza del colono o la tienda del viajero hasta los mayores centros de población. Sin enajenar mi independencia, he aceptado en aquel país desempeñar funciones honradas y mis obligaciones me granjearon numerosas relaciones: mi corazón concibió numerosas amistades que serán siempre valiosas para mí y que me consolaron durante mi largo exilio, pese a que éste fuera voluntario. De modo que vi bajo todos sus aspectos, todas sus latitudes, aquella tierra tan fecunda y de tan ricos coloridos, y estudié todos los grados de su civilización, desde el indio que vive en las soledades más lejanas hasta el ciudadano de la metrópolis, aquella sociedad mexicana aún mal conocida o, al menos, mal considerada. Lo que vi, lo que sentí, lo escribí: así es como nació esta obra. Puedo decir, a mi vez, como Montaigne, a quien acabo de citar: éste es un libro de buena fe.

Pese a mi deseo de no herir a nadie, no ignoro que algunas páginas de este libro van a herir la susceptibilidad de muchos mexicanos. ¿Qué puedo hacer? No quise escribir sólo un panegírico. Estimo demasiado el papel del escritor para rebajarlo al del adulador, pese a todo. Dije la verdad porque quiero ser útil. Me parece que es la única manera de saldar mi deuda de hospitalidad con este país. Pero al escribir este libro sobre México, yo no podía olvidar, como francés, a Francia. Para el viajero lejano, la patria es siempre el pensamiento secreto acariciado en lo profundo del corazón, el más querido entre

todos. Por tanto, este libro interesa también a los franceses. Además, ¿de qué país se puede hablar hoy en día, en el que la civilización de Francia no haya brillado y dejado su influencia? Esta influencia francesa es ahora muy fuerte en la sociedad mexicana y ninguna nación puede rivalizar con la nuestra en este punto. Lo quise averiguar. En cuestiones de otro tipo, también traté de mostrar, en la medida de lo posible, que la dominación francesa es la única que podrían soportar los mexicanos, en caso de que ellos solicitaran algún día una intervención extranjera, o si los gabinetes de Europa se la impusieran por ser imprescindible para su propia seguridad.

Este libro atañe a casi todas las cuestiones. El político y el economista lo leerán con provecho, el comerciante encontrará aquí advertencias útiles, el colono unos datos importantes, el arqueólogo y el turista algunas nociones que los guiarán durante sus viajes. También el naturalista podrá encontrar en él muchas cosas que no habían sido observadas hasta ahora.

Aquí no me apegué a una metodología muy rigurosa: dejo un tema y tomo otro, y luego regreso al que había olvidado. Las nociones y los hechos conectados por relaciones naturales están dispersos, mezclados con nociones y hechos de orden totalmente distinto. Una distribución lógica de las materias podría ser más cómoda para el lector que quiere instruirse, pues ésta facilitaría sus investigaciones. Esto es cierto, pero en este libro me dirijo mucho menos a los científicos que a la parte más ilustrada de la sociedad. Yo viajo, y digo lo que veo en el camino. Al seguirme en mis excursiones se puede gozar del placer de la variedad, que tanto atrae a todo el mundo. ¿Habré logrado mi meta, al alejarme de las reglas de una metodología rigurosa? Le toca al lector contestar esta pregunta.

CAPÍTULO I

Proyectos sobre la comunicación de los dos mares por el istmo de Panamá, el lago de Nicaragua y el río del Coatzacoalcos.- Colonización del Coatzacoalcos.- Proyecto del señor Laisné de Villevêque.- Salida de El Havre.- Idea del viaje.- El *Petit Eugène* y *La Glaneuse*.- Paso de la barra de Minatitlán.- Mentiras de los directores de la colonia.- Desastres de las expediciones y motivos de sus desgracias.- Campamento a orillas del río.- Indios de raza pura, indios mestizos.- Viaje a Acayucan.- Cosoliacac.- Altipan.- Doña Marina, también llamada *La Malinche*.- Costumbres de los habitantes de Altipan.- Primera comida mexicana.- Gritos en el desierto.- Episodio sobre la caza del mono.- Pueblo de Soconusco.- Acayucan, su situación.- Niguas.- Cultivos abandonados.

La idea de unir el Atlántico al Gran Océano por un canal que cruce el continente americano ha sido seriamente estudiada varias veces. Hábil ingenieros fueron enviados desde Europa por los reyes de España con el fin de explorar los lugares que resultarían los más adecuados para la realización de aquel proyecto. Pero, fuera porque juzgaron que las dificultades no podían resolverse o porque los costos parecieron excesivos, se abandonó el asunto, a pesar de que aquella comunicación interoceánica hubiera acortado las distancias, facilitado las transacciones comerciales con la costa occidental del nuevo continente y creado riquezas para la región que abriría de esta manera el paso de las mercancías de Europa, América y Asia.

El lago de Nicaragua, el istmo de Panamá y el de Tehuantepec fueron los tres puntos propuestos para la unión de ambos mares. Si bien el primero ofrecía una comunicación más fácil y el segundo un trayecto más corto, el istmo de Tehuantepec llamó más particularmente la atención de España y las Cortes que, al adoptar las conclusiones de la Regencia del reino en el mes de abril de 1814, autorizaron al gobierno a emprender los trabajos para el canal proyectado.

Una nueva expedición a estos lugares tuvo lugar en 1842, por parte de un capitalista de México, el señor José Garay, quien había obtenido una amplia concesión territorial en las orillas del Coatzacoalcos, con la condición de establecer allí una colonia y de abrir una comunicación entre ambos mares. Los ingenieros encargados de esta comisión reconocieron la posibilidad de canalizar el istmo por medio de los ríos del Coatzacoalcos, del Malatengo, del Chichihua, del Tarifa, del Monetza y del Chicapa, los que, a partir de la llanura de Tarifa, fluyen en sentido contrario: los cuatro primeros hacia el golfo de México y los dos otros hacia la laguna de Tehuantepec.

Sin embargo, este proyecto estaba por encima de las fuerzas de un vulgar especulador. Así, el señor Garay sólo pensó en lograr beneficios sobre la venta de su privilegio. Transcurrieron varios años en trámites infructuosos con inversionistas europeos. Todos quedaron deslumbrados, pero ninguno se atrevió a entrar en un negocio tan importante. Por fin, el estadounidense Sloo compró el privilegio y este acontecimiento volvió a mover los intereses y las pasiones de los mexicanos y de sus ambiciosos vecinos. La guerra se había vuelto inminente entre los dos pueblos cuando el presidente Ceballos, al tomar el poder a principios de 1853, supo hábilmente conjurar la tormenta.

Desde entonces, a pesar de la espera general, la Compañía americana no hizo nada. Después de habérselo propuesto, retrocedió ante las dificultades. Mientras los trabajos para abrir el istmo de Panamá se estaban acabando, la vía de unión por el Coatzacoalcos seguía siendo un problema (1).

Si los estadounidenses hubieran procedido en esta circunstancia con la actividad que convierte a las sociedades anglosajonas en un enjambre de abejas, esta obra estaría casi terminada y la cantidad de poblaciones que llegarían desde América y Europa fecundarían ya estas riberas silvestres con su limo civilizador, al cambiar en cultivos metódicos una vegetación desordenada y en frutas preciosas unos productos estériles.

Esperando que esta transformación se lleve a cabo por el poder de acción de aquellos incansables pioneros, se leerán con interés algunas noticias sobre la naturaleza de los lugares de los que hablamos, sobre su clima, sus productos, así como sobre la solución del problema de la colonización en este país, al que un desgraciado intento dejó una mala fama. Pero antes de empezar, volvamos a las causas que me llevaron al Coatzacoalcos, y a las circunstancias de mi viaje relacionadas con la colonización.

Después de los acontecimientos de 1830, decidí buscar en América medios de existencia independientes de las opiniones políticas y de cualquier sistema de gobierno. El señor Laisné de Villevêque acababa de publicar sus escritos sobre la colonia del Coatzacoalcos y, de todos los rincones de Francia, colonos de condiciones diversas acu-

dían a El Havre, entusiasmados por aquella tierra prometida, por la que dejaban su patria, la que tantos de ellos no iban a volver a ver. A mí también me sedujeron las promesas de este cuestor de la Cámara de Diputados, al que yo suponía honrado y sensato, y me fui a El Havre con los señores Gabard y De Bourges, para vigilar el cargamento del navío que iba a llevarnos a México.

Detengámonos un momento para echar un vistazo al prospecto publicado por el señor Villevêque. El gobierno mexicano, según decía, buscando poblar el istmo de Tehuantepec en las orillas del Coatzacoalcos, le había concedido para ello un territorio muy amplio en la orilla derecha de aquel río, a unas cincuenta leguas de su embocadura. Para animar a los colonos, les había concedido por diez años una exención de los derechos de entrada sobre todas las cosas necesarias para la colonia. El señor Giordan, asociado del señor de Villevêque, quien se había establecido en las orillas del río, era el dueño de una plantación magnífica de caña de azúcar, de maíz y de varios cientos de miles de cafeteros, cacaoteros, naranjos, plátanos, etcétera. Él iba a recibir a los colonos a su llegada, les proporcionaría de inmediato los medios para establecerse lo más rápida y cómodamente posible sobre la concesión y nos brindaría todos los socorros que pudiéramos necesitar. Luego se recomendaba a los jefes de los establecimientos no llevar dinero ni plata, porque no les serían en absoluto útiles en el desierto, pero sí debían proveerse de víveres y material importante para la explotación para seis meses después del desembarque, llevar como obreros a artesanos pertenecientes a distintos ramos, asociándolos por contrato a los futuros beneficios del establecimiento, etcétera. He aquí lo que se le decía a los colonos; veamos ahora lo que encontraron en la colonia y lo que fue de ellos.

Habíamos esperado encontrar en El Havre algún agente de los directores de la colonia para que nos guiara en las elecciones del flete y del cargamento de un navío, pero estos señores no extendían su solicitud hasta allá. Tuvimos que ocuparnos solos de detalles que nos eran desconocidos y caminar como ciegos en casi todas nuestras operaciones. Por tanto, ¿qué ocurrió? Nos engañaron en todo y particularmente en el precio, la calidad y la cantidad de los víveres que nuestro comisionario mandó embarcar.

Afortunadamente nuestra expedición se componía sólo de dos sociedades. No nos fue difícil ponernos de acuerdo y cubrir las necesidades de 45 obreros y de algunos pasajeros durante la travesía. Pero en las demás expediciones, mucho más numerosas que la nuestra, y en las que mandaban jefes que discrepaban de visión y de carácter o que habían dejado unos a otros las diligencias que necesitaban la salida y el abastecimiento del navío para una navegación de al menos dos meses, faltó una infinidad de cosas de primera necesidad. Nos dimos cuenta sólo cuando esto ya no se podía remediar.

Por fin, el 27 de noviembre de 1830, el *brick Petit Eugène* zarpó y nos dio mucho placer alejarnos de las costas de Normandía. Desde hacía dos meses el viento nos era contrario, y sólo por sorpresa algunos navíos salían de vez en cuando del puerto, aprovechando un cambio pasajero en su dirección. Por la impaciencia que la espera nos había causado, junto con el temor de entrar en el canal, dominaba en nosotros el sentimiento penoso que alberga uno al dejar su país para lanzarse a un destino venturoso.

Antes de mediodía, una lluvia helada acompañada de borrascas empezó a caer; la noche fue pésima, el día siguiente fue aún peor y nuestra marcha siguió tan a menudo acompañada por tempestades y vientos contrarios que el 1 de enero de 1831 estábamos tan sólo a la altura de las Azores, habiendo capeado tres veces en este corto trayecto.

Durante este primer mes de navegación pasamos muchas veces malos momentos. Al no tener el *Petit Eugène* espacios suficientes, tuvimos que mandar construir en la cala para nuestros obreros un entrepuente muy incómodo por su poca altura, y para nosotros, en el lugar de la despensa y la prolongación del entrepuente, una cámara que sólo recibía luz y aire por una escotilla. Además, esta única abertura quedó casi un mes herméticamente cerrada, pues las olas la inundaban en cuanto la abríamos para renovar el aire.

Nuestra recámara, que había conservado su primer destino de despensa, ofreció durante los primeros ocho días un aspecto extraño. Imagínese un cuarto de cuatro pies y medio de alto, rodeado de camas donde yacen pasajeros medio muertos por el mareo, latas de conservas cuyas tapas estallaron, panes de azúcar, costales de ciruelas pasas, de bizcochos, botes de vino y aguardiente, etcétera: todo esto

revuelto, golpeado con mucho ruido, rodando de estribordo a babor y despidiendo un olor nauseabundo.

A falta de grumete, alguno de nosotros se atrevía a veces a bajarse de la cama para componer este desorden, pero poco seguro en sus movimientos, poco sólido en un piso resbaloso a causa de un bandazo que anegaba las extremidades de la gran verga, ocurría a menudo que después de esfuerzos vanos, regresaba a su cama mojado, adolorido y pasmado de frío.

Pero el año de 1831 empezó para nosotros bajo auspicios más favorables. El tiempo se puso hermoso y pronto pudimos gozar del calor tropical casi temperado en pleno mar. El capitán nos ahorró la ceremonia ridícula y grosera del bautizo. Es más o menos lo mejor que hizo durante el tiempo que vivimos juntos (2). Esta ceremonia, que consiste en inundar con agua de mar a los pasajeros que cruzan los trópicos por primera vez, no es nada divertida y, por lo regular, sólo sirve para fastidiar a todo el mundo.

Recuerdo todavía con gusto las veladas que pasábamos en el puente, las que prolongábamos casi siempre hasta media noche. Al confiar en el porvenir, gozábamos plenamente de la dulzura de las horas presentes. Sentados en la cuarta, nos gustaba compartir recuerdos de niñez. Nuestros obreros alemanes cantaban canciones de su país y, cuando llegaba la hora del ponche, cantábamos todos a coro los refranes de Béranger.

Mientras, nuestro ruinoso *brick* iba cavando un surco de fuego en las aguas fosforescentes y avanzaba lentamente pese a tener las bonitas desplegadas, como si llevara, a pesar suyo, esta alegre reunión a una tierra de desolación. Aun cuando soplaba un viento fuerte, sólo navegábamos a unos siete nudos, y la lentitud de esta marcha nos permitió entrar en el mar de las Antillas hasta el 20 de enero. Habiendo pasado Santo Domingo y Cuba, anduvimos vagando mucho tiempo en el golfo de México, zarandeados por el mal tiempo, y sólo fue hasta el atardecer del 13 de febrero del día 79 de navegación cuando divisamos el fortín desmantelado que controla la embocadura del Coatzacoalcos.

El capitán mandó fondear, dejando para el día siguiente el paso de la barra. Todos estábamos en el puente, considerando con silen-

ciosa satisfacción la boca de este río, que considerábamos nuestro, y aquellos inmensos bosques que íbamos pronto a recorrer como amos. El aire era tranquilo, el cielo perfectamente puro y el volcán de Tuxtla¹ se dibujaba al oeste en los últimos fulgores del sol, como en medio de una gloria mágica.

La noche ya iba desplegando sus sombras cuando la vigía señaló una vela en el norte. Pronto esta vela se hizo más distinta y la vimos con sorpresa dirigirse hacia nosotros. Era el *brick La Glaneuse*, el que había salido de El Havre diez días antes que nosotros y que llevaba también 150 colonos al Coatzacoalcos. Los pobres estuvieron tres meses en el mar y padecieron las primicias de los males que los esperaban al término tan deseado de su viaje. Por la imprevisión del jefe de expedición, carecieron de lo necesario durante la travesía y las últimas distribuciones sólo fueron de unas onzas de harina que cada quien preparaba como podía para su comida; además, aparte de las tempestades que ellos atravesaron como nosotros, su navío había tocado unos arrecifes de las costas de Tabasco y los marineros trataron de defender su vida contra el furor de las olas. Sólo un azar podía salvarlos del fin trágico que los amenazaba: este azar los salvó y los abismos del mar los devolvieron al Coatzacoalcos, que los reclamaba como su presa.

La Glaneuse se detuvo no lejos de nosotros. Tuvo al día siguiente el honor de intentar pasar la primera barra. Tres navíos, el *América*, el *Hércules* y la *Diana*, nos habían precedido y ya conocíamos su suerte funesta: el primero había naufragado al pasar la barra; el segundo, sin atreverse a intentarlo, había encallado más tarde en la costa, empujado por el viento del norte; la *Diana* había entrado felizmente en el río, pero sólo había franqueado la barra para evitar correr la suerte del *Hércules*.

Por tanto, seguíamos todos los movimientos de *La Glaneuse* con ansiedad. Mientras esperábamos el resultado de su maniobra, el curso de la vida parecía suspendido en nosotros. Sin embargo, no

¹ Dicho de otro modo, el Pico San Martín, entre Alvarado y el Coatzacoalcos; hizo erupción en 1793 y las cenizas que lanzó llegaron a Perote, a 57 leguas en línea recta.

sabíamos todavía hasta qué punto era importante que se efectuara el paso. Ignorábamos que en el caso contrario tendríamos que pagar costos incalculables para mandar llevar el cargamento a Minatitlán en pequeñas piraguas que se voltean con extrema facilidad, y no habríamos podido suponer que los directores ni siquiera hubieran puesto una canoa a nuestra disposición, ni en la barra ni en Minatitlán. Los colonos de las expediciones anteriores se habían quedado treinta y cuarenta días en la playa y no lograron subir parte de su material a Minatitlán y a la concesión, sino vendiendo la otra en un precio irrisorio.

La Glaneuse tenía a bordo al práctico de barra y al capitán del fortín; el primero dirigió la maniobra y, según la dirección que ya había tomado el *América*, dejó la barra a la derecha y llevó el *brick* a un placel; luego, aprovechando el momento de disturbio y de tumulto que siguió a la conmoción que acabábamos de sufrir, regresó a su chalupa, en la que el capitán lo había precedido.

Cuando vimos este hermoso *brick* inclinarse sobre la quilla y oímos a los marineros gritar: “¡*La Glaneuse* encalló, está perdida!”, un profundo sentimiento de piedad, de simpatía y de terror nos dejó inmóviles y mudos. Cada uno de nosotros presentía instintivamente que la desgracia que golpeaba a aquellos naufragos nos amenazaba también y que el *Petit Eugène* no tendría tal vez una mejor suerte. Sin embargo, la esperanza regresó poco a poco. Nuestro capitán, cambiando enseguida de maniobra, se dirigió hacia el fuerte. Por lo tanto, avanzamos dejando a *La Glaneuse* detrás de nosotros. Pasamos la barra y el *Petit Eugène* entró en la cuenca del Coatzacoalcos a la hora misma en que fusilaron en Cuilapa al infortunado Guerrero.

Sin embargo, *La Glaneuse* trataba de salir del placel donde se encontraba. Se echó un áncora a unos treinta metros del navío. Luego, la tripulación y los pasajeros todos juntos empezaron a tirar del cable, jalando el buque sobre el áncora. Un éxito total premió sus esfuerzos: pronto se oía el roce de la quilla sobre la arena y el navío quedó boyante. Al tomar la dirección que habíamos seguido, *La Glaneuse* entró en el río y recibió el testimonio ruidoso y sincero de nuestras felicitaciones. Nos quedamos dos días en la barra. Una vez

en tierra, los colonos de *La Glaneuse* no se acordaron de que habían estado a punto de ser víctimas de la impericia o de la perfidia del piloto;² sólo pensaron en preparar con el producto de su caza una comida que les hiciera olvidar las privaciones padecidas a bordo.

El primer pájaro que mis gentes mataron no me dio una buena idea de la caza americana: se trataba de aquellos buitres llamados en México zopilotes y en Nueva Orleans carancros;³ se nutren de animales muertos y hacen de basureros. Mientras mis gentes desplumaban aquel pájaro, les asombraba su hediondez; ésta se volvió tal cuando lo vaciaron que, renunciando a su tarea, echaron a los peces del río aquel primer trofeo de su destreza. Ahí donde hay una choza, se ven zopilotes, que abundan sobre todo en Veracruz. Todo revela en ellos la bajeza de sus funciones, pues hay algo horrendo en la forma de su cabeza y en la piel negra y arrugada de su cuello.

Minatitlán, lugar de residencia del aduanero, era también donde descargamos. Aunque no hay más que unas diez leguas del mar a aquel pueblo, llegamos hasta la noche; sin embargo, no se nos hizo largo el tiempo. Observábamos con mirada ávida los bosques que pasaban delante de nosotros, el curso del río que en algunos lugares es de gran belleza, las masas verdes de ramas entrelazadas que avanzaban de cada lado hasta 15 o 20 pies de las orillas, a veces curvándose en arcos, a veces al ras de la superficie del agua. Aquí era el Uspanapan, que baja de los montes de Chiapas llevando a Coatzacoalcos el tributo de sus aguas transparentes. Más lejos, Barragantitlán,⁴ cuyas chozas de cañas dominan el río; algunas mujeres de cuerpo cobrizo y desnudo hasta la cintura miraban el navío con inquietud, y los hombres, al detener el movimiento de sus hamacas, parecían sorprendidos de la novedad del espectáculo. De vez en cuando se podía ver, tendido en la arena, un caimán que, al acercarnos, optaba por

² Los pecios de los navíos eran una rica presa para aquel piloto y para sus vecinos de la barra.

³ De la palabra inglesa corrupta *carrion-crow*. Es el *Cathartes urubú* (zopilote de cabeza negra).

⁴ Este pueblito ya no existe, los indios lo abandonaron a causa de los mosquitos.

regresar a las aguas, o una iguana⁵ de un verde dorado que, después de intentar dar unos pasos para huir, se detenía mirándonos de manera inteligente, para medir el peligro que podía amenazarla.

Al día siguiente de nuestra llegada a Minatitlán, cuando los tintes rosados de la aurora empezaban a dorar las cimas de los manglares que bordean la orilla, bajamos a tierra para visitar las supuestamente hermosas plantaciones y los susodichos extensos cultivos del señor Giordan. Al desembarcar nos recibieron algunos de los primeros colonos, los que no teniendo ya ni sociedad, ni obreros, ni dinero, se encontraban sin recursos en esta aldea selvática, a dos mil leguas de su país. Pero lo que más nos sorprendió fue enterarnos de que el director de la colonia no tenía una bellísima habitación sino en su imaginación, y que todas sus posesiones se reducían a una pequeña choza de madera y un jardín de diez metros cuadrados.

Le habríamos hecho pagar caro nuestra decepción a aquel miserable, de haber estado él en el lugar donde debía estar, pero desde hacía mucho tiempo se había visto obligado a huir para sustraerse del furor de los colonos.

No teníamos ni dos horas de haber llegado cuando casi la mayoría de nuestros obreros que podían ejercer un oficio vinieron a declararnos con cierta grosería que nos dejaban. Se habían enterado de que los alcaldes de los pueblos vecinos, lejos de obligarlos a cumplir con sus compromisos con nosotros, favorecían su desertión y les pagaban una piastra al día, y a veces más, para que trabajaran en sus casas.

En el momento en que dirigíamos los reproches más duros a estos hombres, que violaban un compromiso sagrado y nos estafaban el costo de su pasaje, el capitán vino a decirnos que el administrador de la aduana exigía 400 piastras (dos mil francos) de derecho de tonelaje del *Petit Eugène* en el puerto de Coatzacoalcos. Después de algunas reclamaciones, pagamos. Afortunadamente habíamos traído, pese al consejo del señor De Villevêque, el dinero suficiente para satisfacer el arancel cuya existencia nos había sido comunicada. Pero cuando el aduanero nos

⁵ La iguana es una especie de lagarto inofensivo de dos a tres pies de largo; su carne delicada se parece a la de la rana y la del pollo, sus huevos son mejores que los del bogavante. Una de las que comimos llevaba 39 huevos en el vientre, gruesos como los del pichón.

anunció, además, que debíamos pagar derechos sobre todo lo que teníamos, nuestra indignación estalló. Tuvimos que resolvernos a echar mano de lo que para nosotros era una cuestión de vida o muerte, nuestro material de explotación, e incluso de nuestras provisiones de boca: la pólvora, el plomo para cazar, el plomo en salmón, el hierro, el acero, las cadenas, el cordaje, pedazos de telas y hasta los quesos de Holanda, todo se entregó a la aduana. El administrador retuvo para los derechos lo que se le antojó y nos devolvió el resto, es decir, muy poca cosa y como si fuera un favor, más de un mes después de haber desembarcado.

La desesperación empezó entonces a cundir entre los nuevos colonos que habían venido sin una determinación fuerte y bien arraigada. Lo vieron todo perdido sin remedio, y arrastraron con ellos a aquellos cuya resolución era la más firme y tenían los planes mejor elaborados. Por lo tanto, nuestras sociedades se desbandaron y ninguna fue a la concesión. Algunos se establecieron en Almagres, un pueblito situado a la orilla derecha del río a ocho o diez leguas de Minatitlán, donde se quedaron hasta que se les acabaron los recursos, y los demás se fueron a Acayucan, San Andrés, Veracruz y México.

En lugar de los 300 colonos al menos que debían encontrarse reunidos en la concesión, ofreciendo ya los recursos de un cuerpo compacto y organizado, ahora no quedaba más que una docena de ellos dispersos aquí y allá, los que se empeñaban en quedarse en los bosques, ocupados en cazar para vivir más que en desmontar y cultivar para el futuro.

De modo que, aun cuando nuestras sociedades hubieran quedado intactas sobre las tierras de la concesión, con obreros llenos de ánimo, celo y actividad, hubiera sido casi imposible mantenerse allí y, más aún, hacer que floreciera un establecimiento. Para alcanzar esta meta habría sido necesario llegar a un lugar ya preparado para recibirnos, donde antes se hubieran talado los bosques, construido chozas, piraguas, y sembrado maíz en las tierras favorables para este cultivo, lo que nuestra falta de experiencia no podía adivinar. Pero los directores no habían invertido una sola piastra en el interés de la colonia. Por tanto, la colonia no encontró en aquella tierra más que dificultades innumerables y de toda clase, que paralizaban todos sus esfuerzos y le negaban cualquier esperanza de éxito.

Los primeros colonos tuvieron que dedicarse de inmediato a talar los bosques y a preparar las tierras destinadas al cultivo: cambiaron súbitamente de manera de vivir, al pasar del reposo absoluto del navío a las faenas más rudas bajo un cielo de fuego. Y esta brusca transición, que cuidadosamente se debe evitar bajo los trópicos, trajo pronto con ella enfermedades y muertes. Durante el desmonte tuvieron que luchar contra la naturaleza bajo mil formas diferentes: la dureza de los bosques, el grosor y el tamaño de los árboles, los reptiles, los insectos de toda clase y particularmente los mosquitos, cuyas nubes enteras venían a hostigar a los trabajadores y causaban a estos desdichados hinchazones y plagas espantosas de ver.

Por fin, después de muchas desgracias y pruebas, la esperanza empezaba a renacer. Un terreno bastante grande era cultivado; cada día notábamos con alegre sorpresa los progresos de una vegetación prodigiosa, las chozas se ampliaban con construcciones nuevas o con algún mueble útil. Pero entonces llegaron las lluvias, las inundaciones, y los colonos, desesperados, vieron cambiarse en lagunas sus hermosos cultivos. Todo se perdió y varios colonos, prisioneros en sus chozas por la subida de las aguas, no lograron escapar sino con muchas dificultades.

La estación de las lluvias es la de las enfermedades. Atacan con violencia a los europeos recién desembarcados, cuando ellos ignoran las precauciones necesarias para evitarlas o cuando les faltan los cuidados y remedios necesarios para combatirlas. No existe la fiebre amarilla en el Coatzacoalcos, pero hay fiebres intermitentes o atáxicas más o menos peligrosas. Habían muerto, en el espacio de algunos meses, al menos unas sesenta personas de las 350 que nos habían precedido.

En lo peor de estos desastres fue cuando todos los colonos, al abandonar sus desiertos invadidos por las aguas, las enfermedades y las desgracias de toda clase, empezaron a dispersarse por todo México. Aquellos que vivían en la concesión de las orillas de la Sarrabia⁶ se fueron a Guichicovi, Tehuantepec y Oaxaca, donde se entregaron a distintas actividades, o a Veracruz, para volver a embarcarse, mien-

⁶ Afluente del Coatzacoalcos.

tras los que estaban menos alejados de los Almagres o que se habían establecido en Uspanapan regresaron a Minatitlán.⁷

Aquel pequeño pueblo se convirtió en un hospital carente de enfermeros. No se veían en todas las chozas más que moribundos abandonados o convalecientes de piel amarilla, cuya sensibilidad quedaba debilitada por los sufrimientos.

Sin embargo, la guadaña de la muerte, golpeando ciegamente, respetaba unas viudas y unos huérfanos. Algunas madres de familia sin recursos encontraron en su ternura materna la fuerza necesaria para luchar contra tantas desgracias. Pero otras, después de vencer las angustias de la enfermedad, sucumbieron a las de la miseria. Algunos niños fueron recogidos por caridad por criollos de la costa, otros se convirtieron en sus domésticos, y algunas jóvenes llevadas por la desesperanza del abandono cayeron en vergüenza.⁸

Tal era más o menos el estado de la colonia cuando desembarcamos; sin embargo, el relato de estas desgracias no hizo sobre nosotros más que una impresión pasajera.

La estación a la cual estábamos llegando era la más hermosa del año. La naturaleza, como si quisiera seducirnos, desplegabá ante nosotros sus riquezas y esplendores, y nuestra atención era distraída por una cantidad de productos curiosos. Las frutas eran excelentes, la caza abundante y llena de interés. Gozábamos de todo, encantados por esta vida nueva, ¡como si las desgracias pasadas no pudieran regresar de nuevo!

Habíamos mandado levantar nuestras tiendas a la orilla del río, a poca distancia de las chozas del pueblo, construidas sobre una loma, y los obreros que se habían quedado con nosotros por fidelidad habían construido algunas pequeñas cabañas de ramas de palmeras. Los colonos de *La Glaneuse* habían levantado también, sobre una línea perpendicular a la orilla, chozas de ramas que parecían bosquecillos y que proporcionaban a aquella playa algo de frescura y de fiesta campirana.

⁷ Minatitlán y los pueblos de la región de Coatzacoalcos son insalubres, pero en la concesión, el clima es salubre.

⁸ Estas desgracias golpearon particularmente a los obreros colonos.

Para nosotros, las mañanas estaban realmente llenas de encanto. En cuanto salían los primeros rayos del sol, ahuyentando a los mosquitos y penetrando en el cáliz de las flores para beber sus perfumes con el rocío de la noche, uno disfrutaba de un aire fresco y perfumado que se respiraba con delicias. El grito de la chachalaca⁹ anunciaba el amanecer de los bosques y los pájaros entonaban su himno matinal. Era cuando nuestro campo empezaba a animarse. Unos, con la escopeta en el hombro, salían para cazar; otros, con el hacha en la mano, iban a cortar leña para encender los fuegos de la mañana. Algunos indios (3) de los pueblos vecinos llegaban cargados de frutas y de azúcar que nos vendían barato, y otros, empuñando machetes,¹⁰ corrían a sus piraguas para ir a plantar lejos su maíz y sus plátanos o cazar las tortugas o las iguanas del río.

A las diez de la mañana el calor empezaba a volverse incómodo. Las chozas de palmeras frescas propiciaban un asilo fresco, pero mi tienda era inaguantable: el calor desde medio día hasta las cuatro horas hacía subir el termómetro de Réaumur a los treinta grados, de suerte que nos veíamos obligados a abandonarla durante el día y a llevar nuestros trastes nómades a la orilla del agua, bajo la sombra de un tamarindo.

Una hora antes del ocaso, el pueblo salía por segunda vez de su modorra: las mujeres iban a buscar agua a la fuente, los indios traían forraje verde para nuestros caballos (4), los bañistas llegaban en gran número a la orilla del río y nuestros cazadores que habían salido por la mañana regresaban a sus piraguas llenos de caza que recordaba la montería de *Saint-Germain* después de una caza de Carlos X.

Las orillas del Coatzacoalcos rebozan de pájaros de formas graciosas u originales y revestidos con los colores más vivos. Un naturalista puede lograr allí una colección fácil y preciosa. En cuanto a nosotros, ocupados por intereses inmediatos, vimos todo esto con una mirada distraída, sin poder pagar nuestro tributo a la ciencia. Sin embargo, siempre era una pena renovada ver despojar de sus más hermosos adornos a los pájaros más raros, pues el sabor de su carne no siempre correspondía al de su plumaje. El magnífico loro rojo de

⁹ *Chachalacamelt* de Hernández, *Crax vociferans*.

¹⁰ El machete sirve a los indios de arma y de instrumento de cultivo.

alas azules y amarillas, el tucán, la garceta blanca servían para preparar la sopa de mis gentes, mientras que el hoco de penacho festoneado, destinado a mi comida, era asado sin piedad.

En cuanto bajaba el sol los mosquitos nos invadían. Los loros, volando de dos en dos, se enfilaban hacia Tabasco y las miríadas de luciérnagas¹¹ luminosas que cubrían las marismas lanzaban por momentos chispas más brillantes.

Entonces, frente a cada choza, chispeaba la llama de una fogata alrededor de la cual nos reuníamos para evitar la importunidad de los mosquitos que el humo alejaba. Allí, desplumando la caza para la comida de la mañana siguiente, cada uno contaba lo notable que le había ocurrido en sus excursiones, qué animales nuevos había entrevisto, los insectos singulares que había descubierto, las serpientes monstruosas que había podido matar y las impresiones de sorpresa o de terror que había experimentado. La alegría era general y las risas ruidosas que salían de todos los círculos sólo cesaban cuando el sueño nos llamaba bajo nuestros mosquiteros.

Transcurrieron tres semanas de este modo; los colonos de *La Glaneuse* se dispersaron poco a poco y nos quedamos unos cuantos en Minatitlán, esperando lo que la aduana debía devolvernos. Acampamos más de un mes en el río, pero la alegría había disminuido. Ya las enfermedades empezaban a asolar nuestros rangos, y no transcurría una semana sin que nos enteráramos de la muerte de algún recién desembarcado.

Pude todo el tiempo observar la singularidad del carácter del hombre cuando se encuentra lanzado fuera de su esfera acostumbrada. Había pensado que, arrojados a una tierra lejana, unidos por los mismos intereses, fraternizaríamos todos; que el solo hecho de ser franceses o colonos constituiría un derecho a nuestra confianza y a nuestra amistad, y que, teniendo a menudo la necesidad de acudir a nuestros vecinos, habríamos estado más dispuestos a mantener relaciones con ellos. Ahora bien, apenas desembarcamos, resultó que quienes fueron amigos en el navío se volvieron indiferentes unos con otros. Cada uno obraba sin preocuparse de nadie y se volvía ajeno a

¹¹ Luciérnagas coruscas.

todos. Estuvimos revueltos casi un mes con los colonos de *La Glaneuse* y, sin embargo, había entre ellos y nosotros tan pocas relaciones que, con muy pocas excepciones, ignorábamos hasta sus nombres. ¡Nos hallamos cara a cara muchas veces y casi siempre sin dirigirnos la palabra! Se podía creer que nuestros intereses eran contrarios y que nos mirábamos con celo en un mismo teatro.

Hablo al menos de lo que acontecía con quienes, tomando en cuenta seriamente su posición, estaban preocupados por el futuro incierto. Porque había también entre los colonos hombres apasionados por los placeres, vueltos amigos por el vino y los naipes, pero que ante los primeros golpes de la desgracia se desalentaron del todo.

Se encuentran en esta costa de México unos indios de raza pura, mestizos,¹² negros y zambos, nombre que se da a la mezcla de razas indias y africanas. Los indios son de carácter dulce y costumbres sencillas, los otros son astutos y llenos de vicios. Los mestizos y los zambos tienen la mente más aguda que los indios de los climas cálidos, de modo que tendrían una buena condición si no estuvieran devorados por la pasión del juego.

Llegaban muchos de ellos de los pueblos vecinos para comprarnos armas y pólvora. Su traje es original. Por encima de un calzón de paño de Pontivy, que baja hasta media pierna, llevan otro de terciopelo del mismo largo, bordado con oro o plata y abierto a los lados desde arriba de la rodilla, de modo que puede moverse libremente y ventilar las piernas. Este calzón está retenido en la cintura por una faja de franjas de oro cuyos cabos caen por detrás. Su camisa, de pechera y puños, es de una tela muy fina y de un blanco resplandeciente; sus zapatos son de piel de ciervo con forma de botines abiertos por dentro para impedir que allí se concentre el calor, y están provistos de enormes espuelas con estrellas de 2.5 pulgadas de diámetro, de las que se desprenden al bajarse del caballo. Su sombrero es de fieltro negro o gris, con grandes alas adornadas de galones de oro de plata y está aderezado con una toquilla¹³ del mismo metal. Finalmente, un

¹² El cruce de razas india y europea produjo los mestizos.

¹³ La toquilla es un cordón redondo del grosor de un meñique, que da dos o tres vueltas alrededor del sombrero.

cuchillo colgado a su lado, cuya riqueza varía según los individuos, complementa este traje. Hablaremos más tarde de sus caballos y de los arneses con los que se les adorna.

En cuanto a los indios de climas cálidos, su indumentaria es la más sencilla posible. Se compone de un calzón de tela y de un sombrero de hojas de palmeras. Las mujeres se envuelven en una tela de algodón desde la cintura hasta las rodillas y cuando salen del pueblo se cubren la espalda y el pecho con un pedazo de la misma tela en cuyo medio ellas sacan la cabeza.¹⁴ La mayor limpieza impera entre estos habitantes de las costas y todas las piezas de su vestimenta siempre son recién lavadas. Las mujeres se bañan al menos una vez al día, se enjabonan la cabeza, el cuerpo y trenzan luego sus cabellos, dándoles suavidad y brillo con el aceite que sacan del hueso de mamey.¹⁵

En la provincia de Coatzacoalcos hay muchos pueblos de indios de raza pura que no conocen más lengua que la de los aztecas. Algunos, llamados por los criollos “gente de razón”, hablan español y sirven de intérpretes. Los viajeros tienen muchas dificultades en medio de estas poblaciones indígenas si no encuentran a un intérprete. Al llegar a un pueblo de indios se alojan por derecho en la casa común, a donde el alcalde tiene la obligación de mandarles dos topiles, o sea dos adjuntos, los que, mediante una corta retribución, atienden a sus caballos y preparan la cena. Esta casa sólo consta de un cuarto, amueblado con una mesa y un banco, que constituye el tribunal del alcalde, de suerte que uno se ve obligado a dormir en el suelo si no ha tomado la precaución de traer una cama.

Durante los dos meses que pasé en Minatitlán recorrí los pueblos de los alrededores, buscando los lugares más apropiados para que pudiera establecerme en ellos. Al haberme parecido adecuada por las posibilidades que ofrece la posición de Acayucan, decidí asentarme allí, y cuarenta mulas trajeron mi bagaje. En aquellos caminos poco concurridos, los arrieros no toman por carga más que la mitad o la

¹⁴ Esta parte del traje se llama “huipil”.

¹⁵ Todas las frutas cuya forma es más o menos esférica y cuyo hueso es duro están comprendidas en lengua mexicana bajo el nombre genérico de *tzapotl*, que los españoles cambiaron a “zapote”. El mamey es también un zapote (Clavijero).

tercera parte del peso que suelen recibir aquellos que frecuentan las grandes rutas, que está fijado en 400 libras por bestia. Son pobres y sólo tienen mulas malas y debilitadas por una nutrición insuficiente.

El camino de Acayucan está trazado en medio de bosques cuyos árboles apretados y enredados en su crecimiento por la lujuriente vegetación sólo presentan masas impenetrables de ramas, lianas y espinas. Por encima de las olas de esas masas verduzcas y negras, emergen aquí y allá palmitas de colores tiernos, ficus frondosos, palos de fierro, ceibas cuyas raíces salen de la tierra a una altura de 12 a 15 pies. De cada rama adornada con los brillantes colores del satirión cuelgan lianas desiguales fantásticamente entrelazadas a las de las ramas vecinas, en las que juegan a veces monos chicos que se mecen sobre columpios naturales y se lanzan de un árbol a otro, viajando de esta manera en las profundidades de aquellos bosques.

El primer pueblo que encontramos al salir de Minatitlán fue Cosoleacac, cuyas casas de adobe cubiertas de palmeras reciben la sombra de naranjos y de cidras siempre llenos de flores. Las mujeres del lugar son bastante hermosas, aunque demasiado entradas en carnes.

Luego viene Altipan, pueblo muy antiguo cuyos habitantes son de raza pura, como los de Cosoleacac. Es, según la tradición del país, la patria de la famosa india doña Marina (5). Clavijero dice que nació en Painala, pueblo de la provincia de Coatzacoalcos, pero las informaciones a las que tuve acceso no me han indicado que algún pueblo con este nombre exista o hubiera existido. En otra historia de México se lee que ella era de Huilotla, y tampoco he tenido noticias de ese lugar. Sin embargo, existe cerca de Acayucan el pueblo de Holuta, conocido por ser muy antiguo y haber sido bastante poderoso; tal vez se refieren a éste. Sin embargo, con o sin razón, Altipan reivindica el honor de haber sido la cuna de aquella mujer cuyo genio abrió a Cortés la vía a México.

Las mujeres de este pueblo justifican su antigua fama de belleza. Entre estas indias fue donde vi las formas más perfectas, aunque con contornos demasiado visibles. Su traje es además muy apropiado para hacerlas resaltar, pues la única parte de su cuerpo que está cubierta se encuentra moldeada por la tela apretada que la envuelve.

En estas comarcas tan calurosas la naturaleza es precoz y las jóvenes de 13 o 14 años parecen ser de 18 o 20 años; pero si su desarrollo es rápido, su belleza desaparece rápidamente también, pues sobrevive raras veces a la edad de 25 años. Aunque el crecimiento sea más lento en los muchachos, no es excepcional, sin embargo, encontrar a un chico de 14 o 15 años que ya sea padre de familia. Acontece también muy a menudo que un padre de familia case a su hijo antes de la pubertad y se arrogue sobre la joven esposa unos derechos que al hijo ni siquiera se le ocurre disputarle aún.

La inmoralidad impera en todos los pueblos de Coatzacoalcos, y sobre todo en Altipan. Aquí, todo está revuelto, todos los deberes son ignorados: un hijo con su madre, un padre con su hija, un hermano con su hermana, llevan juntos relaciones incestuosas e intercambian de manera escandalosa sus derechos más sagrados. Sin embargo, el amor, el verdadero amor, es desconocido por ellos. Los dos sexos no son atraídos uno hacia el otro sino por la mera atracción de un placer puramente egoísta, y se vuelven indiferentes el uno al otro en cuanto se separan (6).

El cura de Altipan ayudó mucho a los colonos. Les dio socorros de dinero, los recibió en su casa, los cuidó en sus enfermedades y, aunque fue engañado por algunos a pesar de sus buenos procedimientos, jamás mostró resentimiento, y su celo y su caridad hacia los demás no se enfriaron.

Llegado temprano a Altipan, decidí pasar el día allí. El calor empezaba a ser insoportable y los que me seguían a pie estaban cansados; se habían acostado a la sombra de un naranjo cuyas frutas bajaban hasta el suelo, y me costó trabajo impedirles abusar de la prodigalidad de la Pomona americana. Aquel día comimos muy a lo indio: nos sirvieron tasajo cocido con chile rojo, frijoles negros y tortillas.

El tasajo, llamado *tassao* en nuestras colonias, es una carne de res que ponen a secar al sol después de haberla salado y cortado en tiras. Siempre conserva un olor y un sabor poco agradables.

Los mexicanos ponen chile en abundancia a todos sus guisos; incluso hay muchos indios miserables que sólo se alimentan con tortillas y chile. Estas tortillas, que se comen por doquier en México a guisa de pan, se hacen con maíz remojado en agua de cal y luego

molido. Cuando la masa está lo suficientemente preparada, la cuecen como galletas redondas y delgadas en un plato de barro expuesto a la llama de un fuego fuerte. Para que la tortilla sea soportable hace falta comerla muy caliente. Se moldea cada bocado de modo que uno pueda usarla como si fuera una cuchara y los dedos hacen de tenedores y cuchillos.

Los frijoles son la parte esencial de todas las mesas mexicanas: para el desayuno, la comida y la cena, en casa del rico como en la del pobre, se sirve un plato de frijoles con manteca, a modo de entremés.

Hablando de la manera de preparar y de cocer la tortilla, ya mencioné todos los muebles de una choza de indios. En efecto, después de la piedra sobre la que se muele el maíz,¹⁶ el plato sobre el cual se cuece la masa, el tarrito en el que se hace el atole,¹⁷ utensilios de primera necesidad que la mujer trae como dote a su marido, el mobiliario no se compone más que de un petate de junco que sirve de cama, de mesa y de asiento. Si añadimos a esto un cántaro, algunas tazas de calabaza y una imagen cubierta de humo de la Virgen o de algún santo, se tiene el inventario de lo que se puede encontrar en la casa de un indio de las provincias internas. En la casa del indio de climas cálidos hay además una hamaca en la que él se mece, mientras su mujer procura, antes de cada comida, hacer la tortilla, tarea que la mantiene ocupada gran parte del día. Este último es mucho más feliz que el indio de las provincias altas, que lleva una vida de privaciones continuas, mientras que el primero disfruta sin pena de las riquezas de la vegetación. De modo que, conforme uno se aleja de las costas, percibe un cambio llamativo en la clase de los indios. Cuanto más se sube, más sucios se ven y uno acaba por ver sólo harapos de una suciedad asquerosa. Las mujeres, jóvenes o viejas, tienen una apariencia horrenda por la miseria y se buscaría sin éxito un rasgo gracioso en su fisonomía degradada.

Al día siguiente reanudé la marcha bastante tarde, de modo que tuve que soportar el calor más fuerte del día, pero me consoló la vista de una inmensa cantidad de los pájaros más hermosos que cría la

¹⁶ Llamada *metate* por los españoles.

¹⁷ Papilla de maíz.

América. De todas partes zumbaban los colibrís que se sostenían inmóviles en el aire mientras que, introduciendo sus picos en el cáliz de las flores, aspiraban el néctar con sus lenguas puntiagudas. Los loros, los pericos, los tucanes, las chachalacas coronaban los árboles más altos, mientras los macizos verdes en medio de los cuales el camino se encuentra encajonado estaban cubiertos de otros pequeños pájaros amarillos, rojos, verdes, azul de cielo o de mil colores a la vez, que se ponían o levantaban el vuelo y, siempre en movimiento, parecían pétalos de flores movidos por el viento.

Antes de llegar a Soconusco, pueblo indio a una legua de Acayucan, nos sorprendió una lluvia tormentosa. Apuré el paso de mi caballo, dejando detrás de mí a mis gentes que iban caminando. Un instante después oí en lo tupido de los bosques unos gritos espantosos, semejantes al barrido del elefante. Su intensidad aumentaba minuto a minuto; el animal, me parecía obvio, se estaba acercando a mí rápidamente.

Acababa justamente de dejar mi escopeta para estar más cómodo bajo el abrigo y no tenía ninguna intención de esperar a pie firme a aquel campeón amenazador. Por tanto, me había alejado lo más rápido posible y el alejamiento reducía progresivamente las ondas sonoras que me traían aquella voz del desierto, cuando oí el disparo de un arma de fuego. Ya no dudé que mis gentes hubieran sido atacadas y regresé al galope para descubrir el resultado del combate. Pero cuál no fue mi sorpresa cuando los vi acercarse con un mono¹⁸ de tres pies de alto, ¡que uno de ellos llevaba triunfalmente sobre sus hombros! Me sentí algo confuso por mi terror, ya que jamás había oído decir hasta entonces que un mono echara tan horribles aullidos (7).

Sin respetar la semejanza de este huésped silvestre con la especie humana, hervimos una parte de él, rostizamos la otra y todos comimos sin el menor asco. La carne es negra y se parece, en cuanto al sabor, a la del borrego, salvo un leve saborcillo salvaje.

Sin embargo, si bien comía entonces carne de mono sin repugnancia, confieso que no pude hacerlo algún tiempo después al enterarme de las circunstancias de la muerte del pobre animal que me

¹⁸ Era un *Mycetes ursinus*.

invitaban a compartir. Me impresionaron tanto que habría realmente creído cometer un acto de antropofagia.

Habiendo ido a cazar dos colonos en los bosques de Acayucan, entraron en una espesura donde habían advertido algunos monos, y luego de decidir cuál querían matar, le dispararon cuatro veces. El animal recibió las cuatro balas, pero no cayó, porque cuando el plomo no llega al corazón o a la cabeza del animal, aunque esté mortalmente herido, conserva suficiente fuerza para mantenerse en el árbol. Los cazadores volvieron a cargar sus armas y lo abatieron con el sexto disparo; entonces, uno de ellos, viendo en la cima del mismo árbol un pequeño mono que ahí se había refugiado, le disparó y lo hizo caer. Tomándolo por una pata lo echó sobre el cuerpo del mono grande, que parecía privado de vida. Pero he aquí que el moribundo, saliendo de su inmovilidad, tomó este animalito, lo rodeó con sus largos brazos, echó un grito desesperado, y levantándose con un movimiento convulsivo, pareció buscar el lugar donde el plomo mortífero lo hirió y querer reanimarlo con leves sacudidas. Pero ya agotado por este esfuerzo supremo, volvió a caer, echando un último grito, y murió manteniendo apretado en su pecho a este querido y desgraciado objeto de su ternura.

Acayucan, ciudad capital del distrito de Coatzacoalcos, se halla a una distancia de 15 leguas más o menos al oeste de Minatitlán. Es un gran pueblo de tres mil almas, cuya mitad se compone de criollos. El calor es el mismo que en las orillas del Coatzacoalcos, pero no se está atormentado por los mosquitos durante la estación buena y hay muy pocos en tiempos de lluvias. Esto se debe a que la situación de este pueblo en una loma excluye los pantanos de ella y que la gran distancia que separa a las chozas aleja los bosques circunvecinos del centro, más habitado.

Pero como el mal suele siempre acompañar al bien, se padece el inconveniente de las niguas, especie de pulgas¹⁹ imperceptibles que entran en la carne, particularmente en los pies, donde ponen huevos cuyas larvas crecen con una rapidez prodigiosa. Si uno no cuida de extraerlas con la primera sensación de dolor, en pocos días la

¹⁹ *Pulex penetrans*.

herida se hace lo suficientemente profunda como para que le quepa un guisante. ¡No se puede imaginar, si uno no lo ha experimentado todavía, la irritación y el dolor que causa la existencia prolongada de estos pequeños chancros, a menudo en número de cinco o seis, en cada dedo del pie! A veces los puntos enfermos se extienden y se reúnen en una sola llaga, pese a la atención que pone uno cada día en buscar nuevos nidos. Su desarrollo es tan rápido que se descubre al atardecer una amplia mancha donde no había nada en la mañana. Tuve los pies muy maltratados por estos malditos insectos. Pero los indios, que no tienen más zapatos que sandalias, tienen los dedos roídos. He visto a uno cuyo dedo grueso había desaparecido totalmente.

Una vez instalado en Acayucan, mandé desmontar a poca distancia del pueblo para plantar una milpa. Pero pronto los avisos me llegaron de todas partes: unos decían que había escogido mal el lugar y me aconsejaban regresar hacia el río; otros, más sensatos, me demostraban que habiendo fracasado la meta de nuestra expedición, mis esfuerzos en agricultura serían infructuosos; que lo menos triste que podía acontecerme sería poder vivir pobremente y sin esperanza de mejorar mi situación. Ya los pocos hombres que me habían sido fieles empezaban a dudar. Eran viñeros, antiguos servidores de mi familia que habían pedido seguir mi fortuna. El cambio de sus costumbres, el recuerdo del pueblo y también quizá el de su buen vino de Borgoña en un país en el que no hay más que agua tibia para satisfacer una sed inextinguible, hacían tambalear su primera resolución. Sólo aspiraban regresar a Francia y esperaban de mí el favor de que los despidiera. Desde el primer día del desembarque me había sentido también desanimado y, si había todavía pensado en colonizar, era más bien por seguir una idea fija que me había traído a México que por el efecto de una voluntad deliberada. Por tanto, después de haberme extraviado durante algún tiempo en un laberinto de ideas contrarias, anuncié finalmente mi salida para Veracruz, con gran satisfacción de toda mi gente.

Entonces, no pensé más que en deshacerme de mi bagaje a cualquier precio, antes de que las lluvias llegaran a aprisionarme. Ya en Minatitlán, para evitar la pérdida de mi vino y de mi aguardiente,

que no hubiera podido conservar mucho tiempo en toneles,²⁰ había transformado mi tienda en una especie de almacén de vinos. En Acayucan me hice comerciante, pero poco experto en la ciencia mercantil, me deshice con bastante suerte de mis víveres, de mis armas, de mis municiones de caza y acabé abandonando por casi nada a un colono revendedor cuanto me quedaba de hierro, acero y útiles de toda clase. Una vez que hube renunciado a los proyectos que tanto me habían ocupado, me apresuré a conocer otro mundo y a correr la suerte de un nuevo destino, allí donde no percibía todavía un camino abierto.

Antes de abordar a Veracruz, regresemos a la colonia. Demos un conocimiento exacto de los lugares, de la fertilidad del suelo, de las riquezas de las producciones, de los mercados a los que el colono puede mandar lo sobrante de sus cosechas, así como de los inconvenientes inherentes al clima. Luego volveremos a buscar la solución del problema de una colonia francesa en México.

²⁰ Existe en la costa de Veracruz un parásito socavado, el comején, que perfora en pocos días las duelas de los toneles y las pacas de telas.

CAPÍTULO II

Curso del Coatzacoalcos.- Malpaso.- Hermosura de los bosques del alto Coatzacoalcos.- Los monos.- Los caimanes.- El jaguar.- Su fuerza.- Modos de cazarlo.- El puma.- Los jabalíes.- Maderas preciosas de los bosques.- Rica producción del suelo.- Mercados.- El país zapoteco.- Los mixes.- Boca del Monte.- Don Tadeo Ortiz.- Guichocovi.- Episodio.- Supersticiones de los indios.- Los mosquitos.- El ácaro.- Las garrapatas.- Los alacranes.- Las serpientes.- Consejos para los fundadores de colonias.- Expedición del *Le Requin*.- Un nuevo Robinson.- Desgracias de la familia Sombret.

El Coatzacoalcos es un río hermoso, pero su curso no es extenso. Nace en las soledades desconocidas de las cordilleras y el punto mayor¹ al que se llega, cuando se remonta su curso, está alejado del pueblo de Santa María Chimalapa sólo por unas 25 leguas al noroeste de Tehuantepec. También este río es llamado del Corte, porque los españoles embarcaban allí sobre balsas las arboladuras que antiguamente iban a talar en los bosques de Tarifa para los astilleros de La Habana.

El Coatzacoalcos recibe también numerosos afluentes que incrementan progresivamente sus aguas. En la primera parte de su curso ofrece rápidos frecuentes² que vuelven la navegación muy difícil. Pero se hace fácil a partir de Malpaso, a cerca de cuarenta leguas de la barra, no sólo para las piraguas sino también para las embarcaciones que necesitan varios pies de agua. Los barcos más grandes pueden incluso subir hasta el Coachapa, es decir, a 12 leguas de la embocadura. Lo ancho de su cauce varía en general de 100 a 150 metros, y a veces su extensión es cuatro o cinco veces mayor. En tiempos de lluvias, las aguas que invaden los bosques arrancan árboles que luego abandonan en las orillas o arrastran hasta el mar.

El puerto de Coatzacoalcos es seguro. Su bahía es espaciosa y, no lejos de allí, al remontar el río se encuentran a la izquierda unas lagunas profundas en las que cientos de navíos podrían abrigarse contra el viento del norte más furioso. Esta barra es mejor que las de todos los demás ríos de México, por su posición fija y porque nunca la obstruyen las arenas movedizas. Tiene de 12 a 14 pies de profundidad y,

¹ La altura en este punto en relación con el nivel del mar es de 119 metros (Moro).

² Sólo se puede cruzar en piraguas o en barcos llanos, y esto con muchas dificultades en la estación seca.

por tanto, es accesible a los navíos que no necesitan más agua. Si los marinos que traían las expediciones le tuvieron tanto miedo es por la perfidia del piloto que había mencionado peligros que no existían.

En el Malpaso, donde hubo una concesión, el río está encajonado entre rocas. En otras partes, de cada lado de las llanuras, corren sus aguas en una pendiente desigual a través de rocas e islotes que vuelven peligrosas las corrientes. Allí, el barquero debe luchar contra los torbellinos y el cauce desigual que presenta sucesivamente partes tranquilas, rápidos, estrechos y vados, en los que falta el agua para mantener a flote una piragua con carga.

Los caimanes y los lagartos abundan en el Coatzacoalcos; se pueden tomar precauciones para evitarlos, si bien sólo conocí a un colono que fue víctima de su ferocidad (8). Bien es cierto que otras personas fueron devoradas, pero su suerte ya estaba decidida porque se habían ahogado.

Sin embargo, después de haber probado la carne humana, los caimanes se han vuelto el terror en algunos parajes. El dueño de la hacienda³ de San Nicolás, en el río de San Andrés, me contó que pocos meses antes de mi visita, un caimán que rondaba desde hacía días en lugares habitados devoró a una niña pequeña en la orilla, y al día siguiente cortó en dos a un indio que cruzaba el río a nado.

El largo ordinario de este saurio es de 8 a 12 pies, pero hay otros mucho más grandes. Los colonos de la primera expedición, al ir a los Almagres, sacaron uno cuyo cuerpo estaba fuera del agua. La bala lo alcanzó en la frente y lo hirió mortalmente, y en vano el animal buscó refugio en el fondo de las aguas. El dolor lo obligó a regresar a la superficie, lo que permitió que los colonos le echaran una soga corrediza y lo jalaran al remolque durante todo el día. Cuando llegaron al término de su viaje, lo subieron a la playa y se quedaron aterrorizados cuando lo vieron: tenía 18 pies de largo.

Cuando los primeros colonos subieron a la concesión, encontraron cinco o seis aldeas de indígenas escalonadas en el río. Habían sido enviados allá desde los distintos pueblos de los alrededores para llevar a cabo el proyecto de colonización del gobierno. Pero poco a

³ Una hacienda es lo que llamamos en nuestras colonias una estancia.

poco abandonaron sus nuevos hogares para regresar a los antiguos, al no poder aguantar el tormento de los mosquitos.

Sin embargo, los indios de Minatitlán, de Altipan y otros pueblos plantan allí maíz, caña de azúcar y plátanos, de los que no cuidan más que en tiempos de cosecha. Allí es donde talan los árboles con los que hacen sus piraguas, a menudo de cincuenta pies de largo, y cortan las tablas de cedro que venden a los criollos. Como herramientas no tienen más que el hacha, de suerte que no pueden sacar de cada árbol más que una tabla.

Desde la barra hasta los Almagres la vegetación sólo es pintoresca, pero remontando el río se ve en todo su esplendor. Es realmente magnífica en Malpaso. De ambos lados del río se extienden bosques vírgenes de árboles gigantes cuyas ramas comienzan a menudo a cincuenta pies del suelo y van formando un domo verde impenetrable a los rayos del sol. La ceiba de espeso follaje, las palmeras de tronco esbelto y majestuoso, el dragonero con sus manchas de sangre, la cedrela olorosa, el liquidámbar de perfumada resina, el guayacán de madera dura, el granadillo de ramas flexibles, el cuapinol de goma dorada, todos estos árboles y muchos otros buscan el sol irguiéndose y compitiendo para alcanzar sus rayos, de los que esperan fuerza y belleza. La sombra proyectada por sus follajes priva al suelo de cualquier otra vegetación, de modo que se podía recorrer cómodamente en calesa vastos espacios en los que la vista se pierde pronto al hundirse en sus tenebrosas profundidades. El viajero que desde la orilla observa aquel cuadro vivo de una naturaleza virgen no puede escapar a un sentimiento de terror religioso, que le revela por qué los druidas habían establecido el santuario de sus divinidades en los bosques primitivos de nuestro viejo continente. La aparición de una manada de cerdos cafés,⁴ que obedecen a un jefe, a veces llega a animar aquellas soledades. Otras veces es un mono que se columpia por la cola o un tigre que camina lentamente y expresa su aburrimiento con largos bostezos.

⁴ Se trata del pécarí de los naturalistas. El macho tiene una glándula lumbar de la que se escapa un hedor fétido y que el cuchillo del cazador debe quitar rápidamente. La carne de la hembra es mejor.

Los tigres, llamados también jaguares,⁵ atacan raramente al hombre, porque encuentran abundante alimento en los bosques, las praderas y los pastizales de las haciendas. Por tanto, los dueños de las grandes haciendas tienen cazadores de tigres en campaña constante. En el marquesado de Cortés, cerca de Tehuantepec, que el señor M. Guergue de Oaxaca compró al Duque de Monteleone,⁶ se matan por lo regular unos cincuenta al año. A pesar de esto, se pierden bastantes reses.

Aquellos cazadores no siempre llevan fusiles: a menudo sólo cargan sogas con las que estrangulan al animal. He aquí la manera como lo hacen. Cuando descubren las huellas de la bestia, la persiguen con una docena de perritos entrenados para esta caza, los que la alcanzan pronto. Asustado por los gritos del hombre y los ladridos de los perros, el tigre trepa a un árbol. Mientras se queda exclusivamente atento a los movimientos y a los ladridos de los perros, los cazadores le echan la soga al cuello por medio de un palo terminado por un rejo. Después de haber atado fuertemente la soga al árbol, lo pican en el flanco, el tigre se lanza y queda suspendido.

Existe otro tipo de caza de tigre muy curioso: es el que hacen los pécaris. Aquellos jabalíes son peligrosos cuando están en bandas y cuando se les ataca. Si un tigre mató o hirió a alguno de ellos, se encuentra a veces rodeado y atacado también. El árbol más cercano le sirve entonces de refugio, pero los pécaris no renuncian a su venganza: son tenaces, se quedan al pie del árbol, donde su número crece continuamente y se quedan allí varios días si es necesario, hasta que el hambre obligue al prisionero a bajar. Por fin, el tigre se lanza y empieza un terrible combate. Pero, aunque él haga muchas víctimas, acaba por ser destrozado a dentelladas.⁷

⁵ En los altos del Coatzacoalcos y Tehuantepec se encuentran los jaguares más hermosos de México. Compré pieles de ellos que tenían 5,5 pies desde la nariz hasta el principio de la cola.

⁶ Descendiente de Cortés por las mujeres y heredero de sus títulos y de sus bienes.

⁷ Un indio de Coatzacoalcos me dijo que había atestiguado este hecho, y es de notar que aquellos hombres sencillos, como antaño los iroqueses, nunca mienten; sólo creen con facilidad la mentira. Esto se halla además

También se encuentra en aquellos climas cálidos el puma, llamado vulgarmente león sin melena. Menos grande y fuerte que el jaguar, se distingue también de aquel por su pelaje, que es gris y amarillo con manchas más oscuras, las que desaparecen cuando muere.

En cuanto a los demás animales que pueblan los bosques del Coatzacoalcos, el colono nada tiene que temer para sí mismo: el gato-tigre, el coyote⁸ y el lobo, que no hacen la guerra más que a sus gallinas; el armadillo acorazado, que la hace a su maíz; la danta, que sólo aprecia como alimento las hierbas de los riachuelos y las hojas tiernas de los árboles. Finalmente, el mono tití se esconde de preferencia en las espesuras inaccesibles para el hombre, donde las palmeras, los árboles de zapotes y los guamúchiles le brindan sus frutos más sabrosos y abundantes.

El colono goloso encuentra para su mesa perdices⁹ en las barrancas protegidas del viento del norte, liebres o conejos en los matorrales de las sabanas. En las lomas arboladas, en el ocaso, el gallo silvestre de la India se traiciona al revelar su presencia llamando a sus compañeras dispersas. Las orillas del río abastecen la variedad del servicio con el trullo y el pato gordo, la tortuga y la iguana. En las aguas profundas, la red del pescador recoge el bagre y el bobo de carnes firmes y blancas, y en los riachuelos tributarios encuentra la trucha dorada que no habría rechazado el paladar exigente de Brillat-Savarin. En cuanto a las frutas regaladas por los distintos climas de México, su variedad es innumerable. Tendré la oportunidad de hablar de las especies principales en el curso de mi viaje.

Pero otros cultivos nos atraían en aquella tierra extranjera, cuya nomenclatura es numerosa y su riqueza sin par. Se trata primero del cacao, el café, la caña de azúcar, la vainilla y los cereales, luego el algodón, el tabaco, la cochinilla, el añil, la zarzaparrilla, la jalapa, etcétera.

El cacao del Coatzacoalcos es de una calidad igual a la de Tabasco, provincia limítrofe, y es superior al de Guayaquil, de Maracaibo y hasta de Caracas. Tabasco proporciona apenas la quinta parte del cacao que

confirmado por lo que dijeron al señor de Humboldt los indios de la misión de Ature, en Venezuela.— *Voyage aux régions équinoxiales.*

⁸ Este cuadrúpedo está entre el zorro y el lobo.

⁹ Es la especie que los naturalistas llaman *colins*.

se consume en México. El resto viene en gran parte de Guayaquil, y no llega a Veracruz sino después de haber pasado por Nueva York o Hamburgo, cosa que le parecerá extraña al que ignora que no existen comunicaciones directas entre México y los Estados de América del Sur.

Si algunos buques de cabotaje traen a los puertos del oeste los productos de otras regiones, apenas bastan para el consumo de los habitantes de esa costa.

El cultivo del árbol de cacao era muy común en tiempos de Moctezuma: se molía la almendra del cacao con maíz y se preparaba una bebida llamada *chocolatl*. Las almendras de cacao funcionaban en el imperio azteca como medio de intercambio, y aún hoy en día sirven de moneda en Tehuantepec y en los pueblos de Chiapas. El valor de un medio real es representado por 36 almendras.

El café de Coatzacoalcos es al menos tan bueno como el de Orizaba. Su grano es pequeño y redondo. Cuando lo proporciona un viejo tronco, sólo se da uno de igual calidad en Colima.

El cultivo de la caña de azúcar no cuesta mucho trabajo bajo la influencia de una atmósfera ligeramente húmeda y de un rocío abundante, que hacen inútiles los trabajos de riego que son imprescindibles en las regiones del centro y de la costa occidental. Ofrece además una ventaja sobre la vertiente opuesta de las cordilleras, y ésta consiste en que permanece siete u ocho años en pleno rendimiento, mientras que en las regiones donde el riego es necesario hace falta cambiarla cada dos años. El señor de Humboldt la encontró más abundante en azúcar que la de la isla de Cuba y de los plantíos de Santo Domingo.

La liana que lleva la vainilla también es de fácil cultivo, pero la preparación de las vainas necesita cuidados minuciosos. Casi toda la vainilla con la que México abastece a Europa es cosechada en el estado de Veracruz.

Los cereales se reducen al arroz y al maíz. La cebada y el trigo no dan espigas en los climas cálidos. La altura a la que se empieza a sembrar el trigo de Europa en las vertientes de las cordilleras es más o menos de mil metros arriba del nivel del mar, y se puede seguir cultivándolo hasta los tres mil metros.¹⁰

¹⁰ *Essai sur la Nouvelle-Espagne* de A. de Humboldt.

En cuanto al maíz, su producción rebasa todo lo que podrían imaginarse nuestros granjeros europeos. Además, se aclimata igualmente en las regiones de temperaturas más opuestas. Sin embargo, el calor junto con la humedad es la condición más favorable para su desarrollo y la abundancia de sus productos. En cincuenta días se logra una cosecha, de suerte que el mismo año se logran tres en el suelo fecundo del istmo y rinde al campesino, por precio de sus cuidados, 400 o 500 por uno y a veces más.

El algodón de San Andrés de Tuxtla y el de Cosamaloapan, en las orillas del Alvarado, son famosos por su finura y su blancura, pero son inferiores, sin embargo, al que se cosecha en la parte meridional del estado de Oaxaca. El grano sembrado produce un arbusto de dos a tres pies y las cápsulas se abren al cabo de cuatro meses.

El tabaco, que algunos colonos lograron sembrar en las orillas del río, era de excelente calidad. Lo estimaban tanto como el de Tabasco, donde la mejor clase, llamada de corral, es considerada a menudo como la de Vuelta Abajo (La Habana). Los plantíos de Orizaba y de Córdoba proporcionan al estanco la mayor parte del tabaco necesario para el consumo del país. El tabaco de los cigarros es ligero, pero su aroma es muy agradable.

La cochinilla que se da en los plantíos de nopal de Oaxaca podría dar un tinte magnífico en las tierras que separan los ríos del Sarrabia y del Malatengo. El colono que tuviera la ayuda de una familia numerosa podría sacar grandes beneficios si se aplicara a la cría de este insecto colorante.

El añil del istmo es el más hermoso de la república, pero su cultivo está muy abandonado en México y no es suficiente el que se produce para las necesidades del país. La zarzaparrilla crece admirablemente en las cañadas húmedas y sombreadas de los montes de Guichicovi. El vólculo cuyas raíces numerosas proporcionan la jalapa, protegería con su follaje espeso los setos de tulipanes, de naturas y de dalias arborescentes, con los cuales el colono rodearía los cultivos de su huerto.

Fuera de aquellos vegetales, hay otros que sirven a la alimentación del colono y, además, le aseguran un beneficio económico. Se trata de los plátanos, papas, camotes, frijoles, pistaches de tierra (cachuates), pimienta roja, melones, sandías, piñas, etcétera.

El plátano es un cultivo de mucho interés para el habitante de las llanuras que no superan los 1 550 metros sobre el nivel del mar. Ninguna planta produce una masa de sustancia tan considerable en tan pequeño espacio: cada mata proporciona un racimo que contiene de 100 a 160 frutas y pesa de cincuenta a setenta libras. El tamaño del plátano varía de 6 a 14 pulgadas; los de Guichicovi son los más hermosos y mejores que se conocen.

Hay dos tipos de plátanos: uno da el plátano propiamente dicho y el otro, el higo-plátano. Éste se come crudo y su pulpa es tierna y sabrosa. Cocido bajo la ceniza o frito, el primero brinda un alimento absolutamente delicioso.

Un platanar se perpetúa solo sin pedir más cuidados al hombre que el de calzar dos veces al año el pie de la planta y de cortar aquellos cuyo fruto está maduro. Además, todas las plantas nutritivas que abundan en el istmo y los valles húmedos de los estados de Veracruz, Oaxaca y Michoacán son tan fáciles, en cuanto a cultivo, que dos días de trabajo a la semana son suficientes para que un solo hombre procure la subsistencia de una familia entera.

Junto con el plátano crece la yuca, otra planta alimenticia de la que se distinguen dos especies, una dulce y otra amarga. La raíz de la primera puede ser comida sin peligro, pero la otra es venenosa. Sin embargo, la fécula de ambas raíces, llamada harina de yuca, sirve para hacer pan. Se separa el jugo venenoso de la fécula de yuca amarga exprimiendo la raíz rallada. El pan de mandioca es muy nutritivo y es uno de los principales alimentos de los negros de las Antillas.

La patata que llaman camote es una especie de papa dulce, cuyo sabor se parece al de la castaña. El ñame es más desabrido.

Esta acumulación de productos que la tierra sólo procura en estas regiones, hará de la provincia de Coatzacoalcos la más rica de México y de la América Española, cuando las orillas del río sean habitadas por hombres trabajadores y cultivadas como aquellas del Ohio. Además, el colono encontrará para sus producciones una salida fácil: Veracruz sólo está a cincuenta leguas de la desembocadura del río y las frutas de la región podrán venderse en el país mismo o ser exportadas. Los consignatarios están listos para sacar beneficios de los productos coloniales. La Nueva Orleans sólo se encuentra a

cuatro días de distancia para un buque de vapor. Por otra parte, los estados de Tabasco, Chiapas y Oaxaca pueden recibir cereales, bestias y productos industriales.

La provincia de Oaxaca comprende los países zapoteco y mixe. Se extiende en la costa del océano Pacífico desde Soconusco, que la separa de Guatemala, hasta Río-Jope. La lengua que allí se habla no tiene ninguna relación con el mexicano.

Los indios mixes viven en una región montañosa en el sureste del Coatzacoalcos y en el noreste de Tehuantepec; ellos hablan también una lengua particular. Menos civilizados que los indios zapotecos, se comunican poco con ellos y observan todavía las prácticas de sus cultos antiguos.

Desde la cordillera de los montes mixes baja el río de Sarrabia, que atraviesa el hermoso valle de Boca del Monte, pueblo pequeño fundado a algunas leguas de Coatzacoalcos por el señor Tadeo Ortiz, antiguo jefe de la colonización del gobierno. Algunas familias de colonos hicieron esfuerzos inútiles para fijarse en este pueblo, pero fueron ahuyentados por la multitud de insectos en medio de los cuales tenían que vivir y por su impotencia en tan completo aislamiento.

Boca del Monte se encuentra en el camino de Guichicovi y de Tehuantepec, que no es más que un sendero suficientemente amplio para que pase una mula con carga. Su curso sinuoso cruza el bosque que le proporciona su sombra junto con los ricos adornos de su vegetación multiforme. Sin cansar al viajero embriagado por los perfumes de la mañana, lo lleva en pocas horas al pueblo populoso de Guichicovi, capital de los mixes.

Aquel pueblo ofrece un carácter original que no se vuelve a encontrar en ninguna parte de México. He aquí lo que un colono que se quedó casi un año entre ellos cuenta de su origen (9):

Cuando Pizarro y sus compañeros acabaron la conquista del Perú, la mayoría de los pueblos que vivían en los valles de los Andes huyeron para sustraerse a los males de toda clase con que los abrumaban los vencedores. Se fueron a los montes, dejando desiertos entre los españoles y ellos. Pero aquellos de los peruanos que se habían quedado se volvieron insuficientes para los trabajos que les imponían y las cazas con lebreles fueron usadas para buscar a los que habían huido bajo el

azote de los opresores. Fue entonces cuando algunas familias que tomaron el nombre de mixes optaron por escapar a cualquier precio de su tiranía, y huyendo a lo largo de las cordilleras con una marcha de varias lunas, llegaron a las orillas del Sarrabia.

Allí, creyéndose protegidos ya de las persecuciones de sus enemigos, deliberaron acerca del lugar que iban a saludar con el dulce nombre de patria. Los más viejos entre ellos sometieron a prueba de fuego la tierra que pisaban. Enterraron un tizón en un hueco hecho a propósito, el que al día siguiente estaba apagado. Se reconoció entonces que la voluntad del sol era que sus hijos continuaran su camino. Cuatro emisarios salieron en el acto mismo y empezaron a buscar un lugar adecuado. Después de horas de marcha, fatigados y jadeantes, descansaron a la sombra de un enorme coapinol,¹¹ cuyas largas ramas de follaje espeso y abundante los protegían en todas las horas del día de los rayos abrasadores del sol. La belleza notable de los alrededores y los altos montes que los ocultaban hicieron decidirse a los enviados. De nuevo, se hizo la ceremonia religiosa del tizón, y al ver que el fuego se había mantenido hasta el día siguiente, se acordó de manera unánime que aquel lugar era el término del viaje y la nueva patria que el sol destinaba a sus adoradores. Guichicovi (pueblo nuevo) es el nombre que hasta ahora le han dado los exiliados de los Andes, y el coapinol sigue siendo para ellos objeto de gran veneración y de un culto religioso al que nada podría hacerles renunciar. El sol ya no tiene, como antaño en Quito, su templo brillante de oro, sus vírgenes, sus solemnidades: todo ha sido destruido con el mismo hierro que destruyó el Templo de Jerusalén y entregó al desierto la ciudad más poblada. La cruz apareció triunfante por doquier. Sin embargo, todavía le quedan muchos corazones que ganar entre aquellos indios. Las creencias de sus antepasados se mantuvieron intactas entre ellos de generación en generación. Los tormentos pudieron obligar a unos a mostrarse hipócritas, pero en las tinieblas, se juntan en lo profundo de las cuevas y se entregan en toda libertad a sus prácticas y su culto nacional. ¡Desgraciado el ministro del Evangelio que manifiesta demasiado celo por su conversión! Uno de aquéllos, que una mala estrella condujo hace pocos años a Guichicovi,¹² se atrevió a levantar el hacha sobre el árbol sagrado, el coapinol. El primer hachazo hirió profundamente el corazón de todos los indios. La muchedumbre

¹¹ *Hymenoea courbaril*.

¹² Los españoles escriben Guachicovi.

armada clamó contra el sacrilegio y con gritos furiosos se abalanzó sobre el imprudente profanador. Lo desarmaron y echaron, bajo pena de perder la vida si acaso se le ocurría volver al pueblo. Numerosas fumigaciones, rezos fervientes y penitencias generales hicieron olvidar el ultraje por el que el árbol venerado había estado casi al borde de ser víctima, y se reestableció la paz. A fuerza de súplicas, el cura obtuvo el perdón y pudo regresar a su parroquia, con la condición expresa de no volver a caer en la misma falta. Celebra tu misa, le dijo el orador mixe, sin preocuparte por saber si asistimos a ella; bautiza a los niños, entierra a los muertos, observa todas las ceremonias de tu religión, pero cuídate de no perturbarnos en nuestras costumbres antiguas.

Todos los pueblos indígenas que estuvieron bajo el yugo español, aunque menos obstinados que los habitantes de Guichicovi, sólo adoptaron de la nueva religión la práctica del culto exterior. En cuanto al culto moral, lo confundieron con aquél de sus antiguas divinidades. Los indios dirigen a una imagen de santo las oraciones que habrían sido antaño para sus penates. Asimilan la pasión de Cristo a las apoteosis sanguinarias de las víctimas humanas, y la adoración de la Virgen de Guadalupe o de los Remedios al culto de Centeotl y de Ome-cihuatl.¹³ Y no hay ni siquiera hipocresía en ellos: cuando se entregan a las prácticas del catolicismo se puede decir que no cambiaron de religión, sólo añadieron a sus antiguas supersticiones las del cristianismo de los tiempos bárbaros.

Después de haber presentado bajo su aspecto más favorable la tierra que se había escogido para una colonia francesa, regresemos a las incomodidades y los males que provienen de ella y que parcialmente ya vimos en el capítulo precedente. Ya leímos que la fiebre amarilla no existe allí, pero que la estación de las lluvias provoca fiebres intermitentes de las que uno se protege sólo tomando precauciones contra la humedad. Los mosquitos son un suplicio perpetuo para quienes viven en las selvas y en las orillas del río, y aunque estuviera desmontado y cultivado el campo, siempre los habría en tiempos de lluvias.

Estos mosquitos atormentan día y noche. Cierta mosquito que lleva distintos nombres, porque los hay de muchas clases, desaparece

¹³ Diosas de la mitología mexicana.

al amanecer y regresa al ocaso en enjambres tan gruesos y largos que parecen nubes. Uno se protege de ellos durante la noche, cubriendo la cama con un mosquitero, pero durante el día es menos fácil defenderse del jején, abundante en los países arenosos y cuyo piquete produce un dolor hiriente como una quemadura.

Los insectos ápteros son numerosos. Entre los más incómodos está el talaje,¹⁴ cuyo piquete deja por más de un mes una mancha azulada que se vuelve muy difícil de curar si uno no puede resistir el escozor que causa; las garrapatas, que atacan a menudo por centenares cuando pasa uno por un bosque o en las hierbas de una sabana: esta especie hunde la cabeza en la piel y se queda allí todo el tiempo que se le deja; las niguas, que ya conocemos; los alacranes, que son muy numerosos en las habitaciones, bajo los muebles, en la ropa, en los zapatos, en todas partes: los niños de tierna edad mueren a menudo a causa de su piquete, y los adultos padecen mucho durante un día o dos (10). También las tarántulas, las escolopendras, las serpientes de especies más o menos peligrosas, pero de una vecindad mucho más soportable que la de los insectos que acabo de enumerar porque pocas veces muerden. Finalmente, las hormigas que se meten por doquier, lo ensucian y lo devoran todo. La que llaman *arriera* es el azote de los campesinos y se distingue fácilmente por las pequeñas espinas que lleva encima.

Todos estos inconvenientes tienen que tomarse muy en cuenta por parte del europeo que decida hacerse colono. No basta con tener una firme resolución para luchar contra ellos; también falta sentir que uno tiene la fuerza para hacerlo. Entre aquellos que las expediciones trajeron para colonizar, muchos eran incapaces de llevar a buen fin una empresa de esta naturaleza, porque en su vida anterior no habían visto nada, hecho nada, aprendido nada que los hubiera preparado para esta nueva vida.

De este modo, se atribuyeron los desórdenes de la colonia a la inepticia general de los colonos. Sin embargo, no era el caso. Ocurrió con las expediciones del Coatzacoalcos lo de siempre en semejantes

¹⁴ Es una especie de acárido del que los entomólogos hicieron un género bajo el nombre de *Argas*.

casos: gente que razonaba mal se mezcló con los que actuaban adecuadamente. Pero la mayor parte de los jefes colonos eran hombres capaces para lo que venían a emprender; sólo renunciaron a su proyecto por la incuria y las mentiras de los directores que habían hecho imposible su ejecución (11).

Estoy lejos de pensar, sin embargo, que nuestros emigrados franceses reunían todas las condiciones que hacen a los buenos colonos. No, no creo que nuestros compatriotas se resignen fácilmente a un exilio perpetuo. Sólo abandonan su país con la esperanza de volver pronto, después de haber hecho fortuna. Sin embargo, no hay que ocultarlo: el colono debe renunciar casi para siempre a su país natal porque, aunque hubiera hecho fortuna, esto ocurriría sólo después de 25 o 30 años de trabajo, es decir, después de que sus costumbres y la influencia de un nuevo clima lo hubieran vuelto esclavo de la tierra extranjera.

Sin embargo, no pretendo negar de manera absoluta la existencia del espíritu colonizador en Francia. Sólo quiero hacer entender que es más difícil allá que en cualquier otro lugar encontrar colonos constantes, y que no se podrá retenerlos en el desierto y hacerles apreciar su nuevo modo de vida sin que una sabia dirección dada a la colonización haya preparado con anticipación los medios necesarios. Pero para lograr este resultado hacen falta hombres inteligentes y experimentados a la cabeza de esta empresa. Si les falta una de estas condiciones, sus proyectos abortarán y los colonos serán sacrificados.

De este modo, hemos visto muy pocos directores de colonias que hubieran dado a sus proyectos el discernimiento y la medida que resultaban imprescindibles. Parece, al contrario, que todos fueron víctimas de un espíritu de vértigo que les privó del sentido común.

Cuando se quiere colonizar, no basta con escoger un punto del que el diccionario geográfico asegura ser fértil y dotado de un clima agradable. Hace falta también mandar exploradores inteligentes que se queden allí un tiempo suficiente para descubrir la verdad, ponerse al tanto de los usos agrícolas del lugar, estudiar sus recursos. Hace falta obtener el apoyo de los Estados a los que se pertenece, así como de las franquicias que proporcionen al colono los medios más rápidos

que le permitan lograr su meta y crear el bienestar a su alrededor. También, si el lugar señalado no se encuentra cerca de unas ciudades importantes en las que pueda vender o intercambiar el producto de sus cosechas, la administración de la colonia debe facilitarle su salida por todos los medios posibles. Si todo favorece el proyecto de colonización, esos mismos exploradores designados ahora como comisarios de la colonia contratarán 150 a 200 indígenas bajo las condiciones que se acostumbran en el lugar, para que trabajen en la construcción de las chozas, en el desmonte y en los primeros cultivos. Una vez hecho todo esto, se publicarán los proyectos en los que se ofrecerá a los colonos pequeñas propiedades ya productivas que asegurarán su existencia. Cada terreno vendido en un precio moderado por los jefes de sociedades parciales indemnizaría a la Compañía General por sus adelantos y el comercio inmenso que haría con los productos de la colonia la enriquecería en pocos años (12).

Si el señor Laisné de Villevêque hubiera actuado de este modo en la colonia del Coatzacoalcos, habríamos visto las orillas de este río poblarse como por encanto. Los inconvenientes inherentes a los climas cálidos siempre alejarían a algunos colonos, pero tres cuartos de ellos se quedarían allí y el director, que habría por su lado logrado una fortuna inmensa, sería bendecido. En cambio, el señor Laisné de Villevêque quedó arruinado por los daños y perjuicios que tuvo que pagar a unos cuantos colonos que habían sido engañados por él y cayó en el desprecio público. Las orillas del Coatzacoalcos se quedaron desiertas y algunos de los colonos de las últimas expediciones, que se habían quedado allí por falta de recursos, se suicidaron para dejar de sufrir.

Sólo un hombre entrado en años, que había llegado en el *Petit Eugène*, quedaba todavía allí en 1837, en medio de la selva, donde vivía como un salvaje. Lo conocían como el señor Charles. Desde los primeros días de navegación nos habíamos dado cuenta de que era hipocondríaco y, aunque hablaba con sentido común, sus ideas eran erráticas. Aislado en una cabaña en la orilla del Sarrabia, vivía al día con el producto de la caza. El chayote, el pecarí y el corzo le brindaban comida abundante y delicada. En cuanto a vegetales, encontraba el brote de palmera, que cocía bajo la ceniza, y los del nopal, que aderezaba

con manteca de mono y jugo de limón. A veces añadía a su dieta frutas silvestres o un panal de miel, perfumado de hematoxilina, que había hurtado a las abejas del bosque. Cuando la caza era mala, se conformaba con el higo nutritivo, el plátano y los huevos de algunas gallinas, las que a grandes penas protegía de los gatos-tigres y de las culebras.

Nunca se ponía tan feliz como cuando veía las vigas de su choza llenas de racimos de plátanos, y le gustaba contar el número de frutas cuando, ya cansado, se acostaba en el petate. Luego se dormía con aquel sueño apacible que nunca le falta al hombre laborioso.

Varios franceses establecidos en Tehuantepec y en Juchitán iban cada año a comprar mercancías a Veracruz. Avanzando por lo más corto a través del istmo, se embarcaban en Malpaso y de camino visitaban a nuestro ermitaño. Ríos de vino y de coñac recordaban entonces al viejo anacoreta la sensualidad del mundo que había abandonado, y estaba al colmo de la alegría cuando recibía de sus huéspedes algunas municiones para la caza. Era como una moratoria para la pena de muerte, y por ello los recibía en su casa con mucha amabilidad, poniendo a su disposición su petate y su almohada, que consistía en un tronco de árbol cavado para que allí pudiera descansar la cabeza. Este nuevo Robinson, cuya barba caía en el pecho, tenía una piel de caimán cosida con hilo de pita¹⁵ a guisa de zapato. Su vestimenta consistía en un pedazo de terliz o una estera de junco, y por tocado, una piel de tigre.

Cierto día se quedó muy perplejo porque, al no saber una palabra de español, no podía entender lo que le decían dos indios del pueblito de Boca del Monte, los que habían sido mandados por el alcalde para pedirle que, como creyente, participara en la reparación del panteón. Su respuesta fue original en su ingenuidad: dijo de la manera más seria del mundo que se le hacía extraordinario que le pidieran contribuir a las tareas relativas a un panteón que no usaba.

Este infeliz estuvo varias veces a punto de ir allí a ocupar su lugar. Solo, abandonado, sin recursos, padeció de una perineumonía de la

¹⁵ Especie de aloe cuyos filamentos sirven para hacer hilo para coser y cordajes.

que fue salvado por alguno de aquellos milagros que la naturaleza obra a veces. Pero permaneció seis semanas tumbado en el petate, y se sostuvo durante aquel tiempo sólo con tortillas secas y un poco de agua que los indios le traían a grandes intervalos. Afortunadamente, cuando la enfermedad lo abandonó ya no se preocupaba por el porvenir, no queriendo pensar en lo que aquel porvenir le traería en cuanto a dolores y miserias, tanto más grandes cuanto que nadie lo compadecería si persistía en acabar su vida en la soledad, como anti-guamente sucedió con San Pablo en los desiertos de la Tebaida.

Una de las expediciones que sufrió tal vez más que otras fue la del *Tiburón*, navío de Marsella que había anclado en Minatitlán seis meses después de nuestra salida. Esta sexta expedición, de la que los colonos no tardaron en desparramarse como lo habíamos hecho nosotros, desembarcó cuando las enfermedades ya nos habían atacado y la muerte, aquí y allá, ya anunciaba los grandes golpes que pronto nos iba a asestar. El solsticio de verano dio la señal. Llegó con su cortejo acostumbrado de tempestades, truenos y tormentas, echando torrentes de males sobre los recién llegados. Las escenas de dolor de las que sobre todo la Fábrica¹⁶ había sido el teatro el año anterior, empezaron a regresar y cada día traían el duelo y las miserias. Pese a mi repugnancia por presentar al lector cuadros de sufrimientos, hay uno en particular que por su horror no puedo dejar de mencionar. Estas personas fueron pasajeros de mi *brick*.

El señor Sombret y su esposa, que había llegado en su último mes de embarazo, sin obreros y solos, se habían ido a vivir a la barra del Coatzacoalcos, enfrente de las moradas de unos indios pescadores. Era el lugar más insalubre y menos fértil de las orillas del río y no se podía escoger peor lugar. Allí, aunque era un colono casi sexagenario, quiso construir su choza y llamó a los indios para que le ayudaran. Pero éstos, pronto hartos de las exigencias raras expresadas en un lenguaje incomprensible para ellos, dejaron la obra sin techarla.

Una fuerte fiebre ya había atacado a esta desgraciada pareja cuando la señora Sombret dio a luz. Sin más abrigo que un mosquitero, expuestos a los ardores del día y al rocío de la noche, sintieron pronto

¹⁶ Antiguo nombre de Minatitlán.

que sus males aumentaban. El marido deliraba y no podía proporcionar a su esposa ninguno de los cuidados que exigía su estado. En vano la señora Sombret se esforzaba por mascar algo de bizcocho seco con el fin de obtener la leche necesaria para alimentar al recién nacido: el pecho materno no daba más que unas gotas de leche insuficientes y pronto el niño chupó sólo sangre caliente, que lo transformó en poco tiempo en un esqueleto horroroso. Sólo le quedaban tal vez un día o dos de existencia, cuando cierta mañana resultó que unas hormigas, azote de aquellos climas, lo habían devorado durante la noche.

Sin embargo, los indios desde la otra orilla, habían notado la desaparición de los huéspedes de la choza inacabada. Pusieron una piragua al agua, cruzaron el río y al entrar en la cabaña quedaron sobresaltados ante tan lastimoso espectáculo. Decidieron transportarlos de inmediato a Minatitlán, donde podrían recibir por parte de sus compatriotas los cuidados que exigía su estado. En el acto, las cajas y los baúles fueron trasladados a la piragua. Los dos enfermos fueron colocados uno a los pies del otro y la endeble embarcación, empujada por el doble ramo, se alejó rápidamente de aquel lugar de desgracias.

Ya habían recorrido la mitad que los separaba del pueblo sin accidente, cuando una funesta rama de árbol, que no podía verse porque estaba a ras del agua, volteó la piragua y precipitó al río a ambos agonizantes. Los indios empezaron a buscarlos, aunque estaban seguros de que sólo sacarían cadáveres. Pero se quedaron admirados cuando los moribundos volvieron a la vida al cabo de unos minutos y parecieron incluso haber recobrado todas sus fuerzas al beber el agua salada traída por la marea.

En cuanto a las pocas cosas y al poco dinero encerrado en los baúles, todo se perdió. Los indios, después de simular algunas búsquedas, declararon no haber podido salvar nada. El señor y la señora Sombret llegaron por tanto a la Fábrica sin más ropa que la que llevaban puesta, sin más recursos que los que la Providencia, en sus designios ocultos, les deparaba. Los echaron en una choza vacía, sobre un montón de hierba seca, donde la mujer murió pocos días después, pero el marido, enérgico y fuerte por naturaleza, salió victorioso de aquella lucha con la muerte. Hace poco todavía estaba lleno de vida

en una ciudad de México, en la que su industria le proporcionaba una comodidad decente.

Echemos ahora un velo sobre estas desgracias, que los diarios del momento comentaron ampliamente, y alejémonos de un lugar que se nos hizo tan funesto.

CAPÍTULO III

Salida para Veracruz.- El Paso San Juan.- El río del mismo nombre.-
Falta de víveres.- Los corzos.- Miedo de una de mis gentes.- Uno se
acostumbra a la idea del peligro.- Padecimientos durante el viaje.-
Los mosquitos.- La hacienda de San Nicolás.- Una hermosa mañana.-
Tlacotalpan.- Encantos de las jóvenes criollas.- Hospitalidad.- Comida en
casa de un criollo.- El cigarro.- La balandra.- Alvarado.- Estancia desagra-
dable.- El tamal.- Una revista de jarochos.- Puente de Alvarado.- El
sloop.- La balandra sale del puerto.- Calma.- Tiburones.- La Isla de los
Sacrificios.- El fuerte de San Juan de Ulúa.- Veracruz.

Dos caminos llevan de Acayucan a Veracruz. Uno trazado entre los bosques, otro formado por el curso de los ríos San Juan, San Andrés, de Alvarado y por el mar. Yo preferí el viaje por agua, por ser más pintoresco, y en los últimos días de junio salí con mis gentes y mi bagaje para Paso San Juan, aldea situada en el río del mismo nombre, a cuatro leguas de Acayucan. Antes de llegar al paso, mandé a mis cazadores a excursionar en la sabana para conseguir para la cena otra cosa que tasajo. Se juntaron con nosotros cuando llegábamos al pueblo, trayendo en su morral un conejo y dos jóvenes chachalacas. Mis gentes hicieron una fogata sobre el alto que domina el embarcadero y todos se dedicaron a preparar el festín mientras yo iba a buscar una embarcación.

Encontré una gran piragua que no tenía cargamento, la conseguí por treinta piastras, junto con dos indios para que nos llevaran a Tlacotalpan, en el río de Alvarado. Al atardecer mandé trasladar allí mi bagaje y al día siguiente el barquero empujó a la deriva, mientras el amanecer ahuyentaba las nubes de mosquitos que la noche había traído.

El río de San Juan baja de la cordillera de los mixes y desemboca en el Alvarado, enfrente de Tlacotalpan, después de haberse juntado con el río de San Andrés. Es navegable en todas las estaciones a partir del Paso. Los bosques que crecen hasta las orillas acantiladas de su lecho terroso echan de cada lado lazos verdes y lianas serpentinales, en cuyo follaje se asoman en cada momento iguanas de larga cola o tortugas de escamas preciosas, que desaparecen rápidamente al acercarse algún humano. Cuando una de las orillas se vuelve plana, la cubren cocodrilos de todos los tamaños. Por su forma y tamaño, parecen ser de lejos unos troncos de árboles. Pese a estar acostumbrados a

verlos así, nos equivocábamos a menudo, y para evitar una sorpresa caíamos en otra, al atribuir a árboles arrancados la vida que negábamos a los caimanes.

Su número era a veces espantoso, y llegamos a contar hasta cuarenta de ellos mientras se calentaban al sol en un espacio de 200 a 300 pies. Cuando la piragua que llevaba a los colonos pasaba cerca de ellos, se metían de uno en uno en las aguas, y la idea de que nos hallábamos rodeados por aquellos terribles animales nos provocaba a veces un estremecimiento de terror. Algunos no se dignaban huir y fijaban en nosotros un ojo engurruñado, fascinante como el de la serpiente.

Las orillas del río San Juan no tienen más habitantes que los del Coatzacoalcos. Sólo al cabo del segundo día de navegación fue cuando divisamos algunas pequeñas granjas, compuestas de dos o tres cabañas rodeadas de papayos. También vimos varias casas abandonadas, sin duda desde el comienzo de la temporada de lluvias. Los dueños de estas habitaciones sencillas, al vivir como discípulos de Diógenes, no tienen costumbres que cambiar ni comodidades que echar de menos al abandonarlas. Se trasladan con sus animales a unas sabanas abiertas donde, bajo un refugio levantado de prisa que apenas los abriga, con una hamaca que los mece y les trae el sueño, ignoran que es posible estar mejor y se quedarían siempre donde la suerte los trajo si el interés de sus rebaños no los obligara a cambiar de lugar. Al consistir el valor de sus viviendas sólo en la cantidad de animales que poseen, se alejan cuando lo exige la estación de las lluvias y vuelven con la temporada seca, cuando las aguas se han retirado y el limo dejado por la inundación ya fertilizó los pastizales.

En medio de estas soledades nos encontramos muy perplejos: sólo habíamos traído del Paso lo necesario para almorzar, y antes de que finalizara el primer día tuvimos que recurrir a las tortillas secas de los indios para matar el hambre. Pero al día siguiente nuestros barqueros nos señalaron una playa en la que el corzo, atraído por la *Bignonia salicifolia*, llega en manadas para ramonear los matorrales. Efectivamente, apenas habíamos llegado divisamos un gran número de ellos que huyeron disparados. Matamos uno, que mis gentes desuartizaron en el acto. Hicieron cecina con los filetes y se hirvieron

los muslos sin ningún condimento. A pesar del hambre, que hace poco exigentes a los convidados, comimos esta carne desabrida con más repugnancia que apetito.

Poco faltó aquel día para que uno de mis hombres no fuera devorado por un caimán. Había matado un pato, que se había caído al río a seis pasos de la orilla. La piragua alcanzó la orilla y el hombre se metió al agua para alcanzar a su presa. Pero en cuanto avanzaba la mano para tomarla, una enorme boca provista de dientes largos y puntiagudos se abrió ante él, tragó el pato y desapareció. Jamás este desgraciado había padecido semejante susto: permaneció un momento como si estuviera petrificado en el lugar mismo donde había visto el monstruo, sin tener la fuerza de huir ni la conciencia de lo que había ocurrido.

Sin embargo, uno se acostumbra muy rápido al peligro. Obviamente, ninguno de nosotros ignoraba cuán inútil era tomar precauciones contra los ataques de aquellos animales; a pesar de esto, para aplacar las comezones insoportables que nos causaban los piquetes de mosquitos solíamos dejar caer nuestras piernas en el río mientras la piragua avanzaba en la superficie. La suerte nos favoreció en aquel entonces, pero no se gana siempre cuando se arriesga mucho.

En verdad pasamos noches horribles en aquel viaje. La tormenta rugía encima de nuestras cabezas hacia las dos o tres de la tarde, y la lluvia caía luego a torrentes hasta el día siguiente. Íbamos cubiertos de un toldo hecho de pieles de vaca sin curtir que, bajo la acción del calor y de la humedad, despedía un olor fétido. Pero nuestro peor suplicio era cuando los bosques se teñían con un color rojizo en la puesta del sol. Llegaban entonces enjambres de mosquitos, tan gruesos que el sol perdía su brillo. Pese al juego de nuestros pañuelos, nuestros refugios pronto se quedaban invadidos por ellos. Me acurrucaba, me escondía completamente en mi abrigo, volcando todas mis facultades hacia una única meta: tapan herméticamente las aberturas cuya existencia señalaba la actividad de un enemigo zumbante, pero sofocado de calor y falta de aire, me veía obligado a descubrirme. A menudo, después de una lucha de varias horas, caía en un acceso de furor contra los mosquitos, contra la naturaleza y contra mí mismo: furor impotente por el que sólo yo padecía. Con la cabeza

entre las manos, me quedaba sin moverme. Resignado a sufrir, me ofrecía en sacrificio a este azote digno de figurar en los tormentos del Tártaro. Me ponía tieso contra el dolor y una sonrisa de condenado llegaba a mis labios, mientras estos insectos infernales arreciaban sus ataques. Pero al final, vencida por el dolor y el sueño, mi paciencia cedía a estos males y yo volvía a buscar bajo mi abrigo una tregua de un instante y un reposo emponzoñado con el veneno de mil piquetes.

Al atardecer de nuestro cuarto día de navegación llegamos a la hacienda de San Nicolás, en la que pudimos descansar de las fatigas de las noches anteriores. Nos sirvieron una cena abundante de pescado fresco, sazonado con uvas pasas, olivas, almendras y alcázaras. Comimos con el apetito debido a nuestra larga abstinencia y nos dormidos con el son de las guitarras de un fandango y de las voces chillonas de los bailadores y los músicos.

Un poco antes del amanecer, cuando los alegres bailadores regresaban a sus hamacas y al sueño, nos alejamos del techo hospitalario. Mejor dispuesto que los días anteriores a recibir impresiones agradables, asistí con delicia al despertar de la naturaleza. El cielo no tenía nubes, un céfiro perfumado acariciaba las aguas y formaba rizos ligeramente en la superficie; los rayos del sol naciente empezaban a dorar la cima de los árboles, en las que hacía tiempo que el pájaro burlón esperaba estos primeros rayos, que celebraba con un canto de cien tonadillas (13); la calandria salía de su nido suspendido, que el viento mece encima del agua; el cardenal, desplegando su púrpura, perseguía a los mosquitos rezagados, mientras que la espátula de alas rosadas, apoyada en una pata en medio de las cañaveras, seguía atenta al zumbido de la piragua que iba aguas arriba.

Poco a poco las aguas del río se volvieron planas como un espejo. Apenas se veían ligeros arcos concéntricos formados por el oleaje sobre la estela. Sin embargo, íbamos rápidamente y nuestros barqueros se afanaban. Era domingo y tenían ganas de llegar temprano a Tlacotalpan para oír misa. Efectivamente, no tardamos en ver frente a nosotros las casas blancas de este lindo pueblo.

Tlacotalpan¹ es una pequeña Venecia en tiempos de aguas. La inundación cubre parte del pueblo, pese a la pendiente ligera del litoral en la que se halla construido. Pero en lugar de las pesadas góndolas, adornadas con blasones aristocráticos, se ven deslizar en el agua sencillas piraguas, ligeras como cortezas de corcho y rápidas como saetas. El domingo muchas de aquellas barquillas surcan las calles bajas, se asoman de repente entre las habitaciones y desaparecen detrás de ellas de la misma manera. Las jóvenes tienen un donaire particular al remar: juegan juntas cuando se encuentran y manejan sus piraguas con singular destreza. El cinto rojo que sostiene sobre sus caderas sus faldas de muselina clara realza admirablemente su cintura, y el rebozo,² pasado cual bufanda bajo el brazo izquierdo, confiere a su galanura una gracia que destaca sus encantos naturales. De hecho, son las criollas más lindas de esta costa. Aparte de sus ojos hermosos, que son el atributo ordinario de las mexicanas, tienen en la fisionomía algo ingenuo que les otorga un encanto infinito.

Las casas de aquel pueblo sólo tienen una planta baja con una galería abierta que da a la calle, a la que van a respirar el aire fresco al anochecer. El cuerpo principal de la vivienda consta sólo de una estancia o dos de gran tamaño, cuyo menaje consiste en mesitas esquineras recargadas de relicarios de santos, de banquetas de madera y de algunos asientos de cuero llamados butaques.

Los vecinos de este pueblo acogen cumplidamente a los extraños y la primera casa en la que entramos se volvió nuestra posada. Mis gentes fueron llevadas a la cocina y cenamos con los huéspedes. Era la primera vez que tenía la ocasión de observar el orden del servicio de las comidas y los usos acostumbrados en la mesa en casa de unos criollos ricos de esta costa.

Una hora antes de la cena se nos presentaron rebanadas de sandía que se derretían en la boca como agua dulce; luego, un cuenco de chicozapotes, limones dulces y piñas. Cuando pasamos a la mesa sirvieron a cada comensal un tazón de caldo blancuzco y turbio, pero

¹ La población de Tlacotalpan constaba de cinco mil almas en 1851.

² El rebozo es un paño de una tela de algodón o de seda con el que las mujeres se cubren los hombros y la cabeza.

muy sabroso (14); trajeron después dos sopas muy espesas, que tomamos con tortillas o pan. La carne hervida de buey fue servida con jamón y legumbres. Luego la mesa se cubrió sucesivamente de huevos con queso, salsas de tomate, pimientos verdes rellenos, mole de guajolote espolvoreado de ajonjolí tostado, cerdo fresco guisado con calabazas, carnes fritas colocadas en lechugas, lechugas aderezadas con aceite rancio y vinagre dulce y, finalmente, frijoles de San Andrés. El postre sólo constó de mermeladas y de un vaso de agua. Los mexicanos sólo beben después de comer y muchos de ellos sólo comen dulces para despertar la sed. A veces se sirve un frasco de vino de Jerez o de Burdeos y se llena un vaso que pasa de mano a mano, pero se trata más bien de honrar a un extranjero que de una costumbre.

El desorden que imperó en el servicio me mostró que los mexicanos no habían avanzado más en la ciencia del mayordomo que en el arte del cocinero. Pero lo que me escandalizó y me puso de mal humor fue la costumbre cínica de echar vientos del estómago, sobre todo en la mesa. Esta licencia asquerosa es aún practicada en toda la república, con la excepción de la capital y de algunas familias distinguidas de provincia, donde fue proscrita desde que los viajes a Europa se volvieron frecuentes y que la sociedad de los extranjeros ha civilizado las costumbres.

Al acabar el festín se colocó en la mesa una estufita de plata llena de ascuas cubiertas de ceniza y cada uno empezó a preparar su cigarro y a darle forma con los dedos. Aspirar el humo del tabaco se vuelve entonces para los mexicanos lo que es para nosotros el café: un digestivo y una fuente de sensaciones agradables. Cuando uno se acostumbra a tragar el humo del cigarro se resuelve difícilmente a renunciar al tabaco. Después de haber saboreado este placer, el criollo se retira para dormir la siesta y sólo se despierta al cabo de una hora o dos para volver a fumar, mientras espera el chocolate. Se fuma comúnmente de 25 a 30 cigarros al día.

La noche misma de mi llegada me enteré de que una balandra saldría para Veracruz. Reservé mi pasaje y al día siguiente por la mañana, después de que el comandante tomara su chocolate (ya que un mexicano lo hace todo metódicamente), se puso la vela al viento. En

pocos minutos Tlacotalpan y el embarcadero desaparecieron a nuestros ojos detrás de las masas arboladas de la orilla sinuosa.

Me sería difícil dar una idea adecuada de la acumulación reinante en el puente y de la muchedumbre de pasajeros que se hallaban al pie del mástil y alrededor del hueco de cuatro pies cuadrados que servía de cámara a la nave. Grandes jarras de leche, sandías, melones, canastas de plátanos, aguacates, piñas, papas, huevos, etcétera, por encima de las jaulas de pollos y de guajolotes, de loros y de media docena de puercos atados por una pata que no apreciaban en absoluto su condición y lo manifestaban con gritos ensordecedores: era un mercado flotante. También hombres, mujeres, niños, viejos, indios, mulatos sentados en botes o a horcajadas sobre jaulas completaban la carga de la balandra, cuyo puente a ras del agua sólo tenía un borde de seis pulgadas de alto. La suerte de todo este cargamento no era dudosa si el menor viento del norte hubiera soplado en el mar, pero el patrón nunca se arriesga a salir de Alvarado si no está seguro de alcanzar Veracruz antes del peligro. La distancia es tan corta, que sus predicciones muy pocas veces lo engañan.

El río de Alvarado nace en los montes del país zapoteco y descarga sus aguas en el golfo de México. Papaloapan es el nombre que los indígenas le daban, pero los españoles le llamaron como el primer capitán que navegó en sus aguas, como ya habían hecho con el río de Tabasco, al que bautizaron como Grijalva. Sin embargo, el antiguo nombre maya, Maia, acabó por prevalecer sobre el nombre español, mientras que el de Papaloapan es ahora poco conocido.

Desde Tlacotalpan hacia el mar este río se encuentra estrechado, aunque no encajonado, en un lecho profundo. Los bosques tupidos que parecen crecer en medio de sus aguas lo protegen de los vientos del este y del oeste, de tal manera que nuestra vela latina no pudo henchirse. Fue preciso hacer remolcar la malandra por dos canoas montadas con ocho remeros. Sin embargo, llegamos suficientemente temprano a Alvarado para esperar arribar a Veracruz antes del anochecer, si nuestro patrón lo hubiera considerado necesario. Pero un mexicano jamás tiene prisa: quiso esperar al día siguiente, aunque el viento era excelente, y este desgraciado retraso nos retuvo prisioneros 14 días en Alvarado. Al acercarse la noche, una banda negra se

elevó desde el horizonte en el norte y en el oeste, pronto envolvió el cielo y cubrió la tierra de tinieblas. Cayó la lluvia, ligeras borrascas levantaron las olas y al día siguiente el mar estaba agitado y nuestra salida del puerto ya era imposible.

No hay posada en Alvarado³ y ni siquiera se encuentra, como en los pueblos indios, el recurso de la casa común. La hospitalidad patriarcal de los criollos de Tlacotalpan ofrece veinte asilos para un viajero. Pero los habitantes de Alvarado son los más egoístas de todos los pueblos a los que he viajado en la República Mexicana. En vano busqué un lugar para pasar la noche: ninguna puerta se abrió al “inglés”,⁴ y me vi obligado a campar con mis gentes bajo el peristilo del puerto.

Esperaba ser más afortunado en mis búsquedas los días siguientes, pero éstos no trajeron ningún cambio en mi situación. No sólo permanecimos bajo nuestra galería durante 14 días, expuestos a las intemperies de la estación, en una época en que la fiebre amarilla no eximía a los europeos, sino que también nos negaron la comida en todas partes donde nos presentamos, aun cuando yo ofrecía el doble de lo que se acostumbra pagar. Sólo dos días después de nuestra llegada mis gentes descubrieron una choza de indio donde aceptaron darnos de cenar.

Despiertos tempranamente por el mugir de las vacas que venían a ordeñar en la orilla, nos pasábamos la mañana mirando los movimientos de los pescadores que preparaban sus redes. Después, nuestra única ocupación hasta la noche consistía en mirar las olas que llegaban hasta nosotros y en espantar al jején que nos perseguía. La lluvia que caía casi de forma continua nos obligaba a quedar inmóviles en nuestros lugares, los que sólo dejábamos a la hora de nuestras comidas.

No es un placer menos grande el comer cuando uno se aburre que cuando se tiene hambre. De modo que nunca menos que ahora me fijé en el sabor de las viandas que me servían; aunque eran muy

³ La población de Alvarado era de dos mil almas en 1851.

⁴ Nombre que se daba entonces a todos los extranjeros, porque los primeros que llegaron a México eran ingleses.

sencillas, las encontraba exquisitas. Por lo regular eran huevos estrellados, frijoles negros, pescado cocido en mucha agua con chile, jitomates y manteca de puerco. Nos servían al mismo tiempo tortillas calientes y una infusión de té del país con sabor agradable, que los botanistas conocen bajo el nombre de ambrosía. Nos dieron también algunos buenos tamales, que las mujeres de Alvarado saben preparar a las mil maravillas. Ya conocía este antiguo manjar mexicano porque lo había comido varias veces en Acayucan, pero fue en Alvarado cuando estudié su sabor, otorgándole un mérito que no le encuentro hoy en día. El tamal está hecho con un pedazo de puerco fresco o de guajolote, sazonado con chile rojo y algunos ingredientes, y envuelto en masa de maíz. Se forman panecitos que se colocan en hojas de plátano o de maíz, los que se ponen a hervir en agua durante 24 horas. Este manjar es uno de los que le servían a Moctezuma (15).

Durante mi estancia en Alvarado se pasó revista a las tropas de la guarnición, lo que fue una diversión en la monotonía de nuestra existencia. Nunca he visto algo tan grotesco y difícilmente se puede imaginar el estado preciso de miseria y suciedad de estos cuerpos de soldados costeños que llaman “jarochos”. Voy a tratar de dar una imagen de ellos.

Esta reunión de miserables, que llevaba el nombre pomposo de regimiento, está compuesta por unos 150 indios, negros, mestizos y zambaigos, unos vestidos con pantalones de tela y sarapes de lana, otros de calzones y harapos de camisas. Sus sombreros de paja estaban ennegrecidos por el tiempo y, con excepción de los jefes y de los suboficiales, ninguno de estos extraños guerreros llevaba zapatos. En cuanto a sus armas, no estaban en mejor estado; los granaderos llevaban un fusil y una cartuchera con correajes resecos y ennegrecidos, varios sólo tenían un fusil, mientras que los demás estaban armados con palos de escoba.

De esta tropa de miserables la vista iba de modo natural a los oficiales, sobre todo el coronel cuyo sombrero, coronado de tres plumas tricolores, estaba adornado de una escarapela del tamaño de la mano. Su uniforme azul con vueltas rojas lucía un corte tan raro que delante sólo llegaba a la mitad del pecho, mientras los faldones rebasaban las corvas. Un cinturón de ocho pulgadas de ancho tapaba un

poco el ridículo que producía este contraste de proporciones, pero los oficiales que no gozaban de esta marca de distinción eran realmente curiosos de ver: parecían estar vestidos por delante con el traje de un enano y por atrás, con el de un gigante.

He visto más tarde en las grandes ciudades de México otras tropas vestidas y armadas de manera conveniente y hasta vi cuerpos magníficos, pero debo decir que su esplendor dura poco. Los soldados no cuidan en absoluto de su equipo y los oficiales dejan mucho que desear en cuanto se refiere a su uniforme.

A los 14 días de nuestra estancia en Alvarado el tiempo se compuso, si bien el viento todavía era malo. Aproveché para explorar el puerto y sus alrededores. El pueblo está situado en una península y queda separado del mar por unas dunas. Cuando estos cerros de arena se calientan con los rayos verticales del sol, el calor se vuelve excesivo. Entonces la fiebre amarilla hace estragos entre las personas que no están aclimatadas. No la padecemos, sin embargo, porque aquel mal fue benigno aquel año o bien porque acabábamos todos de pagar al clima algún tributo con alguna enfermedad más o menos grave, y nuestra sangre empobrecida nos concedía un plazo de gracia ante esta plaga de las costas.

El puerto de Alvarado es inmenso y seguro, pero la barra del río es mala. Su posición es inconstante como las arenas movedizas y su profundidad no permite el acceso más que a navíos de poco tirante. Por una razón semejante, casi todos los ríos de México que desembocan en el golfo no pueden recibir navíos de alto tonelaje; y como la naturaleza no concedió a la costa oriental de este país bahías o ensenadas suficientes para ofrecer a los navíos un anclaje sin peligro, esta vasta república carece totalmente del lado de Europa de un puerto que merezca este nombre.

Por fin salió el sol, rodeado de sus rayos más brillantes; no había ninguna nube en el cielo azul, el viento que soplaba desde el este nos prometía una navegación corta y fácil. El puente de la Malandra ya no estaba tan obstruido; al haber nuestra larga estancia en Alvarado obligado a los granjeros a abandonar la meta de su viaje, ellos se habían regresado a Tlacotalpan. Pasamos la barra cuando el sol ya estaba alto y vimos con satisfacción desaparecer detrás de nosotros las

dunas que nos ocultaban la vista de un pueblo que nos había tratado como parias.

En medio de la travesía, la calma chicha nos aprisionó en las olas inmóviles. La mirada alcanzaba la profundidad verdosa, iluminada por los rayos solares; descubría tiburones que nadaban tranquilamente y merodeaban alrededor de nuestro pequeño navío. Nos quedamos así sin movimiento, como sorprendidos por los hielos de un océano polar, hasta que la brisa vespertina llegó a hinchar nuestra vela. Entonces alcanzamos en poco tiempo las arenas a flor de agua de la Isla de Sacrificios, y cuando se puso el sol anclamos en el fuerte de San Juan de Ulúa, al alcance de un tiro de cañón de Veracruz, cuyas casas blancas me parecieron los monumentos fúnebres del cementerio del Père-Lachaise. Me arrojé a una canoa, llegué al muelle y cuando entré a esta ciudad y respiré su aire emponzoñado, no pude defenderme de un sobrecogimiento indecible.

CAPÍTULO IV

El primer establecimiento de Cortés en la costa oriental de México.- Prosperidad de Veracruz.- Carácter celoso de los españoles.- Creencia popular.- La fiebre amarilla.- Causas que producen esta enfermedad.- Dolores que padecen los enfermos.- El viento del norte.- La paz de Dios.- Salubridad de Veracruz para las personas aclimatadas.- La bahía.- El fuerte de San Juan de Ulúa.- Mi recámara.- Mi hostelero.- Las damas de Veracruz.- Paseo del muelle.- La Alameda.- Malibran.- Medellín.- Episodio del robo de mi cartera.- Estado moral de los soldados del país.- Modo de reclutamiento.- Reflexiones acerca de la dirección dada a la educación de los jóvenes en Francia.- La gabarra *La Dore*.- Salida para México.- Los expulsados.- La caravana.- Fatigas e incomodidades del viaje.- El maestro de transporte en carros.- Episodio de la joven jarocho.- Bella vegetación.- Xalapa.- El Pico de Orizaba.- Hermosura de las mujeres de Xalapa.- Cambios acaecidos entre los indios de los climas fríos.- Ladrones.- Las Vigas.- Fantasmas de Ossian.- La catarata de Naolinco.- La calzada de San Miguel.- Perote.- El mesón.- La llanura.- El espejismo.- Puebla.- Carácter de los habitantes.- La catedral.- Teocali de Cholula.- La Malinche.- Hermoso bosque de Río Frío.- El Popocatepetl y el Iztaccíhuatl.- Venta de Córdoba.- Valle de México.- Los lagos de Chalco y Texcoco.- Las cortinas de sauces.- Vista de la capital de México.- Ensueños.

El primer establecimiento español en el continente septentrional americano fue fundado en 1519 por Hernán Cortés. Después de haberse apoderado de las costas de Yucatán y del Coatzacoalcos, se detuvo en el territorio de los totonacos, donde mandó levantar algunas casas junto con un pequeño fuerte para sus tropas en caso de ataque. Esta colonia naciente recibió el nombre de Villa Rica de la Vera Cruz, pero la ciudad que actualmente lleva este nombre no se levantó sobre los fundamentos de ésta, ya que la construyeron en su cercanía, a fines del siglo XVI, por orden del Conde de Monterrey, virrey de México.

Esta ciudad se volvió el almacén general de las mercancías españolas y de las producciones mexicanas; fue el centro de las riquezas que llenaron durante más de dos siglos las arcas del tesoro de España. Diez años de estancia en Veracruz bastaban para adquirir una fortuna colosal, pero cabe decir que la plaga de la fiebre amarilla mermó el número de los elegidos, casi un siglo después de su fundación. Ésta fue la causa que impidió que Veracruz se desarrollara más: los españoles que llegaban a México buscando fortuna, seguros de prosperar donde quiera que se establecieran, iban naturalmente a huir de un lugar donde había que jugar con la muerte.

El carácter celoso de los españoles no permitió jamás a las naciones extranjeras penetrar al Dorado ni abastecerse de las mismas fuentes que ellos. Sin embargo, algunos europeos llegados en el séquito de los virreyes lograron establecerse en México y entrar en los caminos de la fortuna. Pero el odio y la envidia no tardaron en perseguirlos: muchos de ellos quedaron arruinados y algunos terminaron su carrera en los calabozos de la Inquisición.

Sólo con el ascenso de Iturbide al trono imperial en 1822 algunos extranjeros ingleses y franceses se atrevieron, por su cuenta y riesgo,

a recorrer los antiguos dominios de estos ávidos conquistadores. Durante mucho tiempo, el pueblo mexicano e incluso la clase alta de la sociedad habían sido mantenidos en la idea de que del otro lado del océano Atlántico no había más país que España, y que Francia, Inglaterra, Alemania, etcétera, sólo eran provincias del vasto imperio de los católicos. Además, se les había inculcado la idea extravagante de que los habitantes de aquellas provincias tenían en su conformación tanto la naturaleza de la bestia como la del hombre,¹ que hablaban una lengua diabólica y estaban excluidos de la comunión de los fieles. Esta creencia había arraigado con el tiempo en la profunda ignorancia de los criollos, haciéndoles confundir con el pueblo judío a todas las naciones que viven fuera de la península hispánica; así, designaban bajo el nombre genérico de “judío” a cualquier hombre que no fuera español. Más tarde, cuando llegaron los primeros ingleses al país, el nombre de *judío* fue cambiado por el de *inglés*, que la gente del pueblo conservó en la época del bloqueo de los franceses en 1838.

La población de Veracruz era, a mi llegada, de unas seis mil almas. Ahora es de ocho mil, aunque el cólera había cobrado la mitad de estas vidas. Jamás rebasó los 16 mil cuando el monopolio del comercio estaba en manos de los españoles.

La ciudad es bastante bonita en su conjunto, hay algunas casas hermosas, barrios lindos, pero también algunos muy feos y sucios. Las calles que orillan el mar de ambos lados del muelle son verdaderas cloacas, vueltas más asquerosas por las nubes de zopilotes que las ocupan como si fueran sus dueños.

Veracruz es, para las personas no aclimatadas, uno de los puntos más insalubres del globo y, gracias a las revoluciones de México y a la apatía de los mexicanos, seguirá siendo sin duda uno de los lugares al que el viajante temerá llegar. Cayenne era antiguamente una tumba para los europeos, pero desde que se hicieron las obras de saneamiento, la fiebre amarilla desapareció de allí. En las Antillas francesas disminuyó mucho, pero en Veracruz esta plaga conocida como “vómito negro” nada perdió de su peligrosidad y sólo espera la estación

¹ Los españoles habían hecho creer a los mexicanos que nuestra columna vertebral se prolongaba en cola como ocurre con los animales.

favorable para contestar con un grito de muerte a las acciones de gracias de los recién desembarcados. Cuanto más numerosos son, menos oportunidades de salvación para cada uno, y cuanto más joven y más robusto es uno, más rápido cae.

Tres causas principales determinan en las ciudades populosas la existencia de la fiebre amarilla: un fuerte calor, la vecindad de pantanos y la reunión de personas que no están aclimatadas. Pero hace falta que estas tres causas sean simultáneas: si falta una, el mal ya no existe. El mes de mayo, cuando el sol llega al cenit de estas comarcas y abrasa la atmósfera, es la época en que se desarrolla el germen de la fiebre amarilla. La enfermedad aumenta de intensidad hasta septiembre y desaparece en noviembre. También es la temporada en que el agua de las lluvias inunda la tierra y forma grandes charcos de los que no puede salir. El aire se encuentra saturado de vapores bombeados por los rayos del sol vertical, y estos vapores llevan consigo las miasmas mortíferas de las tierras empapadas y de los vegetales podridos.

Es la época en que unos viajeros imprudentes llegan a respirar aquel aire envenenado y caen fulminados como por un rayo. En vano aquellos que no son retenidos en el puerto por intereses comerciales cruzan la ciudad para llegar a lugares menos insalubres, ya que a menudo ocurre que sean atacados por el mal en este corto trayecto. Aunque huyan, llevan consigo el mal que los ataca; pronto los dolores los obligan a detenerse, y al día siguiente ¡la tierra se cierra sobre ellos!

Los viajeros atacados por la fiebre amarilla al cruzar Veracruz raramente pasarán de Puebla; suelen morir en Xalapa, en Puente Nacional o incluso en Santa Fe, a tres leguas de su destino.

No sólo la muerte es lo que se teme de esta enfermedad, sino los sufrimientos que la preceden. La enfermedad parece refugiarse en el cerebro y sólo se la percibe por los dolores agudos que la acompañan. El desgraciado atacado por la fiebre amarilla empieza por padecer violentos dolores de cabeza, de ojos y de riñones. Pronto su cuerpo entero se derrumba y parece quebrado como el de un hombre torturado. Luego llegan los vómitos, una sangre negra sale de la boca, de la nariz, de los oídos; no queda más sentimiento que el del dolor y la voz sale en gritos desgarradores. ¡Cuántos jóvenes hoy llenos de vida

y de salud retan, al dulce choque de los vasos, en la loca alegría de un festín, a la terrible enfermedad, enemigo invisible que los acecha, quedando vencidos mañana por ella, acostados en un lecho de dolores desde el que no podrán reconocer a los ruidosos amigos del ayer! ¡Ay! ¡Es incluso una suerte cuando la fuerza del mal absorbe enteramente las facultades del enfermo! Aquel que conserva su pleno conocimiento sufre doblemente, si el recuerdo de una familia abandonada llega a mezclar su amargura con las torturas de la agonía.

Las mujeres, los niños y los ancianos corren menos riesgos que los hombres jóvenes, fuertes y robustos, pero los mexicanos que lleguen de las regiones altas del país son, entre todos los demás, los más expuestos a ser víctimas de esta plaga, porque pasan en pocas horas de una atmósfera templada y seca a un clima abrasador y húmedo. Al suceder este cambio sin transición, la enfermedad los ataca con mayor fuerza que a quienes tienen veinte o treinta días de andar bajo los trópicos, y cuya sangre tuvo el tiempo suficiente para modificar su estado bajo la influencia del aire que respiran.

Los navíos anclados también están bajo la influencia de la enfermedad. La brisa de tierra trae los miasmas envenenados, y a menudo una tripulación entera que dormía en el puente en una hermosa noche tropical, al despertar sintió ser presa de la siniestra enfermedad.

Durante los estragos de la fiebre amarilla en Veracruz, el viento del norte trajo a veces la paz de Dios a los desgraciados que la enfermedad diezma cada día. Mientras impera este viento, la temperatura se encuentra bastante fresca y la muerte reduce sus ataques. Entonces Veracruz toma un aspecto singular: la violencia de este viento es tal que es preciso atrincherar las puertas y las ventanas. Pegados al largo de las paredes, los peatones luchan con todas sus fuerzas contra el cierzo que se opone a su marcha, o levantados por unas ráfagas, franquean con paso de gigante un espacio que antes sólo han caminado paso a paso. El mar se hincha y brama, las olas blancas se agolpan en la orilla, llegan con un ruido sordo a estrellarse en la playa y cubren el muelle con torrentes de espuma. A veces incluso brincan por encima de los muros de la ciudad e inundan la plaza de la aduana.

Un hecho curioso e importante de notar es que el clima de Veracruz se vuelve bueno para quienes escaparon al vómito. Entonces,

hasta se le considera uno de los climas más sanos de México. Ahí conocí a unos extranjeros que desde hace veinte años no se habían visto obligados a encamarse una sola vez.

A 880 metros del muelle se levanta en un islote de rocas el fuerte de San Juan de Ulúa.² Es una de las obras más hermosas de este género que existen en América, protegido por bajos fondos que vuelven peligroso el acceso. Defendido por artilleros hábiles, la conquista de este fuerte tardaría mucho tiempo, pero los mexicanos sin experiencia y tímidos no supieron defenderlo en 1838. Para la flota francesa, las profundidades del mar ya no tuvieron secretos:³ los baluartes se quedaron sin defensa, las baterías sin voz. Una fragata y dos bombardas se acoderaron donde quisieron e hicieron parar los fuegos del fuerte en pocas horas.

La rada de Veracruz (16), comprendida en un triángulo formado por la ciudad, el fuerte, la isla de los Sacrificios y la isla Verde, es la única de la costa oriental de México, y es tan mala que algunos capitanes prefieren revirar y salir a altamar en lugar de echar el áncora cuando se acerca un golpe de viento. Los pilotos de la escuadra de Cortés la compararon, con razón, con un bolsillo agujereado, pues a menudo, empujados por un viento violento del norte, los barcos anclados al pie del fuerte se desprenden y se rompen en los arrecifes de las islas que acabamos de nombrar, o bien que saliendo por el canal que las separa se pierdan en la costa opuesta (17).

Al desembarcar en Veracruz me alojé en casa de un restaurantero francés que vivía cerca del muelle. La calle a la que se abría la ventana de mi cuarto era sucia y apestosa, sólo se veía basura y zopilotes. Pero tenía, como compensación, la vista del mar que se desarrollaba magníficamente frente a mí y se perdía en el horizonte, en el cielo azul. Desde mi cama veía los primeros rayos del sol al amanecer, los que doraban las olas centelleantes; podía ver el fuerte, los navíos desparrramados aquí y allá en la bahía, y la vela lejana que anunciaba la vigía. Mi recámara estaba amueblada con dos sillas, una mesa y un

² Los españoles escriben Ulua y pronuncian Ouloua: está mal que digamos Uloa.

³ Antes del bombardeo dejamos que nuestros marinos sondaran los pasos sin disparar un cañonazo.

catre. En aquel entonces, era mucho encontrar en una posada otra cosa que no fuera un banco de madera, y hasta 1828 no se conoció más cama de viaje que el gabán y el sarape. Pero llegaron los franceses y extendieron poco a poco las comodidades de la vida en las carreteras más frecuentadas y en las ciudades principales.

Mi hostelero era un colono del Coatzacoalcos. Había dejado el hacha por el cucharón y se felicitaba por el cambio. El trato en su casa no era espléndido, pero uno era atendido con limpieza y por un precio moderado, circunstancia importante tomando en cuenta mis finanzas. Comía excelente pescado en la mañana. El huachinango, con colores de bermellón, como el salmonete del norte, muy abundante en la bahía de Veracruz, es un manjar que no puede faltar en la comida. Se come muy bien en Veracruz, el mercado está abastecido de carne, caza, legumbres, frutas de toda clase, y es posible procurarse conservas de Europa a buen precio. El vino ordinario de Burdeos sólo cuesta un franco la botella y los vinos de España cuestan menos aún.

Muy pocas veces he visto a las damas de Veracruz, las que sólo salen al atardecer o muy de mañana para ir a misa. Durante el día se ve poca gente en las calles, pues sólo se sale por obligación antes de las cinco de tarde; entonces, los hombres con pantalones y sacos de tela blanca empiezan a circular. Unos forman grupos de parlanchines frente a las tiendas, otros van al muelle a respirar el aire fresco del mar y ver los nuevos navíos anclados en la rada.

Este paseo del muelle, aunque muy limitado, es el único que puede traer algo de diversión en la monotonía de la vida de la ciudad. Los navíos que se columbran en sus áncoras, los barcos de los pescadores que regresan al puerto, el trajín de los descargadores, los movimientos del pelícano que, cerrando las alas, se deja caer sobre su presa con el pico adelante como si fuera una masa inerte: todos estos detalles del cuadro ocupan la vista y descansan el espíritu.

El Paseo de la Alameda me parece extremadamente triste; sin árboles, rodeado de chozas en ruinas y de pantanos a menudo fétidos, no puede inspirar más que meditaciones acerca de la muerte, cuya silenciosa morada se divisa no lejos de allí. En cuanto al paseo llamado Malibrán, no puede llegar a serlo realmente para los peatones:

uno se hunde en la arena y el polvo hasta el tobillo, y regresa cubierto de pequeñas garrapatas muy incómodas que llaman pinolillos.

Pero a seis leguas de Veracruz se encuentra un pueblo llamado Medellín (18), donde la sociedad se reúne en primavera para disfrutar de la libertad del campo y de los placeres que no encuentra en la ciudad. Allá las reuniones, los bailes, los juegos y las comidas campestres son permanentes. Los alrededores ofrecen hermosos paseos a los hombres que quieren montar a caballo por la mañana, y un riachuelo que cruza el pueblo lleva aguas tibias y cristalinas para los que se bañan sin miedo a los caimanes, como en Coatzacoalcos, ni a los tiburones, como en la bahía de Veracruz.

Por sus relaciones continuas con los extranjeros que desembarcan en el puerto, los veracruzanos adquirieron algún conocimiento de las cosas del mundo antes que los vecinos de las demás ciudades de la república y los encontré mucho menos ignorantes que las personas que pertenecían entonces a la clase media en México. Desde que los grandes negocios se han vuelto más escasos y difíciles, y que el almacenaje del comercio y el centro del agiotaje se hallan en la capital, las familias principales han dejado Veracruz para establecerse en México, donde figuran todavía en primera línea gente como los Echeverría, los Garay, los González, los Valle, los Guisasola, etcétera. El rico banquero de Londres, Lizardi, es también de Veracruz.

Para dar una primera idea del pueblo al que haré viajar al lector conmigo, no me parece inoportuno comentar aquí un episodio de mi estancia en Veracruz. Más tarde dedicaremos un capítulo al análisis del carácter mexicano. Por la comparación de defectos y cualidades, de los vicios y de las virtudes de cada clase de la sociedad, se podrá juzgar el estado moral de la nación.

Era el día siguiente de mi llegada; acababan de hacer en la aduana la visita de mis efectos, y mis gentes se ocupaban en volver a cargar las cajas en una carreta, cuando noté una que estaba mal clavada y cuya tapa iba a caer. Me acerqué para ayudar a los cargadores y, estando ocupado en mantener la tapa de la caja, sentí un ligero roce contra mí y algo que salió de mi bolsillo. Al darme la vuelta en seguida, vi un gran bribón plantado cerca de mí como un palo, con los brazos colgados y las manos abiertas, aparentando no hacer caso de nada.

Entendí que lo que me había robado ya estaba en posesión de otro, y pasando una mirada rápida sobre un grupo de ocho o diez de sus compañeros que me rodeaban, logré descubrir siguiendo sus movimientos en qué manos acababa de pasar el objeto robado. Corrí hacia el hombre, lo agarré del cuello, le rompí la camisa hasta la cintura e hice caer el objeto que allí tenía oculto.

Se trataba de mi cartera, que no contenía nada interesante para mí sino una carta de recomendación, pero mi miedo había sido grande: el cinturón que contenía el poco oro que poseía se encontraba en el otro bolsillo, y había creído que era la cintura la que me habían robado.

Esta escena se desarrollaba delante del puesto de la aduana y, sin embargo, el culpable no fue detenido; lejos de esto, el oficial de servicio y sus soldados parecieron divertirse mucho al presenciar mi pelea con aquel mozo y reían a carcajadas. Y ¿cómo podía ser de otro modo, si el ejército en México recluta lo peor de la sociedad? ¿Se recluta a los ladrones y a los asesinos! ¡El juez hace que un criminal opte entre la cadena del galeote o el uniforme de soldado!

A falta de prisioneros y criminales, se logran soldados para las levadas ordinarias (19) que se hacen en los pueblos arrestando a los infelices indios que encuentran y mandándolos agarrotados a la ciudad principal de reclutamiento. He aquí, desde luego, la igualdad bien entendida: al hombre rico, los buenos cargos, los privilegios, la consideración; al pobre, los servicios públicos más duros, la servidumbre, el desprecio.

Lo primero que hice al llegar a Veracruz fue informarme de los recursos que las grandes ciudades de México podían ofrecer a un extranjero cuya instrucción no era más que la que recibimos en nuestros colegios. Cada uno me preguntaba: “¿Qué puede hacer usted?, ¿qué sabe usted? —Yo aprendí latín, tengo alguna idea del griego y también sé algo de inglés. —¡Oh! Está bien: si usted sabe inglés, podrá fácilmente colocarse en una casa de comercio inglesa o americana.⁴ —Pero sólo sé traducirlo, no lo hablo. —Ah, eso es diferente, esto

⁴ Se comprende vulgarmente bajo el nombre de americanos a los ciudadanos de los Estados Unidos.

no le servirá de nada. ¿Qué sabe usted, pues, que pueda serle de alguna utilidad? ¿Posee usted lo suficiente la lengua del país para encargarse de la correspondencia o de tener los libros de un negociante español o mexicano? —Tampoco. No entiendo nada en la contabilidad y sólo puedo siquiera farfullar el castellano. Pero sé algo de matemáticas, dibujo correctamente una academia y tengo nociones bastante extensas de historia y de geografía. —¿Nada más? —Casi todo. —Diablos, entonces no sé cómo se las va a arreglar: su latín, su griego muy bien, pero aquí no veo de qué le servirán. Un comerciante no sabrá qué hacer con usted en una oficina. Lleno de sus estudios universitarios, usted ignora todavía todo lo que hace falta saber para bastarse a sí mismo en un país extranjero y, en un caso extremo, se vería reducido a envidiar el saber de un pulidor de tablas. Si hablara mejor el español, se le podría colocar como dependiente en una tienda de menudeo. —¡Pero... gracias a Dios! ¡No llegué a México para figurar detrás de un mostrador con la vara en la mano, o para ponerme a las órdenes del primer patán que quiera hacerme desplegar veinte piezas de tela para pasar el tiempo! Espero saber pronto suficiente español para abrirme otro camino, si no a la fortuna, al menos al bienestar; y si no lo logro, regresaré a Francia, donde puedo, pese a todo, vivir sin tener que soportar la posición humillante que usted me presenta como vía de éxito (20)”.

He aquí, en efecto, a donde el sistema de educación universitaria nos lleva: ¡a una inutilidad completa para la práctica más ordinaria de la vida! Perdemos los mejores años de nuestra juventud aprendiendo latín y griego, que tan poco nos sirven (21), y que, además, olvidamos tan rápido. Es muy cierto que los usos más absurdos son los más difíciles de destruir, cuando el tiempo los ha, de algún modo, consagrado. Así, después de los violentos acontecimientos políticos que destruyen las viejas rutinas es cuando las instituciones de toda clase mejoran. A partir de 1789, las ideas liberales, sobre todo en Francia, han sacudido violentamente el edificio de los prejuicios. El viejo ídolo se derrumbó poco a poco, pero la base queda todavía en pie: es el modo de enseñanza rutinario vigente en nuestros colegios. Sin duda, el siglo XIX no terminará sin acabar con él. No sólo los jóvenes quedan mal instruidos: también sus recreaciones son mal

dirigidas. ¿Por qué no existe en cada colegio, en cada institución, una sección de artes y oficios para los alumnos de las divisiones superiores? Cuando Jean-Jacques Rousseau publicó su *Émile*, y se leyó que su alumno manejaba la garlopa, muchos padres de familia quisieron dar también un oficio a sus hijos. Pero las madres, que no ven tan lejos como el filósofo de Ginebra, no soportaron mucho tiempo que estuvieran en manos de sus hijos esas herramientas para tan rudo y útil trabajo, de suerte que esta educación práctica cesó pronto con la fantasía de imitación que la había puesto de moda. Sin embargo, con frecuencia se siente la necesidad de una habilidad manual, como medio de salvación en las circunstancias tan diversas que nos puede deparar la fortuna, que juega muy a menudo con las previsiones de los hombres. Tuvimos una nueva prueba de ello en Coatzacoalcos. Cuando los recursos peculiares de cada uno de nosotros se agotaron, el obrero que ejercía un oficio útil se volvió amo a su vez, y el que lo había traído se vio obligado a barrer la tienda de su servidor para ganarse un pedazo de pan. Esto me hacía recordar las fiestas de Saturno, durante las cuales el amo servía al esclavo en la mesa. Pero en Roma este trastorno extraño no era más que un juego y sólo duraba cinco días, y en México era una triste realidad que se prolongó demasiado tiempo. En cuanto a mí, como acabamos de ver, corría el riesgo de morirme de hambre, si mucho orden y economía no me hubieran permitido llegar al momento en que mi actividad me proporcionó medios para vivir. Después de recoger todas las noticias que me comunicaban las personas que veía, tomándolas por lo que valían —o sea, sin hacer gran caso de ellas, pues los consejos que me daban diferían constantemente—, decidí dirigirme a México, foco de la civilización naciente de la que esperaba mi porvenir.

Mis gentes habían llegado al término de su viaje en México. Se ocuparon en tareas agrícolas en una granja vecina, esperando que algún navío francés regresara y los llevara: se había otorgado a los colonos de Coatzacoalcos los mismos derechos al pasaje gratuito que a los naufragos. Pero como eran numerosos los que esperaban su regreso, sólo pudieron embarcarse dos meses más tarde, cuando la gabarra *La Dore*, enviada por el gobierno francés, vino a recoger los restos de las expediciones. Unos sesenta infelices aprovecharon esta

oportunidad para regresar a Francia. Pero un gran número de los que podían aprovechar una rama industrial lucrativa se quedaron en la república, en la que varios de ellos adquirieron un capital que les asegurara el bienestar tranquilo en el que querían acabar sus días. Durante la travesía de regreso, uno de mis hombres murió de escorbuto. Fue el segundo de los que me habían quedado fieles, a quien la suerte negó el regresar a su choza. El otro reposa no lejos de Acayucan, en un bosque de mimosas y de bignonias, cuyas flores doradas se deshojan sobre su tumba. Las dificultades que tuve que vencer para lograr una situación decente en México hicieron nacer varias veces en mí la idea de regresar también con mi familia, pero mi amor propio no lo consentía. Pese a que las cartas que recibía me urgían a hacerlo, pese a las instancias que se me hicieron para regresar a sentarme en el hogar paterno, resistí. Cuando pasaron estos días malos, estas ideas que al principio me habían obsesionado se desvanecieron poco a poco y regresaron sólo más tarde para darme el valor y la fuerza de continuar mi ruta hasta el final.

En esta época la ruta de Veracruz a México estaba infestada de ladrones, principalmente a partir de Xalapa. De haberme ido solo, habría sido sin lugar a dudas atacado y robado, pero una pequeña caravana de viajeros se estaba formando y no dudé en unirme a ellos. Eran franceses, italianos, criollos y españoles pobres que iban también a México. Echados de la república tres años antes, llevaban un tiempo regresando numerosos. Cada navío que llegaba de Europa o de la Nueva Orleans traía a algunos de estos exiliados que saludaban con el dulce nombre de patria a esta tierra, en la que iban a reencontrarse con una esposa, unos hijos o parientes, quienes, nacidos en el suelo mexicano, habían podido quedarse allí para velar por los intereses de los ausentes. No es que se hubiera revocado la ley de expulsión de 1828, pero el presidente Bustamante, que había sustituido a Guerrero, favorecía abiertamente a los españoles, cuyo partido estaba estrechamente ligado por interés al del clero y a la aristocracia, la que lo había llevado al poder.

Seguimos una caravana de carros de carga que llevaba nuestros bagajes. Nuestra marcha era muy lenta, pero nuestra seguridad quedaba garantizada. Los caminos estaban en el estado más deplorable y

los carreteros tenían que superar innumerables dificultades. A veces, los carros metidos en los lodazales permanecían en ellos varias horas antes de que se les pudiera sacar de allí; otras, subiendo cuestas pedregosas, se rompían las correas bajo el esfuerzo de las mulas, los timones y las ruedas se quebraban; entonces se descargaban los carros y se necesitaba un día para repararlos en el lugar mismo donde el accidente había ocurrido. Cuando la noche nos sorprendía lejos de una aldea, de un rancho, de cualquier habitación, acampábamos en campo raso, bajo una tienda improvisada. ¡Feliz aquel que por precaución había traído algunos víveres! Pero más a menudo nos adelantábamos y esperábamos la caravana en un lugar habitado, adonde pensábamos tenía que llegar. Allí encontrábamos al menos galletas de maíz, huevos, frijoles para cenar, y un techo de hojas de palmera para abrigarnos de la lluvia que caía a torrentes casi todas las noches. El maestro del transporte era un francés llamado Faure, a quien se le debe la organización de este modo de traslado en las carreteras de México. Hasta entonces sólo se había recurrido exclusivamente al servicio de las bestias de carga. Faure tenía un cuerpo de hierro, una salud a toda prueba. Lo veía cada día entrar en el lodo hasta las rodillas, empujar la rueda y cargar pesos enormes; se acostaba en el suelo, padecía las mismas incomodidades y privaciones que sus carreteros y llevó este género de vida durante veinte años, aunque hubiera juntado más 200 mil piastras. Podía haber gozado de cincuenta mil francos de renta en Francia, donde había sido obrero tintorero por cincuenta céntimos al día, y no quiso. La ambición lo arrastró; siguió siendo el más infatigable de sus arrieros, hasta el momento en que la muerte llegó a sorprenderlo en medio de sus trabajos.

Desde Veracruz a Xalapa la ruta ofrece pocas distracciones, la vegetación es pobre, la tierra, árida. El pequeño pueblo de Puente Nacional, que debe su nombre a un puente bastante hermoso construido por los españoles, es el único lugar cuyo recuerdo conservo. Tal vez debo atribuirlo a un sueño agradable y efímero, por el cual las aguas del río, las colinas boscosas y las chozas de cañas tomaron vivos colores en mi imaginación. Se trata de éste:

Al regresar de un largo paseo por los bosques de los alrededores de Puente Nacional, sediento, iba de choza en choza pidiendo cerveza

de piña,⁵ bebida refrescante que conserva todo el sabor de la fruta a pesar de la fermentación. Al cabo de un sendero abierto en medio de un macizo de estoraques y de palmas de Cristo, divisé una pequeña habitación algo alejada del pueblo y entré en ella: una mujer joven estaba moliendo maíz. Por el calor del día y el aislamiento de su choza, sólo había conservado la falda. Se levantó ruborizándose, y echó un paño sobre sus hombros; luego, regresando hacia a mí, me señaló de un modo gracioso y natural un asiento. Apenas había visto su cara cuando entré; cuando regresó, me sorprendió su belleza y su porte gracioso. Jamás había visto en México, en esta clase social, una persona tan seductora. Era obviamente de sangre mezclada, ya que su cutis de color claro y rosado desmentía un origen puramente indígena. Sus ademanes también tenían algo suelto que no se suele encontrar en los naturales del país. Una limpieza exquisita imperaba en todas partes, la habitación era fresca y cómoda y los árboles formaban un techo verde cuyas cañas parecían tapizar exteriormente la choza. Bebí el licor que esta joven criolla me ofreció en una taza de calabaza (22) con más placer que si hubiera sido una copa de porcelana o de plata sobredorada. Este lujo de las sociedades civilizadas hubiera destruido el encanto que esta humilde sencillez mantenía en mí. Me gustaba encontrar en esta joven mexicana los atributos de su país; mi imaginación la coronaba con una brillante aureola, y veía en ella el símbolo vivo más perfecto del Nuevo Mundo. Para mí, era la realización de uno de aquellos sueños que se tiene a los 16 años, sueño fugitivo como la forma que toma el pensamiento en aquella edad de ilusiones. Olvidé Francia, México y la caravana de viajeros. El siglo de Jano volvió a mis ojos, tomando prestado un encanto más al recuerdo de los descubrimientos de Colón y de las conquistas de Cortés. Las horas transcurrían rápidas. Ya el pájaro buscaba bajo las hojas un refugio contra los peligros de la noche cuando regresó de sus labores el marido de mi criolla, y me hizo recordar que yo era sólo un paseante. Pero dejemos aquí estas imágenes sugeridas por el idilio, y volvamos tristemente al camino de México.

En los alrededores de Xalapa la naturaleza empieza a cubrirse con una rica vegetación. El calor es menor que en la costa, el rocío

⁵ Tepache de piña.

más abundante, la atmósfera más húmeda. Los bosques se yerguen amables y perfumados, las lianas trepan envolviéndose en las ramas, y echan puentes verdes de un árbol a otro. La orquídea parásita pinta lo verde de las hojas con sus colores, y la abundancia de flores atrae a miles de colibríes que revolotean de una a otra y las acarician zumbando. Los caminos están bordados de setos de naturas, tulipanes y rosales, el azahar del naranjo llena el aire con su aroma. También las plantas de países templados crecen al lado de las del trópico: el duraznero enreda sus ramas a las del guayabo, y la manzana redondea sus frutos no lejos del aguacate: la tierra prodiga sus dones.

Xalapa⁶ está construida en un terreno accidentado, pero la ciudad es bonita en su conjunto y pintoresca en su irregularidad. Está situada en la vertiente de una loma rodeada por otras y por montes escalonados como en un anfiteatro y dominados a su vez, por un lado por el Cofre de Perote y por el otro por el Pico de Orizaba, brillante como una estrella⁷ a los rayos del sol. Este volcán es el más alto de las cordilleras. Desde el mar se puede divisar su cima a cuarenta leguas. Hizo erupción en 1545 y siguió exhalando vapores sulfurados durante veinte años, pero desde hace tiempo parece apagado. La cavidad del cráter, formada según una sección oblicua en el eje del cono, se encuentra llena de nieve y sólo se distingue por la proyección de las sombras. Cargado de hielos eternos en su cima, el Orizaba extiende su base en valles profundos donde impera una temperatura alta, de suerte que en pocas horas se puede pasar por todos los grados de frío y de calor, de esterilidad y de la riqueza vegetal de las regiones polares y de las tórridas.

Las mujeres de Xalapa son famosas por su hermosura. Noté, en efecto, en algunas de ellas, una tez de gran frescura, hermosos ojos, lindas manos y pies muy pequeños. Sin embargo, es una pena que las damas mexicanas quieran a menudo exagerar esta última perfección

⁶ La población de Xalapa era de nueve mil almas en 1851.

⁷ Los naturales daban al Pico de Orizaba el nombre de Citlaltépetl, que significa en su lengua “monte que brilla como una estrella”. La altura de este volcán es de 5 295 metros por encima del nivel del mar. En 1850 los señores Dognon y Majérus, ambos franceses, hicieron una ascensión peligrosa y llegaron hasta la cumbre después de vencer obstáculos infinitos.

llevando zapatos demasiado pequeños; lejos de lograr su meta, se deforman el pie.

Este tipo de zapato a la moda china era tan desmesurado cuando llegué allí, que para que el pie pudiera caber en el zapato hacía falta fijarlo con un enredo de lazos muy complicado. Con esta moda bárbara las mujeres perdían doblemente, añadiendo al dolor un aspecto falto de gracia. La contracción nerviosa que sufría el cuerpo obligaba a seguir enteramente la acción de las piernas; giraban sobre sí mismas en cada paso, y comunicaban al vestido un movimiento oscilatorio totalmente ridículo. Así, del mismo modo que la gente del lugar decía de una linda extranjera que tenía pies largos que afeaban su figura, podíamos decir, tal vez con mayor razón, de una linda mexicana que llevaba zapatos demasiado cortos, que su compostura deslustraba la expresión de sus hermosos ojos.

A partir de Xalapa, las subidas se vuelven largas y rápidas, y pronto se llega a las regiones frías. Entonces se produce un cambio completo en las cosas y en las personas: la vegetación pierde su vigor y su variedad y toma el aspecto sombrío de nuestros bosques del norte. A la alegre bignonia sucede el roble severo, a la palmera amiga del hombre, el pino marcado por el rayo. Ya no se ven estas hermosas chozas de cañas, emblema y morada de la inocencia, que dejan la vida interior accesible a las miradas de todos. Sólo se ven chozas de piedras amontonadas sin arte y cubiertas por un techo ahumado. Desaparecen aquellas indias de limpieza exquisita cuyos cabellos caen sobre los hombros en trenzas de un negro brillante; ya no hay aquellos *jarocho*s de cara abierta, ricos por las riquezas de la naturaleza y siempre alegres con los bienes que ella les depara, los que se despiertan con los últimos cantos de los pájaros y se pasan la noche cantando y bailando frente a sus chozas al son de una guitarra. Una población de una suciedad asquerosa vive ahora en los pueblos, circula en los caminos o remueve con dificultad una tierra avara. Las mujeres apenas vestidas de harapos de lana negra, con los cabellos sueltos y llenos de basura y de piojos, se asoman en la puerta de sus guaridas como horribles visiones. Los juegos y los cantos cesaron, las chozas quedaron mudas, el indio perdió su alegría, es miserable. Por ello, con una mirada sombría, recogido en sí mismo,

rumia el mal y piensa en vengarse de su miseria y del rigor de la Providencia hacia él.

Aquí es donde hace falta viajar con armas, a no ser que uno se haya resignado anticipadamente a dejarse desvalijar. Los alrededores de Perote, Puebla y Río Frío son famosos por los ataques frecuentes de los bandoleros; al acercarse a aquellos lugares temidos, la aparición de un hombre armado basta para dar la voz de alerta. Sin embargo, los bandoleros huyen del peligro y sólo atacan cuando creen dar al traste con los viajeros. Dos hombres bien armados pueden librarse fácilmente de seis u ocho bandoleros, que huyen en cuanto uno de los suyos queda herido. Lo malo es que, a menudo sorprendidos en lugares encajonados, ocurre la agresión antes de haberse preparado la defensa o sin poder determinar el número de los asaltantes. Entonces hay que rendirse y comportarse de buen grado para evitar una desgracia peor que la pérdida del dinero, en caso de resistencia inútil. El robo a mano armada sólo se conoce en México desde principio de las guerras de Independencia; desde entonces, los castigos fueron escasos y los hombres que nacieron para el crimen pudieron seguir sin peligro sus inclinaciones. Bajo el régimen español el bandido no escapaba a la horca cuando lo arrestaban, y la certeza del castigo, al paralizar las ganas nefastas, hacía que los viajes no fueran peligrosos y que las comunicaciones fueran fáciles. El mexicano tiene muy pocas necesidades para buscar una mejoría a su existencia enfrentando a la muerte. Un viajero podía entonces pasar la noche en una choza y dormir con toda seguridad junto a su baúl. Cada mes se hacía de México a Veracruz una remesa de al menos un millón de piastras y, aunque se carecía de una escolta armada para proteger la caravana, la banderita real que flotaba sobre las mulas no dejaba de ser respetada. Iturbide fue el primero, para acelerar la marcha de la insurrección, que se atrevió a apoderarse de este tesoro,⁸ confiado en la buena fe pública. Desde esta época, la plata sólo viaja bajo la protección de un cuerpo de caballería. Sin embargo, el que confía su fortuna a semejante protección y en tiempos de disturbios políticos

⁸ Era una remesa de 750 mil piastras que los mercaderes de México mandaban a Acapulco para que la embarcaran en el galeón de Manila.

nunca deja de tener aprensiones hasta que la caravana llegue a su destino.

A poca distancia de Xalapa empieza la calzada privada de San Miguel, que sube a los montes y serpentea en medio de los bosques. Esta ruta es magnífica, pero no le dan mantenimiento y muestra los inicios de una próxima destrucción. No es por falta de fondos para reparar las vías públicas pues, al contrario, se cobran peajes costosos para su mantenimiento, sino que los gobernantes, siempre hambrientos de plata, usan estos fondos de maneras muy distintas. Pronto esta calzada llega a la región de las nubes y uno viaja en medio de las nieblas de la estación lluviosa. Empujados por el viento, estos vapores corren al ras de la tierra y envuelven a uno en sus velos húmedos. Es realmente curioso ver estas nubes ligeras acercarse o huir encima de los helechos, cuando la noche empieza a revestir los objetos con formas fantásticas, o cuando la luna derrama sobre los bosques su melancólica claridad. Semejantes a las sombras de los héroes de Morven en las colinas de Cona, surgen unas bajo mil figuras difusas de un grupo aislado de abetos seculares y desaparecen de repente detrás de rocas volcánicas o en la espesura de los bosques; otras, iluminadas por los rayos plateados de la luna, se ciernen en relieve en barrancas tenebrosas; unas más avanzan lentamente y parecen descansar en su marcha penosa, como ancianos cargados de años. Todos estos fantasmas sufren, de un instante a otro, transformaciones cuyas diversas fases uno no puede evitar seguir con curiosidad, y luego se hunden en la llanura o se retiran en los bosquecillos de los alrededores. Si uno se vuelve hacia el oriente ve a sus pies un país inmenso, ondulado como un mar irritado, pero cubierto de amable vegetación y alumbrado por raudales de luz. La catarata de Naolinco (23) aparece a lo lejos como un hilo blanco sobre la pared abrupta del barranco en la que cae a borbollones, y cuando la atmósfera es clara, uno descubre las aguas del golfo mexicano que bordean el horizonte con su cintura azul. Una vez transcurrida la calzada, la ruta continúa en medio de deyecciones volcánicas. Las escorias que cubren la tierra dejan poco lugar a la vegetación y los árboles se vuelven escasos. El paisaje vuelve a tener luego un aspecto insignificante, entristecido por las nieblas del verano o los hielos del invierno.

Al acercarse a Perote, la atención despierta a la vista de una planta nueva de gran belleza: es el maguey, especie de aloe cuyas hojas tienen hasta diez pies de largo y forman un círculo de treinta a cuarenta pies de circunferencia. Pero este tamaño no es común: por lo regular la planta no excede los dos metros y medio de alto con un diámetro más o menos similar. En el centro se yergue un cono recto formado por hojas encajadas unas en otras; se corta este cono en su base cuando el quiole está a punto de desarrollarse en tiempo de la floración, es decir, cinco o seis años después de haber sido plantado en buenas tierras, y allí se cava un depósito para el licor que corre desde el interior de las hojas. El jugo del maguey sólo sabe a agua azucarada, pero al fermentar adquiere el sabor del vino blanco recién cosechado. Esta bebida se llama entonces pulque. En las casas mexicanas se sirve en el desayuno y el pueblo lo consume mucho. El mejor pulque de la república se cosecha en los Llanos de Apan, a unas 25 leguas de México, pero nunca llega en buen estado a esta ciudad. Los indios que lo traen lo mezclan a menudo con agua, para restituir a la cantidad el tributo que su garganta sedienta resta a la calidad, y los odres de cerdo en los que se transporta le comunican un olor appestoso. De modo que resulta corto el tiempo durante el cual el pulque permanece potable, y México está demasiado alejado de los Llanos de Apan para que llegue allá en el punto preciso de fermentación que lo vuelve agradable. El maguey también se cultiva en los alrededores de la capital, pero el pulque que proporciona es de calidad inferior.

La pequeña ciudad de Perote está construida a la entrada de una larga planicie, al pie de Nauhcampatepetl,⁹ que los españoles llamaron el Cofre. Su clima es frío, y por primera vez desde mi llegada a México sentí la necesidad de calentarme. A falta de chimenea en la posada tuve que conformarme con el fuego de la cocina. Peor para mí porque se estaba preparando la cena, y la cocinera era tan vieja, tan sucia y tan tonta que perdí el apetito. Una posada en México se llama mesón, es el *kiarvanserai* del Oriente. Está formada por cuatro construcciones de una sola planta en las que las recámaras, sin

⁹ Nauhcampatepetl significa “cerro cuadrado”. Es uno de los puntos más altos de las cordilleras y, sin embargo, no tiene nieves perpetuas.

comunicación entre ellas, sólo reciben aire y luz por una única puerta que da al patio. Estas recámaras están amuebladas con una banca, una mesa y dos tablones de pino a guisa de cama y el viajante no puede disfrutar de un reposo muy agradable, pero por lo mismo aprecia más el gusto que le da una buena cama cuando regresa a casa. Cuando las ciudades y los pueblos están a más de un día de camino, se encuentran en la ruta posadas aisladas que llaman ventas. La venta presenta a veces, sobre todo por la mañana, un espectáculo peregrino. Fuera de la habitación se encuentran alineados con orden algunos centenares de bultos que pertenecen a distintas caravanas de mulas; estos mismos animales, separados por grupos y regularmente alineados, comen el maíz que les proporcionará la fuerza necesaria para soportar las fatigas de la siguiente etapa del viaje. Allí es donde los arrieros se dedican a distintas faenas: unos curan sus mulas heridas, otros componen las albardas o empiezan a cargar; algunos, acurrucados alrededor de una fogata que atizan, preparan el atole del desayuno o acecinan un pedazo de tasajo. Sin embargo, el interior de la venta también se anima y cada uno se apura en sus preparativos, pues es la hora de salida. Pronto una litera de pesado y adormecido paso abre la marcha, o es una amplia berlina, medio compuesta de sus fracturas del día anterior; ya llegan caballeros de trajes raros, con mujeres sentadas al derecho en sus caballos o mantenidas por sus maridos a horcajadas en las sillas: todos salen juntos o unos tras otros y se alejan sin ruido, sin clamores. Sólo se oyen los pasos precipitados de los caballos, el estremecimiento impaciente del corcel fogoso que se lanza para adelantarse a los demás y que blanquea con espuma el freno que lo retiene, mientras a su lado trota pesadamente y con la cabeza baja el rocín del pobre campesino, cuya espuela no podría cambiarle el paso, pero que nunca se queda atrás, sea cual sea su camino. Añadan, como fondo del cuadro, una naturaleza silvestre o un paisaje pintoresco, y tendrán una idea de este *kan* mexicano al amanecer.

La llanura de Perote es inculta y árida. Allí vi un efecto de espejismo que me engañó por largo momento. Este fenómeno de óptica se reproduce en todas las llanuras en las que la tierra no es removida por la mano del labrador. En el Pinal divisamos los volcanes de Mé-

xico. La nieve de sus cúspides nos apareció coloreada con carmín bajo los rayos de la luz crepuscular; un momento después, este color pasó al lapislázuli, luego tomó un matiz grisáceo que se confundió con las sombras de la noche. Al día siguiente entramos a Puebla. Los vecinos de esta ciudad eran considerados en aquella época como los menos hospitalarios de la república; los extranjeros eran mal recibidos por ellos y los viajeros cuya vestimenta difería un poco de la suya se veían perseguidos a pedradas por el pueblo de los arrabales. Pero desde hace años, los hombres ilustrados y amigos del bien que se sucedieron en el gobierno de esta ciudad hicieron desaparecer este resto de barbarie mediante una policía vigilante y rígida, y el extranjero que vive en medio de esta población ya no tiene que temer hoy en día ni maltratos ni insultos.

Puebla, llamada de los Ángeles por la belleza de su clima, consta de alrededor de sesenta mil habitantes y disputa a Guadalajara el segundo rango entre las ciudades de la república. Las calles están derechas y bordeadas de banquetas amplias y cómodas, bien pavimentadas y muy limpias. El barrio central está perfectamente construido y recuerda las calles más hermosas de Turín. La catedral es maciza y un tanto ordinaria en su arquitectura externa, pero es muy notable por la elegancia y la riqueza de su decoración interior. La atención es atraída principalmente por el altar mayor recubierto de placas de plata fundidas en bajo relieves, de un trabajo exquisito. A dos leguas de Puebla, en la ruta a México, descubrimos a nuestra izquierda el famoso *teocalli*¹⁰ de Cholula, coronado con cipreses fúnebres, como si fuera una tumba. El rico templo de Quetzalcóatl,¹¹ que domina esta pirámide trunca, desapareció y el cruel *topiltzin*¹² ya no viene a saludar la aurora con las manos teñidas con la sangre de las víctimas sacrificadas. Un culto suave ha sucedido a este culto bárbaro: una capilla cristiana dedicada a la Virgen de los Remedios se construyó sobre las ruinas del templo pagano, como un consuelo por un recuerdo doloroso, un bálsamo sobre una herida sangrienta. Este teocali,

¹⁰ *Teocalli* significa casa de dios.

¹¹ Quetzalcóatl, dios del aire y legislador de los pueblos primitivos de Anáhuac.

¹² Nombre del gran sacerdote sacrificador.

edificado con tabiques, era el más alto de México, y en su estado actual mide 54 metros de alto sobre 439 metros de ancho en su base, según el cálculo del señor De Humboldt. Las dimensiones de la base son casi el doble de la pirámide de Keops. La antigua Cholula estaba especialmente consagrada al culto de los dioses, era la Meca de Anáhuac. Encerraba un gran número de templos encima de los cuales se levantaba el de Quetzalcóatl, dios legislador, a los que se llegaba en peregrinación de regiones más alejadas para consagrar ofrendas. Hoy en día es más bien un pueblo que una ciudad, y sus habitantes actuales sólo tienen en común con los antiguos su propensión al crimen, lo que aleja a los viajeros del pueblo.

Del otro lado de la ruta, detrás del monte Malinche, se encuentra Tlaxcala, antigua enemiga de Cholula y de México, patria del valiente y desgraciado Xicohténcatl. Esta famosa república ya no es más que un punto sin interés para el arqueólogo, sin importancia política y comercial pese a su título de capital del territorio del mismo nombre. El monte Malinche, que los aztecas llamaban Matlalcueye, ofrece una particularidad extraña que ocupa un lugar en la mitología tlaxcalteca: la cima parece, en ciertas posiciones, recortada de manera que representa a una mujer acostada en una tumba y medio cubierta de un sudario. La cabeza, que parece descansar sobre cojines, presenta el esbozo de una figura cadavérica; el vientre se dibuja bajo el sudario que la rodea y los pies se hallan modelados en su lugar natural. El efecto de esta figura resulta más impresionante cuando uno se acerca a San Martín de Texmelucan. La Malinche ocupa una gran extensión. Su cúspide muy alta se esconde a menudo en las nubes, aun cuando alrededor el cielo sigue siendo sereno; terribles tempestades se forman allí, las que se propagan lejos en la llanura. Por tanto, los tlaxcaltecas le habían dado el nombre de su divinidad favorita, la que mantenía las aguas y las lluvias fecundas, y ellos solían subir hasta su cúspide para ofrecerle oraciones y pájaros en sacrificio.

Pasamos una noche en Río Frío, pequeño pueblo que depende de una granja situada en medio de los bosques, una finca situada no lejos del punto más alto de la ruta.¹³ En cuanto el sol nos retiró sus

¹³ Altura arriba al nivel del mar, 3 302 metros (Morney).

rayos benéficos experimentamos los efectos de esta altura por la disminución del calor; una niebla espesa y helada cayó sobre la tierra y nos caló hasta los huesos. Este ramal de las cordilleras es la última barrera que nos falta pasar para llegar al Valle de México. En este paso de los Alpes mexicanos, la ruta serpentea en medio de bosques de pinos resinosos que despiden un olor agradable. Todo es romántico en aquellas soledades: el aire, jugando en los helechos de hermosos recortes que crecen entre los troncos de árboles, emite un susurro melancólico; mientras tanto el viento, corriendo entre las agujas de las hojas, modula sonidos como tubos de órgano. La cima de los bosques, que se elevan en anfiteatro, se recorta festoneada sobre el cielo transparente, y cuando los accidentes del terreno abren el horizonte, se divisa por encima de su banda negruzca la nieve deslumbrante del Iztaccíhuatl,¹⁴ cuya costra helada resplandece bajo los rayos del sol. Dicen que esta montaña, cuyo nombre mexicano significa mujer blanca, echaba antiguamente humo y cenizas incandescentes; sin embargo, no parece tener un cráter determinado, y no hay nada en la forma alargada de su cima que tenga la apariencia de un volcán.

El Popocatépetl,¹⁵ contiguo a ella, presenta al contrario un cono esbelto, cortado en su cúspide por un cráter profundo, del que salen constantemente vapores calientes fuertemente sulfurados. Rebase al Iztaccíhuatl por 600 metros y su pico es el más alto de las cordilleras sobre el nivel de mar, aunque su altura sea menor que la del Orizaba si se mide a partir de la base. Bajo el imperio de los aztecas, este volcán tuvo frecuentes erupciones: echaba todavía cenizas en el siglo XVII, pero en nuestros días las columnas de humo que se desprenden son raramente visibles fuera de los pueblos asentados en su vertiente (24). Se puede subir al cráter del Popocatépetl del lado del sur; allí las nieves son menos abundantes y se derriten bajo las influencias del viento cálido de las tierras bajas que se hallan al pie del volcán. El primero que subió fue un español del ejército de Cortés, nombrado Ordaz. Para darle a los indígenas una prueba de su valor, intentó

¹⁴ Altura sobre el nivel del mar, 4 785 metros (Humboldt).

¹⁵ Altura sobre el nivel del mar, 5 400 metros (Humboldt). Esta altura rebasa la del Mont Blanc por 623 metros.

llegar a la cima del pico, pero no lo logró. El emperador Carlos V le permitió, sin embargo, colocar un volcán en sus armas para premiar su valentía y el sentimiento que la había inspirado. Tres años más tarde, Francisco Montaña tuvo más suerte: llegó al cráter del Popocatepetl y sacó de ahí, según dicen, azufre para la fabricación de la pólvora. Desde entonces, ningún español tuvo la curiosidad de enfren-
tar el frío, la fatiga y los peligros que promete el ascenso del volcán. Pero en cuanto la entrada de México fue abierta a los europeos, varios ingleses emularon la hazaña de Montaña, con menos éxito. Dicen que el señor William Glennie fue el primero que visitó esta boca del Ténaro en 1825. En la primavera de 1834, el Barón Gros, secretario de la Legación Francesa, subió a su vez con los señores Gérolt, cónsul general de Prusia, y Egerton, pintor inglés; exploraron el cráter y el señor Gros pintó una vista con el talento que le conocemos y que hace del hábil diplomático un artista tan distinguido. El señor Gros nos dio también una descripción escrita de lo que había llamado su atención en la cima del volcán:

el cráter¹⁶ tendrá una legua de circunferencia y mil pies de profundidad; tiene la forma de un embudo y en el fondo se descubren varios orificios circulares rodeados de una amplia zona de azufre puro. El borde exterior está totalmente desprovisto de nieve, pero en el interior, del lado que no calientan los rayos del sol, un gran número de estalactitas de hielo llueven sobre el incendio terrestre. Bloques de rocas de granito medio asentado sobre capas de materias de diversos colores parecen estar a punto de caer al abismo. Algunas se despegan de vez en cuando desde los puntos más escarpados y, rodando hacia el fondo del abismo, producen una detonación sorda y prolongada. Las paredes del cráter presentan claramente tres capas horizontales distintas, cortadas de manera perpendicular a distancias casi iguales por líneas negras y grisáceas. Son recubiertas de azufre cristalizado, cuyo color amarillo pálido proporciona al cráter el aspecto de una cantera de yeso. Desde el fondo se lanzan en torbellinos masas de vapores blancos que se disipan al llegar a la mitad de la altura de la cavidad cónica. Sobre los planos inclinados y hasta en los bordes superiores, aparecen algunas aberturas

¹⁶ Al borde del cráter el termómetro centígrado marcaba cero.

por las que se escapan también gases blancuzcos que tampoco tardan en desvanecerse. Estos vapores llevan en sublimación el azufre que depositan en las piedras salientes y en el borde de los respiraderos. La salida de gas sulfuroso es tan abundante que, en la cima misma del volcán, la respiración se vuelve difícil. Esta mina de azufre sería fácilmente explotable por la gran inclinación de sus paredes. Poco faltó para que el señor Gérolt pereciera por haber intentado desprender un pedazo de azufre a unos pies abajo del borde: suspendido un momento entre el cielo y el infierno, su salvación estuvo pendiente de un hilo. El socorro que se le podía llevar amenazaba así mismo la vida de sus liberadores.

Bajando la vertiente meridional de esta cordillera se empieza a descubrir el Valle de México, que se encuentra igualmente distante de ambos océanos, a 2 277 metros de altura encima de su nivel. Aquel valle, que tiene alrededor de nueve leguas de largo desde el pie de los volcanes hasta la loma que domina México, tiene más de 18 en su dimensión de sur a norte. Antes de la conquista, éste abarcaba gran número de ciudades florecientes y de pueblos rodeados de bosques y de amenos cultivos que lo convertían en un delicioso jardín. Pero todo ha cambiado mucho: las ciudades se han vuelto pueblos pobres, los pueblos desaparecieron y los cultivos están en un estado deplorable.

A falta de la intervención humana, la naturaleza brinda a este valle un aspecto pintoresco y grandioso. A la izquierda, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl elevan hasta las nubes sus mantos helados y mantienen a lo lejos una dulce frescura. De frente se extiende hasta los montes opuestos la hermosa extensión de agua del lago de Chalco, surcada por las barcas de los indios pescadores. Aquí y allá se descubren en el valle algunas turgencias volcánicas, algunos islotes verdes en medio de las aguas azuladas, y todo el valle se encuentra encerrado por montañas o montes como un parque con sus muros.

El lago de Chalco vierte el exceso de sus aguas en el de Texcoco, que se encuentra un poco más lejos. Estos dos lagos y los tres otros del norte del valle contienen disueltos muriato y carbonato de sosa, pero las aguas del lago de Texcoco están más cargadas que las demás.

Sus orillas se ven blancas por aquellas sales, comúnmente llamadas tequesquite, del que las tierras están saturadas a más de una milla a la redonda. Se pesca en estos lagos un pececito blanco bastante delicado. Los patos silvestres y los trullos abundan en tal cantidad que, mediante la batería de viejos cañones de fusil, se mata de 700 a 800 con una sola descarga. La carne de estos patos sabe a lodo y a pescado, por lo que se dejan estas abundantes cazas a la plebe, que compra un pato ya cocido por medio real.¹⁷

A dos leguas y media de México empieza la calzada del este, construida sobre el lago de Texcoco. Es una de las cuatro vías que llegaban a la capital de los aztecas y es la única que queda todavía en medio de las aguas.

Allí el paisaje se enriquece con nuevos accidentes: los montes parecen formar una cuenca elíptica en la que los lagos ocupan la cavidad y México uno de sus puntos principales. En el extremo de la calzada, la antigua ciudad de Moctezuma se deja ver alegre y hermosa entre las cortinas de sauces esbeltos como si fueran álamos, los que crecen en las orillas de los canales y de los caminos. Todas las casas, pintadas de colores claros, brillan en el sol y parecen haber sido construidas el día anterior; una infinidad de cúpulas de iglesias y conventos rebasan las terrazas y extienden sobre la ciudad sus parasoles azules, rojos o amarillos. La arquitectura morisca de estos edificios podía hacerlas ver como mezquitas y las torres de la catedral, al alzarse como dos alminares, acaban de conferir a México un aspecto del todo oriental.

Contemplé este espectáculo con placer, pero no sin emoción, puesto que aquí era la meta de mi viaje y la solución del problema de mi futura existencia. La somnolencia me invadía a menudo y abandonaba a mi mula la tarea de conducirme, pero el paisaje, tan nuevo para mí, llamaba de nuevo mi atención y sustraía un instante mis pensamientos al poder de la melancolía.

¹⁷ Seis céntimos y medio.

CAPÍTULO V

Vistazo etnológico.- Migración de los toltecas.- Fundación de Tulancingo y de Tula.- Astronomía tolteca.- Hambruna y peste.- Destrucción de la monarquía tolteca.- Llegada de los chichimecas.- Formación del reino de Acolhuacán.- Llegada de los tepanecas, tlaxcaltecas, aztecas, etcétera.- Los aztecas se establecen en Chapultepec.- Son perseguidos por los señores de los alrededores.- Se refugian en unas islas del lago de Texcoco.- Su manera de vivir.- Su miseria.- Su establecimiento en Iztacalco.- Se quedan definitivamente en la isla de Tenochtitlán.- Primer templo del dios Huitzilopochtli.- Chinampas.- Separación de la facción de Tlatelolco.- Acamapichtzin, primer rey de los mexicanos.- Esclavitud de Azcapotzalco.- Socorro prestado por los mexicanos al rey de Acolhuacán.- Se cubren de gloria.- Cambia su suerte.- Poder de los tepanecas.- El reino de Acolhuacán conquistado por ellos.- El heredero de la corona de Texcoco forma un partido poderoso.- Los mexicanos se unen a él.- Asalto a Azcapotzalco.- Formación del reino de Tacuba.- Grandes feudos de la Corona de México.- Ampliación del imperio mexicano.- Sus límites.- Advenimiento al trono de Moctezuma el Joven.- Su carácter.- Antigua tradición.- Hernán Cortés.- Su carácter.- Su política.- Su alianza con los totonacos y los tlaxcaltecas.- Su entrada a México.- Prisión de Moctezuma.- Descontento de los mexicanos.- Llegada de Narváez a Veracruz.- Cortés deja a Alvarado en México y va a combatir a Narváez.- Su victoria.- Narváez prisionero de Cortés.- Masacre ordenada por Alvarado.- Insurrección de México. Los españoles son atacados.- Regreso de Cortés.- Desconocimiento de la autoridad de Moctezuma.- Muerte de Moctezuma.- Noche Triste.- Batalla de Otumba.- Cuitlahuatzin.- Guatimozin.- Generosa hospitalidad de los tlaxcaltecas.- Sitio y toma de México.- Suplicio del monarca vencido.- Su muerte.- Suerte de los mexicanos después de la conquista.- Cortés víctima de la envidia y del odio de los delegados.- Su muerte.- Virreyes de México.- Administración de esta colonia.- Efec-

tos que producen los acontecimientos de España en 1808.- Primer grito de independencia lanzado por el cura Hidalgo.- Virrey Venegas.- Batalla de las Cruces.- Batalla de Zapotlanejo.- Fusilamiento de Hidalgo.- Morelos.- Su carácter, sus hazañas y su muerte.- Mina.- Iturbide.- Proclamación como emperador.- Logias de francmasones.- Santa Anna se alza contra Iturbide.- Debilidad del emperador.- Su exilio.- Su suplicio.- El general Victoria elegido presidente.- Pedraza.- Jornadas de la Acordada.- Guerrero.- Ostracismo.- Victoria de Tampico.- Revuelta de Bustamante.- Guerrero declarado incapaz.- Su muerte.- Segundo alzamiento de Santa Anna.- Valentín Gómez Farías.- Cambio en la política de Santa Anna.- Campaña de Texas.- Batalla de San Jacinto.- Santa Anna prisionero de los texanos.- Houston.- Filisola.- Bloqueo de las costas mexicanas por los franceses.- El contralmirante Baudin.- El príncipe de Joinville.- Toma del Fuerte de Ulúa.- Toma de Veracruz.- Tratado entre Francia y México.- Batalla de Acajete.- El general Mejía.- Su muerte.- Pronunciamiento del 15 de julio de 1840.- Primera revuelta de Paredes.- Bases de Tacubaya.- Segunda revuelta de Paredes.- Caída de Santa Anna.- Joaquín Herrera.- Tercera revuelta de Paredes.- La monarquía vista como única vía de salvación.- Invasiones de los angloamericanos.- Batalla de Palo Alto.- Taylor.- Arista.- Toma de Monterrey.- Salas.- Santa Anna regresa al poder.- Pronunciamiento de los polkos.- Batalla de la Angostura.- Scott.- Bombardeo de Veracruz.- Batalla de Cerro Gordo.- Asunto de Padierna.- Batalla de Churubusco.- Asunto de Molino del Rey.- Toma de Chapultepec y de México.- Santa Anna perseguido.- Tratado de Guadalupe.- Arista presidente.- Su caída.- Regreso de Santa Anna.- El partido monárquico y el clero en el poder.- Regreso de los jesuitas.- Santa Anna recibe el título de Alteza Serenísima.- Orden de Guadalupe.- El ejército.- Asonada de Álvarez.- Horrores de la guerra civil.- Huida de Santa Anna.- El Conde Raousset-Boulbon.

¿Cuál es el origen de los primeros habitantes en América? ¿Su raza es propia de este continente aislado? ¿Viene, al contrario, de la gran familia mongólica, de la que algunos miembros habrían pasado el estrecho de Bering o el archipiélago de las islas Aleutianas? Esta cuestión etnológica aún no ha sido resuelta de manera definitiva; y en cuanto a mí, me limitaré a notar que no encontré en ninguna población de México algo que recuerde incluso de lejos los rasgos de las razas asiáticas.¹ El continente americano y México en particular ya estaban muy poblados cuando tuvieron lugar desde el norte al sur las migraciones de distintas tribus cuya historia nos proporciona nociones precisas sólo a partir de la llegada de los toltecas a Tulancingo. Si los recién llegados hubieran pasado por el océano, sería probable que sus antecesores habrían seguido la misma ruta, pero si nada está comprobado en cuanto al origen de estas hordas de emigrados, la cuestión permanece también sin solución en cuanto a los habitantes primitivos se refiere.

Fue en el año 544 de la era vulgar cuando los toltecas salieron, según sus tradiciones, del reino de Tollan, cuya situación en el norte de Nuevo México queda indeterminada. Tomando la dirección hacia el sur, caminaron hasta que la falta de víveres los obligó a detenerse para cultivar la tierra y obtener cosechas. Estuvieron así varios años en distintos lugares, construyendo pueblos, estudiando los recursos de cada región, y durante este largo viaje las generaciones tuvieron el tiempo de renovarse varias veces. Por fin, 104 años después de su sa-

¹ Emití una opinión contraria en uno de mis artículos del *Musée des Familles*, pero un examen más profundo de los tipos asiáticos y americanos me convenció de mi error.

lida, llegaron a un lugar que llamaron Tollancingo.² Algunos años más tarde fundaron en sus alrededores la ciudad de Tollan, hoy Tula, que se volvió la capital de sus estados.

Los toltecas fueron famosos entre todas las naciones antiguas de México por tener una civilización superior. Cultivaban las artes con éxito y tuvieron conocimientos exactos y extensos en astronomía. Ellos fueron los que dividieron el siglo en 52 años, que dieron al año 365 días, o 18 meses de veinte días cada uno, añadiendo al último unos cinco días complementarios dedicados al reposo, y un día intercalado cada cuatro años.³ Esta manera de computar el tiempo fue adoptada por todos los pueblos de Anáhuac (25).

La nación tolteca se multiplicó en esta hermosa región, y varias ciudades muy pobladas ya se habían formado alrededor de Tula cuando unas calamidades espantosas recayeron sobre ellas. Una larga sequía dejó los campos estériles, la hambruna diezmó las poblaciones, y una peste mortífera acabó con los miserables que quedaban. Los que lograron sobrevivir trataron de escapar de tantos males y abandonaron su nueva patria: unos se fueron a Guatemala, los demás a la Costa Oriental, y sólo algunas familias se quedaron en Tula y en el valle, donde más tarde se levantó México. Así es como se derrumbó la monarquía tolteca, después de 400 años de existencia.

Casi un siglo después de la dispersión de los toltecas, llegaron los chichimecas, hordas totalmente salvajes salidas del país de Amaquemecan, cuya situación geográfica es tan ignorada como la de Tollan. Desconocían las artes, incluso la agricultura, y sólo se alimentaban con raíces y los productos de la caza. Pero al haberse establecido en el Valle de México se aliaron con las familias toltecas, de las que aprendieron los medios para cultivar la tierra y las artes más necesarias para la vida. Al cabo de varios años, habiéndose propagado la noticia en Amaquemecan de que los emigrados chichimecas habían llegado a un país delicioso en el que los bosques rebosaban de caza y las tierras de frutas excelentes, tres príncipes de un país vecino encabezaron

² Hoy en día Tulancingo, pequeña ciudad situada a 28 leguas de México.

³ *Astron. Tolteque*, Sigüenza, Boturini, etcétera.

nuevas bandas y llegaron a Texcoco⁴ para pedir al rey de los chichimecas que les permitiera establecerse en su territorio, comprometiéndose a servirlo como fieles vasallos. El rey los acogió como si fueran hermanos, les dio sus hijas en matrimonio y, al haberse establecidos numerosas alianzas entre los dos pueblos, pronto se hicieron uno solo bajo el nombre de *acolhuas* o *acolhuis*, y el nuevo reino tomó el de Acolhuacan.⁵

Aquellas migraciones no se limitaron acá; otros pueblos del norte siguieron las huellas de los primeros y sucesivamente se abalanzaron sobre la misma llanura de las cordilleras. Se establecieron alrededor de los lagos de manera separada, independiente o dependiendo del rey de Acolhuacan. Y pese a haber salido de un mismo origen y hablar la misma lengua, se miraron con celos en un mismo teatro y se trataron como enemigos. Las más famosas de aquellas tribus fueron las de los tepanecas, los tlaxcaltecas⁶ y los aztecas.

Los aztecas habían salido de la provincia de Aztlán⁷ hacia el año 1160 de la era cristiana; se habían detenido en las orillas del Gila, donde todavía se pueden ver ruinas de construcciones. Luego se habían detenido por segunda vez a unas ochenta leguas al noroeste de Chihuahua, en un lugar conocido con el nombre de Casas Grandes a causa de un amplio edificio que subsiste hoy en día y que servía de fortaleza a aquella horda. Finalmente, habían llegado a Tula, luego a Tepeyac,⁸ y desde allí, al cerro de Chapultepec, que habitaron hasta mediados del siglo XIII.

Ahí padecieron las persecuciones de algunos pequeños señores de los alrededores y tuvieron que abandonar este asilo. Entonces se retiraron a un grupo de islas en el extremo meridional del lago de

⁴ Capital de los chichimecas, construida en la orilla septentrional del lago al que da su nombre.

⁵ La monarquía chichimeca-acolhua duró alrededor de 330 años. Sucumbió en 1521, como las de México y Tacuba.

⁶ Los tlaxcaltecas habitaron la orilla de los lagos antes de fijarse al este del Valle de México.

⁷ Agustín de Betancourt dice que Aztlán estaba situado a 900 leguas de México, al norte del golfo de California.

⁸ El pueblo de Guadalupe Hidalgo, a una legua de México.

Texcoco, donde llevaron durante 52 años una vida miserable, no teniendo para subsistir más que pescado, insectos, raíces, y cubriéndose con juncos y follaje.

La independencia que los aztecas habían conservado les hacía soportar estas miserias, pero no tardaron en perderla. El señor de Colhuacán les declaró la guerra, los venció y los llevó a sus estados, donde fueron reducidos a la esclavitud. Sin embargo, pronto se les devolvió la libertad, y pudieron fundar un nuevo establecimiento en Iztacalco, el que abandonaron dos años más tarde para fijarse definitivamente en un islote del lago, en el que vieron un águila parada sobre un nopal,⁹ porque ésta era la señal que habían dado los oráculos respecto del lugar en el que debían fundar su ciudad.

El primer cuidado de los aztecas fue construir una cabaña que sirvió de templo para su dios Huitzilopochtli.¹⁰ Levantaron alrededor algunas chozas de juncos y de cañas, y éste fue el humilde principio de la gran ciudad de Tenochtitlán, que iba a volverse la capital de un amplio imperio y la ciudad más hermosa del Nuevo Mundo. Se llamó también México, del nombre de *Mexitli*, que significa lo mismo que Huitzilopochtli.

Aislados por segunda vez en medio de las aguas, sin tierras que cultivar ni ropa con qué cubrirse y viviendo en un temor continuo respecto de sus vecinos, su industria igualó su miseria. Al volverse insuficiente para la población la pequeña isla de Tenochtitlán, levantaron sobre pilotes unos terraplenos en los que construyeron sus viviendas, y usando ramas de árboles y lodo de las lagunas formaron jardines llamados chinampas, en los que sembraron maíz, chile y hortalizas. En cuanto a las otras cosas de primera necesidad, las consiguieron vendiendo en los mercados vecinos el producto de su pesca y el de la caza de los pájaros del lago.

Ya vivían de este modo desde hacía 13 años cuando la nación se dividió en dos facciones, de la que una de ellas, dejando la colonia, fue a establecerse en una isleta vecina, que se llamó Tlatelolco. Los

⁹ Las armas mexicanas representan un águila parada en un nopal, teniendo una serpiente en el pico y entre las garras.

¹⁰ Nombre del dios de la guerra.

dos gobiernos, primero teocráticos, cambiaron de forma a mediados del siglo XIV. Los tlatelolcos le pidieron un rey a los tepanecas, en cuyo territorio se encontraban las islas del lago. Pero los mexicanos escogieron a uno de su nación, lo que enojó al rey de Azcapotzalco,¹¹ ya irritado contra ellos por la facción de Tlatelolco.

A su advenimiento al trono de México, Acamapichtzin,¹² tuvo por tanto, que sentir los efectos del orgullo herido de aquel monarca y los mexicanos pagaron caro su imprudente elección: el tributo de pescados y de pájaros acuáticos que tenían que entregar a los tepanecas fue duplicado de inmediato. Nuevas cargas fueron impuestas a aquel pueblo infeliz el año siguiente, y al aumentar constantemente las exigencias del rey de Azcapotzalco, éstas acabaron por volverse casi imposibles de satisfacer.

Llegados a este punto de tan largo periodo de desgracias, los mexicanos vieron su suerte cambiar de repente. Un nuevo rey acababa de subir al trono de los tepanecas y, a fuerza de sumisión y de ruegos, los mexicanos lograron granjearse. Cesó la persecución y el segundo rey de México obtuvo incluso el honor de desposar a la hija de su soberano.

Al mismo tiempo, también los mexicanos fueron llamados a socorrer al rey de Acolhuacan en una de sus guerras, y la gloria con la que se cubrieron contribuyó bastante a consolidar su estado político y a mejorar su condición privada. Empezaron entonces a disfrutar de mayor libertad, su comercio se desarrolló, la burda tela de maguey que los vestía fue sustituida por finas telas de algodón y, al cundir en todas las clases un bienestar general, se aceleró prodigiosamente el progreso de la población.

Exentos ahora de cualquier inquietud en cuanto a su existencia material, los mexicanos empezaron a embellecer su ciudad. La arquitectura de las viviendas se volvió más cuidada, se construyeron hermosos barrios, numerosos templos se elevaron, y las cuatro calzadas que los españoles admiraron más tarde fueron edificadas en medio de las lagunas.

¹¹ Azcapotzalco, capital de los tepanecas.

¹² Nombre del primer rey de México.

Sin embargo, el odio profundo de los tepanecas hacia los mexicanos no se había extinguido totalmente; lejos de ello, se había agudizado con los primeros progresos de esta nación rival, cuyas fuerzas siempre crecientes mantenían este foco de enemistad. Pero se acercaba el momento en que estos dos pueblos iban a cambiar de papel, cuando los tepanecas, que eran altaneros y crueles, iban a volverse humildes vasallos.

El poderío de los tepanecas jamás había sido tan grande como entonces: el reino de Acolhuacan acababa de ser conquistado por ellos, su dominación se había extendido a todo el territorio de los vencidos, y el heredero de la corona de Texcoco vivía huyendo para sustraerse a una muerte segura. Pero tanta gloria cesó como un rayo; el príncipe fugitivo formó un partido poderoso, los mexicanos lo apoyaron y Azcapotzalco, sitiado y tomado, sufrió la ley de los vencedores (en 1425).

Sin embargo, el rey mexicano,¹³ político hábil, no incorporó a sus estados todas las posesiones de los tepanecas. Para que aquel pueblo viviera más tranquilo y soportara más fácilmente su dominación, le dio un rey de la familia de sus propios soberanos y formó el nuevo reino de Tacuba (Tlacopan), reservándose sin embargo la soberanía sobre aquel reino, así como el de Acolhuacán, que devolvió al príncipe que había sido destronado. Estos dos grandes feudos, con su alianza ofensiva y defensiva, dieron inicio a la omnipotencia del imperio mexicano, al que permanecieron siempre unidos hasta la sumisión de México por los españoles.

Pronto, todos los pequeños Estados vecinos se volvieron tributarios de México o fueron anexados al imperio. Hasta Tlatelolco fue sometido a Tenochtitlán, y estas dos ciudades, tan cercana la una a la otra, se confundieron en una sola. Las fronteras se extendieron al sureste hasta Guatemala, al sur hasta el océano Pacífico, al este hasta Yucatán y el golfo mexicano; pero en esta dirección, fuera del reino de Acolhuacan, varios Estados enclavados permanecieron independientes, así las repúblicas de Tlaxcala, Cholula y Huejotzingo. Por fin, del lado oeste y norte, el imperio estaba limitado por las posesiones

¹³ Ixcoatl, cuarto rey de México.

del reino de Tacuba, de Michoacán¹⁴ y de los bárbaros otomíes y chichimecos.¹⁵ Tal era la potencia de México, cuando Montezuma II,¹⁶ llamado también Jocoyotzin (el Joven), subió al trono.

Este príncipe era magnífico y liberal. El lujo de su corte era extraordinario, sus gastos excesivos y el ceremonial lleno de dignidad; cuando aparecía en público, volvía su persona el objeto de la veneración de los pueblos. Fue puntual observador de las leyes, pero su justicia degeneró a menudo en crueldad. Fiel al culto de sus dioses, la superstición dominó su espíritu y al sustituir en él su fe en los augurios y la acción de la voluntad por una resignación inerte, se volvió el juguete y el instrumento ciego de los conquistadores españoles.

Existía entre los pueblos de Anáhuac una antigua predicción que anunciaba que hombres de una naturaleza distinta de la suya llegarían un día desde el Oriente y se apoderarían del país. Cuando Cortés desembarcó en la costa de Veracruz y que aquel rey vio las pinturas que representaban a los españoles, los caballos, los navíos, y cuando se enteró de qué armas terribles usaban aquellos temibles extranjeros, ya no dudó de que ellos fueran aquellos héroes predestinados, descendientes del dios Quetzalcóatl (26).

Su mente fue entonces dividida entre dos sentimientos: por un lado, el temor de perder su corona, y por otro, la sumisión ciega a los decretos de la Providencia. Todo lo puso por obra, salvo la fuerza para impedir que Cortés subiera a México. Cada embajada enviada por Cortés era colmada de regalos de gran valía, lo que exacerbaba la avidez del conquistador. Pero en cuanto recibió en su corte a aquel guerrero venturoso, él mismo se rebajó al rango de ministro de sus voluntades. Nada en la historia se parece a la expedición de Cortés

¹⁴ Este reino se extendía desde el oeste de los estados mexicanos hasta el océano Pacífico. Tzintzuntzan, en las orillas del lago de Pátzcuaro, era la capital.

¹⁵ No todos los chichimecos se habían civilizado como aquéllos que se habían aliado con los toltecas; algunos prefirieron la vida silvestre y siguieron viviendo de la caza y cubriéndose con pieles de animales al mezclarse con los otomíes. Permanecieron en los montes del noroeste de México, donde en el siglo XVI carecían todavía de jefes.

¹⁶ Nombre que los aztecas pronunciaban Moctezuma.

a México: se ve en ella de manera evidente y terrible la fuerza irresistible del destino, por débiles que parezcan sus medios. Pero también nada se compara con el valor indomable, la grandeza de ideas y la tenacidad del hombre al que este mismo destino había reservado el cumplimiento de sus decretos.

Hernán Cortés se internó en un país desconocido, cuya población era innumerable y seguramente su enemiga. Los guerreros contra quienes iba a combatir eran también robustos, fogueados en los peligros de la guerra, dotados de un valor que no sabía fallar, y Cortés, para vencer tantos obstáculos, ¡sólo contaba con 415 soldados de infantería españoles y 16 caballos, junto con algunas piezas de artillería! Pero al haber previsto el rápido desánimo de sus compañeros de armas, quemó su flota para no dejarles más alternativa que la de vencer o morir.

Hábil político, prometió venganza a los pueblos sometidos al dominio tiránico de los mexicanos y nutrió las disposiciones hostiles de los que aún no habían sido vencidos por ellos. Así es como se hizo de poderosos aliados con los totonacas y las repúblicas de Tlaxcala y Cholula. Sin embargo, entró en México en calidad de amigo. Moctezuma lo recibió con marcas de distinción extraordinaria y de benevolencia sincera, y cada día le mandaba nuevos regalos de atavíos, adornos de plumas, joyas de plata o de oro de gran valía y hermosa labor.

Pero Cortés vio su impotencia en el caso de un cambio en las disposiciones de la nación hacia él, y se aseguró de la persona del rey, al que mantuvo como rehén, dándole por cárcel su cuartel general. Entonces fue cuando se formó un partido contrario a los españoles y el rey de Acolhuacan, sobrino de Moctezuma, encabezó a los descontentos. Cortés reprochó con severidad a su preso el fomentar personalmente estas insurrecciones, y el infeliz rey, para probar su inocencia, conjuró con Cortés la perdición de su sobrino, al que entregó a los españoles, junto con el rey de Tacuba y los principales señores del país. La desesperación de la nación estaba al colmo, una tormenta temible amagaba a los españoles, y entonces fue cuando llegó a Veracruz la expedición de Narváez, enviada por el gobierno de Cuba para arrestar a Cortés y juzgarlo como rebelde al rey.

La escuadra que comandaba Narváez se componía de 18 navíos que llevaban a 1300 hombres, 85 caballos y 12 piezas de artillería y, sin embargo, Cortés no se asustó al pensar en la desigualdad de sus fuerzas. Su genio, vuelto más activo por el peligro, combinó las posibilidades de éxito y las aprovechó. Dejó al capitán Alvarado en México, salió con setenta soldados a los que se juntaron setenta más de la guarnición de Veracruz. Con este puñado de hombres, arremetió contra Narváez de noche y, de improvisto, se apoderó de su artillería y de sus caballos, lo aprisionó personalmente y se hizo reconocer por sus tropas como capitán general y gran juez.

Sin embargo, un acto bárbaro de Alvarado exasperó las mentes e hizo estallar las hostilidades contra los españoles de México. El día de la gran fiesta del dios de la guerra, toda la nobleza mexicana se había reunido en el patio de la cárcel del rey para celebrar esta solemnidad con juegos y bailes. Era la flor de la nación y el oro y las piedras preciosas resplandecían en los atavíos. Alvarado, arrastrado por el deseo infernal de apoderarse de tantas riquezas, dio la señal del ataque y todos estos desgraciados fueron degollados.

A partir de entonces, los españoles tuvieron que sufrir asaltos continuos y terribles, y sólo fueron preservados de una exterminación general por la interposición de la autoridad real. Entonces, Cortés llegó con refuerzos de tropas, que alcanzaban los nueve mil hombres, tomando en cuenta a los aliados. La superioridad de las armas, de la disciplina y de la táctica militar restableció el equilibrio y los mexicanos cayeron por millares bajo el fuego de los españoles. Sin embargo, éstos se sintieron agotados; se pasaron los días combatiendo y las noches curando heridos y reparando sus fortificaciones.

Ahora, la autoridad del rey fue desconocida. Ni su presencia ni sus órdenes lograrían detener la impetuosidad de los asaltantes: en un ataque furioso, en el que aún él quería defender a los españoles contra sus súbditos, se vio ultrajado por ellos y recibió en la cabeza una pedrada de la que murió algunos días después (27).

Al aumentar cada día la multitud de los enemigos, y a pesar de las pérdidas que les causaba la artillería, era preciso, pese a todo, pensar en la retirada. Los españoles emprendieron la marcha en el mayor silencio de la noche oscura. Sin embargo, la alerta fue dada entre los

mexicanos y los españoles fueron atacados con furia en medio de los pantanos entrecortados de canales por los que iban avanzando. La matanza fue espantosa y sólo escaparon con dificultades inauditas, dejando en el campo de batalla a 450 de los suyos, más de cuatro mil aliados, su artillería y todas las riquezas que se llevaban.

Escapando de los peligros de esta noche fatal, conocida bajo el nombre de Noche Triste, los españoles se dirigieron a Tlaxcala, su fiel aliado, a donde llegaron después de haberse cubierto de gloria en la batalla de Otumba.

Después de celebrar los funerales de Moctezuma, los mexicanos eligieron por rey a Cuitlahuatzin, hermano del monarca difunto. Pero la plaga de las viruelas, que los españoles habían traído a los americanos, lo arrebató a sus súbditos algunos meses más tarde. A su muerte, la corona fue entregada a su sobrino Guatimozin,¹⁷ onceavo y último rey de México.

Mientras los españoles descansaban de sus fatigas y curaban sus heridas en Tlaxcala, su ejército recibía continuamente a nuevos auxiliares y Cortés, que con hábiles diligencias había logrado colocar en el trono de Acolhuacan a un príncipe apoyado por gran parte de la nación, hizo de él un poderoso aliado. Entonces fue cuando se decidió el sitio de México. Cortés se puso en marcha con cerca de ochenta mil combatientes, número que, al aumentar constantemente, se elevó en poco tiempo a 200 mil.

El 31 de mayo de 1521 comenzó el ataque y la saña fue la misma en ambas partes. Después de 65 días de heroica resistencia, la ciudad entera y la persona del rey (28) cayeron en poder de los sitiadores y fue entonces cuando los mexicanos, que ya no eran más que espectros horribles, se entregaron. Durante este sitio, cincuenta mil personas habían muerto de hambre y de enfermedad, mientras que cien mil guerreros habían sido segados por el hierro y el fuego de los asaltantes.

Las riquezas que los españoles encontraron en México no respondieron a sus esperanzas, pues apenas llegaron a 19 mil onzas de oro. Los soldados de Narváez, al verse engañados en sus expectativas,

¹⁷ Su verdadero nombre era Guatemotzin.

empezaron a renegar; pidieron que Guatimozin fuera torturado para obligarlo a declarar dónde estaban sus tesoros, pero Cortés se negó a ello. El descontento tomó entonces un carácter amenazador a instigación de Alderete, tesorero de la Corona, que pregonaba claramente que Cortés había compartido con el rey azteca los despojos de los vencidos. Cortés debió doblegarse ante la tormenta: les entregó a Guatimozin, así como al cacique de Tacuba.

El infeliz monarca fue atado a un árbol, el cacique a otro, y se les quemó los pies, ¡tormento inútil!, ¡barbarie estéril! Todo lo que se pudo saber del rey es que habían tirado una gran cantidad de oro en las lagunas. Cortés mandó detener el suplicio lo más temprano que pudo: ¡siempre demasiado tarde, desgraciadamente, para la humanidad! Sin embargo, la buena voluntad del héroe español para con estos desgraciados príncipes cedió otra vez a las exigencias de su propia seguridad y a la salvación del ejército. En un viaje que hizo a Honduras para castigar la rebelión de Olid,¹⁸ decidió deshacerse de Guatimozin, del cacique de Tacuba y de varios otros prisioneros distinguidos que arrastraba consigo, quienes aunque prisioneros cargados de fierros, le causaban terrores perpetuos. Los mandó colgar de una ceiba en el país de Chiapa, acusando a los cautivos de urdir un complot con las tropas auxiliares para atacar a los españoles de improviso y exterminarlos. Él dice en su quinta carta a Carlos V que los culpables ni siquiera se defendieron de las acusaciones que se les imputaba, pero Bernal Díaz, testigo ocular, dice al contrario: hasta su último momento, los ilustres presos protestaron de su inocencia. Cortés encontró en su conciencia el castigo de esta acción: por mucho tiempo, se le vio impaciente, irritable, taciturno, negándole el sueño un bálsamo para su sufrimiento.

Los soldados españoles no encontraron ni la riqueza, ni la felicidad en la victoria y la conquista, y Bernal Díaz se quejaba del abandono en que su capitán los dejó. La porción de tierra y de servidores que se les otorgó era insuficiente para sus necesidades; y cuando ya anciano, cerca de cincuenta años más tarde, escribía la historia de las

¹⁸ [Cristóbal de] Olid era un capitán del ejército de Cortés que quiso hacerse independiente en Guatemala.

hazañas de sus compañeros de armas, decía de quienes vivían todavía: “estaban pobres, viejos, mutilados, cargados de hijos que a duras penas criaban, y terminaban sus días como los habían comenzado: en las fatigas y la miseria”.

A la caída de México, todos los pueblos de Anáhuac pasaron asimismo bajo el yugo opresor de los españoles, y aquellos mismos que habían ayudado a Cortés en su empresa para sustraerse a la tiranía de los mexicanos no tardaron en arrepentirse, puesto que se habían forjado fierros todavía más pesados que los anteriores. En efecto, bajo el imperio de los aztecas, nada había cambiado en su existencia social; cada clase había conservado su rango con las distinciones y la dignidad que le correspondían. Pero bajo el dominio español, todos los indios indistintamente cayeron en la miseria y en el desprecio, y sólo algunos descendientes de Moctezuma¹⁹ recibieron de los reyes de España títulos y privilegios por la protección que su real ancestro había otorgado a los españoles. En cuanto a los nobles que se aliaron a los españoles, jamás salieron de la clase media de la nación y los demás sólo fueron considerados simples indios y, por tanto, empleados en los mismos trabajos que ellos.

Existen todavía pueblos en que los indios siguen reconociendo por caciques a los descendientes de los antiguos señores. Éstos poseen propiedades bastante extensas, pero no existe más diferencia aparente entre ellos y sus súbditos que el respeto y las atenciones con que estos últimos los rodean. Así, vestidos con un pobre calzón y los pies calzados de sandalias, se les ve a veces caminar hacia la ciudad vecina, encorvados bajo el peso de los bastimentos que van a vender allí y de cuyo producto gastan una parte para emborracharse con aguardiente. Sin embargo, los reyes de España, en sus ordenanzas acerca del régimen de las colonias, siempre tomaron a los indios bajo su protección. Su esclavitud y el trabajo forzado fueron prohibidos, pero los delegados (visitadores), la Audiencia Real y a veces los mismos virreyes actuaron en contra de la voluntad del soberano, y por su tiranía y su crueldad provocaron frecuentes revueltas entre los pueblos vencidos.

¹⁹ Ver la nota 27 [en la p. 393].

Cortés a menudo tuvo que luchar en contra de la oposición odiosa de los delegados enviados por Carlos V para vigilar sus operaciones y reducir su influencia. Los enemigos del conquistador se empeñaban en representarlo como un súbdito infiel que alimentaba la idea de hacerse independiente y de sustituir la corona cerrada a la de marqués,²⁰ con la que el rey acababa de dotar su escudo.

Obsesionado por los envidiosos de aquella gran gloria, Carlos V nombró a magistrados para que vigilaran la conducta de Cortés, luego a otros para controlar o castigar los actos de éstos y finalmente, un tribunal supremo con el nombre de Audiencia Real para restablecer el orden y la paz y gobernar con mayor prudencia y equidad. A veces irritado contra Cortés, a veces proclamando su inocencia, ocupado sin cesar en calmar o en amenazar, en perdonar o en castigar, se aplicaba de manera cuidadosa a la búsqueda de la verdad. Pero engañado por la falacia, se extraviaba a menudo en el error, al no poder ver nada por sus propios ojos.

Las quisquillas e injusticias a las cuales el Marqués del Valle no dejó de estar expuesto después de la conquista de México emponzoñaron sobre todo los últimos días de su vida. Falleció abandonado, harto de disgustos, en un viaje a España que había emprendido por segunda vez con el fin de defenderse y de aclarar las ideas del rey (29).

Sesenta y dos virreyes gobernaron sucesivamente la Nueva España, desde Cortés hasta el imperio efímero de Iturbide. Varios dejaron un nombre respetado por los mexicanos, así los dos Velasco, De Croix, Gálvez, Bucareli y Revillagigedo. Bajo la dominación española, la prosperidad de México fue creciendo, no por la sabiduría y el liberalismo de las instituciones, sino por la paz, poco turbada por las guerras del continente europeo, y por las fuentes de riquezas que no dejaban de ser abundantes aun cuando sus olas corrieran con dificultad en el lecho estrecho y mezquino que les habían abierto. Una colonia fue enviada a las islas Filipinas, algunos almacenes se abrieron en Manila, y un comercio activo se estableció mediante su intermediación entre China y México. Sólo las minas de Taxco eran

²⁰ Fue nombrado Marqués del Valle de Oaxaca.

conocidas en tiempo de Moctezuma, pero no tardaron en descubrir las de Zacatecas y Guanajuato, que fueron explotadas con algún éxito. Pero sólo fue a mediados del siglo pasado cuando las grandes riquezas minerales fueron descubiertas: los mineros adquirieron entonces tesoros inmensos, los comerciantes tuvieron beneficios prodigiosos y los grandes hacendados sacaron de sus propiedades ingresos principescos.

Sin embargo, no todas las clases sociales eran admitidas al banquete de la fortuna. Mientras el clero, los altos funcionarios, los mineros, los grandes hacendados y negociantes acumulaban tesoros, el resto de la nación padecía y la miseria se encontraba igualmente en el campo que en las ciudades.

Por otro lado, la administración era despótica, la Inquisición severa, la enseñanza elemental, nula o embrutecedora, la enseñanza superior atrasada de dos siglos, la facultad de instruirse más rigurosamente prohibida, y la libertad de comunicarse con cualquier otra nación que no fuera España estrechamente limitada, de modo que mientras la parte ínfima de la sociedad padecía la excesiva desigualdad de fortunas, la superior, que no gozaba de bienes cuantiosos y de alguna compensación a estas restricciones sociales, experimentaba un malestar que tarde o temprano iba a intentar corregir. Los acontecimientos políticos de la península, que siguieron a la invasión de los franceses en 1808, le dieron la ocasión para ello.

El encarcelamiento de Carlos IV y de su hijo y la soberanía no reconocida del rey José dejaban a España en la anarquía e imponían a México la necesidad de actuar fuera de sus instrucciones acostumbradas. Las provincias del reino formaban juntas separadas y cada una quería dirigir la nación. La de Sevilla envió mandatarios a México para que la reconocieran y el virrey Iturrigaray, entendiendo que no se trataba de su opinión individual sino de la colonia, decidió que se consultaría a la Comuna y a la Audiencia. Este proceder fue considerado por los comerciantes españoles como atentatorio contra los intereses de la metrópoli, en cuanto revelaba a la colonia su valor político al reconocerle el derecho de votar en tan grave cuestión. Provocó una rebelión que la poca energía del virrey no le permitió ni prevenir, ni sofocar. Su palacio fue atacado, lo detuvieron

y lo condujeron al fuerte de Ulúa, desde donde lo embarcaron para Cádiz.

La nación entendió entonces que no debía esperar ninguna concesión por parte de sus dominadores, que éstos persistirían en mantener el sistema colonial con todos sus vicios y su tiranía, y que los súbditos americanos no participarían jamás en la administración de su país y en la discusión de sus principales intereses. Los criollos, desde tiempo atrás celosos de los españoles (30), sintieron crecer su animosidad. Estos empezaron a mirar al pueblo con desconfianza, y pensaron seriamente en contener un espíritu innovador que amenazaba su soberanía.

Un sacerdote echó el primer grito de independencia el 16 de septiembre de 1810. De acuerdo con el coronel Allende y el capitán Abasolo, el cura de Dolores,²¹ Miguel Hidalgo (31), llamó a los descontentos a las armas y reunió en seguida bajo el pendón de la Virgen de Guadalupe, que llevaba a guisa de bandera, una muchedumbre de indios y de gente de clase baja.

Hidalgo corrió a Guanajuato, que acogió en su seno al liberador de los mexicanos y se volvió el teatro de las primeras masacres de españoles. Acámbaro, Celaya y Valladolid recibieron sucesivamente a los insurgentes, cuyo ejército crecía cada día y llegó en poco tiempo a tener cien mil combatientes. México se vio entonces amenazado con una invasión próxima.

El virrey Venegas no tenía más que ocho o diez mil hombres que oponer a este torrente devastador, y era de hecho más de lo que necesitaba para detenerlo y aniquilarlo, pero encargó de este propósito a un general inepto, llamado Trujillo, cuyas fuerzas fueron vencidas en Las Cruces.

Todo habría terminado si Hidalgo hubiera marchado de inmediato sobre México, que la derrota del Ejército real dejaba sin defensa y donde vivían numerosos patriotas: la ocupación de la capital habría acabado con la insurrección en todos los puntos del territorio. Pero el cura de Dolores tenía una inteligencia muy limitada y Allende dirigía difícilmente esta horda indisciplinada; se perdió tiempo, el vi-

²¹ Pueblo del estado de Guanajuato.

rrey lo aprovechó y los restos de su ejército, reunidos bajo las órdenes del general Calleja, tuvieron poco después una completa victoria sobre los insurgentes en la llanura de Aculco.

A pesar de su derrota, Hidalgo se retiró a Guadalajara más bien como un héroe triunfante que como uno vencido, fugitivo y abandonado. En él se había personificado el espíritu de la nación y este espíritu no podía ser sometido por un primer fracaso. En todos los lugares por los que pasaba recibía los homenajes de las poblaciones de las ciudades y del campo. Los desastres de Aculco fueron prontamente reparados, pero la misma impericia debía necesariamente traer de nuevo los mismos males y los pillajes y las crueldades iban también a recibir su castigo. Calleja había seguido al ejército de los insurgentes, hostigando la retaguardia. Esperaba la ocasión de atacarlo con ventaja, la que se dio cerca del pueblo de Zapotlanejo. Allí la carnicería fue espantosa: 18 mil hombres se quedaron en el campo de batalla. Los insurgentes fueron dispersados y sus jefes, obligados a batirse en retirada en dirección al norte, fueron arrestados por un cuerpo de españoles en Chihuahua el 21 de marzo de 1811, y fusilados al día siguiente.

Sin embargo, el plomo que mató a esos primeros corifeos de la Independencia no destruyó las esperanzas de la nación: el abogado Rayón, los curas Morelos y Matamoros, Galeana, Guerrero, Bravo, Mier y Terán, y Victoria, aparecieron el mismo año en distintos puntos, encabezando a patriotas armados por la misma causa. Ahora ya no eran las masas tumultuosas y desenfrenadas que acaudillaba Hidalgo, pues las desgracias habían enseñado también un nuevo género de guerra más seguro. Morelos había sido nombrado generalísimo de los ejércitos nacionales: justificó la elección de sus compañeros de armas por su actividad, energía y valor. Organizó la revolución e hizo augurar la pronta destrucción del imperio español. En los acontecimientos de Acatita de Baján, Tres Palos, Chilpancingo, Cuautla y Palmar, los jefes de los insurgentes causaron a sus adversarios pérdidas considerables. Tales éxitos envenenaban el odio de éstos: conforme la independencia adquiría posibilidades de éxito, más despiadados se mostraban los soldados del virrey hacia los vencidos y los sospechosos. Los nombres de los generales Calleja, Concha, Trujillo

y Cruz llenan todavía de espanto el alma de los habitantes de las provincias en las que ejercieron sus crueldades.

A pesar de todo, la fortuna abandonó a los insurgentes y la estrella que los guiaba palideció de repente. Morelos (32), caído en poder del enemigo, padeció la suerte de Hidalgo y su muerte²² hundió a la nación en el duelo y el desaliento, pues libraba a España de su adversario más temible.

A partir de entonces, la discordia se introdujo entre los jefes de los insurgentes: todos querían mandar, ninguno obedecer. Empezaron las desertiones y el nuevo virrey, Apodaca, que llegó en una misión de paz, apagó totalmente el fuego de la insurrección. Sólo Guerrero conservaba aún algunas chispas en las montañas del sur, cuando Mina desembarcó en Soto La Marina con algunos aventureros de todas las naciones, entre los que se encontraba Jean Arago, hermano del famoso astrónomo.

El valiente jefe de los partidarios navarros, después de haber caído en la desgracia del poder que había contribuido a restablecer, venía a ofrecer sus servicios a los liberales mexicanos. Venció, con los 250 hombres que lo acompañaban, al primer cuerpo que se le opuso, y esta primera victoria le atrajo de todas partes refuerzos y socorros. Sin embargo, los éxitos de Mina no duraron mucho. Sorprendido en la hacienda del Venadito por las tropas del virrey,²³ lo fusilaron.²⁴

Empero, una revolución de otra naturaleza estaba operando en las mentes. Los libros prohibidos hasta entonces habían entrado por los puertos insurgentes y circulaban entre las manos de los mexicanos. La lectura de las obras filosóficas y políticas del siglo anterior denunciaba errores, abusos, y daba a conocer y apreciar los derechos sagrados del hombre, considerados hasta entonces como principios heréticos y sediciosos. Varios oficiales superiores, que habían observado primero una obediencia pasiva hacia el rey, empezaron a entender que debían dedicarse más bien a su patria y no a un hombre, y sólo esperaban la oportunidad de desertar la causa del soberano para abrazar la del pueblo.

²² 22 de diciembre de 1815.

²³ Apodaca recibió de Fernando VII el título de Conde del Venadito.

²⁴ 18 de diciembre de 1817.

El Pronunciamiento de Riego (1820) y la constitución de las Cortes dieron un impulso inmenso a este espíritu reformador en la colonia: la Inquisición fue abolida y los detenidos por sus opiniones políticas recobraron la libertad. La prensa periódica reflejó el lenguaje de los liberales peninsulares y el gran proyecto de independencia sólo encontró una débil oposición.

El criollo Agustín Iturbide, coronel de milicias provinciales, quien había mandado fusilar a Matamoros y que se había mostrado enemigo encarnecido de los insurgentes, fue el hombre que los mexicanos pusieron a la cabeza del partido nacional. Iturbide era activo, emprendedor, valiente y tan hábil en el arte militar como los generales españoles, debajo de cuyas órdenes había combatido. Por otra parte, era ambicioso, dominante y, en las circunstancias presentes, el impulso de las pasiones que lo animaban iba de manera natural a llevarlo a abrazar la causa de la que todo podía esperar en cuanto a la grandeza con la que soñaba.

Reconocido general en jefe de los ejércitos nacionales, Iturbide publicó, en una declaración firmada en Iguala, las bases de su conducta política y las garantías de las que debían gozar a la vez los criollos y los españoles, es decir, la independencia de la Nueva España, la unión entre los dos pueblos y la práctica exclusiva de la religión católica.

El partido español ya estaba débil, pero lo que acabó por desanimarlo fue el resultado de las conferencias de Córdoba entre Iturbide y O'Donojú, último virrey nombrado por el gobierno constitucional. Éste no tenía ningún poder para tratar una cuestión tan grave como la de la independencia de la colonia, pero entendió la situación crítica de los intereses de España, y si nada podía hacer para evitar el naufragio, quería al menos salvar todos los pecios que pudiera. Por ello, consintió en el establecimiento de una monarquía constitucional y representativa en México, a la llegada al trono de un miembro de la familia de los Borbones de España, a la igualdad de los derechos entre los mexicanos y los españoles, etcétera. Era, en efecto, el medio más ventajoso para arreglar la disputa. Pero la cuestión fue decidida de otra manera en Madrid: el tratado de O'Donojú no fue ratificado y el arca ibera zozobró totalmente por culpa de las Cortes y de los consejeros de la Corona.

Iturbide hizo su entrada en la capital el 27 de septiembre de 1821. El movimiento insurreccional cesó, Yucatán y Guatemala (33) se unieron con México, y desde entonces la bandera de los tres colores,²⁵ emblema de las tres garantías²⁶ del acta de Iguala, ondeó de cabo a cabo en el territorio liberado.

Iturbide nombró un Consejo de Regencia cuya presidencia se reservó, y convocó a una asamblea de notables, cuyos miembros más lúcidos formaron pronto una oposición a sus proyectos ambiciosos.

Antes de que se conociera el rechazo de la familia de los Borbones por acceder a los preliminares de Córdoba, ya se había hablado de Iturbide para ocupar el trono de México. Pero aquellos criollos que veían con celos a un simple coronel subir en pocos meses a la cúspide de la dignidad, o que no confiaban en sus talentos o, finalmente, que no encontraban ninguna garantía de estabilidad en la realeza de un hombre que sólo tenía como apoyo la afición pasajera del pueblo, persistían en las ideas republicanas o se sumaban al partido monárquico de los Borbones, con la esperanza de vencer la resistencia de la Corte de España.

Fue entonces cuando se formaron las logias de los francmasones del rito escocés. Allí se discutían los medios para derrocar a Iturbide y se apoyaba el principio de las conferencias de Córdoba. Por otra parte, los republicanos trataban de revivir las ideas democráticas, las que el reconocimiento de la nación por los servicios prestados por este oficial parecía hacer olvidar. El clero y los españoles secundaban las ideas de los escoceses, la mayor parte de los generales y del ejército favorecían a sus jefes y el resto se encontraba dividido entre los dos campos enemigos.

Pese a la oposición de la asamblea y de las sociedades secretas, Iturbide se hizo proclamar emperador,²⁷ bajo el nombre de Agustín I. La elección se verificó de manera irregular en la Cámara de Diputados, pero las provincias enviaron más tarde su adhesión a la votación de la asamblea.

²⁵ Blanco y rojo.

²⁶ Independencia, unión y religión.

²⁷ 19 de mayo de 1822.

La subida de Iturbide al trono imperial podía provocar la fusión de los partidos, si un gobierno sabio y firme sostenía este hecho y se mantenía en las vías de la legalidad y del progreso, mientras se apoyaba en la fuerza de las bayonetas para mandar cumplir sus decretos. Pero este oficial no tenía ninguna experiencia en esos asuntos. Dominado por el miedo de perder el poder, remitía todo a esta idea fija sin seguir alguna táctica razonada, de modo que, bajo su reinado, la disidencia no hizo más que aumentar. Se ganó incluso la hostilidad de sus mejores defensores por el encarcelamiento de varios diputados, a los que acusaba, sin pruebas suficientes, de urdir una revolución, y más tarde, por la disolución arbitraria del Congreso Constituyente.

Pronto, el brigadier Santa Anna, que había sido un familiar del emperador, tomó partido contra él e indujo a la guarnición de Veracruz a la rebelión. Victoria participó en el levantamiento y los generales Guerrero y Bravo se retiraron al sur, con el fin de crear hostilidades contra el gobierno.

Iturbide mandó a Echavarri contra Veracruz con fuerzas superiores y este general, faltando a su palabra y a las exigencias del agradecimiento, traicionó a su benefactor y firmó con Santa Anna las bases²⁸ de un arreglo mediante el cual, condenando los actos del emperador, decidieron que un nuevo Congreso Constituyente se reuniría lo antes posible y que el ejército llamado liberador sería el apoyo de la representación nacional.

El emperador podía marchar contra los rebeldes y aniquilar las esperanzas de sus enemigos, todo lo favorecía aún: el prestigio de su nombre, sus talentos militares y un ejército dos veces más numeroso que el de los revoltosos. Pero por una fatalidad inconcebible, toda su energía desapareció ante estos primeros disturbios y la ingratitud de quienes habían sido colmados por él de favores, y no tomó ninguna decisión. Dejó que el ejército liberador creciera cada día y lo pusiera como en tutela en México.

Su vida política ya no era más que un enjambre de debilidades y de errores. Padeció un sinnúmero de humillaciones, hasta que, sin poder sostener un cetro demasiado pesado para su brazo, abdicó del impe-

²⁸ Plan de Casa Mata.

rio el 19 de marzo de 1823. Dos meses más tarde, se embarcaba junto con su familia para Italia, donde gozaría de una pensión anual de 25 mil piastras.

Habiéndose unido los partidarios de Iturbide con los republicanos, los escoceses quedaron como minoritarios. Éstos, obligados a aceptar la república, querían al menos centralizar el poder. Los otros preferían la división del territorio en estados soberanos, y sus ideas prevalecieron en la nueva Asamblea Constituyente, que proclamó la República Federal y entregó el poder ejecutivo a un presidente nombrado por cuatro años. Fueron 19 estados y dos territorios,²⁹ y su división coincidió más o menos con la de las intendencias.

Sin embargo, algunos partidarios influyentes de Iturbide mantenían con él una correspondencia que lo ponían al tanto de las cosas y del estado de los ánimos, según ellos, favorables a una reacción. Lleno de ideas halagüeñas, recordando la acogida que Francia le hizo a Napoleón a su regreso de la isla de Elba, pero olvidando la catástrofe de Murat, este infausto príncipe decidió regresar a México y llegó a Soto la Marina en el siguiente mes de julio. El comandante Garza se sometió, lo invitó a desembarcar, asegurándole de su lealtad y de las buenas disposiciones del pueblo hacia su persona y lo acompañó hasta Padilla, capital del estado de Tamaulipas.³⁰

En efecto, los habitantes de esta pequeña ciudad lo acogieron con grandes muestras de simpatía, pero la legislatura, tomando en cuenta un decreto del Congreso General que había puesto a Iturbide fuera de la ley, lo condenó a muerte y ordenó a Garza, que lo había engañado vilmente, que ejecutara la sentencia.

Éste fue el final de este hombre (34), quien, pese a sus errores, puede ser considerado como el mexicano más hábil que haya aparecido en el escenario político. Tomó las riendas del gobierno en circunstancias muy adversas; las finanzas estaban en un estado pésimo, desde el principio de la insurrección, los trabajos en las minas se habían parado y los derechos sobre la plata acuñada y exportada eran

²⁹ Hoy existen veinte estados, cinco territorios y un distrito federal, aunque México ha perdido desde entonces Texas, el estado de California y el territorio de Santa Fe.

³⁰ La capital actual de Tamaulipas es Ciudad Victoria.

casi nulos. En Veracruz, los derechos de aduanas sobre los navíos eran percibidos por los españoles, quienes eran los dueños del fuerte de Ulúa,³¹ y las mercancías pasaban después en contrabando. El Tesoro había puesto en circulación un papel moneda que, desde su aparición, había perdido una tercera parte de su valor, la miseria era extrema, el sueldo de los diputados no era pagado y la Corte misma vivía mediante préstamos. Todas las ramas de la administración carecían de numerario y se puede decir que fue sobre todo en aquella época cuando se desarrolló una mentalidad de rapiña por parte de los empleados de gobierno, que siguió creciendo hasta nuestros días.

Por otra parte, la mayoría de los diputados mostraban una oposición hostil a la persona del emperador y sólo buscaban crearle dificultades. Para él, todo era engorroso, obstáculos, ira, el mal imperaba y el regreso del bien parecía muy lejano. La transición de un extremo al otro dependía del patriotismo y de la inteligencia de los ciudadanos encargados de ordenar este caos. Incluso si Iturbide hubiera empleado todas sus energías, su voluntad aislada nada podía en el presente, nada en el futuro, y su trono sin puntales iba a derrumbarse al primer choque de las facciones.

El general Guadalupe Victoria fue nombrado presidente. Él era tal vez el más puro de los que habían figurado en la revolución. Un préstamo de 24 millones de piastras, contratado con varios banqueros ingleses, activó de momento los resortes del gobierno. Suscrito bajo condiciones onerosas, este préstamo fue además reducido por bancarrotas y por dilapidaciones del ministro de las finanzas y de sus agentes. Sin procurar recursos proporcionales a su importancia, se volvió, por la acumulación de los intereses, el principio de esta deuda enorme³² que grava el Tesoro y cuyo arreglo definitivo llevará sin duda a una nueva pérdida del territorio.

Los Estados Unidos e Inglaterra habían reconocido la nueva república y enviado a México a sus representantes, los señores Poinsett y Ward. Según algunas personas, el primero dio la idea de las logias

³¹ Este fuerte, que no carecía de provisiones, se entregó a los mexicanos el 15 de septiembre de 1825.

³² La deuda de México se liquidó el 14 de octubre de 1850; asciende a 10 241 650 libras y paga un interés anual del tres por ciento.

de francmasones del rito de York, en oposición al de los escoceses. Se trataba de organizar la democracia para lanzarla contra las falanges monárquicas. Numerosas logias se abrieron en la capital y en las provincias. Durante algún tiempo produjeron efectos que rebasaron las esperanzas de sus fundadores. No sólo reclutaban sus prosélitos entre el pueblo, cuyas pasiones alentaban, sino también entre las logias escocesas que renunciaban al partido monárquico, sea por convicción, sea por conveniencia personal. Pronto estas sociedades populares, alentadas por el presidente y su ministerio, distribuyeron los cargos entre sus secuaces. Se volvieron focos de intrigas, de pasiones viles, y sus artimañas políticas no tardaron en traer disturbios serios al Estado.

Los españoles seguían siendo objeto de enemistades por parte de la mayoría. La venganza no parecía lo bastante completa porque, aunque muy abatido como era, su partido seguía asustando a los mexicanos. El pueblo pedía a gritos su expulsión, la que obtuvo parcialmente en 1827.

El temor perpetuo de verse arrancados de sus hogares y de sus familias hacía a los partidarios de estas medidas extremas tantos enemigos cuantas personas se encontraban expuestas a esta desgracia. La conjura del monje Arenas y la rebelión de Bravo en Tulancingo fueron la consecuencia de la reacción de las mentes y volvieron a los patriotas aún más desconfiados.

De modo que cuando el ministro de la Guerra, Pedraza, obtuvo la mayoría de los sufragios de los estados, una facción formidable se levantó en su contra. Sin embargo, las opiniones políticas de Pedraza no tendían al absolutismo, eran más bien un término medio entre las antiguas y las nuevas ideas. Pero él pertenecía a las logias escocesas y, por lo tanto, no inspiraba ninguna confianza a los liberales.

Antes de que el nuevo presidente tomara posesión de su cargo, las tropas, excitadas a la rebelión por los generales Santa Anna y Guerrero, se sublevaron, protestando contra la validez de la elección. Pedraza huyó de México en las jornadas fatales de la Acordada,³³ y los soldados, unidos con la plebe, se entregaron a los desórdenes que

³³ La Acordada es una casa de aislamiento de México, que sirvió de sede a los líderes de la sublevación.

provoca la guerra entre enemigos encarnecidos, al pillaje (35) y al asesinato.

En la apertura de la sesión de 1829, la Cámara de Diputados proclamó presidente de la república a Vicente Guerrero, que había reunido la mayor cantidad de votos después de Pedraza,³⁴ y como vicepresidente, al general Anastasio Bustamante, hombre que ninguna hazaña particular recomendaba, ni como ciudadano ni como militar.

Apenas instalado, Guerrero quiso llevar a cabo la promesa solemne de su profesión de fe política: la expulsión de los españoles. El congreso aprobó el proyecto y votó una ley que alcanzaba a seis mil españoles, que la de 1827 había respetado. Tornel, director del distrito, se encargó de ello, encabezando a los esbirros y añadiendo a la barbarie del decreto la dureza de los procedimientos en la ejecución.³⁵

El ostracismo era doblemente impolítico en esta circunstancia, como pronto se entendió. El partido de los escoceses se reforzó con todos aquellos cuyos intereses quedaban afectados por este golpe de Estado, y la república perdió todas las riquezas que poseían los proscritos, las que se llevaron a otras partes. Dicen que el señor Poinsett fue uno de los instigadores de esta proscripción, esperando que los españoles que huían llevarían sus tesoros a Nueva Orleans. Si así fue, sus esperanzas fueron frustradas: unos regresaron a su patria, otros se dirigieron a Burdeos, y muy pocos se fueron a los Estados Unidos.

En medio de la agitación de los espíritus y del estampido de los odios populares, llegó de repente la noticia del desembarque de un cuerpo de españoles, compuesto de tres mil hombres, comandados por el brigadier Barradas, con municiones y armas para un ejército numeroso, en el caso en que los descontentos vinieran a aumentar los rangos del cuerpo expedicionario.

El presidente ordenó a Santa Anna y a Terán dirigirse a Tampico de Tamaulipas con seis mil hombres, pero esta pequeña ciudad cayó en manos del enemigo antes de que llegaran. Los calores excesivos habían causado ya enfermedades entre los soldados españoles. La muerte disminuía cada día su número, ningunos socorros eran anunciados

³⁴ Pedraza había enviado al Congreso su renuncia a la Presidencia.

³⁵ Zavala, tomo II, p. 125.

y las poblaciones de las costas sólo manifestaban hostilidad hacia sus proyectos. Ya veían claramente que el gabinete de Madrid se había dejado engañar por el espíritu de partido acerca del éxito de una operación en la antigua colonia. Pero ya era demasiado tarde para cambiar de opinión, la escuadra que los había traído ya había partido. Posiblemente un nuevo Cortés hubiera encontrado, en su genialidad, los recursos que la fortuna le negaba ahora, pero Barradas, un general falto de talento y sin valor, sólo podía hallar el desengaño y la vergüenza en la playa mexicana. Tras algunas escaramuzas, se rindió y firmó una capitulación desastrosa.

Los prisioneros españoles fueron liberados con la condición de que nunca servirían contra la república. Pero Barradas no se atrevió a volver a su patria; se exilió de manera voluntaria en un país extranjero, lo que llevó a sus compatriotas a sospechar que había vendido a precio de plata a las tropas españolas.

La noticia de la victoria de Tampico³⁶ llenó de júbilo a los mexicanos: la patria estaba a salvo. Las banderas tomadas al enemigo fueron recibidas en medio de la alegría general, como caución de seguridad para el futuro. Parecía que ahora ya no se podía temer nada del poderío español. La gloria de esta campaña se atribuyó enteramente a Santa Anna, quien acrecentó su fama como capitán y su influencia como jefe.

Este triunfo pareció que iba a reforzar a Guerrero en la presidencia, pues los monarquistas acababan de abandonar su última esperanza, pero esto no ocurrió: Guerrero había perdido a todos sus partidarios, a quienes no había podido colocar en cargos adecuados a sus ambiciones y éstos se aliaron a los monarquistas con el fin de derrocarlo.

Este ilustre insurgente se había vuelto el último de los hombres en llegar al poder supremo. Falto de instrucción, de ideas, de carácter, aunque obstinado, se había vuelto la burla de los mexicanos. Sin un ministerio competente y enérgico, era incapaz de formar por iniciativa propia un proyecto de gobierno o de seguir algún sistema con perseverancia, cohesión y firmeza.

³⁶ 11 de septiembre de 1829.

Apenas habían transcurrido tres meses después de la capitulación de Tampico cuando el general Bustamante, vicepresidente de la república, se rebeló contra la administración de Guerrero con las tropas de su división.³⁷ Este movimiento revolucionario no era nada sorprendente, tomando en cuenta la disposición de las mentes, pero el hecho de que fuera Bustamante su jefe causó sorpresa. Este general pertenecía a las logias democráticas, había contribuido al ascenso de Guerrero, y era considerado un militar celoso de la disciplina y un ciudadano respetuoso de las leyes. Por lo tanto, no se podía prever semejante cambio en sus opiniones y en su conducta (36).

Guerrero, encabezando la guarnición de México, marchó al encuentro. Cometió un gran error al abandonar de este modo la capital, exponiéndola a un golpe de los facciosos. Así, apenas se había ido, los escoceses derrocaron a la autoridad establecida y nombraron un gobierno provisional. Al enterarse de este acontecimiento, Guerrero no se atrevió a emprender la lucha. Abandonó a sus soldados, huyó a su hacienda de Tixtla,³⁸ rodeado de los indígenas del sur cuyo ídolo era, los que no tardaron en formarle un nuevo ejército.

Bustamante escogió su ministerio entre hombres que habían sido sus enemigos hasta entonces, aquellos cuyas opiniones tendían a centralizar el gobierno y a restringir los derechos ciudadanos. Eran hombres intrépidos que seguían las líneas de su política, sin consideración de personas y sin preocuparse por las reacciones.

Se obtuvo que las Cámaras declararan a Guerrero incapaz de ejercer la magistratura y con ello se legitimó la usurpación del vicepresidente. Los que levantaron la voz contra los actos del nuevo gobierno fueron perseguidos, los que se atrevieron a oponerse a sus decretos fueron fusilados, y los jefes de los cuerpos que habían tomado el partido del expresidente fueron apresados. Luego, como este sistema de terror resultaba aún ineficaz, las fuerzas del partido contrario iban aumentando de manera inquietante, un lugarteniente había incluso vencido a las tropas del general Armijo y la guerra amenazaba con ser larga y sólo dejaba una salida problemática: se decidió

³⁷ 4 de diciembre de 1829.

³⁸ Hoy Ciudad Guerrero.

zanjar la dificultad de una vez, sin reparar en lo inmoral del medio ni en la reprobación de la opinión pública.

Guerrero ocupaba el puerto de Acapulco, donde un *brick* genovés acababa de traerlo. Un emisario del gabinete hizo propuestas al capitán italiano para que facilitara su detención, y el infame Picaluga (37) prometió, mediante mil piastras, entregar a este desdichado general. En efecto, invitado a cenar a bordo, Guerrero acudió junto con dos oficiales, sin precauciones y sin desconfianza. Apenas pisó el puente, el capitán lo mandó detener y agarrotar, luego zarpó y salió de la bahía. El *brick* enfiló hacia Huatulco, pequeño puerto más al sur, a donde habían mandado tropas para recibir al prisionero que se les entregó. Conducido a Oaxaca, fue juzgado allí por un Consejo de Guerra incompetente que lo había condenado por anticipación.

Temiendo un movimiento en Oaxaca, lo llevaron a Cuilapa para fusilarlo. Estuvo dos días en una capilla, según el uso que otorga ese tiempo a los condenados a muerte para que se encomienden a Dios, y el tercer día expiró³⁹ en el lugar del suplicio, atado a una cruz y dando la espalda a los soldados que ejecutaron la sentencia, marca de infamia que se añade a la pena aflictiva de los traidores a la patria.

Tal era la situación política del país cuando llegué a México. Este gobierno reunía muchas más condiciones de permanencia que el anterior, puesto que lo apoyaba el crédito del clero, la opinión de los ricos y el terror que inspiraban sus actos. Sin embargo, no tardó en ser derrocado por los pretorianos. De nuevo, fue Santa Anna quien levantó en Veracruz la bandera de la revuelta.

El arribo de Luis Felipe al trono de Francia había dado un fuerte impulso al partido liberal mexicano. La influencia de la Santa Alianza había menguado, y la joven república acababa de ser reconocida como hija legítima por el gabinete de las Tullerías. Vencido en la vieja monarquía, el partido retrógrado iba a padecer un fracaso semejante en el nuevo Estado democrático. De modo que, pese a que Santa Anna fracasara en todos los encuentros importantes con las fuerzas del gobierno (38), su causa logró triunfar, porque la opinión de la mayoría (39) la apoyaba.

³⁹ 14 de febrero de 1831.

Pedraza, llamado desde los Estados Unidos, volvió a ser puesto en la Presidencia por tener aún tres meses de ocupación legal, pues se consideraron nulos los hechos perpetrados después de su deposición. Se llamó entonces a la elección de un presidente, y todos los sufragios favorecieron a Santa Anna.

El clima de México poco convenía a la salud de este general, y por ello, regresaba a menudo a su hacienda de Manga de Clavo, cerca de Veracruz, en cuanto podía librarse del peso de los asuntos públicos. Pronto abandonó las riendas del gobierno al vicepresidente y volvió a sus ocupaciones rústicas.

El vicepresidente, Valentín Gómez Farías, era un médico de Zatecas que había destacado en todas las legislaturas por su radicalismo, firmeza e integridad. Llegado al poder, hizo lo contrario de lo que había hecho Bustamante. De acuerdo con las cámaras, entregó los poderes a los demócratas, atacó al clero en sus prerrogativas y en sus bienes, proscribió a los jefes del partido perdedor y empezó una reacción política que cimbró a la sociedad.

El espíritu público no permitía que se pasara de un extremo a otro en tan poco tiempo. Las conciencias religiosas se asustaron y no tardó en oírse el grito de alarma y de rebelión. El general Durán se pronunció contra el sistema de Gómez Farías, Santa Anna acudió a defender el gobierno y marchó contra Durán con una división, la que, prestando oído a las sugerencias del mayor general Arista, se declaró a favor de la reforma y proclamó dictador al general en jefe, para que remediara por todos los modos que considerara convenientes los males de la patria. Santa Anna rechazó la dictadura. Aconteció entonces algo extraño: aquel que las aclamaciones de las tropas convertían en amo absoluto del Estado, se vio retenido prisionero en el campamento. Sin embargo, se escapó y regresó a México, donde organizó otro plan de campaña. Morelia, Querétaro y Guanajuato habían apoyado el movimiento revolucionario; en vano estos estados esperaron resistir al presidente, cuyas tropas siguieron siendo victoriosas. Regresó la calma; volviendo la espada a la vaina, el *Cincinnatus*⁴⁰ mexicano regresó a su hacienda y a sus ocupaciones campiranas.

⁴⁰ Éste es el apodo que sus partidarios le dieron.

Sin embargo, salió una nueva lista de proscritos, el Congreso propuso declarar nacionales los bienes de manos muertas, la oposición despotricó contra los liberales, contra Gómez Farías, contra el presidente, y el horizonte político se oscureció cada día.

Desde su retiro, Santa Anna oyó acercarse la tormenta sobre la capital y los rayos amenazaron con alcanzarlo.⁴¹ De repente, tomó una decisión que sorprendió a todos: abandonó a quienes había defendido y se condenó a sí mismo al desaprobación la conducta de su sustituto. Pronto, los decretos de las cámaras fueron reportados, Gómez Farías se vio obligado a dejar la Presidencia y las guardias nacionales fueron disueltas en toda la república. Zacatecas se negó a licenciar la suya, entendiéndolo que la soberanía de los estados no estaría asegurada si éstos no tuvieran la fuerza material, pero esta enérgica decisión sólo fue imitada por Texas, demasiado débil y lejano para llevarle socorro. La resistencia de Zacatecas quedó aislada y sus ciudadanos, poco acostumbrados al fuego y mal comandados, sólo resistieron poco tiempo ante las tropas ordenadas de Santa Anna.⁴² Este golpe asestado a los estados fue seguido por un cambio completo en la forma de gobierno. Los partidarios de la política de Bustamante habían sustituido en los empleos públicos a los de Gómez Farías y de la Federación, y llevaron al Congreso la voluntad de centralizar el poder en México y de someter a una misma ley a los estados. El mandato de revisar las bases orgánicas de la Constitución fue otorgado a nuevos diputados, los que proclamaron,⁴³ al final de sus labores, la República Mexicana una e indivisible (40), cambiando en departamentos dependientes del gobierno central a los estados que habían recibido su soberanía de la Constitución de 1824.

Mientras tanto, el ejército ya se había marchado para someter Texas, que había tomado las armas para defender los derechos federales. La toma de Béjar y del fuerte de El Álamo por los texanos puso fin a la primera campaña, pero los mexicanos, impacientes por tener su revancha, prepararon para el año siguiente una invasión formida-

⁴¹ Abril de 1834.

⁴² Mayo de 1835.

⁴³ Septiembre de 1836.

ble. Béjar fue retomado por Santa Anna, el fuerte tuvo la misma suerte tras una heroica resistencia, y el cuerpo comandado por el coronel Fanning,⁴⁴ sorprendido en las llanuras de Goliad por la división de Urrea, fue degollado por orden del general en jefe, contraviniendo los artículos de la capitulación y las leyes de la humanidad. Sin embargo, los texanos no se mostraban intimidados por estos actos sangrientos. Al contrario, la reconquista de Béjar había sido acompañada por la declaración⁴⁵ de la independencia absoluta de Texas (41) y 1 400 hombres se habían levantado para repeler el ejército de invasión y vengar la muerte de sus hermanos.

Ya Santa Anna había avanzado hasta el corazón de Texas y consideraba la guerra como terminada, cuando Houston lo sorprendió en el paso del río San Jacinto, un poco al norte de Galveston, y cargando con furia la columna de vanguardia, logró en menos de una hora una victoria completa. Mil hombres fueron puestos fuera de combate y 700 prisioneros, entre los que se hallaba el mismo Santa Anna, cayeron en su poder.

Houston reprochó a Santa Anna las crueldades que había cometido contra los texanos en El Álamo y en Goliad. Éste le contestó que había obrado en El Álamo de acuerdo con las leyes de la guerra y en Goliad, conforme a las órdenes de su gobierno; luego añadió que, si respetaban su vida, la pagaría con los mayores servicios y, en particular, con el reconocimiento de la independencia de Texas.⁴⁶ “¿Cómo puede usted hacer esta promesa?”, le cuestionó Houston, “este compromiso no depende de usted y sólo su gobierno puede otorgarlo”. “¡Vaya!”, contestó alocadamente, “si el gobierno soy yo...”. “He aquí precisamente lo que hace su conducta imperdonable respecto de los prisioneros de Goliad”, le contestó secamente Houston.

El ejército entero pedía que el presidente cautivo fuera sacrificado de inmediato a los manes de sus víctimas. Samuel Houston y algunos otros jefes, atentos más a los intereses políticos que a las pasiones de la multitud, hicieron prevalecer una opinión misericordiosa. Le

⁴⁴ Este cuerpo estaba formado por 400 hombres.

⁴⁵ 2 de marzo de 1836. David Burnette fue nombrado presidente de la república de Texas y Lorenzo Zavala, vicepresidente.

⁴⁶ Tal es el dicho de los periódicos estadounidenses de aquella época.

perdonaron la vida, con la condición de que diera a las tropas mexicanas que se encontraban del otro lado de San Jacinto la orden de evacuar Texas y que empleara su influencia no sólo para que la guerra no regresara, sino también para que el Congreso mexicano reconociera a la joven república. Santa Anna suscribió todo.

Después del desastre de San Jacinto, el mando en jefe del ejército mexicano recayó por derecho de antigüedad en Filisola, italiano de nacimiento, al servicio de la república desde los primeros tiempos de su fundación. Al recibir del presidente la orden de retirarse si no quería ser la causa de su muerte, Filisola se encontró en una cruel disyuntiva: si se negaba a obedecer y marchaba adelante, corría el riesgo de ser censurado universalmente cuando no hacía más que su deber; al agravar su situación como extranjero, lo habrían acusado de ser el asesino de Santa Anna y el anatema de un pueblo entero hubiera recaído sobre él. Si, por otro lado, cediendo a las instancias del ilustre preso regresaba el ejército a la frontera, el gobierno le reprocharía el someterse a una autoridad privada de poder en detrimento de la nación, y de perder todo el fruto de la campaña por esta condescendencia. Sin embargo, Filisola no dudó: prefirió exponerse a los reproches del ministerio antes que volverse odioso a los numerosos amigos de Santa Anna y se retiró, en espera de las instrucciones de México. Lo llamaron para ser juzgado por la Corte Marcial y el general Urrea lo substituyó como mando en jefe de la expedición.

A partir de entonces, la guerra de Texas se alargó. La miseria y la enfermedad diezaban los rangos de los mexicanos y la desertión reducía el ejército a un cuerpo de observación insignificante, mientras la joven república, reconocida por el gabinete de Washington, crecía en cuanto a población y en fuerza bajo la protección de su hermana mayor.

La nueva Constitución había sido jurada al comienzo de 1837 y el voto de los departamentos había llevado a la presidencia a Anastasio Bustamante.⁴⁷ Apenas había tomado posesión del Palacio Nacional este funcionario, cuando algunas revueltas estallaron en diversos puntos. Ugarte en San Luis, Urrea en Sonora, Gordiano Guzmán en

⁴⁷ 19 de abril de 1837.

Michoacán, Mejía en Tampico: todos ellos perturbaron alternativamente la paz de las poblaciones y dieron serias preocupaciones al gobierno.

El año 1838 trajo aún más dificultades a México. Francia, para apoyar los reclamos de su ministro, tuvo que mandar una escuadra a las aguas del golfo y a bloquear los puertos de la república del lado oriente. El Barón Deffaudis había recogido sus pasaportes y se había embarcado para regresar a Europa. Encontró la flota a las órdenes del capitán Bazoche, y volvió con ella para notificar el ultimátum de Francia al gobierno mexicano. Al no haber dado ninguna solución al asunto, el bloqueo comenzó y duró ocho meses.

Finalmente, el contralmirante Baudin llegó a Veracruz encabezando varios buques de guerra. Lo acompañaba el príncipe de Joinville, en la corbeta *Créole*. Bustamante mandó a Xalapa al ministro de Relaciones Exteriores, [Gonzaga] Cuevas, para llevar propuestas al plenipotenciario francés. Ofrecía pagar las 600 mil piastras de indemnización reclamadas por Francia, pero se negaba a aceptar cualquier otro artículo del ultimátum (42). Baudin, por su lado, no quiso ceder en nada y las conferencias se interrumpieron. En el momento en que se separaron, el marinero lanzó al legista una amenaza de guerra que pronto fue seguida de ejecución.

El 27 de noviembre, el fuerte de Ulúa fue atacado y tomado después de una defensa de tres horas, en presencia de 27 barcos de la Marina Real británica que habían acudido al teatro de las hostilidades para ser testigos de los hechos de armas y para apoyar con mayor dignidad la mediación ofrecida por el comodoro y por el señor Pakennam. Sólo la corbeta del príncipe, la fragata *L'Iphigénie* y dos bombardas habían participado al acto.

La toma de Ulúa (43) no mejoró el estado de nuestros asuntos en México. Nada se otorgó a Francia, sino lo que se había acordado anteriormente. Además, un decreto de expulsión había sido lanzado contra los ciudadanos franceses que residían en el país y los perjuicios causados por este destierro súbito rebasaban con mucho lo que nuestra flota había venido a pedir (44). Entonces, Baudin debió de arrepentirse por no haber aceptado las condiciones que se habían propuesto en las conferencias de Xalapa. Carecía de tropas para

desembarcar y México le oponía una fuerza de inercia difícil de vencer. Su postura se había vuelto muy delicada.

Urgido de zanjar el asunto por un aviso secreto de Luis Felipe, se resignó a dar el paso más humillante para un militar francés. A pesar de la orden formal del Ministerio de no aceptar de ninguna manera la mediación inglesa, se sometió y aceptó, después de los funerales de los desdichados defensores de Ulúa, única satisfacción que se le ofreció antes del ataque, en contra del sabio precepto de Fénelon: “Antes de arrojarse en el peligro, hace falta prevenirlo y temerlo; pero cuando se está en ello, sólo cabe despreciarlo”.

Mucho tiempo después, los franceses que vivían en México se ruborizaban todavía cuando se les recordaba las balandronadas de Baudin. Durante mucho tiempo, la herida hecha a su amor propio nacional estuvo sangrando a causa de la carta y las circunstancias del tratado.

Aunque liberado de la agresión francesa, el gobierno mexicano no gozó de mucha tranquilidad. Santa Anna, puesto en libertad por los angloamericanos al cabo de algún tiempo de cautiverio en Washington, había regresado a México, y después de la firma del tratado de paz con Francia lo habían llamado como interino a la presidencia, habiéndose ido en persona el titular con el fin de pacificar las provincias orientales. Apenas instalado en el Palacio Nacional, tuvo que mandar un cuerpo de ejército contra Mejía quien, escapando de Bustamante, venía a marchas forzadas sobre México, encabezando a los revoltosos de Tampico. La decisión del general Valencia encontró al enemigo a pocas leguas de Puebla, cerca del pueblo de Acajete, y lo derrotó totalmente: 600 hombres se quedaron en el campo de batalla y 400 fueron hechos prisioneros. El mismo general Mejía cayó en manos de los vencedores. Santa Anna aprovechó de inmediato la ocasión para librarse de un adversario temible y mandó en el acto fusilarlo. Se considera que Mejía era el oficial más valiente e inteligente del ejército mexicano y murió con el estoicismo de un hombre que siempre tuvo en poco su vida.

Después de este desastre y este acto de severidad poco común, la tranquilidad se restableció en el centro de la república, pero Yucatán quedó en estado de insurrección. Se había declarado independiente,

las tropas del Gobierno General se habían rendido en Campeche y la ciudad había sido entregada a los insurgentes.

Cuando se supo en México este acontecimiento, los federalistas, persuadidos de que había llegado el momento de dar los últimos golpes al poder de Bustamante, urdieron un complot que estalló el 15 de julio 1840. Urrea y Gómez Farías eran los jefes. Al amanecer, los revolucionarios sorprendieron el Palacio; la gente del pueblo se unió a ellos, así como parte de las tropas gubernamentales. El general Valencia se puso a la cabeza del resto de la guarnición, que estaba encerrada en la Ciudadela, y marchó sobre el Palacio.

Los mexicanos no se atreven nunca a atacar con bayonetas un punto fortificado, por endeble que sea y el menor parapeto les parece un bulevar inexpugnable. Transcurrieron 13 días en vanos cañonazos contra los muros del Palacio, en fusilerías innecesarias y, por tanto, sin resultados. Algunos soldados perecieron más bien por accidente que por haber enfrentado el peligro, pero en cambio muchas personas inofensivas fueron víctimas de aquellos juegos mortíferos (45).

Sin embargo, este movimiento revolucionario no era secundado desde fuera. Urrea no podía sostener una lucha que no lograba nada, y entró en arreglos con el poder legal.

La capitulación que le consintieron le resultó muy ventajosa. El primer artículo garantizaba no sólo la vida y la seguridad de las personas que habían participado en la revuelta, sino también la conservación de los empleos que ocupaban antes del 15 de julio. El séptimo artículo señalaba que los beneficios de la capitulación sólo atañían a los mexicanos.

Ahora bien, algunos extranjeros, la mayor parte de ellos franceses, habían tomado las armas para que triunfara la causa de Gómez Farías y Urrea, seducidos por los grados que les habían ofrecido y por el liberalismo de los principios proclamados, los que habían tomado en serio. Los rebeldes, al salvar sus vidas, abandonaban cobardemente a sus compañeros de armas a la venganza de los vencedores. ¿Cómo fiarse todavía de los liberales mexicanos?

Un año después, el general Paredes se rebelaba también en Guadalajara contra el gobierno, cuya última hora había llegado. La caída de Bustamante y la reunión de un Congreso extraordinario llamado a

decidir los destinos de la república eran pedidos por la opinión pública, y el grito de guerra de Paredes lo reflejaba. Santa Anna secundó el plan de reformas y Bustamante fue por fin derrocado. Ahora, después de cinco semanas de desórdenes, de combates sin resultados en las calles de la capital, Santa Anna fue elegido jefe provisional de la nación y una asamblea de notables abolió la Constitución de 1836.

Poco después, las Bases Orgánicas, llamadas de Tacubaya, lo volvieron todopoderoso, y el artículo séptimo le confería tácitamente la dictadura. La opinión pública se regocijó un momento. Cundió la idea de que él emplearía su omnipotencia para hacer el bien, que pondría orden en las finanzas, reformaría los tribunales, castigaría los abusos de poder de los funcionarios públicos y que justificaría, por la sabiduría y la energía de su gobierno, la confianza sin límites que se le había otorgado. Era esperar demasiado de él. Aun cuando hubiera tenido las veleidades de actuar así, no tuvo el valor necesario y jamás habría tenido la constancia para ello. Se negó a castigar a los administradores, temiendo que se volvieran sus enemigos, y hasta tuvo a menudo la debilidad de aceptar de ellos regalos cuyo valor revelaba claramente corrupción y deshonestidad en el manejo de los fondos públicos. Entregó las finanzas a los agiotistas, el desorden y la deshonestidad llegaron al colmo, y la opinión pública, engañada en sus esperanzas, se pronunció abiertamente contra él el 6 de diciembre de 1844.

Al haberse rebelado Paredes contra Santa Anna en Guadalajara, éste marchó contra los rebeldes con unos 15 mil hombres, las tropas más lucidas que había tenido la república hasta entonces. Pero apenas llegó a Lagos cuando se enteró de que la Ciudad de México se había adherido al plan de Paredes. El Congreso declaró la caída del presidente y el general Herrera entró en funciones a título de jefe provisional del Estado.

Ésta fue la única revolución hecha por la opinión pública desde la Independencia. La capital se sublevó de manera espontánea. Con la excepción de algunos individuos cercanos a Santa Anna y de los agiotistas ingleses cuyos intereses serían perjudicados por su caída, todos los partidos parecían unidos en uno solo y gritaban “¡muera el tirano!”. La muchedumbre llegó incluso a cometer excesos. En el panteón de Santa Paula se había levantado un monumento que sostenía

una urna, en la cual se había depositado la pierna del general, cortada a raíz de la herida que éste había sufrido el 6 de diciembre de 1838. Quitaron la urna y el miembro mutilado fue entregado a los ultrajes del populacho.

Al enterarse de estos acontecimientos, Santa Anna no contuvo su ira y juró vengarse. De inmediato, se dio al ejército la orden de regresar y, mientras volvía a México a marchas forzadas, la ciudad reforzaba sus barreras y la Guardia Nacional tomaba las armas. De haber querido combatir a los sitiadores, la resistencia no hubiera sido muy fuerte, pero Santa Anna temió fracasar. Veía palidecer su estrella, ya no confiaba en sus partidarios ni en sus soldados, y ni siquiera en sí mismo. Cuando llegó al pueblo de Guadalupe lo atravesó sin disparar un tiro y se dirigió hacia Puebla.

Este acto de timidez acabó de perderlo ante la opinión pública, ya que muchos lo apreciaban como general mientras lo condenaban como hombre de Estado, de modo que en cuanto llegó a Puebla fue rechazado con fuerza. El valor de los habitantes crecía mientras el desánimo se apoderaba del héroe caído. Entonces, al no saber ya qué hacer, Santa Anna entregó a otro el mando de las tropas⁴⁸ y salió para Veracruz por caminos desviados, pero retenido luego por indios de los alrededores de Xalapa, pudo por suerte escapar de su furia. Fue llevado al fuerte de Perote, donde estuvo detenido algún tiempo, y más tarde se le autorizó embarcarse para La Habana.

Las elecciones llevaron definitivamente a Herrera a la presidencia. Este general era a la vez uno de los militares más honestos y uno de los ciudadanos más dignos del país, pero no tenía conocimientos suficientes ni la energía necesaria para ejercer el mando. Sin embargo, supo rodearse de hombres competentes y logró sofocar, con la ayuda del coronel Uraga, el Pronunciamiento de Rangel (46) en favor de Santa Anna, pero no pudo vencer el de Paredes y cayó del poder en diciembre de 1845.

Enviado por Herrera para repeler la agresión de los angloamericanos, Paredes, desde su cuartel general de San Luis Potosí, se había negado a obedecer al gobierno y marchó a México, donde entró a mansalva.

⁴⁸ 11 de enero de 1845.

Paredes pretendía llevar a cabo una revolución radical. Creía fácil preparar las vías para una monarquía extranjera con la ayuda del clero, del antiguo partido de los escoceses, que había tomado el nombre de conservadores, y de todos los ciudadanos cansados de las fluctuaciones constantes del sistema republicano. Su plan de reformas era el de San Luis Potosí, y los periódicos de su partido recordaban cuán inútiles habían sido los esfuerzos de la nación por constituirse de manera estable bajo el régimen democrático. Mostraban que, entregado a los ambiciosos y a la soldadesca, el poder se vería siempre expuesto a las mismas fases revolucionarias que originaban la debilidad del gobierno y la ruina del Estado, mientras que un monarca extranjero apoyado por las cortes europeas sería una garantía de fuerza y de paz en el país y fuera de él.

Todo esto era verdad, pero sólo se hablaba en términos generales de las ventajas de una monarquía extranjera sin designar al príncipe que sería llamado para reinar sobre el país, sin dar a conocer los recursos de los que podría disponer y las simpatías con las que podría contar. En los salones capitalinos se mencionaba al Duque de Montpensier, recién casado con la infanta doña Luisa Fernanda, para el trono de México. Francia y España podían brindar apoyo a este reinado, pues ambos países recogían las mayores simpatías del pueblo mexicano. Pero la falta de franqueza por parte del gobierno provisional hacía que se dudara de sus intenciones e incluso algunos sospechaban que Paredes aspiraba a la Corona.

Ahora bien, para que un pueblo cansado de la república se dejara llevar por este movimiento monárquico, hubiera sido al menos necesario que tuviera una idea de la meta que se pretendía alcanzar. Al no ver nada preciso, nada calculado, nada especificado para este gran proyecto, la nación, sorprendida por la audacia de Paredes, permanecía fría a su llamado.

Por otro lado, la mayoría de los ciudadanos lo censuraba con fuerza por haber aprovechado el momento en el que su deber lo llamaba a la frontera para derrocar a Herrera y proclamar ideas nuevas, que atizarían de manera inevitable sobre México la ira de los Estados Unidos, muy poco deseosos de ver que Europa interviniera en los asuntos de esta república.

Paredes contestaba que la nación entera, con la excepción del gobierno y de un número ínfimo de individuos, no pensaba transigir de ninguna manera con los Estados Unidos y se negaba absolutamente a abandonarles Texas; que, obligado por la opinión pública, el presidente había enviado a la orilla del río del Norte un ejército de observación cuyo comando le había confiado y que, sin embargo, al mismo tiempo el presidente y el Congreso parecían decididos a tratar con Washington y a sacrificar lo que la nación no quería ceder bajo ninguna circunstancia. Pero ¿qué papel le quedaría al ejército, al llegar ante los estadounidenses, cuando se enterara de que se había aceptado lo que pedían los enemigos a los que venía a combatir, y que la paz había sido firmada? La voluntad de todo un pueblo permanecía encadenada de esta manera a la de algunos hombres que eran acusados públicamente de traición a la patria.

Pues, ¿qué había hecho Paredes en tan graves circunstancias? Se había unido con la mayoría que reprobaba la conducta de Herrera respecto del asunto de Texas y le traía el socorro de su espada y de su ejército, indicándole además un medio aún más eficiente de conservar la integridad del territorio: el de interesar a las potencias europeas en los asuntos de México.

Los partidos opuestos no alegaban nada muy válido contra la justificación de Paredes, y sin duda habrían aplaudido su rebelión si él no hubiera puesto como base de su plan de reforma la adopción de un gobierno monárquico. En una palabra: que lo que podía suscitar la crítica era admitido como legítimo por los liberales, mientras que rechazaban rotundamente lo sensato (47).

El lado débil del proyecto de Paredes no era obviamente la idea de pedir un rey a Europa, sino más bien lo inoportuno de semejante medida, pero esto era precisamente de lo que menos se ocupaban. El apóstol de la realeza había hablado y actuado demasiado tarde, y ya no era tiempo de asentar un trono allí donde los errores de la república habían propiciado la invasión norteamericana, y donde la desorganización del ejército iba a comprometer la independencia del país. El palacio de las Tullerías y el de Madrid, suponiendo que hubieran aceptado la intervención, habrían probablemente respondido a los enviados de Paredes: “arreglen ustedes sus diferencias con los Estados Unidos y ya

veremos después”. Era poco probable que consintieran dar un rey a México, mientras Matamoros y Monterrey caían en el poder de Taylor.

En cuanto Paredes tuvo las riendas del gobierno, se aplicó a hacer llegar al Tesoro todos los fondos públicos, según eran cobrados por los recaudadores de la capital y de los departamentos, y luego suspendió los pagos que no eran de primera necesidad. Esta decisión extrema, a menudo tomada de distinta forma por los gobiernos anteriores, arrastró a la bancarrota a algunos agiotistas, pero cuando se presta al cien por ciento de interés al año, uno debe estar preparado para este tipo de contratiempo.

Paredes veía que no podía emprender una guerra seria contra los estadounidenses si no contaba con una suma suficiente para poner al ejército en las mejores condiciones posibles, o sea, que tuviera todos los recursos que podrían asegurar el éxito de sus operaciones. Sin embargo, la expedición sólo fue retrasada por algunos meses. En cuanto vio un millón de piastras en sus cofres, mandó marchar a sus tropas a la frontera bajo el mando del general Arista.

Taylor, que tenía bajo sus órdenes una división de cinco mil hombres acantonados en Texas, cruzó el río Nueces y avanzó hacia Matamoros, de modo que los estadounidenses se encontraban ya en el territorio mexicano. Pero entendiendo cuán falsa era su posición, al no tener ningún pretexto válido para hacer la guerra a México, y buscando, sin embargo, hacer creer al mundo civilizado que ellos no eran de ninguna manera los agresores y que se quedarían a la defensiva en los límites de Texas, se hicieron culpables de un acto obvio de mala fe para explicar su presencia fuera de las fronteras de este estado y para justificarse atacando a los mexicanos que acababan de cruzar el río del Norte. Taylor declaró en su manifiesto que los mexicanos, al haber violado el territorio de los Estados Unidos cruzando el río Bravo, se habían vuelto por ello mismo agresores, y que, desde entonces, él se encontraba en estado de legítima defensa en contra de ellos; cobardía indigna de un gran pueblo, puesto que la propiedad del territorio comprendido entre el río Nueces y el del Norte nunca había sido reivindicada hasta entonces por los texanos.

El 8 y 9 de mayo rugió el cañón en Palo Alto, la mareta de Guerrero, en las orillas del río del Norte. Arista atacó débilmente (48) a

los estadounidenses, que lo rechazaron con pérdidas considerables. Su artillería, poco eficaz, no causó mucho daño al enemigo, mientras la de Taylor destruyó sus columnas a cañonazos. Más de mil mexicanos quedaron en el campo de batalla y un gran número de ellos se anegaron en el río al tratar de huir. La derrota fue completa.

Para el ejército de invasión, este primer éxito tenía mucha importancia. Al tener que evacuar Arista la plaza de Matamoros después de este desastre, Taylor se volvía el amo de ambas orillas del Bravo.⁴⁹ Pronto, todas las pequeñas ciudades escalonadas en este río se sometieron al vencedor, y el general Ampudiano sólo opuso en la defensa de Monterrey una débil resistencia a Taylor, que se apoderó de la ciudad el 25 de septiembre, acabando allá las operaciones de la primera campaña.

Mientras tanto, el gobierno de Paredes se había hecho cada vez más impopular y los reveses que había sufrido en la frontera contribuían bastante a enajenarle el espíritu nacional. La gloria de sus generales hubiera podido consolidar su poder usurpado, pero la vergüenza o la desgracia de las jornadas de Palo Alto y de Monterrey, al recaer sobre él, iban a aplastarlo. Fue un oficial, un tal Salas, hombre desconocido hasta entonces, quien le dio el golpe fatal: promovió contra su autoridad el levantamiento de las tropas acuarteladas en la Ciudadela de México,⁵⁰ y toda la guarnición de la capital imitó su ejemplo.

Salas, ahora presidente provisional, hizo lo contrario de la marcha de Paredes: proclamó el restablecimiento de la Federación y protegió al partido democrático. El ejército pedía a grandes voces el regreso de Santa Anna, y los liberales puros, demasiado débiles para callar la voz de estos pretorianos, se unieron a ellos con la esperanza de que podrían lograr sus proyectos de reforma bajo la protección de sus bayonetas, dejándole a Santa Anna el poder administrativo absoluto que resultaba imposible negarle. Esperaban, por otra parte, que la presencia de este general no los molestaría mucho tiempo, y que el plomo de los texanos rencorosos los libraría tarde o temprano de este déspota, que antes habían aborrecido y que ahora se veían obligados a adular.

⁴⁹ El río del Norte también se llamaba Bravo.

⁵⁰ 4 de agosto de 1846.

Llamado de nuevo a la presidencia, Santa Anna juró mantener y defender la Constitución de 1824 que él mismo había derrocado. Luego se dedicó activamente a llenar de cuadros los cuerpos dispersos por la guerra y a llamar bajo las banderas a numerosos reclutas, para oponerse a los progresos de Taylor, que amenazaba Saltillo y San Luis Potosí.

La nueva Asamblea Constituyente se componía en una mayoría de demagogos emprendedores. Gómez Farías, elegido vicepresidente, creía poder realizar por fin el sueño de toda su vida: la confiscación de los bienes de manos muertas en provecho del Estado y la supresión de los privilegios del clero mexicano. Las discusiones de la tribuna se habían vuelto muy animadas. A la monotonía de las sesiones ordinarias, a los lugares comunes de los discursos parlamentarios de costumbre, había sucedido el tumulto de una asamblea apasionada y un lenguaje ardiente, a menudo excesivo y a veces elocuente de los espíritus, cuando se ven estimulados por intereses personales y por la gravedad de las circunstancias.

Los más hermosos florones de la corona temporal del sacerdocio iban por tanto a caer, uno tras otro, bajo la influencia de las opiniones avanzadas de esta mayoría revolucionaria. Entonces, el clero predicó una cruzada contra los heréticos que atentaban de este modo contra los derechos de la Iglesia y armó para su defensa tres o cuatro mil guardias nacionales,⁵¹ que lucharon a tiros y cañonazos durante 23 días contra algunos centenares de soldados del gobierno, mientras el mismo Santa Anna iba a encontrarse con los estadounidenses con todas sus fuerzas reunidas.

Esta guerra de tres semanas no fue más que un juego de niños, como las anteriores, y no llegó a nada (49). Se hubiera prolongado de manera indefinida, de no haberse difundido la noticia de la batalla de la Angostura, de la retirada del ejército mexicano y del próximo regreso del presidente, cuyo arbitraje era reclamado por ambos campos. Pero Santa Anna necesitaba el concurso de todos

⁵¹ Este levantamiento de las clases altas de la sociedad mexicana contra los decretos de la Asamblea Democrática de 1847 es conocido bajo el nombre de Rebelión de los Polkos.

los partidos para sostener la lucha y se limitó a calmar los ánimos sin decidir nada.

El bombardeo y la toma de Veracruz por la división del general Scott y la marcha de los estadounidenses sobre la capital obligaron pronto al presidente a salir de México para oponerse a sus progresos. El encuentro se verificó en Cerro Gordo,⁵² cerca de Xalapa, donde la suerte de las armas fue de nuevo contraria a los mexicanos y su derrota, completa. Pero Scott no supo aprovechar su victoria: en lugar de marchar sobre México, que consternado y sin defensa le habría abierto sus puertas, tardó cuatro meses en hacer ese recorrido, dejando al espíritu público el tiempo de reponerse del desaliento, y a Santa Anna, el de volver a reorganizar su ejército, crear fortificaciones, y hacer finalmente todo lo que se podía para impedir o retrasar la toma de la capital. En esta ocasión, Santa Anna dio prueba de carácter y de habilidad; sólo él, entre los generales mexicanos, era capaz de no dudar de la salvación de la república y de encontrar los medios para enfrentar al enemigo.

Cuando el general Scott llegó a la orilla de los lagos, se dio cuenta sin duda de que había tardado demasiado. Anduvo a tientas, rodeó México, y se metió luego al mal pueblo de San Ángel, de donde fue repelido el 19 de agosto por el general Valencia. Pero recobró la ventaja al día siguiente en dos combates, uno en Padierna contra Valencia, a quien le quitó la artillería, y el otro en Churubusco, contra Santa Anna en persona, que había cometido el error de escoger por campo de batalla una calzada rodeada de pantanos, donde sus fuerzas no podían desplegarse.

Sin embargo, éstos no eran asuntos decisivos: México no había sido tomado, y estas dos jornadas le habían costado a Scott 1056 hombres, mientras su división activa sólo contaba con nueve mil soldados.

El 8 de septiembre, Scott atacó el Molino del Rey (50), que da entrada al bosque de Chapultepec, pero fue repelido con la pérdida de 789 hombres, entre los que se encontraban sus mejores oficiales.

⁵² 17 de abril de 1847.

Sin embargo, era preciso actuar,⁵³ pues un fracaso más podía aniquilar su ejército, y cuatro días después asaltó el fuerte de Chapultepec. Esta vez, el coraje de los voluntarios estadounidenses, secundados por la tropa de línea, superó la resistencia de los mexicanos. A las ocho de mañana la bandera de las estrellas flotaba sobre la terraza del Castillo. Un parisino, el joven Dargonville,⁵⁴ tuvo el honor de ser el primero en poner su bandera en el frontón del edificio (51).

La tarde del mismo día, dos barreras de la ciudad habían caído en manos de los invasores. Al día siguiente por la mañana su cuartel general estaba instalado en el Palacio de los Virreyes, sin que nadie se hubiera opuesto a su entrada. Santa Anna había evacuado la plaza durante la noche y se había retirado con los restos de su ejército del lado de Guadalupe.

Este brillante éxito disimulaba un poco los grandes errores del general estadounidense. Con un puñado de soldados había conquistado un país vasto y bien poblado, lleno de dificultades. Había vencido y dispersado a tres ejércitos de 15 a 20 mil hombres cada uno y dictaba leyes a México desde Veracruz hasta Toluca: la invasión era un hecho. Los errores de Scott en la estrategia sólo existían ahora para aquellos que habían sido sus testigos.

Los gastos de esta guerra ya se elevaban para los Estados Unidos a cuarenta millones de piastras. Ya era tiempo de acabar el asunto y, sin embargo, la mayor parte de la nación mexicana no parecía dispuesta a transigir. Hacía falta un nuevo ejército para conquistar el interior del país, y el problema de la conservación de las conquistas no estaba todavía resuelto. El gabinete de Washington quería por tanto la paz, pero exigía un nuevo sacrificio de territorio por parte del pueblo vencido.

Mientras, Santa Anna había dimitido. Había huido, perseguido por el nuevo poder. El presidente de la Alta Corte de Justicia, Peña y Peña, llamado por la Constitución a la Presidencia de la República como in-

⁵³ Esta jornada costó a los estadounidenses 862 hombres puestos fuera de combate, incluyendo a 78 oficiales. Estas cifras fueron tomadas de los estados hechos por orden de Scott.

⁵⁴ Partido como voluntario de Nueva York, Dargonville fue nombrado sargento-alférez.

terino, había fijado el lugar de su gobierno en Querétaro. Deseaba la paz para su país tanto como el gabinete de Washington y no dudó en mandar delegados al pueblo de Guadalupe para establecer, junto con el plenipotenciario estadounidense, las bases de un tratado que fue ratificado el 25 de mayo de 1848 por las cámaras reunidas en Querétaro. Los mexicanos abandonaban a los Estados Unidos la mitad de su territorio y recibían como indemnización una suma de 15 millones de piastras.

Herrera retomó las riendas del gobierno, pues el tiempo de su presidencia, interrumpida por la usurpación de Paredes y por la invasión norteamericana, no había terminado. El partido moderado fue llamado por él y nada importante señaló este último acto de poder.

La nación pensaba darle un sucesor capaz de corresponder a las esperas del público, pero se equivocó de nuevo en su elección: el ministro de Guerra, Arista, elegido por los estados, no estaba por mucho a la altura de las exigencias del momento.

Jamás ningún presidente había gozado a su advenimiento de un poder moral mayor. De hecho, era dictador, podía intentar todas las reformas que necesitaba la administración del país sin encontrar oposición. Pero no se atrevió a asumir la responsabilidad de las reformas, y permaneció como presidente constitucional, esperando personalmente de las cámaras lo que la nación sólo esperaba de él. Esta falta no tardó en ser castigada. Estas mismas cámaras, compuestas por gente nula, se empeñaron en rechazar sus iniciativas menos importantes y en contradecirle en todo. Transcurrieron dos años sin que una sola cuestión importante, diplomática o administrativa, pudiera ser resuelta.

Tal era el estado de las cosas cuando el grito de la insurrección salió de Guadalajara en el mes de julio de 1852. Santa Anna era aún considerado el salvador de la patria. Arista, al no poder disponer más que de un pequeño número de tropas, no pudo sofocar a tiempo las sediciones. Después de la retirada de los estadounidenses, el ejército no había sido reorganizado, porque se le consideraba más peligroso que útil al país. Por tanto, la revolución creció rápidamente, acogiendo bajo sus banderas a todos los militares disponibles. Triunfó, y Santa Anna, abandonando Cartagena, donde se había retirado, volvió a tomar el timón de los negocios en el mes de abril de 1853.

La composición de su gabinete reveló la tendencia política que iba a seguir. Los ministros Alamán, Bonilla y Lares eran los jefes del partido monárquico y ultra religioso. La Federación fue abolida y se confirió a Santa Anna el título de Alteza Serenísima. La orden de los caballeros de Guadalupe, instituida por el emperador Iturbide, fue restablecida y los jesuitas expulsados de México a mediados del siglo anterior fueron llamados de nuevo. La instrucción pública fue restringida, el ejército restablecido en un pie inverosímil de fuerza y de lujo. Doce mil nombramientos de oficiales de todos los grados sobrecargaron los cuadros del ejército, cuyo Estado Mayor ya era excesivamente numeroso. El producto de la venta de la Mesilla y de las contribuciones de toda clase que fueron impuestas a la nación debían solventar al menos los gastos enormes que conllevaba esta situación.

La nación esperaba impaciente el fruto de tantos sacrificios, los bárbaros del norte asolaban los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Durango y Zacatecas. Pandillas formidables de bandoleros devastaban Jalisco, la mitad de México pedía defensores al ejército, y éste, sordo a su llamado, se pasaba el tiempo pavoneándose bajo las ventanas de su Alteza Serenísima.

El primer intérprete del descontento general fue Álvarez, el gobernador de Guerrero⁵⁵ apodado “el rey del Sur”. Se negó a oír al gobierno y protestó contra todos sus actos. Santa Anna mandó contra él sus más hermosas y mejores tropas, pero los insurgentes, parapetados en la sierra, hostigaban al ejército y se volvían inalcanzables cuando eran perseguidos. Pronto la insurrección llegó a Michoacán, Guanajuato, San Luis Potosí y Nuevo León. La guerra era encarnecida. Los prisioneros eran fusilados sin excepción, las haciendas saqueadas, el país arruinado. Santa Anna aguantó mientras duraron los millones de la Mesilla,⁵⁶ abdicó del poder en cuanto vio los cofres vacíos y regresó a Cartagena, acabando este nuevo acto de su carrera política con el exilio, como había terminado los dos precedentes.

⁵⁵ El estado de Guerrero fue formado en 1850, de la parte sur de México y de Puebla.

⁵⁶ Julio de 1855. La Mesilla fue vendida por Santa Anna a los estadounidenses en diez millones de piastras.

Bajo esta última presidencia de Santa Anna tuvimos que lamentar la empresa descabellada del Conde de Raousset en Guaymas. Lo que aconteció en estas circunstancias es inaudito y deshonra para siempre a todos los culpables del asunto. Sólo se puede encontrar su causa en el imperio que ejerce una elocuencia persuasiva sobre todos los hombres y, ante todo, sobre los que no piensan, y en el falso punto de honor de los franceses, que temen ser considerados como cobardes si huyen de un peligro al que sus compañeros van a exponerse. Para dar una idea de lo que ocurrió entonces en Guaymas hace falta regresar a las circunstancias anteriores.

Gastón de Raousset-Boulbon era un hombre pequeño y sordo. Pero cuando hablaba, uno quedaba seducido por el encanto de su palabra, por su mirada imponente y por sus modales elegantes. Joven y rico, ávido de emociones, devorado por la ambición, lo vimos figurar en nuestra guerra de África como voluntario y cercano a la persona del Duque de Aumale. Arruinado más tarde por falsas especulaciones en la bolsa, fue a buscar a California los medios para rehacer su fortuna, pero allá encontró a un pueblo frío, nuevo para él, en el que sus más lindas palabras no tuvieron efecto, y durante algún tiempo se vio reducido a vivir con el producto de la caza.

En aquella época, una compañía de accionarios se estaba formando en México para explotar las minas de oro de Arizona, en la parte alta de Sonora. Raousset salió para México, se presentó al ministro de Francia, el señor Levasseur, se hizo recomendar por él a los agentes de la compañía, que buscaban a un hombre capaz de mandar a un grupo de obreros europeos y de hacer la guerra a los apaches. Fue nombrado jefe de la empresa y regresó a San Francisco, donde en menos de 15 días, 600 hombres se inscribieron para acompañarlo cuando sólo necesitaba unos 200.

El 1 de julio de 1852 desembarcó en Guaymas. Su pequeña tropa estaba organizada como un cuerpo regular y unos antiguos oficiales y suboficiales del ejército francés eran los jefes subalternos.

El pueblo de Guaymas acogió de manera muy favorable a los franceses, pero no sucedió lo mismo con las autoridades, que veían con desconfianza, en el seno de su país, un cuerpo de extranjeros armados hasta los dientes que jalaban dos piezas de artillería. El

comandante general Blanco, que residía en Hermosillo, compartiendo su desconfianza y sus temores, puso toda clase de dificultades para impedir a esa tropa pasar más allá de la ciudad. Sin embargo, las cosas se arreglaron y los franceses fueron llevados a las minas. Pero apenas salieron de Hermosillo, cuando el general Blanco se arrepintió de su condescendencia y ordenó a Raousset regresar para hablar con él.

De hecho, las cosas habían llegado al punto en que Raousset deseaba verlo. Aunque pareciera irritado por la lentitud que el general mexicano oponía a sus instancias, por las pérdidas que los retrasos causaban a la compañía y por las contrariedades de las que su tropa era víctima, se alegraba interiormente: todos estos disgustos le daban una apariencia de justificación para la agresión que venía meditando, y el espíritu de sus soldados, hábilmente inducido por él y por sus oficiales confidentes de sus proyectos, se encontraba ya tan caliente, que Raousset parecía obedecer al deseo general tomando la ofensiva.

Se negó a ir personalmente a la conferencia y mandó a uno de sus oficiales, el señor Garnier, que planteó, por parte del general, las tres propuestas siguientes con la facultad de optar por una de ellas: los franceses podrían seguir su camino con la condición de perder su nacionalidad y de volverse soldados mexicanos, con el señor Raousset por capitán; podían también reducir su número a unos cincuenta hombres; o finalmente, podían esperar que sus tarjetas de seguridad llegaran de México.

Sólo se podía admitir la última condición, pero como ya se había perdido más de dos meses en negociaciones y habría sido necesario esperar quizá otros dos para la llegada de las tarjetas de seguridad, sólo hubo una voz para rechazar el ultimátum del general Blanco.

Entonces, cuarenta hombres de la colonia francesa de Coscope-ra,⁵⁷ bajo el mando de un tal señor de la Chapelle, se sumaron a los voluntarios de Raousset. Éste, sintiéndose ya lo suficientemente fuerte, se arrancó la máscara, recorrió los pueblos vecinos y los llamó a la

⁵⁷ Colonia fundada hacía pocos meses en la Alta Sonora por el señor de Pindray, cuya muerte provocó pronto la desertión entre los colonos.

independencia. Algunos mexicanos influyentes entraron en contacto con Raousset y le ofrecieron su ayuda, y varios pueblos se sublevaron en su favor.

Sin embargo, el dinero faltaba, los hombres estaban casi desnudos y sin calzado, sólo el armamento estaba completo. A causa de sus altercados con el general mexicano, a Raousset le fue imposible cambiar un crédito de diez mil piastras, aunque ofreciera seis mil piastras. Empujado por la necesidad, se apoderó de una caravana de 13 mulas cargadas de víveres destinados a los soldados de Blanco. Por tanto, la guerra estaba declarada. Sus soldados creían defender una causa justa y estaban llenos de coraje y los sonorenses, admirando su audacia y su aire marcial, los veían ya como héroes. Raousset les entregó una bandera con los colores franceses con la siguiente inscripción: “Independencia de la Sonora”.

Los franceses sólo contaban con 184 soldados de infantería, cincuenta caballeros, 25 artilleros y cuatro piezas de campaña,⁵⁸ e iban a atacar detrás de sus muros a un número de enemigos cuatro o cinco veces más fuertes, tanto en tropas de línea como en Guardia Nacional.

El 14 de octubre los franceses estaban a sólo dos leguas de la ciudad, cuando una diputación de negociantes vino a ofrecer sesenta mil piastras si aceptaban detenerse, pero este ofrecimiento fue rechazado con desprecio.

Apenas la vanguardia había rebasado las primeras chozas del arrabal, cuando una descarga de mosquetería salida de una habitación aislada hizo llover una granizada de balas sobre la avanzada de la columna. Todos se dispersaron y empezó el tiroteo; la habitación fue rodeada y tomada por asalto mediante una escalera que había sido dejada contra la pared por descuido.

En el jardín público, 500 hombres de la Guardia Nacional detuvieron más de un cuarto de hora el ímpetu de las dos primeras secciones que sostuvieron con bravura el fuego intenso, hasta que la artillería, por algunas descargas de metralla, obligó a todos a abandonar la plaza. La batalla seguía calle por calle, y los franceses seguían

⁵⁸ Habían aumentado su artillería con dos piezas, una en el fuerte de Guaymas y la otra en Hermosillo.

avanzando. Blanco no podía impedir que huyeran algunos que lo dejaban expuesto en primera fila. Un voluntario nombrado Hell le apuntó, falló y corrió sobre él con la bayoneta. Lo hicieron prisionero y lo fusilaron por orden del general.

Un pequeño mortero de montaña fastidiaba mucho una de las secciones: el señor Garnier corrió a tomarlo y pagó con su vida su muestra de valor. En media hora, Raousset se había apoderado de la ciudad y Blanco estaba en retirada hacia Guaymas. Esta victoria le costó a los franceses 17 muertos y 23 heridos, de los que ocho sucumbieron algunos días más tarde.

Aunque el orden más perfecto imperara después de la acción del lado de los vencedores, el pánico había cundido en la ciudad. Los vecinos temían el pillaje y trataban de poner a salvo su dinero y lo más valioso que tenían. Los voluntarios de Raousset miraban con desdén todas estas riquezas y se burlaban del temor que ellos inspiraban. Sin embargo, ellos pertenecían, en su gran mayoría, a lo peor del pueblo; acababan de pasar grandes privaciones, su vestimenta era andrajosa, y ninguno tenía un real en el bolsillo. Pero saboreaban la gloria del triunfo y este gozo les bastaba.

El señor Raousset esperaba que corrieran hacia él personas influyentes que habían prometido ayudarle. No podía imaginar que los mexicanos lo estuvieran engañando, recordando con qué entusiasmo los vecinos de los pueblos aledaños habían repetido después de él el grito de independencia. Estaba persuadido de que, aunque lentos para decidirse, ellos acabarían por acudir a él, al verlo victorioso y amo de la ciudad. Sin embargo, su espera se frustró, su aislamiento anuló su triunfo y destruyó todas sus esperanzas. Hizo un intento con el gobernador del estado, el señor Gándara, mandándole a sus oficiales más inteligentes para sondearlo y hacerle hermosas propuestas si apoyaba sus sueños de conquista. Por toda respuesta, el gobernador le ordenó evacuar la ciudad y someterse a las leyes del país.

Por otro lado, los voluntarios bajo su mando empezaban a protestar contra su falta de acción y Raousset había perdido su ascendente sobre sus compañeros. Para colmo de desgracia, se vio atacado por la disentería, y sus dolores se volvieron tan agudos que a menudo lo privaban del uso de sus facultades. Con su salud ya afectada,

recibió un nuevo golpe: su médico lo envenenó por ignorancia e hicieron falta todos los cuidados de un farmacéutico francés para devolverle a la vida. Esta situación ya no era aguantable y dio la orden de regresar a Guaymas.

Los franceses dejaron Hermosillo 12 días después de haber llegado. Su retirada sólo fue perturbada por los ataques de algunos bandos de campesinos que, sin atreverse a acercarse, disparaban desde lejos sin causarles ningún daño. La tropa se detuvo a tres leguas de Guaymas, decidida a entrar allí de cualquier forma el día siguiente. A las 12 de la noche, dos negociantes del puerto vinieron a ver al señor Raousset por parte del general Blanco e insistieron para que él lo fuera a ver. Eran los portadores de un armisticio de 48 horas. Rausset aceptó y salió sin consultar a nadie. Su caballería había ofrecido acompañarlo, él lo había rechazado y había pedido una escolta a Blanco, quien se apresuró a mandársela. Se le recibió en Guaymas con los honores propios de un comandante en jefe.

Sin embargo, agotado por las fatigas del viaje, no pudo entrar de inmediato a conferenciar con el general. Sus voluntarios esperaban con impaciencia que su suerte se decidiera, y cada hora que transcurría aumentaba su inquietud. Mandaron a dos de sus oficiales con la autorización de parlamentar, si el señor Raousset se encontraba en la imposibilidad de hacerlo personalmente, pero estos oficiales, olvidando informarles lo que ocurría, se limitaron a mandarles anunciar un nuevo armisticio. La tropa tomó entonces un partido extremo: envió como diputado a un marinero y otro voluntario muy poco letrado a ver a Blanco, para entenderse directamente con él. Estos nuevos delegados se presentaron ante Raousset, que se negó a recibirlos. Heridos en su amor propio y orgullosos de su misión, fueron directo a ver a Blanco, quien les acogió de maravilla, y los hizo firmar un tratado por el cual reconocieron, en nombre de sus compañeros de armas, que habían sido engañados y abandonados por su jefe, y que se comprometían a salir del país y a entregar al general sus armas, cañones y municiones, mediante la suma de 11 mil piastras. O sea, vendían su armamento a los mexicanos para tener los medios para regresar a California. Las condiciones estipuladas fueron ejecutadas por cada parte, y el cuerpo de voluntarios de Raousset se disolvió

buenamente, sin volver a ver a su comandante, cuya libertad, por otra parte, había sido garantizada por el tratado.

Éste fue el primer acto del drama de Guaymas, al principio de la presidencia de Arista. Su desenlace llegó al año siguiente, bajo la de Santa Anna.

Habiendo sanado de su enfermedad, Raousset regresó a San Francisco. Reunió los que quedaban de sus antiguos confidentes y les anunció que estaba decidido a proseguir sus proyectos respecto a Sonora. Abrió oficinas donde procedió a nuevos alistamientos, pero esta vez no pidió menos de 1 200 a 1 500 hombres. La fama de su hazaña en Hermosillo le había ganado muchas simpatías; sus brillantes combinaciones y su elocuencia sedujeron a un rico banquero de San Francisco que puso su fortuna a su disposición. Fue cuando recibió del ministro de Francia, el señor Levasseur, la invitación de ir a México, donde lo llamaba Santa Anna. Raousset pidió un salvoconducto y salió. Tuvo varias conferencias con el presidente, pero las propuestas que le hicieron no correspondían a su ambición. Después de una estancia de cuatro meses en México, se cansó de las negociaciones que no llegaban a nada y abandonó clandestinamente el país.

De regreso a California, quiso reanudar el asunto con el banquero. Pero éste había tenido el tiempo de ponderar adecuadamente las posibilidades de éxito, y el resultado no había sido favorable para el conde. Entonces se arrepintió de haber dejado San Francisco. Según decía, se habían burlado de él: Santa Anna lo había llamado a México sólo para hacerle abortar sus proyectos. El señor Raousset llamó entonces a todos aquellos que querían de cualquier forma lograr un medio de subsistencia. “Que se armen”, decía él, “que paguen su viaje a Guaymas, yo seré su guía a Sonora; les haré dueños de grandes bienes, los ilotas de California se volverán los nobles de la provincia mexicana”. Esta perspectiva era brillante, de modo que los voluntarios no faltaron. Ya el *Challenge* estaba listo. El armamento se hacía lentamente de noche, para no despertar las sospechas de la policía americana, cuando el cónsul mexicano en San Francisco, M. del Valle, recibió de su gobierno la orden de mandar a Sonora los mismos hombres que Raousset había contratado, prometiéndoles que después de un año de servicio militar se les distribuirían porciones de

tierra de una extensión que correspondería al rango que cada uno tenía en el ejército, y que aquellos que habrían obtenido grados elevados en su patria, disfrutarían del grado correspondiente en la colonia. Finalmente, que los emigrados sólo serían considerados como colonos y no perderían su nacionalidad.

Al enterarse de que el cónsul Del Valle pedía mil colonos, Raousset, en lugar de mostrarse contrariado, se regocijó. Según él, el gobierno mexicano pronto se cansaría de asumir semejantes costos y, al estallar el descontento entre los colonos, le daría seguramente la ocasión de seguir con sus proyectos. Pero las cosas no ocurrieron como él esperaba: el señor Del Valle sólo despachó a 300 colonos de diversas naciones,⁵⁹ entre los cuales se encontraban, bien es cierto, una mayoría de franceses. Al considerar Raousset esta fuerza como demasiado débil, y no pudiendo por otra parte confiar en todo el mundo, habría sin duda acabado por renunciar a sus ideas de conquista, si una circunstancia fortuita no le hubiera obligado a abandonar San Francisco.

Un coronel estadounidense, llamado Walker⁶⁰ también había intentado la conquista de Sonora y Baja California, pero vencido por los campesinos de esta última provincia, se había visto obligado a regresar al territorio de los Estados Unidos y a presentarse ante las autoridades de su país. Su deposición y algunas piezas del proceso involucraban gravemente al señor Raousset, declarándolo cómplice del coronel y comprometido a actuar con él. Avisado a tiempo, Raousset se fugó para escapar a un arresto inevitable y tal vez a una condena.

Por otra parte, muchos de sus partidarios se habían ido para Sonora, siguiendo su promesa de unirse con ellos, y algunos acababan de escribirle para recordarle su promesa. Por tanto, se embarcó en una goleta, comprada por su cuenta a través de una tercera persona, y salió del puerto aprovechando la noche. El 1 de julio desembarcó en Guaymas.

Ya en tierra se enteró de que el nuevo comandante general, que al

⁵⁹ Fue el *Challenge* preparado por Raousset el que sirvió de transporte a estos colonos.

⁶⁰ Este mismo Walker es quien invadió más tarde la América Central, encabezando un bando de aventureros de todas las naciones (1856).

mismo tiempo era gobernador del estado, hombre bueno y generoso, se ganó el afecto de los franceses y ejerció su influencia entre algunos de los que le eran más cercanos. Este contratiempo lo destanteó un momento, pero su espíritu fecundo en recursos pronto le hizo descubrir una nueva vía para la ejecución de sus planes. Fue directo a ver a Yáñez, nombre del general, y le dijo francamente que había llegado para vengarse de los mexicanos, de los que tenía razones para quejarse, pero que enterándose de la nobleza de su conducta para con sus compatriotas, renunciaba a sus intenciones y que venía a poner a su disposición su espada y sus servicios. Yáñez, sintiendo que este hombre podía ser muy útil a su país si lograba allegárselo, lo felicitó por su buena resolución y le dijo que pensaría en su propuesta y que pediría instrucciones a su gobierno.

Sin embargo, los voluntarios del batallón extranjero, que no conocían bien el carácter del recién llegado que les imponían como jefe, desconfiaron primero de él y luego se le entregaron enteramente, persuadidos de que deseaba como ellos la paz que les deparaba todo lo que la conquista podía prometerles. Pero, por otra parte, una minoría compuesta por gente desenfrenada, por hombres ambiciosos y de cortos alcances, se mostraba hostil a Yáñez y tan arrogante para con los mexicanos que éstos se enojaron e hicieron algunos disparos sobre ellos.

Ante esta noticia, la agitación llegó al colmo entre los franceses; olieron la pólvora, ya estando ebrios, y sólo pensaron en la venganza. Este incidente fue la causa de los acontecimientos del 13 de julio. Entonces los dos jefes sintieron que la alianza que habían proyectado se había vuelto imposible, porque las mentes estaban demasiado exasperadas en ambos lados. Sin embargo, se negoció nuevamente. El señor Raousset, actuando en nombre de todos, escribió al general Yáñez quejándose de la agresión de la víspera y pidiendo para la seguridad de los hombres bajo su mando que le entregara dos piezas de cañón y que desarmara la Guardia Nacional. Yáñez, que esperaba refuerzos de Hermosillo, trató de diferir la negociación. Fingió aceptar el pedido de los cañones, pero rechazó rotundamente el desarme de la Guardia Nacional. Pese a la irritación de las mentes, correspondió a la visita atrevida del señor Raousset con una diligencia aún más

temeraria: se fue solo al barrio de los franceses, después de haberse hecho anunciar con anticipación. En seguida, el proyecto de hacerle prisionero había sido decidido. Guaymas debía caer entonces, sin combatir, al poder del batallón extranjero.

Llegado al cuartel, Yáñez mandó formar al grupo. Recordó a los franceses las bondades con las que los colmó, los llamó a regresar al deber, a evitar el derrame de sangre, y les dio su conducta pasada como garantía del porvenir. Les dijo que los había tratado como si fueran sus hijos, pero que ellos eran ingratos, que Dios habría de castigarlos. Había en sus palabras algo tierno y profético. Los franceses, conmovidos, en su mayoría le contestaron con vítores.

Aprovechando el entusiasmo que acababa de inspirar, Yáñez le pidió al comandante Desmarais que hiciera abrir las filas, y salió libre del cuartel, con gran sorpresa de Raousset y de sus partidarios. Aseguran que este proceder valiente fue lo que le otorgó la victoria a Yáñez. A partir de este momento, la división cundió en los rangos de los franceses: unos pedían la guerra de inmediato, la mayoría deseaba la paz. Para conciliar opiniones tan contrarias, se nombró una comisión encargada de entenderse con el gobernador.

En la mañana del 13 de julio se llevó a cabo una conferencia en casa del general. Yáñez se mostraba sumamente transigente, menos en un punto: el del desarme de la Guardia Nacional. Aquellos de los delegados que querían la guerra tenían un papel muy feo que desempeñar con el general; lo percibían y apresuraron el final de la conferencia, pero de regreso al cuartel contaron las cosas a su modo, y lograron exasperar las mentes contra el gobernador.

El señor de Raousset dudó y se quedó pensativo, cuando una pregunta hiriente lo hizo estremecerse: “¿ahora, ya no es usted el mismo?”. Ante estas palabras, levantó orgullosamente la cabeza y gritó: “Vamos”. Eran las dos de la tarde, Yáñez tenía 300 hombre de tropa de línea, y se encerró con ellos en el cuartel. La Guardia Nacional se encontraba en las azoteas de las casas vecinas, y cuatro piezas de cañón hábilmente dispuestas barrían todos los lados desde los cuales podían asaltar.

Al grito de guerra de Raousset, numerosos voluntarios se negaron a marchar, pero los arrastraron; tomaron las armas a pesar suyo y siguieron

mientras murmuraban. Avanzaron sobre tres puntos. Raousset, a la cabeza de las dos primeras compañías, entró en la calle mayor y se dirigió hacia los cañones, pero dos descargas de metralla hicieron mella en sus rangos. Él, sin embargo, al descubierto en medio de una lluvia de balas, siguió avanzando, quedándole unos treinta hombres que pusieron fuera de combate a todos los artilleros mexicanos, de modo que cualquier socorro les daría la victoria. Pero las otras dos columnas no habían ejecutado el plan de ataque; además, Yáñez estaba allá. A falta de artilleros, él mismo cargó la pieza, le prendió fuego y la metralla sólo dejó diez hombres a Raousset. Éste intentó escalar solo el cuartel, ¡en vano!, buscó la muerte y no la encontró.

Mientras tanto, los franceses dispersos pensaban menos en combatir que en salvar la vida: avergonzados y arrepentidos, fueron uno tras otro donde estaba el agente consular de Francia a implorar su protección. Viéndose casi solo, el señor Raousset regresó del lado del mar, esperando sin duda encontrar la goleta que lo había traído, pero aquellos que la cuidaban habían zarpado y desaparecido (52).

Se dirigió a la casa consular, trató de llevar de nuevo a sus hombres al combate, pero viendo que sus esfuerzos eran inútiles, entregó su espada y se sentó. Entonces, Yáñez ordenó a sus tropas salir del cuartel, y el hotel de Sonora, aún ocupado por franceses, fue atacado por ellas con furia. Durante un momento, este punto presentó bastante resistencia, pero olas de soldados lo inundaron y empezó la masacre. Todos los franceses que estaban allí hubieran perecido hasta el último si el agente consular, el señor Calvo, apiadándose de la suerte de estos infelices, no hubiera exigido, en nombre del Emperador, cesar la carnicería; los hicieron prisioneros.

Le dejaron al señor Raousset sus pistolas en la cárcel. Yáñez sin duda hubiera deseado que él mismo se matara, para no tener que firmar su sentencia de muerte. Pero ahora, el señor Raousset cambió y el aventurero intrépido se volvió un cristiano dulce y apacible. Sintió lo que le debía a su nombre, lo que se debía a sí mismo, y desdenando ergotizar sobre su vida, se empeñó en defender su honor, el que a mucha gente le podía parecer empañado. Para él, todos sus actos eran políticos, tenían por meta la civilización de los pueblos, el bien de la humanidad.

Los debates le pesaban mucho al señor Raousset, le urgía acabar lo que pertenecía a la tierra, para sólo ocuparse de la eternidad. Por tanto, cuando entró a la capilla se sintió aliviado. Apreciaba el entretenerse con el sacerdote hablando acerca de las grandes verdades de la religión. Recogido ante la muerte, estaba sencillo y tranquilo.

El sacerdote mexicano se sorprendió mucho al encontrar en él a un cristiano elocuente, hablando de la religión con el respeto profundo que transmite una fe ardiente. Venía para consolarlo, pero las palabras expiraban en sus labios y lo dominaba la emoción. El señor Raousset fue quien lo consoló. Discurría sobre las vanidades de la tierra con este acento desdeñoso que sale de un alma desengañada; y cuando su mente sobrevolaba las regiones de ultratumba, hablaba en términos tan brillantes de la esperanza, la beatitud y la misericordia divina, que el buen eclesiástico lo escuchaba en éxtasis. Después de haberlo abrazado por última vez, salió gritando: “¡este hombre es un santo!”.

El señor Raousset marchó al suplicio sin mostrar la menor alteración en sus rasgos. Durante el trayecto, se sacó el sombrero y lo mantuvo levantado encima de su cabeza para protegerse del sol. Cuando llegó al lugar fatal, mostró su corazón a los soldados y, pasando sus manos detrás de su espalda, levantó la mirada al cielo y cayó.⁶¹

El hermoso carácter del general Yáñez no se desmintió después del día 13 de julio; por su generosidad, todos los prisioneros salvaron la vida, y Yáñez siguió el impulso de su corazón a despecho de su propio interés, ya que fue destituido y juzgado por Santa Anna por haberse mostrado generoso. Parte de los rebeldes fueron enviados a México, y de allá, a Veracruz, donde nuestro ministro los mandó embarcar para que regresaran a Francia. El nombre de Yáñez será bendito en su corazón mientras ellos vivan. Antes de dejar México, oficiales y soldados le enviaron cartas de adiós llenas de los sentimientos más vivos de agradecimiento.

Estos prisioneros, en número de 42, habían sido enviados sobre palabra de Guaymas a San Blas. El barco que los llevaba sólo tenía

⁶¹ El episodio del señor Raousset está tomado casi textualmente de un folleto publicado en la Ciudad de México por el señor Hippolyte Coppey, testigo ocular.

CAPÍTULO V

seis hombres de equipaje y hubiera sido fácil, al salir del golfo de California, obligarlos a dirigirse a otro lugar, pero nadie lo hizo, aunque ignoraran aun la suerte que les estaba reservada en México. Las bondades del general Yáñez y su profunda gratitud hacia él volvían esta vez su palabra inviolable.

CAPÍTULO VI

México después de la Conquista.- El Zócalo.- Consagración del gran Teocali.- La catedral.- El Palacio de los Virreyes.- La Casa de Moneda.- El *Cheirostemon*.- La Universidad.- Antigüedades mexicanas.- La Escuela de Minería.- La Alameda.- Paseo de Bucareli.- Lujo de las damas mexicanas.- Paseo de la Viga.- Chinampas.- Plazas de San Pablo.- Corrida de toros.- Teatros.- La ópera.- La comedia.- Indumentaria de las distintas clases de la sociedad.- El Jueves Santo.- Opinión filosófica sobre la educación y el carácter de los hombres y las mujeres.- Los léperos.- Sus duelos.- El señor Michel Chevalier.- Mejoras introducidas en la sociedad mexicana desde la declaración de Independencia.- Exquisita urbanidad de los mexicanos.- Incapacidad de los hombres de Estado.- Administración de la justicia.- El ejército.- Los duelos severamente castigados.- Opinión del expresidente Gómez Pedraza.- Injusticia de los partidos respecto de los extranjeros que se alistan en el ejército.- Número de europeos que se encuentran en México.- Cartas de seguridad.- Los franceses, más que cualquier otra nación, contribuyeron al avance del país.- El corazón del europeo se vuelve mejor tras una larga estancia en México.- El comercio.- La aristocracia.- Los bailes.- Veladas del señor Barón Deffaudis.- El Barón Gros.- El Barón Alley de Cyprés.- El señor Levasseur.- Periódicos que se publican en México.- Reclamación de treinta mil piastras por el robo de pastelitos de carne.- Establecimientos industriales.- La imprenta del señor Cumplido.- Fábrica de telas de seda del señor Francoz.

Cuatro años después de la toma de México por Hernán Cortés, la ciudad quedó reconstruida más o menos como está ahora. Pero la nueva ciudad nada tiene de la antigua: los canales se han vuelto calles pavimentadas, a los teocalis sucedieron iglesias cristianas y, en lugar de los palacios reales, se levantaron las viviendas de los conquistadores y de los mercaderes que vinieron a establecerse ahí (52 bis).

Las calles orientadas a los cuatro puntos cardinales y perfectamente alineadas dejan divisar por doquier, en su extremo, la cordillera que rodea el valle. Son menos limpias que las de Puebla, las banquetas son más estrechas, pero están bordeadas de hermosas casas, todas adornadas con balcones. Estas casas constan por lo regular de cuatro cuerpos de construcción con dos patios y las más altas sólo tienen un piso encima del entresuelo; todas están cubiertas con terrazas. Sólo se vive en los pisos superiores. La planta baja está ocupada por almacenes y tiendas, a causa de la humedad extrema, ya que a pocas pulgadas bajo el suelo se encuentra el agua.

De ambos lados del patio se extiende un impluvio, que permite llegar a pie junto a la hermosa escalera de piedra que va al primer piso. Hay una galería cubierta, adornada con macetas y arbustos, que lleva al gran salón y a las demás partes del departamento.

El tipo de distribución, tal como lo dejaron los españoles, es bastante sencillo: son cuartos alineados que se inutilizan uno al otro por la falta de corredor; obligan a pasar de un dormitorio a otro, o por el comedor para llegar a la cocina, pero los arquitectos extranjeros han logrado reparar este vicio de distribución cuando hay cuartos excesivos y, sobre todo, cuando la galería se extiende por varios lados. Pero los pequeños defectos que aún pueden subsistir se ven compensados por un gran lujo de adornos y de muebles que vi aparecer cuando

llegué, y que desde entonces no han dejado de aumentar de manera prodigiosa. Este lujo alcanzó a todas las clases sociales bajo el nombre de “gente decente”, y se vuelve muy costoso para la clase media de la sociedad.

La mayor parte de las damas mexicanas no tenía aún, hace 25 años, la costumbre de los muebles europeos. Sentadas en un rico canapé, parecían más bien servir de modelos, en términos de pintura, que encontrarse cómodas; y en cuanto se quedaban solas, regresaban a su estera, donde volvían a encontrar al mismo tiempo el abandono de las actitudes, el gusto del cigarro y el de las pláticas íntimas con modistas y recamareras. Hoy en día, las damas de la capital e incluso de las grandes ciudades de provincia muestran en el salón una soltura que comprueba que abandonaron la estera desde hace tiempo.

La gran plaza de México es hermosa por su extensión, sobre todo desde que el bazar del Parián, que se encontraba allí, fue demolido. Pero los edificios que la rodean no corresponden a la idea que uno se hace de ellos. Del lado norte, la catedral, construida con sedimento calcáreo y tezontle,¹ nos presenta en su fachada principal el arte arquitectónico reducido a su expresión más sencilla. Sólo dos torres llaman un momento la atención del extranjero, por la idea original que presidió a su coronación, pero haría falta mucho más que esto para fijar el pensamiento, para impedirle el remontarse al tiempo pasado e imaginar el gran teocali que ocupaba este mismo lugar, y en cuya cúspide pelearon juntos más de mil españoles y mexicanos (53).

La circunferencia de este templo azteca abarcaba todos los edificios que rodean la plaza en el norte, al este y al sur, junto con parte de las calles adyacentes. El teocali solo tenía una base de más de 400 metros, una altura de cuarenta y anchura de cincuenta en su cúspide, del que se alzaban del lado oriental dos torres de cincuenta pies de altura, que servían de santuario a los ídolos tutelares Tezcatlipoca,² Huitzilopochtli y algunas otras divinidades de primer orden. El rey

¹ Escorias volcánicas, semejantes al *pozzolana* romano, con las que se hace el mortero hidráulico.

² Dios de la providencia y del cielo, el más importante de los mexicanos después de Teotl, aquel por el que todo vive y que encierra todo en sí. Teotl era invisible y no podía ser representado bajo ninguna figura.

Ahuizotl hizo su consagración en 1486. Para acrecentar la pompa de esta ceremonia, a la que acudieron los pueblos de los países más lejanos, se degolló a 62 mil prisioneros, apresados en las guerras emprendidas con la intención de conseguir víctimas para aquel día; carnicería espantosa que uno se negaría a creer, si todos los autores más dignos de fe no afirmaran su existencia en documentos auténticos.

La Catedral de México, sin recuerdo y sin particularidad llamativa, se encuentra por tanto empequeñecida por el regreso del recuerdo, y el viajero al que el nombre de México promete más ve este monumento no sólo sin interés, sino también con una disposición a la crítica. El mal gusto lo permite: las torres de esta iglesia, ya aplastadas en su construcción, lo son aún más por la vecindad inmediata de la parroquia del Sagrario, cuya fachada, de una arquitectura distinta, perjudica mucho el efecto del edificio principal.

Me abstendré de dar de ella una idea más detallada y de enumerar las riquezas que posee, para no repetir lo que otros dijeron, y seré aún más lacónico respecto de las demás iglesias, los conventos, los colegios, el seminario, el Monte de Piedad, etcétera. Sin embargo, echemos un vistazo al Zócalo.

Del lado del oriente se extiende el Palacio Nacional sobre un largo de 200 metros. Fue construido con los materiales del teocali y de los palacios de Moctezuma, y regalado a Cortés por el rey de España, que lo volvió a comprar a sus herederos para establecer la residencia de los virreyes. La fachada de este palacio, flanqueada por dos pabellones mezquinos, sólo es notable por su extensión. Este palacio encierra, aparte de la habitación de los virreyes, ocupada ahora por el presidente de la república, todos los ministerios, el Senado, la Cámara de Diputados, la Corte Suprema de Justicia, la Comandancia en general, la Tesorería, la Casa de Moneda,³ el Hotel de la Posta, el Jardín Botánico y tres cuarteles.

La Casa de Moneda, que ocupa la parte trasera del Palacio, es una hermosa construcción cuyos principales talleres están abovedados. Se pueden batir hasta ochenta mil piastras al día. La acuñación de los metales empezó en México 14 años después de la caída de la antigua

³ La Fábrica de Monedas ya no se encuentra aquí hoy en día.

Tenochtitlán, bajo el virrey Mendoza. Actualmente, el proceso se encuentra repartido entre ocho casas, diseminadas en los estados en que la explotación minera es más importante. Estas casas de Moneda son las de México, Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas, Guadalajara, Guadalupe y Calvo, Durango y Chihuahua.

Desde la Conquista y hasta el año 1852 se acuñaron en la Casa de Moneda de México un valor de 2 359 971 094 piastras, de las que 111 806 470 son en oro. Durante este mismo tiempo, salió de las demás Casas de Moneda del país un valor de 374 733 803 piastras, lo que da un total de 2 734 704 897 piastras. Y si contamos ahora el oro y la plata salidos de todas las minas de México, llegamos a un valor de 3 562 204 897 piastras, de los que 3 billones 450 millones fueron exportadas. Estas cifras están tomadas del excelente trabajo estadístico del señor Lerdo de Tejada.

El jardín del Palacio de los Virreyes ha sido desde hace tiempo convertido en Jardín Botánico. Es muy pobre y sólo llama la atención del extranjero por su *Cheirostemon platonoide*, también llamado “árbol de la mano pequeña”. Este nombre le viene de la forma de su flor, cuyo pistilo rojo representa una pata de pájaro teñida de sangre, con cinco dedos armados de uñas y un espolón. Su apariencia refleja algo real. El *Cheirostemon* es muy hermoso como árbol; tiene las dimensiones del plátano y se le parece por su corteza y el recorte de su hoja. Sólo había dos muy conocidos en México, éste del que hablo y otro en Toluca, pero los jardineros europeos establecidos en México reprodujeron la especie y poseen hermosas muestras, y hasta se logró aclimatar algunos esquejes en los países más septentrionales de Europa.

Una estatua ecuestre de Carlos IV embellecía todavía en 1823 el Zócalo de México. Con el poder imperial, cayó este monumento elevado a la realeza. Pero no se imitó el vandalismo de aquellos pueblos que, por primer intento de libertad, destruyen todo lo que recuerda al yugo que padecieron, como si la historia no lo hubiera escrito en sus anales impredecibles. La estatua conservada fue relegada durante mucho tiempo al patio del palacio de la Universidad. Hoy en día figura en la entrada del Paseo de Bucareli, y los paseantes pueden gozar admirando este bronce debido al talento de Manuel Tolsá, escultor español, y fundido de una sola pieza por Salvador de la Vega.

Finalmente, del lado oeste y del sur el marco del Zócalo está cerrado por construcciones de galerías cubiertas y por el Ayuntamiento, cuya fachada es hermosa, aunque no tiene nada notable.

El palacio de la Universidad se encuentra a la izquierda del de los Virreyes, sobre la plaza del mercado. Es una construcción bastante hermosa, pero mal situada. El espíritu universitario es en México lo que en Francia: sólo permite las innovaciones útiles en intervalos largos; está apegado a los autores clásicos, aun cuando sus principios están rebasados o su enseñanza incompleta. Así es como la filosofía de Jacquier, que se enseñaba hace un siglo, sigue vigente en la mayoría de los seminarios y en algunos colegios.

Para el estudio del latín se limitan a mandar aprender de memoria la gramática de Iriarte o de Nebrija; se hacen muy pocos ejercicios de temas y versiones, de suerte que bastan dos años para las clases básicas, después de las cuales se pasa a filosofía. Pero si la duración de los estudios del latín parece demasiado corta, se encontrará en cambio muy largo el tiempo dedicado a la filosofía escolástica. Esta ciencia y los principios más elementales de las matemáticas no tardan menos de tres años de trabajo para la juventud. Pese a lo largo de los estudios y a las pocas materias que se estudian, al salir del colegio los alumnos no conocen ni saben bien ni la filosofía ni las matemáticas,⁴ lo que muestra claramente que el plan de estudios y los métodos de enseñanza son malos, porque los jóvenes mexicanos son muy inteligentes y su ignorancia no es enteramente su culpa.

El palacio de la Universidad contiene fuera de las salas dedicadas a las conferencias de los doctores y a los exámenes públicos el Museo Nacional, formado en gran parte por las doctas diligencias del señor Isidro Gondra. Este museo es pobre: la sección de las antigüedades del país ofrece algún interés, aunque le falta mucho para estar completa. Por ejemplo, uno se extraña de no encontrar allí algunos de los objetos de oro y de plata tan bien labrados de los que Cortés hablaba con admiración en sus cartas a Carlos V, y tampoco los hay en Espa-

⁴ En el Colegio de Guanajuato, que considero como el mejor de la república después de la Escuela de Minas de México, las clases de matemáticas se dan muy bien.

ña, pues todo fue fundido. No se ven tampoco los antiguos mosaicos de plumas que los mexicanos sabían mezclar tan bien que parecían pinturas. Los que existen son de un tiempo posterior a la Conquista y de un mérito muy inferior. Este arte, en el cual se distinguían sobre todo los indios de los alrededores de Pátzcuaro, se fue perdiendo poco a poco.

Se conservan también algunos de estos manuscritos originales pintados en papel de maguey, los más notables de los cuales son aquellos que representan la historia de los aztecas desde la confusión de las lenguas, su viaje desde Aztlán a México, el plano de esta ciudad dado a Cortés por Moctezuma, y la lista de los tributos que eran pagados a este monarca. También se ve la colección de los dibujos que el capitán Dupaix trajo de Palenque y de Mitla, y que *lord* Kingsborough hizo litografiar en Londres.

El museo posee también un centenar de máscaras de obsidiana, de serpentina y de mármol, de las que varias fueron ejecutadas con bastante mérito; asimismo, una colección de vasos de mármol y de barro, de utensilios domésticos de barro, madera, piedra, espejos metálicos, amuletos y ornamentos de ágata, coral y conchas.

Se juntó en desorden, en un rincón del patio, a los grandes ídolos, las figurinas de penates y de héroes, de imitaciones de animales, armas de ciudades, etcétera, unas de pórfito y otras de serpentina. Entre estas antigüedades se encuentra la estatua de Teoyamiqui, diosa de la guerra y de la muerte, que tiene ocho pies de altura. Es menos una figura que un horrible conjunto de los atributos de la guerra y de la venganza; la carnicería, la crueldad, las torturas y la muerte son representados con jeroglíficos espantosos. Esta espantosa deidad lleva en el pecho una calavera colgada de un collar de corazones y de manos cortadas, su falda está hecha con serpientes entrelazadas, sus brazos son figurados por las uñas del tigre, las garras del águila forman sus pies, y una cabeza de búho remata todo el conjunto.

Frente a este ídolo se encuentra la piedra triunfal, redonda, con siete pies de diámetro y dos de altura; está adornada en su circunferencia con bajorrelieves que representan un guerrero vencedor de 14 campeones. Un canal que parece haber sido practicado para el escurrimiento de la sangre de las víctimas, lo hace llamar vulgarmente la

piedra de los sacrificios. Pero a partir de lo que se sabe de los sacrificios practicados por los antiguos mexicanos, la piedra sobre la cual se inmolvaba a la víctima era muy distinta de ésta. De cinco pies de largo, cuatro de altura y tres de ancho, era convexa en la parte superior. Seis sacerdotes sacrificadores extendían encima a la víctima; unos sostenían los pies y los brazos, los demás la cabeza, con un instrumento de piedra o de madera, de tal modo que el cuerpo quedaba arqueado e incapaz de moverse. Entonces se acercaba el *topiltzin* o gran sacerdote, vestido con un sobretodo rojo y coronado con plumas verdes y amarillas. Le abría el pecho de un solo golpe con un cuchillo de obsidiana, le arrancaba el corazón y lo ofrecía aún palpitante al ídolo en cuyo honor se hacía el sacrificio, sea arrojándolo a sus pies, sea quemándolo frente a él. Después de esto se tiraba el cuerpo desde lo alto del teocali sobre las gradas inferiores, desde donde era llevado por el hombre que había sido su dueño cuando vivía.

Si se trataba de un prisionero, se le cortaba la cabeza para adornar los muros del templo y luego se tiraba el cuerpo al atrio. El guerrero que era su dueño lo tomaba entonces y se lo llevaba a casa para cocerlo y comerlo en un banquete solemne con sus amigos; sólo se servía la carne de las piernas, los muslos y los brazos, y se quemaba el resto o lo conservaban para alimentar a los animales carnívoros de las casas de fieras reales. Los otomíes cortaban a la víctima en pedazos y vendían su carne en el mercado.

Cuando se trataba de un prisionero ilustre, se le otorgaban los honores del combate. Atado por un pie a una piedra redonda bastante semejante a la piedra triunfal que se puede ver en la Universidad, armado con un escudo y un corto *micuahuitl* (54) debía combatir contra los guerreros que se le presentaban; pero estos estaban libres de sus movimientos y mucho mejor armados. Si, pese a esta desproporción de ventajas, el prisionero resultaba siete veces vencedor de los adversarios que se le oponían, le entregaban la libertad enseguida. Se le devolvía todo lo que se le había tomado, y se le remitía lleno de gloria a su patria. Si al contrario era vencido, lo llevaban sobre el altar de sacrificios, donde le arrancaban el corazón.

Los historiadores del antiguo México relatan el famoso combate de Tlahuicole, general de los tlaxcaltecas, hombre de fuerza prodigiosa,

que mató a ocho guerreros e hirió a veinte antes de que lo pusieran fuera de combate. La libertad le pertenecía por derecho, pero él la rechazó, al no poder sobrevivir a la vergüenza de haberla perdido un momento.

El número de víctimas inmoladas en el imperio mexicano variaba cada año porque estaba subordinado al de los prisioneros hechos en las guerras casi continuas que los reyes de México emprendían para este fin. Sin embargo, este número no era jamás inferior ni muy superior a unos veinte mil individuos, a menos de que hubiera alguna ceremonia extraordinaria, como la de la consagración del gran teocali, en la que el número de víctimas excedió incluso los límites de lo verosímil.

Los primeros sacrificios humanos fueron cometidos por los mexicanos, puesto que este culto bárbaro era desconocido entre los toltecas e incluso los chichimecas que ofrendaban ciervos, conejos, codornices, etcétera, pero la mayor parte de los pueblos de Anáhuac imitaron más tarde esta feroz costumbre; algunos de ellos incluso inventaron nuevos suplicios. Después de comentar las costumbres bárbaras de estos pueblos es preciso recordar que la propagación del Evangelio puso fin a tantos males. El alma se siente aliviada al pensar que tres siglos transcurrieron sobre estos grandes dolores, y se bendice al navegante genovés que hizo conocer el Nuevo Mundo a la Europa cristiana (55).

El monumento más famoso que haya sido conservado y que merece la mayor atención de los arqueólogos es, sin lugar a duda, el calendario mexicano que adornaba uno de los santuarios del gran teocali, y que ahora se encuentra en el muro occidental de la catedral. Se trata de un bloque de pórfido de once pies de diámetro. Cuando uno entiende todos los signos representados en círculos concéntricos sobre esta piedra, se asombra de la precisión de las observaciones y de lo exacto de los cálculos astronómicos de aquellos pueblos, los que, bajo muchos otros aspectos, estaban aún en la infancia de la civilización.

La Escuela de Minas puede ser considerada como el edificio más hermoso de México. Es inmenso y de una arquitectura grandiosa, pero el suelo sobre el cual está construido se hundió en varios lugares y la albañilería sufrió mucho. Pese a la fama de esta escuela, los

resultados que logra no corresponden a los cinco años de trabajo a los que están sometidos los alumnos del establecimiento. Se entra allí a los 12 años, es decir, a una edad en la que el juicio del niño es aún incapaz de abordar teorías difíciles, y mientras juegan como se suele hacer a esta edad, los alumnos supuestamente aprenden, durante el primer año, la aritmética razonada, la geometría, el álgebra y trigonometría rectilínea. El segundo año se les hace estudiar la aplicación del algebra a la geometría, el cálculo diferencial e integral y la trigonometría esférica; el tercer año, la física, la dinámica, la hidrodinámica, etcétera; el cuarto, la química; el quinto, la mineralogía y el trabajo de las minas. Existen también para los distintos niveles clases de lengua francesa, alemana y de dibujo para la figura, el paisaje, los planos topográficos, geográficos, etcétera. Juzguen ustedes qué pozos de ciencia serán estos jóvenes a los 17 años, si a los 14, al final de su primer año de estudios, han visto casi todo lo que sabe un alumno de nuestra Escuela Politécnica; y esto con la inmensa ventaja que ellos aprenden sin trabajar seriamente y sin cansarse, mientras éste palidece día y noche sobre sus libros. En vano dirán que los niños en general son más precoces en México que en nuestros climas y que están adelantados dos años. Es obvio que semejantes estudios sólo pueden ser enseñados superficialmente a tan tierna edad y en tan poco tiempo y que, al salir de la escuela, sólo recuerdan los nombres de las ciencias que estudiaron y las palabrejas con las que realizan sus discursos.

El resultado de las labores de cada año es producir dos o tres sujetos bastante distinguidos, pero que necesitan trabajar seriamente durante mucho tiempo todavía para ser de alguna utilidad a la sociedad.

Cuando el señor Tornel (56) tomó la dirección de la Escuela de Minas en 1843 hizo preceder los estudios matemáticos con un año de lógica teórica, pero los hombres que se han ocupado en un plan filosófico de la enseñanza bien saben que se forma mejor un lógico de un niño de 12 a 13 años haciéndole razonar teoremas de geometría que llenándole la cabeza de todos los silogismos de Aristóteles. La teoría sin la práctica carece de sentido para la niñez, e incluso a menudo para la edad avanzada. Este primer año, dedicado a la lógica, no puede por tanto ser de utilidad para los estudios que siguen.

No lejos de la Escuela de Minas se encuentra el lindo Paseo de la Alameda. Son avenidas de fresnos que llegan todos a unas glorietas rodeadas de bancas de piedra, con una fuente y un surtidor en medio. Este paseo, situado a uno de los extremos de la ciudad, es el único que los peatones pueden disfrutar. Sin embargo, muy pocos lo aprovechaban antes de que los europeos lo pusieran de moda. A las cinco de la tarde los carros llegan a la Alameda, le dan varias veces la vuelta y luego se van a Bucareli hasta el anochecer. El domingo y los días de fiestas la elegancia de los atavíos, el número y el lujo de los carruajes hacen de estos dos paseos un pequeño Longchamps, que cada vez se vuelve más curioso y hermoso.

La primera vez que uno visita la Alameda se queda perplejo al encontrar como embellecimiento lo que la infancia del arte puede crear de más grotesco: se trata de estatuas de piedra colocadas en la entrada de cada alameda, que sólo cabría comparar, en cuanto a su ejecución, con aquellas figuras toscas que los niños moldean con mi-gajón. Cuesta concebir que se haya permitido exponerlas públicamente y, sobre todo, colocarlas ahí donde están.

Una brillante fiesta tuvo lugar en la Alameda el 15 de noviembre de 1855, organizada por los franceses, los ingleses y los sardos, para celebrar la toma de Sebastopol. Más de cien cubiertos habían sido puestos, y por la noche, una iluminación magnífica tal que México nunca había visto le dio a este paseo el aspecto de un jardín maravilloso. La gloriosa toma de Malakoff provocó en México el entusiasmo de los ciudadanos de las naciones aliadas. En casi todas las ciudades de la república hicieron brindis calurosos en versos y en prosa para festejar la gloria de los ejércitos de Oriente, el progreso de la civilización y la felicidad de la humanidad.

El Paseo de Bucareli no es más que una carretera bordeada de sauces y de abedules, con dos plazas circulares adornadas con una fuente con surtidor. Los carros se ponen en fila y, después de dar la vuelta a la primera o segunda fuente, regresan al principio para volver a recorrer el mismo camino, o se paran en la glorieta principal para ver desfilar a los demás.

En 1831 no había todavía en México más que una carroza europea, la de don Francisco Fagoaga, pero desde entonces los vehículos

de fabricación francesa e inglesa se han vuelto tan comunes como los del país. La caja de éstos está bien suspendida y hecha con cuidado, pero el tren es poco gracioso y, por tanto, no pueden sostener la comparación con los primeros. Desde esta innovación en la moda de los coches, el uso de las mulas dejó también de ser exclusivo. Los equipajes más hermosos tienen ahora tiros de caballos de Kentucky; otros, de caballos del país.

Esta costumbre de recurrir a mulas para los coches venía probablemente del hecho de que estos animales soportan mejor el cansancio y son menos espantadizos que los caballos. Pero bien hace falta sacrificar algo al buen gusto y un tiro de caballos con abundantes crines es mucho más noble y brillante. En realidad, hay mulas soberbias, del tamaño de los caballos más hermosos, pero jamás tuvieron tanta gracia como ellos porque guardan siempre algo de una mala alianza.

El primer objeto de lujo para una dama mexicana, aparte de su atavío, es un coche. México es la ciudad del mundo donde hay más coches,⁵ según las fortunas. En Francia, como en todas partes, uno empieza por rodearse con las comodidades de la vida privada antes de pensar en una berlina. Cuando se tiene un piso amueblado con elegancia, uno quiere tener una buena mesa. El servicio debe ser perfecto y es forzoso que la cava esté bien surtida y que se pueda regalar a menudo a los amigos. Diez mil francos de renta, sabiamente empleados, bastan en provincia para vivir de este modo, mientras que veinte mil apenas son suficientes para mantener el lujo de una carroza. ¿Cuál es la razón de esto? Es que se habita más una casa que un coche, y que uno quiere gozar de comodidades y de todos los atractivos posibles. Cuando se llega a veinte mil francos de renta, se aumenta aún más el lujo de la mesa y las comodidades de la casa, y se prefiere el placer de dar fiestas al de hacerse mecer en una caja de cuatro ruedas. Además, no hay para nosotros algo más simple, sobre todo si tenemos buenas piernas, pero los mexicanos piensan distinto. Y aquí el por qué: en la mesa no luce ningún tipo de lujo, salvo muy pocas

⁵ Se ven en La Habana un mayor número de volantes, pero mucho menos coches cerrados.

excepciones. Al contrario, el servicio es de gran mezquindad, y los platillos, aunque bastante numerosos, son todos toscos y aderezados de la misma manera. El mantenimiento de la bodega no es además costoso, puesto que al mexicano le basta un vaso de agua después del postre. Por lo tanto, no se necesita, según vemos, tener a diestros cocineros cuyas artes se hacen pagar tan caro, y aún menos a un mayordomo: basta con una fregona que haga de cocinera y que la tienda del confitero provea a las exigencias secundarias. Además, el criollo no es muy difícil en cuanto se refiere a la selección y a los modales de las mujeres encargadas de la cocina: vestidas con harapos, con la cabellera revuelta y sembrando piojos a su alrededor, se las ve manosear a manos llenas las viandas que preparan, ayudándose con las uñas para limpiar las verduras. Criados en estas costumbres, los mexicanos no les dan importancia, y muchas amas de casa van todavía a la hora de la comida a sentarse con sus hijos en un petate en la cocina, donde comen con apetito en compañía de aquellas arpías.

¿Qué hace entonces con el dinero que le queda el hombre rico al que le gusta vivir tan mal? Lo apuesta y, si no pierde todo, le compra diamantes a su mujer y le da una berlina. Hace 25 años, las damas iban en coche al paseo, bien peinadas, con diamantes y perlas en las orejas y en el cuello, envueltas en un gran mantón que escondía el resto de su atavío, el que no era más que una bata casera muy poco decente. Sólo era bueno lo que se podía ver desde fuera, aunque no se percibía más que a través de una espesa nube de tabaco.

Todo mejoró mucho desde esta época. Llegaron los europeos y las mujeres se avergonzaron de este exceso de desidia. Por otra parte, ciertas familias ricas se fueron a pasar algunos años en Europa y trajeron de allí ideas más adecuadas relativas a las conveniencias sociales y un tono de buena compañía que las personas del mismo rango tratan de imitar. Sólo el pueblo bajo persiste en México en la suciedad.

El Paseo de la Viga es el más bonito que se puede recorrer en coche y a caballo, pero está de moda sólo desde el primer domingo de la Cuaresma hasta Pentecostés. Durante este periodo, Bucareli queda desierto.

La Viga se encuentra al este de la calzada del sur, llamada de Izta-palapa, y se extiende a lo largo de un canal que une los dos lagos. Cuatro filas de árboles forman una avenida principal para los coches

y dos contravenidas para los peatones. Parte de la orilla opuesta del canal está bordeada por viviendas rústicas, rodeadas de cañaverales y de chinampas verdes (57), islotes que forman arriates paralelos en los que los indios cultivan verduras y flores. Estas chozas y estos cultivos pertenecen al pueblito de Iztacalco, primera morada de los aztecas después de su esclavitud de Culhuacán.

Siguiendo el canal se llega pronto a Santa Anita, cuyas chinampas y jardines siempre están llenos de flores. Ahí es donde la gente del pueblo va a pasear en barco y a comprar coronas de flores. Entonces se produce en el momento del paseo un espectáculo muy nuevo que merece ser visto. Una infinidad de canoas surcan el canal: unas van, otras regresan y cada una lleva sus músicos y bailarines. Estos, de regreso de la peregrinación de Santa Anita, coronados de rosas, de amapolas rojas y de claveles, se entregan a una alegría dulce y amena de ver. Hombres, mujeres, niños, ancianos, todos son actores en este escenario, sea como músicos, como cantantes o bailarines, y a menudo incluso son todo esto a la vez. Es un concierto inmenso que ningún grito, ningún clamor desagradable perturba jamás.

Este pueblo, que no sabría pensar en el día siguiente, es entonces feliz. Por primera vez se vuelve interesante y hasta hay algo poético en él. Ninguna disputa, ninguna pelea ocurrirá en una reunión alegre, cuando las cuerdas de la guitarra empiezan a vibrar y todos se entregan completamente al placer. Pero también, si en alguna parte el interés provoca una disputa, en el acto brillan los cuchillos y se producen golpes mortales.

El día de apertura de este paseo la concurrencia de estos coches es inmensa. Forman dos filas apretadas de cerca de una milla de largo, mientras otros llenan dos plazas en media luna, desde las que se observa los equipajes, el vestuario de las damas y de los caballeros. Las personas que se conocen intercambian entre ellas un saludo, una señal graciosa con la mano y el abanico cuando pasan cerca.

Los caballeros van más numerosos a la Viga que a Bucareli, unos montan en sillas inglesas y otros en sillas del país. Su traje de rigor es un pantalón abotonado desde arriba hasta abajo en los lados, con una faja de seda y una chaquetilla, y un sombrero de faldas amplias adornado con doble cordoncillo de plata o de oro. Se veían también

antiguamente mucho mejor vestidos; quiero hablar de aquellos que habían conservado el traje antiguo de los campesinos ricos y que se lo ponían en semejantes circunstancias. Aunque este traje haya dejado de estar de moda, es llevado todavía en México, y mucho más a menudo en las provincias norteñas. Consiste en un dolmán de paño azul o verde con un calzón semejante. El dolmán, soberbiamente galoneado de plata o de oro, jamás está abotonado y deja ver una camisa de batista bordada y una corbata a la Colin, cuyas puntas pasan en una sortija con diamante. El calzón, retenido en la parte baja de la espalda por una faja de seda roja con flecos de oro, está también galoneado y guarnecido con dos hileras de botones de plata. Está entreabierto en los lados hasta la mitad del muslo, y deja flotar libremente el calzón de tela de abajo; pero montado en el caballo, las piernas del caballero se encuentran envueltas en un pedazo de cuero oscuro que una jarretera de tela de plata mantiene atada debajo de la rodilla. Este cuero, llamado bota de vaquero, está también bordado con mucho cuidado y cuesta a veces más de cien piastras; pese a su valor, es un adorno poco gracioso, pero hace que el caballero se sienta más seguro en la silla. Resulta incluso imprescindible cuando uno se entrega a las evoluciones ecuestres que hacen las delicias del hombre de campo. Grandes espuelas de acero damasquinado sirven también para el caballero y contribuyen a mantenerlo firme ante cualquier movimiento inesperado que dé su montura. Finalmente, el sombrero galoneado, de amplias faldas; la manga,⁶ resplandeciente de oro, que se levanta en el hombro, y una espada española completan el traje tan elegante como rico del campesino opulento.

El jaez del corcel está hecho por otra parte para realzar su hermosura. La silla mexicana es la antigua silla árabe; hermosea mucho al animal, pero lo aplasta un poco. Es de piel de oso o de tigre, más a menudo de cuero bordado de oro o de plata, con guarniciones de plata maciza muy costosas.

Un apéndice que se extiende en las ancas sirve para recibir el sarape, que se ata en caso de lluvia; los estribos son amplios y cubiertos

⁶ Es un manto pequeño y redondo con una apertura en medio para pasar la cabeza.

de hermosos adornos atados a la perilla de la silla y caen frente a las piernas del caballero. A veces se añade al arnés la anquera, cadenitas de acero que tintinean al menor movimiento del animal. Este nuevo adorno, hecho de cuero labrado o de terciopelo negro, cubre enteramente la grupa y cae hasta la mitad del fémur del caballo.

No sé nada preciso sobre el origen de la anquera, pero se parece mucho a la parte posterior de la armadura con la que los caballeros cubrían el palafrén en las batallas y en los torneos. Habiendo desaparecido la testera y las otras piezas, por ser incómodas para el caballo, habrán dejado subsistir el revestimiento de la grupa como adorno. El freno del caballo es de acero damasquitado, el frontal de la rienda está adornado con placas y agujetas de plata, y las riendas se meten por un pasador del mismo metal. Sólo se usan las riendas del freno; sin embargo, la redecilla sería muy útil para descansar la boca del caballo, que el freno mexicano fatiga mucho. Está hecho de tal suerte que la parte inferior de la mandíbula se encuentra encerrada en un anillo de fierro, mientras la parte superior está reprimida por una especie de torniquete con puntas redondas que se levantan más o menos por medio de las riendas para detener el caballo o para moderarlo. Este freno es tan poderoso y los caballos están tan acostumbrados a obedecer de inmediato al mando de la mano que se puede detener súbitamente un caballo lanzado al galope o incluso obligarlo a dar media vuelta al mismo tiempo que regresa sobre sus patas traseras. En Francia se temería deslomar un caballo; en México no se teme nada y no pasa nada. Bien es cierto que las razas de caballos son distintas, pero cabe decirlo: la educación hace mucho y en Francia se cría tal vez a los caballos con demasiada delicadeza.

La entrada del curso de la Viga desemboca a la plaza de San Pablo, donde se construyó una gran arena para las corridas de toros. Esta arena se acabó en 1833 y la corrida que se dio el día de la apertura fue la primera a la que asistí. Ya tenía dos años de estar en México y no tenía ninguna gana hasta entonces de ir a ver estos juegos bárbaros, aunque cada domingo se hacía el espectáculo en otra arena cerca de la Alameda. Acabé dejándome llevar, pero la primera vez no pude soportar esta escena terrible más de media hora. Regresé preso de un sentimiento de horror cuya vista de la sangre derramada me

había penetrado. Más tarde regresé allí, aunque mi pecho se quedara constantemente oprimido, y acabé por acostumbrarme lo suficiente a las fuertes impresiones que iba recibiendo, para esperar el final y hasta encontrar cierto atractivo, aunque el toro era más temible y el peligro mayor. No es de hecho una rareza que sea una particularidad personal, es un efecto natural y fácil de explicar. Si el toro es malo, es decir, si es pacífico, los combatientes corren menos riesgos, es cierto, pero también sólo se asiste al martirio del animal. Al verlo atormentado y luego degollado, ningún interés nos permite sobrellevar el asco que uno experimenta, y sólo tiene ante los ojos una escena de carnicería. Si al contrario, el toro es furioso, si lanza rayos por los ojos, si pega la tierra y hace volar el polvo bajo sus pies al llenar el aire con mugidos siniestros, y los toreros atentos a sus movimientos revolotean a su alrededor, más expuestos y más circunspectos; si a una embestida imprevista, uno de los corredores cercano a recibir la muerte la evita por un paso hábil y un trueno de aplausos estalla en la arena, entonces la vida se queda como suspendida: el interés está al colmo, y la piedad del espectador desaparece bajo la emoción poderosa que siente. Jamás se entiende mejor que entonces, en este espacio donde ronda la muerte y a través de estos escalofríos de terror o de alegría que recorren todas las filas de la arena, cómo este imperio universal que ejerce el hombre sobre los animales resulta ser una conquista de su inteligencia y de su valor. Las corridas de toros han sido a menudo descritas y las arenas de España proporcionaron episodios a numerosos novelistas. Sin embargo, creo deber dar aquí un boceto de las de México. Trataré de que sea bastante breve para evitar el aburrimiento que acompaña las repeticiones.

Un día que el presidente debía honrar la arena con su presencia, algunos amigos me llevaron, asegurándome que la corrida sería magnífica; toda la ciudad estaba emocionada. En efecto, el número de los espectadores era inmenso y no había menos de ocho mil personas. La arena, construida en madera como las de Madrid y de Sevilla, podía contener aún más.

Su recinto está conformado por una empalizada de dos metros de altura, por encima de la cual brincan los toreros de a pie cuando se ven perseguidos; por detrás, un corredor circular separa la palizada

de varios rangos de gradas, terminadas por tres filas de palcos que ocupan la mayor parte excéntrica de la arena.

La mejor sociedad de México llenaba los palcos protegidos del sol. Las damas estaban engalanadas con sus prendas más hermosas, mantillas de blonda blanca y flores en el cabello. Las gradas del mismo lado estaban también llenas de hombres bien vestidos, y esta primera parte del recinto era admirablemente bella; las grandes dimensiones de la arena, la elegancia y la riqueza de los atuendos hacían que la vista fuera mágica. Pero el aspecto del lado opuesto era muy distinto: se veía alrededor de la palizada y en los terceros palcos a oleadas de gente cuyas últimas filas se precipitaban sobre las primeras y cuya miseria y suciedad contrastaban de modo muy desagradable con el lujo resplandeciente del resto de la asamblea.

Al llegar el presidente, una música militar ejecutó una sinfonía; los que iban a luchar en la plaza marcharon en dos filas, precedidos de cuatro locos, o sea payasos insignificantes. Los toreros de a pie vistieron como Fígaro: calzón y casaca de raso, medias de seda blancas, redecilla: es el traje andaluz, a la vez brillante y cómodo para los combatientes. Entre ellos se encuentran a veces toreros de las arenas de España, los que no superan a los mexicanos en destreza ni en agilidad. Estos, acostumbrados desde la niñez a los ejercicios tauromáquicos en la campiña mexicana, como los pastores de Andalucía en las dehesas que riega el Guadalquivir, saben descubrir en los ojos del toro el momento de la embestida y el de la fuga. Montados a caballo, lo persiguen, lo cogen por la cola y lo tumban con extrema facilidad; a pie, lo enfurecen, lo atraen hacia ellos y luego huyen de él dando vueltas y contravueltas que lo atontan. Este juego casi no tiene peligro para ellos, pero en la arena es otra cosa: no siempre les va bien en su retirada, cuando buscan los aplausos y se arriesgan para lograrlos.

Cuando la tropa de los combatientes llegó al centro del ruedo, saludó al presidente y se dispersó. Entonces se oyó la señal de la trompeta y todas las miradas se fijaron en la puerta del toril. Se abrió, y un toro negro con manchas blancas irrumpió en el ruedo. Sorprendido por el ruido de la música y de los aplausos, se detuvo para reconocer el terreno: miró todo lo que le rodeaba y pareció dudar sobre qué hacer. Los toreros lo excitaban dando voces y sacudían delante

de él unos trapos rojos. Pero el animal, adivinando el peligro, sólo trataba de evitarlo, buscó una salida y huyó a lo largo de la palizada. ¡Esperanza vana!, la retirada era imposible y la bestia manifestó su dolorosa sorpresa con un mugido de aflicción.

Sin embargo, su actitud arrogante, su mirada viva y centelleante, indicaban que vendería muy caro su vida. Azotó sus flancos con la cola y se preparó para defenderse cuando un torero avanzó a cuatro pasos de él, con una bandera en la mano, pareciendo ofrecerse en sacrificio, pero sabía el medio de detenerlo a tiempo, pese a la corta distancia que lo separaba de él. Le abandonó la bandera y mientras el toro descargaba su ira sobre la tela y la pisoteaba, el torero se escapó y otro lo substituyó. El toro dejó a su presa ficticia y arremetió contra el nuevo atacante, el que se escapó de nuevo en el momento en que, agachando la cabeza, el animal le iba a propiciar el golpe mortal, y sus cuernos sólo golpearon el aire al enderezarse. El toro se enfureció cada vez más, sus ojos se pusieron blancos y lanzaban destellos, miró y parecía calcular los medios para descargar su furia sobre otra cosa que no fuera un harapo y se alejó otra vez. Los toreros le cerraban el paso, se alejaban, se le acercaban y se burlaban de sus esfuerzos, pero al fin un acontecimiento singular se volvió funesto para uno de ellos y suscitó un arrebato de alegría en el anfiteatro. Este hombre, al huir del toro, se refugió detrás de la palizada, pero el toro lo persiguió con tanta furia que la palizada no pudo detenerlo: brincó por encima de ella al otro lado y cayó en el infortunado justador, al que se llevaron fuera de la arena con la cabeza ensangrentada y el cuerpo herido.

Este salto inesperado provocó un reflujo tumultuoso entre los espectadores del pasillo que se vació en un abrir y cerrar de ojos ante el toro; éste siguió corriendo en este estrecho pasaje hasta llegar a una de las puertas de la plaza, la que se abrió. Una segunda señal de trompetas puso fin a esta primera parte del espectáculo. Entonces, los toreros se armaron de azagayas de dos pies de largo adornadas con banderolas de papel de color, a las que se ata un cohete. El primero de los portadores de banderolas avanzó dando saltos hacia el toro; lo llamó silbando, el animal agachó la cabeza y se abalanzó sobre el agresor, quien, a punto de ser alcanzado, hizo un hábil movimiento y le plantó los dos dardos detrás de la oreja derecha. El hierro ganchu-

do atravesó la piel y, aunque el animal sacudió con violencia la cabeza para librarse de él, se quedó sólidamente hundido. Entonces fue cuando el cohete estalló y los disparos de fuego que lo quemaban duplicaron sus tormentos y su rabia. Se agitó, brincó, emitió gemidos sordos; al colmo del furor, arremetió sin cesar y los combatientes sólo trataron de evitarlo un instante. Sin embargo, un joven banderillero, que ya había llamado la atención por su atrevimiento y su agilidad, enfrentó su ira y en el momento en que todos temblaban por su vida, le plantó la rosa en medio de la frente y dio una media vuelta que lo salvó. El anfiteatro retumbaba entonces de gritos, de aclamaciones y aplausos de todo tipo y el toro se estremeció con este nuevo insulto. Lo que llaman *rosa* es una placa redonda cubierta de papel recortado que imita esta flor. La fijan con una punta de hierro que cuenta con un gancho. Un gran número de banderilleros se había presentado sucesivamente con el mismo éxito cuando la fortuna cambió para ellos. Uno recibió una cornada que, pese a ser ligera, lo dejó fuera de combate aquel día; otro, primero derribado, fue lanzado por el toro a una altura de más que ocho pies y volvió a caer en el polvo boca abajo. De no haber logrado distraer sus camaradas al vencedor encarnecido, él perecía. El hermoso animal jadeaba, el agua y la sangre corrían por su cuerpo desgarrado y sangriento, veinte banderolas se agitaban sobre este cuerpo martirizado.

Entonces, una tercera señal llamó a la plaza a los picadores o toreros a caballo. Estos nuevos combatientes vestían el traje de los vaqueros del país: calzones y casacas de piel, botas de cuero. Llevaban picas rematadas por una punta de hierro poco larga y cuando el toro atacó, dirigieron sus armas hacia lo alto de su cabeza o sobre el codo, y empujando con fuerza, lo obligaron a tomar otra dirección. Este combate es menos peligroso para los hombres que para los caballos. Los desgraciados animales son horriblemente maltratados y es raro que uno o dos e incluso muchos más no queden destripados. A veces hace falta tapparles los ojos, porque instruidos por la experiencia a temer la ira del toro, huyen al acercarse a él, mientras al ignorar el peligro, avanzan atrevidos hacia donde sus guías los llevan. Pero las más de las veces, el caballo corre al combate sin esta precaución, ve su adversario sin temor y corre fogoso a su encuentro. El primer pica-

dor que se avanzó no tuvo suerte: sea porque su dardo estaba mal colocado, sea porque el mismo no estaba bien preparado, no pudo evitar el choque con el toro y cayó con su caballo en el polvo. Ninguno de ellos estaba herido, pero el toro volvió a la carga cuando aún estaban atolondrados por la caída, y antes de que los demás pudieran alejarlo con sus picas, ya había destripado el caballo, al que sacaron del ruedo arrastrando las entrañas.

Otros dos accidentes semejantes concurrieron a la belleza del espectáculo, y sin duda nuevos sepelios habrían precedido al del toro de haber continuado el combate a caballo, pero la trompeta señaló la muerte de la víctima y el primer matador llegó a pie, con la espada en la mano, para saludar a la logia del presidente. Entonces no hubo en la arena más que dos campeones: el toro y el matador. Pero era un combate a ultranza y la atención de los espectadores quedaba cautivada por la escena, la que pese a ser bárbara, era la que excitaba el mayor interés. El matador, cubriendo su espada con una bandera, avanzó hacia el toro y buscó una posición favorable al ataque; dos veces el toro arremetió contra él, dos veces la espada brilló entre sus manos, pero el peligro era inminente para el agresor que optó por no golpear y prepararse mejor. Sin embargo, el combate no cesó: apenas se encontró a cierta distancia del toro, regresó hacia él, lo excitó con silbidos y fijó su mirada a la de su víctima. Ésta, adornada con las banderillas de mil colores, arremetió de nuevo, pero fue la última vez; encontró el hierro que, hiriéndola arriba del garrote, se hundió hasta seis pulgadas de la guarda y le atravesó los pulmones. Este golpe fue tan rápido y dado con tal destreza que yo dudaba aún de que el animal hubiera sido herido, cuando el matador, con la espada enrojecida en la mano, regresó para saludar al presidente, que premió su destreza con una bolsa de piastras que mandó echarle en la arena. Mientras tanto, el desdichado toro, herido de muerte, luchaba contra la debilidad que iban ganando sus miembros y débiles gemidos se escapaban de su pecho junto con un torrente de sangre. Dio aún algunos pasos tambaleándose y cayó de rodillas. Entonces, lo hirieron con una cuchillada en la nuca, con lo que expiró. Habiendo sonado el toque de muerte, un tiro de tres mulas negras con penachos entró en el ruedo. Con el toro amarrado a sus tiros, se fueron al galope, arrastrando

fuera de la arena el cuerpo del hermoso animal, tan impetuoso y temible unos instantes antes.

Apenas los mozos del circo habían recubierto de polvo las huellas de sangre que surcaban la arena, se liberó un segundo toro, tan formidable como el primero, pero más joven y, por ello, menos precavido. Durante algún tiempo, parecía más bien jugar que combatir y sus ojos aún no centelleaban de ira. Si ya había echado una carrera, se detenía y tomaba posturas pintorescas mientras seguía con la mirada a los justadores que revoloteaban a su alrededor. Si se abalanzaba, encogía el cuerpo; su papada, de un gris oscuro, se extendía sobre su ancho pecho y el juego de sus músculos revelaba toda la fuerza propia de este atleta del desierto. La enorme envergadura de sus cuernos encorvados hacia adelante dejaba al ataque muy poco espacio y reducida posibilidad de éxito; sin embargo, era placentero ver esta superioridad de armas, porque cautivaba el interés y hasta sentía uno la tentación de desearle suerte al toro, en detrimento de la canalla que lo hostigaba. Pese a las previsiones, sólo murió un caballo y un banderolero fue tumbado sin daño. Ahora se entregó la espada tauricida a un matador a caballo. La tarea era doblemente difícil y peligrosa. Pero cuando resultó evidente que entre el caballo y el caballero existía una simultaneidad de voluntad y de acción, y cuando lo vimos ejecutar algunas vueltas de la manera más brillante y suelta, el final de este segundo duelo pareció obvio y se proclamó su victoria adelantada. En efecto, en el primer momento el toro, herido en el corazón, cayó como fulminado a los pies de su diestro vencedor, cuyo triunfo fue acogido con un justo tributo de bravos.

Cinco víctimas ya habían sido inmoladas sucesivamente cuando la trompeta tocó el martirio del toro embolado. Así se llama porque sus cuernos quedan rematados con bolas de madera, que impiden que el golpe sea demasiado peligroso. Además, este toro se escoge de entre los más pacíficos. De modo que vuelto casi inofensivo, lo entregan al populacho que, cayendo por todas partes de la palizada, llena el ruedo en un instante y se dedica a parodiar las escenas que acabo de describir. Unos se pegan a la cola del animal, otros lo montan, otros más se hacen tirar al polvo. Sin embargo, estos juegos tienen un triste final para el pobre animal: él acaba degollado como los demás,

después de haber sido atormentado de mil maneras. Este último acto es inmundo, y nunca pude soportar el espectáculo más allá de su preludio.

Fuegos artificiales remataron el espectáculo, que había dejado cuatro hombres heridos y ocho caballos destripados. Luego cada uno se retiró, satisfecho del número de víctimas y encantado de la belleza de la corrida. Todos los domingos y los días de fiesta se llevan a cabo estas corridas de toros, lo que significa que suman un centenar cada año; por tanto, el número de caballos muertos o heridos no es inferior a un centenar y el de los toros degollados llega a 400 o 500. El director de aquellos juegos resulta ser por tanto uno de los principales proveedores de las carnicerías capitalinas.

Cabe notar que los toreros temen mucho más el ataque de una vaca brava que el de un toro, por muy temible que sea, y pude ver personalmente, en las fiestas de herranza del ganado en el oeste de México que, efectivamente, es muy difícil evitar la embestida de una vaca: con la mirada baja, ella persigue a su adversario sin tregua y lo hiere sin falta en cuanto se le acerca, mientras que el toro cierra los ojos al bajar la cabeza y golpea con los cuernos allí donde había visto al enemigo, el que ya tuvo el tiempo de alejarse. Otra plaza de toros fue construida en 1851, en la entrada del Paseo de Bucareli; es menos amplia, pero más cómoda que la de San Pablo y también mejor situada. Se puede lamentar que en un país en el que resulta tan importante procurar moralizar al pueblo, no hayan sido prohibidos estos recreos bárbaros que despiertan en él una especie de necesidad de ver correr la sangre.

Un espectáculo infinitamente más digno de una nación civilizada ofrece a veces al habitante de México unas veladas agradables: la ópera italiana. Desde mi llegada, la ópera estaba bastante bien puesta. La primera cantatriz, Madame Paris, hija de Pellegrini, tenía un talento notable, sobre todo por su método seguro y por su gusto exquisito, heredado de su padre, cualidades excepcionales adquiridas por un trabajo perseverante hacían olvidar fácilmente que a su voz le faltaba a veces dulzura y flexibilidad. El viejo Galli, cuya fama sigue viva en todas las capitales europeas, se encontraba también en esta tropa italiana. Cuando lo volví a ver en México su voz aún era aceptable, pero

pronto se volvió tan desafinada que sólo le perdonaban estar aún en el teatro por respeto a su pasado y por su gran práctica del escenario, que hacía de él un excelente actor.

La tropa se renovó parcialmente en 1836 y reclutó a artistas distinguidos. El teatro logró entonces un muy buen nivel y podía ser considerado de primer rango, después de los de París, Milán y Londres. Madame Albini se lucía con la gracia de sus encantos y de su talento; Madame Cesari la acompañaba de manera admirable como contralto, junto con el hermoso Fornasari, que dejaba oír sus truenos de bajo.

Desde las primeras presentaciones de la Albini, un entusiasmo extraordinario se apoderó del público; los extranjeros, alemanes sobre todo, llevaron al delirio su admiración, que ella merecía por todos los conceptos el incienso con el que la embriagaban. Era un poco entrada en carnes, aunque muy graciosa y una sonrisa infinitamente agradable daba mucho encanto a su figura. Por otra parte, añadía a la belleza de su canto un hermoso talento dramático y era admirable en todo cuando cantaba la ópera *Norma*. Después del dúo con Adalgisa: *Si all' ore, all' ore exteme*, etcétera, solían estallar unos aplausos frenéticos (58).

Una tropa nueva llegó a sustituir a ésta en 1841, pero no se quedó más de un año, a pesar de la voz encantadora y de las gracias de nuestra joven compatriota, Madame Castellan, acompañada por el tenor Bozzetti. Mademoiselle Bourgeois, que se hacía llamar Borghesi, volvió a dar unos años más tarde un poco de vida a las veladas musicales, pero fue en 1851 cuando la escena italiana recobró todo su brillo. Marini y Salvi, las señoras Steffenone y Bertucca, la alzaron a un rango distinguido entre todos los teatros del mundo. Finalmente, en 1854 llegó *madame* Sontag, Condesa de Rossi, contratada por dos meses por la suma de cien mil francos. Veinte años habían transcurrido desde que había abandonado el escenario y, sin embargo, lejos de perder algo de frescura su voz, ésta parecía más hermosa de lo que jamás había sido. Los aficionados que recordaban a las Monbelli, Malibrán, Pasta y Grisi, confesaban que nunca habían tenido tanto placer y sorpresa. Pero ¡hay! este ruiseñor viajero, esta musa de la melodía iba a encontrar la muerte en esta tierra extranjera en sus primeros

triumfos y sucumbió al cólera. Las campanadas fúnebres suscitaron la consternación entre la sociedad mexicana, como si fuera un desastre, una calamidad pública.

Algunos grandes artistas llegaron a México con largos intervalos, así Wallace, Vieuxtemps, Max Borer y Herz, mas sólo fueron unos meteoros que brillan un instante.

Los mexicanos aman la música y nacen músicos; por ello, este arte se difundió entre ellos con increíble rapidez. Los italianos tuvieron numerosos alumnos, y bajo su diestra dirección algunas damas han adquirido un talento realmente notable. Dotadas de un hermoso timbre de voz, ellas cantan con método y seguridad y saben dar a sus cantos esta magia que asegura el primer rango al artista italiano.

Numerosas personas piensan que una ópera cómica en francés tendría éxito en México, primero porque numerosos mexicanos hablan nuestra lengua, luego porque al ser más variado el repertorio, sería más fácil satisfacer al público ofreciéndole más a menudo algo nuevo, y también porque los gastos serían más bajos. Comparto bastante esta opinión, pero creo que primero México debería ser privado durante varios años de aquellas obras aparatosas a las que se aficionó, para acostumbrarse a composiciones de un género más sencillo. En caso de que esta transición se hiciera bruscamente, las obras maestras de Mozart, Rossini, Boïeldieu y Meyerbeer correrían el riesgo de caer primero en descrédito y sería difícil lograr que el público abandone su primera impresión.

También representan obras españolas de comedia, pero en general los actores son bastante mediocres. La escena francesa proporciona una cosecha abundante a los traductores, que no se lucen a menudo en la reproducción del original. Las obras del Gymnase y del Vaudeville, los melodramas de la Porte Saint Martin y de la Gaité, una vez vestidos a la española, resultan a menudo irreconocibles. Sin embargo, aunque pierden mucho con este disfraz, siguen siendo sin lugar a duda las mejores del repertorio cómico de México.

Hablemos ahora acerca del teatro de Santa Anna, que se construyó en 1844, bajo la dirección del arquitecto español Hidalgo. La fachada de este edificio nada tiene de notorio en su arquitectura, nada monumental en su posición, pero el interior es elegante, cómodo y

grandioso. Después del peristilo exterior, se llega a un patio con cúpula de vidrio; luego a amplias escaleras, a un doble rango de galerías que dan al patio y a salones de descanso para los paseantes, todo hecho con arte y sin mezquindad.

La sala es espaciosa, bien construida y adornada; tiene tres rangos de palcos con una galería interior que sustituye a los palcos bajos, y otra arriba de los terceros palcos para el pueblo bajo. En la platea, cada uno tiene su butaca y llega cómodamente a su lugar por pasillos que se encuentran en medio y a los lados. En los palcos, separados unos de otros por ligeras y pequeñas columnas y por mamparas a la altura del pecho, pueden caber fácilmente de ocho a diez personas. Cada uno tiene un camarín contiguo, al que los espectadores se retiran en los intermedios. Por otra parte, estos palcos tienen otra ventaja que no tienen los de París que, por cierto, son los menos confortables del mundo (59): es que en lugar de aquellas balaustradas a la altura del pecho que ocultan en gran medida los atavíos de las señoras, en el teatro de Santa Anna sólo hay ante ellas un reborde de algunas pulgadas que permite verlas desde la cabeza hasta los pies. Las elegantes asisten cada noche con nuevas prendas: el terciopelo, el raso, la blonda y la gasa, aderezados por las manos de nuestras modistas francesas, se ostentan en los mil caprichos de la fantasía. Los palcos en conjunto presentan una vista admirable.

Hoy en día, el atavío de las mujeres es más que rico y, además, de buen gusto. Las modas parisinas llegan en dos meses a México y las damas mexicanas manifiestan para la forma de sus trapos la misma inconstancia que las elegantes que dictan la moda en París. Pero lo que ignoran todavía son las conveniencias de los atavíos en relación con la edad. Una joven lleva, como su madre, vestidos de terciopelo, blondas magníficas, joyas muy costosas; también goza de todos los placeres de aquella, de modo que mucho antes de casarse ya está hastiada del teatro, de los bailes y de los trapos.

Pocas veces se ven en los palcos a alguna de estas figuras encantadoras que abundan en los teatros de Londres y sobre todo de Filadelfia y Baltimore, pero se ven caras agradables, rasgos distinguidos y animados por hermosos ojos. Poca variedad hay en los modales de las mujeres, pero el juego del abanico distrae de la unidad de sus pos-

turas; ellas lo cierran y lo abren con mucha elegancia, se sirven de él para intercambiar un saludo amistoso, una señal graciosa y lo usan como telégrafo de amor de un lado al otro de la sala. Una conversación muda, aunque significativa, puede darse por medio de este mensajero tan activo como discreto.

Entre las mujeres del pueblo se ven caras bastante lindas, pero el clima, la miseria y la mala vida borran rápidamente los encantos que puso en ellas la naturaleza. Su traje consta de una falda de indiana o de muselina clara. De allí sale la expresión de “mujer de faldas”, como llaman a las de su clase. La segunda prenda de su vestuario es un paño o rebozo, con el que se cubren la cabeza y del que se echan una parte en el hombro. Cuando ellas tapan la parte baja de su cara con este paño, sus ojos son tan hermosos que se podría creer que todas son encantadoras.

La tez de las mexicanas abarca todos los matices, desde el blanco marfil hasta la tierra de Siena. Es raro ver a mujeres blancas y rubias, y por estas características su belleza es más apreciada, como lo es en Francia la alianza de un cutis blanco con cabellos negros, considerada como perfecta. Los cutis morenos sólo son frescos en regiones muy altas sobre el nivel del mar; en México, su color uniforme y mate es el mismo en la joven y en la matrona, lo que vuelve difícil la apreciación exacta de una mujer joven. Pero les queda la belleza característica de su nación: ojos grandes, lindas manos y pies muy pequeños.

Las mujeres de la alta y mediana clase se visten de la misma manera, salvo la riqueza de las telas. Por la mañana visten el traje español que consta de un vestido de seda negra y una mantilla del mismo color. Esta mantilla es un adorno realmente seductor, que añade mil encantos a los rostros que enmarca. Cuando las señoras salen a pie por la tarde se cubren la cabeza con el mantón y se envuelven la cara como momias. Sólo cuando van a pasear en coche se ponen sombreros. Los hombres también visten con elegancia, adoptando las modas de París más rápidamente de lo que sucede en las provincias francesas.

¡Qué diferencia vemos entre el modo actual de vestir y el que se usaba hace 25 años! Una sencilla chaqueta de tela pintada y un abrigo que se usaba hasta gastarlo, incluso la hilaza era el vestir de todos los

hombres ricos o pobres, con excepción de los que pertenecían a la legislatura o a cualquier empleo importante del gobierno.

El Jueves Santo las damas pasean por las calles de México vestidas con atuendos de lo más esmerado y lucido. Aquel día la ciudad toma un aire de fiesta al mismo tiempo que observa cierta tristeza, puesto que ya no se oye ningún ruido. El rodar de los coches, el paso de los caballos y los toques de campana, todo calla. En las encrucijadas se levantan cabañas de ramas o de cañas en las que se vende al pueblo bebidas refrescantes: horchata, aguas de chía, naranja, limón, piña, pulque preparado con jugo de fruta y azúcar. También se vende comida y allí es donde los léperos⁷ y sus familias van a comer, abandonando sus casas hasta el día siguiente.

Por la tarde y al atardecer, la muchedumbre se junta en los barrios principales y sobre todo en el de San Francisco de los Plateros; todos los rangos de la sociedad están mezclados. El atavío de las damas es una mezcla de las modas española y francesa. Llevan lo más elegante que poseen: vestidos de terciopelo o de raso, mantillas de blonda blanca atadas en la cabeza con coquetería que dan a todas las mujeres la apariencia de jóvenes casadas a la salida del altar, collares de perlas finas, pendientes de diamantes. Tales son las galas con las que se adornan aquel día.

Hasta medianoche, la gente se pasea de una iglesia a otra. El altar mayor, alumbrado por mil velas, está adornado con todas las preciosidades que pueden hallarse y las premisas de la vegetación anual están allí como ofrendas a la divinidad. Algunos días antes, se llenan unos vasos con granos de chía,⁸ cuya viscosidad los pega en los lados exteriores; los ponen a germinar al sol, de modo que estos vasos se hallan cubiertos de una vegetación tupida que sigue sus contornos y conserva sus formas. Los escalones, los alrededores y el frente del altar quedan adornados con esta verdura primaveral. También se colocan jaulas de pajaritos que saludan con sus cantos la nueva estación.

El Sábado Santo, a las nueve de la mañana, el silencio que impera desde hace dos días se ve de repente roto por el repique de las cam-

⁷ Éste es el nombre dado en las ciudades a personas de la clase más baja.

⁸ *Salvia mexicana*.

panas, la explosión de los cohetes, el ruido de los caballos y de los coches que vuelven a moverse y los aullidos de los perros que huyen a todas partes. Era la hora en la que se quemaban antaño a judíos y herejes, para la mayor gloria de Dios. Ahora sólo los queman en efigies. En cada calle, hombres y mujeres de cartón, rellenos de piezas de pólvora, son suspendidos con cuerdas de una casa a otra y, después de dar la señal el tañido de las campanas, la explosión de los petardos los hace pedazos.

La civilización que se desarrolló tan rápidamente en México produjo muchos cambios en muchas cosas. Pero no se nota que por ello haya cambiado mucho el carácter de los mexicanos, puesto que siguió siendo más o menos el mismo que antes. Se les puede reprochar hoy en día, como lo eran bajo el yugo español, el ser demasiado poco escrupulosos en las cuestiones que atañen al honor y la lealtad, el faltar de franqueza, de energía sostenida, de nobleza. Estos defectos se encuentran en el mismo grado en las distintas clases sociales y sólo podrán desaparecer del todo después de cuatro o cinco generaciones. Lo mismo ocurre con la sangre de los negros mezclada con la de las razas blancas, que le deja los vestigios de la esclavitud de varios siglos.

Este yugo, que consistía ante todo en mantener a la nación en una profunda ignorancia, en creencias absurdas acerca de lo religioso y lo profano, pervirtió las ideas y los sentimientos y alteraba las nociones del bien y del mal. Así, la palabra “honor” está en todas las bocas, pero no la entienden en su sentido real: el hombre privado, el funcionario público y el militar la aplican de forma rara y parece que la reducen a la asistencia a misa.

Las mujeres mexicanas son muy superiores a sus maridos. Aunque mal educadas, tienen en el corazón un fondo de equidad y de bondad, por lo que en general el trato de ellas es mucho más placentero que el de los hombres. Están llenas de sentido común, de talento y de tacto. Bien se sabe que en todos los países esta última calidad es propia de las mujeres. En México, una mujer de sociedad convierte cualquier tema en una conversación atractiva, cosa que no puede decirse de los hombres.

¡Pobres mujeres!, sus maridos las consideraron durante demasiado tiempo como joyas con las que se adornaban, pero no como la

mitad de ellos mismos, teniendo que marchar en la vida a su lado, con el mismo paso y la misma meta. Los esposos vivían casi como si hubieran estado separados en cuanto a intereses. El lujo del atuendo de la mujer debía ante todo quedar satisfecho y una nueva moda implicaba una nueva exigencia que no podía ser diferida. Era muy poco común que una mexicana, antes de ir de compras, calculara los recursos de su marido y tomara en cuenta sus dificultades o sus compromisos. Para ella, en todas las condiciones, el momento presente se imponía, el porvenir no contaba, o muy poco. De ahí nacieron muchos desórdenes.

Sin embargo, el carácter mexicano tiende a una mejoría rápida. No se puede contar todos los cambios favorables introducidos en los hábitos y las costumbres que adoptó el buen gusto, y sólo al viajar a regiones aisladas de la capital, donde las costumbres y la ignorancia casi no han cambiado, es como mejor se puede apreciar los progresos logrados. Por ejemplo, la decencia en el hablar sustituyó una licencia de expresiones que no tenía límites; las señoras mismas hablaban con una grosería tal que el pudor del escritor se negaría a decir hasta qué punto alcanzaba la libertad de sus palabras.

Necesitaban mucho, según vemos, imitar un poco el rigorismo de las inglesas, si bien considero que no se les debe imitar totalmente en este punto, siendo los extremos igualmente malos. Si resulta triste y vergonzoso que una mujer diga obscenidades, es asimismo muy inconveniente recurrir a eufemismos para cosas sencillas, dándoles un significado deshonesto que no tienen: *Honni soit qui mal y pense*.

Las damas francesas, con su lenguaje comedido, se encuentran a mitad de camino entre las mexicanas y las inglesas, y no cabe duda de que un hombre sensato reconocerá que la sencillez ignorante de sus expresiones es infinitamente más decente que el docto misticismo de las inglesas, que dicen demasiado al querer encubrirlo todo.

Los sentimientos más naturales se encuentran a menudo viciados por una mala educación y el amor materno mismo no escapa a ello. En las clases inferiores, una madre mexicana proporciona a sus hijos las atenciones que necesita su tierna edad, les procura aquella solicitud que la naturaleza puso en el corazón de todos los seres animados, pero si la muerte se los lleva, ella se consuela fácilmente. No se trata aquí de

la verdadera madre tal como nos la han mostrado siempre y en todas partes y tal como la encontramos en la naturaleza, sin poder encontrar consuelo por sobrevivir a la desgracia de sobrevivir a sus hijos y sin querer siquiera que la consuelen: *Noluit consolari quia non sunt*.

El señor Chevalier, en sus *Lettres sur le Mexique*, señala otro vicio que habría cundido en todas las castas de la nación: la manía de robar. Pues bien, debemos decirlo: al generalizar su observación, el señor Chevalier calumnia de plano a la nación mexicana, sobre todo a las damas de la alta sociedad que, según él, no se harían un cargo de conciencia al hurtar a un mercader un abanico o unos pendientes. Sus cartas son una sátira, pero no una pintura exacta de las costumbres de este país.

Son los léperos quienes son ladrones por excelencia. Si no se les vigila, no pueden entrar a una casa sin robar algo, aunque sea un detalle, para satisfacer al genio dañino que los domina. Estos *lazzaroni* mexicanos están llenos de vicios, cometen maldades sin remordimiento, sea cual sea el interés que puedan hallar en ello. Yo vi en varios lugares, en particular en Guanajuato,⁹ en una de aquellas guerras civiles que arruinan el país, a una muchedumbre de aquellos miserables abalanzarse durante el combate no sólo sobre los muertos para robarlos, sino además sobre los heridos, a los que remataban a cuchilladas cuando oponían la menor resistencia. Sin embargo, ¡contradicción extraña, se emocionan fácilmente ante el espectáculo de un dolor que no causaron o de una desgracia de la que no pueden sacar ningún provecho! Después de la toma del castillo de Ulúa en 1838, algunas voces aisladas pedían con insistencia nuevas vísperas sicilianas para los franceses, pero todos estos léperos para los que el crimen no representa nada, no hicieron caso de estas llamadas. Lejos de añadir a las penas del exilio unos actos de violencia y maldiciones, parecían compadecerse de la suerte de los exiliados y les brindaban la ayuda y los socorros que podían. Cabe notar también que los léperos no son vindicativos y que, en sus relaciones ordinarias con las clases altas, siempre se muestran humildes y corteses, pues la gran libertad de la que gozan no los ha vuelto insolentes.

⁹ 6 de diciembre de 1852.

Afortunadamente, el pueblo mexicano conoce poco las necesidades que crea la civilización. Si tuviera más deseos y ambición, y con una policía tan poco amenazadora para él como la que existe, uno estaría a su merced y haría falta convertir la casa en fortaleza y salir sólo con una caravana bien armada. Pero bajo un clima tan benigno y en el estado medio salvaje en el que vive, el hombre sólo necesita para cubrirse un calzón de tela y una cobija de lana; se acuesta sobre un petate y sólo trabaja para no morir de hambre. Sólo la afición al juego y a la borrachera lo llevan a robar, pero no la necesidad de vivir con mayor comodidad. En efecto, le basta tener maíz para estar contento en su cuchitril con su mujer y sus hijos, en cuyo porvenir no piensa y que se crían a la buena de Dios.

Si el pueblo de París estuviera tan seguro de contar con la impunidad, las calles más concurridas se volverían muy peligrosas y uno sólo se sentiría a salvo asociándose a una banda de ladrones. Entonces, ¿será que el pueblo francés es finalmente más avieso que los léperos mexicanos? No, lejos de mí este pensamiento; pero la miseria horrorosa bajo un cielo riguroso, el hambre, el frío, las necesidades de toda clase y sobre todo el sufrimiento de los seres queridos acaban por acallar en él el grito de la conciencia y, después de muchos combates, entra en la carrera del crimen.

Si el pueblo mexicano no obra peor es porque las privaciones que sufre no son lo suficientemente grandes para que enfrente los peligros y la muerte. Teme arriesgar la vida en un ataque, porque a falta de tribunales sabe que los viajeros, sobre todos los europeos, se encargan a veces del castigo. Un arma de fuego en las manos basta a veces para espantar a un número de agresores cuatro o cinco veces mayor. El menor acto de severidad de la justicia los llena de espanto y restablece el orden y la seguridad en todas partes. Durante la dominación española, los caminos de México estaban tan seguros como los de los reinos europeos, porque el criminal no escapaba a la horca cuando había merecido la muerte.

Se puede siempre obtener este mismo resultado en los países cálididos, allá donde la vida es fácil. Miren a La Habana, donde el pueblo es aún más perverso y sobre todo más atrevido que en México. Antes de la llegada del gobernador Tacón todo era truhanería, porque la

administración judicial era aún peor que en México. Le robaban a uno hasta en una plaza pública y el infeliz que se atrevía a quejarse quedaba arruinado por la gente de justicia y con un temor permanente de padecer la venganza del ladrón o de sus camaradas. Pero llegó Tacón y todo se sometió ante su justicia inflexible: grandes y pequeños fueron sometidos por su mano de hierro, sólo se levantaron para tomar otra dirección y las horcas les recordaron que ya no debían alejarse de ellas. Entonces se pudo dormir tranquilo, con las puertas abiertas. La Habana se volvió más próspera que nunca, y todos bendijeron el nombre de Tacón.

La responsabilidad de todos los crímenes, de todos los desórdenes que se cometen en México debe por tanto recaer sobre los que gobiernan, sobre los jueces, quienes, emulando a Ali, pachá de Janina, actúan como si hubieran arrendado a los ladrones la explotación de los caminos (60). Pónganse íntegros, equitativos, defensores ardientes de la humanidad, y entonces la seguridad volverá a nacer y el tiempo de las revoluciones acabará. Entre ellos, los léperos mexicanos se tratan con una barbarie despiadada. No transcurre un solo día sin que haya una o dos muertes, en peleas que suceden por lo regular en las vinaterías. Los días de fiesta sobre todo son funestos para esta gente malvada: he visto el traslado a la morgue de hasta cinco personas en una sola mañana. Este espectáculo es tan frecuente que acaba uno de ver casi con indiferencia, acostados en una camilla y descubiertos, estos cuerpos desfigurados y chorreando sangre. Las peleas de estos miserables son mucho más terribles que los duelos ordinarios y el golpe mortal, muchísimo mejor asestado. La visión del hierro y de la sangre no puede por tanto producir mucho efecto sobre ellos y le temen poco a la muerte, a la que vieron a menudo muy cercana. Por lo tanto, los soldados mexicanos, que sólo se reclutan en esta clase, son mucho más valientes que sus oficiales. Sin embargo, cabe añadir, para acabar de pintarlos, que padecen de una cobardía extrema en cualquier otra circunstancia. Un solo hombre de la clase superior a la suya espanta a cinco o seis mozos de cordel, y si lo coge por el cuello, lo tumba casi sin que haya resistencia, muy probablemente por el terror que cualquier hombre bien vestido, es decir, cualquier hombre blanco, inspiraba antaño a los naturales del país (61).

De aquel populacho a las clases superiores, la transición es brusca; al salir del Tártaro de la humanidad, uno encuentra una sociedad cuyos lazos ofrecen ya una fuerza compacta. Las costumbres son relajadas, es cierto; los sentimientos, a menudo, poco elevados. Pero mientras se obra mal, se estima el bien, y si uno cede a la tentación es porque no encuentra la fuerza de resistir en los principios de una buena educación y en la aplicación inteligente de una legislación equitativa y firme (62).

En las clases altas, grandes cambios se han producido desde la Independencia, es decir, desde que los extranjeros empezaron a pisar el suelo mexicano. La ignorancia que había imperado hasta entonces embrutecía al rico como al pobre, al genio como a la mediocridad: apenas se percibía aquí y allá algunas pálidas luces en medio de estas tinieblas profundas. Hoy en día, los establecimientos de instrucción pública se han multiplicado y cumplen su misión. La historia, la geografía, la literatura extranjera se estudian adecuadamente; la lengua de las colonias se vuelve pura bajo la pluma de algunos escritores distinguidos y ya la lengua francesa se ha generalizado al punto de hacerse indispensable para la educación de la juventud. Dentro de diez años se hablará el francés en los salones de México como en los de San Petersburgo.

Todos los mexicanos son poetas: escriben en verso con talento e improvisan con facilidad, pero es raro encontrar en sus composiciones, como entre los poetas españoles, otra cosa que lugares comunes y las ideas originales son escasas. Pese a ello, sus poemas son agradables, ya que se puede aplicar al español lo que Madame de Staël hacía decir del italiano a Corinne: nacida bajo un hermoso cielo, la lengua de Lope de Vega y de Zorrilla tiene un encanto musical que hace encontrar placer en el sonido de las palabras, casi de modo independiente de las ideas. He aquí por qué es más fácil en México que entre los pueblos del norte seducir con palabras, sin profundidad en los pensamientos y sin novedad en las imágenes.

Pese a tantos progresos, la instrucción en general es muy limitada en México, porque la mayoría se acomoda con este barniz brillante que da el conocimiento de las lenguas vivas; pero pronto querrá ir más allá, y después de haber ejercitado su memoria, querrá ejercer su pensamiento y profundizar los estudios que deben alimentarlo.

La educación literaria de las mujeres es aún más reducida que la de los hombres. Ya empiezan a ocuparse de ella, y todo permite creer que ellas avanzarán más rápido que nuestras madres, las que, en tiempos de Luis XV, apenas sabían firmar su nombre.

La naturaleza ha hecho mucho por las damas mexicanas y es para mí un deber y un placer proclamarlo. En vano se les reprocha algunos pequeños defectos, que el tiempo corrige cada día: no deja de ser menos obvio que la dulzura, la familiaridad, la calidad son cualidades preciosas que ellas poseen en un alto grado. Nacen con buen sentido y un ingenio natural que les hacen capaces de comprender fácilmente e imitar con rapidez. Un sentimiento profundo e inteligente de las conveniencias sociales le da incluso a la mujer de la condición más humilde una soltura, los modales y una gracia en el hablar que le permite figurar en una sociedad más alta, sin ridículo y sin torpeza.

¿Se debe criticar la falta de interés de algunas para ocupaciones serias y la negligencia de otras respecto de sus propios intereses? La falta primera viene de la naturaleza: cuanto más rico y fecundo en recursos es el país que nos ve nacer, más fácil es la vida y menos pensamos en el mañana. La previsión enseña a conjurar los males alejados sólo cuando las generaciones que se suceden en el seno de la miseria han sufrido las angustias de la pobreza y reconocido la necesidad de impedir su regreso. Miren a nuestras damas criollas de las colonias francesas ¡Qué pereza, qué indolencia, qué incuria! Miren de cerca a las angloamericanas, ¿piensan en el mañana cuando se trata de sus galas?

Es, además, esta negligencia acerca del porvenir lo que ha conservado en el corazón de las damas mexicanas una de las virtudes sociales más hermosas, una virtud de la edad de los patriarcas: la hospitalidad. Cada día se ve a personas que viven en la pobreza recoger a huérfanos, criarlos, tratarlos como si fueran sus propios hijos. A menudo, familias enteras arruinadas por la pérdida del jefe que les hacía vivir, se reúnen con otras cuyo desahogo se vuelve pobreza o la pobreza, miseria; y nunca un murmullo de sentimiento, de impaciencia o de despego llega a disminuir el mérito de este inmenso acto de caridad. El día en que las damas mexicanas duden de su porvenir y del de sus hijos, serán cuidadosas de los bienes presentes para prevenir

los males que temen y se volverán avaras de sus atenciones hacia el hijo del extraño (63).

Los reproches constantes que no son suavizados por elogios desaniman en lugar de fortificar contra el mal (64). Por lo tanto, mezclamos un poco de miel a la bebida amarga que debe devolver la fuerza y la belleza al cuerpo que queremos sanar. Si vamos hasta a criticar esta generosidad de los mexicanos que ofrecen su casa y todo lo que poseen a desconocidos, esta expansión de corazón que los hace dar el nombre de amigo a gente que no estiman, ¿por qué no añadimos que aparte de esta exageración de los sentimientos, la cortesía de los mexicanos hace de ellos un pueblo muy sociable y de un trato encantador? ¿Se encuentra en ellos una imagen de estas maneras tan benevolentes que poseía en mayor grado nuestra antigua aristocracia, la que hemos visto desaparecer poco a poco, conforme a las ideas de libertad mal entendida que empañaron las mentes y que las preocupaciones especulativas han degradado? Afabilidad constante, igualdad en las atenciones sin distinción de personas, crítica sin amargura, decencia en los modales, calma sin frialdad, alegrías sin ruido, sin desorden: éstas son las ventajas, estos son los encantos de la sociedad mexicana (65).

Pero si cabe mucho alegar a favor de la sociabilidad de los mexicanos tomados individualmente, sólo se puede hablar mal de todo lo relativo a las corporaciones, las asambleas legislativas y el gobierno. No sé qué vértigo se apodera de los mexicanos cuando se encuentran reunidos, pero es un hecho reconocido por todos los extranjeros y por los mexicanos de buena fe que, aunque por sensato que parezca un hombre en sus palabras y sus acciones en la vida privada, no hace más que tonterías en cuanto se junta con sus conciudadanos para deliberar sobre un tema cualquiera. Y si de casualidad una decisión sensata y conveniente procede del consejo, no tarda en ser mutilada y cancelada en las deliberaciones siguientes. En un periodo de más de 22 años, no he sabido de una sola ley del Congreso, de un solo decreto del Gobierno, que no fuera dictado por una mente estrecha o por una pasión condenable. Da pena analizar los trabajos de todos los Congresos. Daría risa si uno se sintiera indiferente a la prosperidad del país, abandonando a su desgraciada suerte un pueblo que

hace, según parece, todo lo que puede para merecerlo. Sin embargo, la misión de los diputados del Congreso es muy hermosa. El remedio a los males que afligen a la sociedad es fácil de encontrar, fácil de aplicar. Si estos representantes de la nación, en lugar de dedicarse a fruslerías según acostumbran, en lugar de hacer leyes por docena que mueren al nacer o se vuelven obsoletas al cabo de seis meses, en lugar de pasearse en los pasillos de Palacio fumando cigarros durante el tiempo dedicado a la discusión de los intereses más importantes de sus comitentes, se inspiraran por fin con el espíritu del bien y previnieran de resoluciones, reconocerían primero que la piedra fundamental del edificio social es la administración de la justicia, y es con ella como se deben empezar las reformas. Entenderían que resulta indispensable adoptar una legislación más sencilla, más equitativa, reorganizar los tribunales, las administraciones, el ejército, castigando con severidad las infracciones a las leyes, a la disciplina, al deber, sean quienes sean los culpables. Y si el Congreso mexicano tuviera la misma grandeza en sus fines, fuera tan temible en sus medios como lo fue la Convención francesa, aunque evitando excesos que la historia nos hace aborrecer, pronto se verían brillar los hermosos días de México y el mundo civilizado festejaría su regeneración.

Pero los abogados, los magistrados que componen en su mayoría las Cámaras palidecen ante la idea de sustituir el orden al caos, fuente de su opulencia; los administradores defienden con calor los vicios de organización de sus oficinas, porque de otro modo, ya no podrían dilapidar como lo hacen el tesoro; el clero defiende sus privilegios, los militares no quieren perder los suyos, y todos juntos, negándose a aplicar en la llaga el remedio que puede curarla, dejan la gangrena política invadir el cuerpo social, prefiriendo su aniquilamiento, en un porvenir más o menos cercano, a cualquier sacrificio de su parte en el momento presente.

Entonces, ¿qué pasa en el santuario de Thémis? ¿Cuáles son las leyes que rigen a los mexicanos? Lo diremos en pocas palabras. En los procesos contenciosos, la balanza se inclina por lo regular del lado del hombre rico, del hombre poderoso. La decisión del juez le es casi siempre favorable, pese a lo extravagantes que sean sus pretensiones, o si no se atreve a favorecerle, suspende la sentencia de modo

indefinido. Además, los gastos de una procedimiento interminable acaban por cansar, arruinar a la parte contraria, y entonces la tiene sometida (66).

Lo que aumenta la frecuencia de los juicios inicuos es un laberinto de leyes contradictorias; es la confusión de los decretos circunstanciales, de los que unos aún están vigentes, otros ya reportados o no observados; es que se litiga por escrito y que los veredictos son rendidos sin publicidad; es que los tribunales de primera instancia se componen de un solo juez, que el error o la pasión son más de temer de un individuo aislado que de la reunión de varios, y que es más fácil sobornar a un solo hombre que comprar varias conciencias a la vez.

Cierta igualdad parece existir en los tribunales criminales: consiste en la impunidad de los culpables, sean cuales sean, pero, sobre todo, si tienen dinero. La ley, además, hace malos jueces, y la falta de censura y la impunidad absoluta los estimulan. No existen formas claras y escrupulosamente fijadas en el procedimiento. La instrucción del proceso es llevada por un solo juez. El juicio es remitido al juez que instruyó el proceso. No existe publicidad obligatoria para el juicio. Tampoco exige la obligación para el juez de justificar su sentencia. Por otro lado, la legislación criminal tiene orígenes medievales y lo odioso y lo absurdo se halla a cada paso. De suerte que si la ley es absurda, no se cumple; si la pena es excesiva, se sustituye por otra; es decir, que se recurre a términos medios, que en realidad son las plagas de la justicia: la falta de ejecución de la ley, la arbitrariedad del juez (67).

La impunidad mantiene también el espíritu revolucionario en esta república y las reacciones son demasiado flojas para que no haya revueltas muy a menudo. Se limitan a matar a algunos soldados en los encuentros, a destituir o a veces a exiliar a los jefes de la revuelta; luego se deja correr el tiempo sin tomar las medidas severas que puedan asegurar la estabilidad. El partido vencedor, previendo su caída, teme las represalias, y no se atreve a excitar demasiado los odios y la venganza.¹⁰ Este sistema, que rechaza la efusión de sangre, es visto

¹⁰ El partido liberal es el que merece los mayores reproches de debilidad.

como moral en la mente de ciertas personas. Para mí, es el peor de todos, porque deja a la nación en una anarquía constante en medio del choque de partidos, de los abusos de poder y de las guerras intestinas que arruinan el país y lo desacreditan fuera.

El ejército hace las revoluciones y las revoluciones propician el ascenso en el ejército: de ahí el origen de disturbios continuos. Cualquier coronel que quiere lograr la cinta verde¹¹ se pronuncia, es decir, se niega a obedecer al gobierno y proclama los principios de la oposición. Ninguno tiene la menor idea de su arte: “¡hacia la izquierda!, ¡hacia la derecha!, ¡frente!” y la carga de las armas. Esto es a lo que se reduce la ciencia de un capitán. No hay en Francia un sargento inteligente que no sepa más que un oficial superior en México; no hay un subteniente que después de una campaña, no pueda vencer a todos los generales de la república. El estudio de las obras de teoría militar y de alta estrategia bien podría a veces enseñar más en un solo año a un general del ejército de lo que sabría en toda su vida por su sola experiencia, pero los que nunca han estudiado nada serio tienen una mente rebelde para trabajar. La presunción, hija de la ignorancia, les da una confianza ciega en sus inspiraciones personales. He aquí la razón por la que, poniendo el valor aparte, cincuenta mil mexicanos no podrían resistir nunca en campo raso a un número diez veces menor de europeos bien comandados. No se puede dudar de lo que digo aquí cuando se recuerda que, en Heliópolis, los soldados que tenía que combatir Kléber eran de manera incomparable más valientes que los mexicanos. Santa Anna podía ser tal vez un buen jefe de guerrilleros, pero para merecer el nombre de gran general fuera de México se necesitan conocimientos que no tiene. Jean Arago, oficial general al servicio de la República Mexicana, con quien yo hablaba un día, le reconocía, sin embargo, ideas audaces y conceptos

Los conservadores, más enérgicos, son vindicativos y se deshacen con bastante facilidad de sus adversarios cuando los tienen en su poder. Esta severidad es ejemplar cuando es legal, pero se puede lamentar que no lo sea siempre.

¹¹ La marca distintiva para el coronel, aparte de la charretera, es una banda de seda roja. Los generales de brigada llevan una verde y los de división, una azul.

por encima de lo vulgar, lo que permite pensar que, si hubiera estudiado en una buena escuela, si hubiera estado diez años bajo las órdenes de un Soult o un Masséna, hubiera podido volverse un oficial muy distinguido.

En tiempos de la dominación española el ejército estaba compuesto de un modo distinto de como lo está actualmente: existía una disciplina bastante buena, los oficiales sabían algo y los generales, aunque no fueran muy hábiles, tenían al menos suficientes conocimientos para sostener con decencia su rango. Bien es cierto que casi todos los oficiales venían de Europa y que los criollos que se enrolaban no lograban casi nunca superar el grado de capitán. Si bien entonces el oficio de las armas era honroso, ahora lo es muy poco. Aquellos mismos que tienen interés en ennoblecerlo parecen dedicarse a degradarlo. Los soldados sólo se reclutan entre los léperos y los criminales condenados a los fierros, y muchos oficiales que proceden de cunas humildes conservan en su nuevo rango los vicios y las costumbres de la plebe. Es difícil retener bajo las banderas a los indios de sangre pura, porque casi todos desertan. En cuanto a los jóvenes de buenas familias que toman la charretera, si se distinguen por una apariencia más cuidada y modales más decentes, no por eso tienen mayores conocimientos y las relaciones que establecen con ellos les hacen más daño, mientras los demás no mejoran en nada; de ahí que el estado militar sea tan poco honrado en la mente de la gente de mundo y que casi todos lo desdeñen para sus hijos.

Dicen que la mejor caballería de la república es la del Bajío y de la Mixteca. Los indios de esta última provincia han conservado la naturaleza guerrera que tenían en tiempos de los reyes aztecas, que los hacía temibles para sus poderosos vecinos. El general León, cacique de los mixtecos, se distinguió entre todos por su bravura en la defensa de Molino del Rey contra las tropas de Scott: sólo abandonó el campo de batalla cuando se sintió herido de muerte.

Cuando están a pie, estos pueblos no son de temer; no saben resistir mejor a un ataque que el albanés desmontado que espera al enemigo sentado en sus piernas cruzadas. Por tanto, la infantería mexicana es mala y casi no se cuenta con ella para ganar una batalla. Es lo que ocurre cada vez que la infantería es mal instruida, sobre

todo cuando los jefes que la mandan pierden la cabeza con el primer tiro y huyen o se esconden, sin preocuparse por su honra. Con una disciplina exacta, una instrucción conveniente y hombres valientes como oficiales, el ejército mexicano sería bastante bueno, porque el soldado, cuando se siente respaldado, ve el peligro con serenidad. Está acostumbrado a las privaciones y se conforma con algunas tortillas secas como ración. Si no tiene zapatos, camina con los pies desnudos y no conoce más cama que la tierra y una frazada.

Encontrándome un día en una cena con el general Gómez Pedraza en casa de uno de nuestros compatriotas, el doctor Villette, la conversación versó sobre la causa de la cobardía de los oficiales, y el expresidente de la república, hombre instruido y reflexivo, la explicó así: “este mal, dijo él, nace de nuestra misma legislación, que prohíbe el duelo y aplica penas terribles a los que burlan la ley. La proscripción de aquel uso ciertamente bárbaro, pero necesario aquí, hace que la defensa del honor no exista entre los oficiales, y que se consideren bastante vengados cuando han calificado de desvergonzados a aquellos que los llaman ladrones, cobardes, o que los abofetean públicamente. Acostumbrados a una situación tan capaz de adormecer el amor propio y de destruir hasta la más mínima veleidad del honor, no es de sorprenderse que lleven al campo de batalla una disposición poco marcial, y como ningún castigo se inflige a los cobardes que huyen ante el enemigo, resulta necesariamente que muchos siguen este proceder conservador. Pero si el duelo fuera autorizado, incluso hasta exigido en el estado militar para vengar un insulto, si al mismo tiempo una muerte vergonzosa esperara a aquel que abandona su puesto el día del combate, el oficial mexicano se acostumbraría poco a poco a ver una espada desnuda sin palidecer y a golpear sin calcular.” (68)

En efecto, para la mayoría de los hombres, el valor guerrero se adquiere en el ejercicio del oficio. El que habría huido al primer cañonazo, si no hubiera sido impedido por el miedo a la infamia, se vuelve un héroe en el tercer combate. Para cualquier cosa, se necesita un aprendizaje más o menos largo: el carnicero despiadado hirió a su primera víctima con una mano temblorosa, el pizarrero palideció cuando, por primera vez, midió el abismo encima del cual trabaja

suspendido, y el comandante que guía con paso firme su batallón sobre la brecha sintió sus piernas temblar cuando rompió su primer cartucho. Al tomar un estado, uno se identifica con su espíritu; al recibir el título de soldado, uno acaba por aceptar la muerte, y si aún se encuentra un Thersite después de diez años de campaña, mil Ajax borran su vergüenza. Los soldados mexicanos sólo son más atrevidos que sus jefes porque se entrenan entre ellos para combatir a la muerte y se ve a gente del pueblo, cuyo cuerpo está cosido a puñaladas.

El ejército mexicano siempre tuvo pocos extranjeros en sus filas. Entre los más distinguidos, cabe nombrar al italiano Filisola, muerto hace pocos años y que había llegado a ser general de división; a Adrián Woll, francés de nacimiento, que tiene el mismo grado y manda¹² en el estado de Tamaulipas, y finalmente a Jean Arago, hermano del famoso astrónomo, muerto en 1835 como general de brigada.

La gente no está interesada en entrar al ejército en México porque sabe que será mal vista y estará expuesta a disgustos, a injusticias de toda clase, al menos hasta no haber conseguido la charretera de oficial general. Una vez que se ha logrado esta alta graduación, como uno solo depende directamente del ministro de la Guerra y del presidente de la república, ya no se temen las mismas vejaciones, pero siempre queda uno sujeto a las fases políticas del partido al cual pertenece. Además, cada vez que un extranjero es hecho prisionero en las guerras intestinas que asuelan al país, se ve maltratado por el partido en cuyas manos cae: “es un crimen —le dicen— intervenir en nuestras querellas. El que recibe la hospitalidad de un país no debe ser un instrumento de desorden, por tanto, si lo arrestan con las armas en la mano, se le debe castigar con mayor severidad que a los nacionales.”

En verdad vemos aquí algo muy extraño: ¡cada facción solicita el apoyo de oficiales extranjeros y luego los incrimina al encontrarlos en el campo de batalla! ¡Se les otorgan enseguida grados de capitán y de coronel y ven mal que los acepten! ¡Se les acusa de perturbar el orden establecido y el país está hecho un caos! ¡Se les reprocha prestar el socorro de sus brazos y de sus conocimientos al partido anar-

¹² En 1855.

quista, y los dos partidos cuentan con extranjeros en sus filas y son alternativamente anarquistas, a veces al mismo tiempo!

Sin embargo, si uno acepta que cada facción tiene buenas intenciones para el futuro y cree poder superar la anarquía gobernando según sus principios y sin oposición, el extranjero que se une a un partido cualquiera concurre al restablecimiento del orden según sus ideas; y si no se le debe mucho reconocimiento por su cooperación, ya que obra ante todo por interés personal, al menos no debe ser considerado como cualquier otro campeón del mismo partido, ni ser tratado con mayor rigor, a no ser que cometa injusticias.

A esto, los mexicanos nos contestan: “si sus compatriotas son tan maltratados por nosotros, ¿por qué siempre hay algunos en nuestro ejército?, ¿por qué sirven a un pueblo tan ilógico, tan caprichoso, tan injusto?”. ¿Pero ellos ignoran que uno acepta de ellos una charretera sólo por la necesidad de procurarse medios de existencia, y que a pesar de que se sabe muy bien que el *res sacra miser* no siempre está entendido en México, uno busca vivir a cualquier precio y se hunde a sabiendas en un abismo de celos y enemistades, sin prever cómo se saldrá de allí?

El número de extranjeros que residen en México no es importante (69), no supera los 25 mil, y los franceses forman la sexta parte.

En la clase obrera se encuentra, como en todas partes, a franceses alborotadores, amigos de los enredos, que tienen a menudo asuntos con la policía y llenan los tribunales de los alcaldes. A pesar de esto, la llegada de todos estos obreros significó un bien inmenso al país. Por un lado, le han traído artes perfeccionadas y han colaborado fuertemente con estimular la inteligencia de los artesanos del país. Por otro, obligan a los jefes de los talleres mexicanos a ser menos perezosos y más fiables, si no quieren exponerse a morir de hambre: como estos jefes de talleres nunca tienen una piastra en el bolsillo es necesario darles un adelanto para todos los pedidos, y sucede a menudo que gastan este dinero sin entregarlos. Por tanto, se prefiere doblemente a los obreros extranjeros, porque no es necesario darles adelantos y porque el trabajo está mejor hecho.

Se debe notar que Francia es casi exclusivamente el país que ha proporcionado a México los buenos obreros que hicieron avanzar

tan rápidamente las artes mecánicas desde hace 25 años.¹³ Aun cuando los españoles sean mucho más numerosos que nosotros, concurren muy poco al desarrollo de las artes mecánicas. Sólo he conocido entre los artesanos españoles a dos o tres zapateros y algunos sastres. Pero, en cambio, la península envía a su antigua colonia numerosos vinateros, abarroteros, mozos de tiendas y porteros. Los españoles brillan más en las bellas artes: los directores de la Academia de Pintura y Escultura son buenos profesores y el arquitecto Hidalga es un hombre de un mérito superior.

En cuanto a los ingleses, contribuyeron muy poco al progreso de México y en lo que sea: vienen a vender sus mercancías o a explotar minas, y nada más. Durante mucho tiempo, no he contado más que un solo artesano inglés frente a treinta obreros franceses; desde entonces, fueron contratados un gran número de ellos para las fábricas de tela de algodón. Sin esta circunstancia, no habría más que antes.

Pese a hechos tan notorios, muchos mexicanos creen, o dicen creer, no sé por qué, que los ingleses que vienen a buscarse la vida en México son más dignos de consideración que los franceses que hacen lo mismo. Sin embargo, si ellos se dieran a la tarea de estudiar a las personas, reconocerían rápidamente que son injustos con nosotros. Si bien es cierto que, llegando al mismo número de individuos, los franceses cuentan con más personas de modales rústicos que los ingleses, es porque sólo vienen de Inglaterra negociantes y dependientes, mientras que Francia nos envía emigrados de toda clase. Pero si uno quiere tratar la cuestión de manera imparcial, se deben comparar juntas las clases que se corresponden. Ahora bien, si los mexicanos quisieran abrir los ojos, reconocerían que si en México hay hombres distinguidos por su nacimiento, su educación y su saber, provienen más bien de Francia que de Inglaterra.¹⁴

Todo el mundo sabe también que nuestros artesanos son infinitamente menos groseros que los de todos los demás países europeos, y

¹³ La instrucción pública debe mucho también a los franceses.

¹⁴ Que los mexicanos que nos denigran se informen con los negociantes de Mazatlán y de Guaymas sobre las conductas de los oficiales de la marina militar de Francia cuando se les propone pasar dinero en contrabando, y tendrán una idea más justa del carácter francés.

que entre ellos hay muchos que ennoblecen su estado por una inteligencia culta y modales distinguidos. Y si uno compara la importancia de la misión de cada uno, se reconocerá que todos nuestros obreros, a pesar de su rudeza y de sus defectos, han hecho avanzar a México en treinta años más de lo que todos los traficantes ingleses podrían hacerlo en diez siglos (70).

La petulancia del carácter de los franceses puede hacer que algunos sean inconsecuentes, cizañeros como lo dije hace poco. Pero no es cierto que el carácter general de nuestra nación sea ligero, desconsiderado o inconstante, como todos suelen decir y como los geógrafos lo repiten después de Voltaire, sin decirnos ni cómo ni por qué. Si los franceses merecieran el epíteto de ligeros, sólo se ocuparían de futilidades y, sin embargo, nadie se atrevería a negar que ellos se encuentran en mayoría entre los genios profundos que produjeron los dos últimos siglos. Si fueran desconsiderados, no sabrían sacar de sus ideas ninguna consecuencia lógica, importante. Sin embargo, nadie se niega a proclamar la utilidad de sus trabajos. Si fueran inconstantes, no serían capaces de ninguna especie de perfeccionamiento en las artes y las ciencias, mientras que ocurre todo lo contrario. Por tanto, ¿qué significa el reproche que se nos hace? ¿Querrán indicar con esto la facilidad con la cual rompemos un trono y volvemos a alzar al ídolo abatido? Pero esta sucesión perpetua de triunfos y de derrotas de los partidos ora vencedores, ora vencidos, prueba al contrario la gravedad de sus pensamientos, de su energía y su constancia en los principios opuestos que profesan. ¿Se pretende acaso aludir a los caprichos del gusto de los franceses por lo que se refiere a lo material, el color, la forma de su vestimenta y de sus muebles? Pero ¿no es acaso la inconstancia de las modas lo que alimenta la industria, lo que desarrolla sus progresos? Además, ¿no vemos que todos los pueblos se apresuran en adoptar los cambios que París decreta respecto a este punto? Merecerían entonces el reproche que nos hacen, sin tener el mérito de la invención ni el de la iniciativa. Este juicio no tiene ningún asiento sólido e incluso sería inexacto limitándose a los franceses del tiempo de la Regencia y de Luis XV, porque si la Corte merecía entonces ser estigmatizada, Francia no.

Si la experiencia aún no ha hecho cambiar el falso juicio que los mexicanos hacen de nosotros, diré la razón en pocas palabras. En

primer lugar, se sabe que nada es más difícil que destruir un prejuicio. La voz general nos condena, y las generaciones siguientes, aceptando la opinión de sus antecesores, no procuran o no tienen interés en absolvernos. Es tan cómodo hacer como los borregos de Panurge.

Luego, como se encuentran por doquier más cabezas ligeras que espíritus sólidos, más gente tosca que hombres bien educados, el prejuicio es a menudo confirmado si uno contempla individualidades.

Finalmente, ahora hay que decirlo: los mexicanos no quieren a los extranjeros,¹⁵ sean ellos de cualquier nación. La aversión que sienten hacia ellos se la deben al lugar paterno y la heredaron de sus antepasados. De suerte que la convicción que tiene el extranjero de no ser querido hace que en general busque poco la sociedad de los mexicanos. Los franceses viven, con pocas excepciones, totalmente aislados, circunstancia que no permite que se les conozca realmente a fondo.

Sin embargo, y pese a esta prevención injusta relativa a nosotros, no deja de ser cierto que los mexicanos prefieren nuestra compañía a la de los ingleses, porque nuestro carácter, nuestros usos, nuestro espíritu y hasta nuestra ligereza, que nos pueden reprochar algunos, tienen con los mexicanos muchos puntos de semejanza que los pueblos del norte no tienen en el mismo grado. Las damas sobre todo sienten una preferencia notable por los franceses. Más dispuestas que los hombres a abandonar una antipatía que nada justifica a sus ojos, encontramos siempre en México esposas fieles, amantes amorosas, amigas generosas (71).

Entre las que conocí y que siempre se han mostrado amigas declaradas de los extranjeros y su apoyo ocasional, me complace citar a la excelente dama Luisa Flores de Jimeno, casada en segundas nupcias con un español de nombre Herrera. Si la fortuna no fuera ciega, habría colmado de favores a esta buena y generosa mexicana que sabría hacer un noble uso de ellas. Nombraré también a la anciana dama Vicenta Cortabarría, amiga y sostén de los extranjeros en Oaxaca. La conocí poco, pero lo suficiente para quererla, porque ade-

¹⁵ Se verá en el capítulo XII que el alejamiento que los mexicanos sentían para con los extranjeros al salir de la dominación española, disminuyó mucho en nuestros días. Una generación más bastará sin duda para hacerlo desaparecer del todo.

más de las cualidades de su corazón, tenía el don de ser amable pese a sus 72 años y a las enfermedades inseparables de la vejez.

Por fin publicaré el nombre de *madame* de la Vega, esposa del exgobernador del territorio de Colima. En ninguna parte se podría encontrar una amenidad de carácter más constante sin segunda intención y una hospitalidad más franca y más generosa que en ella. Además, todas las damas de Colima merecen más o menos el mismo elogio por la acogida que le dan a los extranjeros.

El alejamiento que los hombres en general sienten para con nosotros no se encuentra en un grado igual en todos los rangos de la sociedad mexicana. Los que menos nos quieren pertenecen a la clase alta; el pueblo bajo nos ve con indiferencia, mientras no lo exciten contra nosotros; en cuanto a los indios, nos prefieren a los criollos. Esto viene sin duda de que los tratamos mejor, con mayor benevolencia, que pagamos sus servicios con mayor generosidad y que, finalmente, nunca hemos tenido dificultades con ellos.

Vi en Tehuantepec y en Juchitán antiguos colonos del Coahuila cautivar a tal punto la simpatía de los naturales del país, que hacían de ellos, por así decirlo, lo que querían. También conocí a un joven francés en la Huasteca que era considerado como cacique por todos los indios en medio de quienes vivía. En todas las costas del este y del oeste de México jamás he notado el menor sentimiento de odio, ni siquiera la menor desconfianza frente a nosotros entre los buenos campesinos en cuya choza viví muchos días. Añadiré incluso que, viéndome obligado por un accidente a detenerme una semana en un pueblo de indios de pura raza del estado de Michoacán, en la época de la rebelión de los serranos de Xichu, adquirí tal ascendiente sobre los principales habitantes que me atemoriqué de lo que otro hubiera podido hacer en mi lugar, de haber tratado de sublevarlos contra los habitantes de las ciudades a los que detestan.

Aunque los franceses, a menudo inconsecuentes y gruñones, se ven más expuestos a la severidad de la crítica que los ingleses y los alemanes, más fríos y serios, su carácter no deja de tener puntos vulnerables para cualquier observador.

El inglés egoísta (72), fingiendo el menosprecio por todo lo que no es británico, es pueril en sus mil distinciones de clases y de rangos,

soberbio ante sus inferiores y apocado ante sus superiores. El alemán, singularmente dispuesto al chisme y al menosprecio, muestra una flexibilidad de carácter que no siempre es compatible con una noble dignidad. Celosos de los franceses por quienes su nación ha sido humillada, les son hostiles y fingen colocarlos muy por debajo de los ingleses, esperando engañar a la opinión a expensas de sus maestros en gloria y en civilización.¹⁶

En cuanto a los homenajes que los ingleses y los alemanes le rinden a la fortuna, no dudo en decir que son más exclusivos, más exagerados que aquellos de los que les parecen culpables nuestros compatriotas. No vayan a pensar, sin embargo, que sólo llega a México la basura de todos los pueblos europeos. Si algunos han perdido el honor en su país, 19 de 20 son hombres muy honorables por sus antecedentes. México es incluso, según lo notaron algunos viajeros, la región de América más favorecida en este punto. Además, después de diez años de estancia en México, cualquier europeo se vuelve, sin duda alguna, mejor de lo que hubiera sido de haberse quedado en su país. Los sentimientos del hombre se purifican con la felicidad. Cuando alguien gana bien su vida y no tiene que temer el hambre, se siente más dispuesto a compartir los males ajenos, a ayudar a un amigo, a socorrer a un infeliz. En Europa, la sed de dinero domina todos los pensamientos y corrompe el corazón. ¡Cuántos sobrinos no esperan con impaciencia la muerte del tío del que son herederos!, ¡hasta los mismos hijos verían casi sin lamentarlo que sus padres dejaran de vivir! Pues, en México, nada semejante: estos pensamientos criminales no degradan el alma y no se desea la muerte de nadie.

La época en la que México empezó, por decirlo así, su educación intelectual, es todavía demasiado cercana a nosotros para que se pueda esperar que los hombres inteligentes y útiles a la sociedad ocupen

¹⁶ Obviamente la regla ofrece numerosas excepciones. Encontré, en todas partes, alemanes muy amables; en Colima, sobre todo, hallé amigos generosos de corazón y nobles de sentimientos, que provenían de las ciudades hanseáticas. Se puede añadir que, desde las Exposiciones Universales de los productos industriales en Londres y París, y sobre todo después de la guerra de Crimea y el asunto Crampton, los alemanes parecen haber cambiado un poco su opinión respecto a este punto.

en la mente de la generalidad el rango que les corresponde. Sólo el dinero tiene, para todo el mundo, el brillo y el prestigio que atraen la consideración pública, y como el comercio es casi el único camino que permite la opulencia, los comerciantes forman la aristocracia del país. Por ello, los mayorazgos (especie de barones), los condes y los marqueses mexicanos que habían comprado títulos después de enriquecerse en el comercio, no por ello abandonaban sus comercios: seguían siendo mercaderes, persuadidos de que lo que los había elevado a la nobleza no podía hacer que la perdieran.

El comercio, sin embargo, aunque se trate de una profesión honrada si se hace con honestidad, no es una carrera honorable, o sea, que pueda reflejar un lustre honorífico sobre el que la ejerce. Sólo la virtud, el valor y, por tanto, las profesiones en las que tales cualidades son necesarias resultan honorables, pero no puede haber honra en vender en diez lo que se ha comprado en cinco, pues aquí así es. Sólo se trata de ganancia. Sin embargo, debo decirlo por el honor de los mercaderes mexicanos, en ninguna otra parte en tiempos de la dominación española se comerció de manera tan honesta como entre ellos, y hoy en día, aunque la impunidad haya traído la idea de obrar mal, el comercio se hace en México todavía de manera leal y noble. Sólo exceptuaré de la regla general a algunos comisionarios extranjeros cuyas maniobras indignas han arruinado a menudo a pacotilleros que trataban con ellos (73).

El orgullo mobiliario, fundado en el de la fortuna, no introduce distinciones muy marcadas en la sociedad de los ricos. Así el *fau-bourg* Saint-Germain, la Chaussée d'Antin y el Marais de México se invitan mutuamente a sus saraos, el ex marqués juega naipes con el villano enriquecido en una cantina, la que fue condesa recibe graciosamente los homenajes de un mozo de tienda, y los jóvenes de ambos sexos se llevan muy bien sin tomar en cuenta sus pruebas de nobleza.

La mujer más aristocrática que conocí en México es la anciana Elizalde, mejor conocida con el nombre de la *Güera* Rodríguez. Cuando ella hablaba de las costumbres republicanas y del tono de los nuevos ricos, era para morir de risa. Chacoteaba con mucha sal y se ganaba a todos los que aman reír.

La *Güera* Rodríguez fue la Ninon de Lenclos de su época. Era encantadora y conservó mucho tiempo su belleza, antes de que fuera atacada por el cólera en 1833. La vi muy seductora esa noche, a pesar de haber llegado a los cincuenta años, después de haber empezado su carrera galante a los 14. Se dice que en 1804, embelesó a un sabio viajero, y que en 1822 el emperador Iturbide sucumbió a sus encantos. La *Güera* Rodríguez tuvo tres hijas que se casaron: una con el Conde de Regla, otra con el Marqués de Guadalupe y la tercera con el Marqués de Aguayo. Las dos primeras eran bellas como ángeles, pero murieron muy jóvenes.

Las reuniones deberían ofrecer, creo yo, poco placer, ya que la ignorancia de las mujeres y de la mayoría de los hombres sólo deja a la conversación el pábulo de los lugares comunes, de los acontecimientos domésticos y de la crónica de los salones. Sin embargo, no es así, porque las damas mexicanas tienen tanto salero natural que le añaden detalles a las naderías que cuentan con una gracia muy especial, de modo que el aburrimiento no existe con ellas. Además, hay mujeres músicas en todas las familias, y el canto, el piano o la guitarra amenizan la conversación.

Los bailes son poco frecuentes en México. Los ricos gastan su dinero sin lucimiento, sólo las fiestas de la Bolsa permiten a los aficionados al baile encontrar alguna distracción. Los ministros de las cortes extranjeras reciben poco, salvo los de Francia, que siempre se distinguieron por el número y el buen gusto de sus saraos.

La arquitectura morisca concurre maravillosamente al esplendor de las fiestas nocturnas: nada es más lucido que estas galerías inferiores y superiores bordeadas de macetas de flores y de arbustos, que estos amplios cuartos enfilados adornados con hermosos espejos y candelillos deslumbrantes: se podría creer que, transportado a los palacios de Granada, uno asiste a alguna fiesta galante de los Abencerrajes.

El primer representante de Francia que estuvo en México fue el señor Barón Gross, encargado de negocios en 1832; era un hombre distinguido y muy amable, y supo ganarse a la vez la simpatía de los franceses y la de los mexicanos. El señor Barón de Deffaudis, que le sucedió en 1833 con el título de ministro plenipotenciario, era un antiguo jefe de división del Ministerio de Asuntos Extranjeros. Junto

con grandes conocimientos prácticos en diplomacia, aunaba modales sencillos y un tono amable para con todos. Vi a veces en estos sa-raos semanales a un personaje muy conocido, el señor Pakennam, ministro de Su Majestad Británica. Este diplomático, pariente del Duque de Wellington, necesitaba hacer fortuna cuando llegó a México. Tomó el camino más corto para lograrlo y ahorró mucho más incluso de lo que convenía: sus compatriotas se impacientaban cuando pedía prestada una carroza cada vez que no podía salir caminando, puesto que recibía un sueldo de cuarenta mil piastras.

Encontré también en la Legación a otro personaje famoso por el recuerdo que el cautivo de Santa Elena dejó sobre él, el doctor Antomarchi. Su nombre, que se había vuelto fortuitamente histórico, le atraía en todas partes una consideración que se desvanecía como una ilusión cuando uno tenía algún tiempo de conocerlo. Uno se extrañaba entonces que aquel hombre hubiera sido escogido, al salir de las bancas de la escuela, para atender con su arte al ilustre prisionero, en lugar de tantos otros médicos ricos de genio, de ciencia y de experiencia, es decir, de todo lo que le faltaba al joven italiano. Sin embargo, debo añadir que el señor Antomarchi se hacía perdonar sus pocos méritos con su sencillez.

Después de la toma de Ulúa, cuando se restablecieron las relaciones de amistad entre Francia y México, Luis Felipe nos mandó como ministro al señor Barón Alley de Cyprés. Esta elección habría sido desgraciada en todas las circunstancias y resultaba deplorable en ésta. Necesitábamos a un hombre flexible y conciliador para apaciguar la irritación de las mentes y procurar que se olvidara pronto el pasado. Ahora bien, no sólo el señor Alley era grosero en sus relaciones con quienes trataba y tirano con sus subalternos, sino que además, su conducta política era la menos diplomática del mundo. Arreglaba a bastonazos sus diferendos con los altos funcionarios públicos y suscitaba una cuestión internacional muy grave respecto a unos tres reales (36 céntimos), que él debía.

Finalmente, la justicia se impuso: este ministro fue llamado a Francia y lo jubilaron. El señor Gouri du Rozlan, su secretario, lo sustituyó como Encargado de Negocios. Este hombre joven, criado en la escuela del señor Alley, había aprovechado demasiado sus lecciones.

Muchas veces, el señor Champeaux, cónsul y canciller de la Legación, se quejó amargamente al gobierno francés por las humillaciones y los ultrajes con los que el señor Alley y el señor Gouri lo colmaban; y en sus conversaciones íntimas conmigo, este anciano lamentaba constantemente la fatalidad que lo había puesto bajo la dependencia de semejantes funcionarios.

El gobierno provisional de 1848 hizo sustituir al señor Gouri por el señor Levasseur, que pasó del Consulado General de Haití a la Legación de México. Mi salida de esta capital no me permitió cultivar mi relación con él y sólo lo vi una vez, pero me acogió de manera tan amigable que mi visita de etiqueta duró una hora y media, manteniendo él solo toda la conversación. Supe más tarde que sucedía lo mismo con todos los que lo visitaban. Los franceses tienen mucho que agradecer los servicios que él les brindó ante el gobierno mexicano, cuyas susceptibilidades supo respetar. El señor Levasseur adquirió rápidamente esta consideración que siempre tiene que rodear al representante de una gran nación.

Es de lamentar que nuestros representantes en México pasen a otras legaciones al cabo de tres o cuatro años, precisamente cuando empiezan a conocer el país. A su llegada, ignoran todo de la historia, la política, el carácter y las costumbres de los mexicanos y, en consecuencia, la actitud que deben adoptar con los agentes del gobierno para lograr sus fines sin herir a nadie; y cuando acaban los primeros estudios que deben guiarlos en el cumplimiento de su mandato, los envían a otra parte a intentar un nuevo aprendizaje.

Desde 1837 se publica en México un periódico francés que tiene por meta, al tiempo que nos instruye de lo que acontece fuera, la defensa de los intereses de nuestros nacionales contra los abusos de la autoridad. El señor Masson, su redactor actual, trata allí cuestiones administrativas con tacto, y el mérito de su redacción confiere al *Trait d' Union* un rango distinguido en la prensa periódica del país.

Desgraciadamente no sucede lo mismo en cuanto se refiere a la política local o general: sus tendencias son ultra republicanas y emite demasiadas veces su opinión sobre cuestiones delicadas, de las que un extranjero no debería opinar, con el peligro de contrariar a la mayoría de la población. Debería considerar que, para los mexicanos, su

periódico representa la opinión de los franceses en general, y que no es conveniente ni prudente que el redactor publique allí sus opiniones sin preocuparse en lo más mínimo de la de sus compatriotas y, sobre todo, del daño que les puede acarrear indirectamente. En el principio, este periódico, de nombre *l'Universel ou le Courrier des Deux Mondes*, nos perjudicaba en lugar de favorecernos. Pocos mexicanos lo leían, de modo que las respuestas a los ataques dirigidos contra nosotros no eran conocidas y los errores, las calumnias de nuestros antagonistas, triunfaban en la mente del público. Así es como oí repetir al infinito, durante nuestras dificultades con México, que un pastelero francés había reclamado treinta mil piastras por unos pastelitos que se habían comido unos soldados mexicanos.

El hecho es que un restaurantero francés, un tal Remontel,¹⁷ fue robado en Tacubaya por algunos oficiales granujas, en la noche que precedió la salida de las tropas de Santa Anna en 1832, cuando este general, renunciando a la esperanza de tomar México, se alejó de este punto para irse hacia Puebla. Habían tomado la precaución de hacerle beber de más y luego lo habían encerrado en su recámara, haciendo lo mismo con los sirvientes. Fue al día siguiente, al despertarse bastante tarde, cuando pudo darse cuenta de que le habían robado las ganancias de varios días, algo de platería, su vino y hasta su batería de cocina. Se quejó entonces al encargado de negocios de Francia, el señor Barón Gross, que pidió para él una suma de 800 piastras. Esta módica indemnización fue la que sirvió tantas veces de tema para las burlas y las exageraciones de la prensa. Hoy en día, todavía no hay cien personas en México que no crean firmemente lo de la reclamación de treinta mil piastras por los pastelitos comidos. Por lo tanto, hubiera sido infinitamente más ventajoso insertar nuestras defensas en los periódicos mexicanos y no en los franceses.

Desde entonces, el conocimiento de nuestra lengua se ha vuelto casi general, sobre todo en la capital, de modo que numerosos mexicanos leen ahora nuestro periódico y pueden juzgar mejor el grado de justicia que milita a favor de las partes disidentes. Por lo tanto, la publicación de un periódico francés en México es una institución útil (74).

¹⁷ Era el cocinero de mi *brick*, el *Petit Eugène*.

En 1850, el número de periódicos que se publicaban en la República Mexicana era 52, de los que diez lo eran en la capital. La severidad de la censura lo redujo mucho a partir de 1853, y se limita más o menos hoy en día¹⁸ a las gacetas oficiales del Gobierno Central y de los departamentos.

Dos establecimientos industriales merecen ser mencionados en México: el primero es la imprenta del señor Cumplido, el segundo la fábrica de bandas del señor Francoz. El señor Cumplido supo hacer de la nada un establecimiento soberbio. Es el producto de una inteligencia superior, que junto con la prudencia y la sagacidad, se apresura lentamente en su marcha y proporciona siempre los medios conforme a los fines que se propone. ¡Ojalá y hubiera en México muchos hombres como el señor Cumplido! Este impulso nervioso que les falta a las artes mecánicas y a la industria lograría pronto actuar fuertemente entre sus hábiles manos. Sin embargo, los hombres como él son excepcionales en todas partes; de modo que debemos considerar como un deber sagrado pagarles nuestro tributo de elogios, cuando encontramos bajo nuestra pluma sus nombres, dignos desde luego de un honor menos estéril.

El señor Francoz es un antiguo colono del Coatzacoalcos. Después de nuestra dispersión, no dudó en lo que iba a hacer: dotado de un genio inventivo y de una mente activa y metódica, tenía éxito en todo. Sin embargo, la fortuna ciega y caprichosa, como siempre, tardó mucho en sonreírle; pero finalmente parece haber correspondido al mérito, a la paciencia, a la constancia de los esfuerzos de este feliz perseguidor. No es más que justicia.

¹⁸ 1855.

CAPÍTULO VII

Los alrededores de México.- La estación de lluvias.- Los sauces.- Los pirules.- Tacubaya.- Hermosas mansiones.- Chapultepec.- Panorama de México.- Cipreses seculares.- Acueductos.- San Ángel.- Tierras volcánicas.- San Agustín de las Cuevas o Tlalpan.- Fiestas de Pentecostés.- El juego del monte.- Pelea de gallos.- La cruz del Marqués.- Aspecto volcánico del valle.- Huitzilac.- Modo de viajar de los indios.- Cuernavaca.- Hacienda de Atlacomulco.- Historia de Joseph de Laborde y del abad de Laborde, su hijo.- Monumento militar de Xochicalco.- Haciendas de Miacatlan y Cocoyotla.- Clima de esta costa del oeste.- Su influencia sobre la caña de azúcar.- James Barlow.- Cueva de Cacahuamilpa.- Nuestro campamento en una gruta del barranco.- Atardecer delicioso.- Incendio de un chocho gigantesco.- Hermosos destellos de luz.- Descripción de las curiosidades que encierra la cueva.- Ríos de San Jerónimo y de San Felipe.- Vistazos silvestres y pintorescos del barranco.- James Barlow en peligro.- El Mezcala y el Papagayo.- El rocío poco abundante en la vertiente oeste de las cordilleras.- Riego de las tierras.- Alacranes de Zumpahuacan.- Acapulco.- Su comercio de antaño.- El galeón de Manila.- Fiestas a la llegada del galeón.- Los chinos.- Los negros.- Su carácter.- Apatía de los indios de esta costa.

Los alrededores de México carecen de encantos: el campo es árido o pantanoso, la vegetación escasa y mezquina. Sólo se puede ver, aquí y allá, magueyes enanos plantados en los límites de las propiedades, sauces melancólicos que bordean las calzadas y los canales, pirules con ramas colgantes que sólo prestan al paseante una sombra escasa. Con excepción de Ixtalco y Santa Anita, los pequeños pueblos que se encuentran alrededor de la ciudad son horribles, pero en un radio de una a tres leguas, se pueden ver algunos otros bastante agradables para que la gente acomodada goce al veranear.

Los meses de verano son allá como en nuestro país, los más hermosos del año, aunque sea temporada de lluvias. El calor está temperado por la humedad de la tierra, las plantas vuelven a tener sus hermosos colores en los jardines y en los cerros, las flores se multiplican y los árboles se adornan con sus frutas. Además, las lluvias no son continuas ni incómodas, caen cada día casi a la misma hora, dejando mañanas magníficas para los paseantes. La tormenta se forma cuando los rayos del sol empiezan a bombear los vapores de la tierra con mayor fuerza, y el trueno retumba a las dos o tres horas de la tarde. El agua cae entonces por torrentes hasta la puesta del sol, pero deslizándose en la vertiente de las lomas donde están construidos los pueblos, sólo humedece la costra que el viento seca en un instante.

Tacubaya, Mixcoac, San Ángel, San Agustín, son los pueblos a los que se va de preferencia. El primero, situado en una pequeña loma a una legua de México, posee moradas encantadoras entre las cuales se distinguen las de los señores Manuel Escandón, Jamison¹ y Bardet.

¹ Nombre del primer dueño.

A media milla de este pueblo se levanta, en medio de un bosque, el cerro de Chapultepec, coronado por su hermoso castillo. Fue la segunda morada de los aztecas cuando llegaron a las orillas de los lagos. Más tarde los reyes de México construyeron una casa de recreo que los españoles destruyeron y de la que todavía existían algunos vestigios cuando el virrey Gálvez mandó construir el castillo actual que Santa Anna convirtió en Escuela Militar. Desde la terraza de este edificio se descubre uno de los panoramas más raros y curiosos. Conforme uno se da la vuelta, los cuadros cambian y se despliegan ante la vista, como en el Colosseum Regent's Park, pero con la diferencia de que en lugar de la atmósfera nublada de Londres aquí es una luz viva la que alumbra la cuenca del Anáhuac.

A dos millas de allí, en la dirección de los acueductos, se divisa México con sus iglesias, sus domos moriscos, todo enmarcado de sauces. Más lejos se ven los lagos de Texcoco, Chalco y Xochimilco,² y en el fondo, los dos volcanes cubiertos con su manto blanco. Aquí y allá se puede ver en la llanura y sobre las lomas caseríos y pueblos: acá, entre grupos de árboles, aparecen las pobres moradas de Tacuba, antigua capital del reino del mismo nombre; arriba, sobre un cerro, se encuentra la capilla de la Virgen de los Remedios, imagen milagrosa a la que van a buscar en procesión para que haga llover cuando los cultivos padecen sequía. Del otro lado se levanta la loma del Peñón, de la que sale una fuente de agua termal; no lejos de allí, el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, donde acaba la gran calzada del norte; finalmente, al pie de la terraza, alrededor de las rocas cubiertas de breñas de las que se escapa un riachuelo límpido, crecen prados verdes y cipreses³ seculares, decanos de la vegetación de los alrededores. Aquellos cipreses, que tienen de 12 a 16 metros de circunferencia, ya eran árboles enormes cuando los conquistadores españoles hicieron desaparecer todo lo que podía recordar a los pueblos vencidos su antiguo poderío. Los jardines de Moctezuma fueron destruidos, igual que su palacio, y el hacha sólo perdonó estos restos imponentes de las culturas aztecas por respeto a su edad.

² El lago de Xochimilco sólo es una parte del lago de Chalco.

³ *Cupressus disticha* Linnei, llamado ahora *Schubertia disticha*.

Los acueductos que llevan el agua a la ciudad salen de Chapultepec. Uno es alimentado por la fuente que sale de esta roca, el otro, por un manantial que viene de más lejos.

San Ángel es, junto con San Agustín, el huerto de México, donde los árboles de las huertas cuelgan por el peso de las frutas de toda clase que allí se cosechan. Los árboles frutales de Europa son más numerosos que los del país, pero los mercados están abundantemente surtidos con todas las frutas de los climas cálidos, que traen desde veinte y treinta leguas a la redonda.

San Ángel se encuentra en la vertiente de un volcán apagado desde hace mucho, rodeado de lavas y de escorias esponjosas que se extienden hasta varias leguas del cráter. Esas deyecciones volcánicas se parecen desde lejos a una lepra vegetal. Ofrecen algunos lugares originales, pero es difícil entrar allí. Al este de San Ángel, el pueblo de San Agustín de las Cuevas, también llamado Tlalpan, extiende a medio cerro lo verde de sus jardines; las calles están desiertas, silenciosas y sólo tres días al año, en las fiestas de Pentecostés, la mayor agitación sucede a la calma acostumbrada.

Desde todas partes acuden a San Agustín los jugadores que quieren probar suerte para nuevos planes. Quince o veinte montes, dirigidos a menudo por gente distinguida que hace personalmente el oficio de *croupier*, se abren al público. La muchedumbre va de uno a otro desde las nueve de la mañana hasta la noche. Aquí, dos, tres, cuatro mil onzas de oro se ponen a la vista de los jugadores de primera clase. Allá, una pila de piastras suscita la codicia de los jugadores más tímidos, y hasta en la plaza pública se encuentran mesas en las que la gente del pueblo puede poner sus reales. Es una feria de plata.

El monte es un juego muy sencillo que tiene una analogía con el treinta y cuarenta. Se colocan en la mesa dos cartas sacadas al azar que representan dos colores, a las cuales los jugadores confían su dinero; luego se sacan otras cartas de juego hasta que llegue una semejante: ésta es la que gana. Cuando la carta ganadora es la primera de aquellas que voltean, el banquero sólo paga los tres cuartos de la apuesta.

Los mexicanos tienen un gusto pronunciado por el juego. No digo pasión, porque yo no les conozco ninguna. Una pasión sólo puede

existir cuando el hombre desarrolla una gran energía de voluntad y de acción que conmueve violentamente sus facultades y todo su ser. Pero el mexicano siempre sigue siendo el mismo, y nada lo conmueve profundamente.

Yo vi en las fiestas de San Agustín a un jugador de clase media apostar 500 onzas de oro (más de cuarenta mil francos): se le pasó, como es costumbre, el juego de cartas para que él mismo fuera el responsable de su fortuna o de su ruina. Él lo tomó sin cambiar de color y colocó suavemente su cigarro en la mesa; luego, fue sacando metódicamente cada carta (naipes), colocándola sucesivamente una sobre otra. Finalmente, llegó la sota fatal, que lo hizo perder... Nada cambió en su cara, ningún nervio contrajo ni la boca, ni la ceja. En el momento en que el banquero recogía su dinero, entregó con cortesía los naipes al tallador, volvió a tomar su cigarro, hizo caer las cenizas para que no lo hicieran sobre él, y volvió a apostar algunas monedas de oro que encontró en su bolsillo. ¡Pobre de él! ¡Todo lo que le quedaba en el mundo no igualaba ni la mitad de la suma que acababa de perder y él seguía tranquilo!

En medio de estas reuniones silenciosas de corredores es fácil distinguir el extranjero del criollo por los movimientos de impaciencia del primero y la impasibilidad del segundo. Sin embargo, pese a algunos ademanes convulsivos, algunas breves palabras que revelan siempre su origen, los extranjeros imitan maravillosamente a los mexicanos por la tenacidad y la audacia del juego.⁴ Los jóvenes, sobre todo, juegan con un ardor espantoso.

En esta fiesta, cuando se juega, no se busca una ganancia mediocre de algunos centenares de piastras; se aspira al menos a una bolsa de mil onzas y, cuando por fortuna se logra, se pierde a veces por haber buscado el doble. El hombre que se sienta a una mesa de monte ya no es dueño de sí, la fortuna lo tiene hechizado. Si gana, queda engolosinado; si pierde algún dinero, quiere recuperarlo, y cuanto menos suerte tiene, más obstinado se vuelve. En tiempos de los españoles, estas fiestas eran más concurridas que ahora; la gente venía desde

⁴ Vi en San Agustín al coronel Stavoli, italiano al servicio de México, que perdió de un solo golpe las 980 onzas que acababa de ganar.

muy lejos y era muy común ver apostar mil onzas a la vez, pero desde entonces, los juegos se han resentido por la disminución de las grandes fortunas.

San Agustín ofrece también distracciones menos peligrosas, en las que el perdedor puede recobrar algo de calma y filosofía: las peleas de gallos, los bailes en el Calvario y los de la noche. Las peleas de gallos son también juegos en los que se apuesta por algún campeón, pero uno puede divertirse un momento sin tocarse el bolsillo. Los gallos que entran a pelear tienen en la pata una hoja de acero muy cortante, atada como si fuera una espuela. Excitados por adelantado el uno contra el otro, se lanzan en cuanto se sienten libres y buscan herirse con la espuela. Sea echándose el uno sobre el otro, sea que pasen a la derecha o a la izquierda, procuran herirse recíprocamente, y algunos lo hacen con tal destreza, que desde el primer choque abren la panza o el lomo del adversario. Es cosa de verlos atacarse, echarse atrás, medirse agachando la cabeza, erizando las plumas del cuello, con ojos centelleantes de furor. El vencido no puede esperar salir del encuentro: mientras su enemigo se puede arrastrar, lo ataca con golpes constantes, y cuando aquel expira, éste, dándole vuelta al cadáver y con soberbia, hace oír su canto de victoria, por el que parece desafiar a los demás combatientes. Sin embargo, él debe encontrar la muerte en el lugar mismo de sus hazañas: es el paladín de este torneo a ultranza y debe combatir contra todos los campeones que le oponen. A menudo mata a seis u ocho con mucha suerte, pero finalmente sus fuerzas se agotan, sucumbe, y va a juntarse en las cocinas de la gran plaza con las víctimas que él mismo despachó.

La ruta de México a Tlalpan es la que llega a Acapulco. Se eleva rápidamente por los montes del sur del valle y llega a la Cruz del Marqués, su punto culminante, que se encuentra más o menos a la misma altura que Río Frío. Cuando subí esta cuesta por primera vez, apenas amanecía, pero al salir el sol, vi la cuenca de México en su punto de vista más grandioso. Veinte volcanes la rodean desde su parte occidental hasta el cono nevado del Popocatepetl. Todo el valle produce el efecto de un cráter inmenso que se enfrió poco a poco, conservando mucho tiempo aún suficiente calor para mantener erupciones parciales en sus lados. Durante varias leguas, la ruta está

cavada en bancos de lavas y de cenizas volcánicas tan pesadas, que el viento apenas puede levantarlas.

En la Cruz del Marqués, lugar cuyo nombre viene de una cruz que allí se colocó, aquellos rastros de incendios terrestres se vuelven menos visibles y los bosques de pinos son más tupidos. Este lugar es temido por los viajeros, pues los ladrones lo escogieron como escenario de sus hazañas, y el pueblo de Huitzilac es el vivero inagotable de ellos. Durante las guerras de Independencia, unos bandidos cometieron sobre los españoles atrocidades indignantes. Desde Huitzilac se descubre Cuernavaca y las regiones cálidas que se extienden hacia el Pacífico. Uno se encuentra aún en medio del invierno, pero abajo impera una primavera eterna.

Al bajar la costa me quedé muy sorprendido al encontrarme con dos indios que, salidos de Tlalpan al mismo tiempo que yo, me habían seguido, aun cuando mi caballo iba a buen paso. De hecho, ellos iban atajando a menudo y recuperaban de este modo el terreno que perdían por otra parte. Llevando pesadas cargas, habían, sin embargo, conservado su pequeño trote y no parecían más cansados de lo que estaban en la mañana. Aquellos indios son excelentes caminantes y suelen viajar de un modo extraño. Cargan en la espalda una jaula calada o una red llena de víveres, retenida por una soga que les atraviesa la frente, de suerte que la cabeza soporta en gran parte el peso. Aviados de esta manera, se les ve, con el cuerpo y la pierna encorvados, caminando a pequeño trote a veces unas veinte leguas, sin más alimento que una tortilla seca. Prefieren ir cargados que sin nada. Cada día se podía ver a algunos que regresaban de la ciudad al pueblo, llevando ellos la carga de sus mulas. Cuando los mixes y los guichicovi regresan del mercado de Tehuantepec, cuidan de llenar sus redes con piedras, para poder correr más cómodamente.

Cuernavaca, a 18 leguas de México, era la capital de los tlahuicas, pueblos sometidos por los aztecas. El temple de esta ciudad pequeña es agradable, aunque algo cálido. Las casas y las chozas de caña están entreveradas con huertas de naranjos, cidras y daturas, cuyas flores perfuman el aire. En todas partes se oye el murmullo de un riachuelo que baja del cerro y discurre en medio de las viviendas. Los alrededores proveen de productos de ambas latitudes de transición. A media

legua de allá, en la hacienda de Atlacomulco, antigua propiedad de Cortés, se cultiva a gran escala la caña de azúcar y el café. El cafetal fue plantado por un francés en 1824.

Otro francés, de nombre Joseph de Laborde, mandó construir en Cuernavaca, una vivienda,⁵ por la que gastó 500 mil piastras, con el fin de socorrer al pueblo de este lugar durante una hambruna, dándole al mismo tiempo los medios de ganar su subsistencia. El lugar que escogió es un cerro árido donde creó un hermoso jardín y un lago cuyos veneros son perennes.

Laborde, que vino a México bajo la protección del gobierno español obtenida no sé cómo, estaba dotado de una mente especuladora. Tenía ideas amplias que desarrolló, en una época en la que bastaba con querer trabajar para hacerse rico, y pocos años fueron suficientes para que lograra una fortuna colosal. En 1743, la mina de la Cañada de Tlalpujahuá le dio productos de gran riqueza a los que pronto añadió los tesoros que sacó de Taxco.

Sin embargo, este hombre emprendedor sufrió en su vida grandes reveses de fortuna. Después de haber prodigado su dinero en dones de toda clase y haber gastado en particular 400 mil piastras en la construcción de la iglesia de Taxco, según el señor de Humboldt, y según sus nietos, un millón de piastras, fue reducido a la miseria por la decadencia rápida de estas mismas minas, de las que había sacado anualmente 200 o 300 mil marcos de plata. Al haberle permitido el arzobispado vender un sol de oro enriquecido con diamantes, que había adornado el tabernáculo de esta iglesia, se fue a Zacatecas, siempre con el producto de esta venta, que se elevaba a cien mil piastras. Allá obtuvo por segunda vez inmensas riquezas, siempre en la explotación minera.

Dicen que fue el amante de una virreina, en cuyo honor dio fiestas en las que se lucía todo el boato posible de aquel entonces. En su mansión de la calle de San Francisco, en México, solía recibir a sus ilustres huéspedes. Acababa de mandar construir este amplio edificio que se extiende hasta la mitad de la calle del Coliseo Nuevo y se divi-

⁵ Esta habitación que había caído en ruinas fue convertida en hotel de diligencias.

de en varias habitaciones. Las oficinas de Correo ocuparon parte de ellas durante mucho tiempo.

Laborde dejó a su muerte una fortuna de 600 mil piastras. Había obligado a su hija a entrar al convento, con el fin de dejar todos sus bienes a su hijo único. Éste abrazó de manera voluntaria el estado eclesiástico, pero se cansó pronto del celibato y vivió públicamente con una india que lo hizo padre. Hizo entonces todos los sacrificios posibles para que le relevaran de sus votos y para legitimar a los tres hijos que había tenido de esta relación ilícita. El arzobispo de México le era favorable, primero para acabar con el escándalo de su vida, y también para agradar a un hombre que había regalado a la catedral unas 300 piastras en regalos y adornos de oro y plata y en piedras preciosas. La Corte de Roma también era favorable para con él, pero el rey de España se negaba a esta acción inaudita. Tres veces su Consejo tuvo que deliberar acerca de una súplica de Laborde, tres veces rechazó la demanda y lo condenó a cincuenta mil piastras de multa. Finalmente, los consejeros del rey, cansados, o tal vez convencidos por el oro de Laborde, aceptaron su demanda y el mismo soberano tuvo que ceder ante la opinión general. Aunque el abate de Laborde había adquirido en la explotación minera una fortuna mucho más considerable que la de su padre en los tiempos de su mayor prosperidad, murió en una situación que rayaba en la miseria. Sus hijos hispanizaron el apellido de Laborde y firman ahora como Borda. Uno de ellos es abogado en México y vive en la mediocridad.

Una casualidad hizo descubrir, hace pocos años, a unas diez leguas de Cuernavaca, una cueva inmensa y de admirable belleza. Era conocida por los indios que la veneraban como la morada del Genio de los montes, pero es probable que siempre quedó ignorada de los españoles. Hacia los primeros días de 1833, el señor Barón Gros, primer secretario de la Legación de Francia, recorrió gran parte de esta asombrosa excavación. Hizo algunos dibujos de lo que vio, y lo que contó a su regreso a México alentó al gobierno mexicano a nombrar una comisión con el fin de explorarla. Nuestro compatriota, el señor Perdrauville, fue nombrado para presidir esta comisión. Entonces, se pudo apreciar en términos geométricos las dimensiones de aquellas

salas, de estas bóvedas, de estas estalactitas y estalagmitas y tener finalmente una idea clara de todas estas maravillas.

La ruta de Cuernavaca a Cacahuamilpa pasa no lejos de una construcción militar de Xochicalco, de la que sólo quedan ruinas hoy en día. Se trata de un cerro al que los antiguos pueblos del país dieron la forma de una pirámide truncada con una base triangular, cuyos lados fueron revestidos de mampostería. La plataforma mide 86 metros de largo y 72 de ancho, un baluarte se yergue al oeste y un parapeto en los tres otros lados. Se puede ver los restos de una pequeña construcción en forma de paralelepípedo de unos treinta pies de largo y 15 de ancho. El revestimiento está hecho con piedras de gran dimensión, adornadas con jeroglíficos esculpidos en relieve, que representan cocodrilos, conejos, monstruos, armas, partes de indumentaria y hombres en cucullas al modo oriental, con un adorno en los ojos semejantes a antiparras. La altura del monumento no pasa de 14 pies, pero es de presumir que era más alto; el estado actual de su base superior no permite dudar de que hubiera habido un asiento más. No hay ningún rastro de escalera para subir a la terraza de este monumento, lo que permite pensar que servía de refugio para los sitiados, quienes, una vez invadida la plaza, se refugiaban allí como si fuera un nido de águilas, para oponer desde arriba una resistencia desesperada a los sitiadores victoriosos.

Estas fortificaciones se encuentran en las tierras de los señores Pérez y Palacios. Ellos son quienes empezaron los trabajos de destrucción para sacar los materiales necesarios a la construcción de los edificios de su hacienda de Miacatlán. Nos encontramos aquí en el país de las haciendas ricas: Temixco, Miacatlán, Cocoyoc, por las que atraviesa la ruta, proporcionan un rédito neto de veinte a sesenta mil piastras. El color verde de la caña de azúcar tapiza los valles y las partes bajas hasta donde alcanza la vista.

La caña rinde mucho en la vertiente oeste de las cordilleras, pero sólo da dos cosechas al año, mientras que en el lado este basta con cambiarla cada siete años. Considero que la principal razón de ello se encuentra en la atmósfera, muy cargada de humedad en las orillas del golfo mexicano, y muy seca al contrario en las planicies alejadas de los dos mares. De esto resulta que se debe recurrir al riego artificial

para cultivar la caña, mientras en las provincias de Tabasco y Veracruz basta el rocío. Ahora bien, un riego abundante en ciertas épocas comunica efectivamente a la planta una fuerza productiva superior a aquella que adquiriría con el rocío, pero se le obliga a hacer esfuerzos que la agotan; al dar de golpe más de lo que debería, vive mucho menos tiempo.

La jornada de marcha termina por lo regular en la hacienda de Cocoyotla. Mis compañeros y yo mismo fuimos perfectamente acogidos, aunque no traíamos ninguna carta de presentación. Al día siguiente, nos fuimos al pueblo indio de Cacahuamilpa y luego, por la tarde del mismo día, nos instalamos en el fondo del barranco donde desemboca el subterráneo, para empezar a explorarlo al amanecer.

Dos personas me acompañaban: un joven mexicano, oficial superior, y un inglés, el señor James Barlow. Inspirados los tres por un espíritu un tanto romántico, era para nosotros una fiesta el acampar en un desierto y no tuvimos motivos para arrepentirnos. Después de haber instalado nuestras camas en una pequeña gruta, frente a la cueva, nuestros criados empezaron a preparar la cena. Como viajeros veteranos, no habíamos prescindido de nada que hiciera agradable nuestra excursión. Traíamos toda clase de provisiones: potaje, gallina trufada del Mans, lamprea de Burdeos, chícharos y, como complemento, vino de Madeira y de Château-Latour, coñac y café Velasco;⁶ todo era exquisito, con el toque refinado de un vivo apetito.

El atardecer fue delicioso, el calor era mitigado por un fresco arroyuelo que corría a cuatro pasos de nosotros y caía en varias cascadas. La luna, deslumbrante, cruzaba apaciblemente el azul límpido de los cielos, sus rayos plateaban las hojas de los árboles del barranco formando con las sombras espesos contrastes que un incidente imprevisto volvió mágicos.

Nuestras gentes y unos diez guías que habíamos contratado en el pueblo, habían prendido una fogata al pie de un chopo gigantesco para preparar su cena. Pero he aquí que, al cabo de una hora, el tronco, las ramas y las hojas, todo ardía. El incendio subió en pirámide a más de cien pies de alto y pintó de rojo los objetos que antes desapa-

⁶ Este café, que viene del sur del Valle de México, tiene un sabor exquisito.

recían en la sombra, en bermejo las rocas y las aguas que la luna iluminaba. El pájaro, despertado en su nido con los rayos de aquella aurora peregrina, huyó con un grito plañidero y el coyote ladró a lo lejos en señal de espanto. Este doble efecto de luz, en este barranco profundo y accidentado, hubiera sido una buena fortuna para el pincel de Martins o de Guérin. El árbol, sin embargo, no se consumió totalmente, pero las llamas devoraron las hojas y las pequeñas ramas hasta la cima.

La entrada a la gran caverna está escondida por un cerro cubierto de vegetación. Está cerrada por un arco de rocas estratificadas en las que se distinguen bloques de mármol negro con venas blancas. Desde lo alto del cerro, la vista se hunde en la cueva y descubre primero una sala rectangular de unos 406 pies de largo por setenta de altura, cuyo suelo es unido y terroso. Bajamos allí por un sendero escarpado y al ir descendiendo bajo la bóveda, las antorchas se volvieron más necesarias para guiar nuestros pasos. Pronto la oscuridad apenas cedía ante nuestras teas y sólo podíamos apreciar el tamaño de las salas que se sucedían, con fuegos de Bengala y cohetes voladores; algunas, incluso, eran tan altas que difícilmente nos podíamos dar una idea de su altura puesto que había unas de 150 pies que no llegaban a la bóveda.

La gruta de Antiparos, del departamento del Doubs, y muchas otras presentan sin dudas concreciones tan curiosas como éstas. En las criptas de Maëstricht, en la caverna de Mamut, en Kentucky, existen galerías más amplias y más profundas, pero creo que la de Caca-huamilpa no tiene parangón en cuanto se refiere a la prodigiosa altura de su bóveda y a lo gigantesco de sus concreciones.

Todas estas formaciones calcáreas son en su exterior de un color negruzco o de un amarillo leonado y apagado, pero hay otras que ofrecen una superficie adiamantada cuyos cristales refulgen en las luces. La primera estalagmita que llama la atención representa una fuente cuyas aguas se congelaron en sus bordes. Un poco más lejos, el espato calcáreo representa, hasta el punto de engañar, una capilla gótica de columnitas esbeltas, con ojivas ricamente recortadas. Desde los otros lados se yerguen obeliscos, cipos, conos, troncos de árboles cubiertos de musgos y de hojas de acantos. Finalmente, unas estalactitas huecas, con formas cilíndricas, tan cercanas unas de otras

como los tubos de una caja de órgano, emiten, cuando se las toca, sonidos variados y metálicos que rematan la ilusión. De vez en cuando, unos derrumbes espantosos obstruyen los pasillos y se debe entonces trepar con cuidado sobre estos montones de rocas para no herirse. A menudo se oyen estruendos como descargas de artillería en aquellos subterráneos. Son sin duda una masa de rocas que se desprenden de la bóveda y caen con estrépito.

El termómetro de Réaumur, que marcaba 25 grados en el barranco, había bajado de cuatro grados en la primera sala. Volvió a subir a veces a los 25 grados, pero en general, sólo varió de 20 a 21 grados. A 200 o 300 metros más o menos de la gruta que acabamos de describir, existen otras dos, que dan salida a los ríos de San Jerónimo y San Felipe, los que se hunden bajo los montes a tres leguas de allí y a cuatro leguas de distancia el uno del otro.

Desde el lugar del valle donde estábamos, no nos era posible verlos. Para ir allá, es preciso dar una vuelta de una legua y media, o exponerse a grandes fatigas si uno quiere ir directamente. Lo escarpado de la vertiente oeste, en la que se encuentran estas excavaciones y los cortes a pique del fondo de la barranca vuelven muy difícil su acceso. Sin embargo, es el camino que escogimos.

Llegados en frente de la primera cueva, nos impresionó el aspecto salvaje aunque grandioso del cuadro que se nos ofreció. Dando la vuelta a una roca que se adelanta como cornisa a 200 pies arriba del vallecito, descubrimos de repente en su conjunto las entradas de las dos galerías subterráneas; luego la barranca en su conjunto, con sus verdes bosquecillos, sus árboles gigantes asentados en la roca, los que la abrazan con mil raíces; por fin el arroyo, que discurriendo en medio de un caos de piedras enormes y de bancos abruptos de roca amarillenta, va perdiéndose bajo una bóveda de vegetación tras haberse dos veces enriquecido del tributo que le brindan las cuevas.

A veinte pasos de nosotros se levantaba, a cuarenta o cincuenta pies encima de nuestras cabezas, el arco de la primera bóveda cuyos extremos descansan sobre el plano del valle. La cuerda de este arco puede tener ochenta metros y la profundidad visible del subterráneo alrededor de 200. Esta galería cambia luego de dirección y se encuentra pronto interrumpida por una cascada infranqueable. El río que

sale de ahí corre a borbollones en el terreno rocalloso. Cien metros más lejos, aparece la boca del segundo túnel geognóstico, sombreado por ramas verdes. Es mucho menos elevada que la otra y sus aguas también son menos abundantes. Tampoco es posible remontar su curso durante mucho tiempo. Parece seguro que las madres de estos dos ríos se cruzan al pasar debajo de las montañas y no se puede dudar de esta singularidad cuando se compara el volumen y el color de sus aguas antes y después de su viaje subterráneo, ya que intercambian sus propiedades distintivas cuando vuelven a aparecer en el barranco.

Un accidente pareció cambiar en duelo los placeres de aquel día. Se sabe que los ingleses son amantes de emociones fuertes y que buscan el peligro sin fanfarronadas. El señor Barlow era uno de aquellos ingleses particularmente excéntrico en sus ideas y sus acciones. Habíamos bajado a la cueva por el lado que ofrecía menos obstáculos. El joven mexicano y yo volvimos a subir por el mismo camino, pero Barlow tomó otro mucho más difícil y faltó poco para que perdiera la vida a causa de su imprudencia. Al treparse a una roca de un metro de diámetro, que le parecía sólidamente estable, se dio cuenta de que ésta se encontraba encima de otra y que, si hacía el menor esfuerzo para cruzarla o bajarse de ella, caería infaliblemente sobre él. Alarmados al oír sus gritos de angustia, llegamos en seguida y uno de nuestros guías, más ágil que nosotros, logró salvarlo cuando sus fuerzas ya lo estaban abandonando (75).

Casi todo el país que se extiende de Cuernavaca hasta el océano Pacífico no ofrece, visto desde la ruta, nada pintoresco. La vegetación es pobre y hasta nula en espacios inmensos, y cuando vuelve a mostrar algún vigor, sólo produce calabazas, mezquites o una especie de mimosas corníferas. Los lindos pajaritos de los trópicos huyen de estos lugares áridos y buscan refugio en los valles umbrosos o en las riberas del Mezcala y del Papagayo. Sólo se oye la llamada plañidera de las tórtolas o el grito del caracara, que los animales muertos atraen en los caminos. El Mezcala toma el nombre de Balsa un poco más al oeste y se echa en el Pacífico en Zacatula, así como el Papagayo, que corre en el sureste. Sus cursos son cuatro o cinco veces más caudalosos en verano que en invierno y se vuelven a menudo infranqueables durante varios días.

Sobre toda la vertiente oeste de las cordilleras, desde Tehuantepec hasta el golfo de California, el rocío es muy escaso, aumentando en localidades pequeñas y desapareciendo en otras. Así, el menor hilo de agua se vuelve una fortuna para la comarca que lo tiene. Cada propietario ribereño lo toma para regar sus tierras y lograr una buena cosecha en los climas fríos o templados, y dos veces al año en los climas cálidos. Desgraciadamente, los grandes ríos son escasos en México y los pequeños se agotan pronto con estos riegos.

Los mosquitos, las garrapatas y las niguas no molestan mucho en esta parte de México, pero los alacranes bermejos abundan. Su picadura es muy dolorosa y mortal para los niños. Estos insectos son aún más peligrosos en el pueblo de Zumpahuacán, donde no es posible levantar una piedra sin encontrar varios de ellos. Los indios de allí les quitan la cola con mucha destreza y los asan, comiéndolos luego con tortillas de maíz. Uno podría creer que este alimento influye en el carácter de estos indios, si las teorías fisiológicas no rechazaran estas ideas: son malos y coléricos, hasta el punto de haber inspirado este refrán: “malo como un indio o como un alacrán de Zumpahuacán”.

Acapulco está situado al pie de una cordillera que forma su bahía. Su población actual no rebasa las tres mil almas, pero va en aumento desde que este punto sirve de escala a los buques de vapor estadounidenses de la línea de California.

El puerto es muy hermoso y tiene una circunferencia de casi dos leguas, los barcos se quedan allí con toda seguridad. Durante los últimos cuarenta años, pocas veces se podía ver la vela de un navío, porque el comercio que hacía de este puerto el segundo del reino por la extensión y la importancia de su tráfico antes de la primera insurrección era casi nulo. Acapulco era el almacén de toda la costa occidental, así como de China y Filipinas. Ahora, los barcos que cruzan el Pacífico llevan a Mazatlán y San Blas los tejidos de Manila y de Cantón.

Antaño, era toda una fiesta cuando el galeón de Manila llegaba a Acapulco. Apenas lo divisaban desde el fuerte que domina la entrada de la bahía, el cañón, el repique de las campanas y el estallido de los cohetes anunciaban alegremente la noticia. Sumas inmensas de dinero llegaban entonces a Acapulco, desde todos los mercados de la Nueva

España, para comprar productos asiáticos, los que eran vendidos en un momento y luego vueltos a vender con precios exorbitantes.

El calor que se concentra en la cuenca de Acapulco es a menudo sofocante, pese a una abertura que se hizo en los cerros para que corra el viento de mar. En tiempos de lluvias el clima es malsano y se dan fiebres de las que es difícil librarse una vez contraídas. Pero en toda esta costa no se da el vómito, el que en las playas orientales causa tantos estragos en quienes no están aclimatados.

Los habitantes de Acapulco se dividen en tres clases: los blancos, los negros y los chinos. Estos últimos son casi todos desertores del galeón, quienes, fatigados por una navegación larga y peligrosa, huyeron de nuevos peligros y regresaron más tarde a las playas para dedicarse a la agricultura o al comercio.

Los negros, que son muy numerosos en esta costa, son altos, fuertes, pero de una pereza excesiva que la fertilidad de la tierra alienta. Son pendencieros en cuanto beben un poco y toman la espada para vengar la menor ofensa. Por lo demás, son francos, de buena fe en sus tratos y de un genio sumamente alegre.

Con un carácter menos agradable, los indios de esta costa tienen el mismo descuido y la misma apatía. Una vez acostados en el petate, se levantan a duras penas y aunque su choza se cayera, no se apurarían en huir.

CAPÍTULO VIII

Calzada del norte.- Leyenda de la Virgen de Guadalupe.- Llanura salada.- Pobres chozas de los indios salineros.- Teocalis de San Juan Teotihuacán.- Sus orígenes.- Sus dimensiones.- Otumba.- Las llanuras de Apan.- Pulque de Zinguilucan.- Tulancingo.- Excursión al este.- Papantla.- El Tajín.- Tuxpan.- Colonia francesa de Jicaltepec.- Pandilla de ladrones.- Andrade.- Hacienda de Regla.- Sitio pintoresco.- Basalto.- Compañía inglesa de Real del Monte.- Extracción de la plata del mineral.- Explicaciones de las dos maneras de proceder.- Separación del oro.- Ruta de Regla a Real del Monte.- Niebla espesa.- Nieve.- Posadas miserables.- Una noche pésima.- Riqueza mineral de México.- Castillos en España.- Pérdidas de la compañía inglesa.- Bajada a la mina de San Cayetano.- Rara vestimenta de los mineros y de los visitantes.- Regreso de los cíclopes.- Escaleras usadas en las minas mexicanas.- Bajada por el tiro de las minas.- Magníficas muestras de mineral.- Mala dirección de los trabajos de la compañía inglesa.- Subida por la mina de Terreros.- Cansancio extremo.- Desfallecimiento.- Los caballos.- Pachuca.- Posada aislada en manos de ladrones.- Miseria de sus habitantes.- Aventura nocturna.- La calzada de San Cristóbal.- Canal de Huehuetoca.- Inundaciones de México en 1629 y en 1763.

Regresemos ahora sobre nuestros pasos y tomemos la calzada del norte de México, opuesta a la de Iztapalapa, que se sigue para llegar directamente a Tlalpan. Esta calzada no tiene más de una milla de largo. Nos lleva primero al pueblo de Guadalupe, donde se encuentra el santuario de la Virgen milagrosa, patrona de los mexicanos. Según la leyenda, unos años después de la toma de Tenochtitlán, la Madre de Cristo se habría aparecido a un indio bajo los rasgos de una joven de su raza, mandándole decir al arzobispo que le levantara un templo allí mismo. Luego de imprimir su imagen sobre el vestido de tela del pobre azteca, le dijo que debía confiar en el resultado de esta misión. Efectivamente, la pintura milagrosa le pareció al prelado de México una prueba suficiente de autenticidad y se construyó para la santa imagen el templo que existe hoy en día, al que los indígenas enterados llegaron desde todos los puntos de México, trayendo sus piadosas ofrendas a Nuestra Señora de Guadalupe.

Más allá de este pueblo, empieza una gran llanura arenosa que se extiende a seis o siete leguas a lo largo del lago de Texcoco. Blanqueada por las eflorescencias salinas, se parece a un prado de las orillas del Saône durante un chaparrón de marzo. Allí, como en el otro lado de Guadalupe, se ven unos indios que se dedican exclusivamente a recoger esta sal, la que venden en el mercado. No he visto nada más miserable y horrible que sus aldeas; cada choza mal construida con ladrillos crudos se confunde con los montones de tierra que la rodean. No hay vegetación ni nada verde alrededor; todo es tierra, todo es de un color uniforme y la vista de los pobres habitantes de estas madrigueras acrecienta aún la impresión penosa que se siente al considerar estos miserables refugios.

No puedo pasar por San Juan de Teotihuacán sin hablar de los teocalis que se encuentran en los alrededores de este pueblo. La gente

del lugar los llama montecitos y, efectivamente, ahora que el tiempo hizo desaparecer casi totalmente las aristas de estas pirámides y que las cubrió con vegetación hasta la cúspide, se asemejan a aquellas turgencias terrestres que se encuentran en los lugares que fueron trastornados antaño por fuegos subterráneos.

Estos teocalis, contruidos en los siglos VIII o IX de nuestra era, estaban dedicados uno al sol y el otro a la luna. Según las medidas adoptadas por el señor de Humboldt, el primero tiene 171 pies de alto y 645 de ancho en su base, mientras el segundo tiene unos treinta pies menos de altura.

El interior de estas pirámides es de arcilla mezclada con piedras, el revestimiento está hecho de amigdaloides y cemento con una capa de cal que se puede ver en algunos lugares y que presenta capas perfectamente pulidas. Las escaleras que suben a la cima están totalmente destruidas y sólo se distingue el lugar que ocupaban. Entre estos dos teocalis, se levanta un gran número de cerros cónicos de 15 a 20 pies de altura, consagrados a los astros secundarios o destinados a las sepulturas de los sacerdotes y de los caciques. Están colocados con orden, y en el centro del grupo, me llamó la atención una piedra fuerte y grande que se parece a una tumba, cubierta de jeroglíficos. Los dos teocalis y el espacio alrededor están cubiertos de pedazos de barro y de obsidiana bruta o labrada en dardos de flechas. Estos monumentos son los más antiguos en la historia de los pueblos cuyas migraciones conocemos, pero son los menos interesantes desde el punto de vista artístico.

Dos horas después de haberme alejado de las pirámides divisé a la derecha el pueblo de Otumba, una ciudad muy importante cuando florecía el imperio azteca. Pisé entonces el campo de batalla en el que Cortés ganó una victoria casi milagrosa que salvó a su ejército y le permitió volver a ver a sus amigos de Tlaxcala y preparar con ellos la ruina de México.

Estamos ahora muy cerca de las llanuras de Apán, famosas por su excelente pulque. En Zinguilucan empecé a encontrar esta bebida soportable cuando hasta entonces me había inspirado repugnancia, y me pareció finalmente rica en Tulancingo a la hora de comer.

La ciudad de Tulancingo, construida por los toltecas a mediados del siglo VII, es la más antigua de México. Su clima no es agradable,

el viento es frío y a menudo húmedo, aunque las fuertes lluvias sean raras y que las cosechas se sequen con bastante frecuencia cuando aún están sin cortar. De hecho, los mercaderes franceses que vivían allí cuando pasé se burlaban del frío y de la humedad al calor de sus chimeneas, donde volvían a encontrar con una temperatura agradable esta alegría que suscita una buena fogata cuando el cielo es triste y el viento silba bajo las puertas mal puestas. Éstas son las primeras chimeneas que vi en México, aun cuando en las partes altas se siente a veces la necesidad de calentarse. Desde entonces, se ha tenido la buena idea de construir algunas en México.

Si al salir de Tulancingo vamos hacia el este, llegamos a Tuxpan, pequeño puerto del golfo mexicano, después de haber cruzado amplios desiertos donde se ven de vez en cuando hermosos bosques y paisajes ricos de relieves accidentados y curiosos. Visitaremos también Papantla, pueblo famoso por las ruinas de un hermoso teocali llamado El Tajín por la gente del lugar. El señor Nebel nos dio un dibujo de él.

Este monumento está compuesto por siete asientos que se encajan unos en otros y siguen el mismo ángulo de inclinación que le confiere la forma piramidal. Cada asiento ofrece una serie de nichos cuadrados simétricamente dispuestos, tan profundos como anchos, cuyo número era al menos de 360. La gran escalera que se encuentra en la fachada oriental está dividida en dos por un intervalo de tres nichos. Sólo se sube esta escalera hasta el séptimo asiento, que está en ruinas.

Los bosques que rodean El Tajín son casi inaccesibles. Sólo se puede llegar allí con el hacha o el machete en la mano y se necesita un conocimiento muy particular de estos lugares para encontrarlo. Ya la vegetación se adueñó de este monumento, numerosos arbustos y hasta árboles grandes se arraizaron en sus grietas, entre las piedras mal juntas, y tumbando los obstáculos que se oponen a su crecimiento, amenazan el edificio con una destrucción completa y próxima.

Entre Veracruz y Tuxpan, cerca de Nautla, se quiso establecer, hace unos veinte años, una colonia francesa, la de Jicaltepec. Pero ocurrió allí lo que había causado el desastre de la de Coatzacoalcos: el director de la colonia mostró una incuria fatal a la empresa y los

colonos no tardaron en dispersarse. Sin embargo, algunas familias se quedaron en Jicaltepec y lograron, a fuerza de trabajo y de constancia, superar la terrible miseria que los acogió a su llegada. Poseían entonces pequeñas parcelas bien cultivadas que les proporcionaban una existencia fácil cuando el huracán de 1853 arruinó su bienestar y los hundió por segunda vez en la miseria.

Pero regresemos a Tulancingo, para salir de allí hacia Regla y las minas de Real del Monte.

Mis compatriotas de Tulancingo no querían que hiciera este viaje solo con mi doméstico. Me decían que la ruta estaba infestada de ladrones y que yo sería inevitablemente desvalijado. Pero estos avisos no me asustaban y, si debo decirlo, hasta halagaban un secreto deseo de mi corazón. Durante algunos años he buscado, más que huido, la ocasión de toparme cara a cara con bandidos. Era muy ávido de emociones nuevas y muy curioso de saber lo que habría experimentado en un ataque repentino de ese tipo.

Durante mucho tiempo, en efecto, un bando bien organizado de ladrones saqueaba particularmente el territorio que debía atravesar. No atacaban sólo a los viajeros aislados, sino que asaltaban también la escolta de los furgones ingleses que llevaban las barras de plata a Veracruz. Una vez tuvieron la ventaja y se apoderaron de la caravana. La tenacidad de estos bandidos se debía al carácter firme de su capitán, el famoso Andrade, que al ejercer sobre ellos un imperio absoluto, los mantenía en el oficio, aunque la sangre de los suyos hubiera corrido ya. Sin embargo, no corrí ningún riesgo: aquel temible jefe acababa de ser arrestado y llevado a las cárceles de México, cosa que se ignoraba aún en Tulancingo. El bando, desamparado y acobardado por un momento, se había retraído en su refugio.

La hacienda de Regla (76) es uno de los lugares más pintorescos que he visto. Se encuentra en una cañada estrecha entre dos acantilados formados por masas de basalto de sesenta a setenta pies de alto; luego el vallecito, estrechándose poco a poco hasta cerrarse por completo, determina medio elipse cuyo punto más excéntrico da paso a un riachuelo que cae en cascada.

Esta hermosa producción geognóstica es sin duda una de las más altas de su especie encima del nivel del mar y se encuentra en la

planicie de las cordilleras como una prueba magnífica de las grandes revoluciones terrestres. Era poco conocida antes de que yo la describiera en el *Musée des familles*, sin embargo, ella pertenece a lo más curioso de este tipo que se conozca: estas columnas prismáticas, esbeltas, apretadas, de un mismo grosor y uniformemente ordenadas, parecen salir de la mano humana. Se parece a un monumento árabe de la Edad Media, arruinado, es cierto, pero rico aún en esplendor y recuerdos.

Este vallecito se une, a tres leguas de allí, con el de Mexitlán que, según dicen, también está adornado con magníficas columnas de basalto. Parece que éstas ofrecen un fenómeno muy curioso: serían cortadas horizontalmente en varias partes de su altura por espesas capas de arcilla, lo que indicaría diferentes formaciones.

La hacienda de Regla pertenece al conde del mismo apellido, que la había arrendado, junto con las minas principales de Real del Monte, a una compañía inglesa por 16 mil piastras al año. Esta hacienda no es una habitación destinada al cultivo: se trata de una fábrica a la que se lleva el mineral al salir de las minas, para extraer la plata. Esta extracción se hace de dos maneras: si el mineral es pobre, se trata con mercurio, y si es rico, se hace mediante la fusión del metal. He aquí la marcha que se sigue en ambas operaciones.

La trituración en seco se hace con maderos que un eje horizontal, que gira sobre sí mismo, levanta alternativamente, por medio de salientes dispuestos a propósito, como las puntas de un cilindro de órgano de Saboya. Cuando el mineral se halla pulverizado como harina de maíz algo gruesa, se echa con agua en depósitos circulares, en cuyo centro gira un eje perpendicular, cuyos brazos, del largo de un rayo del círculo, mueven los bloques de basalto de un quintal cada uno.¹ Se extiende luego sobre la era el lodo metálico que queda arriba de la capa de mercurio, después se le añade sal de cocina para operar la oxidación de los metales y del mineral de cobre calcinado y pulverizado (magistral), si la mezcla presenta un gran brillo metálico. Pasados

¹ Cuando el mineral contiene oro, se echa mercurio en el depósito y el almagamo aurífero se forma y queda en depósito a medida que el grano se pulveriza más.

algunos días de reposo, unos hombres que llevan en las manos trapos llenos de mercurio recorren la era apretando los trapos para que salga el metal en burbujas ligeras, y un poco más tarde, se le añade magistral. Se emplea seis veces la cantidad de mercurio que la masa contiene de plata, y de una a siete libras de magistral por cada libra de mercurio. Finalmente, para favorecer el contacto de estas sustancias, hacen correr en la era unos 12 caballos o mulas, o también caminar en estos lodos metálicos a hombres descalzos durante días enteros. Dos, tres o cuatro meses son necesarios para que el mercurio absorba toda la plata, y durante este tiempo es a menudo forzoso añadir más magistral, mercurio, sal y hasta cal. Cuando por las características exteriores se juzga que la operación se hizo, se tiran estos lodos con el agua en unas cubas, donde unos molinetes provistos de alas giran sobre ellos mismos y baten el líquido; luego, al dejar escapar el agua, las partes terrosas u oxidadas son llevadas y la plata mezclada con el mercurio se queda en el fondo de la cuba. Se separan los dos metales por la sublimación, colocando la amalgama en forma de pequeñas pirámides bajo una campana de fierro que se calienta, y el vapor de mercurio va a condensarse en un depósito de agua que se encuentra debajo de la campana. Cuando la extracción se hace por fundición sólo se reduce el mineral al volumen de una arena fina y se separan por el lavado los granos metálicos que se echan por capas con mina de plomo en unos hornos. La parte terrosa se vitrifica y permanece arriba; el plomo mezclado con la plata se precipita al fondo, de donde se derrama por una válvula y toma la forma de unas masas de metal de entre cuarenta y cincuenta libras. La cantidad de plata contenida en cada una de ellas varía desde la vigésima hasta la centésima parte del peso total.

El primer medio de extracción de nada sirve cuando el mineral es rico, porque entonces las partículas de plata son a menudo demasiado grandes y abundantes para que el mercurio actúe fácilmente. La extracción tampoco se hace por la fundición si el metal es pobre, porque los gastos superan los beneficios. Sin embargo, al mezclar mineral rico con mineral pobre —lo que baja el tenor del primero—, se evita el inconveniente de un procedimiento muy costoso.

Para separar la plata del plomo se funden aquellas masas de mineral en un crisol; luego, con la ayuda de fuelles, se dirige sobre el

metal fundido una gran masa de aire que oxida el plomo. Entonces se forma en la superficie una sustancia sucia de un amarillo rojizo que conserva un brillo metálico: es lo que se llama litargirio. Se quita este óxido y se conoce que la plata es pura cuando se forma encima un destello según el término del laboratorio, es decir, cuando el metal parece arder. Después se vierte la plata en lingotes o en placas de un peso variable, según los lugares, y luego se los somete a nuevos procedimientos químicos para separar el oro que tienen en cantidad variable. Los lingotes más ricos (los de Guanajuato) no suelen contener más de mil granos de oro por marco,² es decir, más de la quinta parte del peso total, y los más pobres contienen al menos 16. Por debajo de esta ley, la plata se va directamente a la moneda.

He aquí a lo que se reducen las preparaciones empleadas para la separación del oro. Se empieza por reducir los lingotes en granalla, de la que se echa cierta cantidad en una cucúbita llena de ácido sulfúrico que se calienta. La plata se disuelve en el ácido, y cuando se decanta, el oro se deposita en el fondo bajo la forma de masas esponjosas. El líquido que sale es sulfato de plata. Lo llevan a cubas con placas de cobre, y éstas, formando pronto sulfato de cobre con el ácido sulfúrico, aíslan la plata que se deposita en el fondo bajo la forma de tierra grisácea. Luego se lava, se comprime en moldes para extraer toda el agua y después se lleva al horno para vaciarlo en barras. Al salir de la cucúbita, el oro es procesado de la misma manera, es decir, lavado, comprimido y fundido.

El día ya estaba muy avanzado cuando acabé de visitar la hacienda de Regla y me apresuré para salir a Real de Monte, donde iba a trasnochar. El tiempo era frío, una bruma espesa se condensaba en lluvia fina, convirtiéndose más tarde en nieve. Pronto penetró en mi vestimenta y enfrió mi pensamiento, el que se suelta bajo la influencia de una temperatura suave y con la vista de una naturaleza hecha para estimularlo, pero que los fríos entumescen mucho antes de que el termómetro marque cero. Envuelto hasta los ojos en mi sarape, no vi nada a mi alrededor; sólo noté bajo mis pies un camino bastante her-

² En Guanajuato, algunas minas produjeron minerales que poseían hasta 1800 granos de oro por un marco de metal.

moso. Éste costó sumas inmensas a la compañía inglesa, la que, en un espacio de cinco leguas, tuvo que vencer todos los obstáculos que presenta un terreno escabroso.

Pocas ciudades de la república estaban tan faltas de recursos para los viajeros como el Real del Monte de aquel entonces.³ Encontré en la posada un cuarto desprovisto de cualquier tipo de muebles, cuya ventana cerrada por un postigo roto dejaba libre paso al viento del norte, bastante frío para recordarme las cercanías de la Noche Buena en Borgoña. La noche se me hizo muy larga y muy mala, y por ello me había levantado con el amanecer y esperaba la aparición del astro benéfico para calentarme. La tierra entonces estaba cubierta de nieve, pero las cabezas cabelludas de los pinos fueron perdiendo poco a poco su corona plateada y cada rayo de sol derretía algunos de los copos. Sin embargo, el aire se mantuvo frío porque las altas regiones donde se encuentra el Real hacen que el clima sea bastante riguroso.

Esta pequeña ciudad, situada en medio de los montes, no tiene más recursos que el producto de sus minas y todo viene de fuera; ningún tipo de cultivo recrea la vista en los alrededores, pero la tierra provee al hombre el metal cuya posesión le asegura todos los demás bienes. Al considerar los grupos de cerros amontonados, en cuyas entrañas se ocultan tantos metales preciosos, uno se asombra ante las riquezas incalculables de este país privilegiado por la naturaleza. Las nueve décimas partes de toda la plata que existe salieron de México y, sin embargo, ¿qué representan los puntos aislados que han sido explotados hasta ahora, si se les compara al México entero, que no es más, por así decirlo, que una sola mina desde Oaxaca hasta Chihuahua? La cantidad de plata extraída de las minas de Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí, Taxco, Sombrerete, Catorce, Bolaños, etcétera, sólo es un átomo en comparación con todo lo que queda enterrado en los montes que rodean estos mismos lugares y a los tesoros inagotables de los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua, etcétera. Allá no solamente el oro y la plata abundan en el seno de los montes y a menudo en su superficie, sino que los ríos y los torrentes traen oro, mientras la arena y la tierra también contienen grandes

³ 1836.

cantidades de ellos. Desde siempre, el polvo de oro ha sido un objeto de tráfico entre los salvajes y los mexicanos que viven en la frontera del desierto y en nuestros tiempos, el descubrimiento de Sutter reveló al mundo cuántos tesoros tiene California.

Recuerdo que cuando yo proyectaba mi viaje a México, a veces soñaba con castillos en el aire a partir del descubrimiento de una mina de oro y plata. Me imaginaba lo que fantasea mucha gente: que esto basta para asegurar una fortuna colosal y que uno puede venir a México con la certeza de encontrar alguna sin darse el trabajo de buscarla, pues hay miles de ellas al alcance de quien las quiera explotar, y las tres cuartas partes de estas minas encierran riquezas inmensas. Pero hace falta que la suerte haga descubrir las vetas ricas, porque hasta entonces, los costos no sirven de nada o exceden el valor del mineral que se saca. Yo mismo, que poseo hoy en día acciones en minas de plata y oro, no por eso soy más rico. Las especulaciones de los mineros son verdaderos juegos de azar y mil se arruinan por uno que se enriquece.

En 1836, la compañía inglesa del Real del Monte había ya gastado, desde hacía 12 años, ocho millones de piastras en la explotación de las que le pertenecían. Cinco millones habían sido necesarios para poner las minas en estado de ser explotadas, en instalar máquinas de vapor de gran belleza para el juego de las bombas, en abrir el camino de Regla, etcétera. Los otros tres millones marcaban el excedente de los gastos de explotación sobre el valor del metal obtenido. Estos gastos habían absorbido cada mes 35 mil piastras, mientras que la plata sacada de la tierra sólo había producido de diez a veinte mil piastras durante el mismo tiempo.

Las principales minas del Real del Monte eran entonces las de Terros, San Cayetano, Morán, Santa Teresa, Guadalupe, Dolores, Santa Isabel, Santa Bárbara, etcétera. Bajé a la de San Cayetano acompañado por un inglés, empleado de la administración y de varios portadores de teas. Yo estaba como los demás y llevando un ridículo atuendo que constaba de una camisa, un calzón de franela, un pantalón y un saco largo de tela y un birrete, también de tela, y por encima, un sombrero de largos bordes de fieltro muy duro, cuya utilidad no tardé en descubrir: las bóvedas de estas galerías bajas y tortuosas es-

tán erizadas de puntas de las que uno no se cuida lo suficiente. Este sombrero también sirve para llevar una vela, cuando uno sube o baja las escaleras. La vista de mis compañeros me recordó la ficción de los cíclopes, canteros o mineros como ellos. Yo mismo era un verdadero cíclope al tener en la frente un solo ojo (*lumen*) para alumbrarme en las tinieblas.

La forma de las escaleras que usan en las minas del país presenta grandes peligros: consisten en un árbol en el que se practican una serie de cortes suficientemente profundos para que se pueda apoyar el pie. Esos cortes se llenan poco a poco con la tierra que se pega a los zapatos de los mineros, lo que vuelve a la escalera muy resbalosa. ¡Desgraciado el que coloca mal su pie y que no puede detener su caída al abrazar fuertemente el árbol! ¡Cae de escalera en escalera, de precipicio en precipicio y desaparece en el abismo!

Pero con las escaleras de barrotes adoptadas por los ingleses, la bajada no es peligrosa, incluso no ofrece dificultad alguna, aunque estén colocadas en una posición casi vertical. En veinte minutos habíamos bajado sin cansarnos casi cerca de 1 200 pies.

También se puede bajar y subir por el pozo de la mina suspendiéndose a las cuerdas que sirven para sacar el mineral en bolsas de cuero. Estas cuerdas son movidas por máquinas que funcionan día y noche. Si el cable está usado, si el caballete encima del cual uno está sentado no queda sólidamente fijado en la extremidad de la cuerda o si uno pega violentamente las puntas de las rocas que cubren las paredes del pozo, se corre el riesgo de quebrarse la cabeza o de caer hasta el fondo del abismo.

Una vez llegado a las galerías de los trabajadores, pude admirar la riqueza de las vetas. Las que se descubrieron en aquella época eran de gran riqueza y prometían indemnizar pronto a la Compañía de las pérdidas que había sufrido, pero esta riqueza no duró mucho tiempo. Traje de vuelta un pedazo de mineral, arrancado enfrente de mí, que no contiene menos de sesenta marcos de plata por la medida de treinta quintales y todavía se obtenía mineral más rico. El mineral no cubría los gastos cuando contenía menos de 12 marcos de plata. Una mejor dirección de los trabajos permite en Guanajuato extraer plata del mineral que no contiene más de seis marcos, y en Zacatecas de

aquél que no contiene más de cuatro. De modo que la compañía inglesa se arruinó, mientras que la compañía mexicana que le sucedió obtuvo muy buenos beneficios.

Las galerías inferiores estaban siempre inundadas a pesar del bombeo. Para remediar este inconveniente, se solía cavar una galería de desvió al nivel del pie de la montaña. En algunas partes nos llegaba el agua hasta media pierna y en otras, un poco más alto. Pero esta agua no causa una impresión desagradable porque es tibia, ya que la temperatura del fondo de estas minas se mantenía constantemente de 24 a 26 centígrados y ésta aumenta conforme baja uno. La experiencia mostró que el termómetro sube un grado centesimal por cada cien pies que se baje, de lo que resulta que a menos de 15 leguas de profundidad, la temperatura de la tierra ya es incandescente.

Después de haber recorrido con mi guía durante más de tres horas las minas de la Compañía que se comunican, le pedí que volviéramos a subir, pues la luz de las candelas de los mineros dejaba mucho de sustituir para mí la luz del sol, al que había dejado tan brillante. Volvimos a subir por Terreros. Si no había sufrido o experimentado ningún cansancio al bajar, no fue lo mismo al subir de vuelta; sin embargo, logré remontar las dos terceras partes del espacio sin demasiada dificultad, pero entonces ya no podía respirar, pues me sentía medio muerto. La acción de los músculos se había parado de algún modo y sólo por una contracción nerviosa lograba ascender por las escaleras. Dos veces experimenté una debilidad siniestra, mis piernas flaqueaban, mis dedos sin fuerza ya no apretaban la escalera y el precipicio se abría a mi lado.

El capitán de los mineros que me acompañaban me ofreció traer los caballos, y yo acepté. Se da el nombre de “caballos” a unos rollos de madera que se atan a la extremidad de una cuerda del pozo y sobre los cuales uno se sienta, atándose al cable. Cuando me vi suspendido a 800 pies del fondo de la mina al cabo de una cuerda que me pareció aún más débil que la que suspendía la espada sobre la cabeza de Damocles, me sentí de pronto lleno de fuerzas y de decisión para acabar mi ascensión por las escaleras, y pese a los estímulos del capitán, que me aseguraba que no corría ningún peligro, insistí para que me regresaran a tierra. Volví por lo tanto a subir difícilmente, avanzaba lenta-

mente, pero por fin divisé la luz: sentí que renacía y pronto pude respirar el aire vivo y puro del monte y gozar de la luz brillante del sol.

Al dejar el Real del Monte tomé la dirección de Pachuca, pequeña ciudad también rodeada de minas, situada en una llanura inmensa. Sólo la atravesé, esperando llegar a México el mismo día, pues no debía perder un momento. Sucedió otra cosa: el caballo de mi criado cuyos cascos⁴ se habían gastado, no pudo ir más allá de la venta de Carpio,⁵ a la entrada del dique de San Cristóbal.

Era noche cerrada cuando llamé a la puerta de la posada; una anciana, de cabellos grises y desordenados vino a abrirnos, llevando una luz cuyo débil brillo, alumbrando los objetos alrededor, ayudaba apenas a distinguir las formas. En todas partes se notaba la miseria y la destrucción; los cuartos ya no tenían puertas o sólo conservaban sus restos, algunos estaban en ruinas, y la habitación misma de los dueños no estaba en mejor estado. Se veía en un rincón, sentada en un petate, a una joven mujer que daba el pecho a un niño casi desnudo. Su vestimenta, como la de la anciana, estaba en armonía con el deterioro del lugar que habitaban, y los rasgos duros de su cara, que contrastaban con su edad, parecían haber tomado una expresión más severa cuando nos vio. Estas dos mujeres estaban solas en la casa: según ellas sus maridos, ausentes desde la mañana, pronto iban a regresar.

Después de ocuparme de la cena de mis caballos, pregunté por la mía, pero tuve que renunciar a tocarla por lo poco apetitosa que era. Se trataba de tortillas frías y de frijoles que la anciana tomó con su mano sucia y arrugada en un traste ahumado para servírmelos. Estas ruinas, esta pobreza en todas las cosas me habían llamado la atención y al recogerme en mi tugurio, pregunté la causa de ello a Joseph, mi criado, que conocía el país. Él me contestó que desde hacía mucho tiempo, los viajeros ya no se paraban en la Venta, que tomaban otra ruta, o que se iban hasta San Cristóbal, al otro cabo de la calzada y que además esta casa aislada tenía mala fama ya que, según decían,

⁴ Los caballos son excepcionalmente herrados en México, y cuando lo son, se trata sólo de las patas delanteras.

⁵ Hablo aquí de la antigua venta de Carpio.

los dueños estaban coludidos con los bandos de ladrones de la región. Esta noticia no tenía nada para tranquilizarme; me obligó a tomar algunas precauciones, puse transversalmente cañas de maíz a los dos lados de la puerta para que no se pudiera entrar sin hacer ruido, Joseph se acostó a lo largo del umbral con su sable desnudo pegado a su lado, y yo me extendí un poco más lejos sobre mis chaparreras,* teniendo mis pistolas al alcance de la mano.

Estaba un poco cansado y el sueño me ganó rápidamente, ¡pero vaya sueño! Era una pesadilla: miríadas de pulgas me brincaban en la cara, se metían bajo mi ropa, me picaban todas juntas. Gran parte de la noche había transcurrido en este descanso fatigoso y pronto iba a amanecer, cuando de repente se oye un gran ruido en nuestro cuarto: se rompen las cañas, mi criado echa un grito, seguido de un ruido sordo, y al mismo tiempo, siento algo pesado que me cae encima. De un salto, me levantó con una pistola en cada mano, buscando gracias al débil claro de luna a los adversarios que tengo que combatir. Sólo veo a Joseph a dos pasos de la puerta, el que con el sable levantado se mostraba en la actitud de un hombre que escucha: el mayor silencio imperaba a nuestro alrededor. La cosa empezaba a parecernos muy rara, cuando un gruñido nada inequívoco, salido de un rincón del cuarto, nos sacó de la incertidumbre: un maldito puerco que erraba en libertad en el patio nos había causado esta alarma. En cualquier otro momento habría reído con esta aventura, pero entonces no estaba de humor para ello, y mi criado aún menos. El animal le había puesto una pata en el ojo al brincar en el cuarto y el dolor que había sentido le había arrancado el grito que me había despertado. Apenas con las primeras luces del amanecer, mandé ensillar los caballos, ya que tenía prisa de salir de este lugar incómodo y sospechoso. Otra vez fue

* Nota de la traductora: “armas de agua” o “de pelo”. Llamaban así dos piezas grandes de cuero de chivo, con pelo, casi cuadradas, que sujetas en la cabeza de la silla o atadas a la cintura del jinete, le cubrían pierna y pie, y los preservaban del agua. En caso necesario se tendían en el suelo para dormir sobre ellas. Las había ricamente adornadas. Hoy se han sustituido por las *chaparreras*, que no pueden prestar iguales servicios porque no cubren el pie y no sirven para dormir. Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismo*, México, Porrúa, 1992, p. 80.

la anciana la que nos abrió la puerta; los hombres no habían regresado. Si su excursión nocturna no se hubiera prolongado tanto, a lo mejor no nos habríamos librado de un pánico.

A algunos pasos de la venta empieza este famoso dique de cuatro millas de largo construido por los aztecas y vuelto a construir por los españoles para impedir el desbordamiento de las aguas del lago de San Cristóbal en el de Texcoco. Pero este dique no siempre fue suficiente. En efecto, la capital fue inundada en distintas épocas, y en la gran inundación de 1621, que duró cinco años, el agua subió en algunas calles hasta dos y tres metros. Para evitar este daño, el gobierno mandó cavar el gran canal de desagüe de Huehuetoca, con el fin de dar salida, fuera de la cuenca de México, al río de Cuautitlán, cuyas avenidas ocasionaban estas inundaciones. Esta obra, empezada en 1607 y acabada en 1789, es una de las más gigantescas que hayan ejecutado los hombres de los tiempos modernos. Consiste en una fosa de 20 585 metros de largo, de la cual una cuarta parte está cavada en una cordillera de cerros a una profundidad de 100 a 200 pies, con una anchura de 306 a 396 pies, siguiendo la naturaleza del terreno. Esas obras ciclópeas costaron más de seis millones de piastras a España; pese a tantas obras y gastos, la ciudad sigue por otro lado expuesta a las inundaciones. Los torrentes que desembocan en el valle en la parte oeste, este y sur descargan a veces en el lago de Texcoco volúmenes de agua hasta el punto de superar el nivel de México, que entonces queda inundado. Es lo que aconteció en 1763: la ciudad fue invadida por las aguas durante meses, sin que una gota de agua del río de Cuautitlán haya caído en el lago de Texcoco.

CAPÍTULO IX

El clima de México es menos bueno que hermoso.- Exhalaciones pútridas.- Viaje a Oaxaca.- Tlacotepec.- Hospitalidad de los indios de los países cálidos.- El pochotle.- Las pitayas.- El chicle.- Malos caminos.- Cuicatlán.- El cacique de Cuicatlán.- Degradación de las razas esclavas.- Hacienda de Huendulein.- Cultivo de la caña de azúcar.- Trapiches para la caña.- Accidentes frecuentes.- Esclavitud de hecho en las haciendas.- La oración de los campesinos, mañana y noche.- El bardo zapoteco.- Aptitud de los indios para las artes liberales.- Carácter del indio.- Sus aficiones.- Medio de hacerle mejor.- Los alacranes.- Las tarántulas.- El coralillo.- El río de las Vueltas.- Mi caballo negro.- Su instinto.- Su fuerza.- Su triste fin.- El cacharro.- Modo de tratar a los caballos en México.- Como se les trata en Francia.- Las mulas.- Su instinto.- Servicios que rinden.- Cuesta de San Juan.- Valle de Etna.- Oaxaca.- Temblores.- Cultivo de la cochinilla.- Su exportación.- Los indios que cultivan el nopal entierran su dinero.- Algunos sacrifican al lujo y la vanidad.- Estancia en casa de un indio de Mitla.- Vajilla plana.- Sencillez del amo de la casa.- Amabilidad de los habitantes de Oaxaca.- Las mujeres superiores a los hombres en muchos aspectos.- El baile de las boleras.- Baile en casa del primer presidente de la Alta Corte de Justicia.- Cena.- Desórdenes en el servicio.- Procesiones del Rosario.- Fuegos artificiales en pleno día.- Principal devoción de los mexicanos.- Revuelta de Acevedo.- Los franceses maltratados.- El general Quintanar.- El general Canalizo.- Lapuillade fusilado.

Ahora ya estamos en México, pero mi salud, alterada por el clima de esta capital, me obligará pronto a alejarme de ella por mucho tiempo. El clima de México no es tan bueno como hermoso: el aire está infectado por las exhalaciones que salen de las alcantarillas de cada calle, sobre todo en los grandes calores y al principio de las lluvias. Estas alcantarillas se desbordan en algunas partes y forman charcos de agua putrefacta que infectan el vecindario. Los pantanos fangosos de los alrededores cargan además la atmósfera de miasmas pútridas, de suerte que si las calles no fueran ni tan anchas ni tan bien trazadas como son, y que los vientos no pudieran barrer mejor este aire pernicioso que en la ciudad de París, la ciudad de México sería una cloaca inhabitable.

Por otra parte, la transpiración, reducida por la elevación del valle, ocasiona un malestar continuo que sólo se puede evitar mediante suficiente ejercicio diario, con el fin de reestablecer el equilibrio. Las personas que llevan una vida sedentaria e inactiva siempre tienen una salud débil. No pueden dedicarse a un trabajo mental asiduo y prolongado sin exponerse a padecimientos nerviosos que los hacen incapaces de hacer nada por mucho tiempo. Por lo tanto, busqué un lugar más sano, y la fama del hermoso clima de Oaxaca fijó mi elección. Me fui para allá a principio de 1837.

El camino de México a Oaxaca es peligroso hasta Tehuacán. Los alrededores de Tlacotepec, sobre todo, son funestos para el viajero. Allá es preciso preparar las armas o la bolsa, ya que los habitantes de este pueblo consideran al robo como un derecho de peaje. Pero con la temperatura de los países cálidos y las bondades de una vegetación generosa, empezaba la seguridad de los caminos. Entonces uno se puede abandonar sin miedo a la hospitalidad de las poblaciones indígenas. Entre ellas existen algunas que, no sintiendo la necesidad de ninguna

ayuda del exterior, se quedan a menudo en su territorio como secuestrados del mundo e ignoran hasta la lengua que se habla a su alrededor.

Exento de preocupaciones por este lado, el observador mira con interés lo que lo rodea. Aquí, enormes *cactus cereus* llaman la atención por su forma extraña; el pochote, cuyo algodón fino y sedoso juega con el viento; más lejos, los zapoteros tupidos, y los naranjos perfumados de los alrededores de las aldeas invitan al viajero a descansar bajo su sombra espesa.

En el pueblo de Cuicatlán, en un valle fertilizado por el río del mismo nombre, las pitayas o bayas de cactus son exquisitas y los chizapotes, mucho más gruesos y dulces que los de las Antillas. La zapotilla contiene un licor blanco de sabor insípido con el que se hace el chicle: se le saca del árbol haciéndole un corte y corre como el de la goma. Reducido al fuego, forma al enfriarse el chicle, especie de mastique que los indios y la gente del bajo pueblo gustan de mascar, de la misma manera que los malayos mascan el betel, pero el chicle no deja en la boca ninguna huella.

Cuicatlán está situado al pie de un cerro en cuya cúspide pasa un camino impracticable para los carros y muy malo para los caballos (77). Este pueblo se encuentra en el territorio de los zapotecos, pueblo guerrero que tuvo disputas frecuentes con los mexicanos. Los señores de Cuicatlán eran en tiempos de la Conquista muy ricos y poderosos y sus descendientes en línea directa, honrados todavía con el título de caciques, no han dejado de recibir de sus súbditos el tributo de honra y de respeto que se les daba en los tiempos pasados. Un sentimiento religioso, una fidelidad conmovedora han perpetuado un vasallaje que el imperio de la fuerza había creado.

El cacique heredero de Cuicatlán ya no es rico, pero tiene una fortuna independiente, sobre todo para un indígena que vive con poco. Además, los habitantes de sus antiguos territorios le entregan todos los días del año una decena de trabajadores para el servicio interior y exterior de su casa. Vi a este cacique, conocí algunos otros, y no he encontrado en ellos nada que pregone normalmente lo ilustrado del nacimiento y la costumbre del mando. Vestidos como todos los indios del campo, alojados de manera tan miserable como ellos, se dedican a las mismas labores que los más pobres de sus vasallos.

Los jefes, los soberanos de los pueblos independientes de las costas africanas, pese a sus costumbres rústicas, no hacen un ademán, no profieren una palabra sin que se conozca enseguida el rango que ocupan en su tribu. Es que son libres y no encuentran nada por encima de ellos que los humille en cada momento de su vida. En cambio, el pobre cacique mexicano, que no tiene más poder real que sobre el indio más miserable, que sólo reina sobre sus súbditos por una deferencia virtual de su parte y que no goza frente a los criollos de ningún tipo de consideración, no puede tener este tono de nobleza y de autoridad que propicia un imperio hereditario y una voluntad libre de coacción.

Cualquier dominación extranjera degrada a los vencidos, cuando no tiene por meta la de ilustrarlos, civilizarlos y elevarlos moralmente por encima de ellos mismos. He aquí por qué los súbditos de los ingleses en Irlanda y en Hindustán y los españoles en América perdieron su orgullo y la grandeza de su carácter, mientras que los de los franceses en Argelia la conservarán para siempre.

Cerca de Cuicatlán se encuentra la hacienda de Güendulain, donde se cultiva la caña de azúcar a gran escala. Invitado por el dueño, el señor Joaquín Guergué, para quedarme ahí algunos días, aproveché esta ocasión para instruirme acerca de este género de cultivo y de las preparaciones necesarias para la fabricación del azúcar.

Ya dijimos que en las costas del oeste y en las tierras bajas del interior, el cultivo de la caña de azúcar exige un régimen constante de riego: si falta el agua, la caña se seca y todo se pierde. Se planta la caña colocándola horizontalmente en surcos de medio pie de profundidad. De cada nudo sale un tallo que llega a una altura de dos a tres metros y que se corta al cabo de un año para extraer el suco.

El molino está formado por tres cilindros de cobre o de hierro fundido, entre los cuales se hace pasar la caña que sale de allí casi tan seca como la paja. El jugo se escurre en los depósitos, luego en calderas donde lo cuecen al punto necesario para formar panes que se solidifican al enfriarse. Este primer azúcar es la mascabada que se vende a los destiladores: sacan de ahí un aguardiente mucho menos estimado que el de la uva, que se llama chinguiri, y en nuestras colonias, tafía.

Para el azúcar blanco se usan moldes cónicos perforados con la base en alto, los que se llenan en los tres cuartos con el jugo que sale de las calderas; y cuando ha tomado consistencia al enfriarse, se cubre con una capa de arcilla sobre la cual se echa lejía. Esta agua, al filtrarse entre las moléculas de la tierra y las del azúcar, arrastra todas las partes siruposas, y cae por una apertura hecha en su punta en un vaso colocado bajo el cono. Entonces, queda en el molde una cristalización blanca aún no libre de cualquier impureza, pero que los plantadores venden como de primera calidad. La parte melosa que el agua arrastró es la melaza, de la que también se hace aguardiente.

Noche y día, hay hombres ocupados en moler la caña. A veces, a algunos, cansados por el duro trabajo y soñolientos mientras ejercen el movimiento monótono, se les cogen los dedos entre los cilindros. Arrastrados por una fuerza descomunal, estarían perdidos de no encontrarse allí alguien que les corte el brazo con un hacha o para detener la máquina, si se puede hacer de inmediato. Todas las partes de sus cuerpos pasan sucesivamente entre los cilindros, con excepción de la cabeza que, arrancada del tronco, cae rodando en la tierra. Sin embargo, es muy raro que no sean socorridos a tiempo y casi siempre se quedan con una muñeca o un brazo cortado. Vi en Güendulain dos indios cuyas mutilaciones mostraban la frecuencia de esos accidentes.

Aunque la esclavitud ya no existe en la república, existe de hecho en muchas haciendas de las tierras bajas. Casi todos los pioneros pobres son deudores a sus amos de una suma más o menos elevada y, mientras no saldan su deuda, no pueden cambiar de domicilio, ni negarse a trabajar, a menos que mueran de hambre. Además, buscan más bien aumentar su deuda que disminuirla, de modo que se forjan hierros tan pesados como los que la revolución quiso romper. Pueden cambiar de amo siempre y cuando encuentren a uno que quiera pagar su deuda, es decir, que les queda la libertad de venderse a otro para rescatarse del primero. Un plantador no duda en hacerle a un buen trabajador el sacrificio de un adelanto para asegurarse de que no abandonará su hacienda.

Los plantadores ejercen cierta jurisdicción en sus propiedades: intervienen en los delitos ordinarios de policía correccional y castigan

con el cepo¹ o la cárcel a quienes son hallados culpables, sea en relación con ellos mismos, sea con sus compañeros. Son pequeños soberanos a los que sólo se les llama “Vuestra Gracia”, y todo tiembla frente a ellos. El intendente, los contraamaestres, los vigilantes, capataces, jefes de talleres, etcétera, ministros de sus órdenes absolutas, les forman una corte donde no hay menos aristocracia que en las de los monarcas poderosos.

La mayor parte de los peones de esta hacienda se compone de indios y la otra de negros y de zambaigos. Ninguna distinción existe entre ellos. La sangre del negro se ha aliado igualmente a la del criollo en un gran número de familias distinguidas de México, y aunque se muestran las marcas evidentes de esta mezcla, a nadie se le ocurre emitir un reproche. ¡Ojalá y se imitara en otras partes esta filosofía que restituye al hombre negro los derechos que le quitaron la injusticia y la barbarie de los blancos! Estos hombres de color tienen una afición particular por la música y casi todos saben tocar la guitarra. Sentados al anochecer en un petate enfrente de sus chozas o paseándose al claro de luna, tocan su instrumento con bastante talento y encanto, pero en general con una monotonía que pronto cansa. Regresan a menudo al mismo motivo y repiten a veces durante varios minutos la misma tonada. También cantan al acompañarse, pero sus voces son agrias y chillantes. Sin embargo, en Güendulain encontré que la voz de los indios era mucho menos desagradable que en otras partes. Por la mañana y el atardecer, antes y después de las labores, cincuenta o sesenta peones reunidos en el patio cantaban las alabanzas del Señor. Uno de ellos, con una voz de Stentor, entonaba el canto, y los demás contestaban. No era precisamente bonito, pero tenía sin embargo cierto encanto que hacía escuchar con paciencia la oración hasta el final.

El señor Guergué me agasajó una noche con un pequeño concierto de guitarra y arpa. El virtuoso era un pobre peón que con gran

¹ Se trata de dos troncos colocados uno sobre el otro y con unos cortes a media luna que se corresponden. El paciente coloca el brazo, la pierna o la cabeza según el delito en el hueco inferior; luego se pone el madero superior y el prisionero se encuentra en la imposibilidad de liberarse. El cepo es lo que llaman en inglés *stocks*.

sorpresa mía ejecutó sobre un arpa sucia unas piezas encantadoras con una precisión y un talento absolutamente notables. Alumno de un artista de Xalapa, no había tardado en superar a su maestro. Me es difícil expresar el efecto que producía sobre mí este indio de piel roja, cubierto de una vestimenta sucia y rota, acariciando las cuerdas de su instrumento con la soltura que da el talento, y formando tan hermosos acordes. El arte ennoblecía en mi pensamiento a este bardo zapoteco, pero cuando mi vista se ponía sobre sus manos callosas y negras que la tierra y la cuerda habían dejado, caía la corona del bardo y la ilusión desaparecía.

Los indios tienen grandes disposiciones para las artes y se vuelven excelentes obreros y buenos músicos cuando trabajan bajo la dirección de maestros hábiles. Cuando la industria de México se haya desarrollado, se sacará un buen provecho de su inteligencia. Sin embargo, no se debe esperar antes de mucho tiempo inspirar a las poblaciones indígenas el gusto para cualquier cambio en su existencia normal. Son tan apegadas a su pobreza como los pueblos civilizados lo son a las riquezas y ellas hacen tanto para conservarla como aquellos para salir de ésta. Si el lapón no cambia ni su morada llena de humo, ni su pescado seco, ni su aceite mal oliente por nuestro bienestar y nuestras viandas delicadas, el indio mexicano prefiere su petate, su tortilla y sus costumbres agrestes a los encantos de la vida citadina. Hasta siente cierto desprecio por las costumbres de los criollos, y consiente pocas veces contraer alianzas con ellos. Si estos hombres medio salvajes son felices con su suerte, ¿no sería cruel sacarlos de su estado apacible? Si esta atonía de su existencia no les procura goces delicados, les quita al menos muchas preocupaciones y muchas penas amargas, pues la civilización, como lo dijo La Fontaine de la fortuna: “vende lo que creemos que ella da”.

¿Por qué no nos aplicamos en hacerlos mejores mediante lecciones de moral que les enseñarían los deberes del hombre para con la sociedad?, ¿con relatos de virtudes, anécdotas, que les harían palpables los bienes de una religión resumida en la fe, la esperanza y la caridad? Pero demasiadas veces los sacerdotes católicos siguen una vía errónea. En sus sermones y en sus libros se empeñan en hablar a sus ovejas y sus lectores sólo de dogmas, milagros, misterios, sin

darse cuenta de que la moral pública saca poco fruto de todos estos discursos vanos. Si el inmortal Fénelon hubiera tenido más imitadores, ¡cuánto no habría ganado el catolicismo! La elocuencia del obispo de Meaux fulmina sin convencer, la del arzobispo de Cambray penetra en el alma como un perfume sutil y hace amar la virtud a la que adorna con tantos atractivos.

Las poblaciones indígenas sólo tienen las ideas de la religión de los conquistadores, que tratan poco o nada de la moral y que sólo inclinan al hombre a la duda, cada vez que llama a la razón. Por lo tanto, queda mucho por delante para civilizarlos enteramente. Denles los medios de instruirse y de formar su corazón con una piedad razonada, pero cuídense mucho de no alterar su sencillez, salvaguardia de su felicidad.

Estar en Güendulain es intolerable durante los grandes calores. De noche y de día, no se siente el menor vientecillo y uno está inundado por un sudor ardiente. Los alacranes y las tarántulas pululan en toda la región. También se encuentra una especie de serpiente cuya mordedura es a menudo mortal cuando no se atiende a tiempo: es el coralillo, 18 pulgadas a dos pies de largo, y grueso como el meñique, su piel ofrece la reunión de los colores más vivos. Cuando se enrosca al pie de un matorral, parece una mata de primaveras. A algunas leguas de Güendulain se encuentra el famoso río de las Vueltas, que serpentea en una garganta estrecha poblada de árboles; este lugar es muy agradable por su sombra y su frescura. La fama, que todo lo agranda, le atribuye a este río cien vueltas, pero yo sólo conté 62. Pese a lo pintoresco del vallecito, este paso es muy aburrido: apenas se ha cruzado el río, cuando hace falta volverlo a cruzar, para encontrarlo de nuevo un poco más lejos, y así durante dos o tres horas. En la temporada de secas, sólo se trata de cruzar un arroyuelo, pero cuando las aguas son abundantes y fuertes, las comunicaciones se interrumpen durante varios días.

Después del río de las Vueltas nos quedaba una cuesta larga y difícil antes de descubrir el valle de Oaxaca. La señora De Fossey la subió con dificultad, pues se había torcido un pie al subirse al caballo y sufría mucho. Yo le di el mío, cuyo paso era suave y largo, pero era un animal fogoso y muy difícil de llevar y tomé toda clase de precauciones

para que no ocurriera un accidente. Sin embargo, notamos pronto que nuestros temores eran vanos: en cuanto el *Negro* —era el nombre de mi caballo—, sintió en su lomo una amazona incapaz de dominarlo, se mostró generoso y se volvió tan manso como el burro de Sancho Panza. Este caballo tenía veinte años y, sin embargo, tenía la fuerza de dos caballos ordinarios y tumbaba un toro con un golpe de pecho. Después de jornadas de 18 o 20 leguas, piafaba y corcoveaba al acercarse a un caballero o a una habitación, como si acabara de salir de la caballeriza. Cuando veía un grupo de hombres mal vestidos, enderezaba las orejas y se preparaba para abalanzarse sobre ellos. Era hermoso cuando oía una descarga de mosquetería, y se reconocía en él al caballo de batalla.

¡Pobre *Negro*! Lo perdí de un modo muy trágico. Un día, corriendo libremente en el campo, entró en un cañaveral y se mató al caer en uno de estos pozos sin protección que acostumbran cavar en los huertos de Oaxaca. La muerte de este buen servidor me afligió más de lo que yo creía natural sentir. Sin embargo, no me quedé inconsolable sobre su tumba, como el árabe sobre la de su corcel, pero lo eché de menos de modo suficiente para dedicarle este recuerdo.

Los caballos mexicanos provienen de una raza cruzada de caballos árabes y andaluces. Unen la fuerza muscular de unos con las formas graciosas de los otros. He visto caballos muy hermosos en México, y entre ellos había famosos corredores, *El Cachorro*, por ejemplo. Era el temor de todos los aficionados a las carreras. Pese a sus veinte años, lo vi ganar una apuesta de 300 onzas de oro contra una yegua angloamericana, el animal más hermoso que se podía ver. El primer salto que hacía *El Cachorro* al echarse en la carrera era de 15 pies, y este ímpetu sólo bajaba en la segunda prueba. Los caballos mexicanos viven mucho tiempo y a menudo a los 25 años conservan todavía todo su vigor. Sin embargo, no se les cuida mucho: los hacen caminar parte del día sin darles comida ni descanso. A la noche, se les da cebada o maíz con paja, y a la mañana siguiente, la misma ración antes de salir. He aquí a los caballos mejor tratados, según las costumbres del país.

En Francia, un viajero tiene que bajar del caballo cada cuatro leguas para que descanse el animal y darle su alimento; si no lo hiciera,

el caballo se volvería flojo, llegaría extenuado al atardecer y no podría volver a recorrer el mismo camino al día siguiente. Para conservar a nuestros caballos, somos esclavos de sus necesidades. Reconozco que los mexicanos no cuidan suficientemente los suyos, pero nosotros ¿no los cuidamos demasiado? Creo que sí.

Las mulas también son excelentes animales para viajar en esos caminos pedrosos y escarpados. Se puede, con toda seguridad, soltarles la brida y dejarse llevar por ellas. Les basta un sendero de pocas pulgadas para que atravieran de manera atrevida los pasos más peligrosos. Su pie, siempre seguro, no se pone nunca en un lugar peligroso. Ellas son los únicos medios de transporte que existen en la mayoría de los caminos de México. Se les carga con dos gruesos bultos de 200 libras cada uno, los que se equilibran. Pese a estos pesos enormes, ellas caminan ligeras, libremente, ramoneando aquí y allá sin nunca descansar hasta el fin de la caminata, la que por lo regular no rebasa las siete leguas.

Pero ya pasamos la cúspide de la cuesta de San Juan, y al bajar la vertiente opuesta, divisamos el primero de los tres valles de Oaxaca que aparece: es el de ETLA. Se reúne con los otros dos a seis leguas de allí y forma con aquellos un triple entroncamiento en cuyo centro se encuentra la ciudad de Oaxaca. Esta llanura es menos elevada en las cordilleras que la de Anáhuac, por lo que la temperatura es más alta que en México; y como una cordillera de altos montes la protege de los vientos fríos del norte, la temperatura no cambia mucho. Se disfruta de una eterna primavera que depara a la vegetación una variedad muy rara en semejante lugar. El cielo allí siempre es puro durante ocho meses del año y sólo se oscurece un momento en tiempos de lluvias. Ningún vapor vuelve el horizonte nebuloso como en México, ni rojizo como en Nápoles: el azul de la bóveda celeste siempre es uniforme y resplandeciente con los fulgores del día.

Oaxaca, que los españoles llamaron Antequera en los primeros tiempos de su fundación, está situada al pie de un cerro, entre dos pequeños ríos. Las calles, orientadas a los cuatro puntos cardinales, tienen una ligera vertiente y en las principales corre un riachuelo de agua limpia, alimentado por el acueducto de San Felipe. Las casas no tienen por lo regular más que un piso, debido a los frecuentes tem-

blores que las zarandean en la estación de lluvias. Casi todas están pintadas de blanco en el interior y el exterior, lo que vuelve insoporable la reverberación de los rayos solares. Se remedia un poco este inconveniente al sustituir los cristales de las ventanas por tela cruda.

Los temblores de tierra en Oaxaca son periódicos, como la estación de las tormentas: empiezan un mes después de las primeras lluvias, y terminan un mes después de las últimas; este fenómeno apoya la teoría de Cordier sobre la causa de estas conmociones terrestres. Cuanto más abundantes son las lluvias, más frecuentes las sacudidas. Aconteció incluso en 1802 que los habitantes abandonaron la ciudad durante seis meses para huir del peligro de ser aplastados en sus casas, sacudidas 10 y 12 veces en 24 horas. Formaron un campamento en el valle de Guadalupe y estuvieron todo aquel tiempo en barracas construidas a la orilla de la carretera. Dicen que los temblores de tierra disminuyeron de fuerza y frecuencia en el valle de Oaxaca desde hace un siglo más o menos. Sin embargo, yo he contado todavía 17 en 1837, nueve en 1838 y 13 en 1839, o sea, en tres años, unos 39, de los que varios eran tales que podían agrietar las paredes de nuestras habitaciones y hacer caer a un hombre. Aparte de las sacudidas periódicas, se registran a veces otras en el tiempo de sequía, pero siempre con largos intervalos, es decir, cada tres o cuatro años.

Hay dos tipos de temblores, uno se hace sentir desde abajo hasta arriba; es el más peligroso cuando dura mucho. El otro se parece a un balanceo de barco y produce un malestar semejante a los primeros síntomas del mareo. Por poco que este movimiento ondulatorio sea fuerte, se ven las columnas de las galerías, los árboles, los edificios mecerse sobre sus bases; los yesos se despegan de las paredes y de los techos, las vigas chirrían, las puertas se abren solas, y las aguas de los acueductos y de las fuentes son lanzadas fuera de sus recintos. Los animales se paran, apartan las patas y huelen el aire fuertemente. La gente sale corriendo de sus casas para llegar a las plazas, pero con un paso inseguro, porque el suelo parece hundirse bajo los pies. El pueblo arrodillado reza en alta voz sus plegarias: al sentir que la tierra está a punto de faltarle, pide el socorro del cielo y grita fervorosamente, o más bien en las angustias del temor: “Señor, ten piedad de nosotros”.

La proximidad de los volcanes de Soconusco y de Guatemala es sin duda la causa indirecta de estos temblores, que aumentan de intensidad a medida que uno se acerca al sureste. Y allá donde aquellos volcanes vomitan fuego, la tierra es tan movida por las expansiones de vapores subterráneas que sólo se puede dar a los mayores edificios una altura de siete a ocho metros.

La ciudad de Oaxaca sólo tiene de notable el palacio sin acabar de la Plaza de Armas, cuya fachada es bastante elegante en su conjunto, aunque de poco mérito como obra arquitectónica. El convento de Santo Domingo, mientras conserva su primer destino, sirve también de ciudadela: allí es donde las tropas y los principales habitantes se refugian al acercarse un partido enemigo. La población de esta ciudad, que llegaba a 24 mil almas al principio de este siglo, sólo tienen hoy en día entre 18 y 20 mil. El comercio de la cochinilla y del añil atraía entonces a muchos españoles, pero al disminuir poco a poco las ganancias, disminuyó también el número de los especuladores, y los decretos de expulsión que fueron aplicados acabaron de alejar a la mayoría de ellos.

La provincia de Oaxaca siempre fue la más rica de México, no por sus minas, sino por las producciones de su suelo. Las exportaciones de cochinilla, según la estadística del señor Lerdo de Tejada, calculada exclusivamente de 1757 a 1838, produjeron cada año 1385185 piastras, suma enorme cuya mayor parte acabó en manos de los indios que cultivan los nopales.

Estos indios, cuyas necesidades son muy pocas, no saben qué hacer con tanto dinero y lo entierran aquí y allá en el campo y bajo las rocas de los cerros. Así, la avaricia restituye a la tierra lo que la codicia le robó. Sólo ellos conocen sus escondites, y nunca los descubren a nadie. Mueren sin decir nada a sus hijos y sin que ellos traten de informarse. Si por casualidad un indio encuentra uno de esos tesoros, se queda como asustado, y vuelve a cubrir cuidadosamente el depósito sagrado sin quitarle un medio real, por estar persuadido de que moriría en el mismo año si se permitiera el más leve robo a los manes de quien lo enterró.

Sin embargo, hay indios ricos, que sin cambiar sus costumbres y su manera de vivir, sacrifican al lujo y a la vanidad, pues gastan su-

mas considerables para el mantenimiento de sus casas. Cené varias veces en casa de estos indios, y encontraba allí vajilla plana y otras cosas preciosas. También tenían buenos vinos de Burdeos, Málaga y Jerez, con los que agasajaban muy generosamente a sus huéspedes, y su mesa se cubría con los manjares mejor sazonados según el gusto del país. En cuanto a ellos, sentados en un petate en su cocina y rodeados de sus familiares, tomaban una cena frugal y bebían agua.

Otras circunstancias contribuyen a disminuir la abundancia de los tesoros escondidos: son los gastos que hacen en cada pueblo los alcaldes y los mayordomos en el momento de su nombramiento. En estas solemnidades, agasajan a todos los vecinos del mismo lugar, costean las ceremonias de la iglesia, los músicos, los fuegos artificiales, etcétera, y visten los santos con atavíos nuevos y brillantes.

Pese a que el valor de la cochinilla ha bajado mucho, la provincia de Oaxaca sigue siendo rica, pero la capital es pobre. Cuando Morelos hizo su entrada en Oaxaca en 1812, encabezando su ejército de insurgentes, los almacenes de los españoles y de los negociantes criollos rebosaban de oro y plata. Pero este tiempo de prosperidad ya pasó y sólo regresará cuando se colonice este hermoso país.

Los vecinos de Oaxaca son afables y hospitalarios, y las mujeres están llenas de dulzura y de ingenio natural. Durante mi primer viaje, las encontré inferiores a las de México en cuanto a modales, en el modo de hablar, y sobre todo por su falta de gusto para vestirse; pero cuando las volví a ver en 1849, me parecieron tan avanzadas como las damas de la capital. Los mismos hombres consideran a sus mujeres como superiores a ellos en cuanto se refiere a su deseo de ayudar y por la puntualidad en cumplir con sus compromisos.

La primera vez que vi reunida a la alta sociedad de Oaxaca fue en un baile en casa del presidente de la Corte de Justicia. El baile de las boleras aún no había pasado de moda fuera de la capital, y en todos los bailes el sonido de las castañuelas se oía dos o tres veces. Este baile de carácter es encantador cuando lo ejecutan en los teatros de Madrid o de México unos buenos artistas, pero de otra manera está desprovisto de cualquier atractivo respecto del arte en los pasos, la ligereza y la gracia de los movimientos, la pasión en el actuar. El bailarín y la bailarina se mueven pesadamente el uno frente al otro, cam-

biando de lugar o girando sobre ellos mismos, con el cuerpo tieso y los brazos echados atrás al punto de dislocarse el hombro: su baile se limita a marcar el paso al compás y a castañetear.

En aquel baile se dio una brillante cena según las ideas del tiempo, pero me llamó la atención la confusión que imperó en el servicio; los platos, los cuchillos, los tenedores escaseaban, y los vasos aún más. Al tratar de dar con uno, me encontré de nuevo en un momento delicado: mis vecinos, que habían bebido todos en el mismo vaso, según su costumbre, me ofrecieron cortésmente el suyo, poniéndome en la triste alternativa o de cometer una descortesía al rechazarlo, o de acercar a mi boca aquel vaso en cuyos bordes los labios y los dedos de los bebedores se veían estampados.

Las mesas estaban cargadas de una confusión de jamones cocidos en vinos de Jerez, aves en frío, pescados con olivos y pimienta, queso, pasteles toscos hechos con grasa de puerco y excelentes bizcochos. Los espacios dejados entre las fuentes estaban ocupados por una infinidad de pequeños garrafones llenos de vino tinto de Burdeos y de España, de vino blanco de Jerez y de aguardiente de Cataluña.

Con excepción de unos bailes improvisados por los jóvenes en reuniones familiares, los bailes son poco comunes en Oaxaca. Esto se debe a la divergencia de las opiniones políticas, que separa a los ciudadanos. Los grandes recreos del país son las procesiones. Para estas ceremonias, las cocineras, las recamareras y todas las jóvenes se arreglan con un cuidado particular. Llevan faldas de muselina clara o de raso, medias de seda, zapatos de raso, collares, pendientes de orejas, y una muselina o gasa que sustituye al rebozo. Jóvenes y viejas, vestidas del mismo modo, siguen las procesiones de la Virgen con un cirio en la mano.

Estas procesiones en Oaxaca, como en todas partes de México, carecen de dignidad. La mayor parte del cortejo está formado por léperos harapientos, que llevan banderas, linternas, cruces y relicarios. Para Corpus Christi, diputaciones de indios de los pueblos vecinos traen las imágenes de sus patrones o patronas y desfilan precedidos de un tamboril y de una chirimía, una especie de clarinete de sonido chillón y salvaje. Luego caminan los frailes ataviados según su orden: los dominicos de hábito blanco y capa negra, los carmelitas de

hábito marrón y capa blanca, los agustinos todos de negro, los religiosos de la Merced todos de blanco, los hermanos de Santiago de hábito gris, los franciscanos de azul, etcétera. El clero secular viene luego con alba muy corta y casulla galoneada. Las autoridades civiles, en traje de paisano, y los militares, en gran uniforme, preceden el dosel del Santísimo Sacramento. La escolta de infantería, aunque bajo las armas, marcha con la cabeza desnuda y cada soldado lleva su chacó colgando en la espalda. Finalmente, la carroza dorada del Santísimo Sacramento cierra la marcha: está vacía y es conducida por dos personas de calidad de la ciudad.

Todas las procesiones son acompañadas con música. En la del Rosario, en particular, se canta la Salutación en partes sobre aires muy hermosos, aunque las voces dejen mucho que desear. Pese a ello, yo encontraba cierto placer al ser despertado por los cantos del Rosario mañanero que pasaba por mi calle.

En las ceremonias del culto se entona menos el canto llano que en Francia. Se reconoció, según parece, que estas notas bajas y monótonas eran poco convenientes para alabar la grandeza de Dios o las gracias de la Virgen, y que sólo podían, a lo más, ser salmodiadas encima de un ataúd. De hecho, la costumbre tan arraigada en Francia impide que no hayamos cambiado aquellos sonidos sepulcrales y bárbaros por otros más dignos de este tema.

Con la ocasión de la fiesta de las iglesias y de los conventos, se queman en todas partes en México un gran número de piezas de artificios y de cohetes. Estos juegos tienen lugar en pleno día durante los oficios, lo que los vuelve casi inútiles, ya que sólo se ve el humo que despiden y uno tiene que conformarse con el ruido de las explosiones.

La principal devoción de los mexicanos tiene por objeto a la Virgen y los santos y la gente del pueblo no reconoce otras. La Virgen es venerada bajo los distintos nombres de sus atributos, que la ignorancia considera como mediadoras distintas y más o menos poderosas, según la leyenda de sus milagros. En cuanto a Dios, Ser Supremo adorado por todos los pueblos sea cual sea el nombre que se le da —Jehová, Theos o Teotl—, casi no lo conocen.

Algunos meses antes de mi llegada a Oaxaca, esta ciudad había sido el teatro de grandes desórdenes. Cuatrocientos soldados mixtecos,

cuyo jefe se llamaba Acevedo, la atacaron e hicieron retroceder a la fortaleza de Santo Domingo a la guarnición, que les era muy superior en número, y proclamaron el restablecimiento de la Federación. Poco después, para mostrar la pureza de su celo patriótico, saquearon los almacenes de los ricos negociantes, y durante varios días de orgías, amenazaron a todos los habitantes que no se habían refugiado en Santo Domingo. Una casa de comercio inglesa perdió sesenta mil piastras, se cometieron atrocidades con un farmacéutico francés² que vivía sobre la plaza de la catedral, no lejos del cuartel general. Allí, no contentos con robar todo lo valioso y romper lo que no se podían llevar, estos desgraciados quisieron exterminar a todos los extranjeros que se encontraban en la casa. La mujer del farmacéutico tuvo la cabeza mutilada a golpes de culatazos y la dieron por muerta. Un antiguo oficial francés³ que dirigía una destilería en la misma casa recibió 18 o 20 heridas, de las que ninguna fue mortal, si bien una lanzada le atravesó el cuerpo de par en par. En este estado, lo mandaron ensillar los caballos de la casa para llevárselos, y como este infeliz no lo hacía con suficiente rapidez según estos honrados federalistas, cada uno lo picaba para que se apresurara.

Los mixtecos, a los que se habían unido los federalistas, se quedaron 13 días como amos de las tres cuartas partes de la ciudad, sin que los 1 500 hombres de guarnición se movieran de la fortaleza. De allí, se limitaron a tirar cañonazos que no tuvieron más resultado que lamentar, sino el impedir el sueño del pequeño hijo del viejo general Quintanar, inconveniente que hizo suspender varias veces el fuego, si debo creer los dichos de algunos oficiales de artillería que allí estaban.

Mientras tanto, los mixtecos estaban a su merced, y ninguno habría escapado si dos o tres compañías de las tropas gubernamentales no hubieran saltado sobre ellos de improviso, después de las ocho horas de la tarde: envueltos en el sueño letárgico de las borracheras, ellos llenaban las galerías de la plaza. Algunos pocos centinelas estaban desparramados aquí y allá, mantenidos en un estado de somno-

² De nombre Barrier, recibió su parte de indemnización pagada tres años más tarde: un centenar de miles de francos.

³ Este oficial, llamado Avril, recibió cincuenta mil francos de indemnización.

lencia por los vapores alcohólicos. Los habrían aniquilado antes de que ellos hubieran tenido el tiempo de llamar a las armas.

Pero Quintanar dejó que los mixtecos se adueñaran tranquilamente de la ciudad cuya guardia le había sido confiada, hasta que ellos decidieron abandonarla para ir a combatir un cuerpo de tropas a las órdenes del general Canalizo, que el Gobierno Supremo enviaba contra ellos. El encuentro se dio en el pueblo de Etna, a cuatro leguas de Oaxaca. Después de una batalla de algunas horas, el bando de Acevedo se dispersó, y él mismo fue apresado con los dos principales jefes de su Estado Mayor y un joven francés, el que, arrastrado por un carácter fogoso y un espíritu inquieto, se había dejado seducir por los federalistas y se había enrolado en sus filas.

Aunque este desgraciado joven debía haber sido considerado como la generalidad de los presos que habían tomado las armas a instigación de los motores de la insurrección, Canalizo juzgó que su calidad de extranjero agravaba su falta y lo fusilaron el día siguiente junto con los tres jefes aquí mencionados (78).

CAPÍTULO X

Alrededores de Oaxaca.- Pueblos escondidos en bosquecillos.- Talixtaca.- Hueyapán.- San Felipe del Agua.- Santa María del Tule.- El árbol más grueso de México.- Su vigor.- Propuestas vandálicas de un blanco rechazado con desdén por los indios del Tule.- Exequias de un niño en el Tule.- Ceremonias fúnebres.- Música salvaje.- Mitla.- Su destinación.- Su celebridad.- Ruinas de cuatro palacios.- Arquitectura notable.- Hermoso corte de piedras.- Grecas de las fachadas.- Únicas columnas encontradas en América.- Interior del palacio principal. Descripción de dos teocalis.- Piedra que servía para los sacrificios.- Crónicas de Burgoa.- Creencia popular.- El rancho de Saga.- Antiguas supersticiones.- Fortaleza antigua en la cúspide de un cerro inaccesible.- Monte Albán.- Liobaa.- Sitio silvestre.- Mi estancia en casa de un indio rico.- Acogida que me dio el cura de Mitla.- La Navidad.- Descripción de lo que vi en la iglesia.- Fisonomía y traje de los zapotecos.- Ruinas de Culhuacán, impropriadamente llamadas de Palenque.- El capitán Dupaix.- El señor Waldeck.- Teozapotlán o Zaachila.- Capital de los zapotecos.- Límites del país zapoteco.- Guerra entre los zapotecos y los aztecas.- Boda de la hermosa Coyolicotzin con Cosijoeza.- Llegada de Cortés al valle de Oaxaca.- Toma tierras para su feudo.- Sepulcros.- Lo que allí se encuentra.- Cuilapa.- Vicente Guerrero.- Sus cenizas.- Ocotlán.- Cultivo del nopal de cochinilla.- Cosecha.- Yacimientos auríferos de San Miguel de las Peras.- El general Stavoli.- Minas de plata en los montes del noreste.- Costumbres de los mineros europeos.- La caza.- El guajolote silvestre.- Tehuantepec.- La púrpura tiriana recobrada.- Trajes de las mujeres de Tehuantepec.- Impresión producida por las jóvenes de esta ciudad zapoteca sobre mi imaginación.- Recuerdos de juventud.

La naturaleza no brindó nada muy pintoresco a los alrededores de Oaxaca, pero la mano del hombre los ha embellecido singularmente, transformando los pueblos en jardines llenos de árboles frutales y de arbustos de ornato, en los que las chozas se mezclan con la vegetación. Las calles son avenidas bordeadas de matorrales alegrados con amarilis¹ y de plantas meliáceas, de setos de nopales, de dalias² arborescentes, de frangipañeros en flor, o de guayabos, aguacateros, capulines que unen sus ramas en forma de bóveda y propician una sombra agradable en el momento más cálido del día. Aquí, en el valle del este, se encuentra el gran y hermoso pueblo de Talixtaca, abundante de frutas de toda clase. Luego, Hueyapán, sombreado por un bosque de naranjos, de cidras y de árboles de cacao,³ cuya flor aromática sirve a los naturales para hacer una bebida refrescante. Enseguida está San Felipe del Agua, situado en la vertiente de los montes: el aire que allí se respira es delicioso y la atmósfera se perfuma con los olores más suaves. Pero el pueblo más lindo de todos es el de Santa María del Tule, donde se ve el famoso ciprés cuyo tronco sólo es inferior al castaño del Etna. A seis pies de tierra, el tronco tiene noventa pies⁴ de amplitud o de curva circunscrita, y llega a unos 141, midiéndolo según las ondulaciones de sus ángulos salientes y entrantes. Sólo a 15 pies de altura empiezan las ramas. de las que las más gruesas no tienen menos de 37 pies de circunferencia, pero sin tener una muy grande

¹ *Amaryllis formosissima*, o flores de Santiago.

² Las flores de estas dalias simples o dobles son perennes, su color es el lila claro. Son las plantas primitivas cuyo cultivo multiplicó los colores al infinito.

³ No se debe confundir el árbol de cacao, que según parece es un *symploque*, con el cacaotero.

⁴ Pies métricos.

extensión relativa: el árbol entero apenas llega a setenta pies de alto y su sombra, al medio día, abraza una circunferencia de 400 pies, de modo que no produce el efecto que se espera de él; hasta a una pequeña distancia, no parece tener nada muy notable. Yo vi en el Coatzacoalcos árboles mucho menos gruesos que éste, los que asombraban más por su altura y la inmensa envergadura de sus ramas.

Varios viajeros que visitaron el ciprés del Tule creyeron que no se trataba de un solo y mismo árbol, sino de la reunión de tres árboles cuyos troncos parecen en efecto separados uno de otro, formando ángulos entrantes muy profundos. Sin embargo, después de haberlo examinado a menudo, me quedé convencido de que estos salientes pertenecieron al mismo árbol. Los troncos de esta especie de ciprés⁵ presentan siempre un seguimiento de costas longitudinales, las que con el tiempo no se desarrollan de igual manera: unas se quedan estacionarias, mientras otras adquieren dimensiones excéntricas extraordinarias. Cuanto más aumenta el tronco de volumen, más pronunciadas se vuelven estas irregularidades; y cuando apenas llega al grosor de los de Chapultepec, uno tiende a creer al principio que no se trata de un solo árbol. Así es como sucede que, en el enorme tronco del ciprés de Tule, cuya amplitud es casi cuatro veces mayor que la de los árboles de Chapultepec, los tres ángulos más salientes llegaron a tal excentricidad, que se creyó en el principio que pertenecían a tres árboles distintos.

Este ciprés lleno de vida no ofrece en absoluto una apariencia de decrepitud. No tiene un solo chancro, una sola rama muerta, la savia conserva su vigor hasta la cúspide y todo permite pensar que aún le quedan muchos siglos de existencia.

Viejo habitante de la tierra, venerable testigo de las revoluciones de los hombres y de las cosas, el que ni las tempestades ni el rayo, ni la sucesión de los tiempos pudieron destruir, estuvo a punto de ser víctima del capricho de un comerciante de Oaxaca. Este hombre se vanaglorió de haber ofrecido una suma considerable a los indios del Tule para comprar este árbol y transformarlo en vigas y tablas... Afortunadamente, los indios rechazaron la propuesta de este vándalo

⁵ *Schubertia disticha*.

y el árbol sigue en pie, desparramando el frescor de su sombra perfumada sobre quienes llegan a admirarlo.

En uno de mis paseos al Tule fui testigo de lo que se practica en los pueblos cuando fallece un niño. Al cabo de un sendero tortuoso, una cabaña de cañas, rodeada de nochebuenas y cacalosúchiles, estaba llena de cantos alegres y de instrumentos de cuerda. Algunos indios ancianos, sentados frente a la puerta vaciaban a la ronda pocillos de pulque y de mezcal;⁶ más lejos, algunas mujeres preparaban tortillas de maíz con guisos de pimiento. Invitado por un anciano a entrar en la choza, encontré a unos veinte jóvenes: unos cantaban, otros tocaban la guitarra o marcaban el ritmo con las manos. En un rincón de la choza, en medio de varios cirios prendidos, se encontraba acostado en una canasta adornada de flores y de vegetación el cuerpo sin vida de una niña de tres años. Su frente estaba ceñida con una corona de metal brillante y flores deshojadas cubrían su cuerpo, con excepción de la cara. La joven madre estaba allí con la mirada fija hacia el envoltorio mortal del angelito, cuya emigración prematura a las regiones celestes se celebraba; ella vigilaba el luminario y el arreglo del lecho fúnebre. Pero todo este exterior festivo no impedía que algunas lágrimas mojaran sus párpados; pese a las ideas filosóficas o religiosas acerca del término de nuestra miserable vida, la naturaleza siempre conserva sus instintos en el corazón de una madre. Raquel no quería que la consolaran, porque sus hijos ya no estaban.

Además, dudo que aquellos cantos, aquellos acordes ruidosos sean más capaces, en semejante caso, de regocijar que de entristecer. Si la música excita a la alegría, también lleva a la melancolía, según la disposición del alma; a menudo, incluso, vuelve al mal moral insoporrible por su acción sobre el sistema nervioso. El hecho es que me alejé de estos indios y de esta música salvaje, más triste que cuando había llegado, y el recuerdo de esta ceremonia me pesó el resto del día.

Al extremo de este hermoso valle del este, a diez leguas de Oaxaca se encuentra el pueblo de Mitla, antiguamente famoso por su

⁶ Aguardiente que se saca del maguey. Se cuece la resina de esta planta bajo la ceniza, luego la ponen a fermentar después de haberla molido. El alcohol que se saca tiene propiedades estomacales muy notables, es tónico sin ser irritante.

colegio de *Teopijqui*,⁷ por sus templos, sus palacios y el brillo de sus ceremonias religiosas; lo sigue siendo hoy en día, por algunos vestigios de estos edificios que anuncian tanto el gusto como la habilidad en las artes. Los mexicanos lo llamaban *Mictlán*, palabra que significa el infierno, pero los zapotecos lo conocían con el nombre *Liobaa*, es decir, tierra del reposo. Destinado a la sepultura de los reyes de Teozapotlán y de los soberanos pontífices, era particularmente consagrado a las plegarias por los muertos, a las ceremonias expiatorias y al culto de las divinidades infernales que invocaban unos ministros con la cara pintada de negro y que vestían ropas lóbregas.

Todavía se ven las ruinas de cuatro palacios o sepulcros, que se extienden de norte a sur. La iglesia y la morada del sacerdote han sido construidas con los materiales y sobre el lugar del primero de estos palacios, que estaba reservado a los oficiales del séquito del rey: es el más elevado en la vertiente del cerro al cual el pueblo está adosado. El segundo, que servía de residencia al monarca cuando llegaba para ciertas solemnidades, parece haber tenido una comunicación exterior con el primero, del que está alejado con más de cien pasos. Es el mejor conservado, y el único que puede dar una idea del conjunto de los demás. El tercero y el cuarto estaban destinados al Colegio de los sacerdotes y a su jefe, pero de uno sólo queda una fachada medio destruida, y del otro sólo quedan unos fragmentos de paredes hechos de morrillos y de guijarro con algunos vestigios de revestimiento aquí y allá.

La arquitectura de este palacio no ofrece nada grande, nada notable en cuanto a la extensión, las masas o la audacia de las construcciones. Las alas interiores son pequeñas, los corredores totalmente incómodos y la altura de los edificios no llega a los cinco metros. Nada hay que se pueda comparar con las construcciones más corrientes del Egipto antiguo en cuanto a lo grandioso y lo majestuoso del estilo.

Así y todo, la arquitectura de los palacios de Mitla no carece ni de gracia ni de mérito en la ejecución: el hermoso corte de las piedras, la estructura de las construcciones, el género y el arte de los adornos merecen toda la atención de los viajeros.

⁷ “Ministro de Dios” en lengua zapoteca.

El único palacio que sigue aún en pie tiene la forma de tres lados de una cruz de San Andrés. La fachada, que da a un patio, tiene 132 pies ingleses de largo sobre sólo 14 de elevación. Tres puertas se abren en medio; tienen la mitad de la altura total y un pie de más de largo. Son las únicas aberturas del edificio, en cuyo interior debía imperar una oscuridad profunda.

Todas las superficies exteriores están revestidas con una piedra porosa tallada con mucho cuidado; presentan un doble basamento de unos tres pies, coronado por tres rangos de marcos de 12 pies de largo cada uno sobre dos de alto más o menos, el todo terminado por una cornisa que sólo en los ángulos está bien marcada. Cada cuadro ofrece una greca mosaica de piedras talladas en forma de ladrillos y dispuestas de manera que forman un dibujo en relieve. La fachada está adornada con dos grecas que son casi totalmente distintas.

Sobre todos los linteles de las puertas de la fachada y del interior se observan hermosas piedras. Hay una de 18 pies ingleses de largo, sobre 3.6 de altura y 4.7 de profundidad; todas están unidas con una precisión que apenas deja ver las líneas de unión. La primera sala a la que se entra es un rectángulo a lo largo de la fachada, menos el espesor de las paredes, pero poco ancha. Se ven cinco columnas de pórfido que sostenían el techo; tienen 12 pies de alto y 9.5 de circunferencia en su parte inferior, que es un poco abultada, pero no tienen base ni capitel.

A la derecha, un corredor muy poco elevado llega a una sala cuadrada en cuyos cuatro lados se encuentran otras cuatro pequeñas salas rectangulares. No se ve en las paredes ningún adorno de arquitectura, pero se distingue acá y allá, y en particular en el corredor, huellas de pintura al fresco sobre una capa de estuco, cuyo piso parece haber sido recubierto. En cuanto al techo, también había desaparecido en la época en que visité este monumento⁸ y sólo quedaba una viga carcomida en una de las pequeñas salas laterales.

Al este y al norte de estas ruinas se levantan dos grandes teocalis. El primero, el menos degradado, no cambió de destino al mudar de amos: se construyó en lo alto, en el lugar del santuario pagano, una

⁸ 1838.

capilla cristiana, a la que se sube por una escalera de piedra que ocupa todo lo ancho de la fachada occidental. Unos derrumbes impiden reconocer si había también escaleras en las otras fachadas, pero probablemente se hallaba otra del lado del oriente, ya que aún se encuentra un recinto cuadrado al que se bajaba sin duda por la pirámide. El del norte, el más alto, está rodeado por otros tres teocalis de menor dimensión; tiene, como el primero del lado oeste, un recinto en medio del cual se eleva una pequeña pirámide truncada. En uno de sus ángulos, se encuentra una piedra de granito de unos cuatro pies y medio de largo y de un pie de espesor y todo indica que servía para los sacrificios. Este teocali comunicaba con los palacios por un subterráneo de cuatro pies y medio de alto sobre tres de ancho, cuyas paredes están también revestidas de grecas. He aquí lo que la crónica relata de este subterráneo:

Cuando en las grandes solemnidades un guerrero se ofrecía a la muerte, sea para expiar un crimen, sea para apaciguar los dioses irritados, el gran sacerdote lo conducía a una sala baja y tenebrosa que llegaba a este subterráneo; luego, abandonándolo en las criptas que iba a recorrer, cerraba detrás de él las puertas fatales que sólo podían volverse a abrir para nuevas víctimas.⁹

A partir del teocali, este subterráneo cambia de dirección y se avanza del lado oeste. El vulgo, siempre crédulo, está persuadido que se extendía hasta 300 leguas de Mitla. Pero sin detenerme en esta extravagante creencia, diré sólo que sus huellas llegan hasta el rancho de Saga, a una legua de ahí. Sin duda, sigue más adelante, pero si uno toma en cuenta que se hallan en medio de los montes en esta misma dirección lugares aún venerados por los indios por sus antiguas tradiciones, se entiende fácilmente que pudo existir una comunicación subterránea entre éstos y los palacios de Mitla, cuyo alejamiento no excede las tres leguas.

⁹ Francisco de Burgoa.

* Nota de la traductora: De Fossey hace aquí un resumen del texto de Francisco de Burgoa, *Geográfica descripción*, cuya primera edición salió a la luz en México por Juan Ruiz en 1674. Se puede consultar en la edición de Porrúa, publicada en México en 1989, tomo II, capítulo LIII.

La fama de estos templos fúnebres y de la eficacia de las oraciones que estaban dirigidas a las divinidades infernales se extendía mucho al exterior del país zapoteco. El mexicano y el chiapaneco, el otomí y el totonaca llegan asimismo a pedir oraciones y ofrecer regalos que los ministros de todas las religiones nunca han rechazado. Ahora mismo, después de 300 años de un nuevo culto, estas antiguas tradiciones no han desaparecido: a menudo algunos indios llegan desde cien leguas de distancia para pedir misas al párroco de Mitla.

A tres cuartos de leguas de este pueblo se alza una fortaleza antigua en la cúspide de un cerro rocalloso casi inaccesible. El capitán Dupaix, que visitó Mitla por orden del gobierno español, la describió con la sagacidad del hombre del arte. Su relación da una idea bastante alta de los principios de castrametación en uso entre las poblaciones americanas (79). En todas las construcciones del mismo tipo, los medios de defensa y de retiro están previstos y muy bien combinados. Las cúspides de los montes más escarpados siempre eran escogidas para estas posiciones militares, pero la elegancia no siempre quedaba excluida. En Monte Albán, por ejemplo, a un cuarto de legua de Oaxaca, después de pasar un baluarte escarpado, se llega a una magnífica explanada circular en cuyo centro se alza el fuerte principal; a su alrededor se yerguen otros fuertes, algunos de los cuales tienen también una explanada exterior defendida por nuevas construcciones. Unos montículos artificiales sirven de base a estos pequeños fuertes. La mayoría de ellos tienen aberturas para un camino cubierto que servía a la vez de entrada a estas posiciones y de medio de comunicación entre los diversos puntos de la plaza.

Desde lo alto de la fortaleza de Mitla, la vista se hunde en el valle y se detiene con tristeza sobre rocas nudas y soledades áridas, imagen de destrucción que borra el efecto de los palacios de Liobaa. Un torrente de agua salada, que crece con la tormenta, corre en medio de arenas polvorientas que arrastra consigo. Las orillas son secas y sin árboles, apenas se ven aquí y allá algunos nopales enanos o algunos pirules,¹⁰ tan pobres como el terreno en el que crecen. Sólo del lado del pueblo, el verde oscuro de los magueyes y de los cactus da al cua-

¹⁰ *Schinus*.

dro el aspecto de un jardín de invierno plantado con boj es y abetos. Un viento frío e intenso sopla casi siempre en el fondo del valle y levanta torbellinos que oscurecen el aire y se dispersan a lo lejos en la campiña. En compensación, encontré en Mitla una posada muy confortable en casa de un indio rico, donde me habían invitado como huésped. Ocupé la sala de honor, adornada con un altar dedicado a la Virgen, ante la que ardían día y noche cirios y copal. Me trataron espléndidamente: mi huésped no comía conmigo y sólo con el postre venía a platicar un momento y darme excusas por no saber atenderme de manera más digna. Cuando yo lo invitaba a beber conmigo un vaso de su excelente vino de Jerez, sólo se decidía después de algunas instancias y me daba las gracias como si yo le hubiera hecho un gran favor. Sin embargo, tuve que dejar el día después la casa de este buen indio, para corresponder a la cortesía del cura a cuya morada estaba también invitado, sin que yo lo supiera. El cura no estaba en aquel momento en Mitla, vivía en otra parroquia que tenía que atender durante seis meses al año, de modo que sólo lo vi una vez, el día de Navidad. Pero él había tenido la atención de mandarme toda clase de provisiones al presbiterio, junto con seis criados y una cocinera para que me atendieran durante su ausencia. Era realmente un hombre muy bueno, pero de una ignorancia y simpleza que asombran en nuestro siglo.

Asistí, como buen cristiano, a la misa (8o) del cura de Mitla. Al no haber sillas en las iglesias de México, uno debe aceptar arrodillarse sin más cojines que el piso, postura que siempre fue para mí una tortura. Sin embargo, pude de vez en cuando echar una mirada observadora sobre lo que me rodeaba. La iglesia estaba llena de hombres y de mujeres cuyos rasgos eran tal vez más característicos allí que en otra parte. Con un color cobrizo, una nariz aguileña y una barbilla prominente, las mujeres son raramente lindas, aunque su figura tiene una delicadeza que pocas veces se encuentra entre los indios. Su traje tiene también algo particular: es el enrollado¹¹ de lana negra con rayas rojas, un huipil de algodón blanco bordado con hilo de color y un rebozo con grandes rayas blancas y oscuras con los que

¹¹ El enrollado es una pieza de tela que envuelve el cuerpo hasta las rodillas.

se cubren la cabeza y los hombros. Además, llevan encima de la cabeza, como los hombres, un pañuelo rojo de seda o de algodón y en los pies, calzan sandalias cuya pala es labrada.

Las ruinas de Mitla, Xochicalco y Papantla son muy conocidas y han sido descritas varias veces. Pero existen otras, en la provincia de Chiapas, que suscitan el mayor interés y sobre las que todavía pesa un secreto impenetrable: son las ruinas de Culhuacán, o sea, de Palenque (81), nombre del pueblo vecino. Situadas en medio de desiertos entrecortados de pantanos y de bosques, permanecieron desconocidas para los españoles hasta finales del siglo pasado. Desde entonces, han sido exploradas y dibujadas por el señor del Río (1787), por el capitán Dupaix (1806) y, más tarde, por el señor Waldeck.¹²

La parte sur del valle no cede en nada a la que ya conocemos: los cultivos son más ricos aún, los pueblos hermosos son muchos y la grandeza pasada de los zapotecos dejó allí vestigios más numerosos y no menos interesantes. Teozapotlán, hoy en día Zaachila, pueblo situado a dos leguas de Oaxaca, era la capital de los zapotecos, cuyas fronteras se extendían desde Los Cues hasta Soconusco. Este pueblo, rico, poderoso e industrial, tenía una corte no menos brillante que las de los feudatarios de la Corona de México. En 1464, Axayácatl, sexto rey de los mexicanos, habiendo emprendido una expedición contra los zapotecos con el fin de obtener prisioneros que sacrificar para la ceremonia de su coronación, los venció, pero no los sometió enteramente. Esta circunstancia, veinte años más tarde, dio a Ahuítzotl el pretexto para realizar otra expedición, ahora por la dedicatoria del gran teocali de México, en la que perecieron tantos miles de víctimas. Finalmente, Moctezuma II mandó también un ejército contra ellos y sus vecinos los mixtecos para castigar su rebelión; éstos habían masacrado las guarniciones mexicanas y se negaban a pagar el tributo que se les había impuesto anteriormente. Esta vez, las suertes de la guerra no favorecieron tanto a los mexicanos: como las hostilidades se alargaban, se convino un arreglo en garantía por el cual Moctezuma

¹² El señor Waldeck hizo también los dibujos de las ruinas de Izamal (Yucatán), pero su carácter muy conocido en México permite dudar de la exactitud de todas sus noticias arqueológicas.

dio a una de sus hijas, la hermosa Coyolicotzin,¹³ como esposa a Cosijoeza, quien fue el último rey de Tezapotlán.

Tal era el estado del reino zapoteco cuando llegó Cortés en 1522. La superioridad de las armas españolas, la caída de México y, más que todo, las antiguas tradiciones que predestinaban aquellos héroes venidos del oriente a la dominación del país, llevaron a los zapotecos a someterse voluntariamente. A la llegada de Cortés, Cosijoeza le envió ricos presentes y le mandó decir que estaba listo para reconocer al rey católico como soberano. El clima benigno de este hermoso valle y las ricas producciones de su suelo sedujeron al conquistador, que fundó allí la ciudad de Antequera, donde estaba el pueblo de Guajac, y se hizo dueño de tierras para su dominio señorial, el que Carlos V erigió en marquesado.

Sin embargo, aunque hubiera establecido su feudo en tierras de los zapotecos, no por ello éstos fueron mejor tratados; nobles y plebeyos pronto se confundieron en una sola clase, que conservó los estigmas de los vencidos. Tezapotlán se volvió un desierto; Zaachila, que se levantó sobre sus ruinas, conservó sólo como vestigios de esplendor los numerosos montículos que en su mayoría son sepulturas y algunos otros teocalis. Todo el campo entre Zaachila, Cuilapa y Oaxaca está lleno de esos *túmulos* cónicos, de una altura variable entre unos 15 a 50 pies. Están hechos de tierra o de cascajo mezclado con arcilla, con una pequeña tumba en el centro, donde se suele encontrar osamentas y figuritas de arcilla y de piedra que representan algunas imágenes fantásticas y otras, probablemente los rasgos del difunto. El carácter de las figuras es el mismo que el de los indios zapotecos de la época actual: grandes narices muy aguileñas, labios gruesos y ojos un tanto rasgados a lo chino. Estas tumbas contienen también espejos metálicos, amuletos de piedra o de mármol pulido, hachas de cobre cuyo uso no entiendo ni como arma ni como instrumento cortante, tomando en cuenta su poco espesor y su facilidad para torcerse. A veces han encontrado collares de bolitas revestidas de oro, adornos de oro para la cabeza y para las orejas, y hace pocos años el cura de Teutilán del Valle poseía una cotorrita del mismo

¹³ Era una hija natural de Moctezuma.

metal, artísticamente esculpida, que habían encontrado en una de las sepulturas del pueblo.

Cuilapan, situado al pie de los montes al noreste de Zaachila, es un pueblo encantador, en el que las casas y los túmulos están mezclados con las huertas de árboles frutales más hermosas que se puedan ver. Aunque estemos en el centro del país zapoteco, se habla allí el mixteco, singularidad que se debe a que en sus guerras contra el rey de Teozapotlán, los mixtecos conservaron tanto tiempo un puesto militar que contrajeron muchas alianzas y generalizaron su idioma hasta el punto de que se volvió el único en uso.

Los indios de este pueblo reciben muy mal a los que quieren hacer excavaciones en su territorio. Un alemán estuvo a punto de ser víctima por su afición a las antigüedades. Él había ido a Cuilapan, provisto de una autorización del prefecto de Oaxaca para poder excavar uno de estos montículos funerarios. Pero atacado a pedradas por los indios, sólo tuvo el tiempo de subirse al caballo y huyó al galope, sin tener la tentación de regresar.

En Cuilapan es donde Vicente Guerrero fue fusilado y enterrado en 1831 (82). Cuando Gómez Farías¹⁴ ocupó la presidencia en 1834, ordenó la exhumación de sus restos, los que, encerrados en una urna de plata, fueron depositados bajo una piedra tumularia en el convento de Santo Domingo de Oaxaca. Pero el mismo destino que lo había arrojado del rango supremo privó pronto a sus cenizas de este último honor: un año más tarde, la urna fue fundida y sus cenizas enterradas en el panteón del convento, donde sin duda las dejarán por fin en paz.

Siguiendo nuestra revista en el mismo valle, llegamos al pueblo de Ocotlán, donde tiene lugar cada semana un gran mercado de cochinilla y de productos ordinarios. Si bien se cultiva mucho el nopal que se usa para preparar este precioso color alrededor de Oaxaca y en el valle del este, llamado de Tlacolula, los mayores sembradíos¹⁵ se hallan en Ocotlán. Se siembra la cochinilla dos veces al año, una en el mes de agosto, otra en diciembre. La primera tiene por fin multipli-

¹⁴ Gómez Farías cumplía con las funciones de presidente por *interim*.

¹⁵ La palabra sembradío, que sólo conviene a la acción de sembrar granos en la tierra, se emplea también en español para las operaciones necesarias para la propagación de la cochinilla.

car el grano para la segunda, la cual proporciona la gran cosecha que se envía a Europa.

La cochinilla es un insecto de la orden de los hemípteros, que tiene la forma y el grosor de una chinche. Cuando está llena, la colocan en canastitas que se cuelgan al nopal. Allí es donde pone sus huevos, que avivan casi de inmediato. Cada madre da nacimiento a varios centenares de pequeñas cochinillas y muere en el acto mismo de la reproducción. Las pequeñas cochinillas salen de la canasta y se dispersan en el nopal, buscan las hojas más tiernas en las que, una vez instaladas, se alimentan y engordan sin moverse de lugar. Cuando sale de las canastas, la cochinilla es color púrpura, pero tan pronto crece se cubre con un polvo blanco que esparce a su alrededor, de modo que los nopales, en tiempos de cosecha, parecen estar cubiertos de nieve.

Este cultivo exige cuidados minuciosos. Fuera, es preciso proteger la cochinilla de la lluvia, el viento e incluso la influencia de un tiempo nublado, y adentro, contra una multitud de enemigos nacidos de la planta misma, los que le declaran la guerra. Cuando la cosecha está lista, es decir, cuando la cochinilla nueva queda plena a su vez, se cortan las hojas del nopal. Luego, con un plumero se despega el insecto que, una vez en el suelo, se queda en un estado de completa inercia. Se conserva lo necesario de ellas para la reproducción y se seca el resto en una estufa o en un horno calentado con una temperatura media y, finalmente, se pone a la venta. Esta última cochinilla es un poco menos estimada que la que se queda en las canastas después de la postura, la que llaman zacatillo, y siempre existe una diferencia de un octavo entre sus precios. Durante las guerras de Francia, la libra de cochinilla llegó a valer 33 reales (cuatro piastras y un real), pero ahora no rebasa los seis reales y hasta es difícil venderla en los mercados europeos desde que se cultiva también en Guatemala, donde tierras vírgenes y nuevas plantas de nopal proporcionan granos más hermosos y de mayor rendimiento. Esta competencia golpeó de manera fatal a la industria de Oaxaca.

Fue López de Gómara el primero que, en 1535, dio la descripción de la cochinilla y de la planta que la alimenta. El consumo de este tinte aumentó rápidamente desde los comienzos del siglo pasado: en

1760, el comercio de este producto sólo con Marsella significaba más de cuatro millones de francos, y en el año de 1839, la importación de la cochinilla en Francia se elevó a 9 249 739 francos. Este consumo ha aumentado mucho actualmente, y tiende constantemente a crecer con los progresos de la industria. Este cultivo es practicado en Argelia con un éxito creciente. En 1831, la exportación de cochinilla no superó los cuatro kilogramos; en 1832 fue de sesenta kilogramos, y en los dos primeros meses de 1850 rebasó los 233 kilogramos.¹⁶

Las sierras al oeste del valle de Ocotlán ocultan minas de oro. El camino que llega hasta allá atraviesa bosques de pinos, de robles o de árboles de países cálidos, y abundan también los helechos y las especies poco comunes, entremezclados con verbenas de flores azules y de erétrines con rinantos. Los yacimientos auríferos de San Miguel de las Peras¹⁷ se encuentran en rocas cuarzosas que contienen óxido de cobre y, más comúnmente, óxido de hierro. La inclinación de las vetas es sólo de 10 a 12 grados, de modo que, bajando poco a poco en la tierra, se les puede seguir a menudo sin emplear escaleras. Cuatro o cinco vetas corren a veces en la misma dirección, separadas sólo por algunas pulgadas de arcilla. Si se reúnen, la veta que forman no rebasa el metro de espesor. Se empieza a beneficiar el metal cuando da 24 granos de oro por una carga de tres quintales. El oro de 22 quilates, que cuesta 18 piastras en Europa, cuesta sólo 14 en Oaxaca.

En 1849 había 25 minas en explotación en las Peras. La más productiva era la del Rosario, que daba cerca de 48 quilates por cada carga. Se ha encontrado mineral que contenía hasta 5 onzas en la mina del Carmen Grande, hace más o menos tres años, pero ésta quedó abandonada hoy en día. Todas las mineras de las Peras no producen más de 600 onzas de oro por mes. Pasé unos días en las Peras, en casa de uno de mis viejos amigos, el general Stavoli, italiano al servicio de México desde el principio de la Independencia. Puesto en disponibilidad a raíz del despido del ejército bajo la presidencia de Arista, Stavoli buscó un empleo en la explotación minera, lo que le proporcionó algunos beneficios. Pero ¡vaya existencia llena de peri-

¹⁶ *Annales de la colonisation algérienne.*

¹⁷ A 14 leguas de Oaxaca.

pecias! Ora es la veta, cuya traza se perdió, y cabe trabajar varios días o varias semanas sin resultado, y a veces meses enteros para volver a encontrarla; ora es el gas carbónico que invadió las galerías y uno se ve obligado a emprender labores costosas para restablecer la circulación del aire. Otras veces, el mineral proporciona treinta o cuarenta granos por cada carga y uno está en la gloria, y la semana siguiente no contiene más que uno. Sin embargo, aunque las esperanzas de los mineros sean más modestas en las Peras que en el Real del Monte o en Guanajuato, la fortuna es menos inconstante en las minas de oro. En ellas el trabajo siempre permite vivir, mientras no hay un décimo de las minas de plata que reditúe ganancias, por los grandes gastos que ellas exigen.

También se encontraron minas de plata en la región de Oaxaca, en particular en las sierras del noroeste, y varias compañías inglesas y alemanas se han arruinado allí. Sin embargo, no sería conveniente juzgar la importancia de las vetas sólo por este triste resultado. En efecto, cuando en Europa se trata de formar una compañía de accionistas para emprender las obras de una mina, y se tienen a la vista unas hermosas muestras de mineral, parece que la fortuna queda asegurada. Entonces, no se escatima nada, todo se hace en grande: se contrata a una muchedumbre de empleados que sólo piensan en vivir bien a costa de los gastos hechos por los accionistas. Sin embargo, empiezan los trabajos y los gastos superan los beneficios. Se espera entonces encontrar una veta más rica, se porfía en las esperanzas y uno acaba perdiendo todo su capital. Ésta es la historia de casi todas estas empresas, y en particular la de aquella compañía inglesa de las minas de oro de Peñoles. Situadas también en los alrededores de Oaxaca, perdió en poco tiempo unas ochenta mil piastras mientras sacaba metal que habría enriquecido a un minero prudente.

Aquellos mineros europeos, aislados en las sierras, sin sociedad ni modos variados de distraerse, se entregan sin medida a los placeres de la mesa. Pero, sobre todo, cuando les llega algún huésped de Oaxaca se propasan y vuelven a hacer lo que se estilaba en los festines de la Roma degenerada para prolongar el apetito.

La caza les ofrece pasatiempos más nobles. El ciervo y el jabalí abundan en los bosques vecinos, así como el lobo, el danto, el coyote

y el guajolote silvestre, caza apreciable para alguien aficionado al buen comer. Se matan a unos que pesan 25 a 30 libras. Este guajolote es poco distinto del que tenemos en nuestros corrales. Con excepción de algunos reflejos más metálicos, es el mismo plumaje, la misma carne, el mismo grito. Cuando al amanecer y al anocheecer se oyen estos gallos de India llamar a sus gallinas, uno podría creerse cerca de un rancho. Pero si un cazador desea emociones fuertes, también puede encontrar al tigre y al puma, cuyo ataque es digno de su valor y de su destreza.

Siguiendo la misma cordillera en dirección del este, se llega después de algunos días de marcha a Tehuantepec, capital del territorio¹⁸ del mismo nombre, cuya población es de 14 mil habitantes, incluyendo a los alrededores. Siempre fue la segunda ciudad del país zapoteco. Cortés, en sus cartas a Carlos V, y los geógrafos antiguos la mencionan como puerto de mar. Por la retirada gradual de las aguas del Gran Océano, se encuentra ahora a más de cuatro leguas de la orilla. Este punto de la república está destinado a desempeñar un gran papel en la historia de México.

La industria de los habitantes de este territorio consiste en el cultivo del añil y la preparación del tinte que se saca de él. El añil de Tehuantepec es de buena calidad y su cultivo se ha mantenido mucho mejor en este punto del istmo que el de la cochinilla. Las cosechas producían normalmente unas 35 mil libras al principio de este siglo, y hoy en día superan mucho esta cantidad.

El múrice, que da el color purpúreo tan famoso en la Antigüedad y cuyos bancos han sido agotados en las costas del mar de Chipre, se encuentra en toda la costa occidental, desde Guayaquil hasta Mazatlán, y se recoge principalmente en las rocas de las lagunas de Tehuantepec. Las mujeres llegan con pedazos de tela o paquetes de algodón hilado, divididos en pequeñas madejas; a medida que sacan la concha de la roca, aprietan el molusco sobre lo que quieren teñir y hacen salir un líquido blancuzco que se vuelve purpúreo al secar.

Las mujeres de Tehuantepec tienen un traje particular, sin lugar a duda el más elegante de los trajes de la América. No exceptúo siquiera

¹⁸ Este territorio fue separado del estado de Oaxaca en 1853.

a aquellas damas de Lima, cuyo traje es más extravagante que original y más ridículo que gracioso, pese al cuidado que ellas ponen en embellecerlo. El traje tehuano consiste en una falda de muselina o de gasa guarnecida de grandes holanes, o incluso con una franja de oro, retenida en las caderas por una banda de seda también con franjas de oro. Luego viene el huipil, de mangas cortas, que deja parte de la espalda al descubierto y se pega al pecho. Este huipil es de muselina bordada o de una tela de color unido, pero las mujeres llevan uno más, siempre de muselina blanca, sobre la cabeza, colocado de tal manera que el adorno del cuello enmarca la figura y que las dos mangas recaen la una delante hasta la cintura, y la otra detrás a media espalda. El conjunto de este atavío, perfectamente apropiado para realzar los encantos de una joven señora, conserva de maravillas las formas corporales y es a la vez rico y gracioso.

La primera vez que vi a las jóvenes de Tehuantepec con su traje nacional me parecieron adorables. Además, tienen en la mirada cierta dulzura que acompaña muy bien al encanto de sus atavíos. Viviendo bajo un sol de fuego, son apasionadas de los placeres. El viajero que llega a Tehuantepec un día de fiesta y ve a estas jóvenes pueblerinas adornadas con tanta elegancia queda encantado por este espectáculo, como uno estaría al encontrar una bella vegetación y frescos verdes en medio de las arenas áridas de Libia. Acaba de recorrer un país cuyos escasos habitantes ofrecen una rusticidad y una fealdad que repugnan, y el contraste le hace experimentar todo el encanto de un cambio inesperado.

Me acuerdo haber experimentado una sorpresa semejante al viajar en Alemania, al final de mis estudios. Era el mes de agosto, y acababa de dejar Borgoña, en la época en que la campiña sólo ofrece en esta estación del año pajas secas y prados mustios. Apenas crucé el Rin en Kehl, se ofreció a mis ojos un paisaje encantador: sitios pintorescos, vegetación, frescor, todo contrastaba con la sequía de nuestras provincias y llenaban mi alma de un dulce deleite. Pero he aquí que unas mozas del país de Baden llegan además a embellecer este alegre cuadro; ya no es aquel cutis curtido de las mozas de nuestras campiñas, esa rudeza de las formas, esa vestimenta tosca y llevada sin gracia: se trata de verdaderas pastoras de Gessner y de Florian, las

Philis y las Chloé de nuestros teatros. A la vista de estas seductoras dríadas, tuve la tentación de cambiarme en Corydón para ir a compartir sus faenas campestres y mezclarme en sus juegos. Y ahora mismo en que la edad hizo madurar mis pensamientos, cuando el recuerdo me devuelve a las orillas deliciosas de la Murg o de la Selva Negra, grito, con el cantor divino de la vida agreste: “¡Oh, ¿cuándo volveré a ver estos campos risueños que riega el Sperchius, este Taygete alegrado por las danzas de las jóvenes lacedemonianas? Ay, ¿quién me llevará a los frescos valles del Hémus, y me cubrirá con la sombra inmensa de sus bosques?”¹⁹

¹⁹ Virgilio, *Géorgiques*, lib. II.

CAPÍTULO XI

Viaje a Francia.- Regreso a México.- Desgaste de mi salud.- Busco un lugar más sano que México.- Mis fuerzas regresan con la fatiga y las privaciones.- Camino del oeste del Valle.- Cuajimalpa.- El desierto.- Lerma.- Toluca.- Volcán de Toluca.- Ranchos ricos.- Ixtlahuaca.- Ucareo.- Obsidiana.- Lago salado de Araron.- Zinapécuaro.- Morelia, capital del estado de Michoacán.- Su clima.- La hospitalidad de los habitantes.- Pátzcuaro.- Su lago.- Tzintzuntzan, antigua capital de los tarascos.- Su último rey Caltzontzi.- Su fin desgraciado.- Nuño de Guzmán.- Taretán.- Volcán de Jorullo.- Uruapan, paraíso de Michoacán.- El señor Joseph Calderón.- Cupaticho.- La Tzaráracua.- Río de la Balsa.- Indios de piel blanca.- Distintos colores de la piel de los indios.- Indios azules.- Enfermedad de las costas llamada jiricua.- El señor Guénot.- Sus esfuerzos para introducir en Michoacán la industria de la cría de gusanos de seda y de la fabricación de las bellas telas cuyo secreto tiene Europa.- Fracaso en su empresa.- Causas del fracaso.- Hacienda de Ayumba en las orillas del lago de la Magdalena.- Tempestad horrorosa.- Noche de angustias.- El fuego del cielo.- Contrabandistas ahogados.- Cotija.- Valle de Mazamitla.- El buen hombre José Contreras.- Sus aventuras contadas después de la cena.- Su desprendimiento.- Las tres plagas del oeste de México.- La elefantiasis o lepra de los griegos.- Leprosos de Sapotiltic.- Los cretinos.- Causa de esta degeneración de la especie humana.- De donde viene la jiricua.- Los pintos.- Barrancos abruptos.- La de Beltrán.- Río de Coahuylana.- Hacienda de San Marcos.- Los administradores de haciendas.- Los dos volcanes de Colima.- Temblores.- Caída de la cúpula de la iglesia de Zapotlán el Grande.- Destrucción de Colima en 1818.- Sacudida de 1847.- Aspecto de Colima.- Progreso de los habitantes en civilización.- Amenidad de las damas de Colima.- Clima de Colima.- Mi salud mejora.- La Pomone y la Cérés de Colima.- Excelente café.- Los cocoteros.- La tuba.- El hule.- La marihuana o hachís.- Las salinas de

Cuyutlán.- Fiestas en las salinas.- Repartición de los beneficios entre amos y servidores.- Amor al trabajo.- Laguna de Cuyutlán.- Pueblo improvisado.- Una colmena.- Los baños de mar.- El puerto de Manzanillo.- Su clima.- La pesca de perlas.- La aduana.- Peaje por aduaneros de un cargamento de mercancías consignado al señor Ramón de la Vega.- El hijo de un emperador, jefe de aduaneros.- Reflexiones filosóficas sobre la causa de los distintos grados de consideración acordada al hombre, según la posición que ocupa en el estado social.

Diez años habían transcurrido desde que, lleno de confianza en el futuro, había saludado la tierra del Coatzacoalcos con el nombre de Patria. Sin embargo, no había olvidado aquella en donde había nacido y sentía un deseo ardiente de volver a ver a mi familia y mi campanario. Mis recuerdos me hacían pensar que todo era bello del otro lado del Atlántico, mientras encontraba en México poca cosa que echar de menos. Cuando volví a Francia y empecé a juzgar las cosas comparándolas con otras, mi desencanto fue grande a veces, lo confieso.

De regreso a México, a principios de 1843, esperaba que algunos años más habrían sido suficientes para modificar mi constitución, de modo que podría soportar el clima de esta ciudad, pero me equivocaba. Sufrí dolores increíbles: perdía, una tras una, todas mis facultades, no podía digerir, ni caminar, ni escribir, ni pensar, ni mirar fijamente, y tuve que dejar otra vez esta ciudad y buscar un lugar a menor altura, con un aire más saludable para mí.

Dos años transcurrieron en viajes casi continuos. Mientras me pasaba los días a caballo, caminando cien leguas a la semana, me sentía bien, mis fuerzas regresaban, mi estómago aceptaba de maravilla la comida tosca del campesino indio y mi cuerpo la dureza de la cama de campaña; pero en cuanto me aplicaba al menor trabajo intelectual, mi afección nerviosa regresaba tan dolorosa como antes. Estos viajes me hicieron conocer nuevas provincias y su descripción me va a proporcionar la materia de los dos capítulos que siguen.

El camino del oeste del Valle de México ofrece, como el lado opuesto, un espectáculo magnífico en cuanto llega uno a la altura de la hacienda de Cuajimalpa, vecina del sitio pintoresco del Desierto. Atraviesa, como en Río Frío, un hermoso bosque de pinos, luego las lagunas de Lerma, una llanura bien cultivada, y llega a la

linda y pequeña ciudad de Toluca, capital del Estado de México, situada al pie de un volcán apagado desde hace mucho.¹ La nieve que a menudo cubre la cumbre de esta montaña se suma a la elevación del lugar para mantener allá una temperatura bastante baja. De allí hasta la costa del océano Pacífico, una serie de llanuras escalonadas presentan, a poca distancia unas de otras, tierras fértiles y valles bien regados. Allí es donde se encuentran ranchos ricos, así como pueblos y ciudades pequeñas en las que la miseria es desconocida por el hombre laborioso. Nombraré primero Ixtlahuaca en el territorio de los mazahuas; Ucareo, con sus rocas de obsidiana; Maravatío, no lejos del lago salado de Ararón; Zinapécuaro, antigua ciudad del país tarasco, y Morelia, antaño Valladolid, capital del estado de Michoacán.

Morelia es sin duda la ciudad pequeña mejor construida de la república, su clima es suave y su sociedad muy amable. Allá, como en todo Michoacán, se acoge a un huésped extraño como si lo conocieran desde siempre. Dos caminos llevan de esta ciudad a la costa: el primero pasa por Zamora y atraviesa ricos campos y buenos pastos, es el más frecuentado. El segundo lo hace por una región más accidentada y es el que yo escogí, y me felicité por haberlo hecho. Pronto Pátzcuaro se ofreció a mí en un cerro cuyo pie se baña en un hermoso lago de aguas azuladas, arrugadas por el soplo de un aire siempre fresco. Enfrente, sobre la orilla opuesta, se distingue apenas, envuelto en las brumas del horizonte, el pueblo de Tzintzuntzan, que fue la capital del poderoso reino de los tarascos. Los aztecas jamás pudieron someterlo a su dominación, y fue el último rey, Caltzontzin, quien reconoció de manera voluntaria la soberanía de Carlos V. ¡Infeliz monarca, no tardó en perecer víctima de la avaricia de los conquistadores! Nuño de Guzmán,² presidente de la Audiencia, lo despojó de sus bienes y le hizo sufrir crueles tormentos, esperando que el dolor le arrancaría su secreto, en caso de que tuviera tesoros escondidos.

¹ Su altura sobre el nivel del mar es de 4 424 metros.

² Nuño de Guzmán expió más tarde la muerte de Caltzontzin: terminó miserablemente su vida en las cárceles españolas.

Tenía la intención de pasar algunos días en la hermosa hacienda de Taretan, que pertenecía al padre de uno de mis amigos, y luego hacer desde allí una excursión al volcán de Jorullo (83). Pero un accidente ocurrido a unos de mis caballos cambió mis proyectos. Me fui directamente a Uruapan, donde fui recibido en casa del señor Joseph Calderón, a quien había conocido en el camino y que no me permitió ir a la posada. Me rodearon de atenciones su familia y sus amigos.

Se da a Uruapan, por antonomasia, el nombre de paraíso de Michoacán. Es que, en efecto, es un jardín delicioso en medio de un valle fertilizado por el Cupatitzio, cuyas aguas transparentes son rápidas y heladas. Este pequeño río se une a otros dos, en un punto no lejano, desde el cual se precipita desde ochenta pies de alto en un barranco a pique, adornado por una vegetación poderosa y multiforme. Esta cascada lleva el nombre de *savaracua*,* es decir, “criba” en lengua tarasca; porque, en efecto, unos cincuenta pequeños hilos de agua que se escapan de las rocas, a mitad de la altura de la caída, se parecen a los chorritos que produciría una criba. Este río luego toma el nombre de Balsa, se junta con el Mezcala y luego desemboca en el Gran Océano en Zacatula.

Vi en Uruapan a unos indios con piel de un blanco amarillento. La gente del lugar asegura que son de raza pura, pero yo creo que son de sangre mezclada: noté en los rasgos de los que vi ángulos y formas que pertenecen más a la raza caucásica que a los rasgos americanos.

El color ordinario de los indios en México es el del cobre rojo, pero hay lugares donde toma un tinte más bistre o negro, y en otros adquiere un matiz azulado. Vi en México carboneros del monte que parecían haberse mojado en un ligero tinte de añil, y del lado de Playa Vicente, al sur del río Alvarado, se encuentran poblaciones cuyo color se vuelve de un azul más vivo aún. Dudo en creer que sea una enfermedad de la piel, como la que llaman jiricua, de la que hablaré más tarde, porque estas infecciones cutáneas sólo existen en los países cálidos, húmedos y malsanos, y estas gentes de las sierras viven en regiones que son las más frías y saludables de México. Además, el tinte azul del cuerpo de estos indios es uniforme, mientras la jiricua produce manchas en la piel.

* Nota de la traductora: Es *tzaráracua*.

Uruapan nos recuerda los esfuerzos que hizo un francés, el señor Guénot hace unos 12 años, para aclimatar en Michoacán a la morera de China, propagar la cría del gusano de seda y fabricar estas bellas telas cuyo secreto guarda Europa. Las moreras se dieron perfectamente y la multiplicación del gusano de seda se volvió la ocupación de un gran número de familias, en particular en los Reyes, y los telares y los obreros hábiles llegaron de Lyon. Empezaron a trabajar y se logró producir, como muestras, dos o tres metros de tafetán y de raso, y eso fue todo. Aquello costó 150 mil piastras a los accionarios.

El señor Guénot fracasó en su empresa porque no era personalmente ni obrero ni fabricante, y no supo proporcionar los medios a la meta que se proponía y empezó por el fin en lugar de limitarse a modestos ensayos. Es el resultado que se debe esperar de cualquier gran empresa cuando el director sólo es un hombre de mundo y no un espíritu práctico.

Dos días después de dejar Uruapan pasé la noche en la hacienda Ayumba, en las orillas del pequeño lago de La Magdalena. El tiempo era espantoso, los rayos continuos, el fragor del trueno constante y las descargas eléctricas tan frecuentes alrededor de la hacienda, que esperábamos a cada momento que el rayo cayera sobre nosotros. El viento había poco a poco levantado las aguas del lago, y cuando una ráfaga se apoderaba de una ola, la lanzaba a cincuenta pies con un ruido sordo como el del cañón en la lejanía. Fue una noche de angustias, sobre todo para los trabajadores de la hacienda, que se estremecían, temiendo que el huracán echara abajo sus chozas o que el trueno cayera sobre sus techos. Fue una noche de desgracias para algunas familias del pueblo de La Magdalena, que el fuego del cielo no respetó, y para unos contrabandistas que, creyendo poder pasar su tabaco a la otra orilla antes de que la tempestad arreciara, se ahogaron con su barco. Al día siguiente, se encontraron en la playa sus cuerpos quebrados y desfigurados.

Estábamos en el mes de julio, y para mí la tempestad fue el mayor acontecimiento del día. Cuando me quedé mojado hasta el tuétano, disfruté de todas las comodidades de la casa que me esperaba al anochecer. Por lo tanto, no callaré la acogida que me hizo un buen hombre del valle de Mazamitla, llamado Contreras; insistió para que yo aceptara su cama, la mejor de la casa, y mandó a sus hijas a la cocina

para añadir a la comida ordinaria algún platillo rico de su especialidad. Después de la cena, me contó sus aventuras en las guerras civiles que asolaron esta región. Yo había oído hablar de sus hazañas en Cotija,³ y llevé la conversación a este tema.

Joseph Contreras es un hombre alto y seco, y aunque ya es de edad avanzada, el ardor de su carácter asoma a través de la calma que afecta. La probidad y la justicia llenan su corazón, y cualquier iniquidad lo indigna. En los años de 1838 a 1842, las bandas de insurgentes a las órdenes del general Gordiano Guzmán⁴ imponían arbitrariamente requisas de caballos y de mulas a los campesinos, les robaban las armas, a menudo el dinero, exigencias que se repetían sin fin; porque estos bandidos, sin cuidar los animales que no les costaban nada, reventaban sus caballos por las fatigas y la falta de alimento y regresaban a buscar otros al cabo de 15 días, robando de este modo a los pobres campesinos hasta el último animal. Al no poder soportar semejantes infamias, Contreras se había retirado con una docena de campesinos a lugares ignorados de los extranjeros y de allí atacaban de repente los puestos aislados y los exterminaba. Varias veces tuvo él solo que combatir a tres o cuatro bandidos a la vez, pero su audacia y su sangre fría lo sacaron siempre del paso.

Por fin, el general Paredes, que comandaba en Guadalajara, le mandó 150 soldados y lo nombró capitán. Desde entonces, pudo regresar a su casa, y pronto echó fuera del territorio de Mazamitla a los insurgentes que lo habían asolado. Este buen hombre contaba todo esto sin énfasis, pero con una animación que realzaba el interés de su relato. Al salir quise que aceptara algún dinero, pero me dijo: “señor, no suelo cobrar a los pocos viajeros que me hacen el honor de llegar a mi casa y recibir la hospitalidad que les debo; jamás consentiré ceder mi cama a nadie por dinero”.

La naturaleza golpeó a los habitantes de esta parte de México con tres plagas horribles: la elefantiasis, el cretinismo y la jiricua. La

³ Cotija lleva el humilde título de rancho, pero su población aumentó mucho desde hace 25 años. Ahora rebasa los ocho mil habitantes, todos industriales.

⁴ Gordiano Guzmán fue ejecutado por orden de Santa Anna en 1854, porque se preparaba a apoyar la revuelta de Álvarez en el sur.

primera de estas enfermedades no es otra cosa que la lepra de los griegos, que asoló tanto tiempo el sur de Europa después de las Cruzadas. Fue en Sapotiltic donde vi leprosos por primera vez. Una joven mujer de cuerpo esbelto y andar elegante, llevando un cántaro al modo de las hijas de Harán en el cuadro de Horace Vernet, iba delante de mí, dirigiéndose a la fuente. Pronto se detuvo y me mostró una cara de color purpúreo, cuyos rasgos habían enteramente desaparecido bajo centenares de tubérculos. Era un monstruo y su voz ya no tenía nada humano: sólo profería sonidos roncós inarticulados. ¡Pobre criatura, su mal no tenía remedio!

En los pueblos donde abundan, no se admite la presencia de los lazareanos; se les obliga a ir a vivir a lugares retirados, a veces lejos de los caminos, donde imploran la caridad pública y arrastran de este modo la existencia más miserable hasta que la muerte los viene a liberar.

Los cretinos abundan en el valle de Apatzingán y sobre todo en la costa. En el pueblo de Comala,⁵ cerca de Colima, una quinta parte de los niños nacen sordomudos, idiotas o contrahechos. Además, al llegar a la edad madura, todos los habitantes tienen bocios más o menos llamativos. Esta degeneración de la especie humana se atribuye a la naturaleza de las aguas del lugar.

En cuanto a la jiricua, he aquí lo que sé de ella. Bajo la influencia de un clima cálido, húmedo e insalubre, los resortes del estómago se distienden, las digestiones se hacen mal, el bazo se hincha como en las fiebres intermitentes, pero sin dolor, y la piel se cubre de manchas de distintos colores. Las del indio son blancas, pardas o azules, las del europeo son siempre blancas. Algunos pensaron que esta enfermedad se debía a un virus sifilítico; sin embargo, cuando se estudió en los lugares mismos y durante mucho tiempo este fenómeno patológico, no se pudo dudar que su germen no está en una atmósfera cargada de miasmas deletéreos y su causa determinante, en un calor húmedo. Además, los pintos⁶ (es así como se les llama en la costa del suroeste), no sienten ninguna incomodidad por su estado. Pero

⁵ Una estadística del territorio de Colima, publicada en 1849, muestra que no hay más de una docena de idiotas y de sordomudos en todo el territorio; su autor miente en esto, como en muchas otras cosas.

⁶ Se les llamaba de modo impropio “tiñosos” en Chiapas.

cuando se pasan a un clima más frío, sienten tirones en los lugares en los que la piel cambió de color.

Al acercarse a Colima, el camino se vuelve penoso. Barrancos abruptos de 200 a 300 pies de profundidad lo cortan en cada momento. El de Beltrán es muy hermoso, muy curioso, pero muy fatigoso; aunque no tenga más de 500 metros de largo a vuelo de pájaro, hace falta más de media hora a caballo para pasarlo. Estos barrancos han sido cavados en tierras de aluviones por riachuelos y torrentes que bajan de los volcanes de Colima. Todos siguen la misma dirección y echan sus aguas en un pequeño río que más abajo toma el nombre de río de Coahuayana. Al pie del volcán más cercano de Colima, a nuestra derecha, descubrimos los hermosos cultivos de la hacienda de San Marcos, que dan últimamente una ganancia neta de cuarena a cincuenta mil piastras y rinden sin duda más ahora que un francés estableció allí calderas de vapor para la fabricación del azúcar.

Los administradores de estas grandes haciendas, aunque no reciben sueldos mínimos, encuentran a menudo el medio de comprar, después de unos años de servicio, propiedades de cincuenta a sesenta mil piastras de valor. A veces adquieren la misma hacienda que administraron. Pregunté un día al dueño de un ingenio de azúcar si creía que su intendente era un hombre honesto: “me roba 12 veces más de lo que yo le doy, me contestó, pero ¿qué hacer? Si tuviera otro, sería tal vez más ratero y menos listo”.

El volcán que domina San Marcos se eleva 3 580⁷ metros sobre el nivel del mar; el otro, que no está a más de una legua de distancia, lo rebasa por 210 metros, lo que prolonga la duración de las nieves invernales. Este segundo volcán parece apagado desde hace mucho. En cuanto al primero, se puede considerar como en plena actividad, tomando en cuenta los frecuentes temblores de tierra que ocasiona y su última erupción, que no está muy alejada de nuestros días.

En 1806, el esfuerzo de los vapores interiores sacudió hasta tal punto el país circunvecino, que en Zapotlán cayó la iglesia. Era un

⁷ Este volcán se eleva a 3 404 metros sobre Colima y el otro, 3 614 metros (Harcourt).

domingo, un capuchino de Zapopan⁸ estaba en misión predicando en el templo principal cuando cayó la bóveda, enterrando a los asistentes bajo sus ruinas. El orador y aquellos que estaban del lado del púlpito, protegidos por una cornisa amplia, se salvaron.

En 1818, otro temblor, acompañado de una erupción volcánica, destruyó casi totalmente Colima. Se oía bajo tierra un ruido sordo, continuo, espantoso. Los pozos se secaron y algunos manantiales de agua caliente brotaron desde las grietas que surcaban la llanura. Al mismo tiempo, la lava se salió del cráter, formando dos corrientes en cuyo paso los árboles seculares, los animales y los riachuelos, se quedaron como si nunca hubieran existido. Una lechería se encontraba en la vertiente del monte entre los dos torrentes de fuego; los pastores que vivían en ella sólo pasaron miedo.

Zapotlán, situado del otro lado del volcán en relación con Colima, padeció muy poco aquella vez con el temblor de tierra, pero mucho más con la erupción. Las cenizas, empujadas de este lado, cayeron en gran cantidad sobre la ciudad y el aire se volvió abrasador.

Finalmente, en 1847 (84) una nueva sacudida arruinó varias edificaciones en Colima y Zapotlán. Una roca de más de cien pies de largo y cincuenta de espesor se encontraba en la orilla exterior del cráter; cayó, y el ruido de su caída se escuchó como un redoble de tambor hasta Tonila, a cuatro leguas de allí.

El cráter de este volcán tiene 126 metros de diámetro⁹ y presenta masas de pórfido de una gran variedad de colores, en los que dominan el gris, el rojo y el negro. Esta boca del Ténaro es lo que la naturaleza puede presentarnos de más triste, es la imagen llamativa de la destrucción.

Durante una estancia de tres años en Colima, sentí varios temblores de tierra, pero demasiado débiles para causar un mínimo daño a las habitaciones. Colima es una de las más antiguas colonias españolas y es la capital de un territorio cuya población no pasa de 32 mil almas.¹⁰ Ella sola contiene 14 mil y se suman 8 mil más si se conside-

⁸ El convento de Zapopan, a una legua de Guadalajara, es famoso en la región por las virtudes de sus monjes.

⁹ Ha sido medido por el ingeniero Harcourt.

¹⁰ Es la cifra del censo hecho por el señor Ramón de la Vega en 1850 con el

ran los alrededores. Esta ciudad le parece muy fea al viajero que recorre sus calles por primera vez. Desde hace diez años sólo se han construido algunas casas de piedra o de ladrillos de un piso; las demás, de adobes, no tienen más que una planta baja. El primer temblor que sacuda violentamente estas construcciones permitirá saber si fue conveniente apartarse de la norma tradicional o si se debe mantener la costumbre de construir casas bajas. Vista desde lo alto de una azotea, la ciudad toma un aspecto muy distinto: las casuchas se pierden entre bosques de fresnos, tamarindos y guamúchiles de primavera; un bosque de palmeras cocoteras rodea la ciudad y, en el último plano, el horizonte reviste formas originales o grandiosas.

Desde la reapertura del puerto de Manzanillo en 1847, Colima ha hecho grandes progresos en cuanto a civilización. Hasta entonces, no había sido más que un gran pueblo de campesinos, en el que los más ricos nunca habían llevado un traje y las mujeres más elegantes sólo aspiraban a una falda de muselina y una camisa de batista bordada de hilo negro. Pero desde que algunos negociantes de Hamburgo se establecieron allí y participaron en las reuniones y diversiones de estos vecinos, los usos se modificaron y las costumbres se han vuelto más finas. El honor de este feliz cambio se debe ante todo a las damas de Colima, cuya inteligencia, buena voluntad y amabilidad les han otorgado un rango distinguido entre todas las mexicanas y las hace amar por todos los extranjeros que las conocen.

Mi salud mejoró sensiblemente en Colima. Sin embargo, no es un lugar salubre: pese a la elevada temperatura, hace falta cubrirse por la mañana y por la noche para evitar los catarros, las fluxiones de pecho, las fiebres atáxicas; las funciones digestivas se hacen mal y uno debe abstenerse de las comidas consideradas más inocentes en otras partes: la leche, el queso, la mantequilla, el pescado y las frutas de toda clase son unos venenos para muchos estómagos. Por pocas imprudencias en que se caiga, uno queda castigado por una indisposición más o menos grave, aunque raramente mortal. Yo fui, como

mayor cuidado. Contradice el de la noticia estadística del señor Longinos Banda, que encuentra una población en el territorio de Colima superior a las sesenta mil almas en el año 1849.

todo el mundo, incomodado por el clima, pero encontré allí una existencia comparativamente soportable.

La fruta de Colima deja mucho que desear frente a la de México, que es la más hermosa de la república: los melones son malos, las sandías y las piñas muy mediocres. Sólo vi que la papaya merecía una mención honorable por su sabor y su tamaño. El mercado de México, al contrario, es realmente hermoso. Se ven allí el mango de carnes amarillas, la chirimoya que contiene una nata aromática, los zapotes blancos, negros, amarillos, las zapotillas, las granadillas de China, los aguacates, las naranjas, los limones, los plátanos, los mameyes, las guayabas, las tunas, los membrillos dulces, las manzanas, las peras, las granadas, los chabacanos, los duraznos, las castañas de Indias, las nueces, los pistaches, las uvas, las cerezas negras, los capulines, las zarzamoras y algunas especies de ciruelas indígenas y exóticas.

Los mejores y más hermosos melones en México son los que se comen en Guadalajara: son exquisitos y de un tamaño prodigioso. Los cultivan en los alrededores de La Barca, no lejos del lago de Chapala. Oaxaca tiene los mejores y más hermosos duraznos y los mejores nopales, que vienen de Mitla.

Los cultivos especiales de Colima son los de algodón, arroz, café, azúcar, cacao, añil y cocoteros. El algodón es de buena calidad y se cosecha de entre 15 a 20 mil quintales al año. Es más de lo necesario para alimentar dos fábricas de hilado establecidas en los alrededores de la ciudad desde hace pocos años. El resto está destinado a las hiladoras de México y de Guadalajara.

El arroz da treinta granos por uno, es muy blanco y de buen sabor. Se come a menudo en morisqueta, es decir, cocido en agua con sal, como si fuera pan. Uno de nuestros compatriotas, el señor Corbierre, antiguo oficial del Imperio, posee un arrozal muy hermoso a media legua de la ciudad.¹¹

El café de esta costa no tiene parangón en México y, por tanto, como sólo se cultiva en pequeña cantidad, se vende muy caro: en 1853,

¹¹ Este hombre excelente, con quien me llevaba muy bien, acaba de ser arrebatado a sus amigos; murió más bien de vejez y no por la influencia del clima de las costas (1856).

en la feria de San Juan de los Lagos, vi vender una parte en cincuenta piastras el quintal, mientras el café de Orizaba se vende en veinte.

Yo conozco el verdadero moka, que tomé varias veces en casa de uno de nuestros residentes a quien Mehémet Ali había regalado algunos cientos de libras. Pues bien, confieso que el café de Colima me pareció mejor. Sin embargo, hay que cuidarse de prejuizar la calidad relativa de esos dos preciosos granos por lo que digo aquí, porque aquel café había sido cosechado más de dos años antes, mientras que el que tomé en Colima acababa, por así decirlo, de ser cortado del árbol y no había perdido nada de su aroma (85).

Aunque hay muchos ingenios azucareros en el territorio de Colima, el azúcar se vende allí tan caro como en otras partes. El azúcar moscabado cuesta al menudeo de 60 a 75 céntimos la libra y yo llegué a pagarlo hasta en un franco con 25 céntimos. Algunos mercaderes ricos habían acaparado los azúcares de toda una cosecha de la república entera; los compraron en un real y cuarto la libra y los volvieron a vender en dos reales. Pero estos hombres ávidos encontraron su castigo en su misma codicia, porque al haber disminuido el consumo de azúcar a causa del alza del precio, no pudieron vender todo antes de la cosecha siguiente y perdieron más allá de los beneficios que habían realizado sobre la parte que se vendió.

El cacao de Colima es menos estimado que el de Tabasco y, además, sólo existen plantíos muy pequeños.

El tinte de añil está muy mal hecho, pues nada iguala la incuria de quienes lo preparan, y por eso es poco estimado en los mercados europeos e incluso en los de México. En ningún lado he visto la planta del índigo tan alta como en Colima: de hecho, llega a la altura de seis a siete pies; se podría tomar un campo de árboles de índigo por matorrales de mezquites. De 12 a 15 mil cocoteros adornan los barrios exteriores y los alrededores con sus palmas descabelladas. Cada cocotero produce de veinte a treinta docenas de cocos que se venden en tres reales cada uno; algunos son destinados a producir la tuba y no dan fruta.

Para obtener este licor, se cava en lo alto del tronco un espacio donde se deposita la savia del árbol. Es primero un agua dulce de sabor agradable, pero al cabo de una hora de fermentación adquiere

un sabor vinoso y desprende gas de ácido carbónico en gran cantidad. La tuba es tan saludable como el pulque, pero es de un sabor más fino.

Cuando los cocos aún no están maduros, la pulpa que se encuentra en las costras internas tiene la consistencia de una gelatina y toda la cavidad se encuentra llena de un agua fresca cuyo sabor es el de la avellana. Es cosa de ver a los niños y a los hombres trepar a las palmeras por medio de cortes hechos en el tronco; suben corriendo y desde lo alto de las palmas que los envuelven y se mecen bajo ellos a cien pies de tierra, dejan oír estos cantos plañideros que llevan en el país el nombre de valonas.

Las palmeras abundan en los bosques de la costa, algunos producen una cantidad prodigiosa de nueces de las que se saca un aceite excelente para alumbrarse, otros encierran la col sabrosa que sirve a menudo de alimento a los vecinos del desierto.

El hule también es muy común en la región de Coahuayana, así como las maderas de tinte y las de ebanistería.

No se cultiva el tabaco en Colima, pero la gente del pueblo fuma las hojas de una planta nombrada marihuana, que procura una ebriedad llena de alucinaciones y de sensaciones agradables. Causa a veces, en los cerebros débiles y en las personas que abusan de ella, accesos de frenesí, razón por la que se prohíbe su uso a los prisioneros, que ocasionan el desorden en la cárcel cuando llegan al colmo del delirio. La marihuana es el hachís de Oriente del que habla Alexandre Dumas en *Montecristo*.

Las salinas de Coyutlán, en las orillas del mar, son famosas por la belleza de sus productos y las fiestas que se dan al final de los trabajos. Estas salinas son el origen del bienestar del que disfruta la mayoría de las familias de Colima. Sobre estos territorios, cuya fertilidad premia ampliamente las labores del labrador, todos los hombres del campo deberían ser ricos. Si no es el caso, es que no se estimula la agricultura: la avaricia especula sobre los sudores del que cultiva, y éste, explotado por el hombre que le hizo adelantos en plata, le entrega el fruto de su trabajo, reservando para él sólo lo estrictamente necesario.

Al contrario, en la explotación de las salinas, el trabajador recibe un buen pago y, además, una parte considerable de los productos, de

modo que él amanece antes del sol y trabaja todo el día con ardor, doblando a la vez los beneficios de su patrón y los propios. Así, la realización de una idea socialista produce la satisfacción en todos los corazones. Unidos por un interés común, el dueño y el trabajador parecen vivir juntos como si fueran iguales. Cuando uno cumple con su deber sin jamás exponerse al reproche, el imperio del jefe pierde lo que tiene de humillante para el servidor y éste, recobrando su dignidad, se eleva a la altura del amo.

Cuyutlán debe su nombre a una laguna de agua salobre en cuyas orillas este pueblo nace y muere cada año. Esta laguna, que se extiende hasta el puerto de Manzanillo, a diez leguas de ahí, se desborda en la estación de lluvias y deposita una capa salina sobre las tierras de los alrededores, las que ya contienen muriates de sosa en gran cantidad. De este modo, cuando son lavadas con agua también salada, la salmuera que resulta de ello se encuentra saturada a tal punto que cuando es depositada en las eras, en pocas horas forma por evaporación unos cristales blancos como la nieve.

El número de pozos que abren rebasa raramente los 700, y nunca es inferior a 500. Se entiende por pozo un aparato completo de fabricación que un hombre solo puede manejar; se compone de un recipiente para la salmuera, una era de evaporación y una fuente de agua de mar. Cada pozo cuesta cincuenta piastras. Se sacan de ochenta a cien cargas de sal, las cuales, vendidas en 12 reales, dejan un beneficio neto de setenta a cien piastras. Pero este precio no es constante y aumenta al final de año hasta en tres, cuatro e incluso seis piastras. Bien es cierto que en este intervalo sufre una pérdida de cincuenta por ciento, pero no deja de ser de todos modos un beneficio considerable.¹² La sexta parte de los productos se da a los obreros salineros y a la docena de mujeres de servicio, aparte de los alimentos y de un sueldo de seis piastras para los hombres y de cuatro y media para las mujeres.

Estas salinas pertenecen a don Manuel de la Pedreguera y cada pozo le entrega seis cargas de sal. Las labores empiezan en marzo,

¹² La explotación reciente de las salinas del Peñón, cerca de Zacatecas, fue un golpe funesto para la industria de los salineros de Cuyutlán. En las cocinas de Guanajuato se prefiere la sal del Peñón a la de Colima, porque se ahorra sobre los gastos de transporte.

cuando las aguas de la laguna han regresado a su lecho, y terminan en junio, después de las primeras lluvias. Antes de la llegada de los salineros, la costa del mar estaba infestada de mosquitos, alacranes, tarántulas, alacranes acuáticos,¹³ y escolopendras; pero apenas se construyeron algunas casas, todos estos insectos dañinos dejaron el lugar y se fueron a los bosques vecinos, de suerte que ya no hay que temer la invasión incómoda de los cangrejos marinos en cuanto cae un chaparrón o el cielo se encapota.

Es una cosa realmente curiosa el levantarse, como por encantamiento, en la playa desierta, esta ciudad improvisada de cuatro mil a cinco mil almas, con sus chozas de hierbas secas, sus patios, sus matorrales, sus calles, su iglesia y su plaza mayor: nada le falta. La alta sociedad de Colima y de los alrededores llega a estas habitaciones campiranas a respirar el aire puro del mar durante los días más hermosos de la temporada.

Al atardecer, la orilla del mar se cubre de gente: unos son atraídos por el placer del baño, otros por el espectáculo del Gran Océano que arroja con fracaso sus olas hacia la costa, por los efectos de luz del sol a su ocaso sobre el cristal móvil de las aguas, y por episodios alegres o llamativos que suceden sin parar entre los bañistas sobre una extensión de dos millas de largo. Allá se mezclan los sexos y las condiciones, y las leyes de la decencia ya no tienen mucho imperio. Ahora envueltos por la resaca, a veces secándose en la playa, los bañistas presentan el hombro a la ola cuya espuma rompen fácilmente, pero tumbados a veces por corrientes, desaparecen sumergidos. Las diversas impresiones de terror, de sorpresa, de placer que sienten les hacen gritar de modo involuntario con notas agudas que contrastan con el mugido sordo de los rompientes. Miren aquella ola gigante que avanza tronando: se precipita sobre este grupo que en vano la conjura, para brincar encima de él, y luego rebasa el límite de sus dominios y sorprende a los espectadores que quedan empapados antes de pensar en huir. Miren a aquel intrépido nadador, que se hunde bajo el remolino que se estrella en las rocas: ¿no se habrá estrellado bajo la masa de las aguas? ¿Pero, cuál es la causa de aquella enorme risotada que sale de la muchedumbre

¹³ El alacrán acuático es un teléfono.

de curiosos? Es que una ola indiscreta acaba de castigar a una bañista por su negligencia; mientras, avergonzada, hace esfuerzos inútiles para componer el desorden de su traje, la resaca se aleja y la deja medio desnuda en presencia de un público inmisericorde.

En cuanto las últimas luces del crepúsculo se apagan, los trabajadores regresan a descansar en sus hamacas o en sus esteras; algunos se pasean en las calles, haciendo sonar las cuerdas estridentes de su jarana y todos se dirigen hacia el lado donde se oyen los acordes de un jarabe¹⁴ expresivo, alrededor del cual se forman alegres grupos. Por fin, los ricos salineros, dejando la edad madura para los negocios del día siguiente, participan de la alegría común a la vista de una juventud jubilosa que cotorrea, ríe, canta y baila, hasta que el sueño llega para poner fin a estos juegos y otorga a esta muchedumbre agitada y ruidosa algunas horas de reposo, que interrumpe el primer canto de la chachalaca.

Manzanillo es uno de los puertos más hermosos del continente americano. La bahía puede tener dos leguas de ancho y una legua y media de profundidad. Su anclaje es seguro y los barcos pueden acercarse a la orilla a una distancia de pocos metros. En la playa se encuentra agua potable en abundancia y es un fenómeno singular el ver los pozos de agua dulce mezclados con los manantiales de agua salobre a 15 o 20 metros de las orillas del mar.

El clima de Manzanillo es más fresco y agradable que el de Colima durante una mitad del año, pero en tiempos de lluvias los mosquitos y las fiebres son plagas por las que se padece mucho. Cualquier navío que llega en aquella época debe levantar el ancla tan pronto ha descargado, a menos que quiera exponerse a males muy graves. Es cierto que algunas precauciones higiénicas bastan a menudo para prevenir las enfermedades, pero ¿cómo esperar una vida arreglada por parte de marineros generalmente enemigos de la temperancia, sobre todo si acaban de pasar cuatro o cinco meses privados de víveres frescos, frutas, aguardiente y de los placeres de la tierra? Es muy cierto que se alejan a menudo del régimen que deberían seguir, y que abusan de los bienes que se encuentran a su alcance.

¹⁴ Es un baile de las costas.

Manzanillo es el único puerto de la república del lado occidental, desde el cual se exportan productos agrícolas a California y a los estados de Sinaloa y Sonora. El valor de las exportaciones anuales no rebasa, hasta ahora, las cincuenta mil piastras, pero va aumentando cada año.

La pesca de las perlas ha logrado algunas veces hermosos resultados en la bahía de Manzanillo. Sin embargo, ya no se practica desde hace algunos años: los bancos de ostras de perlas se encuentran a una profundidad que cansa a los zambullidores y la bahía está llena de tiburones y de rayas feroces que dejan a estos infelices pocas posibilidades de ejercer su oficio por mucho tiempo. Este puerto sólo tiene unos cuarenta habitantes que viven de lo que ganan por descargar los barcos, oportunidad que únicamente se presenta siete u ocho veces al año. En cuanto a los aduaneros, tienen permiso para residir en Colima, a 26 leguas de Manzanillo, a donde van sólo cuando llega un barco.

No se puede imaginar nada más tiránico y más inmoral que el reglamento de las aduanas, al cual son sometidos en México los importadores de mercancías. Se puede leer: “Será castigado con una multa el que cometa un error, que haya puesto una letra por otra en las hojas del capitán del navío, sobre las facturas particulares o los bultos, aunque sea bien evidente que no haya habido en esto la sombra de la mala fe. Si un bulto ha sido puesto por error en la hoja del capitán o sobre las facturas como conteniendo efectos de gran precio, aunque en realidad sólo incluya objetos de poco valor, se exigirá para este bulto los derechos de la cosa más preciosa, lo que no impedirá que perciba, además, los mismos derechos por aquel donde se le encuentre. Cualquier mercancía que no sea mencionada en las facturas, según el orden de serie indicado por el reglamento, será confiscada (86). Todo excedente de mercancías en un bulto será confiscado cuando supere un décimo, aunque este excedente falte en otro por culpa del embalador. Si existe una duda, por pequeña que sea, por parte de los aduaneros sobre esta o aquella cuestión, el asunto será referido al tribunal competente”.

Y como la mayor parte de los objetos confiscados pertenecen por derecho a los empleados de las aduanas, éstos, añadiendo al rigor de la ley, proceden de modo que todas las cuestiones ofrezcan una leve duda, aunque sean claras como el día; y como los tribunales también

están interesados en encontrar culpables, puesto que les toca parte de las confiscaciones, el magistrado desaparece y el hombre cupido que es juez y parte a la vez pronuncia la sentencia. Y si el juicio es inicuo, el importador no tiene ningún tipo de recurso que pueda ejercer; y si una vez entre mil la equidad se impone, la administración tiene el derecho de apelar ante la Alta Corte de Justicia. ¿No se creerá acaso, que esta legislación fue dictada por Nerón o Calígula?

Sin embargo, los ricos negociantes de algunos puertos del Pacífico no se han quejado hasta ahora de las trabas puestas a su comercio y a su contrabando; al enriquecer a los aduaneros a costa del Estado, los hacen pronto complacientes y ciegos. Todo el rigor del reglamento sólo pesa por tanto sobre los pequeños pacotilleros de buena fe, que se vuelven además víctimas de toda clase de extorsiones bajo el pretexto de una duda ligera, en todas las cuestiones que se suscitan al propósito. Vi robar de un modo infame en Manzanillo, a los consignatarios del *brick Sylvia*, de Boston. El que perdió más fue el señor Ramón de la Vega, gobernador de Colima, hombre de una honradez a toda prueba y, por tanto, enemigo de los aduaneros que se vengaron de él acusándolo de ser contrabandista, lo que lo hizo destituir.

Este gobernador era un hombre tímido; asustado por la perversidad de los hombres, desalentado por la ceguera de los gobiernos, no intentó defenderse. Sin embargo, era importante revelar la verdad al presidente, demostrarle cómo lo habían engañado y no lo era menos lavar el nombre de De la Vega del oprobio con el que los periódicos lo habían ensuciado.

Ahora bien, De la Vega era mi amigo. Me impliqué en su defensa, despreciando el odio de los hombres poderosos que yo iba de manera inevitable a atraer sobre mí, y tuve la satisfacción de ver que mi memoria justificativa quedaba sin respuesta, aun cuando atacaba el honor de veinte personas para salvar el de mi cliente.

El director de la Aduana fue llamado a México, pero De la Vega, aunque totalmente rehabilitado en la opinión del Ministerio, no fue reintegrado en sus funciones. Una de estas consideraciones de la que uno mismo se avergüenza impidió sin duda a Arista y a su ministerio enfrentarse a aquel acto de justicia. El director de la aduana de Manzanillo era entonces Salvador Iturbide, uno de los hijos del efímero

monarca de México. ¡De príncipe imperial que era, se había vuelto guarda de la sal! (87)

Al aceptar el empleo de aduanero, ¿no habrá derogado? Un gran señor, un príncipe, un soberano caído y pobre acepta el uniforme de soldado como La Tour d'Auvergne, se dedica a la instrucción pública como Denys de Siracusa y el Duque de Orleans, lleva el arado como el hijo de Perseo, pero nunca consiente en volverse ujier, aduanero, ni nada en el mundo que no implique en sí un principio noble.

Desde que las ideas liberales han devuelto a cada uno los derechos imprescriptibles de la naturaleza y que las castas patricias y plebeyas se han fundido en el ciudadano, la sociedad sólo reconoce a hombres libres; las leyes los consideran a todos como iguales y el filósofo no admite más aristocracia que la de la inteligencia, la instrucción y la virtud.

Sin embargo, la opinión pública otorga o niega la consideración que merece el ciudadano, según la carrera que escoge y los caprichos de la suerte. Honra más al rico que al pobre, al magistrado que al administrador, al soldado que al mercader. Reconoce profesiones nobles y estados viles y, según el ciudadano ejerce unas u otras, lo ennoblece con su estima o lo desacredita con su desprecio.

¿Será un prejuicio de la sociedad, una herencia de aquellas ideas absurdas que durante tantos siglos de esclavitud arraigaron en las mentes? ¿Lograremos en una época próxima apagar estas preferencias contrarias al espíritu de la ley y que destruyen las bases fundamentales de nuestras constituciones democráticas? No, no lo creo. Si la opinión pública rechaza lo que dice la filosofía, no es por capricho ni por algún motivo vergonzoso, sino porque el sabio considera al hombre en relación con las leyes, mientras la sociedad lo juzga con relación a ella misma.

El legislador y el filósofo consideran al pobre igual al rico, en lo que se refiere a los derechos públicos de los que uno y otro deben gozar, mientras la sociedad prefiere el segundo al primero, por las ventajas que puede obtener de su opulencia para ella misma, pues es claro que el ciudadano rico y generoso es mucho más útil a sus semejantes que el hombre virtuoso pero pobre, abstracción hecha del valor personal del uno y del otro.

La sociedad profesa mayor respeto a un magistrado que a un empleado de las finanzas, porque el primero dedica su vida entera al estudio y ejerce una autoridad sagrada, la de combatir la injusticia, el fraude, el crimen, la de restituir al oprimido sus bienes o su libertad y de poner un freno a la perversidad de los malos. En cambio, no se puede encontrar en el otro más mérito que el de ser un buen dependiente, un cajero fiel, pues su estado no implica en general ni la necesidad de un amplio saber ni tampoco la de un trabajo profundo y, además, sus servicios no parecen de una necesidad tan inmediata como los de un magistrado, siempre dispuesto a cubrir al débil con su protección.

En todos los tiempos, la sociedad honró más al militar que al mercader, porque aquél dedica su vida a su defensa y siempre está listo para derramar su sangre para ella, mientras el mercader, intermediario entre el productor y el consumidor, al aumentar inútilmente los precios de las cosas, sólo puede ser considerado como una sanguijuela de la sociedad. Y el instinto del pueblo que lo entiende no le otorga ningún mérito al mercader por enriquecerse a su costa: lo tolera, lo soporta, no puede evitarlo, pero no le puede brindar ninguna especie de consideración aristocrática.

La sociedad honra y ennoblece todas las profesiones de las que el ciudadano puede sacar un provecho directo para él mismo. Al contrario, ve con repugnancia aquellas que sólo le pueden acarrear prejuicios y males individuales. Así, venera al sacerdote evangélico que lleva a la mente del afligido los consuelos de la palabra divina, la paz y la gracia a su alma; estima mucho a un abogado que sólo presta la ayuda de su talento a las buenas causas; a un médico cuya ciencia pone un término a los sufrimientos de un enfermo y lo salva de la tumba. Finalmente, aprecia en su justo valor al agricultor inteligente cuyo trabajo lleva la abundancia a los mercados, y al artesano industrioso que previene las necesidades del hombre y multiplica las comodidades de la vida. Pero desprecia a un aduanero, a un cobrador de las contribuciones indirectas, en tanto agentes de una mala legislación, los que dañan a la sociedad entera y molestan a cada uno en particular. Siente aversión por el más terrible esbirro, por el mejor de los alguaciles, por el soplón más fino y el carcelero más vigilante,

porque de ellos no espera más que desgracias. Por fin, sólo la vista del verdugo lo llena de horror, porque este instrumento de la ley no puede causar más que desolación, sufrimientos y duelo. Su hembra y sus críos participan de esta reprobación, porque se les supone los mismos instintos que los de la fiera con la que viven y, además, un odio profundo contra la sociedad que creó al verdugo, mientras ella lo condena al oprobio y a la desgracia.

Sin embargo, el ciudadano a quien le toca desempeñar uno de estos cargos ingratos, deshonroso, no debe siempre desanimarse: a veces puede tener la oportunidad de ennoblecerlo, lo mismo que el que ejerce un empleo honorífico puede deshonorarlo por su mala conducta. Todas las veces en las que se puede apreciar un acto de caridad, de generosidad entre los hombres despreciados por las funciones que desempeñan, se eleva a la persona por encima de su estado, o incluso se otorga un lustre al estado, en consideración de la persona. Su mérito se refleja sobre la profesión que ejerce y que glorifica.

CAPÍTULO XII

Alejamiento natural del territorio de Colima.- Zacoalco.- Guadalajara.-
Carácter de los habitantes de esta ciudad y del estado de Jalisco.-
Su alegría.- Su afición por la música.- El jaranero.- Clima de
Guadalajara.- El gran barranco.- El Tololotlán.- Catarata de Juanacatlán.-
El lago de Chapala.- El pescado blanco.- Isla de Mezcala.- San Juan de los
Lagos.- Feria del mes de diciembre.- Aspecto de la ciudad durante la
feria.- Su iglesia.- La ciudad de Lagos.- La de León.- El Bajío.- La cañada
de Marfil.- Una ciudad como se ven pocas.- Insalubridad de Guanajuato.-
Paseo desde lo alto del barranco.- Los diques de represa.- Mina de la
Valenciana.- Minas de Rayas y de Mellado.- Bonanza de 1848.- El señor
Sardaneta, ex Marqués de Rayas.- El rescate.- Entrada al infierno.- Una
mujer tirada al abismo.- Descripción de las obras internas de la mina de
Mellado.- Fuerza increíble de los obreros mineros.- *Lasciate ogni
speranza*.- Banquete en el fondo de la mina.- El comendador de la orden
religiosa de la Merced.- San Pedro de Nolasco.- Sociedad de Guanajuato.-
Los mineros enriquecidos derrochan su dinero.- Minas de la Luz.- Mina
de la Asunción.- Número de minas del estado de Guanajuato y de los
establecimientos en los que se hace la extracción de la plata.- Vistazo
estadístico.- La industria minera poco protegida. Dimensiones de la
llanura del Bajío.- Irapuato.- Salamanca.- Celaya.- Fertilidad del suelo.-
Presas.— Mendicidad.- Querétaro.- El valle llamado la Cañada.- La
fábrica de telas de algodón del señor Rubio.- Número de los fabricantes
de textiles de la República Mexicana.- Camino malo.- San Juan del Río,
ciudad infame.- Regreso a México.- Conclusiones.

Ya es tiempo de volver a pasar las barrancas de Beltrán y de Atentic, trincheras naturales del territorio de Colima del lado norte. Tomemos ahora el camino a México, dándole la vuelta al hermoso lago de Chapala. La pequeña ciudad de Zapotlán, de la que ya hablamos, es la primera que se ofrece a nosotros. Luego viene Sayula, con sus dátiles dulces; Zacoalco,¹ de sangrienta memoria. Por fin, allá en la llanura, esta ciudad que se extiende sobre una línea de tres cuartos de legua de largo, la capital² de Jalisco, fundada en 1542, un año después de la rebelión que siguió a la Conquista de Nuño de Guzmán.

Guadalajara es una ciudad muy notable; se disputa con Puebla el primer rango después de México y, en mi opinión, lo merece, no sólo por la belleza de sus calles y el número de sus habitantes,³ sino también por su agradable sociedad. El extranjero cuya posición social le permite tratar a las familias con cierta intimidad encuentra siempre en ellas caras alegres, modales sencillos, una acogida amigable y franca. No verá en ella entretenimientos muy costosos: se trata de pequeñas reuniones en las que se baila al son de las guitarras, comidas en los huertos de los arrabales, paseos a los baños de Colomas o al pueblo de San Pedro, cabalgatas al claro de luna, todo esto acompañado con cantos alegres y un entusiasmo irresistible.

Los habitantes de esta provincia tienen una afición particular a la música y sus composiciones tienen un timbre original que las distingue de todas las demás del mismo género. Sus romanzas, sobre todo,

¹ Hubo cerca de Zacoalco una acción mortífera en la época de las guerras de Independencia. Esta parte de México ha sufrido mucho por los horrores de la revolución.

² Guadalajara se encuentra a 65 leguas de Colima y a 150 de México.

³ Se dice que la población de Guadalajara supera las noventa mil almas.

brillan por la imaginación musical y el buen gusto de las inspiraciones. Vi un día a un músico de jarana,⁴ que hacía positivamente lo que quería con su instrumento: lo lanzaba al aire o lo hacía girar entre sus dedos, tocaba con una sola mano y todo esto sin perder la medida. Fue el día antes del pronunciamiento⁵ que derrocó al gobierno de López Portillo cuando lo oí por primera vez. Me habían invitado a una comida en el campo, ofrecida al gobernador y al comandante general por algunos de sus amigos. Ahora bien, no hay fiesta sin música y la más alegre es la que se prefiere. De modo que nos agasajaron durante la comida con un concierto de harpa, guitarra y jarana, y Souza, tal es el nombre del virtuoso, nos regaló con todas las maravillas de su talento.

El clima de Guadalajara es sumamente agradable y su temperatura es más elevada que la de México, sin llegar al grado e que el calor moleste. Aunque la ciudad se halla en las mejores condiciones de salubridad, las fiebres intermitentes se dan bastante a menudo en el barrio de Mexicaltzingo. Esto se debe a la cercanía de un pequeño río, cuyas aguas cargadas de inmundicias se corrompen en muchas partes, inconveniente que desaparecería con algunas obras de policía urbana.

A tan sólo tres leguas de Guadalajara volví a encontrar el calor excesivo de las costas en un gran barranco en cuyo fondo corre el Tlolotlán. En el mes de mayo había cuatro grados centígrados de diferencia entre la parte alta de la cuesta y el lecho del río. La vegetación aprovecha esta aportación calórica combinada con el vapor de las aguas y las frutas tropicales que se dan allí tienen un sabor excelente.

El río nace en las lagunas que cruzamos en Lerma, en el camino de México a Toluca; entra en el lago de Chapala cerca de La Barca, sale del lado norte y toma entonces el nombre de Tlolotlán, que pronto cambia por el de río Grande. Llega al Pacífico después de haber pasado por una región muy accidentada, en la que parece haberse abierto camino en medio de los obstáculos del terreno. Su lecho irregular impide la navegación de los barcos más sencillos.

⁴ La guitarra mexicana tiene siete cuerdas dobles, con la excepción de la rebozuela, que es simple. La jarana tiene solo cinco cuerdas dobles; las cuerdas hiladas son reemplazadas por hilos de latón puro.

⁵ 26 de julio de 1852.

No lejos del lago de Chapala, el Tololotlán forma una catarata muy curiosa, sobre todo al final de las lluvias, pues la alegre vegetación que la enmarca confiere un gran encanto al esplendor del cuadro. Esta tiene unos ochenta pies de altura y se le conoce como el Salto de Juanacatlán.

El lago de agua dulce de Chapala tiene más o menos veinte leguas de largo⁶ sobre seis u ocho de ancho. Sólo lo surcan, como en los tiempos de la Conquista, los botes de unos indios que pescan una vez a la semana el pescado que llevan al mercado de Guadalajara y al de las pequeñas ciudades vecinas. El bagre es insípido, pero el pescado blanco, guisado a la marinera, es un manjar delicioso.

Un poco al oeste del lago se levanta desde el seno de las aguas el islote de Mezcala, donde establecieron un presidio para criminales. En 1810, un centenar de indios se atrincheraron allí y se declararon abiertamente enemigos de los españoles. Hubo en este lago varios encuentros entre ellos y los soldados del rey, pero mejor ejercitados que éstos a remar y a manejar las canoas, vencieron fácilmente a sus adversarios y sólo se rindieron, si bien me acuerdo, bajo condiciones ventajosas.

Cuando la industria, hermana menor de la agricultura, se desarrolle en México, Guadalajara se volverá el centro de los negocios del norte al sur y del oeste al este. Entonces, la población de Jalisco y de los estados limítrofes crecerá rápidamente y el lago de Chapala, muerto por así decirlo entre las manos de los hombres actuales, recibirá de los que piensan y actúan a la vez, una vida que volverá ciudades prósperas a los pobres pueblos asentados en sus orillas.

El territorio que se extiende desde Guadalajara hasta el Bajío está casi siempre sin vegetación en la temporada seca y con cultivos en tiempos de lluvias. Los desiertos de Arabia no ofrecen espectáculos más tristes que éstos. Algunas ciudades se encuentran en el camino. La primera, San Juan de los Lagos, es famosa por su gran feria de diciembre, a la que asisten los comerciantes de todo el territorio comprendido entre México y la frontera norte. Hundida en una cuenca

⁶ Se considera que este lago tiene noventa leguas de circunferencia y 12 de ancho.

estrecha, sólo cuenta con un número pequeño de calles alrededor de la plaza central y, sin embargo, más de 200 mil almas se reúnen a la vez. La gente del pueblo, los arrieros con veinte mil mulas de carga, acampan en los cerros, dejando el centro de la ciudad a los comerciantes. Al atardecer, innumerables hogueras de vivaque brillan en las alturas.

Durante el día, es una muchedumbre, un ruido que atonta. El movimiento disminuye después de la puesta del sol, pero se oye siempre un murmullo sordo semejante al zumbido de una colmena de abejas. Esta ciudad no tiene nada que señalar, si no es por la iglesia, una de las más hermosas de México. El interior, desprovisto de aquellos revestimientos esculpidos y dorados que obstruyen las naves de las iglesias de México y Puebla, es notable por la elegante sencillez de sus adornos y por la elevación del ábside. Lo que vi allá me recordó a Nuestra Señora de Dijón, donde elevé a Dios mis primeras plegarias. Éstas, que el niño no entiende realmente, pero la inocencia con la que las balbucea les otorga un mérito ante el Eterno.

Lagos viene después. Su clima favorece la belleza y las mujeres tienen un cutis tan fresco y rosado como en los países fríos. La tercera ciudad es León, cuya población, según dicen, es de cien mil almas. Aunque bastante comerciante y situada en una llanura muy fértil, tiene fama de ser pobre, de modo que la vida es muy barata allí.

Ahora estamos en el Bajío. Delante de nosotros se dibujan las sierras de Guanajuato, que tanto oro y plata han puesto en circulación y que aún guardan tesoros que diez siglos de explotación no podrían agotar. Pronto llegamos a los barrancos de Marfil y descubrimos, sobre cerros enfrente de nosotros, grupos de casas que parecen pertenecer a pueblos separados. Sin embargo, son los barrios de una misma ciudad, cuyo centro está ocultado por otros cerros. A medida en que entramos en este barranco, encontramos calles que suben o bajan, casas que se apiñan entre los tajos del terreno, otras que trepan sobre las vertientes abruptas o se asientan sobre las cumbres. Es allí donde la gente del pueblo y gran parte de la clase media viene a buscar una morada a menudo insuficiente para estar cómodos. Las familias ricas viven alrededor de la plaza central y en las calles adyacentes, pero sus casas no están exentas de irregularidades. Se ven algunas

cuyas plantas bajas y caballerizas se encuentran en el primero o segundo piso sobre las calles traseras.

Cuando el señor de Humboldt llegó a Guanajuato (88), a principio de este siglo, se podían ver ya algunas casas hermosas, en particular la de la familia Otero, de la que habló. Pero ahora hay muchas más, construidas con elegancia y ricamente adornadas al interior. El viajero no puede dejar de lamentar al ver estas espléndidas moradas en este poblacho incómodo y lamenta la ceguera de quienes no dudaron en gastar cien mil piastras para construir una casa en un lugar donde parece que ninguna persona rica podría querer vivir. En efecto, el terreno es irregular, uno se cansa al ir de una calle a otra: luego, el lecho del torrente que atraviesa la ciudad es el receptáculo de las inmundicias y las miasmas que se desprenden de ellas y corrompen el aire hasta volverlo pestilente durante los grandes calores. Los vapores de ácido sulfúrico que se respiran en los alrededores del Hotel de las Monedas son tan insalubres que asfixian a los pájaros y, finalmente, las emanaciones de los lodos metálicos y de las aguas podridas de las minas producen en el aire unos principios heterogéneos cuya influencia se manifiesta sobre los recién llegados con inflamaciones de las encías, ligeras hemorragias, afecciones cutáneas, toses secas, y en todos, desórdenes estomacales, neuralgias y disenterías. El zopilote, este útil limpiador americano, que encontraría una existencia muy fácil en el lecho del torrente, teme sin embargo acercarse a la ciudad, puesto que es un lugar demasiado malsano para él. Se le vuelve a encontrar en el camino a Marfil, pero nunca cruza esta frontera.

¡Cosa extraña, incomprensible! El cólera-morbo que, según las probabilidades, debería hacer estragos espantosos en Guanajuato, sólo apareció en los lugares donde el aire es más puro; huyó de las emanaciones mercuriales y se cebó de preferencia en los puntos más elevados y más sanos como Mellado, la Luz, Santa Rosa, etcétera. Otra contradicción no menos extraña: después de haber pagado un leve tributo a este clima anormal en los primeros días de mi llegada, mi salud mejoró sensiblemente. Varias personas conocidas y que padecían de afecciones crónicas contraídas en Europa o en otra provincia de México, sanaron también en Guanajuato, o al menos encontraron una mejoría en su estado.

Los enfermos van a respirar aire puro y sano a media legua de la ciudad, en la parte alta del barranco. Allí han construido algunas casas de descanso que se prestan mutuamente, y aquel lugar se ha vuelto un lugar de paseo. Sería difícil crear otro en Guanajuato. También se ven allí dos diques para retener las aguas pluviales, ya que esta ciudad falta de pozos y de manantiales perennes.

¿Entonces, cual fue el poderoso motivo que logró que una población de 45 mil almas viniera a enterrarse en un barranco salvaje e incómodo? Ya lo veremos pronto. Guanajuato fue fundado en 1554. Cuatro años después se abrieron los pozos de minas de Rayas y de Mellado, a un cuarto de legua de la ciudad, pero fueron casi abandonados hacia mediados del siglo XVIII. La veta de la Valenciana sólo fue descubierta en 1770 por un tal señor Obregón, que recibió del rey de España el título de Conde de la Valenciana. Esta mina dio un ingreso anual de cerca de 3 millones de piastras,⁷ término medio hasta los tiempos de la Insurrección, época en la que se suspendieron los trabajos. En algunos años, se lograron hasta seis millones de piastras, suma igual a toda la plata que salía de las minas del Perú. El mineral, sin embargo, nunca fue muy rico, pero era muy abundante y tres mil molinos estaban constantemente ocupados en molerlo. Una compañía inglesa reanudó los trabajos en 1826, pero luego de haber gastado grandes sumas en vaciarla, no recogió los beneficios esperados, por lo que la abandonó. El agua regresó de nuevo.

Los cuatro pozos de tiro costaron alrededor de dos millones y medio de piastras. El mayor mide 37 metros de circunferencia y un poco menos de 600 de profundidad. El agua sube ahora hasta 150 metros del nivel del patio.

En cuanto a las minas de Rayas y de Mellado, no dejaron de ser muy redituables. De vez en cuando, hay bonanza, es decir, que se encuentran vetas que producen veinte, treinta y hasta cincuenta mil piastras por semana durante varios meses o años, después de lo cual

⁷ En la geografía de Balbi, tercera edición, leemos en el artículo de Guanajuato, donde se trata de la mina de Valenciana: "Ha habido años tan productivos que el beneficio neto de sus propietarios, el señor Obregón y el señor Otero, ha subido a seis millones de francos". Son seis millones de piastras (treinta millones de francos) lo que debía decir.

la veta se agota, o se pierde su traza, y la venta semanal se reduce a tres o cuatro mil piastras, como ahora.

Había bonanza en ambas minas en 1848. El señor Sardaneta, ex Marqués de Rayas, propietario de una docena de acciones⁸ en la primera, me llevó a ver una de estas ventas que llaman “rescates”. El mineral, de admirable hermosura, se vendió en una parte por 28 mil piastras, y era la mitad de lo que habían extraído en la semana. Parte de este mineral rindió 280 granos de oro por marco de plata y se encontraron hasta 1800 granos. Los gastos de explotación se elevaban entonces a ocho mil piastras a la semana; éstos disminuyen cuando la veta se empobrece.

La venta se hace del modo más ventajoso para el comprador y para el vendedor: cada uno comunica su precio al oído del pregonero y la adjudicación se hace al que ofrece más. De este modo, el comprador no ofrece menos de lo que cree que vale la cosa, temiendo de que ésta se le escape. En cuanto al minero, vende sus productos tanto más caro cuanto que las minas carecen de mineral, porque entonces los patronos de las fábricas, prefiriendo un beneficio menor a la suspensión de labores, ofrecen más con el fin de aumentar la posibilidad de una adjudicación en su favor. De no trabajar, sus gastos generales seguirían siendo los mismos sin compensación. En los tiempos de grandes bonanzas, los dueños de fábricas ganan mucho si llevan bien sus negocios. Dos portugueses que conozco hicieron hasta diez mil piastras de beneficio neto cada mes en los años 1848-1849.

El pozo de tirado general de Rayas mide alrededor de 48 metros de circunferencia y 400 de profundidad. El señor Sardaneta mandó tirar allí paquetes de estopas en llamas que rugieron al caer como un fuego de herrería y petardos cuyas detonaciones eran tan fuertes como las de una pieza de 48.

Estas simas abiertas a ras del suelo y sin protección son espantosas. Se entiende de inmediato lo peligroso que resultaría acercarse si uno sintiera el menor vértigo. Vi a una dama que desfalleció, aunque estuviera aún a varios pasos de la orilla. Yo mismo fui presa varias veces de un vértigo inexplicable y, sin embargo, muy común:

⁸ Una mina se divide en 24 acciones, llamadas barras.

experimentaba una tendencia diabólica a tirarme al abismo, al punto que consideré prudente alejarme de allí. Por estos pozos es por donde suben y bajan los empleados de la mina y hasta los curiosos que quieren evitar el cansancio y la lentitud del ascenso por las escaleras. Uno se estremece ante la idea de que un hombre quede colgado en esta profundidad inconmensurable para el ojo y, sin embargo, la rareza de los accidentes hace que uno se acostumbre a bajar sin miedo y a menudo con placer.

Cuentan que un obrero minero de Rayas, al ceder a una tentación satánica, empujó al abismo a su mujer, quien le había traído la cena. Pues bien, ¿se podrá creer? Esta pobre no murió: encontrando a su alcance, muy cerca de la orilla, un cable montante al que dos hombres estaban atados, lo asió y se halló sentada entre uno de los hombres y la cuerda: estaba salvada. Sin embargo, la sacudida moral que había experimentado fue tal que permaneció mucho tiempo en un estado vecino a la imbecilidad. En cuanto al marido, espantado por la enormidad de su crimen, huyó fuera de sí y abandonó el país. Nunca se supo lo que había sido de él, y él ignoró que su mujer se había salvado.

Bajé a la mina de Mellado en 1854. Las instalaciones interiores son notables: se encuentran planos inclinados sobre los que ruedan unos carros llenos de agua o de mineral que son transportados al pozo de tiro, y dos malacates, a profundidades distintas, movidos por caballos que nunca ven la luz del sol y no dejan por ello de estar gordos y en buena salud. Cuanto más se sume uno en la tierra, más calor siente, aunque sin seguir una regla constante; disminuye cuando las corrientes de aire se establecen libremente, sobre todo cuando se juntan varias a la vez. Más o menos a una profundidad de 300 metros, el termómetro centígrado rebasó los 27 grados, siendo la temperatura exterior de 18 grados.

El medio en que uno se encuentra en aquellas profundas cavidades es muy favorable al desarrollo de las fuerzas físicas y los hombres se hacen dos veces más vigorosos. Vi a un minero cargar, sobre un terreno plano, una piedra de 12 quintales, cuando fuera de la mina, los dos terceros de este peso lo abrumaban. Las desgracias son frecuentes en las galerías de los trabajadores; a veces, es una bóveda que

se derrumba y sepulta media docena de hombres bajo los escombros, otras, una imprudente víctima de una explosión. Por ello se puede leer encima de la puerta de la escalera esta inscripción significativa, que recuerda el *Lasciate ogni speranza* de Dante: “Oh, tú que entras aquí, no olvides encomendar tu alma a Dios”.

Los trabajadores mineros ganan seis piastras por semana y descansan el domingo. Cuando la veta deja de ser rica, se les deja trabajar por su cuenta y se comparte los productos con ellos. Después de haber recorrido las galerías a pie durante varias horas, a espaldas de hombre o en carros, acompañado por el comendador de la Merced de Mellado, su hermano cura, el director de la mina y el señor Calzada, éste nos agasajó con una excelente comida, a 300 metros debajo de la llanura del cerro y a ochenta más o menos de la plaza de Guanajuato; ya era tiempo, nos estábamos muriendo de hambre. Fue una escena de magia. Llegados a un lugar bastante amplio destinado al cargamento de los carros, estábamos descansando encima de costales de mineral mientras hablábamos de nuestro apetito, cuando, con una señal del director, trajeron una mesa cargada con profusión con manjares fríos y calientes. La sorpresa no podía ser más agradable. La comida fue larga y animada. Unos veinte mineros alumbraban el servicio y sus hachones, al derramar una luz rojiza sobre aquellos subterráneos negros, imprimían al cuadro un toque infernal.

Este comendador de Mellado es un hombre excelente. Después de haber satisfecho con conciencia a los deberes del sacerdocio, se entregó a los placeres mundanos y aprovechó los privilegios de su orden sin abusar. Siempre se daba una gran fiesta en el convento el 24 de septiembre, día consagrado a Nuestra Señora de la Merced. Él mismo abría el baile, llevando el hábito religioso. Este hábito es totalmente blanco, así como el escapulario, la capa y el manto. Sólo les falta a los frailes de la Merced la cruz roja para parecerse a los Templarios. Ésta es sustituida en el escapulario por las armas de la orden, cuyo escudo lleva una cruz de oro y tres bandas en pal del mismo metal, sobre campo de gules.

Cuando San Pedro de Nolasco, gentilhombre de Languedoc, fundó la orden de la Merced en 1223, los caballeros eran laicos. Sólo abrazaron el estado eclesiástico más tarde, conservando el privilegio

de ceñir la espada⁹ y el poder participar en todos los recreos lícitos de los laicos, para compensar las duras pruebas que tenían que enfrentar en el rescate de cautivos. Este buen comendador me trataba con amistad y, después de las damas, yo era el objeto especial de sus atenciones en todas nuestras reuniones. Sensible a tales marcas de afecto, no puedo hablar de Mellado sin dedicarle algunas líneas que recuerden mis sentimientos de gratitud hacia él.

La sociedad es muy triste en Guanajuato. Los hombres se ven entre ellos para sus negocios y las damas se limitan a las visitas de etiqueta. Ellas salen para ir a misa y al paseo si tienen carruaje. Hacía falta toda la jovialidad del comendador para atraer a algunas a Mellado. Los habitantes de esta ciudad son considerados en todo México como toscos e intratables, pero este juicio me parece excesivamente severo. Si bien es cierto que algunos de ellos carecen de buenas maneras, también es verdad que se encuentran en ellos cualidades, incluso virtudes que una crítica justa no debe callar. Noté por ejemplo que, aunque se abren más difícilmente a los recién llegados que los habitantes de México y Morelia, suelen ser más francos en sus palabras, más complacientes y más serviciales con sus amigos. El Colegio de Abogados, uno de los primeros del país en lo que se refiere a pericia, es quizá también el de mayor moralidad por su rectitud en el manejo de los negocios. Los magistrados que componen los tribunales son asiduos a sus obligaciones y más escrupulosos en la aplicación de la ley de lo que suelen ser los de provincia. Además, los vecinos de Guanajuato tienen una virtud que los pone en el primer rango entre todos los mexicanos: el amor a la familia. En ninguna parte vi a madres más tiernas y más cuidadosas con sus hijos, ni padres más atentos en prevenir sus necesidades y en complacerles en todo. Además, el carácter de aquellos niños es tan amable que abusan muy raramente de las bondades que se les prodiga.

Tuve relaciones sumamente amables con el señor Muñoz Ledo, quien fue gobernador del estado bajo la presidencia de Arista y regresó después a la vida privada. Conquistó la consideración de todos por su educación, sus modales, su instrucción, su inteligencia y sus virtudes. Por cierto, nunca

⁹ No han usado la espada por mucho tiempo.

Guanajuato tuvo a la cabeza de su gobierno un magistrado más ilustrado, a un administrador más desinteresado. El nombre de Muñoz Ledo figurará dignamente al lado del de Cortázar, cuya memoria se venera.

Entre las damas de la ciudad conocí a varias, quienes, aun con un rico patrimonio, son la providencia de los infortunados. Cuando la fortuna se emplea tan bien, Dios puede aumentarla sin suscitar la envidia; al contrario, pues los pobres se alegran, porque entienden que lo que recibirán será más importante.

Guanajuato sólo tiene su comercio interior para sostenerse y es muy activo en tiempos de bonanza. Los obreros de las minas y de las fábricas ganan mucho y gastan el domingo lo que recibieron durante la semana. Por otra parte, los accionistas, creyendo que la fortuna siempre los favorecerá, ostentan un lujo desmedido y compran sin calcular.¹⁰ De modo que cuando los buenos tiempos se esfuman, los comerciantes son los que disfrutan del beneficio de las minas mientras los obreros, y a menudo los mismos amos, se encuentran tan pobres como antes. Varios accionistas que recibieron un millón y medio de piastras entre 1843 y 1852 ya están arruinados, sin haber siquiera vivido brillantemente ni haber ayudado a nadie. El descuido, el desorden y el juego absorbían unos dividendos de ¡diez mil piastras a la semana!

Son las minas del distrito mineral de la Luz¹¹ las que produjeron todas estas grandes fortunas. La mina de la Luz, propiamente dicha, dio 15 millones de piastras de dividendos a sus accionistas y al aviador, el señor Pérez Gálvez. Santa Lucía les dejó casi lo mismo. Se llama “aviador” al que lleva, a su costa y riesgo, los trabajos de una mina. Si encuentra vetas ricas, percibe por lo regular la mitad del producto después de haber cubierto sus anticipos. El fondo depositado ha de ser considerable para lograr buenos resultados. En la mina de la Asunción, por ejemplo, en la que ya se había cavado hasta 440 metros de profundidad en 1852 sin haber aún encontrado la veta, los adelantos del aviador llegaban a 450 mil piastras y desde entonces los trabajos no han dado aún resultados satisfactorios.

¹⁰ Vi vender dos armarios de caoba en 1400 piastras (siete mil francos), que no hubieran valido más de 500 en México.

¹¹ A cuatro leguas de Guanajuato.

En 1850 había setenta minas en el estado de Guanajuato¹² y cuarenta fábricas de primer y segundo orden,¹³ que movían 1 132 arrastres (89). Los capitales desembolsados aquel año para los trabajos de las minas y de las fábricas fueron valuados en tres millones de piastras. La Casa de Moneda de Guanajuato amonedó en el mismo tiempo 8 466 430 piastras y 44 342 onzas de oro (90). Desde el 1 de enero de 1827 hasta el 31 de diciembre de 1851, amonedó por un valor de 99 millones de piastras, en los cuales los diez primeros años figuran por 59 millones, es decir, por más de la mitad de lo que dio todo el periodo de 25 años.¹⁴ Desde la misma época, el producto medio de todas las minas de México no es inferior a veinte millones de piastras al año.

Las minas mexicanas dieron nueve de cada diez partes de toda la plata que circula en el mundo entero, y las de Guanajuato proporcionan solas las tres cuartas partes de lo que se saca anualmente del seno de la tierra. La industria minera es por tanto muy importante para México. Sin embargo, lejos de proteger y alentar el desarrollo de esta fuente de riqueza, el fisco gravó la plata a su salida de la tierra con tres por ciento de derechos nacionales, cuatro por ciento por circulación y seis por ciento de derechos de exportación y, finalmente, con un real por marco para derechos llamados de minería, sin perjuicio, claro está, de las contribuciones ordinarias y extraordinarias impuestas a las materias necesarias a la extracción y al beneficio de este metal, la pólvora, el azogue, la sal, etcétera. Y no es todo: el minero se ve obligado a llevar su plata a la Casa de Moneda para convertirla en monedas que corren sólo en México. Por tanto, tiene que soportar los gastos de amonedación, un desperdicio inevitable, y la pérdida de una parte del oro que se encuentra en la plata, porque la separación del oro se hace en México de un modo demasiado oneroso para dejar ganancia, cuando la plata contiene menos de 16 gramos por marco. Y cuando las piastras llegan a Europa, ya hay nuevos gastos y un nuevo desperdicio que enfrentar para deshacer lo que se hizo en México. En

¹² Había 38 minas en plena actividad, y 32 sólo se mantuvieron (amparadas) para que los accionistas no perdieran sus derechos.

¹³ Es decir, haciendas y zangarros.

¹⁴ Este aviso estadístico está tomado de la memoria del gobernador Muñoz Ledo, presentado a la Legislatura del Estado en 1852.

efecto, allá no se reciben las piastras como numerario: sólo las aceptan como metal para darles luego la forma que conviene para los mercados en los que han de ser usadas para el cambio.

¿Qué diríamos de los economistas ingleses, clama el señor Stephenson,¹⁵ si no permitieran la exportación de su hierro más que bajo la forma de cuchillos, por ejemplo, e incluso con la condición de que estos cuchillos no servirían a ningún otro pueblo, de modo que sería necesario llevarlos de nuevo a la fragua para convertirlos en barras, rejas de arado y arados? Creeríamos seguramente que estos hombres han sido abandonados de la mano de Dios, que han caído en el cretinismo. Sin embargo, es lo que los economistas mexicanos hacen desde hace treinta años, sacrificando de este modo a la industria nacional, al interés del comercio y al de todo el mundo, por un beneficio cuya importancia no corresponde obviamente al daño hecho. En las dos operaciones económicas, sólo cambia el nombre del metal.

Cabe notar también que no se puede exportar la plata transformada en piastras más que por ciertos puertos y en ciertas épocas, lo que constituye una traba al comercio y una dificultad para el negociante, quien a menudo necesita hacer remesas de plata al exterior lo antes posible. Como los derechos de circulación provocan grandes pérdidas a los negociantes, se ven obligados a aumentar el precio de sus mercancías, de modo que es la nación entera y el pobre en particular los que padecen por esta mala legislación. Pocas industrias han sido peor tratadas por el gobierno como la minería. Por lo tanto, nada hay de extraño que queden arruinados tantos en el trabajo de las minas, los que se enriquecerían sin lugar a dudas bajo una administración más paternal y más lógica. El día en que el gobierno permita la exportación en lingotes de plata y de oro, sin imponer a estos metales ni aranceles ni trabas, se podrá beneficiar mineral de ley mucho más bajo que cinco marcos por 32 quintales,¹⁶ y se explotará con provecho algunas vetas ahora abandonadas porque no son lo suficientemente ricas como para sostener tan pesadas cargas. La ciudad de Guanajuato entrará entonces en una era de prosperidad que aún

¹⁵ *Reformas de hacienda*, Guanajuato, 1855.

¹⁶ Hay 32 quintales en Guanajuato y treinta en Real del Monte.

no ha conocido; se regresará a todas las vetas abandonadas, se explotarán cantidad de otras que se encuentran en los montes de esta parte de la cordillera, y no temo ser culpado de exageración al pronosticar que en lugar de cinco o seis millones de piastras que el estado de Guanajuato produce hoy en día, pondrá en circulación unos 12 o 13 millones.

La llanura del Bajío, que volvemos a encontrar al salir de Guanajuato, se extiende desde León hasta Querétaro y tiene más o menos sesenta leguas de largo por ocho a diez de ancho. Una diligencia ligera y rápida nos lleva a su extremo más alejado, pasando por Irapuato, Salamanca y Celaya, famosos por la riqueza de sus tierras. Estas tierras del Bajío dan comúnmente treinta granos de trigo por un solo grano cada año, sin que jamás se les ponga abono, pero cuidan de tenerlas en barbecho un año sí y un año no, y este reposo basta para devolverles toda su virtud productiva. Es lo que se ve, por ejemplo, en la hermosa hacienda llamada Cañada de Negros, a unas cuantas leguas de León. Uno se hará una idea de la prodigalidad de la Cérés mexicana pensando que sólo se cosecha en Francia siete veces la semilla, como término medio, y quince veces en las mejores tierras. También hay algunos lugares en los que se cosecha sesenta por uno¹⁷ cada año, y siempre sin abonos. Lo sorprendente es que, en el seno de tanta abundancia de los bienes de la tierra, se encuentran más mendigos que en otras partes. Ellos pululan en las ciudades pequeñas del Bajío (91). En cuanto se detiene la diligencia, un círculo de pordioseros desharrapados, de ciegos y de lisiados se forma alrededor de las puertas. Sus ruegos son tan insistentes que, pese a que la mendicidad desvergonzada inspira poco interés, no es posible quedarse indiferente. Se les arroja de inmediato una limosna para librarse de estos importunos.

Ningún gran río riega la llanura del Bajío y hasta los riachuelos escasean. Pero se remedia este inconveniente natural con grandes represas que recogen el agua de las lluvias que caen en la primavera, cuando las mieses empiezan a padecer de la sequía.

Querétaro es una ciudad de alrededor de cuarenta mil almas. Es notable por la extensión de sus habitaciones, la hermosa vegetación de

¹⁷ Ver el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* de Humboldt.

sus alrededores, las flores de sus jardines y, por fin, por la dulzura de su clima. Dos cordilleras de cerros que se acercan una a la otra a una milla del paseo público forman un vallecito en el que susurra un riachuelo de agua limpia. Una infinidad de casitas y de pequeños jardines adornan sus orillas; los indios cultivan allí árboles frutales, verduras y flores; es el Santa Anita de Querétaro. El domingo, el pueblo va allí para trenzar coronas de flores y regalarse con hojas de lechuga.

Una hermosa fábrica de tela de algodón se levanta a la entrada del vallecito, en las orillas del riachuelo cuyas aguas sirven de motor a sus máquinas. Pertenece a un rico español, el señor Cayetano Rubio. Es el establecimiento más grande de este género que existe en México, consume 15 mil quintales de algodón al año, y ocupa a tres mil obreros.

La fabricación de las telas de algodón para uso de la gente del pueblo es la principal industria fabril de México. Existen 42 fábricas diseminadas en el amplio territorio de la república. Dan trabajo a 10 816 obreros de ambos sexos, y consumen todas juntas 125 833 quintales de algodón, cuya mayor parte llega de los Estados Unidos.

Fuera de Querétaro el camino se vuelve muy malo para los coches. Las diligencias mexicanas pasan corriendo sobre las asperidades del terreno, y el viajero, violentamente sacudido por los brincos, llega a la noche con el cuerpo molido. El país que cruzó es árido y triste y nada en el paisaje podría consolarlo de las incomodidades que padeció; apenas guarda el recuerdo de San Juan del Río, que se eleva en la orilla de un río sombreado por sauces, como un oasis en el desierto. Pero el viajero aprendió a temer a los alrededores de esta ciudad de brillantes colores, porque la habita una población egoísta y podría verse atacado hasta en los suburbios por los bandoleros, sin esperanza de socorro. La diligencia ha sido a menudo detenida más allá del puente que forma la entrada de la ciudad del lado norte, y los vecinos se quedaron desde lo alto de las azoteas de sus casas, tranquilos espectadores del despojo de los viajeros, sin que nadie haya tomado las armas para defenderlos.

Esto es lo que aconteció en 1848, algunos días antes de mi paso por este lugar. Los bandoleros, unos 12, estaban tan seguros de que no tenían nada que temer por parte de los vecinos, que procedieron con

método y sin apurarse al robo de la diligencia, mandando abrir los baúles y los bultos, poniendo de lado lo que encontraban a su conveniencia y tirando lo demás en el camino. Mientras tanto, los viajeros acostados de panza en el polvo no se atrevían a moverse, para que los bandoleros no los maltrataran o incluso mataran.

Si los diputados del Congreso hubieran entendido una vez en su vida todo el alcance de sus deberes, habrían decretado sin duda que, como castigo a este crimen de lesa humanidad, San Juan del Río llevara de ahora en adelante en las actas públicas el apodo de “infame”. Sólo estimulando el amor propio de las sociedades y de los individuos, por la esperanza de la gloria y por el miedo a la ignominia, se puede esperar que algún día mejoren. Pero este acto inaudito de cobardía no hizo ninguna impresión en la mente de los mexicanos. Los periódicos relataron el hecho sencillamente, sin mostrar la menor indignación, y sólo hoy en día los que fueron víctimas se acuerdan del horrible egoísmo de los vecinos de San Juan del Río.

Regresamos a México siete años después de haberlo abandonado. Grandes cambios se habían dado en las cosas y en las personas. Las calles principales se llenaron de tiendas puestas con elegancia, por todas partes se construyeron casas soberbias y se abrieron hoteles espléndidos para los viajeros. Construyeron un nuevo teatro, tan hermoso como el de Santa Anna. El barrio llamado Nuevo México creció enormemente y fue reconstruido casi por entero. Allí es donde se encuentran los talleres y las fábricas, donde vive la mayoría de los artesanos extranjeros. En el interior, las mejorías no son menos notables: un atavío sencillo y de buen gusto sustituyó el chocante traje hogareño de las amas de casa, el servicio de la mesa es más limpio, la comida mejor aliñada, las damas del gran mundo ya no tienen aquellos tonos y modales uniformes que adoptaban antaño todas las clases sociales del mismo nivel. Cada día se afina el gusto de los mexicanos para las Bellas Artes y se extiende su instrucción en literatura. La prensa, que durante tantos años no había servido más que para imprimir *Agnus* y periódicos mal escritos, se eleva a funciones más nobles: publica las producciones del espíritu de un pueblo en el que la facultad de imitación está muy desarrollada, el juicio derecho y el trabajo fácil. La gente de buena compañía que viaja ahora a las provincias

alejadas de la capital y en las que el tono, los modales y los usos han quedado atrasados, se dan cuenta muy rápido de que el *Zurriago*¹⁸ no decía totalmente lo cierto cuando reducía a la moda del bistec y al ennoblecimiento de las papas las bondades de la civilización aportadas a los mexicanos por los europeos desde la proclamación de la Independencia. El país avanzó muchísimo en todo después de la caída del imperio español (92).

También cabe notar que el perpetuo contacto de los mexicanos con los extranjeros les hizo perder parte de sus prevenciones contra ellos y que, en general, les son mucho menos hostiles que hace veinte años. Los elogios de los que la nación mexicana se hizo digna, desde el punto de vista del progreso, no se extienden desgraciadamente a la política interior: la administración es deplorable y el mal no hace más que crecer. Los liberales moderadores, los conservadores y los ultraliberales dividen a la nación y se suceden uno tras otros en el poder. Los primeros gobiernan con bastante legalidad, pero con ellos el país avanza muy poco: mantienen los abusos y son avaros de reformas liberales. Los segundos, al contrario, son pródigos en instituciones nuevas, pero las van a buscar en el polvo de la historia y hacen regresar a su país cien años. Además, gobiernan de un modo tiránico y disponen con demasiada facilidad de la libertad y de la vida de los ciudadanos. Los terceros son desordenados. Cada vez que gobiernan, echan al país al caos, por lo que su reinado siempre es efímero; sin duda, algunos de ellos quieren sinceramente la felicidad de su patria, pero para lograrlo no saben actuar mejor que nuestros republicanos de 1848. Pretenden hacer en un día lo que es obra del tiempo.

Se ha visto a menudo desde hace treinta años que los negocios de México estaban muy embrollados, pero siempre se entreveía un remedio al mal. La suerte de esta nación nunca estaba tan desesperada como para que no se pudiera trazar a los jefes del gobierno una línea de conducta que asegurara la tranquilidad interior y la independencia. Pero hoy en día, el mal parece incurable a los más clarividentes. México parece estar en una de estas últimas convulsiones que llevan

¹⁸ Pequeño periódico crítico muy bien escrito cuyos últimos números fueron publicados en 1843. El señor Conde de la Cortina era el redactor.

a la agonía y a la muerte. Ya la gangrena ganó todo el cuerpo social y la desmoralización está en todas partes. El clero, como siempre, actúa sin prudencia y de manera contraria a sus verdaderos intereses. Los militares, tomando por modelo a los pretorianos de la Roma degenerada, venden el socorro de sus espadas al que más ofrece y no dudan en caer en el perjurio. Los ingresos del Estado jamás fueron tan dilapidados como después de 1852, hasta la presidencia del señor Comonfort (93).¹⁹ Pandillas de bandoleros roban impunemente las haciendas, las depredaciones de los apaches y de los comanches y su ferocidad vuelven las provincias norteñas inhabitables. En muchos lugares, los indios campesinos están en rebelión abierta en contra de los blancos. Álvarez, en el sur, siempre está a punto de alguna disidencia con el poder ejecutivo. La amenaza de la escisión del norte y la de la proclamación de la República de la Sierra Madre²⁰ mantienen las mentes en suspenso y, finalmente, los ciudadanos que han salido sin mancha del embrollo político y los que no participan de ninguna manera en los asuntos políticos están desanimados y se encierran en un profundo egoísmo.

Con el espectáculo de semejante desorden, del conflicto interminable de los partidos, de la anarquía que gana cada hora algunas pulgadas de terreno, y del abatimiento de esta numerosa parte de la nación que padece de estas orgías políticas, de estos trastornos, de este latrocinio, y sueña con un Mesías que la libere de tantos males, ¿qué se puede pronosticar acerca del porvenir de este desgraciado pueblo, acerca de este Mesías al que llama con fervor? ¡Ay! ¡Sólo se menciona al gigante americano que pueda contestar esta solicitud y poner orden a semejante caos! Pero él absorberá en su propio interés, en la unidad de su potencia, los sueños de los partidos, los intereses generales y privados, la religión del Estado, la independencia nacional. Ya está considerando con placer los disturbios, las desgracias de la república vecina; mira con codicia el resto de los hermosos dominios que el tratado de Guadalupe le dejó, y espera la ocasión de echarse sobre

¹⁹ Fin de 1855.

²⁰ Se presta a Vidaurri, que manda en el norte, la intención de declarar su estado independiente y de unirse luego con los estadounidenses.

su presa, como la araña sobre la mosca que zumba alrededor de su tela. México ganaría mucho si pasara bajo la dominación anglosajona, no pretendo negarlo, pero los mexicanos mismos perderían infinitamente. Mencioné en la nota 12* lo que deben temer con la anexión de su país a los Estados Unidos y pienso que debería ser injusto e impolítico que las naciones europeas los abandonaran a la suerte que los amenaza. Por el hecho de que los mexicanos no saben aún gobernarse a sí mismos, ¿se les debe privar de su independencia como pueblo y de sus factores de felicidad como individuos? Esto no sería justo, porque sería castigar en las generaciones futuras los errores de sus padres, inocuidad que deploramos para Hungría y Polonia, y a la que nuestras armas pusieron fin en 1828 para una parte de Grecia.

La desgracia del pueblo subyugado es más sensible cuando sus dominadores tienen menos puntos de semejanza con él en su religión, sus costumbres, su carácter, sus gustos, en las facultades de su inteligencia. Ahora bien, los angloamericanos nunca podrían simpatizar con los mexicanos, porque ellos son intolerantes²¹ en materia de religión, mientras los mexicanos son el pueblo más tolerante del mundo; porque son groseros en su tono, sus modales, y nadie es más cortés que un mexicano; porque no tienen la menor disposición para las artes liberales y los mexicanos tienen el instinto de lo bello perfectamente desarrollado; porque tienen una mente especuladora mientras los mexicanos tienen una imaginación poética; finalmente, porque traerían la esclavitud, y los mexicanos verían con horror azotar a hombres que ellos ya están acostumbrados a mirar como si fueran sus hermanos.

Someter a los mexicanos a los angloamericanos sería duplicar el peso de sus cadenas. El bien mismo que les llegaría de aquel pueblo antipático les parecería envenenado por los disgustos con los que no dejarían de ser abrumados.

Por otro lado, ¿es prudente que Europa deje que aquellos ambiciosos republicanos prosigan sus conquistas poco a poco hacia el cabo de Hornos? ¿No debe ella temer una modificación funesta en el

* Página 358.

²¹ La exactitud de esta expresión queda comprobada en la nota 12.

equilibrio del mundo, en caso de que dominaran todo el continente americano?

El día en que la bandera de las estrellas flote como dueña sobre la llanura de Anáhuac y la cima de los Andes, la despoblación de Europa empezará en una escala mayor que nunca; y, sin embargo, los gobiernos de los estados alemanes se inquietan ya seriamente del vacío que dejan en sus países las olas de emigrantes que llegan sin cesar a los Estados Unidos. Pero si cien mil colonos abandonan cada año el Viejo Continente para ir a vivir bajo un clima rudo, en una tierra avara, ¿este número no se multiplicaría por tres cuando sea posible obtener tierras en las que impera una primavera eterna, en las que la salud se mantiene fuerte y en las que la fertilidad del suelo no tiene parangón?

Pensemos también que Europa saca de América casi toda la plata y el oro que entran en circulación; que la mayor parte del algodón que alimenta sus fábricas, del café, del cacao, del azúcar, de las maderas tintoriales, de la cochinilla, etcétera, que consumimos llega también de allá; que el trigo de los Estados Unidos conjura en Europa el hambre que nuestra cultura es impotente a prevenir, y que son precisamente los brazos que la agricultura necesita los que la emigración nos quita. ¡Cuántos males no causaría por tanto a Europa una guerra con América, cuando tuviera que cerrar sus fábricas, cuando viera sus graneros vacíos, sus mercados privados de los productos coloniales más indispensables, y que la miseria del pueblo perturbara la tranquilidad interior...! Además, fáciles cruceros a lo largo de la costa de Brasil estorbarían las comunicaciones con Asia; los corsarios,²² al encontrar desde un punto a otro del continente americano abrigos seguros contra el enemigo y el mal tiempo, cubrirían el Atlántico con navíos armados que pronto aniquilarían todas las marinas mercantes.

Y esta guerra estallaría seguramente tan pronto los Estados Unidos sintieran la fuerza de hacerla con ventaja, porque el estadounidense aspira, no a la gloria de las armas precisamente, sino a la

²² Los americanos se cuidarán mucho de adherirse al tratado de París (15 de abril 1856), que proclama la libertad de los mares, y si se infligiera a sus corsarios la pena reservada a los piratas, estallarían terribles represalias, totalmente en oposición con el espíritu de moderación que dictó el tratado.

dominación que procura. La conciencia de su poderío lo ha vuelto ambicioso y la conquista de México permitió que su pasión se manifestara. Miren ustedes cuán insolente e injusto se vuelve, recuerden las baladronadas de Jackson, la mala fe del manifiesto de Taylor, el bombardeo de San Juan de Nicaragua y las veleidades guerreras del gabinete de Washington en todas las cuestiones diplomáticas en las que interviene. Nada noble puede salir del corazón de los estadounidenses cuando su interés, un interés sórdido, está en juego. Condenan, en su horrible egoísmo, cualquier movimiento generoso que no ha de redituales una ventaja material, y se burlan de lo que nosotros llamamos sentimientos caballerescos. De modo que hemos visto a aquellos fariseos de la civilización apoyar al tirano de Rusia en la guerra de Oriente, en detrimento de los aliados que defendía Europa, contra las usurpaciones de la barbarie. La prensa de su país inventaba cada día noticias siniestras para la causa de éstos, y para darse el placer de regocijarse. Cuanto más potente se vuelve este pueblo, más regresa en principios y los *Know-Nothings* (94), atletas de las ideas retrógradas de la reacción contra los extranjeros y la religión católica, dominan en número en los *meetings* e invaden poco a poco los altos Consejos del Estado. El espíritu republicano, tal como lo había creado Washington, ya no existe en los Estados Unidos y la rectitud, la sencillez, las nobles aspiraciones dieron lugar a la astucia y al orgullo. Así es como a menudo, a los buenos sentimientos de una adolescencia cándida, suceden, casi sin transición, los vicios vergonzosos de una juventud desordenada (95).

Por lo tanto, no basta con que los gabinetes de Europa garanticen a los españoles la posesión de Cuba; hace falta también que, en vista de las eventualidades, se pronuncien desde hoy por lo que se refiere al territorio mexicano, como lo hicieron los tratados de Guadalupe y de la Mesilla. Su decisión, una vez tomada y bien conocida, estorbará la marcha del espíritu aleccionador, y hará fracasar muchos proyectos que su silencio alienta y cuya indiferencia aceleraría la ejecución.

Europa se conmovió con el paso del Prut, a los primeros ataques hechos a la integridad del imperio otomano; Francia e Inglaterra se aliaron para rechazar a los rusos y han llevado la guerra a mil leguas de sus costas, frente a los baluartes más formidables que jamás hayan

sido atacados. ¿Por qué estas naciones no harían lo mismo, ahora que es tiempo aún, para frenar la ambición de los estadounidenses, ya que la invasión de México por esta potencia no traería un desarreglo menor en el equilibrio político de las naciones y que, además, las dificultades de la empresa serían infinitamente menores y menos costosas? Una escuadra en Ulúa y seis mil hombres de tropas francesas e inglesas, con algunos oficiales y suboficiales para formar regimientos de indígenas, son suficientes para impedir un desembarque en la costa este y para rechazar detrás del Bravo a los estadounidenses que se atrevieran a cruzarlo.

Pero, dirán algunos, la guerra general provocada por la dominación de los angloamericanos sobre todo el continente es sólo una amenaza vana para Europa. Ésta es la ilusión de una mente pesimista y limitada que no ve que cuanto más crece el cuerpo del gigante, más se debilita; que esta república encierra en su seno tantos elementos de confusión y de desunión que la menor adición a su territorio haría inclinarse la balanza del lado de los estados del sur o del oeste, lo que produciría la dislocación del cuerpo social, y que del fraccionamiento de esta potencia nacerían repúblicas distintas, con oposición de interés y de política, de las cuales Europa ya nada tendría que temer en la guerra general que entrevemos. A esto contestaremos que la república de los Estados Unidos puede fraccionarse al infinito, sin que el espíritu nacional padezca la menor alteración. Si los estadounidenses difieren a veces de opinión por lo que atañe a los intereses privados de cada estado, no dejan de tener una sola en cuanto se trata del interés general y de la actitud que han de adoptar respecto de las demás potencias. De modo que siempre se les encontrará unidos y dispuestos a hacer prevalecer su política sobre la de Europa. El fraccionamiento de la Unión sólo serviría para volver la conquista más difícil. El mayor ejército de invasión no encontraría entonces en América ningún punto vulnerable que pudiera acarrear la rendición del resto del país y sólo sería dueño del espacio que ocuparía. Así, Europa sucumbiría, luego de algunos años, después de una guerra ruinosa.

Entre los mexicanos hay algunos que, desesperando del futuro, votarían de buen grado desde ahora a favor de la anexión de su país

a los Estados Unidos. Son, por una parte, los habitantes de las fronteras de la Unión, los que pueden apreciar los beneficios de la administración de sus vecinos sin tener que sufrir los inconvenientes relativos a su legislación, y sobre todo lo rudo de su carácter; del otro, los más exaltados de los liberales, quienes, seducidos por la teoría de los principios, olvidan los peligros de su aplicación en casa.²³ Pero 99 por ciento de la población mexicana detesta cordialmente a los estadounidenses y jamás consentirá entregarse a ellos, porque entiende que su dominación se volvería más destructora que la guerra civil y el mayor desastre político que la anarquía podría atraer sobre su país. Los acontecimientos de California les ha enseñado cuánto los anglosajones desprecian y odian a las razas indias y españolas, y que sólo pueden esperar de ellos injusticias, vejaciones y calamidades de toda clase. De suerte que si Francia, Inglaterra y España tomaran la resolución de impedir cualquier usurpación de los Estados Unidos sobre el territorio de la antigua colonia española, estas tres potencias serían bendecidas por los mexicanos y por todos los pueblos de América, desde Guatemala hasta el Río de la Plata. Y si, de acuerdo con el gobierno mexicano, ellas aceptaran, además, intervenir durante algunos años en las disensiones intestinas de este desgraciado país para devolverle la calma que tanto necesita, se verían secundadas con ardor por todos los que sufren, todos los que piensan y que son celosos de la felicidad y de la gloria de su patria (96).

²³ Los dueños de grandes propiedades verían también con gusto su país pasar bajo el dominio estadounidense, con la esperanza de que sus tierras duplicarían pronto de valor. Por un sentimiento de pudor fácil de comprender, esconden su pensamiento secreto, pero a su modo de ser, es fácil adivinarlos. Estos egoístas no harán nada para rechazar a los estadounidenses.

NOTAS

Capítulo I

- (1) El problema de la unión de los dos mares ya está resuelto. Panamá triunfó. El 28 de enero de 1855, el primer convoy cruzó el istmo de cabo a cabo; el trayecto se hizo en seis horas y no tardará en hacerse en menos tiempo aún. La compañía Sloo, cuyas pretensiones estuvieron a punto de provocar de nuevo la guerra en México, abandonó sus proyectos tan pronto el presidente Ceballos le dio la razón; pero otra compañía americana le compró su privilegio y puso manos a la obra con la mayor actividad en 1856. Se asegura que un camino de comunicación del golfo al gran océano se abrirá el 1 de febrero de 1857.
- (2) Los capitanes de la marina mercante son casi toda gente del pueblo. Son buenos prácticos y marineros valientes, pero les falta totalmente educación. Ahora bien, la educación no consiste sólo en los modales educados y las maneras elegantes: su meta más noble consiste en desarrollar en el hombre el sentimiento y el amor de lo que está bien, dándole la fuerza de sacrificar cualquier interés sórdido a la observancia de las leyes de la delicadeza y del honor.

Como resultado de esta ausencia de educación en los capitanes de buques mercantes, los pasajeros tienen que padecer más de su falta de probidad que de su ignorancia de las normas sociales. Si el desgraciado que padece el mareo se acuerda del menú de las comidas que se les daba a leer en la carta del naviero, y pide uno de los platillos que le parece capaz de devolverle el apetito y sus fuerzas debilitadas, se le contesta: “esto no lo tenemos, lo hemos olvidado”, o también: “más tarde cuando lleguemos bajo los trópicos se le dará”. Si se trata del vino de Cham-

pagne, prometido dos veces a la semana: “esos desgraciados estibadores —dice el capitán— me refundieron las cajas al fondo de la cala y no hay modo de sacar una” o “más tarde, cuando lleguemos a los trópicos, se le dará”. El que se queja de los estibadores no embarcó el Champagne y el que dice haber olvidado las latas de conservas las vende al llegar al puerto, a menudo antes de aquellos a los que engañó.

Es un abuso de confianza, una acción fea por parte de estos hombres para con sus huéspedes pasajeros. Y, sin embargo, ellos se ufanan cuando están juntos como si se tratara de una burla inocente. Desde su niñez, se acostumbraron a bordo a los actos de brutalidad¹ e injusticia, de modo que no le dan importancia alguna y el que roba a un pasajero sobre el precio del alimento no considera merecer el nombre de hombre deshonesto, y reprobaría cualquier robo cuya idea se presentara a él bajo otro aspecto.

Afortunadamente, existen excepciones a la regla: conocí capitanes realmente francos y leales; citaré entre otros el nombre del capitán Oriot, de El Havre, que bajo una apariencia algo ruda encierra un corazón honrado y generoso. Ojalá que el cielo lo bendiga.

Por otra parte, cabe notar que los pasajeros que son los primeros en reclamar al capitán por sus promesas, o incluso que se muestran descontentos aun cuando aquél las cumplió puntualmente, no son aquellos que, en sus familias, han sido acostumbrados a una mesa fina: no, al contrario, son los que por primera vez se sientan a una mesa bien puesta. Nadie es más exigente que un dependiente de mercader, un maestro de armas o un artesano. Después de algunos días de travesía, uno puede juzgar la condición de cada uno por su comportamiento en la mesa.

En sus viajes escoja siempre los barcos estadounidenses si tiene oportunidad; en ellos no tendrá que padecer una economía mezquina, porque todo es abundante y espléndido.

¹ No se puede imaginar uno la brutalidad de los capitanes hacia los marinos y sobre todo hacía con los grumetes y la gente especialmente encargada de su servicio: sería conveniente que un código de marina venga por fin a definir de manera precisa la extensión de los poderes de un capitán a bordo y el límite de su brutalidad para con sus subordinados.

- (3) Cuando Cristóbal Colón les pedía a Fernando y a Isabel barcos para su expedición, su proyecto era buscar una ruta directa que llevara a las Grandes Indias. El conocimiento de la redondez de la tierra le daba la certeza de encontrar en el oeste, en las mismas latitudes, las costas orientales de aquellos países afortunados, de los que los portugueses sacaban tantas riquezas. Y cuando anunció el descubrimiento de las Grandes Antillas, que creyó primero pertenecer al continente que buscaba, las llamó Indias Occidentales, y a los pueblos que las habitaban puso el nombre de indios, el cual se conservó en todo el mundo nuevo para los indígenas campesinos, reservando el de salvajes para los que vivían de la caza o de la rapiña.
- (4) Las razas de caballos degeneran en los países más cálidos. En el Coatzacoalcos, los caballos son malos, sobre todo los que, por no haberse acostumbrado a comer maíz seco, sólo se nutren de forraje verde; no tienen vigor y dejan de caminar si se quiere hacer un viaje de más de siete u ocho leguas. Al contrario, en los climas templados o fríos de México, se encuentra una raza de caballos excelentes y dotados de cualidades diferentes de las de Europa. Todo el norte de México² desde San Luis hasta arriba de Chihuahua, es apropiado a la propagación de los caballos. Hasta ahora, las principales riquezas de los hacendados consistieron en la venta de caballos y de vacunos que criaban en manadas innumerables, pero desde que las incursiones de los salvajes se han vuelto frecuentes y que se roban los animales, las grandes fortunas han disminuido mucho y algunas desaparecieron. El país que se extiende al norte, a partir de Guanajuato, es uniforme y estéril, salvo en las cordilleras de la Sierra Madre, donde se encuentran frescos valles sombreados de hermosos robles y de cerros coronados de abetos rojos y blancos. Las lluvias escasean durante ocho meses al año, y no hay ni un medio de riego; solo algunos depósitos de agua se consiguen aquí y allá por un

² Debe notarse que ya no hay caballos en el Nuevo México, por la nieve que cubre los pastizales durante el invierno. Sólo se crían carneros u ovejas y algunas vacas que se guardan bajo techo en invierno a lo largo de la cordillera.

manantial avaro o un torrente pasajero en la estación lluviosa, y sirven de abrevadero para el ganado.

La campiña sólo ofrece al ojo del viajero estepas con algunas matas de hierba y de nopales. A veces la vegetación desaparece casi totalmente en soledades inmensas, en las que sólo se ve algunas hierbas aquí y allá, suficientes para alimentar las manadas, y cuando vuelve a renacer un poco, sólo produce zarzas negras y mezquites³ juntos cuya vista no logra reducir la tristeza del paisaje.

Chihuahua es un oasis en el desierto: los alrededores son fértiles, pero si las lluvias de mayo no llegan a tiempo, los trigos y el maíz se secan antes de madurar y muchos animales mueren, donde los abrevaderos se secan y los que quedan se encuentran demasiado alejados de los pastizales. El valor de estas haciendas depende por lo tanto de la cantidad de abrevaderos que tienen o que se encuentran a su alcance.

La falta de riego impedirá por mucho tiempo todavía que el hombre pueda poblar estas amplias regiones, que seguirán siendo el reino de las caballadas que viven allí en libertad. Los picadores encargados de los potreros sólo se ocupan de mantenerlos en sus límites, decidir el número de yeguas para cada garañón,⁴ marcar con hierro rojo los potros de un año, vigilar la procreación de los mulos y domar los animales destinados a la venta. Es hermoso ver aquellos millares de caballos vagando en los pastizales, correr, ramonear, brincar y, siempre con la mirada alerta, asustarse, calmarse, moverse de nuevo, con el menor ruido, la aparición de una fiera o de un caballero en la lejanía. Mire aquella yegua que acaba usted de sorprender mientras ramonea un mezquite cerca del barranco: ¡Qué inteligente se ve! ¡Qué gracia en su postura! Y ahora que ella se escapa y se reúne con sus compañeras, qué fuerza en las piernas y qué ligereza en sus movimientos. Allá en el barranco ¿ve usted aquel garañón que corre rápido y reúne a sus yeguas? Acaba de descubrir sobre

³ El mezquite produce una goma semejante a la goma arábrica.

⁴ El garañón conduce de 30 a 35 yeguas.

la otra vertiente un grupo de yeguas que avanza hacia el mismo riachuelo. El garañón que conduce las suyas se para, va, viene, ordena también su grupo; sus ojos lanzan relámpagos, su figura es orgullosa, su cola toma una posición horizontal, sus músculos se contraen y se hinchan de ira. Los dos enemigos se miran un momento y luego se lanzan uno contra el otro. Ya están en el fondo del barranco, se agarran del cuello y sale la sangre, se dan vuelta y se echan cosas tales que se pueden romper los huesos, los golpes suenan hasta nosotros, se encarnizan y se desgarran a dientazos, pero el último llegado parece debilitarse; se echa para atrás, ahora huye; el vencedor lo persigue, corre uno junto al otro, ya brincaron encima de esos zarzales negros que los esconden en parte a nuestra vista, le dan vuelta al barranco, y desaparecen del todo. Sin embargo, en los dos campos las yeguas no se han movido. Se estremecen y esperan con impaciencia el éxito de la pelea, el regreso del vencedor. Éste vuelve a aparecer finalmente, enderezando la cabeza y pegando ruidosamente la tierra con su paso; echa una mirada triunfante sobre sus yeguas, a las que defendió valientemente, sobre las que acaba de conquistar, y las dos tropas lo acogen con un relincho prolongado en el que se puede reconocer por una parte el triunfo y por otra los primeros homenajes de esclavas sometidas al señor. Caminando alrededor del grupo de sus nuevas yeguas, el garañón parece, por su porte soberbio, mostrarles que ellas no tienen nada que lamentar con el cambio; luego las empuja frente a él, las reúne con las antiguas, y goza de su doble serrallo hasta que el picador encargado de la inspección del potrero se percate de la usurpación y devuelva al pobre proscrito sus esposas ingratas, y lo alejen de los pastizales donde se dio el encuentro.

El garañón, este noble guerrero, tiene sin embargo en el potrero mismo un enemigo, el que, pese a su humildad, su librea plebeya y el desprecio con el que lo tratamos no deja por ello de ser un temible adversario. El burro, ya que debemos llamarlo por su nombre, envidioso de la felicidad del garañón, pretende llanamente apropiarse de su bien. Incapaz de luchar cuerpo a cuerpo con ventaja, recurre a la astucia, y enfrentando la

primera coz, agarra a sus enemigos en sus partes genitales y con una dentellada tira a sus pies al gigante medio muerto de dolor. Sin embargo, esta primera victoria no le ha convertido aún en el amo de las yeguas. Por lo regular ellas lo reciben muy mal y su pecho sangriento muestra el poco aprecio que tienen a primera vista por el Cupido de barba gris. Pero el burro es paciente y la paciencia lo logra todo. Juzgando inútil la vía de la galantería para lograr sus fines, agarra a la yegua por el cuello y, mordiéndola, la hace girar sobre ella misma, mientras él describe también una circunferencia con un radio igual a lo largo de la yegua. De este modo acaba por atontarla y, cuando acepta dejarla, ya no se opone a sus deseos.

Las mulas que nacen de estas relaciones ilegítimas son más fuertes y valientes que las yeguas. Prueban la superioridad de sus fuerzas por el peso enorme que ellas cargan cuando se han acostumbrado al servicio del hombre, y la de su valor cuando un lobo hambriento llega a atacar su campamento en los prados. Las yeguas huyen cuando se acerca el lobo; recogen a sus potros y todas juntas forman un círculo a su alrededor para defenderlos. Al contrario, se ve a menudo que las mulas corren hacia el lobo, lo agarran por la piel del cuello, lo levantan del suelo, lo sacuden con rudeza, y lo matan a patadas en pocos minutos. Estas mulas son más difíciles de domesticar que los caballos.

- (5) Clavijero cometió un error al decir que el padre de Marina era un cacique de la provincia de Coatzacoalcos: no se puede dudar que los dominios de aquel señor no estuvieran situados en las fronteras de Tabasco y de Chiapa.⁵ ¿Cuál es, por tanto, el origen de esta tradición que hace nacer Marina en Altipan? Lo ignoro. ¿No se habrá confundido el lugar en el que Cortés la casó con el español Juan de Jaramillo con aquél donde ella nació? Sabemos que esta boda se hizo durante la expedición de Honduras, y que el conquistador pasó por este pueblo para llegar por el Coatzacoalcos al río Usspanapan, que tuvo que remontar.

⁵ Véase la historia de la conquista de México de Prescott.

Esto es lo que Clavijero cuenta de esta mujer famosa. El padre de doña Marina era feudatario de la Corona de México y señor de numerosos pueblos. Su madre viuda se volvió a casar y tuvo un hijo del segundo esposo, al que la pareja decidió entregar la herencia entera de sus propiedades. Para ello, difundieron la falsa noticia de la muerte de la joven, simularon su entierro, y la vendieron secretamente a mercaderes de Xicalango, ciudad frontera de Tabasco. Estos mercaderes la volvieron a vender a los habitantes de esta última ciudad y ella se encontró entre las veinte esclavas que éstos ofrecieron a Cortés en señal de sometimiento. Esta joven, que era de una belleza notable, sabía aparte de la lengua mexicana que era la suya, la maya, que se hablaba en la provincia de Tabasco, y en poco tiempo también aprendió el español. Fue bautizada con las demás esclavas y recibió el nombre de Marina. Los mexicanos, adaptando a su lengua el nombre de Marina la llamaron Malintzin, de donde viene el nombre de Malinche bajo el cual fue conocida por los españoles de México. Fue constantemente fiel a sus liberadores y los ayudó de manera excepcional, ya que no sólo fungió de intérprete en las negociaciones de Cortés con los tlaxcaltecas, los de México y de otras naciones de Anáhuac, sino que en distintas circunstancias salvó también al ejército de una destrucción segura, avisando a Cortés del peligro que lo amenazaba e indicándole los medios para eludirlo. Acompañó a Cortés en todas sus expediciones, le servía de intérprete y le ayudaba con sus consejos.

Cuando doña Marina acompañó a Cortés a Honduras, volvió a ver a su madre y hermano que, temiendo su resentimiento, estaban en la mayor consternación. Pero ella les habló con una bondad perfecta: lo había olvidado todo, o al menos lo había perdonado todo y mostró de este modo que su piedad y su grandeza de alma igualaban las demás prendas con las que la naturaleza la habían adornado. El hijo que tuvo del conquistador se llamó don Martín Cortés, caballero de la orden de Santiago. Injustamente acusado de rebelión, fue condenado a tortura por jueces bárbaros e inicuos que olvidaron los servicios incompa-

rables que los autores de sus días habían rendido al rey y a toda España (1568).⁶

- (6) Todos los indios salvajes o campesinos son igualmente ajenos a los sentimientos tiernos con los que ennoblecemos los placeres del amor. El carácter del salvaje es guerrero y feroz, el del indio campesino es pacífico y dulce. El primero es el enemigo eterno de las razas blancas, con cuya destrucción sueña constantemente; el segundo vive en medio de los asientos europeos, a los que alimenta con lo que le sobra de las cosechas. Aunque el amor no haga nacer entre unos y otros ningún sentimiento de galantería, parece sin embargo purificarse en el campesino pacífico, en el que la condición de la mujer se halla sensiblemente mejorada. La novia de un salvaje no es más que un mueble que desea tener en su choza; esposa, se vuelve una esclava condenada al servicio de una bestia de carga. Pero con el indio campesino la suerte de la mujer se ennoblece, y los esposos comparten de manera igualitaria las penas y los trabajos.

El cheroqui, el sioux, el apache, en una marcha cansada, van tranquilamente a caballo mientras la mujer, a pie y sosteniendo el crío en el pecho, debe cargar además el fusil del cazador, la caza y el avío para el viaje. Si le acontece dar a luz en el camino, ella se baña y lava el recién nacido en el primer riachuelo que encuentra y luego sigue acompañando al caballero sin aminorar el paso. El indio campesino, al contrario, va siempre caminando con su mujer y sus hijos, cargados con un peso proporcionado a las fuerzas de cada uno. Asimismo, todos los miembros de la familia trabajan: desde el niño hasta el anciano, pero si la mujer tiene un embarazo avanzado se queda en el pueblo hasta el parto. En las poblaciones del suroeste de México, la mujer va al mercado vecino montada en su burro, y el marido la acompaña caminando. Hay todavía un punto en las costumbres conyugales en que el salvaje difiere del campesino: el primero

⁶ Hubo dos Martín Cortés, uno hijo natural del conquistador, el otro su heredero legítimo. Este era Marqués del Valle y también fue cruelmente perseguido.

no es celoso, mientras que el segundo no quiere en general compartir con nadie el gozo de sus derechos como esposo. El osage, el *pied-plat*, el pawnee, prestan a sus mujeres por un cuerno de pólvora o una botella de aguardiente.⁷ El apache y el comanche obligan al prisionero blanco cuyo valor en el combate admiraron a unirse con los suyos para perpetuar su raza, mientras que el indio más civilizado, aunque poco deseoso de vigilar a su compañera, se enoja de una falta de fidelidad y se venga a veces de un modo terrible.

Por una anomalía singular en el carácter del salvaje, los che-roquis, población de las Floridas,⁸ confinados hoy en día en las Arkansas, se hacen acompañar en sus expediciones de mujeres públicas a las que abruma con su desprecio, y a las que relegan a un extremo de su campamento del que se les prohíbe alejarse. ¿Qué falta las hizo condenar a este oficio infame? Lo ignoro. Tal vez este castigo recae sobre las jóvenes que tuvieron un hijo antes de casarse, tal vez es la condición reservada a las mujeres que se quedan viudas y estériles, porque estos pueblos del desierto, cuya existencia en medio de enemigos poderosos está subordinada al número de sus guerreros, cree que el mal espíritu habita en el seno de la mujer que no da un defensor a la tribu. El europeo, que sólo conoce las costumbres de los salvajes de América por las descripciones del señor de Châteaubriand, tiene una idea tan falsa de ellos como alguien que le prestaría al ardiente Ajax o a la hermosa Naúsica el hablar y las costumbres de la corte de Luis XIV. El poema de *Los Natchez* nos gusta por el encanto de los pensamientos generosos, por la elocuencia, por un estilo armonioso, por la perfección del arte y, finalmente, por todas las seducciones del talento de su autor. Outougamiz, Céluta, Mila, el viejo Sachem, nos representan la amistad fiel, el amor infeliz, la finura y la alegría, la moral y la sabiduría, tal y como concebimos estas pasiones, estas cualidades y estas virtudes, tal y como se

⁷ Sin embargo, castiga la infidelidad de una mujer si él no facilitó personalmente sus relaciones extraconyugales.

⁸ Los cheroquis son antiguos seminoles, quienes, obligados por los angloamericanos a abandonar las Floridas, se retiraron al desierto.

desarrollan en nuestros corazones. Pero en el más recóndito de los bosques, en los pastizales del Nuevo Mundo no existe nada bajo la forma que nos es familiar. Allá, los lazos de fraternidad se estrechan entre los guerreros por interés personal y no por instinto simpático. El amor es un niño carnal que no deja en el recuerdo ni placeres, ni lamentos. La finura de la inteligencia que se ejerce sobre los medios de conservación de uno mismo o de destrucción del enemigo, se encuentra desarrollada en alto grado en la mente del salvaje; pero nunca, en ninguna edad, se nota alegría ni en las palabras, ni en las acciones: la danza es seria, la ebriedad es triste. El niño es grave como su padre.

Finalmente, si es cierto que se oye de la boca de los ancianos algunos preceptos morales, se sabe también que, en las tinieblas de su sabiduría bárbara, no son más que luces inciertas que no sirven para guiarlos en su conducta privada ni tampoco en las resoluciones del consejo.

Es cierto: el retrato de los salvajes de América, tal como lo pintó el ilustre autor de *Atala*, es mucho más hermoso que la realidad para el lector que nunca ha perdido de vista las costas del Viejo Continente. Pero el viajero que recibió la hospitalidad de los pieles rojas, sea en los Estados Unidos, sea en México, y que nunca vio en ellos algo que se pareciera, incluso desde lejos, a la delicadeza de los sentimientos de la amante de Chactas o de la esposa de René, sólo puede gozar en esta lectura de la belleza del lenguaje y del encanto de la ficción. El resto le ofrece poco interés, porque se ve obligado a gritar en cada página, con aquella criolla de la nueva Orleans: ¡*Vaya mentira, eso!*⁹

⁹ En sus *Mémoires d'Outre—Tombe*, el mismo Châteaubriand admite que las pinturas en *Natchez* de Atala y de René no coinciden con la realidad. Uno se pregunta si alguna vez coincidieron con ella. Desde que las trazó transcurrió más de medio siglo, y en ese tiempo cambiaron muchas cosas en el Nuevo Mundo: el desierto cada día desaparece. Además, creo que Châteaubriand no trató de ser muy exacto en los relatos de sus primeros viajes. Era joven y la imaginación lo dominaba. La naturaleza virgen de América fue un feliz marco para las primeras y encantadoras creaciones poéticas del soñador de Combourg.

- (7) Los monos del Coatzacoalcos están cubiertos de un pelo negro o rojizo oscuro y llevan una larga cola puntiaguda que les sirve de locomotor. Meciéndose colgados por esta cola, se lanzan de un árbol a otro con ligereza. Durante este vuelo peligroso, las madres llevan a sus críos agarrados en su espalda y con los brazos cruzados bajo su cuello.

Durante mi estancia en Oaxaca, regalé a mis hijas un mico que se volvió el juguete diario de toda la familia. Era el pequeño animal más gracioso que se pudiera mirar, y su instinto era de los más desarrollados, como se verá. La cintura de piel a la que estaba atada su cadena lo había herido y las carnes estaban cortadas profundamente, pero la llaga escondida en su espeso pelaje se quedó algún tiempo sin que lo notáramos. Ya no comía, estaba triste, se pasaba horas enteras con la cabeza agachada y la mano apoyada en su lomo. Nos preguntábamos constantemente sobre la causa de su debilidad. Finalmente, la nana de mis hijas, joven mulata que se dedicaba a este animalito, acabó descubriendo la llaga. Fue muy difícil atenderlo al principio, porque el mico no se dejaba tocar. Pero en cuanto experimentó su efecto saludable, se prestó de muy buen grado a todas las exigencias de la curación. Cuando veía a la muchacha tomar el harapo y el ungüento, se acostaba solito de espalda, presentando el lado enfermo y separando con una mano los pelos de la llaga. Si lo hubiésemos retenido un día entero en esta posición, se hubiera quedado tumbado sin moverse. Terminada la curación, se echaba en los brazos de la joven, le pasaba la cola alrededor del cuello, luego le daba besos, la mordisqueaba, jugaba con sus cabellos, se hacía un collar con sus trenzas, y variaba al infinito sus caricias. Ahora bien, la mulatita tenía mucho parecido con el mico, ambos eran anillos contiguos de la gran cadena de las organizaciones animales: el primero representaba la bestia que se acerca más del hombre, el segundo el ser humano que se aleja menos del animal. En uno se notaba las formas, las actitudes, los movimientos propios del hombre, y en el otro, el ángulo facial, la nariz chata, la boca grande, el color oscuro del animal. Parecían un mono y su cría jugando. Y esta analogía de la naturaleza

no se le había escapado al huésped de los bosques, que mostraba para su cuidadora un afecto muy particular. Aunque todo el mundo lo acariciaba siempre de la misma manera, él siempre la buscaba de preferencia para jugar, y si uno fingía levantar sobre ella una mano amenazadora, él se lanzaba furioso sobre el agresor, al que habría maltratado si su cadena le hubiera permitido alcanzarlo.

CAPÍTULO II

- (8) Al llegar a Minatitlán, unos colonos que vivían en las orillas del Coatzacoalcos descendieron el río para vernos y comprarnos municiones para la caza. Recibí para el almuerzo al señor Petit, hijo de un oficial general del Imperio, con su contraamaestre llamado Dantan. Mi vino era de una buena cosecha del Médoc, mis invitados lo apreciaron, y esta circunstancia, tan sencilla en sí, se volvió quizás la primera causa de una gran desgracia.

Al salir de la mesa, mis huéspedes se embarcaron en su piragua para regresar a sus casas, pero apenas habían recorrido media legua cuando Dantan, perdiendo el equilibrio en una de las oscilaciones del barco, cayó al agua y desapareció. Uno de sus hijos estaba allí: era un niño de 12 años, débil criatura, como se suele ser a esta edad, pero lleno de valor y ya buen nadador. Impasible como se suele ser cuando se mira un peligro, de pie, con la mirada clavada en el abismo, esperó un momento, sin decir nada, sin gritar, sin una palabra. Pero nada emergió de las aguas, así que se tiró al abismo, que lo tragó como había tragado a su padre. El remolino ya se encontraba a más de cien brazas y él no volvió a parecer. Petit y sus remeros estaban consternados. Más débiles que el viril muchacho, dudaron, se confundieron, no sabían qué hacer para impedir la doble desgracia que, a cada segundo que transcurría, se volvía más inminente. Por fin, el niño reapareció, pero estaba solo, desesperado. Explicó con voz angustiada que se agotó en esfuerzos inútiles para subir a su padre a la superficie del río, y que una fuerza superior parecía

llevarlo en sentido contrario. Volvió a sumergirse, subió de nuevo para respirar y desapareció de nuevo, pero sus búsquedas y fatigas fueron vanas, ya no encontró nada: la suerte de su padre estaba echada. Vuelto al barco, el niño se echó a llorar, su joven alma superior al peligro se hundió bajo el peso de una desgracia irremediable. Sin embargo, al acercarse a la vivienda, la desesperación expansiva del muchacho pareció ceder a un pensamiento cuya gravedad lo agobiaba. Sus compañeros respetaron su recogimiento solemne, un silencio religioso se extendió en la piragua. Llegaron por fin. El niño, al ver que sus dos hermanas y su hermano, todos más jóvenes que él y huérfanos como él (su madre había muerto poco después del desembarque), acudieron corriendo a la orilla, los abrazó en medio de sollozos; y cuando ellos lo apremiaron con preguntas, les reveló la verdad fatal, añadiendo con un tono de autoridad y de valor que conmovió vivamente a las personas que lo rodeaban: “lloren, lloren a nuestro buen papá, pero no se preocupen por el porvenir, pronto seré grande y los cuidaré; hasta entonces, el buen Dios no nos va a desamparar”.

El día después de este trágico acontecimiento, un pescador indio entró en mi tienda y dio a entender por señales que acababa de encontrar en la arena de la orilla opuesta el cadáver de un extranjero. Mandé a mis gentes que reconocieran a la víctima y encontraron efectivamente la parte inferior de un hombre, todavía revestida de un pedazo de pantalón de tela: no había duda, se trataba de un colono cuyo cuerpo había sido cortado en dos por un caimán. Tardamos poco en enterarnos de su nombre: era el desgraciado Dantan, que uno de estos temibles animales atacó cuando cayó y que arrastró hasta el fondo del río, pese a los esfuerzos de su hijo. Mandé cavar una fosa bajo un manglar a unos pasos de la orilla de la costa, donde fueron depositados los restos mutilados del contramaestre, y dos cañas puestas en cruz marcaron esta tumba solitaria, sólo visitada por los caimanes que vienen a poner sus huevos.

Los cuatro niños fueron recogidos por el cura de Tehuantepec, que los crió con una caridad del todo evangélica. En cuanto

el mayor tuvo la edad de trabajar, aprendió el comercio en Oaxaca y se fue luego a México, donde hizo una fortuna. Cumplió con su palabra: sus primeros ahorros como pobre asistente de tendero fueron para los que había jurado proteger.

- (9) El señor Louis Guillemot, de quien tenemos esta noticia, cometi6, según me parece, dos errores graves, no en cuanto a los detalles de la expedición, sino con el pueblo que la realizó y el tiempo en el que tuvo lugar. El primero está en atribuir esta emigración de los mixes, cuando pertenece a la historia de los huaves que viven en las orillas del mar, al sur de Guichicovi; y el segundo está en asignarle una fecha más moderna. Cortés nos enseña por una carta suya a Carlos V, en 1522, que los mixes eran entonces una tribu antigua y poderosa. Por lo tanto, ésta no puede ser la que emigró en tiempos de Pizarro.

Parece que los huaves descienden de los peruanos, y la noticia referida nos dio a conocer algunas circunstancias de su peregrinación, pero su llegada al istmo se remonta más allá de la conquista de Perú por los europeos. El señor Guillermo habrá confundido una invasión de enemigos vecinos, una guerra civil o una persecución contra algunos peruanos con la conquista del pastor español. Porque desde la ocupación de México por el ejército de Cortés, ninguna tribu vino a buscar asilo en el país que los mixtecas señoreaban. La migración de los huaves se remonta a una época anterior.

- (10) He visto a personas en las que una picadura de alacrán provocaba los desórdenes más inexplicables: un entumecimiento doloroso se apoderaba de todo el cuerpo, la lengua parecía no caber en la boca, los enfermos se ahogaban y su estado parecía desesperado. He conocido a otras a las que una picadura no les hacía absolutamente nada. Yo mismo: me picó en Colima un alacrán bermejo, o sea, de la especie más peligrosa, y sólo experimenté el dolor de una picadura de aguja. Al abrir una puerta una noche, y sin luz, puse el índice precisamente sobre su cola. Lo que me pareció singular fue que el alacrán no trató de huir, como acostumbran después de haber picado a alguien, y lo encontré en el piso sin movimiento, aunque intacto. Dicen en el país que

la muerte del alacrán es infalible cuando su veneno no tiene efecto sobre la persona que fue picada y la gente más digna de creer me aseguró haber notado esto mismo. La señora de la Vega, esposa del gobernador de Colima, me contó que, en su niñez, había sido picada muchas veces, precisamente porque no temía la picadura del alacrán y que este fenómeno se había producido siempre.

Los médicos y los químicos suponen que los alacranes bermejotes, cuya picadura no produce más resultado que un dolor local, tienen necesariamente el conducto del aguijón obliterado, o que una enfermedad modificó la calidad de su veneno. Tal vez sea cierto en algunos casos, pero lo que acabo de decir probaría también que hay en el hombre una disposición natural que explica estos fenómenos singulares. Sabemos, por ejemplo, que el opio tomado en dosis pequeñas es un calmante para unos, mientras causa dolores agudos para otros; que el cloroformo no produce en todo el mundo un efecto narcótico, etcétera. Limitémonos por tanto a constatar los hechos, reconociendo al mismo tiempo que nos queda mucho por descubrir en cuanto a la acción de algunos venenos en los cuerpos humanos.

- (11) Debo denunciar un error sin excusa que el señor de Balzac pudo propagar entre mucha gente acerca de la clase y la posición de los colonos. Este escritor, en la *Piel de zapa*, el primero de sus buenos libros, ya que hasta entonces sólo había producido malos, compara el presidio con la expatriación al Coatzacoalcos cuando habla del anciano encargado de guardar los sombreros en una casa de juegos. El gran pintor de la vida social, el observador tan profundo y fino de las costumbres, no es aquí más que un vulgar novelista que escribe al tanto y habla de una cosa de la que no tiene idea. Sus palabras no son sólo ligeras y erróneas: son calumniosas. Saliendo de semejante pluma, debo señalarlo. Es preciso por tanto aclarar la clase de colonos que formaron las seis¹⁰ primeras expediciones. Si se colaron algunos fugitivos de

¹⁰ Una séptima expedición llegó a Minatitlán en 1834, pero no hubo relación entre aquellas y las nuestras.

Sainte Pélagie y no galeotes en sus rangos, su número fue sumamente limitado y el resto se componía de gente muy recomendable por sus antecedentes. En efecto, hombres que contaban con un rico patrimonio participaron en nuestras expediciones con el fin de aumentar su fortuna en poco tiempo. Médicos distinguidos, jóvenes que habían fracasado en los exámenes de las escuelas reales, algunos campesinos acomodados, buenos mecánicos, hábiles obreros de todas las especialidades llegaron a México con el afán de encontrar los medios rápidos para hacerse ricos que no encontraban en Francia. Y cuando, desengañados en sus esperanzas se vieron obligados a renunciar a la agricultura, se dispersaron en las grandes ciudades de la república, en las que ejercieron sus profesiones o sus oficios con éxito. Algunos se dedicaron a la enseñanza de las letras y las ciencias, otros encontraron en el comercio las compensaciones a las pérdidas que habían sufrido anteriormente. Por fin, los colonos de nuestras expediciones que se quedaron en México gozan de una reputación impoluta y el título de coatzacoalqueños señala también el respeto y la estima de todos. Los colonos padecieron miseria y sufrimientos, y nadie ignora que en la desgracia es donde el corazón del hombre revela sus tendencias y traiciona sus secretos.

I

- (12) Desde que los estadounidenses, al apoderarse de la mitad de México, revelaron al mundo las tendencias de su ambición, los mexicanos entendieron la urgencia de poblar su país con hombres trabajadores e industriosos que supieron crear la riqueza y la fuerza allí donde sólo hay miseria e impotencia. El gobierno general, bajo la presidencia de Herrera, en 1848, señaló la colonización como el único remedio a los males que afligían a la nación y a las calamidades que la amenazaban. El mismo Santa Anna, seis años después, lanzó un decreto en relación con este punto, para que los hijos católicos de la vieja Europa pudieran venir a tierras mexicanas. Sin embargo, pasan los años, y los

colonos no llegan. No obstante, la situación difícil de Europa desde hace varios años ha favorecido más que nunca la emigración. En todas partes se organizan expediciones de colonos y la sola Alemania vomita cientos de miles de ellos a los Estados Unidos. ¿Por qué estos colonos se quedan sordos al llamado tantas veces reiterado de los mexicanos? ¿Es que ellos nada han hecho para obtener su preferencia y ni siquiera les han dejado un terreno donde establecerse? ¿De dónde viene entonces esta inconsecuencia en las mentes, esta atonía en la vida pública?, ¿se debe responsabilizar sólo al gobierno mexicano? No, la falta es del país mismo: él mismo se suicida. La falta debe recaer en cada ciudadano en particular, porque el que levanta más la voz para criticar a los jefes del Estado no merece menos que ellos el reproche de indiferencia y de apatía. ¿Qué diputado profirió alguna vez en la tribuna y con la tenacidad de Catón las palabras de salvación, las que tarde o temprano habrían tenido el mismo éxito que el *delenda est Carthago*? ¿Qué estado tomó la iniciativa de crear una colonia, proporcionando los medios que facilitarían el fin propuesto? Oaxaca, Chiapas y Yucatán esperan del aumento de su población blanca la seguridad y la riqueza y, sin embargo, estos estados no han hecho nada al respecto. La antigua ley de colonización autorizaba sólo al gobierno de Oaxaca poblar el istmo de Tehuantepec con indígenas sacados del mismo estado. ¡Extraña manera de poblar un país! Pues bien, la nueva ley de 1849 no ha sido más eficaz para poblar la costa de Huatulco.

Sin embargo, no vayan los mexicanos a hacerse ilusiones: el peligro que amenaza las razas blancas en el sur de la Nueva España es inminente, y las heridas que le causan los salvajes del norte son sangrientas. Hace ahora 25 años que los comanches y los apaches invadieron las provincias septentrionales, que roban los animales, queman las haciendas, degüellan a los vecinos y se llevan a los niños como cautivos. Llegaron hasta Zacatecas y Jalisco, y cada año ganan terreno. Expulsados de sus desiertos por los estadounidenses, no van a tardar en hacerse dueños de los estados fronterizos.

Los mismos indios sedentarios se sublevaron en varias partes jurando exterminar a la raza europea y fue difícil someterlos

¿Qué dique se les podría oponer, si después de contarse, volvieran a sus hostilidades todos juntos?

El habitante de las ciudades del centro desconoce todavía el peligro, porque sólo ve en los mercados a los indios de los alrededores, los que, por el contacto continuo con los blancos, han perdido parte de su animosidad contra ellos. Pero si va a regiones más alejadas a estudiar el carácter del indio, verá que la madre susurra al corazón de su hijo la aversión que ella siente hacia los descendientes de los conquistadores, que el anciano agría el espíritu de los jóvenes al contarles la historia antigua y moderna de sus iniquidades. El odio de esta casta es un fuego que arde bajo la ceniza y que puede abrasarlo todo al primer soplo de la tempestad.

Mientras el ejército estaba ocupado en sitiar a los indios de Xichu en sus serranías en 1849, otra insurrección estaba a punto de estallar a las puertas de la capital. Los pueblos de Tlalnepantla y Azcapotzalco encabezaban la rebelión y si el grito de guerra no se oyó entonces, no es que les haya faltado el deseo de venganza, pues se debe buscar la causa en los numerosos obstáculos que se presentaron cuando llegó la hora de arrojar el guante. Los indios zapotecos, que viven en la llanura de Oaxaca, lejos de perder el rencor al estar en contacto con blancos y mestizos, aprovecharían de buena gana la oportunidad de matarlos. Afortunadamente, aquellos pueblos indígenas no tienen el genio de las grandes combinaciones ni el espíritu de intriga necesario para las revoluciones. Nadie es tan desconfiado como un indio, de modo que al no querer descubrirse ni descubrir al vecino, se queda forzosamente en la inacción. Pero si un hombre superior llegara a encontrarse entre ellos, si decidieran todos juntos tomar por jefe a algún aventurero hábil, los blancos desaparecerían de la tierra mexicana en una sola campaña.

Lo que tranquiliza a los habitantes de las ciudades son los datos que encuentran en las estadísticas del país. “La población de México se eleva a siete millones de habitantes,¹¹ o sea, cuatro

¹¹ La población de México es de 7 854 000 almas según los anales del Ministerio de Comercio e Industria de 1854. Sin embargo, a juzgar por el censo

millones de indígenas y tres de blancos y mestizos". Y después de leer esto, generan la siguiente reflexión: tres blancos pueden vencer a cuatro pieles rojas, sobre todo si consideramos que no todos son nuestros enemigos y que los demás no poseen ni las armas ni las municiones que no les faltarían a los primeros; después de lo cual, se duermen sin preocuparse por el porvenir.

Pues bien: que se desengañen y sepan que en los estados de Oaxaca, Chiapas, Yucatán y Tabasco, y en algunos otros, hay cien indios por un blanco, y que existen entre las tribus indígenas adversarios temibles: los lacandones, por ejemplo, que viven aislados en las montañas de Chiapas, están dotados de una fuerza atlética y de un valor indomable, mientras sus vecinos los chamulas, que no han dejado desde hace muchos años de proveerse de armas, tienen al menos unos veinte mil fusiles a su disposición. De modo que bastaría que esos temibles indios les den la mano a sus hermanos de Yucatán, que están en insurrección permanente, para triunfar de todo lo que no es de su propio color. En cuanto a los habitantes del estado de Guerrero, cuya insurrección cundió ahora a Michoacán, hay mucho de qué hablar. Todo el país sufre y lamenta los excesos que se cometen en esta guerra,¹² pero cambiando de espacio, mostraremos a los escépticos el desgraciado país de Guatemala, tanto tiempo asolado por las hordas de Carrera, en el que el número de blancos ha disminuido a una tercera parte desde 1825, y en donde la guerra sólo acabará sin duda con su completa extinción.

En presencia de los males que asuelan el país, y de los peligros que oscurecen el futuro, ¿cómo no temer al ver fraccionarse

de Colima, que la duplica en relación con lo que existe, supongo que se ha introducido cierta exageración en otras cifras. El señor Lerdo de Tejada se refirió a la obra del señor Longinos Bandas sobre las estadísticas de Colima, la que no es más que un conjunto de mentiras inventado para demostrar la importancia del territorio, para que no se le niegue el derecho a gobernarse a sí mismo. El gobernador de Colima, D. Ramón de la Vega, me habló al respecto sólo encogiéndose de hombros. El censo que había hecho un año después de la publicación de la obra sólo arrojó unas veinte mil almas.

¹² 1855.

la unidad de la nación? ¿No es probable que los estados que padecen más soliciten tarde o temprano de sus vecinos los socorros y la protección que les falta y que el gobierno no les puede dar? ¿Qué ocurrirá entonces?

Es que esta República de la Sierra Madre por la que la unión mexicana está amenazada desde hace varios años se volverá una verdad, y en cuanto el poderío de los angloamericanos se extienda hasta San Luis o Querétaro le quedarán pocos días de existencia política a la nación mexicana. Así es cómo, para huir de un peligro, los estados tomarán una vía que los llevará a su pérdida. El leño al que se refugiarán en el naufragio se hundirá con ellos.

El clero mexicano será la primera víctima ofrecida a los manes de la patria. La religión católica estará a punto de sucumbir, por la anexión de México a los Estados Unidos o por la libertad de los cultos, que puede ser proclamada de un momento a otro por los amigos del progreso. Estos novadores creerán que, al quebrar la unidad de la Iglesia, facilitarán la colonización y encontrarán un remedio al marasmo social. Para ellos será la desunión la que hará la fuerza y la armonía.

La libertad de cultos sería una locura en la situación relativa en la que se encuentra México, porque no tardarían los indios que viven lejos de las grandes ciudades en regresar a la idolatría, y más de tres millones de ellos, abandonando la Iglesia, romperían el único lazo que les une a la sociedad civilizada. Por otra parte, esta libertad religiosa haría más fácil y rápida la anexión de los estados del norte a la Unión Americana; rompería de este modo el único lazo que los retiene aún en su adhesión al pacto federal.

Pero dirán estos imprudentes: ¿sería de veras una desgracia tan grande el ver pasar a México bajo la dominación de los angloamericanos? ¿Los políticos no tienen por meta liberar al pueblo de las cargas que pesan sobre él, librar al comercio y la industria de cualquier restricción, cancelar las prerrogativas de la aristocracia y restituir a cada uno los derechos imprescriptibles de la naturaleza? ¡Oh mexicanos, no se dejen seducir por esta engañifa! Esta libertad desmesurada de la que gozan nuestros vecinos, esta soberanía del número y del puño no está hecha

a la medida de su carácter, ni a la de su constitución física ni social, y por tanto su posesión no puede mejorar su suerte de ninguna manera. Los colonos de Europa logran acostumbrarse a este régimen de la fuerza bruta porque, salidos de la clase baja del pueblo, tienen más o menos los mismos usos, la misma rusticidad, el mismo vigor que los americanos, así como la energía suficiente para defender sus derechos. Pero ustedes que no tienen estas cualidades no podrían esperar entre ellos una verdadera igualdad individual ni política. Ustedes serían molestados en la práctica de su religión y hasta en sus diversiones más inocentes;¹³ se encontrarían rebasados, arruinados por su actividad devoradora, excluidos del ejercicio de sus derechos políticos por una brutalidad desconocida incluso de lo peor de vuestra gentuza, y acabarían por estar reducidos de hecho por sus protectores y compatriotas al estado de siervos, como lo fueron los insulares de Bretaña bajo el sable auxiliar de los sajones; o más bien ustedes serían considerados por ellos como aquellos parias que gimen bajo el yugo de las razas mongólicas. Una sola clase de la sociedad sacaría primero, al principio, alguna ventaja con la invasión americana: la de los propietarios de las grandes haciendas; pero el resto de la nación sólo podría esperar la miseria y el desprecio. ¡Singular y fatal destino! Si los blancos no salen pronto de su estado de letargo y ceguera, serán exterminados por los hombres de tez cobriza; y si el país cae en manos de los rubios niños del norte, se verán reducidos a la condición abyecta de la raza india, y ésta desaparecerá poco a poco del antiguo imperio

¹³ Es en los Estados Unidos donde la tolerancia religiosa de hecho puede ser la que menos existe. Impone al ciudadano la obligación de profesar cualquier religión siempre que se base en la revelación, que posea una iglesia, un templo, una sinagoga, etcétera y que se someta a las exigencias del protestantismo, como no trabajar los domingos, huir de los teatros, abstenerse de tocar música y jugar juegos. Por el contrario, México es uno de los países del mundo donde existe una tolerancia de hecho en el nivel más alto: nadie se ocupa de la vida privada de los miembros de las iglesias disidentes, ni siquiera de quienes no profesan ningún tipo de religión. La intolerancia de los estadounidenses en materia de religión solo aumenta día tras día: el partido de los *Know-nothings* está ahora en guerra abierta contra el catolicismo.

de los aztecas como desaparecieron de las orillas del Delaware y del Hudson sus habitantes primitivos.

¡Despierten, oh, mexicanos! Salgan lo más rápido posible de este letargo fatal, y no duden en llamar con ustedes a los pueblos de Europa que pueden ayudarles a defender sus personas y sus bienes contra los enemigos interiores, sus creencias religiosas, sus costumbres y su dignidad de nación independiente contra sus enemigos exteriores. Felices si nuestra débil voz logra convencerlos y hacerles entrar pronto en la vía de la salvación que les ofrece la colonización.

II

El presidente Herrera había nombrado una comisión para buscar y proponer los medios para fomentar la emigración de los pueblos de Europa, cambiar la costumbre que los lleva a los Estados Unidos y vencer la aversión a confiar sus destinos a un país constantemente atormentado por guerras intestinas y donde la calidad de extranjero le parece todavía a mucha gente un motivo suficiente de reprobación. Los señores Garay y Gálvez, relatores de la comisión, hablaron fuerte de los medios que les parecían propios para superar este doble obstáculo. Propusieron dar adelantos de dinero a los colonos que nos parecieron insuficientes para sus necesidades, aunque muy onerosos para el Estado. Pero no dijeron una palabra acerca de la manera de colonizar, es decir, del territorio que se debe destinar a la primera colonia, de las medidas necesarias para recibir adecuadamente a los colonos y del plan de organización que debe hacerles encontrar, en medio de sus fatigas, la atracción que nace de la esperanza de un futuro afortunado.

Presentaron también a la libertad de cultos como la condición *sine qua non* para el éxito de la empresa; y esta idea desafortunada puso al país en tal preocupación, llenó las mentes de tal susto, que olvidó desde entonces la cuestión principal. Para decirlo mejor, en lugar de invocarlo como el meollo de la

independencia del país, sólo se le consideró como un escollo peligroso, a cuya vista los ciudadanos religiosos y pensadores pusieron el grito en el cielo: claro que quisiéramos poblar los desiertos de nuestro país con colonos europeos, pero si nuestros deseos sólo pueden realizarse a costa de lo más precioso y más sagrado que tenemos, renunciamos a ello desde ahora. Si tenemos que sucumbir, que sea lo más tarde posible; no precipitemos nuestra última hora corriendo detrás de una ilusión.

¡Ah, tienen toda la razón! Si sólo se puede colonizar introduciendo en la sociedad fermentos de discordia y de ruina, mejor abstenerse: más vale esperar de las lecciones del tiempo un remedio más eficaz a los males del país. Pero, ¿será verdad que no se pueda colonizar sin proclamar la libertad de cultos? ¿La opinión de los señores relatores de la comisión debe ser tomada por un artículo de fe? Yo creo que no, y me extraña que los espíritus se hayan alarmado tanto tiempo. En efecto, lo que preocupa menos al inmigrante europeo es la religión que guarda el país en el que se va a instalar. Le basta saber que ningún inquisidor lo molestará en sus actos de devoción en el seno de su familia para que esté totalmente tranquilo en este punto. He visto desde cerca colonos europeos de religiones y de sectas distintas; he indagado qué pensamientos tenían, sus esperanzas, sus temores, y jamás encontré en ellos alguna repugnancia por un país en el que la intolerancia religiosa sólo ataque el culto exterior y público de las confesiones disidentes. “Yo soy rey en mi cabaña, y haré lo que me convenga, sin escandalizar a nadie”: he aquí lo que cada uno me decía.

Además, en las ciudades, donde el celo religioso siempre es más ardiente que en los pueblos, ¿oímos que los extranjeros se quejan de la intolerancia de la iglesia mexicana? Nada sería, además, más injusto, porque se puede asegurar que no se encontraría una sola ciudad de provincia en Inglaterra, Alemania y Francia en la que la censura religiosa no penetre en las familias y en las conciencias mucho más que en cualquier lugar de México. Por lo tanto, se puede abrir la colonia a todos los europeos sin distinción de secta; si bien se les impone la unidad del culto

nacional, no dejarán de acudir al llamado que se les haga, siempre y cuando se les tienda una mano caritativa, y que los dejen gozar en paz de los frutos de su trabajo. Sin embargo, aunque importe poco que algunos protestantes se mezclen con los colonos de México, es imprescindible que la mayoría tenga la misma fe que los habitantes del país para, por un lado, fortificar el lazo que los ata a la Iglesia católica y, por otro, tener un dique que oponer al torrente invasor del norte, porque no existe barrera más poderosa contra la fusión de los pueblos que la diferencia de religión y de lengua. Por lo tanto, también se debe cuidar que sólo se recluten colonos entre los pueblos que no hablan el inglés.

Si desde el principio de su independencia los mexicanos hubieran llamado a Texas y al Coatzacoalcos a colonos franceses y católicos, dedicando una suma anual de cuarenta o cincuenta mil piastras sólo para preparar los terrenos y facilitar de todos los modos el establecimiento de los colonos, la población hubiera sido lo suficientemente numerosa para que las tierras baldías adquirieran un valor real en poco tiempo y que el estado no sólo lograra con su venta recuperar su inversión, sino también un rendimiento seguro y considerable. Y si hubieran procurado no molestar a estos nuevos ciudadanos en el ejercicio de sus derechos naturales, los texanos jamás habrían preferido el grito de rebelión como lo hicieron en 1836; los estadounidenses no se habrían apoderado de la mitad de México, como ocurrió en 1848, y esta república poseería ahora dos bulevares, uno en norte y el otro en sur, que asegurarían por mucho tiempo la independencia.

Pero se puede objetar: ¿qué prueba tenemos de que aquellos colonos europeos no se habrían sublevado como los texanos, y no se habrían, como ellos, separados de la federación? Dos se presentan naturalmente a la mente: por un lado, el aislamiento de los colonos, el alejamiento de su madre patria que los habría privado de la confianza en sí mismos que animaba a los texanos al ver a sus vecinos, sus hermanos listos para abrazar su causa. Por otro lado, los franceses no han mostrado hasta ahora alguna propensión a fraccionar la síntesis de la patria para volverse independientes; y no se puede dudar que el colono vea

también como su patria al país en el que construyó su casa, plantó el árbol que le da frutas y le presta su sombra, y donde un trabajo ligero lo provee de una vida exenta de inquietudes. Pero incluso, aunque se hubieran separado de la federación, es muy seguro que no se hubieran vuelto conquistadores y que no habrían despojado a los mexicanos de sus dominios, pues está comprobado que el pueblo francés tiene menos que cualquier otro el espíritu de conquista, si lo comparamos con los ingleses, los estadounidenses, los rusos y muchas otras naciones. Todas sus conquistas han sido efímeras porque no las emprendieron por codicia sino sólo por obedecer al capricho de algún monarca ambicioso o con el fin de prestar su apoyo al oprimido contra el opresor, o finalmente, para dar curso a su ardor caballeresco, como cuando Carlos VIII conquistó Nápoles, para encontrar la oportunidad de dar y recibir buenas lanzadas. Después de la revolución de 1830, Bélgica ofreció su trono a un hijo de Luis Felipe y Francia, de un modo casi unánime, aprobó al rey que se negó a aceptar este honor.

La conquista de Argelia sólo fue una cruzada contra los piratas, que desde muchos siglos atrás eran los enemigos de la cristiandad, y aunque esta adquisición fue una de las más legítimas, hemos visto surgir en Francia una gran resistencia a que se conservara esta conquista, pese a las ventajas que promete y a la importancia de su posición, que nos asegura la preponderancia en el Mediterráneo. Cabe añadir que Francia se fue al Argel sólo para castigar un insulto hecho a su representante. Pero es sobre todo en las Indias orientales donde debemos buscar las pruebas más convincentes del desinterés de los franceses y de su poca ambición por las conquistas. Cuando Dupleix los había hecho dueños de un país rico y magnífico, poblado con treinta millones de habitantes que se habían entregado a ellos de manera voluntaria, seducidos por el prestigio de su valor y la amenidad de su carácter, bastó con una primera propuesta de paz por parte del gabinete inglés para que los franceses consintieran abandonarlo todo. Y si Francia se dejó engañar por los ingleses en esta ocasión, su falta de codicia se manifestó claramente.

Por otra parte, el espíritu francés es conservador y civilizador, mientras que el de los ingleses y estadounidenses es destructor y egoísta. Preguntémosle a España quiénes son los que perjudicaron más a sus fábricas entre los franceses, sus enemigos, y los ingleses, sus auxiliares. Preguntemos al Hindustán: este país nos dirá si sus amos se esfuerzan mucho para desarrollar su destino o si más bien gime en la miseria y en el oprobio bajo el yugo británico. Dejemos hablar a los pobres indios del Tennessee y de los demás estados de la Unión, que se habían hecho políticos y que vivían tranquilamente en medio de las poblaciones blancas: nos enseñarán de qué les sirvió someterse a las leyes y a las costumbres de los angloamericanos, y si finalmente no han sido echados de sus tierras y obligados a huir al desierto.¹⁴

¡Ah!, si México debía algún día perder su independencia y verse subyugado por algún pueblo, creo que había muy poca gente que no prefirieran fraternizar con los franceses, cuyos modales, usos, carácter y religión tienen tantas analogías con los suyos, en lugar de someterse al desprecio frío del inglés, o al puño rudo del yanqui. Nos objetarán sin duda la poca aptitud de los franceses para colonizar. Los hemos visto desenvolverse tan mal en Texas, en el Coatzacoalcos, en Jicaltepec, en la primera Icaria y en otras partes, que tememos el mismo resultado si los sometemos a otra prueba.

Esta reflexión sería perfectamente justa si no se tuviera mayores precauciones para el éxito de una nueva tentativa que las que por ignorancia tomaron los directores de aquellas colonias: no tendríamos el derecho de esperar un mayor éxito que en el pasado. El colono francés está lejos de tener la paciencia y la constancia del pionero estadounidense. Se rebela en cuanto se ve abandonado a sus propias fuerzas para enfrentar todos los obstáculos que se le atraviesan. Pero si se le presta asistencia, si lo tranquilizan cuando cae enfermo y acerca del futuro de su mujer y de sus hijos en caso de muerte, entonces hallaremos en él una resolución más firme y no podremos temer su deserción.

¹⁴ Es lo que aconteció en 1845.

Si al ver la imprevisión con la que actuaba el señor Laisné de Villevêque en sus primeras expediciones de colonos por el Coatzacoalcos, el gobierno mexicano hubiera realizado la mínima inversión para reparar en lo posible los errores de este director inepto, las orillas de este río y las de sus afluyentes se habrían poblado como por encanto y la colonia francesa del istmo sería hoy en día para los estados de Oaxaca, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Veracruz la égida sobre la cual se rompería la espada de sus ambiciosos vecinos.

Mucha gente niega la posibilidad de hacer prosperar una colonia de europeos bajo un clima tan cálido como el de las costas de México. Si los franceses, los españoles y los ingleses lograron desarrollar sus colonias de las Antillas, dicen ellos, es únicamente porque la introducción de esclavos africanos bajo un cielo menos ardiente que el suyo hacía posibles labores a las que los europeos habrían sucumbido. Pues bien, esta nueva objeción que puede parecer poderosa a quien no conoce el país no tiene peso cuando consideramos lo que ocurre frente a nosotros. Hace veinte años que los primeros colonos de Jicaltepec tuvieron el valor de superar los obstáculos de su colonia sobre la costa y se entregan a las tareas de los negros, sin que padezca su salud, sin haber perdido su vigor por otra razón que por la acumulación de los años. Recuérdese que en estos climas afortunados no se necesita exponerse al sol todo el día y que algunas horas de labor por la mañana y por el atardecer bastan para obtener de la tierra productos maravillosos.

III

La manera de colonizar México debe diferir en todo de aquella que se practica en los Estados Unidos, tomando en cuenta las condiciones en las que se encuentran los dos países. La República Mexicana posee una multitud de ventajas que le faltan a su hermana mayor, sin embargo, es preciso recurrir a muchos aspectos para vencer las prevenciones que le son contrarias.

No es por necesidad ni por costumbre que los agricultores europeos se han ido hasta ahora a los Estados Unidos, conformándose con lo poco que este país ofrece a sus colonos, o sea, tierras que les venden en el desierto por el precio de una a dos piastras por acre; y cuando estos desdichados van a tomar posesión de ellas, acontece a menudo que lo que encuentran es un pantano o una tierra árida que nada puede dar para la subsistencia. Si el colono se dirige hacia el norte de la Unión, temerá por un lado el rigor de un invierno que dura ocho meses, y por el otro, la pérdida de su siembra al helarse a menudo antes de la cosecha en los meses de mayo y junio.

Si el centinela de la colonia se va a poblar los estados y los territorios del oeste, teme a la vez los fríos invernales, los ataques de los salvajes, y más que todo eso, si recibió alguna educación, la necesidad de vivir en medio de gente grosera y criminales, los que, al dominar por el número y la violencia, amenazan continuamente sus días, y hacen que su existencia sea insostenible.¹⁵ Si prefiere los estados del sur, debe exponerse a la fiebre amarilla y conformarse con que unos esclavos lo desprecien porque unos y otros hacen los mismos trabajos.

Se ve que sólo un hombre muy desdichado en Europa se atreve a enfrentar tales inconvenientes y se conforma con el triste destino que lo espera en los Estados Unidos. Sin embargo, cien mil europeos llegan ahí cada año y añaden en cada lustro una estrella más a la bandera estadounidense.

Para que el torrente migratorio corra invariablemente hacia el norte de América, donde el colono campesino encuentra tantas dificultades, desengaño y disgustos, mientras México le ofrece tierras fértiles y ricas, cosechas dobles y seguras y un clima agradable, es preciso que los mexicanos se hayan dedicado a aniquilar en los europeos cualquier idea de colonizar en su país; y si algunos pretendieran sostener que los extranjeros siempre

¹⁵ Se sabe que en varios estados de la Unión, un hombre puede asesinar a otro impunemente, siempre y cuando encuentre dos testigos que declaren haber oído a su víctima amenazarlo de muerte. El asesino no rebasaría el límite de sus derechos adelantándose.

gozaron de toda la protección que se les debe, este resultado bastaría para destruir sus argumentos. Sí es cierto: no se puede negar que cuanto mayor es la libertad que dan los estadounidenses a los colonos, menos les parecen dignos de envidia los privilegios que México les otorga. Ésta es la razón por la cual los primeros han subido a la cumbre de la prosperidad y del poderío, mientras los segundos cayeron bastante bajo en su propia estima para dudar que puedan existir más como pueblo independiente.

El clero contribuyó mucho a que se desatendiera la colonización y es un error que ya no puede reparar completamente, pero puede al menos prevenir males aún más grandes poniéndose a la cabeza de la nación para juntar a su alrededor a sus únicos defensores y asegurarles ayuda y protección. Sin embargo, se puede temer que, pese a la evidencia, no persista en su oposición, puesto que está en la naturaleza humana el dejarse cegar por ideas falsas. Los anales de la historia nos recuerdan que el clero de todos los países actuó demasiadas veces lejos de sus verdaderos intereses. Exclusivo en su opinión, lo hemos visto luchar contra la corriente de las cosas y gobernar con dificultad a la Iglesia en un rumbo alejado de su camino, hasta que el huracán de las pasiones políticas, trayendo de nuevo el arca santa a su vía natural, la hubiera quebrado en la costa lejana, a la que hubiera abordado sin peligro si el piloto mejor preparado hubiera obedecido a la brisa que la llevaba suavemente.

Pero si el clero mexicano preconizara la colonización, si usara su influencia para estimular la cooperación entre todas las clases sociales a esta gran obra, veríamos pronto las migraciones europeas encaminarse a México y los puertos de la república llenarse de colonos. El concurso de todos los partidos, de la nación entera, sería una preciosa garantía para ellos. El capital necesario para el establecimiento de la primera colonia en la costa no excede un millón 800 mil francos;¹⁶ el valor de este fondo aumentaría en relación con la población y con los dividendos que recibirían el gobierno o los accionarios. No se regalaría al colono ni el pre-

¹⁶ 360 mil piastras. Saco esta cifra de mi plan de colonización.

cio del pasaje, ni el de la tierra, ni el de la casa que se le destinaría, puesto que esta generosidad se volvería enojosa y el emigrante mismo, poco habituado a tanta liberalidad, contestaría tal vez a aquellas promesas demasiado bellas como Laocoon: “temo a los griegos y desconfío de sus regalos”. De modo que se colonizaría con colonos que tendrían dinero y comprarían a precio módico los ranchos que se les habría preparado anteriormente.

Existe en Alemania, Suiza, Italia y, sobre todo, Francia una infinidad de gente que sólo posee un capital de cinco a diez mil francos, insuficiente como medio de subsistencia cuando faltan los recursos de una profesión o de un oficio, y que pronto se encuentra abrumada por las necesidades diarias. Los prospectos de la colonización serían destinados a esta fracción de la sociedad. Ésta se compone de hombres honrados, moralizados por la educación, que darían a la colonia un toque nuevo, como un tipo modelo, y que serían capaces de grandes sacrificios para conservar esta pequeña fortuna y para intentar aumentarla si encuentran el medio para ello.

Pese al desdichado intento en Coatzacoalcos, el istmo de Tehuantepec fijaría de preferencia nuestra atención para establecer allí la primera colonia. No dudaríamos en traer de nuevo a los franceses a las orillas de este río, testigo de los sufrimientos de sus compatriotas. Los llevaríamos a la hermosa llanura de Boca del Monte, entre el Sarrabia y el Malatengo, donde el clima, aunque un poco cálido, es muy sano y donde el colono puede aprovechar los dos océanos para la exportación de sus productos. Esta vez todo habría sido prevenido y las mayores dificultades habrían sido resueltas antes de la llegada de las primeras expediciones. Pero ahora que las orillas de este río se encuentran en poder de los estadounidenses debemos buscar otras regiones que ofrecen las mismas ventajas a los colonos. Éstas no faltan en México: la sola costa de Veracruz posee dos que ameritan toda nuestra atención. Encontramos la primera en el distrito de Nautla, que nos presenta ya un intento de colonia en Jicaltepec, y la segunda en el territorio que se extiende entre los ríos Alvarado, San Andrés, San Juan y el mar.

Esta última región, que el señor de Humboldt llamaba el Delta Mexicano, tanto por su analogía topográfica con el Bajo Egipto como por la fertilidad de su suelo, goza también de todas las comodidades imaginables para el transporte y la exportación de los productos agrícolas. Los navíos de Europa podrían embarcar en Santecomapan, Alvarado y Tlacotalpan los productos coloniales que un buen sistema de cultivo y de administración permitiría vender en los mercados del país con un beneficio enorme, y hasta en los de Europa, también con un buen beneficio.

La fiebre amarilla no se conoce en esta región y no se puede temer su aparición antes de que un número considerable de europeos se encuentre reunido en un mismo lugar. Pero en cuanto esto acontezca los colonos ya estarán aclimatados y, al encontrarse en una situación favorable, la colonia ya habría hecho las obras de salubridad suficientes para reducir la intensidad del mal. Por ahora, el clima es bueno. Cierto es que es húmedo, por el rocío abundante de la noche, pero es un inconveniente muy leve para el hombre prudente que cuida de taparse cuando sale tras el ocaso. Además, esta humedad de la atmósfera es la que produce la riqueza agrícola de la región. Los climas de San Andrés Tuxtla y de Catemaco son deliciosos; jamás la fiebre amarilla se implantará ahí y el colono cuya salud se alteraría en las tierras bajas, la recobraría pronto bajo la influencia del aire puro que allí se respira. Sin embargo, si los colonos no sintieran la fuerza suficiente para enfrentar las incomodidades de los países cálidos, México les ofrece, en las vertientes de las cordilleras, una serie de mesetas en las que la temperatura se mantiene en los límites de los 10 a 22 grados del termómetro de Réaumur. Allá no hay que temer a la fiebre amarilla ni a las intermitentes: el clima es sano y Dios, que las dotó con una eterna primavera, alejó de ellas los insectos que suelen ser el tormento del hombre en las costas.

Es cierto que la variedad y la riqueza de las frutas de la tierra disminuyen a medida que uno sube a partir del nivel del mar, pero en estas regiones altas el suelo conserva todavía su

sorprendente fertilidad y rinde cuatro o cinco veces más que en Francia. Así, en las mesetas de Puebla, México, Toluca, en Michoacán o el Bajío, el labrador recogería 20, 25, 30 y 40 granos de trigo por uno solo que hubiera sembrado, sin tener que soportar los gastos enormes de los abonos. Comparemos este rendimiento inaudito con los mezquinos productos de las tierras de los Estados Unidos, donde no se puede esperar más que seis por uno cuando se recogen las tres o cuatro primeras cosechas, y ya veremos que la suerte de los colonos de las mesetas altas de México será todavía muy digna de envidia.

Mucha gente piensa que en una colonia de europeos alejada de los puertos la producción anual, más considerable que la que se esperaría de un número igual de campesinos mexicanos, no podría ser consumida en los lugares mismos, y que el excedente se pudriría en los graneros a falta de mercado, pues los transportes con mulas son muy costosos y sólo se pueden emplear para pequeñas distancias. Por tanto, el precio de los cereales caería mucho, y los dueños de haciendas y los mismos colonos se verían arruinados por la excesiva fecundidad de la tierra. Pues bien, este razonamiento no tiene fundamento y sus temores son vanos. Los economistas que, al no ver la salida posible del producto, auguran la ruina de los productores, no reflexionan que si los europeos llegaran a producir un tercio más que los lugareños, consumirían cinco veces más que ellos por lo menos; de suerte que una colonia de seis mil labradores, por ejemplo, que representan alrededor de 18 mil personas, contando hombres, mujeres, niños y ancianos, equivale por lo que se refiere al consumo a una población de noventa mil mexicanos, que obviamente puede consumir el excedente de la producción obtenida por estos europeos sobre la de los labradores locales. Además, todos los brazos de la colonia no se verían empleados en la producción de los cereales, porque los colonos sabrían variar sus cultivos y sus industrias. Finalmente, los ferrocarriles se volverían una consecuencia de la abundancia en la que se encontrarían los colonos, y si no se pudiera gozar en poco tiempo de un ferrocarril continuo para cubrir la distancia de la colonia

al mercado en el que los granos podrían venderse, se recorrería al menos las nueve décimas partes por medio del vapor. Las necesidades se verían satisfechas por un servicio auxiliar de un acarreo acelerado. La colonización de las provincias internas no presenta por tanto ninguna clase de inconveniente; lejos de esto, daría a los asuntos comerciales e industriales una actividad que necesitan mucho, y a todo el país, una vida nueva que pronto devolvería la esperanza y la confianza en el ánimo desengañado de los mexicanos.

Publiqué en 1852, en los periódicos de México, un plan de colonización cuyo conjunto es amplio, pero cuyos detalles son fáciles de seguir. Sin embargo, para ponerlo en ejecución hace falta conocer a fondo este tipo de asunto, como debe ser para todo lo que se emprende. Claro, no hay nada más sencillo que resolver un problema de álgebra elemental y, sin embargo, nunca se logrará hacerlo si no se tiene la menor idea del poder de la X. Si el señor Laisné de Villevêque, curador de la Cámara de Diputados, hubiera pasado sólo 24 horas en los bosques a los que él mandaba a sus colonos, habría reconocido la imposibilidad de un establecimiento durable con tan pocos medios. Si el señor Guénot hubiera tenido más juicio que ingenio y más práctica que teoría, no habría fallado de manera tan obvia en la colonización de Jicaltepec y en su fabricación de sedas en Michoacán. Si el señor Cabet, legista y escritor distinguido, hubiera pensado seriamente en las cualidades que deben caracterizar al jefe de una gran empresa, es muy seguro que no hubiera pensado en fundar su primera colonia de Icaria antes de haber estudiado su realización en el terreno mismo destinado a recibirla. Por haber actuado con demasiada precipitación no pudo evitar los desastres que eran la consecuencia de su falta de experiencia. Pese a todo su mérito, estos directores fracasaron en sus proyectos porque no conocían bien sus detalles. Según la opinión de los señores Villevêque y Guénot, unos hombres tomados al azar y víveres para seis meses constituían todo lo que se necesitaba para organizar un campamento estable en los desiertos del nuevo mundo y, sin embargo, su falta de previsión fue tal que, pocos

días después del desembarque, los colonos carecieron de los alimentos necesarios para subsistir. Sin embargo, les quedó un consuelo: que, aunque los víveres no hubieran faltado, ellos no habrían podido evitar el desorden y la deserción en sus nacientes colonias.

No son los hombres reclutados en las grandes ciudades los que deben mandar a colonizar, sino los de los pueblos, hombres fornidos, acostumbrados a arar y a manejar la azada. Se debe ante todo cuidar de que no se introduzcan en sus rangos algunos artesanos cuyo oficio pueda ser apreciado en las ciudades vecinas, porque no tardarían en desertar. E incluso, si se les obligara a quedarse en los ranchos, no sería posible hacer que trabajaran con empeño, y por eso mismo su presencia se volvería más nociva que útil, porque no hay nadie más desobediente e insupportable que un hombre que trabaja contra su voluntad y que el obrero colono que cree sus servicios necesarios. Sin embargo, pese a todas las precauciones que se tomen, siempre cabe esperar que al menos la cuarta parte de los campesinos abandone la colonia en los dos primeros años de su establecimiento, pero esta deserción es poco inquietante porque los vacíos no tardarían en llenarse con los colonos que llegaran de manera separada y sin compromiso. Debe otorgarse al colono una gran libertad de acción. Si tiene que tratar con un director díscolo, si queda sometido a una administración de justicia que eterniza los procesos o al capricho de una autoridad, sea militar o administrativa, que lo inquiete en sus operaciones y lo irrite por sus modales altaneros, la colonia morirá al nacer.

CAPÍTULO III

- (13) El pájaro burlón se llama cenzontle, palabra que significa “400 lenguas” según Clavijero, e indica la variedad de los acordes que puede modular su garganta. Es el ruiseñor americano. Pero según la opinión del cura actual de Cuicatlán (estado de Oaxaca), indio de raza pura, hombre sabio en el conocimiento de varias

lenguas del país, el verdadero nombre del burlón es tentzontle, que significa “pájaro de bigote”, mientras que por centzontle se entiende “una infinidad de veces cuatrocientos”, y no “cuatrocientas lenguas” como dice Clavijero, quien presenta una idea vaga que no puede designar tan bien como el otro nombre al pájaro en cuestión.

- (14) El caldo de la olla mexicana es excelente cuando está preparado por una buena cocinera. Contiene los jugos de distintas carnes, frutas y verduras. Esta olla o *pot-au-feu* contiene carne de res, carnero, pollo y de jamón; luego se le añade brócoli, plátanos, camote, garbanzos y calabazas harinosas. La diferencia de los climas y hasta de los usos modifica la composición.
- (15) Los antiguos aztecas tenían pocos recursos para comer bien.¹⁷ El menú de sus mesas era muy limitado: no había cerdos, ni carneros, ni cabras, ni vacas y, por tanto, ningún lácteo. No conocían el arroz, ni el trigo. El pan sabroso y las pastelerías finas eran sustituidas por las desabridas e indigestas galletas de maíz con las que el pueblo mexicano se alimenta todavía. La miel silvestre, para el uso diario, no podía sustituir la ausencia del jarabe de caña, y el chocolate sin azúcar era sin duda un brebaje bastante malo. La sola carne que consumían era la de un perrito¹⁸ cuya especie se perdió y la humana, lujo de los banquetes en los días de fiesta. El guajolote era la única ave que se criaba, era el pájaro sagrado, la alegría de los festines en las fiestas familiares. La caza abundaba en todas partes, pero sólo se cazaba el ciervo y ciertos pájaros de los lagos. El pescado no abarrotaba en la meseta de Anáhuac, y la miseria primitiva de los aztecas había convertido en comestibles algunas lagartijas acuáticas y hasta los huevos de insectos¹⁹ con los que los cañaverales de las

¹⁷ Lucas Alamán.

¹⁸ En el norte de Chihuahua se encuentra en estado silvestre un perro de talla muy pequeña y formas muy graciosas, es un perrito de orejas cortas y de piel rasa. Esta raza es muy apreciada en México y goza de grandes privilegios en lo que se refiere a las damas del gran mundo.

¹⁹ Estos insectos pertenecen al género *notenecte* y sus huevos se llaman vulgarmente ahuahotle. Hernández, que escribió una historia natural de

lagunas están siempre cubiertos. Hoy en día los pescadores de los pueblos ribereños hacen aún con ellos unos pasteles que amasan con huevos de gallina y fríen en manteca. El sabor de este manjar no es nada desagradable y se parece al de los huevos de cangrejo. En resumidas cuentas, los mexicanos carecían de cualquier tipo de legumbres, salvo la verdolaga silvestre, que no comían.

CAPÍTULO IV

- (16) En 1851, el número de barcos extranjeros que entraron en los puertos de México se elevó a 771, de los cuales 436 eran de los Estados Unidos, 108 ingleses y 69 franceses, aforando todos juntos 256 762 toneladas. Francia hace, en un año común, con las distintas naciones americanas:

	IMPORTACIONES EN FRANCIA	EXPORTACIONES DE FRANCIA
Estados Unidos del Norte	170 000 000	380 000 000
Brasil	27 000 000	45 000 000
México	6 000 000	25 000 000
Venezuela	3 600 000	5 800 000
Nueva Granada	2 000 000	4 000 000
Río de la Plata	12 000 000	13 000 000
Perú y Bolivia	7 500 000	20 000 000
Chile	1 500 000	22 000 000
Ecuador	500 000	1 500 000
Guatemala	300 000	800 000
Uruguay	300 000	500 000

México en el siglo XVI, habla del *ahuahôtele* y del insecto que los produce y que se llama *Musca palustris mexicana*. El señor de Humboldt habla también del *ahuahôtele* que escribe aguautle.

Este cuadro muestra que México es el tercer país americano en importancia cuanto a relaciones comerciales con Francia se refiere.

- (17) El 5 de marzo de 1841 me embarqué en Veracruz con mi familia y dos amigos en el barco *Una*, un paquebote de Nueva York que pertenecía a los señores Hargous. Subimos a bordo a las ocho de la mañana. El tiempo era bueno, una brisa ligera del sur llenaba nuestras velas y nos llevó viento en popa al paso del norte. A unas tres millas del fuerte Ulúa esta brisa cayó y a una calma momentánea sucedió un viento del norte que, enfriándose poco a poco, no tardó en soplar con violencia. Unos cuantos minutos habían bastado para cambiar el rumbo del viento, fenómeno frecuente en la época de los equinoccios, sobre todo en los mares estrechos y cercanos a las costas. Hasta entonces, el piloto mexicano había dirigido la maniobra y conocía muy bien los meandros de la bahía. En circunstancias normales, ningún accidente era posible bajo su mando, pero este cambio repentino en la dirección del viento lo desconcertó. Aunque hubiera sido fácil regresar al punto de salida para echar el ancla antes de la tormenta, no lo hizo, ni siquiera se le ocurrió. Después de mandar amainar, se quedó mudo, dejó el barco a merced del viento y lo dejó derivar en la dirección del muelle. Sin duda, el capitán estadounidense debía entonces tomar el mando de la *Una*, pero se mostró tímido también. Temió un accidente si regresaba al anclaje y sus anclas llegaban a desprenderse y, esperando los reproches de los señores Hargous y la severidad de los reglamentos de las compañías de seguros, que se negarían a pagar las indemnidades, echándole la responsabilidad del desastre, dejó consumarse la pérdida del navío con estoicismo desesperante para los viajeros, pero admirable para los armadores que no tenían nada que perder. Atento a los progresos del viento que hinchaba las olas y gobernaba el barco desamparado, calculando las pocas posibilidades de salvación que nos quedaban si, pasando entre el fuerte y el muelle, el navío fuera a dar con los escollos de la isla Verde o echarse sobre las costas de Alvarado, yo parecía compartir la impasibilidad del capitán bajo el imperio de senti-

mientos muy distintos, y sólo contestaba con palabras vagas y breves a las preguntas inquietas de mi mujer y de mis dos hijitas, quienes observaban con terror el mar que las amenazaba, mirando con esperanza el muelle al que nos íbamos acercando y que se iba cubriendo de curiosos al toque de alarma. Estos pobres ángeles escuchaban el fragor de las olas, el rugido del viento; me estrechaban, me tomaban las manos, apretaban de manera convulsiva los brazos como un apoyo que no les podía faltar en aquel peligro, apoyo muy débil, por cierto, ¡ay de mí, de haber tenido yo que arrancarlas de las olas!... Ya no estábamos más que a un cable del muelle: lo suficientemente cerca para oír los gritos de la muchedumbre, demasiado lejos para ser socorridos. Un banco de arrecifes nos separaba, barrera infranqueable, corta como el paso de la vida a la muerte, inmensa como lo finito de lo infinito. De repente, se produjo una violenta sacudida que echó a tierra a los que no estaban preparados para recibirla: la *Una* tocó una roca y sin duda la carena se entreabrió, se inclinó del lado del fuerte y se estremeció en su resistencia al viento violento. La tripulación no se movió, los pasajeros corrían y se agitaban.

Por lo que se refiere a mí, preparado ya para este momento de confusión, me aferré al primer medio de salvación que encontré y me lancé a la canoa del piloto amarrada a uno de los lados del barco. Esta canoa era el juguete de las olas: primero era levantada a la altura de los obenques, luego parecía sumirse bajo las olas encrespadas. Lanzada contra el navío, parecía estar a punto de romperse; rechazada por el choque, tomaba una posición inclinada que hacía inminente el peligro de los desdichados lo bastante atrevidos para arriesgar en ella su salvación. Sin embargo, ¡oh, prodigio!, ¡oh, poder de la voluntad humana que olvida el miedo, que se olvida de sí mismo para salvar a sus seres queridos!: esta frágil embarcación se me sometió, yo la dominé. De pie en la banca de en medio, mis piernas, mi cuerpo siguieron sus movimientos convulsivos sin perder su centro de gravedad. Domé la canoa como si fuera un apache que, montando por primera vez un corcel del desierto, se mantiene en él inmó-

vil pese a sus brincos y sus coces. Pero el tiempo apremiaba: la ola levantaba la embarcación, yo alcancé la cañonera y levanté a Manuelita, mi hija mayor, que un marinero sostenía por encima del borde. La tenía entonces suspendida encima de la sima: ¿iría a resbalar mi pie sobre la tabla mojada que se inclinaba a más de treinta grados y se hundía bajo el casco del paquebote?... Llevando su preciosa carga, ¿mantendría mi cuerpo su elasticidad en sus movimientos entorpecidos?, ¿me hundiría en la sima con mi hija? No, ahora ella estaba en el fondo de la canoa a mis pies, rodeando con sus pequeños brazos el banquito que protegía su asilo. La ola inconstante me empujaba de nuevo, me echaba adelante, me volvía atrás, me devolvía al mismo lugar. No podía alcanzar a mi pequeña Francisca que me presentaban cada vez que extendía los brazos, o no me atrevía a recibirla por miedo a que me la soltaran demasiado tarde o demasiado temprano. Por fin, al subir a la horizontal, la canoa me brindó una oportunidad de éxito. Abracé a mi hija y, tan feliz como la primera vez, la dejé al lado de su hermana.

Mi mujer estaba aún a bordo. Tímida y temerosa en las situaciones ordinarias de la vida, se mantuvo serena ante el peligro que compartía con sus seres queridos. El peso de su cuerpo volvió su salvación más difícil, pero poco importaba: busqué en mi alma la fuerza que le faltaba a mis brazos. Ella misma se entregó sin dudarle a la fortuna que me favoreció dos veces. La tenía apretada sobre mi pecho, la reuní con sus hijas y un amigo se colocó junto a ellas. Dos marineros remaban hacia el mar abierto, timoneaban hacia el sur del muelle y debían trazar un medio círculo para lograrlo. Luchaban con empeño contra la ola que los rechazaba, contra la que los perseguía. Se oponían sin cesar al rompiente que reventaba mugiendo la punta de la canoa que hendía la masa y reducía su violencia. Dos veces asaltados por las olas, éstas nos inundaron con su espuma salada, pero la canoa resistió, obedeció de manera admirable a los remos que la empujaban adelante, al timón que la gobernaba. Pronto llegamos bajo el viento al muelle, donde encontramos aguas menos agitadas, el peligro era menor, las dificultades dis-

minuyeron y, por fin, desembarcamos. Nuestros amigos nos alzaron en sus brazos, la muchedumbre nos felicitaba.

Sin embargo, la *Una* no se había detenido en los arrecifes. Dando vueltas sobre sí misma y empujada por los rompientes, había encallado al sur del muelle, a unos 500 pies de la orilla, presentando el lado y la carena a las olas y la tempestad. Allá, al menos, la vida de los hombres ya no corría tanto peligro. El salvamento cesó, pues el mar ya era indomable. Quedaban a bordo uno de nuestros amigos, otros pasajeros y toda la tripulación. Al atardecer, varias personas espantadas ante los peligros de la noche pusieron una canoa al mar y, con la ayuda de una cuerda que se había tendido desde el barco a la orilla, creyeron poder alcanzarla sin accidente. Pero la primera ola que les pegó de lado volteó la canoa y arrojó al agua a quienes la ocupaban. Por fortuna, las aguas eran poco hondas; en tiempos de calma no superaban los cuatro pies de profundidad. Sólo un hombre soltó la cuerda y se ahogó; los demás se salvaron y tuve el placer indecible de abrazar a mi amigo, que creíamos haber perdido.

Debo pagar aquí mi tributo de agradecimiento a los señores capitanes de barcos franceses que se encontraban entonces en la rada por su proceder conmigo. Era por un lado el señor Desachet, quien fue más tarde comandante de la guardia nacional francesa en México y por otro, los capitanes Duprat y Leboulanger, de la marina de Burdeos, y otra persona cuyo nombre olvidé: pero si mi memoria es ingrata, no lo es mi corazón. En cuanto la *Una* se encontró en dificultades, estos señores pusieron una chalupa al mar y su primera idea fue la de socorrer a mi familia. Para una mujer y unos niños el peligro es mayor, y el interés más fuerte. Dirigida por estos duchos marineros, la embarcación brincaba sobre las olas, jugaba con los rompientes. Los encontramos al llegar bajo el viento del muelle. Al ver que estábamos a punto de escapar al funesto destino que ellos habían temido para nosotros, nos felicitaron con demostraciones expresivas si bien aparentemente mudas, ya que el viento se llevaba sus palabras; luego siguieron su carrera hasta la nave. Allá recogieron algunas de las cosas que estaban en nuestros camarotes, y regresaron a la orilla

trayendo a algunos náufragos. Si al darles entonces las gracias en medio del desorden general no pude encontrar las palabras lo bastante elocuentes para manifestar adecuadamente mis sentimientos, quiero que sepan al menos en estas páginas escritas 14 años después de esas horas de emoción, que no he olvidado su enorme dedicación, la que siempre llenaré de bendiciones mientras perdure mi pensamiento.

La superstición del viernes existe aún ahora entre los marineros angloamericanos. Ahora bien, habíamos embarcado un viernes. El capitán Clifford, que comandaba la *Una*, había sido criticado en mi presencia por los oficiales del *Petersbourg*, que le predicaban un mal viaje. Al ver una buena brisa y temiendo la invasión del viento del norte, Clifford quiso superar esta vulgar creencia; pero una suerte fatal la confirmó: tres horas después de haber levantado el ancla, la pérdida de su nave ya no tenía remedio. La predicción se había cumplido y el mal augurio había triunfado.

Uno se preguntará sin duda cómo es posible que se produzca un naufragio en el puerto principal de México, habiendo sido tan fácil impedirlo; cualquier remolcador pudo haber llevado la nave al muelle antes de que estuviera en peligro, o jalarla más tarde del banco de arena en el que se había atorado y donde pereció. Es que en los puertos de México falta todo lo necesario para la marina; el capitán del puerto no dispone de absolutamente nada para socorrer eficazmente a un barco en dificultad. Incluso acabamos de ver que no se encuentra en Veracruz un piloto en quien se pueda confiar con toda seguridad el mando de las maniobras en toda la extensión de sus atribuciones.

Mi viaje había empezado bajo malos auspicios, y si yo fuera un marido estadounidense, creería que era un aviso del cielo de lo que iba a aconteceme más tarde. Pagué caro la felicidad de volver a ver mi país.

Sin embargo, éste no fue el único presagio siniestro que nos tocó en el viaje. Apenas el *brick-goleta Petersbourg*, en el que nos habíamos embarcado después del desastre de la *Una* había perdido de vista las costas de México, un corsario texano nos cazó, desde el anclaje de Antón Lizardo, a dos leguas de Vera-

cruz. Nos había observado y había levantado el ancla al mismo tiempo que nosotros. Teníamos a bordo más de cien mil piastras de plata en moneda, sin contar con un rico cargamento de cochinilla, y se podía temer que el corsario, atraído por estas riquezas, se volviera un pirata. La forma del pequeño barco, sus esfuerzos por alcanzarnos y, finalmente, su condición bien conocida de buscador de aventuras no dejaron ninguna duda a nuestro capitán. Armó su tripulación, que se había reclutado entre los marineros de la *Una*, se preparó a una defensa seria y animó a los pasajeros para que siguieran su ejemplo. Por otro lado, hacía todo para evitar el abordaje e hizo fuerza de vela. El *Petersbourg* era un excelente buque; ayudado por un viento fresco, hendía las aguas con una velocidad de diez nudos por hora, de modo que después de habernos seguido más de tres horas sin ganar terreno, el corsario renunció a perseguirnos y ya no lo volvimos a ver. Nuestra navegación fue magnífica durante la noche; el barco no registraba sacudidas ni balanceo que fatigaran y su suave balance hacía que nuestro sueño fuera más apacible. Pero cuando las primeras luces del crepúsculo empezaron a dibujarse en el horizonte, al grito de “un escollo, un escollo”, la vigía despertó a los más dormidos y lanzó la alarma en todos los camarotes. Corrí al puente y descubrí, en efecto, a menos de veinte brazas de distancia, un cordón de arrecifes que nos cortaba el paso. Íbamos a naufragar contra esas rocas y esta suerte parecía inevitable. Sin embargo, corría el tiempo y las maniobras se ejecutaban; yaladeamos el escollo y escapamos a la sirena traidora que reservaba a los pobres náufragos una muerte llena de angustias sobre estas despiadadas rocas.

Pero la posición más crítica nos esperaba en el cabo Hatteras, que recuerda tantos desastres al marinero. Era 2 de abril, día que el calendario dedica a San Francisco de Paula. La madrina de mi hija menor, doña Francisca López de Santa Anna, hermana del presidente de este nombre, la puso, como ella, su ahijada, bajo el gran patronaje del piadoso fundador de los Mínimos. El carácter de esta niña dulce y traviesa a la vez, su cara rosada, su personalidad abierta y su boca siempre sonriente le atraían las

caricias de todo el mundo. El capitán del *Petersbourg* se había aficionado particularmente a ella, y para festejar a su joven amiga le pidió a su cocinero un espléndido festín, en el que los pasteles de toda clase abundaron. La fiesta fue completa y encantadora. Estábamos aún en la mesa a las nueve horas de la noche y desde hacía un momento sentíamos que el *brick* brincaba debajo de nosotros, con un ruido creciente fuera, semejante a un fuego de fragua. Ya el capitán había abandonado el cuarto, tomó el mando y su voz, que se oía por la trompetilla, llamaba a cada uno para que ocupara su puesto y ordenaba los movimientos. Toda la tripulación estaba en el puente y, aunque fuera doble, las velas resistían a sus esfuerzos: un chubasco de los más terribles luchaba contra ellos. El oficial de cuarto lo había dejado abatirse sobre el *brick*, sin tomar el menor rizo en las telas que se habían abierto al sople de una brisa suave.

Desde la mañana habíamos observado signos precursores del huracán: 17 trombas se habían formado al mismo tiempo a nuestro alrededor, vertiendo en el mar por sus negros canales el agua destilada que la evaporación le había quitado. Este fenómeno revelaba algo insólito en el estado de la atmósfera, y el capitán había visto en esto el anuncio de una ventisca para el atardecer. Pero pese a su previsión, la confianza temeraria del segundo había hecho muy problemático el resultado de la lucha emprendida. El navío se encontraba en una posición espantosa: empujado por todos los vientos a la vez, corría sobre las olas sin bandazo, sin cabeceo, como un carro de vapor en un riel de hierro y sin más movimiento sensible que el de un golpe de abajo hasta arriba, propio de un vagón. Emparejando de este modo su marcha, el *brick* hendía con una fuerza irresistible la ola que se abría profundamente y que lo habría engullido si su velocidad no lo hubiera salvado. De cada lado, las aguas espumantes se levantaban a dos y tres metros por encima del puente, de modo que bastaba un golpe de timón en falso para que el *Petersbourg* se deslizara bajo la ola y desapareciera para siempre. La suerte del navío estaba en manos de los timoneros. Todo era siniestro a nuestro alrededor: la noche tenebrosa, la

confusión universal, el relámpago que surcaba el cielo, la ola que caía con estrépito, la tempestad que rugía en las velas, los gritos salvajes y cadenciados de los marineros, el sonido ronco del portavoz que, como la trompeta del Día del Juicio, dominaba todos estos ruidos, todos esos gritos, todos estos mugidos: ¡el peligro sucedía a la quietud, la imagen de la muerte a las alegrías de la vida!

Refugiadas en el fondo de la cámara entre los brazos de su madre, mis hijas sólo entendían el peligro por el instinto que la naturaleza puso en todos los seres vivos; al ver la alteración de su madre, sus gritos habían sustituido la risa loca de su edad. ¡Qué pena! En aquellos momentos de graves y siniestros pensamientos, cuando la calma es necesaria al espíritu, cuando el hombre debe emplear todas sus fuerzas para la salvación general, tuve que acallar la expresión de su terror. Con el tono imperioso con el que pronuncié “silencio”, se callaron de pronto; su respiración se detuvo, sus lágrimas dejaron de correr, y creyendo conjurar mi ira, la mayor mirándome con cara cariñosa me dijo con voz sofocada: “Ya lo ves, mi papacito, ya no lloramos”. Palabras muy sencillas que, sin embargo, un padre no puede recordar sin derramar una lágrima de ternura.

Tripulación y pasajeros trabajábamos lo más posible. Pudimos bajar las pequeñas velas, pero las grandes no; por mucho tiempo nuestros esfuerzos no tuvieron resultados, y sabe Dios lo que habría acontecido si el huracán no las hubiera destrozado. Ya sin el peso que lo oprimía, el buque volvió a subir ligero sobre las olas y nos salvamos.

Debía a la señora de Fossey y a mis dos niñas un desagravio por mi dureza aparente y a mí mismo un alivio al remordimiento que había conservado: un beso a cada una trajo de nuevo la sonrisa a sus labios y la alegría al corazón de estas tres criaturas queridas, y recibí por mi lado bajo todas las formas un diluvio de caricias, como si ellas también tuvieran que arrepentirse de algo, de haberme acusado de insensibilidad.

Esa noche dejó una impresión imborrable en el recuerdo de mi hija Manuelita y varios años después palidecía de nuevo

cada vez que una ráfaga sacudía los postigos de la casa y que el cierzo rugía sobre los techos.

- (18) Gonzalo de Sandoval, el más ilustre de los capitanes de Cortés, fundó esta pequeña colonia y la nombró Medellín, como la pequeña ciudad de Extremadura en donde él y Cortés habían nacido.

Este jefe español fundó también la colonia de Espíritu Santo en las orillas del Coatzacoalcos, no lejos de la embocadura de este río, pero hoy en día sólo quedan algunas ruinas de ella. La colonia de Veracruz la absorbió y la ciudad de Sandoval sólo floreció un momento.

- (19) Me acuerdo que durante los desastres de la primera campaña de Texas, en 1836, se hizo en México unas levas de las que yo fui testigo. Los reclutadores se mezclaban en los lugares de reunión de la gente del pueblo, y a una señal se apoderaba cada uno de uno o dos hombres y los declaraba soldados del Estado. Y como estos desgraciados, no interesados en semejante honor, trataban de evitar que los tomaran huyendo, se les echaban nudos corredizos y se les acorralaba como toros en el campo. Luego el ministro de Guerra, un tal Tornel, decía en las Cámaras, frente a todos los que podían contradecirlo, que los mexicanos eran realmente dignos de la libertad, y que sabrían defenderla: que los leves fracasos sufridos por el ejército en Texas habían entristecido profundamente todos los corazones y que, llenos de entusiasmo, los ciudadanos se alistaban para vengar la muerte de sus hermanos.

Las mejores leyes en México siempre son las menos observadas. ¡Santa Anna decretó en 1853 que las levas forzadas serían sustituidas de entonces en adelante por el sorteo, al que serían sometidas todas las clases de la sociedad! Pues bien, el día en que el primer sorteo para la conscripción tuvo lugar en Guajuato, vi personalmente hacer una leva forzosa en el pueblo de Mellado, a un cuarto de legua de la ciudad. Se apoderaron de unos veinte obreros mineros, que fueron arrancados de este modo a sus familias, muy a pesar de todas las leyes humanas.

- (20) Digo que es humillante ser ayudante de tendero. En efecto, ¿a poco este oficio sirve para cultivar la inteligencia? No, embru-

tece. ¿Este oficio de tendero no impone la obligación de mentir constantemente a quien lo ejerce? Si se niega por excepción, es fuerza admitirlo por la generalidad. Pues bien, ¿el hombre de honor no acaba acaso por hacerse despreciable si se acostumbra a mentir? ¿Y si su corazón ya está corrupto antes de ser mercader, no se le hará un juego pasarse al engaño y al robo? ¿El comercio al menudeo no tiene acaso por fin aumentar el precio de las mercancías, y el enriquecer a algunos ganapanes a expensas de las clases pobres? El ayudante de mercader ¿no trabaja acaso para aumentar la fortuna de su patrón, como el abejón de la colmena social, en detrimento del artesano trabajador, que resulta ser la abeja industriosa, y del consumidor, que es la providencia?

Por tanto, si un mercader, aprendiz o maestro reflexiona un poco sobre el papel que desempeña entre los hombres, ¿no se sentirá humillado por las funciones que cumple, y no gritará con asco como aquel moralista del delantal y de gorro de algodón: “¡Nacer hombre y hacerse abarrotero!”?

- (21) Si consideramos, en tesis absoluta, la utilidad del latín y del griego en la enseñanza secundaria, ésta resulta nula; son lenguas que ya no se hablan y, además, todos los autores antiguos han sido traducidos. Ahora bien, cualquier estudio inútil es un estudio nocivo porque hace perder un tiempo precioso que de otra manera sería empleado en adquirir conocimientos que pueden servir. ¿Nos dirán acaso que, para poseer bien el francés, el estudio de las lenguas que son su base se vuelve indispensable? Contestaremos a esto que madame de Staël, George Sand, Béranger y otros cien escritores enriquecieron nuestra literatura sin haber hecho estudios latinos. No pretendo decir, sin embargo, que el conocimiento del latín y del griego no sea un complemento útil para una instrucción sólida. No podemos dudar que se entienden mucho mejor las dificultades analíticas y la etimología de las palabras cuando se ha estudiado seriamente el mecanismo de las lenguas madres. Pero si bien este estudio no es inútil desde este punto de vista, hay que reconocer que no es indispensable. Entonces, ¿no sería conveniente enseñar las lenguas anti-

guas como complemento de los estudios en general, en lugar de imponerlas como necesarias para cualquier doctrina?

- (22) Aquella calabaza es el fruto del calabazo, árbol solanáceo de las regiones tropicales. Si se le corta por la mitad y se le vacía, se hace con su corteza leñosa estas tazas medio esféricas que usan los indios y los criollos de las provincias.
- (23) La catarata de Noalincó está formada por un río que nace en las sierras de Chiconquiaco. Pocas personas conocen su existencia y, sin embargo, es una de las más altas del mundo. Este río se pierde a menos de un cuarto de legua de su caída, atraviesa por vías subterráneas todo lo que llaman el Mal País y vuelve a salir a 15 leguas de allí con el nombre de Actopan. Los trastornos del terreno conocido como Mal País provienen de la vecindad de un volcán apagado, llamado Cerro Borracho.

La caída de agua más alta de los alrededores de Xalapa es, según lo que dicen los habitantes del país, la de la Isleta, en la hacienda de Mahuistlán, que pertenece al ex Conde de Santiago. El riachuelo que la forma tiene, según dicen, entre siete y ocho metros de ancho, pero en el momento en que cae se estrecha al encajonarse y se escapa entre unas rocas por una apertura de unos dos metros. Alrededor del chorro de la cascada el agua cae en fina lluvia sobre los árboles del valle, los que, pese a ser muy altos, parecen formar un tapete verde desde lo alto del tajo.

- (24) El 31 de enero de 1849, en un viaje que hice de San Martín de Tezmelucan a Puebla, divisé durante todo el tiempo del trayecto una espesa columna de humo que se elevaba del pico del Popocatepetl. El cielo estaba perfectamente puro y la forma piramidal de la nube se mantenía constante; por tanto, no se podía dudar que fuera una fuerte exhalación del cráter.

CAPÍTULO V

- (25) Anáhuac significa en lengua mexicana “a orilla del agua”. Este nombre se dio al principio sólo al valle de México, donde las

primeras ciudades de los pueblos emigrados habían sido fundadas en las orillas de los lagos, pero se extendió poco a poco a las provincias conquistadas, y acabó por abarcar todo el país, llamado después Nueva España.

- (26) Quetzalcóatl, Manco-Capac, Bochica, dice el señor de Humboldt, son los nombres sagrados de los tres grandes sacerdotes y legisladores de las mesetas de Anáhuac, Cuzco y Cundinamarca. Las antiguas tradiciones los representan como hombres llegados del oriente, de un país desconocido; llevaban barbas y eran menos oscuros que los indígenas en medio de los cuales aparecieron. Estos hombres extraordinarios cambian de repente el estado de los mexicanos, de los peruanos y de los muiscas; reúnen las tribus que erraban en los bosques, enseñan a los hombres a labrar la tierra, a las mujeres a tejer telas; les dan un sistema religioso particular, y les enseñan las artes más indispensables a la vida social. Sustituyen los usos bárbaros por instituciones políticas que hacen estas naciones las más apoderadas y políticas del nuevo continente.
- (27) Los historiadores españoles atribuyen la muerte de Moctezuma a los mexicanos, y los mexicanos acusan de lo mismo a los españoles. Pero, dice el abate Clavijero, no se puede admitir que Cortés, hombre público tan hábil, haya cometido un crimen que no le iba a traer más que males, ya que aquel monarca era su mejor apoyo. Moctezuma pereció a la edad de 41 años, después de haber reinado 18. Dejó, de distintas mujeres, una numerosa descendencia que cayó casi totalmente en la oscuridad, y se confundió en la masa de los indígenas. Un hijo y dos hijas escaparon al olvido después de haber abrazado el cristianismo, y se volvieron los fundadores de nobles estirpes, a las que el gobierno español concedió territorios extensos y honores hereditarios, en reconocimiento de los servicios rendidos por su augusto padre a la causa de Carlos V.

Aquel hijo del rey azteca que fue bautizado bajo el nombre de don Pedro tuvo por madre una concubina: recibió los títulos de Conde de Moctezuma y de Tula y de Vizconde de Iluca. Sus dos hijas habían nacido de dos mujeres legítimas, las princesas

Teitlalco²⁰ y Acatlán. La primera, que recibió de sus padrinos el nombre cristiano de Isabel, había sido casada cuando era todavía una niña con su primo Cuauhtémoc. Ella le sobrevivió bastante y se casó sucesivamente con tres castellanos de familias nobles, don Alonso de Grado, don Pedro Andrade Gallego y don Juan Cano. El primero murió sin sucesores y los dos otros fueron el origen de las ilustres casas de los Andrade-Moctezuma, por una parte, de los Cano-Moctezuma y de los Miravalles. La segunda hija, llamada Leonor, después de convertirse se casó con un señor español, don Cristóbal de Valderrama, de los que descienden los Sotelo-Moctezuma.

He aquí la genealogía de los Silvas elaborada a partir de los antiguos títulos de la familia:

MOCTEZUMA Y TEITLALCO

Isabel, casada con su primo Cuauhtémoc, luego con Alonso de Grado, a Pedro Andrade Gallego y a Juan Cano.- Isabel tuvo de don Pedro Gallego

Juan - Andrade - Moctezuma, casado con doña María de Castañeda, cuyo hijo mayor fue

Pedro - Andrade - Moctezuma, casado con doña Luisa Peñas, con quien tuvo a Juan - Andrade - Moctezuma (el viejo), casado con Beatriz Osorio, con quien tuvo

Juan - Andrade - Moctezuma (el joven), casado con Ana de Almaras, con quien tuvo a

Diego de Andrade - Moctezuma casado con Isabel de Luján y Quirós, con quien no tuvo descendencia masculina y quien transmitió sus derechos a su hija.

María - Ana - Andrade - Moctezuma, casada con don Fernando Nieto de Silva (1665), mayor español con quien tuvo a

Bartolomé Nieto de Silva Andrade - Moctezuma, casado con doña María de Piza - Guerrero, con quien tuvo a

Juan - Joaquín Nieto de Silva Andrade - Moctezuma, casado con una doña ****, con quien tuvo a

Pedro de Alcántara Nieto de Silva Andrade - Moctezuma, casado con una señorita Zaragoza, con quien tuvo a

²⁰ La *divinidad de la tierra*. Prescott le llama *Tezalco*.

Manuel Nieto de Silva Andrade - Moctezuma, muerto sin sucesión.
Su hermana mayor heredera del mayorazgo, es
Francisca Nieta de Silva Andrade Moctezuma que vive todavía y no
está casada.

Dieciocho pueblos de la Villa Alta de la intendencia de Oaxaca dependían del feudo señorial de la familia Nieto de Silva Moctezuma. Al casarse con Andrade Gallego, Isabel Moctezuma recibió además de Cortés, como dote, el pueblo de Tacuba y sus dependencias. Ignoro cómo estos bienes dejaron de pertenecer a la casa de los Andrade Moctezuma. En cuanto a los censos y derechos feudales de los que gozaba en la Villa Alta, una ordenanza real del año 1745 los suprimió y los sustituyó una pensión anual de tres mil piastras sobre el tesoro de España. Esta pensión, irregularmente pagada por México desde sus revoluciones, se encontraba dividida en 1849 entre doña Francisca de Silva y su primo don Manuel Zárate.²¹

Doña Francisca y su hermana doña Pascuala, a menudo privadas de esta pensión, que era su único patrimonio, lograron alejarse de la miseria vendiendo los trabajos que hacían con sus manos y enseñando a leer a los hijos de sus amigos. Su pobreza era grande, pero ellas sabían ennoblecerla y su casa conservaba todavía la apariencia de la opulencia. Su mesa era frugal, pero la vajilla era de plata. Su vestimenta era sencilla, pero ellas la adornaban con algunas joyas preciosas. Su bolsa no podía socorrer al pobre, pero ellas encontraban en sus almas los consuelos que destilan un bálsamo para los dolores, los cuidados y los servicios, en los que eran incansables. Recordaré siempre con felicidad los días que pasé bajo el techo de estas excelentes damas; ellas rodeaban mi aislamiento con las atenciones más delicadas, la constante bondad de doña Francisca, la amabilidad de doña Pascuala, vivaracha como una napolitana, la inalterable dulzura de su hija María del Carmen, la hermosura de su hermana Rosa,

²¹ Esta desgraciada dama fue privada en 1850 de su media pensión por una sentencia de la Corte de Justicia de Oaxaca, rendida a favor de su primo Zárate.

tan fresca y lozana como la flor que le da su nombre: todo volvía precioso su cercanía. Parece incluso que la seducción de esta morada pasaba del hombre a los animales: millares de pajaritos llegaban cada atardecer a buscar un abrigo bajo el follaje tupido del naranjo del patio, prefiriéndolo a cualquier otra morada, pagando con acentos alegres la paz del asilo que les ofrecían.

- (28) La resistencia se había vuelto inútil por parte de los mexicanos sitiados, cuando advirtieron un barco que salía de Tlatelolco y se dirigía al noreste de la ciudad. Cortés mandó varias chalupas para perseguirlo y, al cabo de un momento, trajeron a los fugitivos: se trataba de Cuauhtémoc, su joven esposa Tecuichpo (Isabel) y algunos señores de la corte. Habían esperado demasiado para pensar en la huida. En cuanto el rey vio a Cortés, le dijo con semblante noble pero resignado: “hice lo que pude para defenderme y salvar a mi pueblo; sucumbí, usted puede hacer conmigo lo que quiera”. Luego, acercándose a él, puso la mano sobre la daga del jefe español y añadió mostrando su pecho: “hiérame con esta arma, libreme de esta vida”. Cortés le dirigió palabras de consuelo y lo trató con consideración, pero lo mandó vigilar estrechamente, temiendo todavía el poder de este azteca orgulloso vencido y con fierros. Cuando algunos días después Cuauhtémoc sufría el suplicio del fuego con el estoicismo de una gran alma, y que oía que el cacique de Tacuba gemía con dolor, le reprochó severamente su debilidad y añadió: “¿acaso yo estoy en un baño o en medio de delicias?”. Algunos historiadores le han hecho decir: “¿acaso estoy en medio de rosas?”, pero una reflexión muy sencilla prueba que el rey mártir no habló de rosas, porque aún no se conocía esta flor en México.

También he leído que el cacique, cediendo al dolor, iba a descubrir a los españoles el lugar donde estaban escondidos los tesoros, cuando Cuauhtémoc impidió esta revelación por la firmeza de sus palabras y de su actitud.

- (29) Cortés falleció en Sevilla el 2 de diciembre de 1547, a la edad de 63 años. Su cuerpo fue depositado en el panteón de los duques de Medina-Sidonia, desde el cual fue transportado a Texcoco, luego fue transferido al convento de San Francisco de México, y

finalmente depositado en la iglesia de Jesús de Nazareth, contigua al Hospital de la Concepción que él mismo había fundado. Cuando México se independizó, se temió que el pueblo cometiera algún acto bárbaro contra los restos del conquistador, y los hicieran desaparecer. Desde entonces nunca se supo de manera muy positiva qué había sido de ellos, pero se cree que las cenizas del héroe se encuentran hoy en día en Italia, en poder de sus descendientes los Monteleone.*

En seguida de la conquista, la esposa de Cortés, doña Catalina Juárez, se reunió con su marido en México; su llegada no fue del agrado de Cortés, que no la había desposado de buen grado. Sin embargo, su desazón no duró mucho: ella falleció tres meses después de asma, según Bernal Díaz, pero según los rumores e incluso las declaraciones de algunos testigos habría sido estrangulada por su marido. Esta imputación es considerada como una baja calumnia por Bernal Díaz, y resulta importante notar respecto a este punto que los enemigos de Cortés en España jamás sostuvieron contra él esta acusación. Cortés desposó más tarde, en un viaje a España, a doña Juana Zúñiga, segunda hija del Conde de Aguilar y sobrina del Duque de Béjar (1529). La línea masculina de los marqueses del Valle acaba con la cuarta generación. El título y los bienes pasaron por alianza a la casa de Terranova, cuyo jefe descendía de Gonzalvo de Córdoba, y luego a la familia de los duques de Monteleone, nobles napolitanos.

(30) Dos motivos principales excitaban los celos de los mexicanos contra los españoles: el primero era la preferencia que se daba a los europeos para todos los empleos honorables y lucrativos; el segundo era el favor marcado que tenían los hijos de Iberia para con las damas mexicanas. Una hermosa mujer, una rica heredera se volvía casi siempre la esposa de un español. Las mujeres aceptan raramente el segundo rango, cuando pueden pretender al primero: el amor propio vence a menudo al amor. Por tanto,

* Nota de la traductora: después de muchas peripecias, los restos de Cortés están actualmente resguardados en el coro de la iglesia del Hospital de Jesús de la Ciudad de México.

no se trataba para los hombres de librarse de una servidumbre política, sino más bien de reconquistar con las mujeres el rango al que no podían pretender sino privando a los españoles de sus privilegios, y pidiendo filtros a la civilización europea.

- (31) Miguel Hidalgo, cura de Dolores, no tenía ningún plan, ninguna idea clara acerca de una forma de gobierno posterior a la derrota de la administración colonial, de la que tenía motivos para quejarse. Un sentimiento patriótico lo hacía buscar lo mejor para la sociedad de la que era miembro, pero parece seguro, como dice Lorenzo Zavala, que nunca había pensado en una república y que quienes lo acompañaban tampoco. Este olvido, esta falta increíble de previsión fue un error grave que alejó de él a todos los pensadores que veían el fin después de los medios y no se sentían capaces de reconstruir personalmente el edificio social sobre las ruinas del poder que la revolución quería destruir. Si en lugar de alentar pasiones viles y de derrotar la violencia, hubiera hablado el lenguaje de la razón; si hubiera garantizado los bienes y la seguridad personal de las personas pacíficas que querían mantenerse neutrales en el gran debate que iba a consumarse; si hubiera propuesto a la nación un horizonte de instituciones liberales con un principio de estabilidad en las cosas, hubiera asegurado ante todo el triunfo de su causa. Pero, por el contrario, calló en lugar de hablar, se mostró vindicativo y cruel en lugar de generoso y dejó en todas partes detrás de él la muerte y la ruina. Cada uno teme por sus bienes, por su vida. Los mismos patriotas, víctimas de un desorden tan grande o temiendo serlo, buscaban el apoyo del gobierno al que detestaban, pero que los protegía del peligro; y la conducta imprudente de los insurgentes aumentaba aún más el número de partidarios de los españoles que el de los que fueron desengañados por la crueldad de Calleja y de los Cruz. La historia sólo encuentra un motivo de alabanza en la vida de Hidalgo, en el valor de la iniciativa de la gran obra que vino a ser la insurrección.
- (32) José María Morelos, cura de Guanajuato, era de sangre india. Era un hombre que carecía de instrucción, pero tenía ideas, energía y constancia, cualidades que pocas veces se encuentran

entre los indígenas; y su superioridad relativa como capitán de los insurgentes lo hizo reconocer sin oposición, por sus compañeros de armas, como general en jefe de los ejércitos nacionales. Si bien se creyó a menudo obligado a mostrarse severo con los vencidos, Morelos no por ello era un hombre sanguinario; cedía a una dura necesidad más que a un instinto destructivo, cosa que se le puede reprochar al cura de Dolores. Así, cuando Matamoros, caído en manos de Iturbide, en Valladolid,²² iba a ser fusilado, Morelos ofreció 200 prisioneros a cambio de su amigo, y amenazó con terribles represalias si atentaban a sus días, pero la propuesta fue rechazada. Matamoros fue ejecutado y los prisioneros españoles del general Nicolás Bravo corrieron la misma suerte. Sin condenar la acción de Morelos, la comparamos con la del general Nicolás Bravo, quien al enterarse de la muerte de su padre, que los españoles acababan de fusilar en México como insurgente, dio la libertad a 200 prisioneros que se encontraban en su poder: hecho sublime de un alma que sabe mandar en sus pasiones y acallar sus sentimientos más profundos.

En 1814, cuando la revolución parecía triunfar, Morelos, que soñaba con una república, creyó que el momento de reunir un congreso nacional había llegado. Doce diputados entraron efectivamente en sesión en Apatzingán, y más tarde en Chilpancingo. Pero en cuanto este poder de discusión se elevó al lado del poder de la acción, se restringieron las facultades de éste y se opuso a sus operaciones. Desde entonces, el movimiento revolucionario pareció detenerse y empezó la decadencia del partido liberal. Un acto de temeridad fue la causa de la perdición de Morelos: habiendo atacado un cuerpo de españoles con fuerzas muy desiguales, fue vencido y cayó en manos enemigas. Lo encerraron en la Ciudadela de la Ciudad de México en espera de juicio, luego en San Cristóbal para aplicarle la doble sentencia de degradación y de muerte. Su coraje se mantuvo constantemente y murió con el valor máximo de un soldado. Por lo que se refiere a la vida privada de Morelos como eclesiástico, debemos

²² Hoy Morelia.

reconocer que no era nada edificante; violaba públicamente su voto de castidad y dejó varios hijos, muy en particular el general Almonte, hombre distinguido por su instrucción y sus modales, quien ocupó los cargos más altos y que aspira desde hace mucho a la presidencia.

- (33) Guatemala se independizó pronto de México. Este país no podía encontrar ninguna ventaja en depender de México, del que lo separan unas 600 leguas más o menos, separado por sierras y desiertos que vuelven difíciles las comunicaciones y dejan sin resolver las cuestiones que necesitan rápida solución. La provincia de Chiapas, que dependía de la jurisdicción de Guatemala, quedó anexada al territorio de México.
- (34) El emperador Iturbide dejó ocho hijos, cuatro hijos y cuatro hijas. Éstas viven con su madre en los Estados Unidos, donde nunca quisieron casarse, aunque se les presentaron numerosos partidos brillantes en cuanto a fortuna se refiere. Ellas aspiraban a enlaces ilustres y al no conseguirlos, se conformaron con el celibato, y todos las aprobaron por esta marca de nobleza. De todos los hijos de Iturbide, Salvador es el único que se ha casado: no fue tan difícil para él como para sus hermanas.²³
- (35) Durante las aciagas jornadas de la Acordada, los almacenes del Parián²⁴ y algunos otros fueron saqueados. Algunos franceses sufrieron menoscabos por los que fueron indemnizados más tarde, pero los españoles fueron los que más perdieron. El Parián estaba atiborrado de mercancías y los cofres de dinero. Los hombres, las mujeres, los niños y los soldados se empujaban, se apretujaban en las puertas de los almacenes más ricos, se atrancaban los objetos que se llevaban, se caían, se herían con puñales o con bayonetas. Durante un día, las calles estuvieron llenas de estos miserables que corrían para guarnecer lo que habían salvado de la trifulca y regresaban para disputarse el resto del botín. Una vez, uno de ellos tuvo la impudencia de contar la manera como

²³ Salvador Iturbide pereció miserablemente: se ahogó mientras se bañaba en el río de Tepic (junio de 1856).

²⁴ El Parián era un bazar en la plaza principal de la Ciudad de México.

había perdido 15 mil piastras aquel día. “Había entrado, decía él, en una tienda del Parián, cuya puerta acababan de derribar; encontré debajo del mostrador dos bolsas, una de las cuales estaba rota y al levantarla, unas cincuenta onzas cayeron. Apurado y persuadido además de que la otra contenía oro también, me la puse en el hombro y me la llevé a casa. Pero ¡vaya decepción!, me di cuenta de que había abandonado mil onzas de oro por mil piastras. Había perdido 15 mil piastras en el cambio”.

- (36) El coronel Facio fue el instigador de la rebelión de Bustamante. La influencia que los consejos de su edecán ejercían sobre la mente del general lo hicieron dudar de su fe política; el precio asombroso que le prometió como premio por sus servicios lo decidió a actuar en oposición a sus principios y su vida anterior: Facio fue nombrado ministro de Guerra.
- (37) Oí decir que las autoridades de Génova habían declarado infame la conducta de este capitán y lo habían condenado al exilio. La palabra *picalougade* (picalucada) es usada ahora por la lengua mexicana, como sinónimo de traición, felonía.
- (38) Santa Anna fue vencido en la batalla de Tolomé por el general Calderón el 3 de marzo de 1832. También lo fue en la del Gallinero, en la persona de su teniente Moctezuma, el 18 de septiembre del mismo año. Pero aparte de la opinión pública que le era favorable y le daba los medios de reparar sus desastres, tenía a su lado un hombre que le levantaba la moral decaída y lo ayudaba con sus consejos: se trata de Jean Arago, quien siempre le fue fiel.
- (39) El arreglo definitivo que tuvo lugar entre los generales Bustamante y Santa Anna, para dar fin a las hostilidades que asolaban el país desde hacía un año, es conocido como el Plan de Zavaleta.
- (40) Esta constitución de 1836, creo yo, convenía más a la República Mexicana que la de 1824. Reunía los poderes en un solo conjunto, aumentaba el poder de la acción gubernamental, concentraba las rentas del Estado en una sola mano, la que los distribuía después según las necesidades de los departamentos y lograba con esto grandes ahorros en la administración. Sólo había un Congreso en la capital, en lugar de unos cuarenta cuerpos legislativos, el mismo número de diputados y de senadores, distribuidos

en la república, actuando unos contra otros y a menudo en contra de sus propios intereses, por la influencia de un hombre poderoso que se aprovechaba de la situación.

Por lo tanto, se volvía menos difícil encontrar a hombres instruidos e inteligentes para formar un solo cuerpo deliberante, que a un gran número de ellos, al estar dispersos en cuarenta comisiones legislativas los pocos hombres realmente inteligentes que se encuentra en México —está claro que los ignorantes, los tontos y todos aquellos temibles enemigos de la felicidad de los pueblos y de la tranquilidad pública se hallan en mayoría en cada reunión, con lo que todo va mal—. O si se reservan las personalidades distinguidas para el Congreso nacional, sólo quedan los nulos para las legislaturas locales, con lo que se contraviene el sentido común. El resultado de una situación tan viciosa siempre ha sido el decaimiento y la ruina del comercio, por las trabas que pone cada estado con el fin de aumentar sus entradas; la dilapidación de estas entradas por administradores ineptos o deshonestos; la adopción de leyes ridículas o exproliadoras que afectan al ciudadano en provecho de un solo individuo o de una sola clase de individuos y que pronto se vuelven caducas para dar lugar a otras tan mal concebidas y no menos perjudiciales. Cada gobernador es un tiranuelo cuyos abusos de poder no dejan ninguna posibilidad de protesta. Finalmente, existen estados que no sólo no pueden pagar su cuota anual al gobierno general, sino que incluso faltan de lo necesario para subsistir aisladamente, mientras que otros logran ahorros cuantiosos.

Los partidarios de la Federación contestan a los argumentos de los centralistas que, al tener cada estado una naturaleza, recursos y necesidades distintos, quienes están interesados en aprovecharse de unos y en favorecer a otros no podría dar al país y a las circunstancias las leyes que convienen. En cambio, las leyes de un congreso exclusivo, encargado de velar por los intereses generales, favorecen naturalmente a unos en detrimento de otros, invierten en estos recursos y embarazan las industrias cuyo desarrollo podría ir en contra de la prosperidad

de aquéllos; que además, el gobierno general está compuesto de hombres cínicos y rapaces que dilapidan el tesoro central y que sólo se preocupan por favorecer a la capital en la que residen, a costa de los departamentos; que no sólo los fondos necesarios a las obras públicas se les niegan a las provincias, sino también que los empleados de las administraciones interiores no reciben sus sueldos, o sólo reciben una parte, mientras el dinero abunda en México; y finalmente, si es verdad que los fondos son mal empleados en los estados, es mejor incluso, en estos casos, veinte centros de dilapidación en lugar de uno solo, ya que de este modo, las rentas del gobierno van a favorecer el bienestar de un número mayor de familias.

Esta última objeción es la única que tiene algún peso. Pero ¿se debe rechazar una constitución porque los que gobiernan ponen el desorden en las finanzas y faltan a sus obligaciones? Además, ¿no es el principio de asociación, de unidad en todo, el más fuerte, el más económico? ¿Y el aislamiento, las existencias fraccionadas no producen acaso la impotencia, las bajas rivalidades, la miseria y el sufrimiento? Estas verdades al alcance de todos deben aprobar el sistema de la centralización.

- (41) Texas dependió primero de la intendencia de San Luis Potosí; más tarde fue anexado a la provincia de Coahuila y formó con ella un estado particular de la confederación mexicana. Antes del Tratado de Guadalupe-Hidalgo su territorio tenía por barrera el río Rojo al norte, que lo separaba de Luisiana, y en el suroeste, el de las Nueces, que lo dividía de los estados de Coahuila y Tamaulipas. Es el país mejor dotado de aguas de toda la Nueva España y, por tanto, el más apropiado para ser perfectamente cultivado. Alejado del centro de la República Mexicana, olvidado por el gobierno general que nunca se preocupó por fomentar la prosperidad de ningún estado, y situado en el vecindario de un pueblo emprendedor que podía convertirlo en pocos años en un país floreciente, no se podía dudar que el grito de independencia se oiría pronto, justificando las previsiones del presidente Jefferson. Éste escribía en 1820 a uno de sus sobrinos, estudiante en la Universidad de Cambridge: “algo que no puedo

dejar de recomendarle es el dedicarse muy particularmente al estudio del español. Ésta es la lengua que se habla en una inmensa y rica porción de este continente, destinada a ser, antes de un cuarto de siglo, ocupada por la raza anglo-americana". Dieciséis años no habían transcurrido desde esta predicción cuando el establecimiento de los estadounidenses victoriosos en Texas confirmó su exactitud profética.

Conforme con el Tratado de Guadalupe de 1848, los límites de Texas han sido desplazados al suroeste hasta el río Bravo del norte.

- (42) El ultimátum entregado al gobierno mexicano por el Barón Deffaudis, ministro de Francia, empezaba enumerando una serie de agravios muy fuertes: negligencias de magistrados, actos, decisiones, juicios ilegales e iniciativas de las autoridades administrativas, militares o judiciales y requería la destitución de los culpables y el pago de indemnizaciones pecuniarias. Pedía además que los franceses no fueran nunca sometidos de ahora en adelante ni a las contribuciones de guerra ni a los impuestos conocidos como préstamos forzados. Urgía también la libertad de comercio al menudeo del que habían gozado los mercaderes franceses anteriormente.

El tratado de paz entre Francia y México fue establecido y firmado en Veracruz el 9 de marzo de 1839 por el contralmirante Baudin, por un lado, y los señores Gorostiza y Victoria, por el otro, en nombre de la santísima Trinidad. Contenía cinco artículos, de los que sólo uno se refería a los intereses de los franceses en México: el tercero.

Mientras las dos partes puedan establecer entre ellas un tratado de comercio y de navegación que solucione definitivamente y con ventaja recíproca de México y de Francia sus futuras relaciones, los agentes diplomáticos y consulares, los ciudadanos de cualquier clase, los navíos y mercancías de ambos países seguirán gozando de las franquicias, privilegios e inmunidades cualesquiera que son o serán concedidas por los tratados o el uso a la nación extranjera más favorecida; y esto sin costo si la concesión es gratuita o con las mismas compensaciones si es condicional.

La diplomacia es realmente cosa fácil si no exige más conocimientos que los necesarios para redactar semejante artículo, el cual constituye todo el documento. Parece que esta frase banal: “los franceses serán tratados como la nación más favorecida” resume todas las condiciones de conveniencia y de utilidad. De ahora en adelante resulta inútil estudiar de las relaciones comerciales de un pueblo con el otro, examinar si la cláusula de tratado admitida sin reclamación por uno no sería una causa de ruina para el otro. Si, por ejemplo, se les ocurriera a los mexicanos cobrar derechos exorbitantes a los vinos franceses, con el pretexto de que Inglaterra lo hubiera aceptado sin dificultades puesto que esa nación no produce vinos, Francia debería alegrarse de la situación comercial de esa potencia, y no habría lugar para volver al tema.

Si los ingleses se limitaran al comercio al por mayor, lo que sucede de hecho, poco les importaría que el comercio al menudeo fuera protegido o no, y ellos suscribirían al menudeo sin demasiada resistencia, a exigencias que no fueran muy onerosas para ellos. Pero cuando los franceses vinieran luego a pedir mejores condiciones comerciales, quienes son más bien vendedores al menudeo²⁵ y no importadores o comisionistas, ¿podrían entonces conformarse con lo que en este punto había sido otorgado a Inglaterra, aunque fuera la nación más favorecida?

No acabaríamos si quisiéramos citar todos los casos en que nuestros intereses comerciales podrían encontrarse en oposición con los de otras naciones, es decir, todos en los que se puede temer que, al seguir la fórmula acostumbrada, se remitan en cuanto a los detalles a un tratado comercial futuro que tarda muchos años en lograrse, y que incluso puede no llegar nunca. Basta con indicar el inconveniente que consiste en mandar, para tratar de intereses vitales, a gente incompetente que, sin embargo, presume de saberlo todo, desdeñando pedir la ayuda de los negociantes más inteligentes de su nación, los únicos capaces de

²⁵ Los extranjeros actualmente disfrutan del privilegio de vender sus productos al menudeo.

proporcionar bases sólidas a sus pretensiones. El señor Deffaudis habría podido hacer este tratado con conocimiento de causa, porque se había quedado varios años en México, pero el que manden a un marinero que sólo conoce el país por sus mapas náuticos me parece excesiva ligereza.

Sin embargo, hemos escuchado a muchos miembros de la Cámara de Diputados, en las sesiones de los 25, 26 y 27 de junio de 1839, alabar la conducta del almirante Baudin, aunque su negación a aceptar las condiciones de Bustamante en las conferencias de Xalapa haya causado la ruina de las familias expulsadas: que las haya aceptado, sin embargo, después de haber mandado matar inútilmente a mucha gente; que haya admitido la mediación²⁶ de Inglaterra, pese a la interdicción expresa del ministerio; que haya hecho un tratado de paz ridículo y que haya permitido, por fin, que en el fuerte de Ulúa se tratara a los pobres expulsados como si fueran presidiarios. Luis Felipe tomó en cuenta sin duda la abnegación de ellos en esta circunstancia, como en tantas otras. ¡Ay! Bajo este reinado, el honor francés ha sido muy pisoteado... cuántas fanfarronadas y bajezas del gobierno padeció, que para acrecentar la prosperidad y la fuerza material de Francia creía que hacía falta degradarla moralmente... Por ello, vean cómo cayó Luis Felipe: sin amigos para acompañarlo en la fuga. Porque aquellos mismos que había favorecido no tenían ninguna estima por su carácter como rey. Pero Carlos X, víctima del maquiavelismo de su primo, recorrió el camino desde Rambouillet a Cherbourg, acompañado por un cuerpo de guardia de 800 hombres listos a dar la vida en su defensa, y rodeado con toda la pompa con la que se puede honrar a un monarca caído. Es que Carlos X, pese a los defectos de una mente falseada por su primera educación y por las sugestiones de quienes lo rodeaban, sólo se dejaba guiar por su corazón realmente francés y por sus ideas caballerescas, y nunca por

²⁶ La aceptación de la mediación inglesa ha sido negada, pero ¿qué hacía el señor Pakennam en las Conferencias de Plenipotenciarios de Francia y México?

especulaciones de dinero cuando se trataba de un asunto de honor, y que dejaba tras él en la historia algunas hermosas páginas en las que se leía, por un lado, la liberación de los griegos, y por otro, la destrucción de los piratas en la costa de Berbería y la agregación de Argelia al reino de Francia. La humanidad bendecía a Carlos X por la expedición de 1832; el honor nacional, vengado por la de 1830, paliaba los errores del anciano en la mente de los franceses y hacía prevalecer el respeto por la desgracia.

Nuestros diputados alabaron mucho el haber tomado Ulúa para compensar los reproches que merecía Baudin, pero les mintieron a sus conciencias en estos halagos excesivos. No es que a los franceses les haya faltado el arrojo y los talentos militares en esta ocasión, sino que los adversarios que tuvieron que combatir no les resultaban temibles. Los mexicanos no tenían más que una artillería mal montada y peor manejada; ellos carecían de balas de cañón de diversos tipos y la pólvora que usaron era vieja y venteada, a tal punto que los proyectiles apenas subían, lo que demostró de modo incontestable el mástil de la fragata *L'Iphigénie*, al que bombardearon sin derribarlo. Durante una hora, sin embargo, el fuego del fuerte resultó bastante recio, pero como no causaba mucho daño, a diferencia de la artillería francesa, disminuyó pronto, y durante las dos últimas horas del combate no salía de Ulúa más que un cañonazo al minuto.

El fuerte se entregó cuando hubo más de 1 100 muertos o heridos entre los 1 800 hombres que se encontraban allí encerrados. El comandante Gaona parece haberse portado como un oficial valiente. Sin embargo, no dejaron de someterlo, por principio, a un consejo de guerra, y fue con los documentos producidos para su defensa como demostró, de modo irrecusable, que la plaza carecía totalmente de lo que necesitaba una resistencia seria, problema que sólo el ministro de guerra podía solucionar.

- (43) Me limité al hecho principal de la toma de Ulúa, hablando de la expedición francesa, porque mi precisión histórica no admite detalles ni hechos secundarios. Pero las notas me ayudan para dar a conocer un episodio curioso de esta pequeña guerra. El general Rincón, que mandaba en Veracruz, capituló después de

la toma de Ulúa; pero al no haber ratificado la capitulación, el gobierno entregó el mando a Santa Anna, quien se encontraba entonces en su casa de Manga de Clavo. El 4 de diciembre, este general mandó avisar al general Baudin de esta decisión definitiva, y al enterarse de que el príncipe de Joinville, aprovechando la tregua, había llegado a Veracruz junto con varios oficiales, dio la orden de cerrar las puertas de la ciudad con el fin de arrestarlo. Pero antes de que se ejecutara, el príncipe se había vuelto a embarcar: sólo algunos oficiales de grado inferior se habían quedado en tierra y los hicieron prisioneros. Al ver que había fracasado, Santa Anna mandó se les presentaran excusas: se les dijo que fue por error el que se cerrara la puerta del muelle, que las órdenes dadas sólo eran para las puertas del lado opuesto, con el fin de prevenir la desertión que se había notado en las tropas mexicanas, y les devolvió la libertad. Esta acción no quedó impune. La tarde misma, el almirante Baudin y el príncipe de Joinville decidieron que se le devolvería la moneda a Santa Anna y que atacarían Veracruz muy temprano el día siguiente. Al amanecer, los barcos cañoneros llevaron al pie de los baluartes de la ciudad a unos 250 artilleros y 300 marineros provistos de escaleras. Ellos sorprendieron a los dos pequeños fuertes que flanquean la línea de fortificaciones sobre el mar, clavaron los cañones²⁷ y quebraron las cureñas. Los soldados que debían defenderlos huyeron sin haber intentado la menor resistencia. Al mismo tiempo, otro destacamento hizo estallar la puerta de en medio y se dirigió corriendo hacia la casa de Santa Anna, quien, alertado por el estallido, huyó semidesnudo por la terraza y buscó refugio en las casas vecinas. Durante un momento, nuestros marineros creyeron que ya lo tenían preso, pues acababan de sorprender a un general que salía de su dormitorio: era Arista, a quien avisaron demasiado tarde y al que apresaron. El príncipe participaba de esta operación y fue uno de los primeros que entró en la habitación de Santa Anna, quien se había retirado con toda la guarnición al cuartel de la Merced. Ochocientos hom-

²⁷ Había sesenta cañones.

bres estaban allí, los que nunca pensaron en inquietar a los franceses durante todo el tiempo que ocuparon la ciudad. Sin embargo, el príncipe de Joinville se impacientaba por no tener algún enemigo que combatir. Lleno de coraje, se dirigió hacia el cuartel a la cabeza de un pequeño destacamento que pronto fue creciendo y allí, un recio combate se dio entre los mexicanos y los marinos franceses. Se disponían a hacer estallar la puerta del cuartel cuando el almirante, descontento por este encuentro que él no había ordenado personalmente, se acercó a los combatientes y ordenó el cese del fuego.

Al primer escopetazo, Santa Anna se había evadido y retirado al matadero, donde unos 700 a 800 hombres estaban estacionados. Poco después, se hizo un hueco en el muro del cuartel, del lado de la Alameda, y ya unos veinte soldados se habían escapado al campo cuando Baudin hizo tocar a regreso. El fin principal de la operación se había logrado: si bien no habían apresado a Santa Anna, al menos se había inutilizado la artillería de la plaza, que podía dañar la flota. Una sola pieza había sido reservada en caso de que la retirada hubiera sido atacada; cargada con metralla, la llevaron al extremo del muelle, volteada hacia la ciudad.

El embarque se hacía con orden, aunque lentamente, porque la marea había bajado y sólo echándose al agua y poniendo fuego a la pieza de atrás fue como los marineros pudieron desencallar la chalupa del almirante. Ya la mayoría de las embarcaciones estaba en alta mar y todos hombres quedaban en tierra cuando acudieron los enemigos, pensando tenerlo fácil con un puñado de marineros en desorden. Pero al desembocar en el muelle, la caballería fue ametrallada por la pieza de reserva, y la puerta se vio obstruida por hombres y caballos mutilados. Al mismo Santa Anna, aunque medio escondido por una de las hojas de la puerta, le fue destrozado un pie y ligeramente herido un dedo de su mano.

La muerte volcada de esta manera por esta descarga inesperada en las filas enemigas había atrasado bastante a la caballería, para que los últimos marineros tuvieran tiempo para embarcar-

se después de clavar la pieza. Pero cuando los mexicanos llegaron a la punta del muelle, las chalupas aún estaban muy expuestas; las descargas mataron a un hombre e hirieron a otro en la del almirante. Sin embargo, la suerte protegió a los franceses en su retirada, pues una niebla espesa, algo muy raro en Veracruz, duró toda la mañana: no se distinguían los objetos a 25 pasos, de modo que al disparar al tanteo los soldados, felizmente poco atinados, mandaban sus balas por encima de las embarcaciones. Si la atmósfera hubiera estado despejada de vapores, como solía, nuestros marineros habrían padecido mucho con los tiros de los baluartes y del muelle. A pesar de esta circunstancia favorable, sufrimos la pérdida de 12 hombres en esta expedición.

Apenas había recibido Santa Anna esta pequeña lección, dirigió al gobierno mexicano un boletín en el que decía haber logrado sobre los franceses una gloriosa victoria: que éstos, unos 1500, habían intentado apoderarse de Veracruz y que los había expulsado; que los *cobardes* habían querido parlamentar, pero que él se había negado a ello; por fin, que ellos habían dejado 200 muertos en el campo de batalla, así como una pieza de cañón,²⁸ y que todo indicaba que el mismo almirante había muerto en la batalla. Terminaba diciendo que él estaba mortalmente herido, pero que estaba feliz de morir por su patria, después de tan brillante triunfo.

Cuando recibieron este boletín engañoso, la desesperación de los mexicanos llegó al colmo y los periódicos y los panfletos nos enlodaron. Los mismos extranjeros se juntaron con los mexicanos para ridiculizarnos.²⁹ Los ingleses y los alemanes fingían

²⁸ Este pedazo de cañón era exactamente el que lo había lastimado tanto. Como llevaba la marca de una fundición francesa, esta circunstancia fortuita sirvió para apoyar su imposición.

²⁹ Sin embargo, hubo algunas excepciones que me apresuro a mencionar: el cónsul inglés de Veracruz fue una de ellas. Lamento no volver a recordar su nombre. Este hombre digno devolvió a los expulsados franceses todos los servicios que pudo ofrecerles. Su generosidad igualó su benevolencia. Cuando supimos que nuestro cónsul, el señor Glou, había recibido la cruz de honor, todos nuestros compatriotas, que habían estado en condiciones de apre-

creer esta sarta de imposturas y nos calumniaban a sabiendas. El cónsul de Prusia en Veracruz escribió al señor Sadler, negociante inglés en Oaxaca, “que sus cochinitas habían escapado a la rapacidad de los franceses y que él se alegraba de que 300 de aquellos bandidos se hubieran quedado en el campo de batalla”, encareciendo el boletín de Santa Anna, que sólo mencionaba a 200. Varios extranjeros fueron castigados por su falta de caridad hacia los franceses, ya que fueron confundidos con ellos y a menudo maltratados por el pueblo. El nombre de inglés, con el que se designaba a todos los europeos antes de 1838, había sido cambiado por el de francés desde el bloqueo, y esta circunstancia, que fue fatal para muchos ingleses y alemanes, se volvió favorable para mí, por una singular casualidad.

Me encontraba entonces en Oaxaca, y había conservado la costumbre de pasearme a pie en las orillas del Atoyac, con mi esposa y mis dos niñas a las que llamaban generalmente las inglesitas. Ahora bien, el padre de las inglesitas no podía ser, lógicamente, francés. De suerte que mientras las pequeñas paseantes recibían las alabanzas, las caricias de los hombres y mujeres de los suburbios que atravesábamos, y que sus padres intercambiaban con estas pobres gentes algunas señales amistosas, los ingleses de esta misma ciudad estaban muy mal vistos por el populacho, y el señor Sadler, de quien hablé antes, recibió una pedrada en la nuca que por poco lo mata. Errores semejantes sucedieron varias veces en México en la misma época.

Tampoco puedo olvidar que *El Iris*, gaceta llena de hiel que se publicaba en México, produjo un artículo firmado por “Un soldado”, en el que se llamaba al asesinato de todos los franceses de México, en expiación de la sangre mexicana derramada en aquella guerra injusta. Se trataba de un segundo acto de las vísperas sicilianas, que se predicaba a los léperos, pero ellos fueron sordos al llamado. Algunos nos insultaban cuando nos encontraban. Pero cuando vieron los primeros efectos de su odio: la

ciar a ambos, exclamaron inspirados por el mismo sentimiento de justicia: “¡Esta cruz estaría mucho mejor puesta sobre el pecho del cónsul inglés!”.

salida de las caravanas de expulsados, con carros llenos de mujeres y niños, se conmovieron ante la suerte de aquellos desdichados y, si hubieran podido cancelar la ley de expulsión, lo habrían hecho casi todos. Debo decir también que gran parte de la alta sociedad mexicana vio con disgusto el decreto de expulsión y que todos los franceses decentes recibieron marcas nada equívocas de benevolencia por parte de las personas con las que se relacionaban. En cuanto se refiere a mí personalmente, nunca olvidaré que quedé exento de la expulsión por las autoridades de Oaxaca, aunque me había negado a solicitar este favor.

El congreso había otorgado una rica decoración a Santa Anna como pago por su gloriosa victoria en Veracruz, y cada oficial había recibido también una cruz de oro que recordara sus hazañas en aquel día. Todos podían desmentir el boletín del general en jefe, pero las imposturas que contenía les atraían alabanzas y honores, y callaron en público.

Mientras confesaban sus errores en las conversaciones íntimas, sólo uno se atrevió a hablar porque tenía motivos de quejarse personalmente de Santa Anna: se trataba del capitán llamado Orta, que dio en los periódicos un desmentido formal al autor del boletín. Se le instruyó un proceso por calumnia y, pese a todo el poder y la influencia de Santa Anna, ya presidente por *ínterin*, no se le pudo condenar por las pruebas que manifestó y se apuraron a echarle tierra al asunto. Más tarde se obtuvo por parte de Orta una retracción amigable y Santa Anna lo premió con la charretera de teniente coronel. Hoy en día no hay nadie en México que no conozca la verdad acerca de la pretendida victoria del héroe mexicano en Veracruz, el 5 de diciembre de 1839.³⁰

(44) La comisión nombrada por el gobierno francés para la liquidación de los tres millones de indemnizaciones no otorgó a los reclamantes más que unos dos millones;³¹ el resto fue distribui-

³⁰ Véase la biografía del general Santa Anna publicada en México en 1847.

³¹ Sin duda, cabe preguntarse por qué Francia exigió a México tres millones de indemnización, ya que sólo otorgó dos tercios de esta suma a los reclamantes. He aquí la razón: las reclamaciones son siempre mayores que las pérdidas reales, y sólo cuando se someten al examen de una comisión

do entre los expulsados 14 años más tarde, en proporción a las pérdidas de cada uno. Muchos de ellos ya no vivían, varios habían muerto por miseria.

La manera como los expulsados franceses fueron recibidos en el fuerte de Ulúa por sus compatriotas, sus vengadores, es digna de ser relatada, pues sólo se conoce por lo regular a los militares por su lado bueno: veamos ahora el revés de la medalla. La plaza estaba ocupada por los artilleros, comandada por un oficial superior llamado Colombel. Este hombre era grosero, inhumano y apuró el cáliz de la amargura sobre las desgraciadas familias que buscaron asilo en el fuerte; los torturaba, los llamaba canallas y viles quebrados, imponía a los hombres actividades que no convenían a su educación ni a su constitución, era incivil con las mujeres, no encontrando más que cosas desagradables que decirles.

Luego alimentaba a todos estos fugitivos con los peores alimentos que se encontraban en el fuerte de Ulúa: bistec y alubias podridas. El vino, que al principio se daba a las mujeres, les fue retirado. Una dama que yo conocía, la señora Ferrat, acostumbrada a las comodidades de la vida, llegó al fuerte con sus dos hijos pequeños: Colombel la alojó en una especie de calabozo húmedo e infecto. Se le dijo que ella seguramente se enfermaría y él contestó, alzando los hombros: “¡Y qué me importa a mí que una mujer más o menos reviente en la tierra!”. A cada hora se reproducían semejantes amabilidades de su parte, imitadas, y lo digo con pena, por otros oficiales. Sin embargo, la mayoría de aquellos mostraban sentimientos que los honraban. ¡Pero cómo es posible! Unos militares franceses son enviados para proteger a sus

especial, después de haber sido reconocidas como legítimas en principio, se fija el número exacto a partir de los documentos procedentes de los archivos. Dado que el ministro de Francia nunca pudo ponerse de acuerdo con el gobierno de México sobre la aplicación del derecho internacional, no hubo un debate sobre los derechos individuales de los reclamantes; de modo que el ultimátum llevó el número de reclamaciones sin descuento. Si el gabinete mexicano hubiera suscrito antes el principio de indemnización, habría quedado como máximo en dos millones.

compatriotas, sus hermanos, contra la arbitrariedad de un pueblo extranjero; vienen a deshacer los entuertos que sufrieron. ¡Luego, tras haber servido de instrumento a grandes faltas que comprometieron la fortuna y la existencia de aquellos a los que debían defender, fingen creerlos indignos de la protección de Francia! ¡Los acusan de crímenes y de bajezas sin poder justificar de ninguna manera la severidad de sus reproches! Semejante conducta para con los expulsados era tanto más injusta cuanto que México era entonces el país de América en el que se encontraban reunidos el mayor número de franceses del todo honrados.

De manera muy distinta pensaba y actuaba el señor príncipe de Joinville y daré un ejemplo. Unos cincuenta expulsados, hombres, mujeres y niños, habían llegado al fuerte de Ulúa después de la distribución mañanera. No habían comido desde hacía 18 horas y el comandante decidió darles alimentos al día siguiente. Estos infelices se sometieron primero con resignación, pero más tarde las necesidades imperiosas de sus hijos los hicieron más atrevidos; fueron por segunda vez a solicitar un poco de bizcocho para ellos. Colombel los mandó al diablo y los amenazó con encadenarlos si regresaban a molestarlo. Este nuevo acto de dureza puso un término a los reclamos de estas pobres gentes. Al atardecer, el señor Glou, cónsul de Francia en Veracruz, llegó al fuerte y los nuevos huéspedes de la plaza militar se quejaron con él de esta violación de las leyes de hospitalidad y de humanidad, que nada en el mundo podía justificar. El señor Glou aceptó llevar una diputación de algunos de ellos al príncipe para pedirle justicia por el tratamiento que se les infringía. Ya en su presencia, nuestro torpe cónsul le expuso el objeto de su misión, y añadió que esperaba que la bondad de su Alteza consentiría dar órdenes para que semejante cosa no sucediera de ahora en adelante. Pero este buen príncipe le contestó: “¡cómo, señor cónsul, eso es todo lo que usted pide mientras nuestros compatriotas se mueren de hambre! Es demasiado poco. Vaya y avise de mi parte que tendré el gusto de socorrerlos, que tengan paciencia”. De inmediato mandó llevar bizcocho excelente, pan fresco, salchichones, latas de conserva y varias cajas de vino.

Nuestros hambrientos bendijeron al príncipe, riéndose de nuestro cónsul, y se pasaron alegremente la tarde ensalzando los nobles sentimientos de Joinville, cuando parecían condenados a sufrir y a maldecir toda la noche a aquel Colombel de entrañas de tigre.

- (45) Pese al deseo de no ofender a nadie, de no herir ninguna susceptibilidad al trazar la historia de México, no puedo ocultar ni mitigar la verdad. Mi deber es el de contar los hechos como los conozco, como los he visto. Ahora bien, cualquier narración simple de lo que ocurre en un campo de batalla en México se vuelve tanto un reproche como una acusación tácita contra la milicia de este país, y si se trata de describir los combates que se libran en las ciudades, lejos de dedicarme a ridiculizar los partidos beligerantes, me siento, al contrario, inclinado a atenuar sus faltas, temiendo pasar por un impostor. En efecto, cómo se podría concebir en Europa que dos partidos enemigos se quedaran semanas, meses enteros al alcance de la voz, sin pelearse, sin atacarse abiertamente, sin tomar ningún medio para asegurarse el triunfo. ¿Se puede creer que la artillería no sirve para disparar sobre el enemigo, sino tan solo en los edificios? ¿Se puede entender que se dispare día y noche en las calles y desde las azoteas, bajo la protección de los antepechos, sin más fin que el de hacer ruido? ¿Se puede imaginar que haya oficiales tan ingenuos para decir después de varios días de combate intenso: “¡Gracias a Dios, no hemos perdido aún a ningún hombre!”? El 15 de julio de 1840 las tropas de la Ciudadela tomaron posición cerca del Palacio Nacional, a las dos de la tarde. Yo vivía entonces en la calle de los Plateros, que llega al Zócalo; no se veía ni un alma, sólo un dragón a caballo en el ángulo de la calle del Espíritu Santo asomaba la cabeza de vez en cuando. Del otro lado, bajo la galería de los Mercaderes, estaban algunos artesanos armados, defensores de la causa de Urrea.

Llevado por la curiosidad, me había asomado al balcón con dos amigos que se encontraban de visita en mi casa; uno de ellos, de muy baja altura, se había colocado delante de nosotros. De repente un tiro salió de la galería y la bala se rompió sobre el

soporte de mis cortinas exteriores. Fue uno de estos virtuosos amigos de la libertad, quien al no ver al adversario sobre el que pudiera disparar, había encontrado muy chistoso tomarnos como blanco. La bala había pasado por encima de la cabeza de este hombre pequeño y a una pulgada de mi barbilla.

Desgraciadamente, aquellos miserables apuntan a menudo mucho mejor y matan a gente honrada. Así perdimos a nuestro compatriota, el médico Plane, hombre de una mente ilustrada y de un corazón generoso, cuya muerte causó una pena inmensa en sus amigos, y un duelo sincero en la sociedad de México. Plane había participado en nuestras expediciones en Coatzacoalcos y un carácter aventurero lo había llevado a los desiertos de México; su mérito excepcional lo llamó pronto a la capital, que lo colocó enseguida al primer rango de sus colegas. Estaba a punto de regresar a Francia cuando el plomo asesino puso fin a sus proyectos y a su existencia.

- (46) La víspera del día en que el general Rangel fue juzgado por la Corte marcial, recibí la visita de uno de los miembros del tribunal. Era uno de mis amigos y podía hablar francamente con él. Habiéndole preguntado sobre el resultado probable del proceso, me contestó que él sería seguramente exonerado, que no habría una opinión contraria, que no era común en México castigar rigurosamente a las personas culpables de delitos fuera del campo de batalla; que sería injusto cargar en algunos todo el rigor de la ley, cuando tantos otros habían gozado de la impunidad por delitos semejantes y que, por lo que le a él tocaba, se sentiría culpable de parcialidad si rendía un veredicto de muerte contra el acusado. Después de esta profesión de fe, tan extraña a primera vista, no pude dejar de decirle que yo atribuía precisamente a gente flaca como él mismo el debilitamiento de todos los resortes del gobierno con las desgracias que de ello se originaban. Le pregunté si se creía legislador o tan sólo el intérprete de la ley; si tenía el derecho de moldear de esta manera una sentencia según sus opiniones privadas; si no se sentía obligado, por su juramento y el espíritu de las instituciones judiciales, a darla conforme a su conciencia y al Código criminal; si usando el derecho de in-

dulto no usurpaba las prerrogativas del Congreso. Añadí que, si aún no se había empezado a reformar estos abusos de impunidad, era durante el sabio gobierno de Herrera cuando se debía intentar restablecer las relaciones indispensables entre la falta y el castigo; que si Rangel era indultado sería un golpe fatal contra Herrera; que este presidente no tardaría en sucumbir a nuevos intentos mejor tramados que el primero; que esta era de orden y moralidad, inaugurada el 2 de diciembre, desaparecería sin duda para nunca volver, y que sería sustituida por la hidra de la desmoralización social, que tan difícilmente habían desterrado los mexicanos; finalmente, que si este veredicto de indulto era pronunciado, los propios jueces de Rangel deberían ser sacrificados para la salvación de la patria. Al día siguiente, el indulto fue efectivamente pronunciado, pero dos bolas negras habían sido depositadas en la urna: una por mi antagonista de la víspera, la otra por uno de sus colegas, considerado como su ayudante.

¡Pobre Rangel! Él no sospechaba que yo era el responsable de aquellos dos votos severos. Sin embargo, estaba yo muy lejos de desear personalmente su muerte, pues no lo conocía, ni siquiera de vista en aquel entonces. Yo había hablado de los males que había suscitado al país la impunidad de los crímenes políticos en general; había censurado a todos los jueces de la corte marcial, pero habría aprobado al juez que, ante la imposibilidad de hacer triunfar la ley, habría puesto, como los demás, una bola blanca. En efecto, en una sociedad desordenada, en la que la voz de un ciudadano común y corriente ha de quedar impotente, aún cuando predica la justicia, un hombre sólo puede protestar contra un crimen, contra una iniquidad que afecta a un individuo, una familia, una clase de la sociedad, que son las víctimas. ¿Por qué oponerse a un acto de clemencia, tal vez inoportuno, cuando la nación lo aprueba? ¿Para qué mostrar una vana inflexibilidad y condenar a un hombre a la pena de muerte, cuando uno tiene la seguridad de encontrarlo al día siguiente, libre y festejado en los salones de sus amigos? Y ¿qué se pensó de esta protesta contra la decisión irregular de la mayoría del tribunal? Se pensó que su autor obedeció a un deseo de venganza personal, o que sus

inclinaciones eran naturalmente sanguinarias, y nada más. Pero si el presidente, asumiendo personalmente la responsabilidad de sus actos, hubiera mandado fusilar de inmediato a Rangel y a los oficiales que habían participado en la revuelta, habría sido totalmente distinto: un solo hombre, entonces, en esta posición suprema, habría podido dominar a la nación, asociándola al bien que él quería hacer. El pronunciamiento de Paredes probablemente no habría estallado unos meses más tarde, el tratado de paz con los Estados Unidos se habría firmado y México, en lugar de perder la mitad de su territorio, sólo habría tenido que sacrificar Texas hasta el río de Las Nueces.

- (47) ¡Cuántas tonterías no he oído por parte de los liberales *puros*!³² Cuando dominaba Paredes encontraba a menudo en los salones de Madame Dufoo, viuda del secretario general de las finanzas, al diputado Pedro Zubieta, jurisconsulto que tenía fama de ser muy hábil y que fue nombrado poco tiempo después presidente de la Cámara de los Diputados, luego ministro de Finanzas bajo Gómez Farías. En nuestras conversaciones, él atacaba constantemente el principio de la monarquía, que yo defendía. He aquí los principales argumentos que él exponía:

¿Cómo quiere usted —decía— imponer a los mexicanos que viven libres desde hace 25 años, a un tirano que los gobernaría según su capricho y sus ideas extranjeras, sin ninguna simpatía por ellos, puesto que no los conocería y los despreciaría ante todo? Estamos acostumbrados a la igualdad y no podríamos soportar la altivez y los privilegios de una aristocracia con la que el monarca se rodearía necesariamente. Además, ¿dónde se encontraría con quiénes formar aquella aristocracia, sostén de esta realidad improvisada? ¿Acaso el soberano la traería consigo? ¿Nos impondrían con Su Majestad algunos duques franceses y unos grandes de España? En verdad, esto sería esperar demasiado del buen carácter de los mexicanos porque, en definitiva, no podrían dejar de entender que estos señores pronto se volverían los amos y nosotros los esclavos. ¿Se tomaría, al contrario, nuestra aristocracia de nuestros antiguos condes y marqueses, o de

³² Epíteto que los ultraliberales adoptaron.

los más ricos de nuestros ciudadanos? Pero entonces veríamos de un lado una nobleza ignorante y estúpida, y del otro dignatarios de la Corona, cubiertos casi todos por el desprecio público. Finalmente, sería preciso también que aquel monarca extranjero se apoyara sobre bayonetas extranjeras, porque si llegara solo pronto sería destituido, y si llegara escoltado por soldados europeos los mexicanos se sentirían humillados. Los celos, los odios, harían perder pronto al soberano los corazones que habría logrado ganarse por otra parte; el país entero se levantaría contra él y contra su guardia, y en poco tiempo verían ustedes caer esta cabeza coronada y desaparecer del suelo mexicano aquellos satélites del déspota, como antaño aquellos de Fernando VII.

“Recordemos también —según añadía— que sería impolítico transformar nuestra república en monarquía, porque esto proporcionaría a nuestros ambiciosos vecinos un pretexto más para hacernos la guerra, y esta vez harían todo lo posible por apoderarse de México y anexarlo a los Estados de la Unión. Hallándose entonces las tropas europeas sobre nuestro territorio, sería nuestro propio país el que se volvería el teatro de la guerra entre aquellos extranjeros ávidos y ni siquiera tendríamos el derecho de quejarnos porque sería nuestra imprudencia la que habría provocado todos estos desastres para nosotros.”

He aquí, a grandes rasgos, todas las armas con las que Zubieta y sus amigos atacaban el principio de la monarquía. Ahora bien, es obvio que este abogado cometía un anacronismo cuando veía a un rey constitucional como un déspota a la manera de Luis XIV o del rey de Nápoles.

El reinado de Luis Felipe no me gustaba, ni tampoco a mucha gente, sin embargo, ¿qué hombre sensato e imparcial se atrevería a dar a aquel rey el nombre de tirano? Un mexicano menos que cualquier otro puede juzgar su reinado con tanta severidad, cuando puede comparar sus actos con los de Santa Anna, Arista, Valencia, los gobernadores de los estados de la federación y los más humildes empleados civiles y militares, nombrados unos para gobernar paternalmente y otros para servir a un pueblo que tratan, al contrario, como si fueran ilotas. Aquel honrado diputado creía, o fingía creer, que la orden del

rey o de sus amantes bastaba todavía para encerrar en la Bastilla a cualquiera pequeño o grande. Él halagaba a la igualdad como una calidad particular de las instituciones de México, mientras no existe país en el mundo donde menos se conozca, puesto que en esta república las leyes callan ante el hombre poderoso, la razón sólo la tiene el más rico y el derecho del extranjero es inferior al del criollo. Zubieta elogiaba la igualdad cuando el burgués de las ciudades nace oficial, y el habitante del campo, soldado condenado al bastón, y atribuía al mismo tiempo a nuestra aristocracia unos privilegios que ya no tiene y al pueblo francés una servitud que canceló en 1789, ignorando que el hijo de gran nobleza lleva las condecoraciones más humildes durante varios años si no ha merecido las más importantes por sus estudios y su saber, mientras que el hijo del campesino recibe esta última de inmediato en cuanto aprueba los exámenes de la escuela.

Que un mexicano, amigo sincero de los progresos de su país, compare el código Napoleón al laberinto de leyes contradictorias en que los abogados encierran a los pleiteantes, y en las que el juez siempre encuentra una salvaguardia en contra de la arbitrariedad de sus sentencias, y pronto pedirá la reforma de esta legislación monstruosa. Que compare nuestros tribunales con los de su país, y se sentirá humillado por la diferencia infinita que existe entre éstos, para su propia desventaja, y votará por la destrucción de aquellos laboratorios de iniquidades por las que los pleiteantes se vuelven el juguete del capricho, la pasión y la avaricia de los jueces. Que se acuerde de aquellos ministros de Luis Felipe, pares del reino, condenados a la degradación y a la pérdida de sus derechos civiles por unas faltas que se pueden declarar en México sin inconveniente. Que visite nuestras penitenciarías, y verá cuál es el castigo que se infringe a aquellos que son infieles en el manejo del dinero público, y se llenará de vergüenza e indignación al acordarse haber oído en su país a unos empleados de la aduana declarando pública e impunemente: “hice mi fortuna en un año”. ¡Pobre Zubieta! O usted no sabía realmente lo que sucedía entonces en Francia, o usted no actuaba de buena fe.

En cuanto al cortejo aristocrático con aquel rey constitucional hubiera debido rodearse, el que asustaba tanto al señor Zubieta, no se habría reclutado ni en las familias de alta nobleza de Francia y España, ni entre los grandes terratenientes de México. El príncipe escogido para reinar en este hermoso país, para poner todo en orden en lugar del caos, debería necesariamente llegar acompañado de algunos hombres hábiles, nobles o no, que le ayudarían con sus conocimientos y su experiencia. Los mexicanos ilustrados se habrían juntado con ellos para ayudarlos en el cumplimiento de sus grandes obras, y más tarde, los servicios prestados serían premiados, sea con distinciones personales, sea con títulos hereditarios sin privilegios, lo que no contradice a la igualdad ante la ley. Los antiguos nobles del país, bien es cierto, se juntarían con esta última clase, pero avergonzándose de su ignorancia y de su modo de vivir se esforzarían muy rápido por elevarse al nivel de sus modelos, agujoneados por el amor propio, que en México, sobre todo, nunca falta. Siempre existe en un Estado bien constituido, monárquico o republicano, una clase distinguida, formada por hombres premiados por sus méritos y sus bellas acciones: ésta es una nobleza de por vida. Es la única que entiendo cuando no existen privilegios inherentes al título. En efecto, ¿por qué se concedería la herencia de un título nobiliario, si no se le añade algún tipo de privilegios que impiden que pierda jamás la dignidad que le confiere la ley, cayendo en la miseria?

En una monarquía absoluta, o sea aquella en la que un solo hombre gobierna como quiere, se sabe que el trono necesita de un apoyo contra la muchedumbre que podría derrocarlo y los vasallos de la Corona, cuyos intereses están ligados a los del monarca, son los que la defienden contra estos ataques. Esta nobleza debe ser hereditaria, como sus feudos, porque la herencia constituye un derecho mucho más sólido y mucho menos denegado que una posesión efímera. El pueblo tiende a respetar más un apellido antiguo que uno de ayer, y los hijos están más dispuestos a defender derechos que les pertenecen que un principio que se encontraría, sin esto, en oposición con sus intereses

futuros. Esta nobleza debe gozar de grandes privilegios, porque debe ser siempre rica, poderosa y honrada. Pero en el estado actual de nuestras sociedades, en el que el hijo del nombre ennoblecido y colmado con los favores de un gobierno no puede nada ni a favor ni en contra de la realeza y vuelve a caer en los rangos del vulgo pese al título que lleva, ¿cuál es la razón que hace adoptar el principio de la herencia? ¿El hijo de un valiente no puede ser un cobarde? ¿Aquel de un genio, un tonto? ¿Aquel de un ciudadano caritativo, un egoísta? Sí. Entonces, ¿por qué perpetuar un premio que ya no es merecido? ¿Qué se diría de una legislación que haría recaer la infamia del criminal sobre toda su descendencia? Sería injusta. Pues bien, la herencia de la nobleza, cuando ésta ya no puede ser el apoyo de la realeza, resulta ilógica. Es, además, un principio desconsiderado, calamitoso, inhumano, ya que castiga una raza por lo ilustre de sus orígenes, la condena a los males mayores que afligen la humanidad, a las torturas morales. ¿Cómo quiere usted que yo sea escudero, barón, conde, marqués o duque, si no me ha dado ningún empleo que me proporcione los medios para sostener mi rango, si no ha constituido ningún mayorazgo que me proteja de la miseria! Esto es intolerable. Usted no ignora que no puedo ejercer de peluquero ni de ropavejero; mi constitución, mi edad, no me permitirán siempre ser soldado, entonces, ¿qué opción me ha usted dejado? Ay de mí: la de matarme si tengo el valor de hacerlo o de temperar mi desesperanza por la borrachera, si la horrible miseria me arropa o, finalmente, el de tomar la carrera del crimen si espero encontrar en ella provecho e impunidad. He aquí a lo que me condena el principio de herencia sin privilegios, por tener la desgracia de descender de antepasados ilustres.

Napoleón I cometió el mismo error cuando, reconstituyendo una nobleza que la república había abolido, sacrificó a los prejuicios, a los errores del pasado, cuando estaba en su poder el de mejor adaptar la institución de la nueva clase patricia a las exigencias de su época. Decretó, en efecto, la creación de mayorazgos relativa a la herencia de los títulos nacientes, pero la antigua nobleza no quedó sometida a las mismas condiciones y

nada la defendía de la miseria. Además, en cuanto se refiere a la nueva, los abusos la habrían pronto puesto en la misma situación que la antigua.

Así, si la nobleza mexicana fuera desgraciadamente reconstituida sobre las mismas bases que en Francia, sólo dependería de sí misma y de ninguna manera del resto de la nación, a la que acabaría por dar más pena que envidia.

En cuanto a la fuerza armada que el monarca extranjero tendría que traer con él (puesto que convengo en efecto que, si llegara solo, se vería en una situación difícil en cuanto mostrara buenas intenciones), es evidente que debería ser bastante considerable para que se pudiera esperar de su presencia sobre el territorio mexicano la tranquilidad de la que ya no se gozó desde 1810, y de la que, sin embargo, se necesita mucho para organizar el país y volver productivos los recursos. Para resolver este problema, hacen falta seis mil hombres de tropas extranjeras, sin contar con los oficiales y los suboficiales, puestos que se llenarían con soldados indígenas. Este número es suficiente para mantener la paz, ya que casi la totalidad de los mexicanos se unirían de corazón y de acción a un gobierno fuerte y sabio que asegurara su felicidad. Y todos estos pequeños perturbadores de la paz pública, que tan a menudo encontraron un modo de medrar en sus rebeliones constantes, no se atreverían entonces a alterar el orden establecido, al saber que su imprudencia podría costarles la cabeza o la libertad. Porque hay que saberlo: los mexicanos son el pueblo más fácil de gobernar del mundo.

Por fin, para tranquilizar a los liberales puros y los espíritus tímidos del partido conservador, los que deseando la monarquía renuncian a ella por temer que su país sea el teatro de una guerra desastrosa entre los angloamericanos y los europeos, cabe observar que los Estados Unidos soportarían a la monarquía mexicana lo quisieran o no, impedidos como se verían por un sentimiento de pudor al decir frente a las demás naciones: “nos oponemos al establecimiento de la monarquía en México porque ella representa el símbolo de la paz y la prosperidad, y porque nosotros pretendemos dominarlo más tarde mediante la

anarquía y la miseria”. Además, si los angloamericanos se atrevieran a pasar la frontera por segunda vez y sostener con las armas en la mano su injusta pretensión, las tropas del rey, instruidas en mejor escuela, los obligarían a regresar rápidamente, quitándoles por mucho tiempo las ganas de volver nuevamente. El conocimiento que todos tenemos del modo de hacer la guerra de aquellos soberbios republicanos nos autoriza a pensar de hecho que seis mil hombres de buenas tropas europeas, ayudados de algunos militares auxiliares del país, pueden fácilmente repeler la invasión de treinta mil estadounidenses. Ahora bien, como la República Mexicana no ha podido resistir a un número de la mitad de estos invasores, podemos atribuir al establecimiento de una monarquía extranjera en México, si la cosa fuera posible en las circunstancias presentes, el único modo de asegurar la independencia de esta desgraciada nación.

- (48) Se acusó a Arista de haber traicionado en las jornadas de Palo Alto y del Resac de Guerrero al dejarse vencer al propósito, con la condición de que el enemigo no asolaría sus hermosas propiedades en la provincia de Coahuila, pero esta aserción no tiene ningún fundamento, puesto que consta que él se defendió durante dos días como cualquier general mexicano. Y si se le reprochan movimientos estratégicos mal inspirados o mal ejecutados, no se trata de una condescendencia infame, inaudita, sino más bien de la impericia del jefe y el poco valor de sus oficiales.

No hay más traición en estas fatales acciones por parte de Arista ni tampoco de Ampudia, por haber defendido mal a Monterrey, que en las de Miñón y Santa Anna en la Angostura, Cerro Gordo y Churubusco, de Valencia en Padierna, y finalmente de los generales de caballería en Molino del Rey. Se concibe que todos los mexicanos quisieran encontrar a estos desastres una causa que protegiera el honor del ejército que habían creído invisible hasta entonces. Es un sentimiento natural y loable, hasta cierto punto, pero que se vuelve reprehensible cuando se llega hasta la ceguera y la injusticia. Además, la nación, que creyó primero en la traición de Arista, se desengañó pronto al enterarse de las derrotas de los generales en los que más se había

confiado; y aunque su proceso sólo terminó en 1851, ya la opinión lo había absuelto antes del final de 1847.

- (49) En aquel entonces, se daba el nombre de polkos a los jóvenes que bailaban la polca, o sea, que pertenecían a las clases arriba del pueblo. Nada más fácil hubiera sido dispersar en un santiamén a todos aquellos guardias nacionales, si el comandante general Canalizo hubiera tenido el menor instinto de valor. El primero de marzo en la mañana, treinta caballeros saliendo al galope por la calle de Plateros habrían encontrado a todos aquellos jóvenes dispersos en las calles cercanas a la Profesa y entrando con ellos de modo desordenado en sus barrios. Los polkos no se habrían defendido. Pero aun cuando hubiera sido necesario recurrir a la artillería para tumbar la puerta del puesto, no sería necesario exponerse durante el ataque, ya que las ventanas del convento de la Profesa son pocas y nada cómodas para disparar desde allí. Para que el fuego de las guardias nacionales fuera efectivo, habría sido necesario que ellas se mostraran a cara descubierta, y es pertinente pensar que no lo harían.

Pese a ello, las tropas gubernamentales se quedaron sin actuar, limitándose a levantar barricadas alrededor del Palacio y del Zócalo. Por su lado, los polkos levantaron tranquilamente unas cestonadas y durante 23 días pudimos ver de nuevo las escenas ridículas y calamitosas que habíamos lamentado en 1840 y 1841. Sólo hubo dos polkos muertos, pero en cambio muchos infelices perecieron, sea por accidente, sea a causa de premeditaciones criminales. Yo había escapado a un gran peligro el 15 de julio de 1840, pero corrí otro mayor en esta revuelta de los polkos, y diré cómo ocurrió. Habían colocado dos cañones de ocho en el cruce de las calles del Coliseo Viejo y del Espíritu Santo, y de allí se disparaba día y noche contra el muro opuesto del callejón sin salida de Dolores. ¿Con qué intención? Nunca lo supe. Cierta día, el cañonazo había menguado, y durante dos horas no se había oído una sola descarga. Pensando que yo podía llegar sin peligro a la calle del Espíritu Santo, salí de casa. En aquel entonces yo vivía en las galerías del Coliseo Viejo, las cuales estaban desiertas: un solo hombre cargando una canasta con

provisiones caminaba rápidamente bajo las arcadas; yo seguía del lado de las casas. Apenas había dado cien pasos cuando una descarga de metralla barrió la galería. Ni él ni yo fuimos alcanzados gracias, sin duda, al poco alejamiento de la pieza, que permitió que el saquete pasara entre él y yo sin baraustrar demasiado. Su silbido fue espantoso. La canasta del criado fue lanzada lejos de allí y el pobre mozo echó a correr con todas sus fuerzas, hecho toda una gacela por el miedo. En cuanto a mí, seguí caminando normalmente, pese a estar seguro de haber sido herido, palpándome como para asegurarme de que seguía todavía entero. Cuando llegué a la callejuela, fuera del alcance del cañón, fue cuando me invadió el susto. Sentía mis piernas doblarse y mi corazón latir contra sus lados como un martillo sobre un yunque. Mi primera emoción me había parecido leve, pero la reacción fue violenta. El terror se apoderó de mí al pensar en lo ocurrido, como palidezco todavía cada vez que recuerdo el salvamento de la *Una*.

- (50) En la batalla de Molino del Rey los mexicanos tenían un cuerpo de cuatro mil hombres de caballería, mientras los estadounidenses sólo podían oponerles unos 280 dragones. Ahora bien, pese a esta superioridad de fuerzas y a las órdenes reiteradas del general en jefe, esta división quedó inactiva durante siete horas a un tiro de este puñado de hombres, que habrían sido despachados hasta el último en menos de diez minutos si el sentimiento del honor militar hubiera significado algo para los oficiales que los comandaban. Si Santa Anna hubiera sido obedecido, Scott y todos sus estadounidenses estarían perdidos.
- (51) El estandarte del joven parisino Dargonville fue el primero que apareció en el frontón del castillo de Chapultepec. Se vio el iris de sus colores durante un minuto o dos, y luego desapareció, lo que hizo pensar a aquellos que, como yo, consideraban la acción desde lo alto de los edificios de la capital, que la azotea del castillo acababa de ser retomada por los mexicanos. Pero no era el caso: la bandera se había caído porque una bala había quebrado el asta, y un momento después el estadounidense Rogers la sustituyó por la suya. Debo corregir aquí una imputación injusta

hecha por *mistress* Trollope relativa a la valentía de los soldados estadounidenses. Es cierto, los vi combatir desde cerca en Churubusco, en Molino del Rey, en Chapultepec y en México, y no he visto nada en ellos que se pareciera a la cobardía. Más aún, todos notaron que combatían con una sangre fría notable, que contradijo absolutamente las aserciones de *mistress* Trollope.

En cuanto al tono y a los modales de los oficiales estadounidenses, estos suelen ser muy atrasados. Nos sorprendió mucho verlos sonarse las narices con los dedos, escupir por todas partes en las alfombras, los muros, los muebles, sentarse en las ventanas poniendo los pies en la barandilla de los balcones, y pronunciar el *Goddam* a cada rato. El primero que llamó la atención por sus extraños modales fue el general Tweegs. Tres días después de la toma de México, el senador J. Quiñones, uno de mis buenos amigos de Oaxaca, al encontrarme en Palacio me rogó ser su intérprete con Tweegs: venía a pedir una orden para que los centinelas no le dispararan a los hombres que él iba a mandar para levantar algunos cadáveres que exhalaban olores en la calle de Santa Inés, donde él vivía. Tweegs estaba en la galería del primer piso, sentado en una butaca y con la pierna derecha colocada horizontalmente en una banca. Se había descoyuntado la rodilla unos días antes dando una patada a uno de sus carreteros y acababa, pese a ello, de dar otra a un pobre mexicano que se le había acercado para hacerle alguna reclamación. El momento no me parecía muy adecuado para presentarnos ante él; sin embargo, nos acercamos y le expliqué lo mejor que pude el motivo de mi intervención. “Si su mexicano tiene muertos que enterrar —me dijo—, que los entierre y no venga a molestarme por ello”; “pero, general, los centinelas del cuartel que se encuentra frente al arzobispado tiran sobre los grupos que se presentan y hacen falta varios hombres para retirar a los muertos”; “pues que se las arregle, no tengo aquí ni tinta ni papel, y no, desde luego, no quiero molestarme por él”. Al decir esto se dio la vuelta, lo que me indicó que debía retirarme. Nuestra conversación había durado a lo más tres minutos, y en este corto intervalo Tweegs se había sonado las narices con los dedos,

que limpió en los pantalones, y había escupido dos veces, esforzándose por alcanzar el punto más alejado posible.

Al encontrarse acuartelado en el convento de los agustinos un cuerpo de Tennessee, el barrio se volvió infecto en pocos días, pues no lo lavaban ni lo barrían; la basura se acumulaba, se pisaba sólo estiércol al cruzar la puerta de entrada. Las mismas aceras de la calle de los Agustinos estaban cubiertas con una espesa capa de grasa que despedía un olor apestoso. Al encontrarme un día por casualidad en Tacubaya con el coronel de este mismo cuerpo, y charlando con él llanamente, le pregunté por qué no ordenaba cada día que algunos de servicio limpiaran su barrio, que tanto apestaba. Él me contestó que sus voluntarios eran hombres libres y que él no tenía nada que mandarles fuera del servicio meramente militar; que ningún soldado le obedecería si le mandaba tomar una pala o una escoba. Rochambeau tenía la razón: “los estadounidenses son valientes cerdos y cerdos valientes”.³³

- (52) He aquí, sobre el lamentable episodio de Guaymas, lo que el señor de Raousset escribió a su hermano Víctor dos días antes de su ejecución:

Guaymas, 10 de agosto de 1854.

Mi querido y buen hermano:

Cuando recibas esta carta ya no estaré en este mundo. He aquí, brevemente, las circunstancias que ocasionaron mi muerte. Dejé San Francisco el 25 de mayo, te escribí el porqué y el cómo. Después de un viaje accidentado durante el cual naufragué, viviendo 12 días en una isla desierta y sin agua, llegué finalmente a Guaymas, donde desembarqué el 1 de julio. El 13, unos 300 franceses se sublevaron. No es posible, al tener que ser leída esta carta por otras personas antes de que te llegue, que te cuente cómo, a resultas de algunos acontecimientos, tuvo lugar este hecho de armas. Los franceses estaban, antes de mi llegada, organizados en un batallón de voluntarios al servicio de

³³ Este chiste se atribuye también al señor Talleyrand.

México. Tenían sus oficiales y comandante, un buen soldado, pero incapaz de encabezar una acción; las pretensiones y la susceptibilidad de aquel hombre me obligaron a que le otorgara un mando por encima de sus fuerzas. Llevó a los franceses al combate como a un rebaño de borregos. Desde los primeros tiros, ellos se dispersaron y se enredaron en un desorden horroroso. Yo le había dado un plan general, que no fue capaz de mandar ejecutar en un solo detalle. Los mexicanos se batieron por otra parte con mucho coraje. Su general era un hombre de indiscutible bravura y ellos también. El combate empezó a las cuatro de la tarde; a las seis, los franceses, desalentados y habiendo perdido entre heridos y muertes la tercera parte de sus efectivos, se refugiaron en la casa del agente consular francés y se entregaron numerosos.

En este combate desastroso sólo pude actuar como soldado y dar el ejemplo; tengo la conciencia de haber hecho, para encabezarlos, todo lo que un hombre puede hacer, pero nunca pude reunir a mi alrededor a más de unos veinte. Me quedé dos o tres minutos a horcajadas en una muralla para mostrarles que se podía pasar del otro lado, pero sólo un hombre me siguió. En otra parte, me lancé solo hasta el cuartel de los mexicanos, que se encontraba a unos veinte pasos, apoyado contra un muro en ruinas, pero nadie me siguió. Me quedé allí apoyado en un muro en ruinas detrás del cual se hallaban soldados mexicanos. En otra parte, me lancé solo hasta el cuartel de los mexicanos. Los veía claramente perdidos, a unos cientos de pasos, y nadie me siguió. Me quedé allí, apoyado a un muro en ruinas, detrás del que se encontraban soldados mexicanos, y esperé que los franceses se unieran a mí. Allí, recibí en mi pierna izquierda un bayonetazo y un tiro; lo vieron, creyeron que estaba herido y, sin embargo, nadie acudió. Tuve que reunirme con ellos.

Cuando los franceses entraron en la casa consular, todo había acabado. Los veía totalmente perdidos. Había cumplido con mi deber y tenía el derecho de pensar en mi propia salvación. Varios me aconsejaron huir, yo hubiera podido: me era fácil reunir a unos 12 marineros, apoderarme de un navío de guerra y salir al mar. Perdóname, hermano mío, por no haberlo hecho: lo habrían llamado fuga. Había llegado para compartir la suerte de los franceses, quise compartirla hasta el final. Hice de modo deliberado el sacrificio de mi vida, no me rendí, me hicieron prisionero.

Ayer, 9 de agosto, me juzgó un consejo de guerra que me condenó a muerte: me fusilarán mañana o el día siguiente. El general Yáñez se dignó otorgarme el derecho de escribirte y me aseguró que, sin tener que sufrir ninguna humillación, me fusilarán de pie, sin taparme los ojos, con las manos libres. Desde hace 27 días que me encuentro en la cárcel y tuve todo el tiempo para ver acercarse la muerte y para pensar en lo que es, cuando uno la recibe a los 36 años, a sangre fría, con certeza, en la plenitud de la vida y de la fuerza. No vayas a creer que hay para mí un sufrimiento en esta situación, no te alteres pensando que se debe considerar esto como una larga y dolorosa agonía. No, hermano, te equivocarías: muero con absoluta calma. Hay en mi vida una suma de bien y de mal, y considero el suplicio como una expiación del mal. El poco bien que hice, y sobre todo el que quise hacer, me da la calma de la conciencia. Si estoy aquí es por haber cumplido con mis compromisos; la fidelidad a mi palabra es la que cavará mi tumba. Quise traer el bien a los hombres que habían confiado en mí, amo sinceramente al país en el que voy a morir. Fuera de algunos arrebatos de enojo y pasiones naturales a mi índole, quise sinceramente el bien del país, el que sólo podía mejorar con la realización de mis ideas. Si la legación de Francia me hubiera respaldado, aunque fuera mínimamente cuando fui a México, tengo la convicción de que grandes ventajas hubieran resultado para México y para los desdichados franceses que prueban fortuna en California, contra un porvenir sin esperanza. Dependió de mí el causar mucho daño, de haber querido apelar a las pasiones nefastas, pero puedo decir que sólo apelé a buenos sentimientos, por lo que tengo la conciencia tranquila.

Tengo una fe profunda en la inmortalidad del alma, creo con firmeza que la muerte es la hora de la libertad. Creo formalmente en la mansedumbre infinita del Creador para con su criatura. Cuando me quedo algún tiempo con este género de ideas, logro una exaltación que me hace considerar la muerte como la hora más dichosa de mi vida. Ya lo ves, hermano mío, muero en paz y no debes tener alguna inquietud sobre mis últimos instantes.

Le rogué a un oficial mexicano que recoja en mi cadáver una medallita que llevo en el cuello. La llevará a ti por medio de un amigo suyo que tiene que ir a París. Darás esta medallita a mi sobrina para que se acuerde de mí, y le dirás que se acuerde siempre, al mirarla, que la mayor hermosura de la mujer es la sabiduría; que una mujer debe

tener una vida seria y pensar en su casa y su familia, en lugar de soñar con bailes y baratijas. Todo lo que hagas para que tu hija sea una mujer así, apegada a su marido, a sus deberes, a su casa, una mujer, finalmente, que se parezca a su madre, lo harás para la felicidad de tu hija. En cuanto a tus hijos, dales una carrera que puedan recorrer, dales una ocupación y una meta, si no, teme por su porvenir; desconfía de la educación universitaria, la peor que conozco. Lo sabes como yo por experiencia: la mayoría de los alumnos salen del colegio sin haber aprendido nada. Cuida la educación de tus hijos, que aprendan mucho y sobre todo las cosas prácticas. El Duque de Aumale me decía: “seguramente haré que mi hijo aprenda una actividad práctica y manual para que pueda ganarse la vida”. Medita estas palabras, querido hermano mío, y no olvides que el que habla de esta manera es hijo de rey. Tu posición en cuanto a fortuna te permite dar a tus hijos la educación más completa que se pueda imaginar. No descuides nada, éste es tu deber y su porvenir depende de ello. Te hablo así de ti y de tus hijos porque, después de una separación de algunos años, nuestros destinos harán que nos volvamos a ver. Por caminos distintos y en más o menos tiempo, todos llegamos al mismo término: la muerte. La muerte es la reunión de los que se amaron.

Nuestro padre era un hombre que no solía abandonar su expresión severa, ¿cómo es posible que, desde hace años, lo veo en sueños siempre sonriente y bondadoso? ¿Cómo es posible que conservara para mi madre un culto, un afecto y continuas aspiraciones hacia ella, yo, que nunca la conocí? Es que existe entre nosotros, sin duda, una cadena misteriosa que empieza antes de la cuna, se extiende más allá de la tumba, en la que la vida sólo forma un eslabón. Sí, nos volveremos a ver. No se debe echar de menos a los que mueren, pues se reúnen con los que los quisieron y esperan a los que los aman.

Supiste, hace tiempo, de mi relación con Eloise; de esta relación nació una hija cuyo futuro me preocupa y es para mí un deber encomendártela. Dejo a tu buen corazón el decidir lo que puedas hacer por ella. Dile a tu buena y excelente esposa que le pida a sus hijitos que recen por mí, que acostumbre a estos angelitos a hablar del tío Gastón y a amar su memoria. ¡Buena Laurence!, cuántas veces en el curso de nuestras aventuras no habré pensado que hubiera sido mejor para mí vivir tranquilamente retirado en las santas alegrías de la familia, con una esposa excelente como ella. Sabes quiénes eran mis amigos, diles

que no los he olvidado; desde el umbral de la tumba a la que bajaré mañana, todos los que me amaron son más queridos para mí, y desde lo más profundo del corazón, les agradezco por las horas de alegría que su afecto me deparó. No vayas por favor a olvidar a Edm. De Narey, puesto que él es de todos el que más me quiso y al que más quise.

Ya es tiempo de acabar esta larga carta. Cuando pienses en mi vida, piensa que existen personas excepcionales cuyas cualidades y defectos las llevan a caminos extraños. Sólo cabe juzgarlos con suma moderación. Adiós, hermano mío, prosigue tu vida como lo hiciste hasta ahora. Harás bien. Sigue dedicándote a tu esposa y a tus hijos; háganme regresar con ustedes en pensamiento y crean que lo que más siento es no poder, antes de morir, pasar algunas horas con mi familia.

Adiós de nuevo, adiós por última vez, nos volveremos a ver en un mundo mejor.

FIRMA: Gastón de Raousset-Boulbon

P.S. Recibirás con ésta una copia de mi sentencia. Verás que me condenan como conspirador y revoltoso, pero que no contiene ningún término infamatorio. M. Calvo, agente consular francés en Guaymas, se mostró perfecto para mí en mis últimos momentos y necesito cumplir con él una reparación justa, importante para mí. Entre los papeles que te enviarán desde San Francisco hay unos que contienen notas hostiles relativas a su persona. Te encargo borrar totalmente lo que en estas notas se refiere a M. Calvo.

CAPÍTULO VI

(52 bis) La Ciudad de México cuenta con cinco mil casas, las que junto con los templos y demás edificios públicos, son valuadas en unos ochenta millones de piastras. Más de la mitad de estas propiedades pertenecen al clero. El monto total de las propiedades del clero en toda la república, según el cálculo del señor Lerdo de Tejada, supera los 250 millones de piastras, lo que representa aproximadamente la tercera parte de los bienes raíces de la nación. Si se añade a estos bienes el producto de los diezmos, los derechos parroquiales, los que se perciben para

las bodas, bautizos, nacimientos y funerales, se llega a una renta anual de veinte millones de piastras, según el avalúo que hizo el autor citado. El personal del clero mexicano, el secular junto con el regular, está compuesto hoy en día (1855), por 4 615 individuos.

El gobierno dista mucho de ser tan rico como el clero. Los gastos del presupuesto son de:

- 24 819 203 piastras para los gastos del presupuesto,
 - 15 000 000 para las entradas,
- por lo que el déficit anual es de 9 819 203 piastras.

Este déficit aumenta muy poco la deuda externa de México; los empleados, los funcionarios y los pensionistas del gobierno soportan una parte de ello y el resto atañe a las distintas ramas del servicio público. Sería muy deseable que una constitución definitiva regularice la fortuna del Estado y la del clero, atribuyendo al primero, sobre los bienes de manos muertas, lo necesario para satisfacer sus necesidades. Sin embargo, yo no confiaría en los liberales del país la tarea de hacer esta repartición. Prefiero verlos allí donde están, pero no en sus manos.³⁴

- (53) Quinientos nobles mexicanos, según la relación de Cortés, se habían fortificado sobre la plataforma del templo y se necesitó al menos un número semejante de españoles para desalojarlos. Los escritores españoles que describieron este templo no se han puesto de acuerdo acerca de sus dimensiones. Seguí las medidas adoptadas por Clavijero, según lo que le pareció más probable a partir de la comparación de los escritos de los cuatro testigos oculares: Cortés, Bernal Díaz, el Conquistador Anónimo y Sahagún.

³⁴ El gobierno del presidente Comonfort acaba de decretar (25 de junio de 1856) que el clero mexicano ya no será dueño de inmuebles; constituye como propietarios de estos a los inquilinos actuales, con la condición de pagar el alquiler a título de censo a las comunidades y corporaciones de las que dependen.

Esta combinación salvaguarda y protege todos los intereses: los del clero, de las corporaciones, de los inquilinos, del fisco, y de la sociedad entera. Al movilizar los bienes raíces, reduce el principal obstáculo que se opuso hasta hoy al establecimiento de un sistema de impuestos uniforme y equitativo.

- (54) *El micuahuitl* fungía como espada. Se trataba de un palo provisto de pedazos de obsidiana, producto volcánico vidrioso de color negro ahumado, que los mexicanos llamaban *ixtli*. Las flechas eran rematadas con una hoja de obsidiana puntiaguda de dos filos. Los cuchillos, hechos de la misma manera, eran tan duros y filosos como el acero.
- (55) México fue el país menos maltratado por los españoles. Esto se debe a que los mexicanos, pueblos guerreros, eran lo bastante temidos por los conquistadores como para que fueran tratados por ellos con cierta consideración. Pero las infelices poblaciones de las Antillas, de las orillas del lago Nicaragua y del Perú, cuya índole sencilla y mansa no les inspiraba ningún temor, fueron diezmadas cada año, de modo que amplias tierras vacías se extendieron sobre las regiones más pobladas. Menos de un siglo después de la llegada de Colón, no quedaba ni un indígena en las Antillas.
- (56) En 1843, el señor Tornel, que acababa de ser nombrado director de la Escuela de Minas, puso a concurso la cátedra de lengua francesa, para cumplir con el reglamento del establecimiento. Sin embargo, ya había escogido a los aspirantes: el menos conveniente de todos era precisamente el que él quería que fuera escogido porque era mexicano. Como el resultado del examen no le fue favorable, he aquí la manera como obró para resolver el asunto. Le dio a su protegido la cátedra de alemán, obviamente sin examen previo, puesto que no sabía una palabra de esta lengua. Luego le pidió al titular de la cátedra de francés, que sabía algo de la lengua de Schiller, que permutara con aquel. El extranjero no se atrevió a ir en contra de una voluntad tan fuerte y aceptó. Así es como la cátedra de francés y la de alemán fue ocupada por dos ignorantes. Si algo semejante aconteciera en una de nuestras escuelas de primer nivel, ¿qué harían los alumnos? ¿Qué dirían los periódicos? ¿Cómo reaccionaría la autoridad superior? Obviamente, los primeros se sublevarían, los segundos denunciarían el escándalo y el gobierno modificaría la decisión del director. Pero ¿qué creen que sucedió en México? Los alumnos que salían perjudicados no chistaron, ningún

periódico denunció a la opinión pública este favoritismo fatal para sus progresos y ninguna intervención superior corrigió el daño que, por otra parte, pasó desapercibido. Era un abuso de poder como se ve cada día, no había en esto nada que pudiera llamar seriamente la atención de los mexicanos: ellos se echaron a reír y callaron.

Tornel, aunque hijo de un francés, siempre se mostró hostil a los europeos en general y a los compatriotas de su padre en particular. Es probable que fingió al principio un odio que no llevaba en el corazón, para que los mexicanos olvidaran sus orígenes, pero como la costumbre se vuelve una inclinación natural, acabó odiándonos de manera instintiva. Siempre se odia a los que se perjudica a sabiendas. Su verdadero apellido era sin duda *Tournelle*. Antes de 1826, él firmaba Tornele, pero este apellido le parecía demasiado francés, por lo que suprimió la tercera letra. Tornel siempre ocupó el Ministerio de la Guerra en tiempos de Santa Anna. Acababan otra vez de devolverle su portafolio en 1853 cuando la muerte lo sorprendió en medio de sus primeros trabajos.

- (57) Antiguamente existían en los lagos de México algunos islotes flotantes que los indios habían convertidos en huertos. Pero no creo en absoluto que las chinampas formadas alrededor de las viviendas de los aztecas estuvieran también flotando, como algunos lo pretenden, porque es infinitamente más difícil e incómodo hacer que floten que construirlas como lo son actualmente.
- (58) La ovación brindada cada noche a la Albini acabó siendo perturbada por la discordia acostumbrada de los bastidores y se propagó entre los actores, los espectadores y toda la sociedad mexicana. La señora Césari gozaba de un hermoso timbre de voz y de un físico agradable junto con mucha gracia y soltura en los papeles masculinos. Se había rodeado de una pequeña corte de admiradores, los que quisieron hacerle compartir los honores del escenario que hasta entonces sólo habían sido para la Albini. Hasta entonces todo iba bien, pero las dos rivales no se contentaron con que las aplaudieran sucesivamente; cada una quería que cesaran los aplausos que recibía la otra: se armó una

cábala y degeneró a menudo en desórdenes. Entonces, México se dividió entre albinistas y cesaristas, y cada partido tuvo sus campeones. Hubo bofetadas por parte de unos y otros, y el señor de Lisle, secretario de la legación francesa, sostuvo, al salir del teatro, un duelo a la luz de las hachas en la terraza del hotel de la embajada, con un capitán mexicano de nombre Cabrera. Poco faltó para que el asunto degenerara, pero finalmente todo se calmó, y como después del delirio de un momento de ebriedad, debieron sentirse humillados por haber llevado tan lejos el olvido de uno mismo. Aquel duelo de un mexicano era un acontecimiento inaudito hasta entonces y no volvió a suceder, por fortuna. Cabrera disparó primero y falló; el señor de Lisle, por su lado, se negó a disparar y luego se dieron la mano en señal de reconciliación. De la terraza se pasó al comedor, donde se cenó alegremente, y Cabrera salió del hotel de la legación encantado de la cortesía del diplomático. El ministro de Francia, tomando en cuenta las circunstancias, no había podido negar al señor de Lisle el aceptar el desafío de Cabrera e incluso fungió como testigo de su secretario.

- (59) Dije que los teatros de París son los menos confortables del mundo: así es, vean el Gran Ópera, los italianos, los franceses. ¿No es del todo vergonzoso que, para aumentar la ganancia, se coloquen 100 o 200 personas más y se sacrifique a los espectadores y las comodidades, tomando en cuenta que estos teatros reciben un buen subsidio del gobierno? Los parisinos que nunca perdieron de vista las torres de Notre Dame siguen convencidos de que sus teatros son los más hermosos del mundo, que todo en ellos es perfecto, que no se les debe cambiar nada. Pero bastará que aquellos buenos pazguatos viajen durante algunos años para que se percaten de su error. Para juzgar, hace falta comparar. Entonces, cuando se sienten de nuevo en la platea de la Ópera se extrañarán, como yo, de que no se hayan abierto corredores para que uno llegue a su lugar o para salir de él, y que uno se vea obligado a pasar por encima de las butacas con botas lodosas, molestando a aquellos que están sentados, con la condición de ser incomodado a su vez un momento después. Pro-

testarán sin duda cuando se vean encajados con sus familias en un palco de al lado, en el que uno no se puede mover, donde uno se ahoga, y desde el cual sólo se puede ver la mitad del escenario. Y si para evitar este inconveniente se sientan en el balcón, no tardarán en darse cuenta de que las banquetas y el espacio vacío que los separa de la barandilla no se hicieron a la medida de su cuerpo y de sus piernas. A pesar de eso, se verán obligados a dejar pasar a quienes van y vienen. Después de haber sido torturado toda una función en el balcón del Teatro Francés, me preguntaba cómo era posible que uno se impusiera tal tormento. Todo el talento de *mademoiselle* Rachel no habría podido llevarme a aceptarlo. Es cierto que mi altura rebasa con mucho la media, y que mis piernas son por tanto más largas que las del común de los hombres, pero ¿no es engañoso el construir un teatro sólo para enanos? No acabaría si quisiera enumerar todas las cosas que me disgustaron a mi regreso a París en 1841 y que, sin embargo, los parisinos consideraban como buenas o, por lo menos, indiferentes. Me limitaré a señalar una que me produjo un efecto penoso.

Desde hace cuarenta años se han gastado sumas inmensas para embellecer París: la Bolsa costó veinte millones y la Madeleine, no menos; para el Palacio del Ministerio del Interior, se rebasó esta suma; el Arco de Triunfo de L'Etoile devoró treinta millones, y en cuanto al Louvre, no sé cuánto. El resultado logrado no corresponde obviamente a los gastos que se hicieron; sin embargo, ya que a los franceses les gusta que admiren su capital y que para ello hacen sacrificios de buena gana, disculpémonos, cada loco con su tema.

En París, por otra parte, echaron sobre el Sena los puentes de Arts y Austerlitz, aquellos de Saints-Pères, de la Escuela Militar y varios más. Aquellas construcciones eran imprescindibles, y el interés común las pedía. Ahora bien, el gobierno se negó a construirlos. Pródigo con la plata de los contribuyentes para futilidades, se mostró tacaño para este caso de utilidad pública: entregó el asunto a especuladores, concediéndoles el privilegio de cobrarle a los vecinos durante cuarenta o cincuenta

años o incluso más para que recobraran su dinero. Aquí no critico a los empresarios, más aún, apruebo su idea, y me encantaría saber que se enriquecieron. Pero, ¿qué decir de los consejeros municipales de la buena ciudad de París que votan a cada instante sumas enormes para fiestas brillantes, diversiones públicas, y a quienes no se les ocurrió rescatar peajes que van en contra del sentido común y de los derechos de la humanidad? ¿Qué decir de todos los gobiernos que permitieron, para ahorrar una suma comparativamente mínima, que el pobre fuera excluido de la vía pública, allí donde podía encontrar un alivio a sus fatigas? Muchas veces eché maldiciones a unos y otros cuando, cansado por el paseo y queriendo pasar por estos puentes, no encontraba ni un cuarto en mi bolsillo. Pero para los cargadores, los impotentes que salen por la calle de Sena y se ven obligados a cruzar por el Puente Nuevo o por el de las Tullerías para llegar al barrio del Palacio Real, ¿no resulta indigno quitarles durante medio siglo el gozo de estos puentes que acortan las distancias? ¡Estos puentes se les presentan como para burlarse de ellos, para recordarles a cada paso que son pobres y que nadie se compadece de ellos, aun cuando llevan en la espalda una carga de cien libras o más, o que se arrastran penosamente sobre sus miembros mutilados tal vez por haber servido al Estado!

- (60) Tengo en mi poder una cantidad de documentos que me autorizan a hablar de manera igualmente severa de los jueces mexicanos; citaré uno que, aunque ya antiguo por su fecha, parece haber servido de texto a las quejas que los particulares dirigen cada día a la autoridad superior. Lo escojo porque es corto y conciso.

A Su Excelencia el Ministro del Interior,

Zacatecas, 3 de agosto de 1837.

Los abajo firmantes, negociantes nacionales y extranjeros, informamos respetuosamente a Vuestra Excelencia que la decadencia del comercio que aumenta cada día tiene por causa, entre varias otras, la falta de seguridad de los caminos. Todos los días se cometen robos

casi a las puertas de esta ciudad, y mucho más a menudo en el camino que lleva a Fresnillo. Esto ocurre con mucha impunidad, porque no son perseguidos judicialmente, sea porque los jueces no disponen de los medios necesarios para arrestar a los culpables, sea porque la lentitud de las formalidades es un obstáculo, sea porque quieren que los procedimientos sean seguidos por las partes interesadas, lo que aumenta las pérdidas, ya que los efectos ya no se vuelven a encontrar y que los gastos se multiplican, sea que por fin exista una laguna en las leyes, una falta de energía en las personas, o cualquier otra cosa; pero el resultado es que los procesos se vuelven interminables y que muy pocas veces se infringen castigos. Los jueces no emplean la fuerza armada para perseguir a los ladrones, ora bajo el pretexto de que no les toca juzgarlos desde que se derogó la ley del 29 de octubre de 1935, ora porque esperan ser invitados por las autoridades civiles para proseguir, y que las autoridades temen no ser obedecidas. La fuerza armada no patrulla sino muy pocas veces y sólo dentro de la ciudad. La seguridad disminuye cada día; si sucede así en la capital del departamento, ¿qué será en los caminos? ¡Allá no hay ninguna!

Por tanto, rogamos humildemente que Vuestra Excelencia acepte presentar al Congreso las propuestas convenientes para evitar, dentro de lo posible, los robos y para castigar a los que los cometen, etcétera.

Me señalaban un día en Oaxaca cómo un obrero que trabajaba en una construcción había cometido dos asesinatos y gran número de robos de manera pública. “Bueno pues, dije, ¿por qué no lo detiene la justicia, ella no lo sabe? Sí, me contestaron, nosotros mismos hemos avisado al Prefecto y al Fiscal y nos contestaron que al no presentarse nadie como parte litigante, no había lugar para enjuiciarlo,³⁵ pero que si queríamos denunciarlo formalmente a la autoridad se mandaría arrestarlo. Ahora bien, puede usted pensar que nos cuidamos mucho de intervenir en aquel asunto, cuyas consecuencias hubieran sido fatales para nosotros”. Este prefecto era, sin embargo, uno de los mejores oficiales de policía de la república. ¡Imagínense cómo eran los demás!

³⁵ No había lugar a enjuiciarlo. La aserción del Prefecto y del Fiscal era falsa, puesto que la ley que rige los tribunales criminales en México ordena perseguir de oficio a los culpables.

Dos franceses³⁶ fueron robados y despojados de todo lo que llevaban en la carretera de México a Toluca. Al llegar a Lerma, caminando a pie y medio desnudos, se presentaron al alcalde para hacer la declaración del crimen y que se hiciera lo necesario para descubrir a los autores. Se les preguntó si les quedaba con qué pagar el papel sellado, y como contestaron que no, se les dijo que no podían hacer nada. Un francés de fuerza herculeana, llamado Raillard, tuvo más suerte: pasando un día con un saco de 500 piastras bajo el brazo en una calle desierta, fue atacado por un bandido que le puso la punta del cuchillo en el pecho, pidiéndole su dinero. La resistencia era imposible; fue necesario ejecutarse y entregar la bolsa al ladrón, pero como éste tuvo que usar sus dos manos para recibirlo, se quedó un instante a merced de Raillard que, sin perder tiempo, le pegó un puñetazo en el epigastrio y lo echó a tierra: había muerto. Esta vez, el juez que recibió la declaración era un hombre de bien, y lo felicitó por haber tenido tanto éxito.

- (61) Nunca me insultaron los léperos en México, salvo una sola vez. Eran los primeros tiempos de mi llegada y el pueblo aún no estaba acostumbrado a los extranjeros, poco numerosos entonces. Al pasar por una calle vecina del mercado me pegó entre los dos hombros un proyectil, de naturaleza vegetal, haciéndome poco daño. Había salido de un grupo de cargadores bastante alejado de mí. Al no saber con precisión a quién castigar este insulto, seguí mi camino echándoles algunas groserías, pero apenas volteé la cabeza, un proyectil de la misma naturaleza hizo caer mi sombrero. Furioso de ser el juguete de esta canalla, corrí hasta el grupo, con los puños cerrados, pensando patear al primero que alcanzara; pero ¡vaya!, ¡no había dado diez pasos cuando ya no quedaba nadie allí! Sólo tuve la satisfacción de ser el vencedor del campo de batalla. Era, además, lo mejor que podía sucederme.
- (62) Los mexicanos se inclinan por el bien, pero no tienen la fuerza para hacerlo cuando les cuesta algún trabajo, algún fastidio. Se tuvo de esto un ejemplo muy claro el día del combate de Padier-

³⁶ Los señores Lance y Broqua.

na. Algunas horas después de la derrota de Valencia, trajeron una docena de heridos al patio de un fondista en Tacubaya: los acostaron en el piso y los abandonaron. Algunos tenían heridas muy graves, otros más ligeras, pero todos pedían cuidados inmediatos. Aquellos infelices, que no habían tomado ningún alimento desde la víspera, que habían perdido sangre y que padecían de crueles dolores, daban mucha pena y, sin embargo, nadie se molestaba en aliviar sus males. Un negociante francés, Clément Perrissin, que vivía en la misma casa, después de esperar en vano que la ambulancia atendiera a estos heridos o que la gente del país los cuidara, bajó de su piso con su joven esposa, rompió las sábanas de su cama, sus servilletas, y preparó compresas y vendajes. La señora Perrissin, que hubiera sido la más guapa de las Hermanas de Caridad, restañaba la sangre, limpiaba las heridas, y su marido los vendaba. Sus criados trajeron caldo a unos para darles fuerza, a otros un poco de vino para animarlos. Finalmente, improvisaron camas en las que los enfermos pudieron descansar cómodamente. La solicitud con la que esta familia extranjera se dedicaba a atender a los heridos conmovió a varios habitantes del pueblo, quienes, llevados también por la idea del bien, colaboraron lo mejor posible para atender a los pobres soldados. Algunos incluso, llorando de ternura y con la frente enrojecida por la vergüenza, le dijeron al señor Perrissin: “tienen toda la razón los europeos por despreciarnos, somos unos miserables comparándonos con ellos; tienen nobles corazones y nosotros no tenemos alma; ustedes saben dedicarse a la humanidad que sufre sin distinción de personas y nosotros, si ustedes no nos hubieran estimulado con su ejemplo, habríamos dejado morir, por nuestra indiferencia, a aquellos que son nuestros hermanos y defensores”. El señor Perrissin tuvo que consolarlos y decirles todo lo que les podía rehabilitar su propia estima.

- (63) Observé que, en todo el estado de Jalisco, las virtudes de la hospitalidad que honra el carácter mexicano en general no están tan desarrolladas como en otras partes. He visto a menudo y con pena a personas ricas o acomodadas que recogen a una hermana, un hermano, una sobrina, para imponerles después las

funciones de criados y negarles el goce de los derechos menos contestables del parentesco.

- (64) He leído con disgusto lo que varios viajeros escribieron sobre el carácter de los mexicanos. Demasiadas veces se han aplicado a presentarlo por el lado más feo, y no es así como se puede dar una idea exacta de ellos. Nuestros compatriotas, los señores Michel Chevalier y Ampère, caricaturaron su retrato. La señora Calderón de la Barca, inglesa de nacimiento y pedante por las costumbres, sólo se ocupa de futilidades, de detalles, y no entiende nada de la síntesis. En cuanto al señor Lowenstern, sus memorias sobre México son lo peor que se ha hecho. Este viajero alemán parece haberse dedicado a denigrar todo lo que ve, y cumple su propósito de manera suficientemente torpe para que no se pueda dudar, después de haber leído algunos capítulos, que su relación no es más que un tejido de exageraciones de cabo a cabo.
- (65) Me queda hablar muy bien de los niños mexicanos, y puesto que no lo hice en aquel momento, quiero reparar mi olvido con esta nota. Estos niños son tranquilos, respetuosos, y no tienen en el corazón ninguna de estas maldades de las que tanto tenemos que quejarnos por parte de los jóvenes europeos de la misma edad. Son ruidosos, sin que les guste demasiado el desorden, traviosos sin nunca causarle daño a nadie, nada rencorosos y exentos de aquel vicio vergonzoso que degrada la niñez entre nosotros. Por desgracia, los malos ejemplos que tienen constantemente ante los ojos en la compañía de los criados a los que se les entrega, destruyen a menudo en ellos el sentimiento del bien. Así es como muchos de ellos roban³⁷ sin escrúpulo a sus compañeros y a sus padres los objetos que les gustan, y esta fatal inclinación, por culpa de quienes los crían, no siempre desaparece con la edad; los padres de familia no se preocupan lo suficiente por infundir la moral en sus hijos y por castigarlos severamente cuando son culpables de semejantes faltas. Desde la edad de diez años, a menudo incluso antes, la inteligencia de los niños

³⁷ Este defecto disminuyó mucho desde el establecimiento de escuelas francesas en México.

mexicanos se encuentra notablemente desarrollada. Noté que la tercera parte de los alumnos de un profesor algo capaz podía, después de cuatro años de estudios, expresarse con facilidad en francés, traducir nuestras obras tan rápido como si las leyeran en español, poner correctamente la ortografía de los dos idiomas, analizar gramaticalmente, explicar en francés los autores latinos que se estudian en quinto año, conocer la aritmética práctica con la explicación de las reglas generales, el primer grado de álgebra, a menudo los cuatro primeros libros de geometría, la geografía general, la mitología y la historia antigua. Y aprenden todo esto sin cansarse. Todos los estudios se hacen en la escuela, pero fuera de las clases nunca abren un libro.

He visto varios niños de 13 a 14 años entender las explicaciones matemáticas con tanta facilidad, que después de una primera demostración dada por el profesor trastocaban las figuras más complicadas del quinto o del sexto libro de geometría para asegurarse que habían entendido bien la construcción, y luego se lucían en la demostración de los teoremas. Si no se recibiera en la Escuela de las Minas más que a jóvenes que hubieran hecho buenos estudios preliminares, estoy convencido que pese a su tierna edad, la mayoría de ellos serían perfectamente capaces de las altas especulaciones del razonamiento a las que se les aplica, demasiadas veces sin resultado.

- (66) En 1850 un francés, llamado Bablot, tuvo una disputa en el patio del Teatro con un español llamado Patiño. Bablot desafió a duelo al español y éste respondió disparando sobre él dos tiros de pistola, pero, aunque fue a bocajarro, le falló. Bablot se había refugiado detrás de una columna y, dando la vuelta de un lado mientras su adversario la daba otro, logró escapar a la muerte. ¿Qué ocurrió en esta celada? Que llevaron a Bablot a la cárcel y Patiño quedó libre. El español regresó a su país sin que lo molestaran y el francés, después de esperar seis meses su sentencia, fue condenado a tres años de cárcel por el juez criminal para purgar el delito de provocación al duelo. Bablot apeló y la Corte Suprema lo absolvió por unanimidad. A veces he visto a jueces en México que dejan libre a un ladrón mientras castigan duramen-

te al que fue robado, tanto por haber maltratado al ladrón arres-tándolo, —porque la ley defiende hacerse justicia por su propia mano—, a veces, con un pretexto más frívolo aún, con la espe-ranza de lograr del inocente algún dinero que no habrían podi-do esperar del compadre. Si estuviera en nuestras costumbres el sacar de estos jueces inicuos la venganza que Cambyse ejerció en Sisamnis, el castigo, aunque cruel, no sería inmerecido.

- (67) No me parece fuera de propósito presentar aquí una muestra de la estadística criminal de México, pues el moralista y el legisla-dor pueden encontrar en ésta alguna enseñanza útil.

Estadística criminal de los ocho primeros meses del año 1836, pro-porcionada por el señor Conde de la Cortina en el primer boletín del Instituto de Geografía y Estadística de la República Mexicana.³⁸

Desde el 1° de enero a finales de agosto, 140 hombres y 58 mujeres fueron encerrados en la cárcel pública, a saber:

INDIVIDUOS DE LOS DOS SEXOS	
Por homicidio y tentativa de homicidio	35
Por robo y tentativa de robo	18
Por sospecha de robo	30
Por estafa	37
Por ultraje al pudor	2
Por rufianería	2
Por moneda falsa	15

³⁸ Dos obras que publiqué en México en distintas épocas me valieron el honor de ser nombrado miembro honorario de este Instituto, a partir de la propuesta espontánea del señor Conde de la Cortina. Por mucho tiempo dudé dejar esta presente nota. Temía mostrarme descortés contestando con un artículo crítico a un acto de benevolencia al que soy muy sensible, por-que me encuentro en excelente compañía en la lista de los académicos de las misma clase; sin embargo, entendiendo que es imprescindible señalar los errores que pintan el carácter francés de manera falsa y desfavorable, opté por dejarlo subsistir, esperando que el sentimiento patriótico que pre-sidió a mis observaciones será entendido y apreciado a su justo valor por mi honorable cofrade, el señor Conde la Cortina (1856).

INDIVIDUOS DE LOS DOS SEXOS (CONT.)

Por falso	1
Por borrachera	17
Por peleas	41
Por resistencia a la autoridad	2

Estadística criminal publicada por el periódico *El Siglo Diez y Nueve*. Desde el 1° de diciembre de 1850 al 30 de noviembre de 1851. Entraron a las cárceles de México 18 389 hombres y 8 787 mujeres. Salieron de ellas 18 139 hombres y 8 664 mujeres.

Los crímenes y delitos son clasificados de la manera siguiente:

	HOMBRES	MUJERES
Heridas	260	56
Tentativas de homicidio	19	1
Complicidad de homicidio	3	1
Robo	2 502	560
Tentativas de robo con efracción	16	-
Complicidad de robo	30	16
Sospechas de robo	56	15
Peleas	1 482	2 398
Portación de armas prohibidas	412	58
Firmas falsas	12	-
Falsificadores de monedas	16	1
Contrabando	32	-
Juegos prohibidos	96	-
Estafas	343	66
Excesos (no dicen el género)	1 401	498
Rapto	132	42
Violación (estupro)	60	15
Incontinencia	481	420
Adulterio	57	47
Incesto	11	13

NOTAS

	HOMBRES	MUJERES
Sodomía	7	-
Rufianería	18	16
Prostitución	86	-
Servicios	128	-
Borrachera	4 670	3 039
Vagabundeo	496	-
Infracción de policía	1 638	991
Delitos sin precisar	62	8
Fuga de cárcel	62	37
Muertos en peleas	24	4
La autoridad recogió cadáveres	26	20

Resulta de esta segunda estadística³⁹ que de 26 803 individuos encarcelados en el año, sólo 353 permanecieron encarcelados, lo que comprueba que se les arrestó de manera ligera, o que se les puso en libertad demasiado temprano. Es muy sorprendente ver que tantos detenidos fueron liberados tan rápidamente, ya que entre ellos se encontraban 3 592 individuos culpables de robos, atentados a la vida y otros crímenes muy graves. Tampoco se puede ver sin sorpresa en la estadística anterior que hubo 2 398 mujeres encarceladas por peleas, mientras sólo se cuentan 1 482 hombres por el mismo delito. Por otra parte, 420 mujeres son condenadas por incontinencia y ¡15 por violación! Es difícil entender semejante delito por parte de este sexo.

Las dos estadísticas citadas difieren entre ellas de manera notable. La segunda nos presenta al pueblo de México singular-

³⁹ Citaremos otra estadística que nos proporciona el tribunal criminal de Guanajuato y que sacamos del periódico *L'Ordre* del 2 septiembre de 1854: “del 7 de julio al 15 de agosto el sustituto del fiscal y el juez de instrucción del tribunal de justicia de esta ciudad Guanajuato expidieron 96 causas; diez acusados fueron condenados por incesto, uno por el crimen de bestialidad, ocho por violación cometida sobre niños, dos infanticidios”. La población de la ciudad de Guanajuato y del territorio sometido a sus jurisdicción no rebasa los 50 000 habitantes.

mente inmoral, y la primera tiende a hacernos creer que esta gran ciudad de 165 mil almas⁴⁰ es uno de los centros más morales del mundo, sobre todo si se lee las reflexiones que las siguen, en las que el señor de la Cortina, después de haber presentado como muy escaso el crimen de envenenamiento, como desconocido el de incendiario, casi desconocido el asesinato pagado, el homicidio premeditado y de sangre fría como poco común, y haber dicho que sólo se pueden constatar muertes cometidas en accesos de cólera, nos hace observar que los anales judiciales nunca se ven obligados a registrar crímenes atroces como el asesinato de Fualdés o las torturas que los choferes infringían a sus víctimas al final del siglo pasado en el norte de Francia. Esta comparación tiene por meta obvia el hacer ver que los franceses somos más crueles que los mexicanos, ya que nuestros criminales muestran un alma más negra que la de los bandidos de México.

Pues bien, encuentro en este pensamiento del señor de la Cortina poca filosofía, porque considera detalles y hace poco caso del conjunto, y que señala hechos sin remontarse a las causas. La estadística de los crímenes y delitos que presentó para el año 1836, comparada con la de 1851, es por otra parte la prueba evidente o de la ceguera del autor del boletín, o de una parcialidad mal oculta. Porque el señor de la Cortina sabe muy bien que los años de 1835⁴¹ y 1836 fueron precisamente épocas críticas

⁴⁰ Los diversos censos que se hicieron de México la hacen variar de 130 a 200 mil habitantes. Considero que se acercaría a la verdad al tomar el término medio, que es de 165 mil. La jurisdicción de México puede contener un número del doble de habitantes.

⁴¹ Al final de 1835 no se podía salir alrededor de México sin riesgo de verse desvalijado; uno se veía obligado a conquistar su paseo con la pistola en la mano. La impunidad multiplicaba los robos y los asesinatos a cualquier hora del día dentro de la ciudad, en las calles más concurridas. La osadía de los bandidos jamás había sido tan grande, y el terror de los habitantes llegaba al colmo cuando el señor de la Cortina, nombrado gobernador de México, logró restablecer un poco de orden y de tranquilidad por su firmeza y su constancia en perseguir el castigo de los culpables. Es a él a quien debemos la condena y ejecución del coronel Yáñez, edecán del coronel Santa Anna, reconocido como el agente principal, aunque oculto, del asesinato del cón-

para la seguridad pública en México y que si las puertas de la cárcel no se abrieron más que para 43 ladrones o asesinos en el espacio de ocho meses, no fue obviamente porque ya no había criminales que encerrar, sino más bien porque los habitantes de las ciudades y del campo, cansados de entregar a la justicia a culpables que quedaban sin castigo y de los que se hacían enemigos peligrosos, los dejaban en plena libertad; y si a veces denunciaban algunos, la policía ponía tan poco interés en sus investigaciones que nunca se les encontraba; bastaba con que un criminal se pasara a otro departamento para que se perdieran sus huellas.

El autor de la estadística se equivoca en otro punto cuando asegura que los homicidios no premeditados no se cometen nunca a sangre fría: él sabe, como yo y como todo el mundo, que basta el motivo más insignificante para que un lépero hunda su cuchillo en el pecho de otro, y que lejos de que sea preciso un acceso de cólera para llevarlo a cometer este acto bárbaro, el criminal conserva las más de las veces la sangre fría a tal punto que el finado doctor Jecker, amigo del señor de la Cortina y mío, después de haber tomado el pulso de los asesinos, poco tiempo

sul suizo y del robo que cometió en su casa, así como el de una diligencia atacada a las cuatro horas de la mañana dentro del mismo México.

El señor de la Cortina había logrado con mucha dificultad que se enviara al cadalso a los asesinos del cónsul suizo, hermanos cañoneros de la compañía a las órdenes de Yáñez; pero cuando se trató de satisfacer la vindicta pública tratándose del jefe de los bandidos, se topó con mil obstáculos contra los cuales estuvo a punto de fracasar. Yáñez tenía los bolsillos demasiado llenos para que le faltaran protectores. Un magistrado fue suficientemente honrado para cumplir con su deber en presencia de la sociedad mexicana que lo observaba con ansiedad: fue el procurador general encargado de la instrucción del proceso; pero al considerar Yáñez el garbo de aquel hombre como una excepción, se deshizo de él envenenándolo desde el fondo de su cárcel. La vida misma del gobernador estuvo en peligro; sin embargo, nada pudo hacerlo cambiar de parecer y tuvo por fin la satisfacción de ver sus intervenciones coronadas con el éxito, y la justicia de los hombres golpear al principal culpable. ¡Honremos pues al señor de la Cortina en esta circunstancia, pues hizo mucho por la humanidad!

después de la perpetración de sus crímenes, no les encontró ningún latido más que de costumbre.

Veamos ahora el punto capital: el de la maldad comparada de los dos pueblos. Y para empezar veamos esta cuestión: ¿en qué país del mundo podemos encontrar los mayores criminales? ¿No será en aquel donde se encuentran también las mayores virtudes? Discutamos. Nada existe en el universo sin que encierre en sí dos principios opuestos y una serie más o menos amplia de medios entre estos dos extremos. En los seres animados vemos figurar el cuerpo y el pensamiento; en la vida, notamos el nacimiento y la muerte; en la sensación, el dolor y el gozo; en la unidad diurna, las tinieblas y la luz; en el año, la estación de los fríos y la de los calores, la humedad y la sequía; por fin, en las sociedades humanas el trabajador y el perezoso, el egoísta y el amigo generoso, el ciudadano virtuoso y el criminal. Cuanto más distintos son estos extremos, más medios admiten.

Ahora bien, en las sociedades primitivas, como las del indio campesino de México, el hombre cuyas costumbres se alejan poco aún del estado salvaje desprecia lo que estimamos más en la civilización; su sola ambición consiste en tener una pequeña provisión de maíz y sus sentimientos y demás instintos son los del bruto. No es ni bueno ni malo, pero como es indiferente al bien y al mal, si de repente se pone de mal humor, puede cometer un gran crimen sin sentir remordimientos. Se venga de una vez de un solo golpe, sin gozar al torturar a su víctima. Sólo se vuelve bárbaro cuando está sometido a vejaciones que despierten en él la idea de la venganza, o cuando hombres de una clase más civilizada que la suya logran desarrollar en su corazón pasiones malas para servirse luego de él como si fuera un instrumento. Pero entonces ya no es el mismo. Aquí los extremos se acercan, los medios difieren poco entre sí: inclinaciones, necesidades, aspiraciones, todo, hasta las ideas, parecen haber sido vaciados en el mismo molde.

Pero en nuestras sociedades civilizadas, en las que las necesidades humanas aumentan en relación directa con los progresos de la industria, en las que sus pasiones toman una falsa dirección

por la falta de instituciones y se vuelven fogosas, irracionales, indomables bajo la presión de los usos y de las leyes que afectan su felicidad; donde la desigualdad excesiva de las condiciones hacen nacer en él la envidia y el odio; donde su carácter se modifica al infinito bajo la influencia de su posición social, de sus cualidades físicas e intelectuales y del medio en el que vive, se ven necesariamente los términos extremos de la serie de pasiones diferir conforme los términos intermediarios se parecen menos y son más numerosos. Esta observación nos explica por qué el lépero mexicano, es decir, el indio vuelto ciudadano, que representa la maldad extrema, no iguala en cuanto a crueldad al hombre más civilizado que ocupa el mismo rango en la serie a la que pertenece.⁴²

Francia, por lo tanto, ha de producir bandidos más crueles que México, porque el grado de civilización de este último país está lejos de alcanzar aquel que logró la antigua monarquía de los francos. Pero también debe dar nacimiento a hombres infinitamente más virtuosos que los que se encuentran en esta república. Si no hubiera más policía en Francia que en México, no se podría salir de casa a medio día, sino en caravana y con buenas armas; sería preciso transformar la casa en fortaleza y las venganzas, los celos, la envidia y la avaricia espantarían al mundo con escenas horribles que ver y que contar.

Pero junto a esta plebe de feroces instintos, de estos miserables que figuran en los crímenes oscuros citados por el señor de

⁴² ¿Sería que los progresos de la civilización producirían criminales mayores que aquellos que han sido y siguen siendo los azotes de nuestras sociedades? No lo creo. Al contrario, según nuestras instituciones se vayan perfeccionando, el hombre será más feliz y perderá toda la hiel de su corazón. Entonces, sólo se podrán lamentar pocos crímenes y nunca atrocidades; pero en cambio, las grandes virtudes lograrán con mayor dificultad salir a la luz. Nuestras sociedades civilizadas se encuentran hoy en día en la condición más miserable que hace temer el futuro. Hasta tengo la tentación de creer que el estado salvaje, pese a sus miserias, es aún preferible al nuestro: nunca hemos visto un niño del desierto abrazar la vida civilizada, aun cuando haya gozado de ella durante varios años, y sabemos que un gran número de europeos se han vuelto salvajes seducidos por la atracción de la libertad.

la Cortina y en los grandes crímenes políticos, como Hébert, Marat, Carrier, Fouquier-Tainville, contamos cada día millares de acciones dignas del premio Montyon, actos de caridad evangélica y de abnegación sin límites, de los que México no puede dar actualmente más que escasos y pálidos ejemplos. Si la administración judicial estuviera tan mal organizada en Francia como en este desgraciado país, no dudo que no tuviéramos también numerosos jueces que pondrían sus sentencias en venta y se comportarían aún peor que sus semejantes mexicanos; pero siempre se encontraría uno de cinco, uno de diez, uno de 15 al menos, que rechazarían con desdén el ofrecimiento de una fortuna, si se tratara de adquirirla mediante un juicio inicuo, y que preferiría incluso las torturas y la muerte a la pérdida del honor, mientras que en México la opinión pública considera como infinitamente pequeño el número de jueces capaces de rechazar tesoros para conservar el brillo de su nombre y la paz de su conciencia.

El señor de la Cortina no trató con mayor filosofía la cuestión de la prostitución comparada entre París y México. La relación que él establece entre ambas poblaciones y el número de sus mujeres públicas favorece totalmente a la capital de México. Sin embargo, este resultado no prueba nada en absoluto porque está aislado de sus causas, lo que voy a demostrar al autor de la estadística. Sí, hay relativamente mucho menos mujeres públicas en México que en París y que en todas las grandes ciudades de Europa, pero esto se debe a la facilidad con la que se logran los favores de las mujeres y de las hijas del pueblo en México. En cambio, existen en Francia y en otros países del viejo continente pueblos y pequeñas ciudades incluso en las que un hombre podría pasar largos años antes de poder satisfacer su pasión, si no tuviera a su alcance los lugares de prostitución. Esta superioridad aparente de inmoralidad que ofrece la ciudad de París resulta ser finalmente una prueba clara de moralidad relativa. Los únicos ensayos de estadística que me parecieron hechos con conciencia hasta ahora son los de los señores Lerdo de Tejada y Muñoz Ledo, pero no fue en los boletines de la *Société savante* donde los encontré.

(68) El duelo es una costumbre bárbara, absurda, si se le considera de manera absoluta; pero si se le juzga en relación con nuestras instituciones, se vuelve, para colmar las lagunas de la ley, una necesidad, y por ello mismo, un acto moral. Establecer un gran bien con un pequeño mal, castigar a un criminal para proteger la sociedad entera, tal es la meta de la legislación. Pues bien, el que se hace justicia por sus propias manos, cuando la ley no lo puede ayudar, cumple con un deber pues la impunidad dejará a la sociedad a merced de la perversidad de un hombre. Si una bestia se escapara de una casa de fieras, amenazando la existencia de muchos individuos, ¿no sería una buena acción el exponer la vida para matarla? Pues bien, si un hombre sin más motivo que un interés sórdido, una pasión criminal, agravia fuertemente a su semejante, a una familia entera, ¿no es loable también tratar de sacar a este individuo dañino para la sociedad? Pero me dirán: es absurdo batirse en duelo para vengar un insulto cuando existe el riesgo de no dar en el blanco y de ser matado incluso por el adversario. Esto es correcto hasta cierto punto. Estamos muy de acuerdo en que sería más razonable matarlo sin exponer la vida, pero ya que la ley no nos permite actuar de manera tan lógica en todas las circunstancias en las que debemos vengarnos, y que ella tampoco puede ser de otro modo sin dar a la venganza una posición peligrosa, es preciso aceptar un término medio, y éste es el duelo. Este acto, considerado como bárbaro, es relativamente tan hermoso como aquel del noble ciudadano que se expone a ser devorado por la fiera para tratar de protegerse, a los suyos y a todos los conciudadanos. Si uno sucumbe o muere, es una desgracia individual; otro tendrá más éxito y, si triunfa, es una deuda de reconocimiento que se impone a la sociedad. Por otra parte, cuando el hacha de la ley descarga el golpe mortal sobre el condenado, ¿estamos seguros de que no se sacrifica a un inocente? ¿El hombre, acaso, no se equivoca nunca en sus juicios? Y, sin embargo, ¿no sería paradójico pretender que nunca se debe castigar por el temor de tomar a un inocente como culpable? La posibilidad de un duelo es un freno poderoso puesto a la lengua y a los actos del hombre

perverso y es una de las salvaguardias de la sociedad. Si este freno es a menudo ineficaz entre nosotros para acallar al malo o conjurar sus intenciones, ¿qué sucedería si éste no tuviera que temer ni a la ley ni a los hombres? Si hay abuso en el duelo, repriman el abuso; pero si no es posible llegar al culpable de otro modo sino combatiéndolo cuerpo a cuerpo, el duelo se vuelve imprescindible y, por tanto, moral. Que uno venga un insulto meramente personal por otro del mismo género, que se corresponda a una bofetada con bastonazos, que se sacrifique al precepto del Evangelio mediante el perdón, perfecto; pero que se deje sin castigar una falta que causa el infortunio de una familia y amenaza a cada uno en particular es un mal grande, y el hombre que decide remediarlo merece una corona cívica.

¿Y cómo una costumbre bárbara y absurda en sí misma puede volverse moral, con relación a nuestras instituciones? ¡Ah! Es que nuestras instituciones son malas, y para que un todo desordenado pueda ser soportable es preciso que cada parte de este todo esté en armonía con el desorden general, pues de otro modo, si el orden se introdujera parcialmente en el seno del desorden, resultaría algo más chocante aún, que engañaría y dejaría creer que el desorden se encuentra allí mismo, donde imperaría el orden. He aquí por qué el duelo en particular, y las guerras en general, se vuelven a menudo imprescindibles en nuestro estado de civilización aun tan cercano a la barbarie, incluso cuando estos medios de resolver un diferendo repugnen a la religión, a la humanidad y a la razón. Pero las pruebas de esta verdad son muy abundantes; veamos una al azar. Sabemos que la mujer subió gradualmente desde el estado de bestia de carga, cuando estaba reducida al tiempo de la barbarie, a aquél en el que está hoy en día. Ya no negamos la existencia de su alma y reconocemos que su inteligencia se desarrolla a medida que se cultiva y, finalmente, que es un ser igual a nosotros, destinado por la naturaleza a funciones tan elevadas como las nuestras: la educación de sus hijos y la primera instrucción que les debe dar exigen de ella la más alta filosofía. Sin embargo, la mujer está aún lejos de la emancipación completa: la consideramos todavía como a un

menor, un ser incapaz de conducirse por sí mismo cuando se encuentra en poder de un marido. La ley quiere que el marido —el que sea, inepto o vicioso— le sirva de tutor a la esposa, aun cuando ella gozara de la amplia mente de Sévigné y Staël y el genio para gobernar de Blanca de Castilla. Esto es injusto, pero el tiempo lo remediará.

Ahora bien, la esclavitud, bajo todas las formas, falsea las ideas y desnaturaliza los sentimientos del esclavo y de allí resulta que la conducta de la mujer se encuentra a menudo en oposición con los intereses del hombre al que el destino la ató. La que nació para hacerlo feliz se convierte a menudo, por culpa de él, en un azote doméstico que lo hace aborrecer a la mujer y la existencia. Esta parcialidad del hombre con relación a la compañera que Dios le confió suscita contrastes llamativos en las obligaciones asignadas a cada sexo, a las virtudes que le son atribuidas, al punto que se reprueba en uno lo que se estima en el otro y viceversa. Así, la joven que sucumbe a las seducciones de un hombre que la engaña se ve abandonada de todo el mundo si su debilidad se vuelve pública, y ella cae en la abyección, mientras que el seductor, que merecería sólo el castigo de la ley y el desprecio de los hombres, se ve al contrario enviado y festejado en los salones de moda, al poder inscribir sobre sus tabletas galantes los nombres de un mayor número de víctimas. Todo esto es inicuo, pero la sociedad esta hecha así actualmente y nada podemos hacer, o al menos muy poco. Imponer un castigo al hombre sería a menudo injusto, tomando en cuenta las circunstancias del delito, las que varían al infinito. Rodear a la joven de cuidados, prodigarle palabras amorosas y consoladoras después de su imprudencia sería alentar a muchas otras a sucumbir ante las mismas tentaciones, ya que no tendrían que temer el abandono y la deshonra. Por lo tanto, el hombre que esclavizó a la mujer hasta volverse para ella un tirano cínico no podría, sin embargo, remediar aisladamente el mal que hizo, porque al haber al mismo tiempo hecho las instituciones para su provecho en el sentido de su inocuidad, no podría poner el bien en el lugar del mal sin dañar el conjunto de estas mismas instituciones. Así es como

nuestras costumbres conservan todavía rastros deplorables de la barbarie de nuestros padres; todos los reconocemos, lo lamentamos. Y, sin embargo, no podríamos cancelarlas del todo sin derribar totalmente el edificio social tal como existe hoy en día.

- (69) Sólo 9 864 individuos tomaron en 1854⁴³ cartas de seguridad, a saber: 5 404 españoles, 2 125 franceses, 649 ingleses, 1 015 ciudadanos de otras naciones europeas, 655 estadounidenses y sólo nueve pertenecen a otras partes del mundo. Pero creo que se puede, sin lugar a duda, triplicar estas cifras en cuanto se trata de los españoles y doblarlas para las demás naciones, porque de un lado se sabe que los hombres, los padres de familia toman solos sus cartas de seguridad y, por otro, muchos son los que dejan de pedirla regularmente todos los años, de suerte que se puede valorar en 25 mil la cifra de la población extranjera en toda la república, sin alejarse demasiado de la verdad. La capital sola tiene más o menos la mitad de ellos.

En 1851, el número de extranjeros inscritos en las oficinas del ministerio había sido de 6 130, en 1852, de 7 048, y en 1853, de 7 988. No se debe creer, sin embargo, que la inmigración en México sigue totalmente la proporción indicada por estas cifras: como el gobierno se vuelve cada vez más exigente en cuanto a la formalidad de las cartas de seguridad, hay cada año menos extranjeros que dejan de realizar el trámite. Un olvido de su parte los hace merecedores de una multa de veinte piastras. Este mismo año de 1854, comparando las salidas con las entradas de los pasajeros extranjeros, se quedaron en la república 464 españoles y 511 franceses, por tanto, resulta que estos últimos constituyen el primer rango en la escala de la inmigración. Las naciones principales vienen luego en el orden siguiente: alemanes, americanos del norte, ingleses, italianos, etcétera. Durante el mismo lapso, salieron de la república 914 mexicanos, lo que muestra que el mexicano viaja poco.

- (70) Si los ingleses me acusaran de tener sentimientos hostiles hacia ellos, yo contestaría que en esta obra yo di a cada uno la parte de

⁴³ Anales del Ministerio de Fomento.

crítica y de elogio que merece según mi convicción, sin respetar a mis compatriotas; y que al defender a los franceses contra un prejuicio que los desvaloriza frente al pueblo británico, cumplí mi tarea sin prevención. Además, creo haberlo hecho sin rudeza.

(71) Pese a la belleza, la gentileza y la dulzura de las damas mexicanas, los franceses no se casan con ellas sino cuando su conciencia los empuja a hacerlo, o sea, cuando ellas tuvieron hijos de ellos. He aquí el porqué de esta singularidad. Aquellos de nuestros compatriotas que no mantienen ninguna relación íntima con las familias mexicanas no sabrían obviamente buscar allí a una esposa, y los que visitan la clase alta no se atreven a contraer alianzas con las jóvenes que les gustan, por el género de educación que ellas reciben de ordinario y por su afición al gasto, pues ellos temen hacerse de una carga demasiado pesada para sus fuerzas. ¿Qué sucede entonces? Ellos acuden a muchachas de clases más bajas. Y cuando varios años después se ven rodeados de niños pequeños a los que aman, y que se percatan de que estos pequeños seres no tienen derecho ni a su nombre, ni a su fortuna, y que, por otro lado, reconocen las excelentes cualidades de su madre, se deciden a desposarlas, llevados por su buen corazón a aquel acto de justicia. Estas mujeres, además, salidas de un rango tan humilde, cuando se encuentran rehabilitadas de este modo en la opinión pública, no parecen de ninguna manera desplazadas en los círculos a los que las inviten porque tienen una facilidad sorprendente para imitar el tono, los modales y el lenguaje de las personas que frecuentan.

La conducta de los ingleses en sus relaciones íntimas con las mujeres de baja condición es totalmente distinta: ellos se avergüenzan de sus debilidades, y cuidan mucho de esconderlas al público. De modo que, no sólo no aceptarían tomar a su compañera por esposa, aun cuando fuera la mejor mujer del mundo, sino que rehuyen de los sentimientos más naturales. He visto algunos de ellos rechazar en la calle con un gesto de ira a sus hijos pequeños que habían acudido a ellos, llamándolos con el dulce nombre que les dio la naturaleza. Esta manera austera de pensar y actuar del pueblo británico encuentra admiradores,

pero la conducta de los franceses en México tampoco carece de apologistas ¿De qué lado me colocaré? Me parece que estando hecho el mal, se debería sufrir sus consecuencias en lugar de agravarlo. Sin embargo, no combatiré la opinión contraria, no que no pueda o no me atreva a hacerlo, sino porque al entrar en el debate, me vería obligado en primer lugar a atacar a las instituciones, lo que me llevaría demasiado lejos.

- (72) Oí decir en el Reino Unido: “falso como un irlandés, orgulloso como un escocés, generoso como un inglés”, y como encuentro estos epítetos muy apropiados a los caracteres de estos pueblos, debo decir cómo se puede conciliar el reproche de egoísmo que dirigí a los ingleses con la generosidad que por otra parte les reconozco. El inglés es egoísta en sus relaciones con los extranjeros, sólo ama lo que es británico, y mira con desdén al que no habla su lengua; pero reconozco también que es generoso con los suyos que aprecia, y que quiere el bien y el progreso de quienes lo rodean. Todos los dependientes que han ayudado a un negociante inglés para hacer fortuna se vuelven maestros a su vez, amparados por el crédito de su patrón; lo contrario, desgraciadamente, se produce con nosotros. El francés es más liberal que el inglés, más generoso que él en sus relaciones con todos los miembros de la gran familia humana, pero es egoísta con sus subalternos y sacrifica a sus intereses a todos aquellos que le han servido. Se ve muy raramente que un comerciante enriquecido piense en la suerte de sus dependientes y los ayude a elevarse a su mismo nivel. Cuanto más inteligentes son ellos y más merecen ser recompensados, menos piensa él en perderlos. Hacen falta circunstancias particulares y una suerte poco común para que un dependiente sin dinero pueda contar con su patrón y su crédito. Esta falta de generosidad y de gratitud de los negociantes franceses para con sus empleados es realmente digna de crítica; lo señalo a la razón y a los buenos sentimientos del lector, con la esperanza de que de esto saldrá algún bien.
- (73) Ya dije que el comercio no se hacía siempre de manera limpia entre los extranjeros establecidos en México. Mi imparcialidad me obliga a añadir que mis compatriotas sobre todo se han

distinguido antaño por las malas artes o mañas con las que engañaron a los pobres pacotilleros que confiaban en ellos. Demos una idea de su habilidad para engañar. Un joven que quiere hacer una pacotilla de 25 mil francos se dirige en Europa a una casa de comisión en relación con México y pide noticias sobre el tipo de objetos cuya venta es más fácil y ventajosa. El comisionario lo felicita por su buena idea, lo pinta todo de rosa, se gana su confianza con palabras lisonjeras y acaba por ofrecerle proyectos de lo más brillantes. En lugar de una pacotilla de 25 mil francos le propone una de cincuenta mil, por los que sólo pagará un interés poco oneroso en comparación con los grandes beneficios que va a lograr. El pobre pacotillero queda deslumbrado: ve su capital triplicado o por lo menos doblado, y se deshace en agradecimientos. El negociante le entrega por tanto su pacotilla, le ofrece algunas cenas y le desea un buen viaje. En Veracruz lo consignan a un corresponsal que se encarga de mandar las mercancías a las aduanas, de pagar los derechos de entrada, sobre los cuales logran beneficios de los que el pacotillero no saca nada, y luego envía los bultos a su casa de México. Allá, después de pagar los gastos de transporte, los derechos de introducción, los de comisión, de almacenamiento, etcétera, las mercancías ya doblaron su precio, de suerte que el comisionario de México se vuelve acreedor del pacotillero por cincuenta mil francos de más y, por lo tanto, se queda como amo absoluto de todo lo que tiene en sus manos. Entonces vende sin consultar los intereses del pacotillero; si el momento no es favorable, alega que necesita dinero e ignora las reclamaciones. Lo que busca es sólo cobrar los 75 mil francos adelantados por las casas de Francia y de México, y los intereses de esta suma. ¡Qué importa luego que un hombre quede arruinado si uno se hace más rico!

Nuestro pacotillero ve por tanto disminuir cada día sus esperanzas, pero no sospecha aún lo que le espera: el día de la liquidación definitiva de las cuentas es cuando descubre su desgracia en toda su extensión. Adiós a los hermosos proyectos que había gestado, a esa pequeña propiedad que iba a comprar a su regreso, a ese bienestar con el que había soñado: todo se desva-

neció, él queda arruinado. No sólo perdió sus 25 mil francos, sino que quedó debiendo a la casa que lo engañó. Se ha reducido un hombre a la miseria, pero también se vendió la cantidad de 25 mil francos de mercancías, más de lo que se habría logrado si se hubiera actuado con conciencia. Percibieron de su dinero un interés nada despreciable, más derechos de comisión en Francia y en México, y se deshicieron de una cantidad de objetos pasados de moda que estorbaban. Con este precio, uno no podía dudar en ensuciar el honor.

Podría citar hechos aún más escandalosos: he visto a comisionarios recibir una pacotilla, venderla muy bien y rehusar o negarse luego a rendir cuentas. He visto además... pero ya dije lo suficiente para que aquellos de mis compatriotas que me leerán se muestren prudentes, en caso de que se les antoje hacer un viaje de especulación a México. Entenderán que sólo deben emplear en mercancía la mitad de su capital y convertir en letras de cambio sobre México la otra mitad, por la cual recibirán una prima según el cambio del día. Así, a su llegada tendrán con qué pagar todos los gastos de sus mercancías y hasta podrán venderlas; o si recurren a un comisario, sabrán de antemano que no le deben más que 2½ por ciento y algunos otros pequeños derechos poco importantes. Sin embargo, en este caso queda mucho disgusto por parte de aquellos señores, porque tienen mercancías suyas, a las que darán preferencia frente a las del pacotillero, y si están a punto de recibir artículos semejantes a los que se les confiaron y que faltan en el mercado, evitarán vender bajo pretextos diversos, para aprovechar personalmente el alza momentáneo de su precio, haciéndole perder la mitad del valor de circunstancia. Pero cuando se hace bien la pacotilla, no se corre el riesgo de quedar arruinado y se tiene la suerte de sacar una ganancia bastante buena. Debo decir, sin embargo, que desde hace varios años oí hablar mucho menos del mal proceder de los comisarios que en los primeros tiempos de mi llegada a México. ¿Se habrán corregido aquellos señores, o será que los pacotilleros, instruidos por la experiencia, les dejan menos poder sobre su fortuna? Quiero creer lo uno y lo otro.

Junto con el cuadro que con pena acabo de pintar, presentaré otro que servirá de paliativo al mal efecto que produjo en la mente del lector. Cuando llegué a México, me quedaban aún algunos de mis trastes de colono: se trataba de un menaje de casa muy completo, de ropa ligera, útiles de distintos géneros, etcétera. Yo necesitaba más de dinero que de cosas superficiales e intenté deshacerme de ellos. Como ignoraba el valor de cada cosa, pedía tres piastras para los que valían diez y, aun así, no los conseguía nunca; la gente regateaba y me engañaba de esta manera. Pero un día, un francés al que veía por primera vez y que había solicitado ver el menaje, me preguntó el precio que yo quería: “estos trastes —le dije— me costaron 35 francos en París, pero como los usé algunas veces y que ya no son nuevos, se los dejaré en cinco piastras”. “Usted no conoce el precio de las cosas acá —me contestó—, usted se equivoca mucho sobre su valor; lo que usted me da por cinco piastras vale doce, y yo no puedo pagárselo en menos del valor que tiene”. Este hombre tan honrado era el señor Louis Deschamps, de El Havre. Al día siguiente, su hermano, el señor Benjamín Deschamps, vino también para comprarme algo, y hablándome de la venta del día anterior, me dijo con perfecta simplicidad: “Debía usted haber pedido veinte piastras por los objetos que usted vendió a Louis, él se los habría dado, pues los necesita y no los hay en México”. Luego pagó su cuenta con la misma grandeza que su hermano. Esta honradez, esta benevolencia tan conmovedora hacia un desconocido que no tenía más título para merecerla que la de un colono arruinado, me llenó de consideración por estos dos hermanos.

- (74) Me parece importante señalar en la redacción del periódico francés *Trait-d'Union* un defecto que existía también en la del *Universal*, el *Courier des Deux Mondes* y, en general, en todos los periódicos franceses que se publican en el extranjero: es que se da mucha importancia a la crónica de los grandes crímenes y que se calla la de la virtud. Ahora bien, es muy poco conveniente y muy poco político escandalizar a los pueblos a los que nos proponemos como modelo, y a los que podríamos edificar. ¿Por qué los redactores no buscan de preferencia las hermosas acciones de todas clases que

ennoblecen la humanidad? Cada año se otorga en París el premio Montyon al autor de la acción más meritoria que se conozca. ¿No es extraño y triste que no nos den nunca la relación de lo que se dijo e hizo en una sesión tan interesante? Hay tantos actos de desinterés, de probidad y de abnegación que, mejor que los crímenes, podrían otorgar un interés poderoso para sus publicaciones.

CAPÍTULO VII

- (75) En todas las cosas, cabe considerarse el fin, dice el Sabio. Sin embargo, James Barlow no practicaba este precepto. Tres veces, en varios años, lo vi en una posición crítica que se había ganado por originalidad o por falta de reflexión. Las dos primeras, tuvimos suficiente suerte para salvar sus días, pero la tercera era un punto de honor exagerado del que se había vuelto esclavo. Sus amigos no podían hacer nada: se dio la muerte con sus propias manos, sentado junto a una dama cuya mano había pedido y que le fue negada.

CAPÍTULO VIII

- (76) La fábrica de Regla le costó a Pedro Ferreros, al final del siglo pasado, más de dos millones de piastras. Este rico minero rindió grandes servicios a España y mereció el título de Conde de Regla que le otorgó el rey. Obsequió a Carlos III dos bajeles, del que uno llevaba 112 cañones, luego prestó a la Corte de Madrid un millón de piastras, no sólo sin interés, sino, además, con la convicción de que este dinero nunca le sería devuelto.

CAPÍTULO IX

- (77) Antes de llegar a Cuicatlán, cerca del pueblo de Quiotepec, se encuentra un cerro bastante alto y cortado casi a pique en la

mayor parte de su área: los zapotecos habían fortificado la cúspide para defenderse contra las incursiones de los mexicanos. Sólo después de 1840, los arqueólogos del país descubrieron estas trincheras militares. Creyeron encontrar allí lo que quedaba de una ciudad, pero sus opiniones no tienen un fundamento sólido, pues sólo se encuentran allí las ruinas de una pequeña construcción cuadrada que sólo era un cuarto y cuya posición sobre un baluarte exterior no puede indicar más que una torre de observación. Se ve a lo lejos una amplia plaza de armas, la que probablemente servía de campamento para los refugiados. Estos se albergaban sin duda bajo tiendas, ya que en ninguna parte se encuentran habitaciones. Llegados a la cúspide, un cuadro original y salvaje se ofreció a nuestros ojos. Del lado opuesto al que habíamos subido, el cerro forma un medio cono cuyos lados parecen inclinados a unos sesenta grados sobre la base. El cono domina los montes vecinos y a su pie corren, en un vallecito estrecho, de un lado el río Salado, cuyas aguas amarillentas esconden truchas exquisitas, y del otro el de Quiotepec, que alimenta bobos no menos estimados. Allá se reúnen estos dos ríos que corren de cañada en cañada y de rápido en rápido hasta juntarse con los afluentes del Papaloapan. La plataforma de la cúspide está cubierta con arena fina que el viento cava o empareja. Aquel día el viento era muy fresco, zumbaba en la maleza y cubría nuestras palabras con voz estridente. He aquí que, al darnos la vuelta, nuestro guía hizo un ademán de sorpresa y nos enseñó, a cuatro pasos de nosotros sobre la arena, las huellas de las patas de un león. Apenas las habíamos examinado durante unos segundos, cuando el viento las borró. El león, pasando rápidamente detrás de nosotros, había desaparecido en los matorrales que teníamos atrás, en el momento mismo en que dábamos la vuelta. Los mexicanos llaman “león” al puma de pelaje gris oscuro y unido. Es más tímido con el hombre que el jaguar, y aunque sea más o menos del mismo tamaño que éste, es seguramente menos fuerte.

Aquella noche fue para mí rica en emociones diversas. Su-
bíamos una lomita siguiendo un pequeño sendero de un pie de

ancho que corría al bies sobre un talud abrupto cuando, al cruzar el camino, una serpiente de cascabel espantó a mi caballo, que se encabritó, echándose de lado. Ya no podía levantarse sobre sus patas en esta posición sin caer al fondo del barranco, que era profundo, pero afortunadamente un duro golpe de rienda lo echó completamente atrás y me salvé. Una hora después entré a Quiotepec. Se festejaba no sé qué santo con el sonido de los tamboriles y el ruido de los cohetes. Uno que pasó bajo la cara de mi caballo lo asustó y él se desbocó. A pocos pasos de allí se encontraba un grupo de niños que no pude evitar, de modo que salté por encima de ellos. Después de controlar a mi caballo, regresé sobre la plaza con el corazón atormentado por el dolor que creía haber provocado. Afortunadamente, todos los niños se habían tirado en el suelo, menos uno que quiso huir y que, atorado por su traje, volvió a caer sin hacerse daño. Sin embargo, el niño se había asustado y gritaba a todo pulmón; la madre estaba desesperada y sólo recobró algo de calma al ver las pias-tras que le ofrecí.

Cada vez que pasé por aquel lugar, me ocurrió algo pesado. En el primer viaje, el caballo de una sirvienta, al brincar, tumbó a la mujer y pegando violentamente el caballo de la señora de Fossey, la tiró de la silla; ella no pudo levantarse porque se había torcido el pie. Más tarde, cerca de la bajada de Cuicatlán, nos dimos cuenta de que los dos indios que cargaban a nuestros hijos en la espalda en pequeños sillones recubiertos, nos habían abandonado para irse por trochas. Desde lo alto de la montaña los divisábamos a veces corriendo a lo largo de la cima en un sendero cortado por barrancas y brincando de roca en roca con el riesgo de matarse junto con nuestros hijos si les fallaba el pie. Pasamos de este modo una hora en angustias imposibles de describir. Por fin, tres años después, la señora de Fossey y sus hijos iban en litera en la cuesta de Cuicatlán. En el punto más peligroso, la mula de atrás cayó y la litera se volcó al lado en el borde de un precipicio: la tercera parte de la caja estaba fuera del camino y quedaba en el vacío. ¡Mi esposa y mis hijos sólo evitaron caer al abismo agarrándose al baldaquín!

(78) El pobre joven muerto en Etlá por Canalizo se llamaba Lapuillade. Había sido censurado por todos sus compatriotas por haber participado en el movimiento revolucionario de Oaxaca, y nadie protestó contra la crueldad parcial de la que había sido víctima; además, su suerte estaba decidida. De modo que sólo yo protestaré, y me siento muy dispuesto a hacerlo en la medida en que Lapuillade era un joven muy talentoso y querido por todos; incapaz de cometer una bajeza, vio desesperado cómo sus compañeros de armas se volvían ladrones y asesinos, y para retenerlos hizo esfuerzos que no siempre fueron útiles. Pero finalmente las cenizas de Lapuillade fueron vengadas por el ridículo y el oprobio con los que la cobardía de Canalizo manchó su memoria. Todos los mexicanos que leerán estas líneas no podrán recordar, sin reírse, el pánico de aquel general al ver a algunos soldados estadounidenses, y su huida precipitada de San Martín de Tezmelucan a México. Canalizo falleció poco tiempo después de la salida de los estadounidenses de México.

CAPÍTULO X

- (79) El fuerte que corona el cerro de Mitla consta de una muralla principal de 18 pies de altura y seis de espesor, que forma un conjunto de media legua de circunferencia. La entrada, situada del lado del pueblo, está defendida por otro conjunto con un terraplén, donde aún se puede ver montones de piedras destinadas a ser lanzadas con hondas o con la mano. Este segundo muro de circunvalación, más alto que el primero, también tiene una puerta, un terraplén y un pretil, en cuyo borde superior están colocados pedazos de roca casi esféricos, de dos o tres pies de diámetro, los que debían ser empujados sobre los atacantes. Los edificios que servían de habitaciones a la guarnición se encontraban al otro lado de la fortaleza, donde existe otra salida, sin duda destinada a favorecer la entrada de los socorros y el retiro de los sitiados.
- (80) Oí, durante el sermón del buen cura de Mitla, cosas muy extrañas acerca del misterio de la Santa Trinidad, y recuerdo que no

oí otras más sensatas acerca del mismo tema por parte de los misioneros que vinieron a Dijon en 1824, aun cuando se encontraban entre ellos unos hombres de mérito, como el abad de Rozan, por ejemplo. Los predicadores siempre han cometido graves faltas al querer volver comprensible lo que ellos creían era un misterio. Recurrían por necesidad a figuras, a imágenes falsas y, después de muchos esfuerzos, sólo lograban lo absurdo y ridículo. Para mí, que no comparto la opinión de San Agustín: *Credo quod absurdum est*, busqué la solución de este gran problema en el círculo de las cosas posibles, y no tardé en encontrarla. Este supuesto misterio no resulta ser tal, como vamos a ver. Y me sorprende que una verdad tan sencilla no haya sido entendida y demostrada desde hace tiempo.

La descomposición de un todo infinito en tres partes iguales entre ellas y al todo del que son sacadas es una propiedad inherente al infinito. En efecto, no hace falta ser un gran matemático para saber que $1/0$ es el signo del infinito, puesto que, a medida en que el denominador de una fracción disminuye, la expresión fraccionaria aumenta de valor, mientras que cuando el denominador se vuelve más pequeño que cualquier cantidad imaginable, es decir cero, la expresión fraccional correspondiente se hace más grande que cualquier cantidad imaginable, o sea, igual al infinito. Y si una inteligencia un tanto obtusa no entiende bien lo que se acaba de decir, sería posible aún hacerle inteligible el valor infinito de $1/0$, haciéndole observar que al indicar esa fracción la división de su numerador por su denominador, si efectuamos esta división, veremos que el divisor 0 (cero), se encuentra contenido en el dividendo 1 (uno), más veces que cualquier número que podamos imaginar, es decir, un número infinito de veces. Por tanto, es constante que $1/0$ es el símbolo que nos representa lo infinito y que, al no poder imaginar nada infinito que no sea Dios, resulta que $1/0$ es para nosotros la representación visible y matemática de Dios o de sus atributos. Veamos ahora lo que sucederá si suponemos a Dios dividido en tres personas, o sea, si dividimos la expresión fraccionaria $1/0$ por el número entero 3.

Sabemos que para dividir una fracción por un número entero, se multiplica el denominador de la fracción por este número entero, conservando su numerador; por tanto, tendremos: $1/0 : 3 = 1/0 \cdot 3 = 1/0$. Esto prueba que $1/0$ dividido por 3 da por cociente $1/0$, cantidad idéntica al dividendo, y que lo mismo ocurriría en caso de dividir el infinito por cualquier número que no sea 3.

Así, esta propuesta: la parte es igual al todo, absurda si se consideran números finitos, se vuelve una verdad evidente cuando se trata del infinito. Si queremos considerar al Ser Supremo en su esencia en toda la extensión de sus atributos, nos perderemos pronto en un abismo de tinieblas; sin embargo, lo absurdo no puede ser para nuestra inteligencia limitada una de las condiciones de existencia de las verdades eternas, según creía San Agustín, y lo que acabamos de deducir de las propiedades del infinito lo comprueba plenamente. ¿Dios nos parece menos grande porque hemos entendido la filosofía del dogma de la Trinidad? ¿No lo adoramos, al contrario, con mayor fervor y humildad, al quedar más convencidos de la realidad de su existencia y ser capaces de juzgar mejor la extensión de su poderío?

- (81) Las ruinas de Palenque cubren un espacio de seis o siete leguas de circunferencia. Se ven templos, pirámides, tumbas, fortificaciones, acueductos, puentes y bajorrelieves esculpidos en piedra, representando personajes de ocho a diez pies de altura. También se encuentran estatuas colosales, ídolos, vasos, instrumentos de música, etcétera; todo revela que esta ciudad estaba habitada por un pueblo avanzado en las artes y la civilización. El palacio imperial sigue en pie y está bastante bien conservado. Se trata de un edificio de unos 300 pies de largo y treinta de altura, rodeado por un peristilo. El interior está dividido en varios cascotes de casas separados por unos patios, y en el centro se levanta una torre de la que quedan cuatro pisos. Las murallas están adornadas por bajorrelieves esculpidos en piedra, que representan personajes de ocho a diez pies de alto. Estos tienen un carácter de figura muy particular: tienen la nariz y la frente sobre una misma línea curva, formando un arco de unos sesenta grados, y

esta singularidad parece haber sido un tipo distintivo de los antiguos habitantes de Culhuacán, puesto que se encuentra en todas partes en sus esculturas. Sin embargo, no existe entre las poblaciones indígenas ningún índice de este tipo original y tampoco ninguna tradición que pueda señalar la época de la desaparición de esta raza antigua. Esta circunstancia, junto con la vegetación prodigiosa que invadió toda la ciudad, muestra que desapareció en una época muy antigua, sea por una pestilencia, sea por una guerra de exterminio. ¿De dónde venía aquel pueblo cuyos principios arquitectónicos, los instrumentos, los símbolos, tienen relaciones notables con lo que se ve en el valle del Nilo? ¿Cuáles fueron las causas de su migración, la época de su establecimiento en esta región, y las de su destrucción? Estas cuestiones ya han solicitado la ciencia de los arqueólogos y aún no han recibido respuestas satisfactorias.

Las ruinas de Culhuacán, las de Palenque y sobre todo las de Mitla no pueden ser consideradas antediluvianas, sino por las personas que no vieron estas ruinas y ni siquiera los dibujos que se hicieron de ellas. No existe la menor similitud entre los edificios que acabo de describir y aquellos monumentos sencillos y toscos que los arqueólogos creyeron haber pertenecido a aquellas épocas. Estos últimos tienen relación sólo con los de la antigüedad más remota, conocidos como *pelagianos*, que se encuentran en Grecia y en las islas del Mediterráneo, con los que se les confunde a veces. Así sucede también con la isla de Gozo. Estos edificios son notables por el volumen de las piedras que sirvieron para su construcción, lo que revela ya conocimientos bastante extensos en estática. Pero en ellos el arte apenas se encuentra ennoblecido por el primer esfuerzo del pensamiento, mientras los edificios de Mitla son, al contrario, notables por la elegancia de su arquitectura, el buen gusto de los adornos y el hermoso labrado de la piedra; y los de Palenque, por su construcción más ligera y más elegante, por los templos, las sepulturas, las fortificaciones cuyas ruinas cubren un espacio inmenso y, finalmente, por las esculturas y los bajorrelieves que los adornan.

Además, los edificios de Palenque, en cuanto a sus orígenes, nada tienen en común con estos vestigios de las primeras artes de poblaciones desconocidas. Aquí se conoce todo: el pueblo que los construyó, la época de su florecimiento, su uso, sus comienzos y las causas de su destrucción. No es más razonable hacer hipótesis acerca de su origen de lo que sería hacerlas acerca de la torre de Montlhéry. De modo que me es permitido creer que el señor licenciado Lacunza, cuyas luces e ilustración recibo por otra parte, cometió un error al comentar en sus discursos sobre la historia de México en el Colegio de Letrán las suposiciones gratuitas de algunos arqueólogos de ultramar, en lugar de destruirlas de una vez, como le habría sido fácil hacer estudiando aquellos monumentos y las crónicas de su historia.

En cuanto a las ruinas de Palenque, si no pertenecen a un pueblo antediluviano, no dejan de ser muy antiguas, y no pienso, como lo infiere el señor Prescott en el primer capítulo de su *Historia de México*, que puedan ser la obra de colonias toltecas, las que, en el siglo XI, abandonaron la meseta de Anáhuac y se dirigieron al sur del país. Por un lado, los emigrantes no eran lo suficientemente numerosos como para formar de inmediato una ciudad, la que, por su extensión, fue nombrada la Tebas americana; y luego, aquel pueblo no habría podido desaparecer como por encanto en una época tan cercana a la Conquista, sin dejar ninguna recuerdo de su existencia. Por otro lado, la vegetación que se apoderó de todo, los árboles enormes que se abrieron paso entre los monumentos más sólidos, revelan una antigüedad tal que no se puede dudar en reconocer que estas ruinas eran ya muy antiguas, antes mismo de que los toltecas pensaran en abandonar Tula.

Las poblaciones indígenas de los departamentos de Chiapas, Tabasco y Yucatán son más salvajes y más pobres que las del país zapoteco. Alejadas en una de las extremidades de la república, lejos de los puertos principales y de las grandes ciudades, no ven más viajantes que algunos mercaderes que llegan a comprar cacao y tabaco, y más gente civilizada que criollos cuyas costumbres, creencias y hasta lenguaje se remontan al siglo XVI; viven casi sin comunicación y sin comercio, contentándose con

lo poco que provee la tierra, conforme con los pocos cuidados que recibe de ellos. Haría falta, según decía el señor Rocafuerte⁴⁴ en su lenguaje figurado, una inundación de poblaciones europeas en esta tierra virgen, para que en ella aparezca la riqueza y ennoblezca las facultades humanas.

- (82) Vicente Guerrero era un hombre ignorante, pero dotado de cierto tacto que denotaba una mente por encima de lo vulgar. Sus enemigos lo acusan de haber participado en la decisión de entregar el Parián de México al saqueo, después del asunto de la Acordada, pero sus partidarios alejan de él este reproche, recordando que toda la vida de Guerrero muestra que no era un hombre malo; además, no se encontraba en el lugar, sino que era el general Lobato el comandante en jefe, quien debe ser acusado como responsable y recibir las recriminaciones.

CAPÍTULO XI

- (83) Este volcán surgió en medio de un torbellón de llamas y de humo en la noche del 28 al 29 de septiembre de 1759, en el lugar ocupado por la hacienda de Jorullo. Llegado a cierta altura, su cumbre reventó y torrentes de lava se escaparon. Los picos más altos del borde del cráter se encuentran a 517 metros arriba del nivel de la llanura, en medio de la cual un millar de pequeños conos se formaron y juntaron al mismo tiempo alrededor del volcán. El señor de Humboldt los encontró aún cálidos en 1804. Este fenómeno había sido precedido por temblores tan fuertes y tan frecuentes, que los habitantes de la hacienda habían huido algunos días atrás: asistieron desde lo alto de las lomas vecinas a

⁴⁴ Don Vicente Rocafuerte, que fue presidente de la república de Ecuador, era un hombrecito lleno de vivacidad e inteligencia, que hablaba varias lenguas con gran facilidad. Dedicó su fortuna y sus talentos a los progresos de las ideas liberales en la América española. Lo vi a menudo en México, donde se encontraba cuando yo llegué y tenía un placer infinito al oírle hablar. Mostraba una profunda estima para la nación francesa y, por nuestra parte, lo acogíamos como a un hermano.

- este extraño y terrible espectáculo, que les hizo creer durante un momento que había llegado la última hora del mundo.
- (84) Sentí este mismo temblor en México el 3 de octubre de 1847, a las nueve de la mañana. Los soldados estadounidenses, en cuyo poder había caído la ciudad, se espantaron; el rodar de un coche que sacudía las ventanas los hacía correr alocadamente y su pánico duró varias semanas. La mayor sacudida que sentí en México fue la del 7 de abril de 1845. Los movimientos oscilatorios del suelo fueron tales que se cayó la cúpula de la capilla de Santa Teresa. La duración del fenómeno pudo ser apreciada fácilmente durante tres minutos; los conté reloj en mano. Pero un péndulo que fijé en el techo de mi departamento me mostró que la tierra no dejaba de moverse, pues osciló de diez a veinte grados por un día y medio. Durante ese tiempo sentimos numerosas nuevas sacudidas más o menos fuertes, las que eran confirmadas de inmediato por la amplitud de sus arcos. Parte de la población asustada se fue a acampar hasta el día siguiente a la Alameda o a Bucareli. La gente acomodada abandonó la ciudad, a la que no regresó hasta seis semanas más tarde.
- (85) El gobernador de la Vega mandó al ministerio del Interior de México, para la exposición universal de Londres, diversos productos agrícolas del territorio de Colima; se trataba de distintas especies de algodón, cacao, café, y muestras de maderas preciosas. Pues bien, nada de esto fue mandado a Londres; sin duda, tiraron el algodón a la basura, las muestras de madera sirvieron de cuña para las mesas, el cacao se fue con el chocolatero que lo transformó en tablillas y el café fue tomado y saboreado por Su Excelencia, poco interesado en el honor de su país. Lo mismo sucedió con los objetos mandados por los demás gobernadores, de modo que la industria mexicana no llamó la atención general sino por su inexistencia. Se preguntaba con sorpresa cómo era posible que México, aquel país tan rico en diversas producciones, y que había hecho un paso honorable en las artes de treinta años para entonces, no hubiera intentado brillar entre las naciones, sino mediante figurinas de cera muy mediocres. Se habrían sorprendido aún más si se hubiera conocido la realidad.

Sin embargo, en la exposición universal de París en 1855, México reconquistó el lugar que le pertenecía entre las naciones, el que había perdido por su apatía. Gracias al celo ilustrado del señor Velázquez de León, ministro de Industria, los exponentes mexicanos obtuvieron cuatro medallas de primer lugar, cinco de segundo y cinco menciones honoríficas. Sus productos fueron los mejores y más numerosos de todos los pueblos americanos, después de los de Estados Unidos. Se veía, en las vitrinas que les habían reservado, muestras de plata maciza de admirable riqueza, hermosos minerales de mercurio, plomo, estaño, cobre y hierro. Este último metal abunda en el suelo mexicano. Desgraciadamente, el carbón de tierra escasea en México y sólo se usa carbón vegetal, lo que impide que las fraguas y las fábricas puedan desarrollarse ampliamente.

En cuanto a los productos agrícolas, la colección de maíz no tenía parangón. El café mexicano sólo tenía un rival, el de Moka, y el tabaco el de La Habana. México expuso también sus paños y casimires de la fábrica del señor Beistegui, tapetes de la del señor Rubio. Entre las telas de algodón destacaba una banda de dos metros de largo y ocho decímetros de ancho, de tal finura que podía pasar por el más pequeño anillo mujeril. Los señores Arellano y Francoz expusieron también chales de seda, fabricados por el primero con el sistema azteca, y por el segundo con telares de Jacquard. También había papeles muy hermosos de los señores Carrillo y Benfield, especímenes tipográficos notables del señor Cumplido, un elegante coche de los talleres del señor Wilson, y una máquina muy ingeniosa para fabricar cigarrillos. El señor Adorno presentó un nuevo sistema de lectura y escritura musical, al que dio el nombre de melografía. Se trata de un aparato transpositor de este género de escritura, mediante el cual las piezas pueden ser escritas en todos los tonos; un instrumento de acústica llamado geometrina, para encontrar los sonidos geométricos; un cuadro que representa la ley de estos sonidos; un método de piano y otro de canto para el nuevo sistema, y finalmente, un piano melógrafo, que se encuentra en

vía de construcción en la casa Erard⁴⁵ de París, donde se construye asimismo el instrumento llamado geometrino. El piano melógrafo escribirá la música que se tocará en él, la que, mediante un procedimiento sencillo, podrá ser leída en todos los tonos según se quiera, por el sistema melógrafo, o ser traducida con la notación musical usual.⁴⁶ El gracioso cuadro del señor Cordeo, *Jesús y la mujer adúltera*, figuró también en la exposición de bellas artes del mismo año en París.

- (86) Vi en Oaxaca, en 1849, al director de la aduana embargar a un pobre arriero una gruesa de cueros ingleses, porque aparecían en sus facturas como mercerías, en lugar de estar entre los abarrotos, donde al legislador se le antojó ponerlos. Pensé: he aquí un hombre que prefiere la plata al honor. ¡Maldito sea!

A mi regreso de Francia, en el mes de enero de 1843, traje un servicio de plata que no se encontraba registrado en los documentos del capitán, porque entonces yo no entendía nada de las formalidades exigidas, al no ser yo un negociante. La ley autorizaba a los aduaneros embargar mi vajilla de plata. Pero, ¿qué hizo el director de la aduana de Veracruz? Me dijo: “ya que nos mostró la caja y anunciado su contenido antes de abrirla, no puede existir de su parte un intento de fraude, por tanto, no le vamos a embargar su servicio, pero le vamos a imponer un derecho doble por negligencia”. Este acto de equidad por parte del director: “he aquí a un hombre que pone su honor muy por encima de un interés sórdido. ¡Bendito sea!”

- (87) El emperador Iturbide tuvo ocho hijos, cuatro hombres y cuatro mujeres. Éstas residen en los Estados Unidos, donde nunca quisieron casarse, aunque se les presentaron numerosos partidos brillantes en cuanto a fortuna. Ellas aspiraban a alianzas ilustres; al no encontrarlas, se conformaron con el celibato, y todo el mundo celebró este noble orgullo. De todos los hijos de Iturbide, Salvador es el único hasta ahora que se casó. No fue tan exigente como sus hermanas.

⁴⁵ Fin de 1855.

⁴⁶ *Relación de la Comisión Mexicana.*

CAPÍTULO XII

- (88) Desde que en la ortografía española la J fue sustituida por la X, cada vez que esta letra tiene un sonido gutural aspirado, se puede creer a menudo que los mismos nombres representan objetos distintos. Así, ya no se escribe ahora Guanajuato con X, sino con una J; México, Oaxaca, Guadalajara se escriben también Méjico, Oajaca, Guadalajara. Sin embargo, como no vamos a adoptar sin duda antes de mucho tiempo esta nueva ortografía en cuanto a los nombres que conocemos bien, he mantenido la X en éstos y sólo empleo la J para los nombres ignorados o poco conocidos. En cuanto se refiere a la pronunciación de los nombres españoles y mexicanos, le advierto al lector que la E se pronuncia como si tuviera un acento agudo, y la U como el diptongo OU. Así, pulque, Foulé, Perote, Andrade, etcétera, se leen como si fuera *poulqué*, *Fulé*, *Peroté*, *Andradé*, etcétera. Se encontrarán, sin embargo, nombres mexicanos acentuados, tales como aztecas, toltecas, tepanecas, etcétera; es que estas palabras no conservan su ortografía primitiva, por haber sido afrancesadas desde hace mucho.
- (89) Para mover 1132 molinos (arrastres), hacen falta 9 056 mulas, que cuestan al mes 67 919 piastras, al fijar el precio medio de la alimentación de cada animal en siete piastras y media. Estos costos se reducirían a la mitad si en lugar de mulas, se usaran aparatos hidráulicos.
- (90) La plata y el oro amonedados en 1850 en Guanajuato ascienden a 923 016 marcos, y como se necesita unas diez onzas para extraer un marco, el consumo no bajó de 5 770 quintales aquel año, lo cual representa un capital de 865 500 piastras, a 150 piastras por quintal, precio en él se cotizaba entonces. El precio del mercurio varió mucho en estos últimos años; llegó a costar 200 piastras por quintal en la época de la invasión americana en 1848, y cayó a 45 en 1852, cuando los productos de California llegaron a hacer competencia con los de Almadén. Pero desde que los detentadores de este metal se pusieron de acuerdo, el precio subió: hoy en día (1855) está en 64 piastras. Nunca bajó

por debajo de las cuarenta, ni en el siglo pasado ni en el actual. Tomando en cuenta el precio en que se vende hoy en día, se puede intentar la extracción de la plata con alguna ganancia, cuando el mineral no contiene menos de tres marcos y medio por 32 quintales, y que se tiene a la mano. Pero si la mina queda alejada por varias leguas de la fábrica, es preciso calcular sobre unos cinco a seis marcos de plata para que la extracción sea ventajosa. En la época en la que el mercurio valía 150 piastras por quintal, el mineral debía contener al menos un marco y medio más de plata para rendir el mismo beneficio.

El valor de la sal consumida por un molino (arrastre) en un año no baja de 233 piastras, contando la carga de tres quintales de diez piastras. Se pagó este año (1855) la carga en 15 piastras, porque las abundantes lluvias impidieron los trabajos en las salinas del Peñón.

- (91) Los dueños de haciendas en el Bajío deberían mostrarse más generosos con la gente del terruño de lo que se acostumbra en otras partes, tomando en cuenta las riquezas que les depara la agricultura. Sin embargo, esto no ocurre: al contrario, los tratan con un rigor y una injusticia que merecen ser censurados. Un peón sólo recibe al día dos reales para él y su familia, sin ningún otro socorro en productos naturales; y si quiere criar un cerdo, una vaca, se ve obligado a entregar al amo la mitad del valor del cerdo o de la ternera que acaba de nacer. Si quiere cultivar un pedazo de tierra, tiene que costear todos los trabajos de labranza, la compra de semillas y la deshierba. Además, se ve obligado a entregar al dueño la mitad de la cosecha. He aquí por qué los infelices habitantes del Bajío no pueden medrar y no tienen más que la miseria como perspectiva para la vejez.
- (92) Sin embargo, cabe reconocer que, desde que los europeos se volvieron numerosos en México, y sobre todo desde la invasión americana, los mexicanos perdieron en cuanto se refiere a la urbanidad y a las buenas maneras fuera de su entorno social. Ahora, ya no se cede el paso ni a las damas ni a los ancianos y tampoco a los eclesiásticos; uno se limita a menudo con responder mediante un leve movimiento de cabeza al saludo de un hombre

cortés que se considera como poco favorecido por la fortuna, uno se abalanza antes que los demás a un coche de plaza, en los omnibuses, sin tomar en cuenta la clase de las personas que se apretujan en el estribo. Se rebasa incluso en esto la patanería de los estadounidenses, que sólo se ejercía entre hombres, y que dejaba lugar a la más fina galantería al aparecer una mujer, sea cual fuera su edad y condición.

- (93) Desde hace un año, el señor Comonfort desplegó una habilidad y una energía que no puedo comparar con nada de lo que vi hasta ahora en México. Él es realmente un hombre de Estado de un mérito poco común, y tiene fama también de ser un hombre honrado.
- (94) Desde que las ideas de los *Know-Nothings* se desarrollaron de manera tan espantosa en los Estados Unidos, la inmigración disminuyó a la mitad. Los colonos, viéndose expuestos a las vejaciones y la brutalidad de una masa hostil, renuncian a los viajes que habían previsto y que sus antecesores emprendían con tanto entusiasmo. Parece por tanto probable a primera vista que, mientras las ideas de este partido se extiendan, menos se podrá temer el despoamiento de Europa. Sin embargo, no conviene fiarse demasiado en esta esperanza, si se dejara que los estadounidenses aumentaran por esta razón: el origen de los *Know-Nothings* fue la afluencia de los europeos hacia las grandes ciudades, en particular desde que las tierras en venta se hallan a menudo muy alejadas de las costas del Este y, por consiguiente, el peso decisivo que su voto ejerció en las elecciones. Se sabe que la mayor parte de los emigrados adoptan los principios del partido demócrata y que los irlandeses en particular venden su voto al que lo quiere comprar. Pues bien: los temores del partido opuesto dejarían de existir tan pronto el labrador encontrara, no lejos de las costas, tierras extensas en las que, para formar un establecimiento ventajoso, sólo tendría que escoger. Tomen muy en cuenta que la mayoría de los emigrantes son gente que sólo sabe trabajar la tierra; que los artesanos de objetos de lujo, los que sólo pueden establecerse en las ciudades grandes, se hallan en minoría entre ellos y que, por lo tanto, el campo se llenaría

de colonos antes que las ciudades, como había sucedido en los comienzos en los Estados Unidos; de suerte que los *Know-Nothings*, al no tener nada que temer por parte del pequeño número de colonos en las ciudades, se volverían de nuevo hospitalarios para todos. Por tanto, a Europa le conviene absolutamente mantener la república de los Estados Unidos en sus límites actuales, puesto que su fuerza sólo puede disminuir en medio de los disturbios ocasionados por el choque de partidos, mientras sólo puede perderlo todo dejándola expandirse a costa de sus vecinos.

- (95) Aunque trato severamente aquí a los estadounidenses por su política exterior, estoy lejos de ser personalmente su enemigo. Los he visto en su país y, si encontré que su carácter y su educación daban a menudo motivos para criticarlos, reconocí también que la suma de sus buenas cualidades pesaba fuertemente en la balanza del juicio que se les debe hacer.

Siempre encontré durante mis viajes a los Estados Unidos hombres muy corteses, muy amigables, los que después de algunas horas de conversación, mostraban una urbanidad y una cortesía exquisitas. En los paquebotes de los ríos, estos estadounidenses educados me rodeaban para invitarme a comer e impedir que tuviera que quejarme de la rusticidad de los demás pasajeros. El día después de mi llegada a Filadelfia, el hijo de un *attorney general*, que había llegado de Nueva York conmigo, vino a buscarme en su coche para llevarme a la Penitenciaría, en Water-Work, y a Gerald Colledge, atención que nunca recibí cuando viajaba por Europa. Todos mostraban una buena voluntad extrema para aclarar el sentido de mis frases mal construidas, cuando ellos mismos no entendían el francés.

Me acuerdo que en 1831, en una jornada que hice desde Washington hacia Mount Vernon, me encontré en la comida junto a un hombre muy bien vestido que, según suponía, pertenecía a la clase alta. Pero no tardé en darme cuenta de lo contrario: este señor acaparaba los manjares delicados y echaba todo en su plato. Más aún, en un momento en el que yo tenía la cabeza volteada, se apoderó de la taza de té que acababan de servirme y la bebió.

Me sorprendió mucho esta forma de actuar, tan censurada por los turistas europeos, pero reí de buena gana con mis demás compañeros de viaje, cosa que, por otra parte, pareció no causar la menor impresión en mi bebedor de té. Este acto excéntrico, esta ignorancia de las buenas maneras, me hizo buscar cuáles eran las causas de tan gran indiferencia en los proceder de unos y otros. Ahora, no tardé en descubrir que el hombre del té era un curtidor que iba a buscar pieles a no sé dónde. Se había apartado de su ruta como yo, para hacer una peregrinación a la tumba del fundador de la libertad estadounidense. Cada vez que veía cometer una grosería a un estadounidense, vistiendo un traje de tela fina y camisa blanca, preguntaba por su condición, y la mayoría de las veces me enteraba de que se trataba de un albañil, un cordelero, un cabaretero o cualquier industrial de bajo estatuto en la jerarquía social. Pues bien, si en Francia estuviéramos expuestos a encontrarnos en una mesa redonda, en los hoteles o en los paquebotes del Mediterráneo, al lado de personas de la misma clase que viajan con los bolsillos bien llenos, su tono y modales, sus exigencias y arrogancias no tardarían en hacernos considerar a su sociedad como un suplicio. Bien es cierto que nunca se les ocurriría hacer algunas cosas que realizan los americanos, pero harían otras igualmente repreensibles, las que nunca se les puede reprochar a estos últimos.

- (96) Consulté de manera individual la opinión pública de México durante diez años consecutivos, y no encontré más de una persona de cien que no desairara el apoyo de las potencias europeas contra la ambición de los americanos, y no sabría contar más de una que diez que no considerara beneficioso que Francia, en particular, interviniera en la política interior de México, para dar a los estadistas el tiempo y los medios de asentar sobre bases sólidas un gobierno aceptado por la mayoría que pueda asegurar la propiedad y la independencia de este hermoso país.

ÍNDICE GENERAL

<i>Introducción</i>	9
<i>Prefacio</i>	15
CAPÍTULO I	19
Proyectos sobre la comunicación de los dos mares por el istmo de Panamá, el lago de Nicaragua y el río del Coatzacoalcos.- Colonización del Coatzacoalcos.- Proyecto del señor Laisné de Villevêque.- Salida de El Havre.- Idea del viaje. El <i>Petit Eugène</i> y <i>La Glaneuse</i> .- Paso de la barra de Minatitlán.- Mentiras de los directores de la colonia.- Desastres de las expediciones y motivos de sus desgracias.- Campamento a orillas del río.- Indios de raza pura, indios mestizos.- Viaje a Acayucan.- Cosoliacac.- Altipan.- Doña Marina, también llamada <i>La Malinche</i> .- Costumbres de los habitantes de Altipan.- Primera comida mexicana.- Gritos en el desierto.- Episodio sobre la caza del mono.- Pueblo del Soconusco.- Acayucan, su situación.- Niguas.- Cultivos abandonados.	
CAPÍTULO II	45
Curso del Coatzacoalcos.- Malpaso.- Hermosura de los bosques del alto Coatzacoalcos.- Los monos.- Los caimanes.- El jaguar.- Su fuerza.- Modos de cazarlo.- El puma.- Los jabalíes.- Maderas preciosas de los bosques.- Rica producción del suelo.- Mercados.- El país zapoteco.- Los mixes.- Boca del Monte.- Don Tadeo Ortiz.- Guichicovi.- Episodio.- Supersticiones de los indios.- Los mosquitos.- El ácaro.-	

Las garrapatas.- Los alacranes.- Las serpientes.- Consejos para los fundadores de colonias.- Expedición de *Le Requin*.- Un nuevo Robinson.- Desgracias de la familia Sombret.

CAPÍTULO III

65

Salida para Veracruz.- El Paso San Juan.- El río del mismo nombre.- Falta de víveres.- Los corzos.- Miedo de una de mis gentes.- Uno se acostumbra a la idea del peligro.- Padecimientos durante el viaje.- Los mosquitos.- La hacienda de San Nicolás.- Una hermosa mañana.- Tlacotalpan.- Encantos de las jóvenes criollas.- Hospitalidad.- Comida en casa de un criollo.- El cigarro.- La balandra.- Alvarado.- Estancia desagradable.- El tamal.- Una revista de jarochos.- Puente de Alvarado.- El sloop.- La balandra sale del puerto.— Calma.- Tiburones.- La Isla de los Sacrificios.- El fuerte de San Juan de Ulúa.- Veracruz.

CAPÍTULO IV

79

El primer establecimiento de Cortés en la costa oriental de México.- Prosperidad de Veracruz.- Carácter celoso de los españoles.- Creencia popular.- La fiebre amarilla.- Causas que producen esta enfermedad.- Dolores que padecen los enfermos.- El viento del norte.- La paz de Dios.- Salubridad de Veracruz para las personas aclimatadas.- La bahía.- El fuerte de San Juan de Ulúa.- Mi recámara.- Mi hostelero.- Las damas de Veracruz.- Paseo del muelle.- La Alameda.- Malibrán.- Medellín.- Episodio del robo de mi cartera.- Estado moral de los soldados del país.- Modo de reclutamiento.- Reflexiones acerca de la dirección dada a la educación de los jóvenes en Francia.- La gabarra *La Dore*.- Salida para México.- Los expulsados.- La caravana.- Fatigas e incomodidades del viaje.- El maestro de transporte en carros.- Episodio de la joven jarocho.- Bella vegetación.- Xalapa.- El Pico de Orizaba.- Hermosura de las mujeres de Xalapa.- Cambios acaecidos entre los indios de los climas fríos.- Ladrones.- Las Vigas.- Fantasmas de Ossian.- La catarata de Naolinco.- La calzada de San Miguel.- Perote.- El

mesón.- La llanura.- El espejismo.- Puebla.- Carácter de los habitantes.- La catedral.- Teocali de Cholula.- La Malinche.- Hermoso bosque de Río Frío.- El Popocatepetl y el Iztaccíhuatl.- Venta de Córdoba.- Valle de México.- Los lagos de Chalco y Texcoco.- Las cortinas de sauces.- Vista de la capital de México.- Ensueños.

CAPÍTULO V

107

Vistazo etnológico.- Migración de los toltecas.- Fundación de Tulancingo y de Tula.- Astronomía tolteca.- Hambruna y peste.- Destrucción de la monarquía tolteca.- Llegada de los chichimecas.- Formación del reino de Acolhuacán.- Llegada de los tepanecas, tlaxcaltecas, aztecas, etcétera.- Los aztecas se establecen en Chapultepec.- Son perseguidos por los señores de los alrededores.- Se refugian en unas islas del lago de Texcoco.- Su manera de vivir.- Su miseria.- Su establecimiento en Iztacalco.- Se quedan definitivamente en la isla de Tenochtitlán.- Primer templo del dios Huitzilopochtli.- Chinampas.- Separación de la facción de Tlatelolco.- Acamapichtzin, primer rey de los mexicanos.- Esclavitud de Azcapotzalco.- Socorros prestados por los mexicanos al rey de Acolhuacán.- Se cubren de gloria.- Cambia su suerte.- Poder de los tepanecas.- El reino de Acolhuacán conquistado por ellos.- El heredero de la corona de Texcoco forma un partido poderoso.- Los mexicanos se unen a él.- Asalto a Azcapotzalco.- Formación del reino de Tacuba.- Grandes feudos de la Corona de México.- Ampliación del imperio mexicano.- Sus límites.- Advenimiento al trono de Moctezuma el Joven.- Su carácter.- Antigua tradición.- Hernán Cortés.- Su carácter.- Su política.- Su alianza con los totonacos y los tlaxcaltecas.- Su entrada a México.- Prisión de Moctezuma.- Descontento de los mexicanos.- Llegada de Narváez a Veracruz.- Cortés deja a Alvarado en México y va a combatir a Narváez.- Su victoria.- Narváez prisionero de Cortés.- Masacre ordenada por Alvarado.- Insurrección de México.- Los españoles son atacados.- Regreso de Cortés.- Desconocimiento de la autoridad de Moctezuma.- Muerte de Moctezuma.- Noche Triste.- Batalla de Otumba.- Cuitlahuatzin.- Guatimozin.- Generosa hospitalidad de los tlaxcaltecas.- Sitio y toma

de México.- Suplicio del monarca vencido.- Su muerte.- Suerte de los mexicanos después de la conquista.- Cortés víctima de la envidia y del odio de los delegados.- Su muerte.- Virreyes de México.- Administración de esta colonia.- Efectos que producen los acontecimientos de España en 1808.- Primer grito de independencia lanzado por el cura Hidalgo.- Virrey Venegas.- Batalla de las Cruces.- Batalla de Zapotlanejo.- Fusilamiento de Hidalgo.- Morelos.- Su carácter, sus hazañas y su muerte.- Mina.- Iturbide.- Proclamación como emperador.- Logias de francmasones.- Santa Anna se alza contra Iturbide.- Debilidad del emperador.- Su exilio.- Su suplicio.- El general Victoria elegido presidente.- Pedraza.- Jornadas de la Acordada.- Guerrero.- Ostracismo.- Victoria de Tampico.- Revuelta de Bustamante.- Guerrero declarado incapaz.- Su muerte.- Segundo alzamiento de Santa Anna.- Valentín Gómez Farías.- Cambio en la política de Santa Anna.- Campaña de Texas.- Batalla de San Jacinto.- Santa Anna prisionero de los texanos.- Houston.- Filisola.- Bloqueo de las costas mexicanas por los franceses.- El contralmirante Baudin.- El príncipe de Joinville.- Toma del Fuerte de Ulúa.- Toma de Veracruz.- Tratado entre Francia y México.- Batalla de Acajete.- El general Mejía.- Su muerte.- Pronunciamiento del 15 de julio de 1840.- Primera revuelta de Paredes.- Bases de Tacubaya.- Segunda revuelta de Paredes.- Caída de Santa Anna.- Joaquín Herrera.- Tercera revuelta de Paredes.- La monarquía vista como única vía de salvación.- Invasiones de los angloamericanos.- Batalla de Palo Alto.- Taylor.- Arista.- Toma de Monterrey.- Salas.- Santa Anna regresa al poder.- Pronunciamiento de los polkos.- Batalla de la Angostura.- Scott.- Bombardeo de Veracruz.- Batalla de Cerro Gordo.- Asunto de Padierna.- Batalla de Churubusco.- Asunto de Molino del Rey.- Toma de Chapultepec y de México.- Santa Anna perseguido.- Tratado de Guadalupe.- Arista presidente.- Su caída.- Regreso de Santa Anna.- El partido monárquico y el clero en el poder.- Regreso de los jesuitas.- Santa Anna recibe el título de Alteza Serenísima.- Orden de Guadalupe.- El ejército.- Asonada de Álvarez.- Horrores de la guerra civil.- Huida de Santa Anna.- El Conde Raousset-Boulbon.

CAPÍTULO VI

167

México después de la Conquista.- El Zócalo.- Consagración del gran Teocali.- La catedral.- El Palacio de los Virreyes.- La Casa de Mone-da.- El *Cheirostemon*.- La Universidad.- Antigüedades mexicanas.- La Escuela de Minería.- La Alameda.- Paseo de Bucareli.- Lujo de las da-mas mexicanas.- Paseo de la Viga.- Chinampas.- Plaza de San Pablo.- Corrida de toros.- Teatros.- La ópera.- La comedia.- Indumentaria de las distintas clases de la sociedad.- El Jueves Santo.- Opinión filosófica sobre la educación y el carácter de los hombres y las mujeres.- Los léperos.- Sus duelos.- El señor Michael Chevalier.- Mejoras introduci-das en la sociedad mexicana desde la declaración de Independencia.- Exquisita urbanidad de los mexicanos.- Incapacidad de los hombres de Estado.- Administración de la justicia.- El ejército.- Los duelos se-veramente castigados.- Opinión del expresidente Gómez Pedraza.- Injusticia de los partidos respecto de los extranjeros que se alistan en el ejército.- Número de europeos que se encuentran en México.- Car-tas de seguridad.- Los franceses, más que cualquier otra nación, con-tribuyeron al avance del país.- El corazón del europeo se vuelve mejor tras una larga estancia en México.- El comercio.- La aristocracia.- Los bailes.- Veladas del señor Barón Deffaudis.- El Barón Gros.- El Barón Alley de Cyprés.- El señor Levasseur.- Periódicos que se publican en México.- Reclamación de treinta mil piastras por el robo de pastelitos de carne.- Establecimientos industriales.- La imprenta del señor Cum-plido.- Fábrica de telas de seda del señor Francoz.

CAPÍTULO VII

223

Los alrededores de México.- La estación de lluvias.- Los sauces.- Los pirules.- Tacubaya.- Hermosas mansiones.- Chapultepec.- Panorama de México.- Cipreses seculares.- Acueductos.- San Ángel.- Tierras volcánicas.- San Agustín de las Cuevas o Tlalpan.- Fiestas de Pente-costés.- El juego del monte.- Peleas de gallos.- La cruz del Marqués.- Aspecto volcánico del valle.- Huitzilac.- Modo de viajar de los in-dios.- Cuernavaca.- Hacienda de Atlacomulco.- Historia de Joseph

de Laborde y del abad de Laborde, su hijo.- Monumento militar de Xochicalco.- Haciendas de Meacatlán y de Cocoyotla.- Clima seco de esta costa del oeste.- Su influencia sobre el cultivo de la caña de azúcar.- James Barlow.- Cueva de Cacahuamilpa.- Nuestro campamento en una gruta del barranco.- Atardecer delicioso.- Incendio de un chopo gigantesco.- Hermosos destellos de luz.- Descripción de las curiosidades que encierra la cueva.- Ríos de San Jerónimo y de San Felipe.- Vistazos silvestres y pintorescos del barranco.- James Barlow en peligro.- El Mezcala y el Papagayo.- El rocío poco abundante en la vertiente oeste de las cordilleras.- Riego de las tierras.- Alacranes de Zumpahuacan.- Acapulco.- Su comercio de antaño.- El galeón de Manila.- Fiestas a la llegada del galeón.- Los chinos.- Los negros.- Su carácter.- Apatía de los indios de esta costa.

CAPÍTULO VIII

241

Calzada del norte.- Leyenda de la Virgen de Guadalupe.- Llanura salada.- Pobres chozas de los indios salineros.- Teocalis de San Juan de Teotihuacán.- Sus orígenes.- Sus dimensiones.- Otumba.- Las llanuras de Apan.- Pulque de Zinguilucan.- Tulancingo.- Excursión al este.- Papantla.- El Tajín.- Tuxpan.- Colonia francesa de Jicaltepec.- Pandilla de ladrones.- Andrade.- Hacienda de Regla.- Sitio pintoresco.- Basalto.- Compañía inglesa del Real del Monte.- Extracción de la plata del mineral.- Explicación de las dos maneras de proceder.- Separación del oro.- Ruta de Regla al Real del Monte.- Niebla espesa.- Nieve.- Posadas miserables.- Una noche pésima.- Riqueza mineral de México.- Castillos en España.- Pérdidas de la compañía inglesa.- Bajada a la mina de San Cayetano.- Rara vestimenta de los mineros y de los visitantes.- Regreso de los cíclopes.- Escaleras usadas en las minas de México.- Bajada por el pozo de las minas.- Magníficas muestras de mineral.- Mala dirección de los trabajos de la compañía inglesa.- Subida por la mina de Terreros.- Cansancio extremo.- Desfallecimiento.- Los caballos.- Pachuca.- Posada aislada manos de ladrones.- Miseria de sus habitantes.- Aventura nocturna.- La calzada de San Cristóbal.- Canal de Huehuetoca.- Inundaciones de México en 1629 y 1763.

CAPÍTULO IX

257

El clima de México es menos bueno que hermoso.- Exhalaciones pútridas.- Viaje a Oaxaca.- Tlacotepec.- Hospitalidad de los indios en los países cálidos.- El pochotle.- Las pitayas.- El chicle.- Malos caminos.- Cuicatlan.- El cacique de Cuicatlan.- Degradación de las razas esclavas.- Hacienda de Huendulein.- Cultivo de la caña de azúcar.- Trapiches para la caña.- Accidentes frecuentes.- Esclavitud de hecho en las haciendas.- La oración de los campesinos, mañana y noche.- El bardo zapoteco.- Aptitudes de los indios para las artes liberales.- Carácter del indio.- Sus aficiones.- Medio de hacerle mejor.- Los alacranes.- Las tarántulas.- El coralillo.- El río de las Vueltas.- Mi caballo negro.- Su instinto.- Su fuerza.- Su triste fin.- El cacharro.- Modo de tratar a los caballos en México.- Como se les trata en Francia.- Las mulas.- Su instinto.- Servicios que rinden.- Cuesta de San Juan.- Valle de Etna.- Oaxaca.- Temblores.- Cultivo de la cochinilla.- Su exportación.- Los indios que cultivan el nopal entierran su dinero.- Algunos sacrifican al lujo y a la vanidad.- Estancia en casa de un indio de Mitla.- Vajilla plana.- Sencillez del amo de la casa.- Amabilidad de los habitantes de Oaxaca.- Las mujeres superiores a los hombres en muchos aspectos.- La danza de las boleras.- Baile en casa del primer presidente de la Alta Corte de Justicia.- Cena.- Desórdenes en el servicio.- Procesiones del Rosario.- Fuegos artificiales en pleno día.- Principal devoción de los mexicanos.- Revuelta de Acevedo.- Los franceses maltratados.- El general Quintanar.- El general Canalizo.- Lapuillade fusilado.

CAPÍTULO X

275

Alrededores de Oaxaca.- Pueblos escondidos en bosquecillos.- Talixtaca.- Huayapán.- San Felipe del agua.- Santa María del Tule.- El árbol más grueso de México.- Su vigor.- Propuesta vandálica de un blanco rechazado con desdén por los indios del Tule.- Exsequias de un niño en el Tule.- Ceremonias fúnebres.- Música salvaje.- Mitla.- Su destinación.- Su celebridad.- Ruinas de cuatro palacios.- Arquitectura

notable.- Hermoso corte de piedras.- Grecas de las fachadas.- Únicas columnas encontradas en América.- Interior del palacio principal.- Descripción de dos Teocalis.- Piedra que servía para los sacrificios.- Crónicas de Burgoa.- Creencia popular.- El rancho de Saga.- Antiguas supersticiones.- Fortaleza antigua en la cúspide de un cerro inaccesible.- Monte Albán.- Liobaa.- Sitio silvestre.- Mi estancia en casa de un indio.- Acogida que me dio el cura de Mitla.- La Navidad.- Descripción de lo que vi en la iglesia.- Fisionomía y traje de los zapotecos.- Ruinas de Culhuacan impropriamente dichas llamadas de Palenque.- El capitán Dupaix.- El señor Waldeck.- Teozapotlán o Zaachila.- Capital de los zapotecos.- Límites del país zapoteco.- Guerra entre los zapotecos y los aztecas.- Boda de la hermosa Coyolicotzin con Cosijoeza.- Llegada de Cortés en el valle de Oaxaca.- Toma tierras para su feudo.- Sepulcros.- Lo que allí se encuentra.- Cuilapa.- Vicente Guerrero.- Sus cenizas.- Ocotlán.- Cultivo del nopal de cochinita.- Cosecha.- Yacimientos auríferos de San Miguel de las Peras.- El general Stavoli.- Minas de plata en los montes del noroeste.- Costumbres de los mineros europeos.- La caza.- El guajolote silvestre.- Tehuantepec.- La púrpura tiriana recobrada.- Trajes de las mujeres de Tehuantepec.- Impresión producida por las jóvenes de esta ciudad zapoteca sobre mi imaginación.- Recuerdos de juventud.

CAPÍTULO XI

295

Viaje a Francia.- Regreso a México.- Desgaste de mi salud.- Busco un lugar más sano que México.- Mis fuerzas regresan con la fatiga y las privaciones.- Camino del oeste del Valle.- Cuajimalpa.- El desierto.- Lerma.- Toluca.- Volcán de Toluca.- Ranchos ricos.- Ixtlahuaca.- Ucareo.- Obsidiana.- Lago salado de Araron.- Zinapécuaro.- Morelia, capital del estado de Michoacán.- Su clima.- La hospitalidad de los habitantes.- Pátzcuaro.- Su lago.- Tzintzuntzan, antigua capital de los tarascos.- Su último rey Caltzontzin.- Su fin desgraciado.- Nuño de Guzmán.- Taretan.- Volcán de Jorullo.- Uruapan, paraíso de Michoacán.- El señor Joseph Calderón.- Cupaticho.- La Tzaráracua.-

Río de la Balsa.- Indios de piel blanca.- Distintos colores de la piel de los indios.- Indios azules.- Enfermedad de las costas llamada jiricua.- El señor Guénot.- Sus esfuerzos para introducir en Michoacán la industria de la cría de gusanos de seda y de la fabricación de las bellas telas cuyo secreto tiene Europa.- Fracaso en su empresa.- Causas del fracaso.- Hacienda de Ayumba en las orillas del lago de la Magdalena.- Tempestad horrorosa.- Noche de angustias.- El fuego del cielo.- Contrabandistas ahogados.- Cotija.- Valle de Mazamitla.- El buen hombre Joseph Contreras.- Sus aventuras contadas después de la cena.- Su desprendimiento.- Las tres plagas del oeste de México.- La elefantiasis o lepra de los griegos.- Leprosos de Sapotiltic.- Los cretinos.- Causa de esta degeneración de la especie humana.- De donde viene la jiricua.- Los pintos.- Barrancos abruptos.- El de Beltrán.- Río de Coahuylana.- Hacienda de San Marcos.- Los administradores de haciendas.- Los dos volcanes de Colima.- Temblores.- Caída de la cúpula de la iglesia de Zapotlán el Grande.- Destrucción de Colima en 1818.- Sacudida de 1847.- Aspecto de Colima.- Progreso de los habitantes en civilización.- Aménidad de las damas de Colima.- Clima de Colima.- Mi salud mejora.- La Pomone y la Céres de Colima.- Excelente café.- Los cocoteros.- La tuba.- El hule.- La marihuana o hachís.- Las salinas de Cuyutlán.- Fiestas en las salinas.- Repartición de los beneficios entre amos y servidores.- Amor al trabajo.- Laguna de Cuyutlán.- Pueblo improvisado.- Una colmena.- Los baños de mar.- El puerto de Manzanillo.- Su clima.- La pesca de perlas.- La aduana.- Peaje de aduaneros por un cargamento de mercancías consignado al señor Ramón de la Vega.- El hijo de un emperador, jefe de aduaneros.- Reflexiones filosóficas sobre la causa de los distintos grados de consideración acordadas al hombre, según la posición que ocupa en el estado social.

CAPÍTULO XII

317

Alejamiento natural del territorio de Colima.- Zacoalco.- Guadalajara.- Carácter de los habitantes de esta ciudad y del estado de Jalisco.- Su alegría.- Su afición por la música.- El jaranero.- Clima de Guadalajara.- El gran barranco.- El Tololotlán.- Catarata de Juanacatlán.- El

lago de Chapala.- El pescado blanco.- Isla de Mezcala.- San Juan de los Lagos.- Feria del mes de diciembre.- Aspecto de la ciudad durante la feria.- Su iglesia.- La ciudad de Lagos.- La de León.- El Bajío.- La cañada de Marfil.- Una ciudad como se ven pocas.- Insalubridad de Guanajuato.- Paseo desde lo alto del barranco.- Los diques de represa.- Mina de la Valenciana.- Minas de Rayas y de Mellado.- Bonanza de 1848.- El señor Sardaneta, ex Marqués de Rayas.- El rescate.- Entrada al infierno.- Una mujer tirada al abismo.- Descripción de las obras internas de la mina de Mellado.- Fuerza increíble de los obreros mineros.- *Lasciate ogni speranza*.- Banquete en el fondo de la mina.- El comendador de la orden religiosa de la Merced.- San Pedro de Nolasco.- Sociedad de Guanajuato.- Los mineros enriquecidos derrochan su dinero.- Minas de la Luz.- Mina de la Asunción.- Número de las minas del estado de Guanajuato y de los establecimientos donde se hace la extracción de la plata.- Vistazo estadístico.- La industria minera poco protegida.- Dimensiones de la llanura del Bajío.- Irapuato.- Salamanca.- Celaya.- Fertilidad del suelo.- Presas.- Mendicidad.- Querétaro.- El valle llamado la Cañada.- La fábrica de tela de algodón del señor Rubio.- Número de fábricas de textiles en la República Mexicana.- Camino malo.- San Juan del Río, ciudad infame.- Regreso a México.— Conclusiones

Notas

343

México de Mathieu Henri de Fossey
se terminó de imprimir en noviembre de 2022
en los talleres de Jair Gerardo Seres Hernández,
ubicados en Esmeralda 100-303, col. Valle Escondido,
14600, Tlalpan, Ciudad de México, México.

Portada: Enedina Morales.

Tipografía y cuidado editorial:
Ala de Mosca, servicios editoriales.
La edición consta de 350 ejemplares.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Mathieu Henri de Fossey fue un noble francés nacido en 1805 que por razones políticas, y sin duda también personales, en la segunda década del siglo XIX abandonó su país para establecerse en México; participó entonces en una fracasada tentativa de colonización y explotación de la entonces casi virgen región de Coatzacoalcos. No obstante, decidió quedarse con su familia en México, donde vivió durante 27 años dedicado a la pedagogía y a la enseñanza. En 1857 publicó su libro *Le Mexique* que la doctora Solange Alberro tradujo al castellano e introduce para esta edición.

De Fossey no fue un “turista”, como otros viajeros europeos de esa centuria, sino un hombre que vivió de manera modesta de su trabajo. Su testimonio es particularmente interesante en la medida en que su vida en México lo llevó a conocer casi todo el país, con excepción de Yucatán, y, sobre todo, a toda clase de personas, desde las más encumbradas hasta las más humildes. La educación que había recibido y sus intereses personales lo llevaron a interesarse por muchos aspectos de México, como la minería, la historia, la arqueología, la sociedad en general y, obviamente, la educación. También manifestó su preocupación por la creciente influencia que ejercía sobre México su vecino del Norte. El México de De Fossey fue el de los mexicanos, visto y narrado por un francés que quiso mucho este país.



ISBN: 978-607-564-428-8

